Armand Lanoux

MAUPASSANT
el Bel-Ami

Traducción de José Manuel Ramos González
para
http://www.iesxunqueira1.com/maupassant

ARMAND LANOUX

MAUPASSANT
el Bel-Ami

Título original: Maupassant le Bel-Ami
© Armand Lanoux.
Librairie Arthème Fayard, 1967.
© Por la traducción J.M. Ramos, 2006.

a Catherine Tolstoï,
a André Billy.

Esta obra es un ensayo biográfico en su más estricto significado. El autor no ha querido omitir nada de lo que sabía. Sin caer nunca en la tentación de utilizar lo escabroso por si mismo, ha dicho todo, porque decirlo todo es indispensable para quién quiera comprender a uno de los escritores franceses más secretos bajo sus claras apariencias tan divulgadas.

En un retrato, las sombras importan tanto como las luces. Las luces, en Maupassant, eran más vivas de lo que se ha dicho, las sombras más opacas, más bulliciosas, más insidiosas aún... Persuadido de que no hay otro enfoque, el autor ha roto con la tradición de las «manos piadosas», que engalanan a los muertos para hacerlos modelos edificantes. Vivos, estuvieron entre nosotros, muertos, deben permanecer. El autor detesta los bustos, que tan claramente muestran la voluntaria mutilación de las «partes bajas».

Esta biografía, contrariamente a la anterior, *Buenos días, Señor Zola*, no ha tenido por cómplice al modelo. Zola colaboraba de muy buen grado. No así Maupassant. Solamente es con la lectura finalizada, como el lector podrá juzgar las tesis presentes, la del único interés de la obra o del «dominio público», o la del interés primordial del hombre, cuya obra y el que la ha hecho no son más que sus servidores.

No hay duda de que se debaten, apasionadamente, y por mucho tiempo...

Primera parte

Los guijarros de Étretat

El ser consagrado al agua es un ser vertiginoso.
GASTON BACHELARD

1.

¿Miromesnil o Fécamp? – 5 de agosto de 1850: un nacimiento novelesco – El abuelo Jules o un matrimonio a la medianoche – Alfred Le Poittevin el byroniano – Nobleza austriaca – La partícula y el castillo – Muere Balzac – Laure de Maupassant: una neurópata encantadora – ¡Camarero, una caña!

Guy de Maupassant nació el 5 de agosto de 1850, cerca de Dieppe, tal vez en el castillo de Miromesnil, municipio de Tourville-sur-Arques, tal vez en Fécamp. Así comienza esta vida, en la incertidumbre.

Un camino rocoso bordeado de setos, un auténtico camino normando, sube la colina que lleva a Miromesnil. Enormes hayas rodean la mansión, rosada y gris. Ese edificio habría sido alquilado al Sr. Ozenne por los Maupassant, seducidos por esa profusión de pilastras, de balaustradas y de urnas. La versión oficial pretende que el castillo, cuyo nombre deriva de un antiguo guardia de los Sellos de Luís XVI, Armand Thomas de Miromesnil, haya oído los primeros gritos de Guy, en la Torre del Oeste. Lo cierto es únicamente que, bautizado con carácter de urgencia el 23 de agosto de 1850, el niño se bautizó oficialmente un año más tarde, en la iglesia de Tourville-sur-Arques.

En el registro civil del municipio, el acta de nacimiento está registrada con el número 30. Los testigos son Pierre Bimont, de sesenta y ocho años, vendedor de tabacos, e Isidore Letouque, de cuarenta y tres años, profesor. Martín Lecointre, alcalde, firmó. A pesar de estas precisiones, la duda subsiste pues en el acta de defunción, consignada en la alcaldía del distrito 16 de París, puede leerse «nacido en SOTTEVILLE, el 5 de agosto de 1850[1]». En 1906, *La Revue Encyclopédique* imprimía «nacido en Yvetot» y el pequeño Larousse, en Fécamp. Una tradición muy divulgada sitúa el nacimiento de Guy, no en Miromesnil, ni en Yvetot, ni en Sotteville, sino en Fécamp.

[1] El Sr. Henry, jefe del personal de la funeraria Roblot que se ocupa de las exequias, ha podido recordar de donde había obtenido el dato de Sotteville.

Pueden descartarse Yvetot y Sotteville, pues no existe ningún argumento serio en favor de estas ciudades. Queda Tourville-sur-Arques. ¿Pero, Fécamp? ¿Ningún documento al respecto?

– No, me responde el más apasionado de los «fecampeses» de hoy en día, Lucien Dufils. No obstante, Guy nació en Fécamp, en casa de su abuela, en el número 98 de la calle Sous-le-Bois, hoy muelle Guy de Maupassant y avenida Jean Lorrain. Georges Normandy fue el primero en demostrar que la inscripción en el registro civil del novelista fue un maquillaje.

Si en realidad lo demostró, no hay discusión posible, ¿no? En 1927, el escritor normando Georges Normandy publicaba, en las ediciones Albin Michel, el libro titulado *Maupassant íntimo*, al qué se remiten todos los partidarios del nacimiento en Fécamp. Según éstos, el único argumento a favor de Miromesnil es el acta levantada por el alcalde Martín Lecointre. Ahora bien, el registro civil daba entonces muchas informaciones falsas, errores o complacencias. Según Georges Normandy, un sólo testigo habría asistido al nacimiento, «una tal viuda Feutry, nacida Dunet». Y eso es todo. Excepto por el hecho de que, en agosto de 1850, ¡la futura viuda Feutry tenía cinco años!

El problema en los nacimientos es que no se sabe quién nace. Se necesitaría más atención. ¿Quién asiste al parto de Guy? ¿El médico llamado Guiton? ¿Unos médicos? ¿La nodriza Catherine Saunier, de la que habla esa viuda Feutry? Imposible aclararlo.

Por otra parte, Maurice Glin, notario en Offranville, confirmó formalmente a Georges Normandy no haber encontrado «ningún contrato de arrendamiento, ni ninguna información concerniente a la venta o alquiler de Miromesnil a la familia Maupassant». Desde luego se puede imaginar que haya habido un pacto entre caballeros, sin contrato. Es extraño en una mansión de esa importancia, para un alquiler de una duración que se evalúa entre tres y siete años. ¡Sobre todo en Normandía!

En 1878, veintiocho años más tarde, Maupassant volverá a Miromesnil, en compañía de su más viejo amigo, Robert Pinchon. No pudieron visitar el castillo, porque *estaba habitado*

y unas personas tenían un aire estúpido paseándose..., pero dieron una vuelta por *la gran avenida desde donde se ve el mar, encima de Saint-Aubin-sur-Scie. La fachada de ese lado no me ha recordado nada ...*

La carta de dónde se han extraído estos detalles, data del 22 de octubre de 1878 y está DIRIGIDA A LA MADRE DE GUY[1]. Está rota, lo que autoriza a Artine Artinian, el más reputado especialista americano en Maupassant, a plantear la siguiente cuestión:

«¿Quiso su madre hacer desaparecer un testimonio que hacía peligrar la solidez de la tradición? Ocurre siempre que la carta de Guy, rasgada, se interrumpe justo en el momento en el que va a dar detalles sobre el bonito castillo de su infancia.»

El castillo se calla obstinadamente. Ahora bien, Maupassant tenía una memoria excelente. En una carta escrita a Caroline Commanville, sobrina de Flaubert[2] y mayor que él cuatro años, evoca el banco de Fécamp que le servía de navío y el sauce al qué trepaba. *Me parece que todavía podría hacer el dibujo de ese árbol*[3]... En sus recuerdos existía Fécamp, no Miromesnil.

Esas singularidades dan algún crédito a la tesis según la cual Laure de Maupassant habría escenificado el nacimiento de su primer hijo.

El pintor A.P. Leroux, conservador del museo de Fécamp, aseguraba formalmente que Laure de Maupassant, algunos días antes del 5 de agosto, se encontraba en casa de su madre, Victoire-Marie Le Poittevin. Para él, el asunto no ofrece dudas: presa de los dolores del parto, Laure habría dado a luz antes de lo que había previsto. No se puede dudar de la buena fe del viejo pintor, desde luego, pero los recuerdos tienen vida propia; suelen deformarse.

---

[1] Formaba parte de la colección de cartas del Dr. Lucien Graux, subastadas el 11 y 12 de diciembre de 1959, en el Palacio Drouot, en París.

[2] Flaubert tenía una hermana, Caroline, nacida en 1824. Ésta tuvo, de su marido Emile Hamard, una hija, igualmente llamada Caroline, el 21 de enero de 1846, que se convertiría en Caroline Commanville.

[3] 28 de enero de 1884.

– Sí, pero ¡están las certidumbres! argumentan los fecampeses. Laure no quiere que su hijo sea declarado en Fécamp, pueblo de saladores y de comerciantes a los qué desprecia. En el momento que puede, gana discretamente Miromesnil con el niño aún no declarado.

Sin embargo, Laure ha dejado tras ella un perfume de aventura. Jean de Bonnefon[1] decía de ella: «Amó a X... de X... como una loca, y por él mintió toda su vida.» No se supo jamás nada de ese personaje, excepto que tenía algún título. Sin embargo, alguien habría podido, aparte de Laure y Gustave, informar a los historiadores: la abuela. La vieja dama, hasta el fin de su vida, mantuvo un absoluto mutismo.

Es el momento de echar un vistazo a la familia materna de Maupassant. El padre de Laure, Paul Le Poittevin, poseía dos hilaturas, una en Ruán, la otra en Saint-Léger-du-Bourg-Denis. Librepensador, respetaba la religión e incluso llamará a un sacerdote en su lecho de muerte. En 1815, se había casado con Victoire-Marie Thurin, hija de un armador de Fécamp. Su esposa amaba Fécamp, ese puerto populoso en el que nació su hija, Laure.

– En fin, prosiguió Lucien Dufils, la tesis de Fécamp ha sido igualmente apoyada por la Sra. Duval...

– ¡Un momento! ¿La Sra. Duval?...

– La madre de Jean Lorrain.

– ¡Ah!

– ¿Por qué «ah»? Fue precisamente la Sra. Duval quién dijo a Georges Normandy que los dos escritores, su hijo y Guy, habían nacido en la misma calle, ¡a unos cientos de metros el uno del otro!

– ¡Esa es la razón por la qué la misma vía de Fécamp lleva sus dos nombres! ¡Es divertido, se odiaban! Tal vez la madre de Jean Lorrain podía haber estado influenciada por un sentimiento del tipo de «¡Esos Maupassant, qué presuntuosos! ¡El

[1] Jean de Bonnefon, 1866-1928, nacido en Aurillac, colaborador de la *Revue Blanche*. Encaprichado por la nobleza, heraldista, periodista especializado en los asuntos vaticanos, conocía muchos secretillos de los grandes... y tenía la reputación de saberse servir. Merece ser recordado por esta única frase:«La confraternidad, ese odio vigilante.»

marquesado! ¡Y el nacimiento en el castillo! ¡Él nació aquí, su Guy, como mi hijo!»

– En la época de esas confidencias a Georges Normandy, la Sra. Duval acababa de recibir el duro golpe de la muerte de su hijo, y veneraba demasiado su memoria para mentir.

– Preferiría una buena prueba.

– ¿Cuántos procesos se juzgan basándose en pruebas? De todos modos tengo algo. En el declinar de su vida, un guardián del parque de Ruán se jactaba de ser hermano de leche de Guy. El hecho llegó a oídos de Laure mediante la indiscreción de un periódico. Escribió inmediatamente: «He sido la nodriza de mi hijo Guy y no permitiré a nadie usurpar ese título. No pienso en efecto que una persona extraña pueda arrogarse semejante derecho por haber amamantado a mi hijo durante cuatro o cinco años. Yo me encontraba entonces en Fécamp en casa de mi madre cuando fui afectada por una ligera indisposición. Fue entonces cuando se llamó a la hija de un granjero vecino para venir en mi ayuda[1]. Esa es toda la verdad.»

Este indignado texto reconoce implícitamente los hechos.

¿Y los lugares? Se ha visto el solemne y barroco Miromesnil. La otra «casa natal» sería la del puerto, en Fécamp. Evidentemente es más rústica. El pueblo desciende hacia sus dársenas como espejos, bajo el cielo nacarado, despellejado por el delirante licor Benedictine, Fécamp hace chirriar sus cabrestantes entre los acantilados de caliza, en un poderoso olor de arenques y alquitrán. Los cafés tienen unos sugestivos nombres, *Au Bout Menteux, Au Café du Groënland, Le Grand Banc*...

Aquí está la vieja casa, en el número 98, retirada hacia atrás, de un solo piso. La zona hace pensar en los barrios mineros. Su único orgullo es el jardín formando terraza, entre la colina y los estanques. A la muerte del padre de Laure, Paul Le Poittevin, su viuda, Victoire, allí se quedará, en casa de su propia madre, la bisabuela de Guy, Sra. Thurin. ¡Qué vergüenza debía tener la altanera Laure de la casa de sus ancestros! ¡Cómo va casando

[1] Según Lucien Dufils: Zélie Robert, vendedora de legumbres, con domicilio en la calle Sous-le-Bois.

todo! Por esta Bovary viva, una mezcla inextricable de novela y realidad ha entrado en esta vida y ya no la abandonará.

Burguesa, nacida en una familia arruinada por la concentración industrial, Laure Le Poittevin se había ennoblecido por la alianza matrimonial con el seductor Gustave de Maupassant... que no se llamaba todavía más que Maupassant.

¡Eh, sí! El acta de nacimiento de Gustave, padre de Guy, refleja, aparte de la fecha, miércoles 28 de noviembre de 1821, la fórmula «Gustave-Albert-Maupassant», totalmente corta, nacido de Louis-Pierre-Jules Maupassant, igualmente corta, inspector de las Contribuciones directas en Bernay, en el Eure, y de la dama Aglaé-Françoise-Joseph Pluchard, su esposa[1].

Louis-Pierre-Jules Maupassant, llamado el «abuelo Jules», nació el 9 de noviembre de 1795, en París, calle de los Blancs-Manteaux, simple empleado de Hacienda, se había enamorado de la hija del recaudador de Bernay, Aglaé. El recaudador vio con tan malos ojos ese idilio que su empleado raptó a su hija y ¡la esposó, a medianoche, en Pont-Andemer! La leyenda familiar se complacía con la imagen de los enamorados vadeando el crecido río, empapados como dos pájaros salvajes. Flaubert conocerá estos detalles y concede ese deseo de un matrimonio a medianoche a su Bovary.

Aglaé sin embargo era poco bovarysta: «cabellos a lo Tito, atados con una cinta azul, enmarcando un rostro regordete, con ojos risueños y alegres[2]». Tenía sangre criolla. Según Laure, los ojos marrones de Guy, sorprendentes en un rostro rojizo, procedían de ella. Guy se le parecía más que al abuelo Jules, un sosías del «Señor Thiers», tan rácano y solapado. De cuerpo pesado, emprendedor, sombrío, ferozmente opuesto al Imperio, también librepensador, Jules Maupassant, había creado una explotación de trescientas hectáreas en La Neuville-Chant-

[1] Publicada en *Le Journal des Débats* del 24 de agosto de 1926 y reproducida por René Dumesnil.

[2] Georges Dubosc: *Tres Normandos: Pierre Corneille, Gustave Flaubert, Guy de Maupassant.*

d'Oisel[1]. Humanista de provincias, recibía a hombres de letras, políticos, liberales, artistas, entre ellos a Eugène Le Poittevin, el pintor de Étretat.

Viudo, no pudo soportar el campo y regresó a Ruán, dejando el dominio a su hija Louise, que se había casado con Alfred Le Poittevin, el hermano de Laure. Cuando su hijo Gustave, a su vez, se casa con Laure, ambas familias quedarán enlazadas mediante esos matrimonios cruzados, como la madreselva y el avellano de las canciones medievales.

En la Neuville, Alfred murió el 4 de abril de 1848, solamente dos años antes del nacimiento de Guy. Tenía treinta y dos años. Este legendario tío con nombre de tempestad, seductor y sombrío, es la gran figura romántica de la familia. Ese Byron que no llegó a la madurez, había nacido el 28 de septiembre de 1816. Violentamente decepcionado tras la adolescencia, odiaba las mentiras del amor. Por él, el pensamiento de Schopenhauer penetra en la familia. Al igual que Rolla, había intentado ahogar sus penas en el desenfreno. Siguieron unos trastornos mentales, y especialmente una muy extraña enfermedad, la autoscopia, alucinación reiterada por la qué el enfermo se ve a si mismo, como un DOBLE.

Una enfermedad coronaria se lo llevó, mientras leía a Spinoza. Sus últimas palabras fueron:

– ¡Ah! Cerrad esa ventana, ¡es demasiado hermoso!

Flaubert quedó destrozado con esa pérdida. Lo admiraba sin reservas. «He conocido a todos los hombres notables de este tiempo y me han parecido insignificantes a su lado.» Veló el cadáver como un coloso tiritando de pena: «Le he dado el beso de despedida y he visto soldar su ataúd... Nunca olvidaré todo eso, ni el aspecto de su figura, ni en la primera noche, a

[1] Grafía utilizada en el anuncio de la venta que tuvo lugar el 1 de noviembre de 1862: 330 hectáreas, de las qué 73 son de labor, 24 de parque y 223 de bosque, etc. Cuadras, cobertizos, sala de baño (¡eh, sí!), perreras, muy buena caza... dice el prospecto de puesta en subasta. Libre de impuestos: 18.000 fr. Detalle que había encantado a Guy. La Neuville-Chant-d'Oisel fue adquirida en 1964 por el ciclista profesional Jacques Anquetil. (Lucien Andrieu. Boletín de la Sociedad Los Amigos de Flaubert, diciembre de 1964)

medianoche, el sonido lejano de un cuerno de caza que me llegó a través de los bosques[1]...»

Los estertores de esta agonía extienden sus tentáculos en la herencia de un Maupassant secreto, aunque oculto en el fornido cuerpo de un pequeño toro triste.

El abuelo Jules quedó muy satisfecho al ver a su hija pensando en volver a casarse. Después del águila romántica, ella eligió a otro librepensador, menos vehemente, Charles Cord'homme, vendedor de vinos, en el número 23 de la calle de los Iroquois, en Ruán. Puede verse recreado en *Bola de sebo*, en el personaje del demócrata Cornudet.

¿Qué concluir de esta crónica familiar? Ante todo, como demócrata, el abuelo Jules se gustaba plebeyo. Más allá de los grandes parientes, la genealogía de Guy de Maupassant se vuelve rápidamente brumosa, y pronto conjetural, lo que no está muy de acuerdo con el sentido de la autenticidad nobiliaria. El abuelo Jules era hijo de un Maupassant de Valmont al que podemos encontrar viviendo en París en 1786, pagador de rentas[2]. De ahí procedía la partícula abandonada, sin duda a causa de la Revolución. Laure de Maupassant le dará tanta importancia que no puede ser olvidada. El «de» se colocaría entonces ante Valmont y no ante Maupassant. Valmont (apellido que Guy tomará en ocasiones como pseudónimo) es una capital de provincia del cantón de la Sena ex-Inferior, sobre el río de Valmont. Ahora bien, si hubo nobles en Valmont, éstos no llevaron ese apellido sino el de Estouteville. ¿Entonces? NO HAY TIERRAS, NO HA HABIDO NUNCA TIERRAS DE MAUPASSANT. ¡Ni tierras, ni marqués!

¿Qué quedaba de esta nobleza que había fascinado a Laure? Georges Normandy afirma: «Los antepasados de Guy tenían el título de marqués. Sus documentos familiares tenían el sello de los emperadores de Austria. Debían su nobleza a François,

[1] Carta de Flaubert a Maxime Du Camp.

[2] «En 1785, refiere René Dumesnil, se encuentra en *el Journal de París*, con fecha 4 de abril, un cambio de dirección del Sr. Maupassant de Valmont, pagador de rentas, en la calle Paradis, ahora calle Portefoin, nº7.»

esposo de Marie-Thérèse. (...) Fue en tiempos de Satnislas Leczinski cuando la familia vino a Lorena.»

Los Maupassant de París provenían de una rama descendiente de Ligny, sobre la costa de Bars, pero que no había esperado a Stanislas Leczinski para dirigirse a las tierras del Este. Georges Dubosc ha encontrado unos Maupassant desde 1586: un Robert, maestro herrero en Aubréville, un Jacques, pañero en Châlons, un Claude (su hijo) boticario. Otro Claude, en 1669, toma parte en el asedio de Candie. La familia está aferrada a ese suelo calizo, trabajadores, burgueses, notables y soldados profesionales.

En 1684, Claude tiene un hijo, Claude-Marc-Antoine, que alcanzará el grado de lugarteniente de caballería, PORQUE SU MADRE ERA NOBLE. Los Maupassant escalan tenazmente, utilizando todas sus cartas, comprendidas las del futuro Bel-Ami. De un segundo matrimonio con otra noble mujer, ese soldado de fortuna tendrá un segundo hijo, Claude-Georges, también oficial de caballería. Comienza una sombría historia. El menor, Claude-Georges, muere accidentalmente en un albergue de Brie. Súbitamente, el mayor olvida sus otros nombres, Marc-Antoine, y se aprovecha de la homonimia para heredar de los parientes de la segunda esposa de Claude. De ahí el providencial proceso que permitirá a Georges Dubosc introducir un poco de luz en la noche genealógica del padre de *Bola de sebo.*

El primer noble habría sido Jean-Baptiste Maupassant, consejero-secretario del rey, inhumado el 12 de diciembre de 1774. Un diploma de la corte de Austria autentificaba esta promoción. Maupassant poseía ese documento y no estaba poco orgulloso[1]. Este precioso papel desapareció en el torbellino que se produjo a la muerte de Guy, pero no hay por qué dudar de su autenticidad[2]

---

[1] Georges Dubosc. «Diploma imperatoris concessum Joanni Baptistae de Maupassant, supremi senatus parisiensis procuratori. Viena, 3 de mayo de 1752, impreso en París.»

[2] En una carta a su madre del 1 de noviembre de 1872, perteneciente a la colección Mary Lecomte du Noüy, probablemente el conjunto más importante que existe actualmente de cartas de Maupassant, y que proviene de su marido, Pierre Lecomte du Noüy, el célebre pasteuriano, hijo de Hermine Lecomte du Noüy, autora de *Amistad amorosa* y una de las mejores amigas de Maupassant,

Por tenacidad, inteligencia, estrategia y valor, la familia Maupassant se estaba alejando lentamente de la plebe. Si el bisabuelo de Guy, pagador de rentas en Marais en 1785, en una época en que toda nobleza, incluso frágil, era reivindicada porque era un signo de casta, había realmente tenido derecho a algún título, era «de Maupassant» como sería llamado y no «de Valmont».

El examen de la documentación deja pocas dudas: nobleza de fortuna, extraña, al alcance del marquesado. Poco importaba a Laure Le Poittevin. Cuando encuentra al seductor Gustave, se agarra al bohemio indolente que la corteja. Si éste quiere satisfacerla, es necesario reivindicar ese título. Era preciso que su novio tuviese el derecho de firmar *de* Maupassant. ¡Y ella, por consiguiente! Es probable que incluso fuese una condición para la boda: fue poco antes de la ceremonia (9 de noviembre de 1846) cuando Gustave obtuvo del tribunal civil de Ruán el derecho a añadir la partícula a su apellido[1].

---

se encuentran estas notas redactadas por Guy, que describen a ese Jean-Baptiste: *Algunos detalles sobre nuestra familia, encontrados en los viejos papeles que leo en este momento. He aquí los títulos de Jean-Baptiste de Maupassant: Escudero, Consejero secretario del Rey, del Gran Colegio, Casa, Corona de Francia y de sus Finanzas, noble del Santo Imperio (*probable alusión a la pieza precedente*), Decano del antiguo Consejo de* (ilegible*) su Majestad Imperial en Francia. Decano del Consejo de su alteza Serenísima Monseñor el Príncipe de Condé y Consejero particular de S. A. Serenísima Majestad Louis de Bourbon, Conde de Clermont, príncipe de la sangre. Su mujer, de la que tenemos el retrato, era Marie-Anne de la Marche. Su hijo LOUIS-CAMILLE de Maupassant tuvo por padrino a LOUIS de Gand de Mérodes de Montmorency, y por madrina, Marguerite CAMILLE de Grimaldy de Mónaco. Su matrimonio con la señorita de Avignon, cuñada del Marqués de Alligre, se hizo en presencia y con el consentimiento del muy alto, muy poderoso y muy excelente Príncipe Mgr. Louis de Bourbon... etc.*

El joven y su madre se enorgullecían naturalmente a la lectura de estos detalles apresuradamente copiados, y sembrados de mayúsculas a veces incoherentes.

[1] Según las investigaciones efectuadas en los registros de los juicios del tribunal de Primera Instancia de Ruán, por François Burckard, el proceso habría sido visto dos veces, el 5 de febrero y el 26 de junio de 1846, para ser finalmente retirado el 9 de julio, habiéndose entendido los abogados de las partes. En cualquier caso, sobre el acta de nacimiento del padre de Guy, encontrada por el Sr. Lenèvre, adjunto al alcalde de Bernay, y publicada por *Le Journal des Débats*, la mención es emitida por el juzgado del Tribunal Civil.

El registro civil siempre ha tenido debilidad por estas inofensivas vanidades. De todos modos, ¡la partícula explicaría la historia del castillo! En el fondo, es Laure quién más lucha para refutar la tesis del nacimiento clandestino en Fécamp, lo que resulta muy sugestivo. Ávida por la buena sociedad, enemiga de los cantos de sirena cuando la irritan, sumisa a ellos cuando la halagan, irascible, bella, pedante, hiper nerviosa, derrochadora y autoritaria, personaje complejo, seductora, irritante, Laure, de nombre petrarquiano, no podía ser más humillada que mediante el nacimiento del joven «marqués» - ¡el primogénito! – en un lugar tan vulgar como... ¡cómo aquél en el qué ella misma había visto el día!

Una nota de Hermine Lecomte du Noüy, con quién nos encontraremos a menudo y que recibe muchas confidencias de Guy entre los treinta y cuarenta años, contiene lo siguiente:

«Guy nació en
Hervé nació en el castillo de Imauville.»

Esta incertidumbre en una mujer tan íntima con Guy y que, por el contrario, conocía muy poco a su hermano, nos aporta perfectamente el último argumento: el hermano menor de Guy, Hervé, nacerá en efecto, él también, seis años más tarde, en un castillo ALQUILADO, en Grainville-Ymauville, cantón de Goderville, distrito del Havre.

Trece días después del nacimiento de Guy, moría Balzac.

Pionero sensible de los estudios maupassantianos, René Dumesnil ha escrito: «A decir de todos aquellos que la conocieron, Laure era de una gran belleza... Su rasgo dominante era la inteligencia: había algo luminoso y profundo en esa mirada, pero también algo de voluntarioso, casi de pertinaz...»

Es así como Alfred Le Poittevin ve a su hermana, en este «soneto a la Srta. Laure Le Poittevin»:

Vous m'avez vu, sans être aigrie,	*Me habéis visto, sin amargura,*
mettre en doute votre beauté;	*cuestionar vuestra belleza;*
dans cette rare modestie	*en esta extraña modestia*

n'est-il pas quelque vanité?	*¿no hay algo de vanidad?*
Si, du vainqueur de Trasimène,	*Si, al vencedor de Trasimeno, se le*
on eût contesté les grands coups,	*discutieron los grandes golpes,*
cette attaque, insensée et vaine,	*este ataque, insensible y vano,*
n'eût point excité son courroux.	*no hubo excitado su cólera.*
Pourtant, la fortune volage	*Sin embargo, la fortuna voluble*
abandonna ce grand courage	*abandona ese gran valor*
dans la campagne de Tama;	*en el campo de Tama;*
mais, contre ce regard si tendre,	*pero, contra esa tierna mirada*
que l'amour lui-même enflamma	*qué el amor incluso inflama*
quel coeur pourrait donc se défendre?	*¿qué corazón podría defenderse?*

Poseemos algunas fotografías de ella. Esa alta mujer de oscuros cabellos separados por una raya a lo George Sand, con gran boca sinuosa, ventanas nasales temblorosas, respira inteligencia, sin embargo. Posee una belleza negra de Macbeth burguesa. Pero hay un algo más, aparte de este matiz de tenacidad que reconocía René Dumesnil: una mirada fija inquietante. No es el retrato de un ser común, desde luego, pero no es el de un ser completamente sano, Bajo esa aura está la neurosis.

Laure poseía grandes conocimientos de latín y griego. Sabía italiano e inglés. Los políglotas la estimaban. Tenía buen gusto, juicio y estilo. Jamás dejará de debatir con Guy, comenzando desde la infancia, educándole según métodos muy poco ortodoxos, continuando con el adolescente, luego con el novelista. Ejercerá gran influencia en el escritor y dirigirá al hombre.

¿Pero qué pensar de ese inquietante aspecto que nos revelan las fotografías y los testimonios de todos aquellos cuya admiración no entraña una aprobación sin límites? En *El fin de Maupassant* Georges Normandy precisa: «La Sra. de Maupassant padecerá toda su vida la enfermedad de Basedov; hablando claro, se trata de una afección muy extendida, todavía mal definida, el bocio exoftálmico. Desde 1878 no podía ver la luz sin gritar de dolor. Y es para tratar esta enfermedad como hace empleo excesivo de algunos narcóticos.» Flaubert confirma, escribiendo a la Sra. des Genettes, que Laure se ve obligada a vivir en la oscuridad, «la luz la hace gritar de dolor».

En 1878, el profesor Potain declara respecto de su enfermedad: «Nada orgánico, ni relativo al corazón ni a los ojos. No hay más que un reumatismo nervioso, muy peligroso sin embargo porque amenaza la médula espinal y puede desembocar en una parálisis.» La herencia está de moda y Flaubert, coloso golpeado, sabe mejor que nadie hasta que punto ella representa el papel de la fatalidad. En 1880[1], escribe a su sobrina Caroline: «... Guy sufre mucho. Probablemente tenga la misma neurosis que su madre.»

Gustave de Maupassant, hablando de su ex esposa, confiará en 1892: «La Sra. de Maupassant ha llegado a tal paroxismo de furor, que por cualquier cosa tiene unos ataques terribles que le producen un daño enorme. Su cabeza se le va y se muestra inabordable... Ha engullido dos frascos de laúdano. Se fue de inmediato a avisar al médico que la hizo vomitar y el exceso de veneno la salvó. Cuando volvió en si, su ira no conoció límites... Se la dejó sola algunos minutos. Aprovechó para estrangularse con sus cabellos. Fue necesario cortárselos para salvarla.»

Desde luego, el testimonio proviene de un marido expulsado de la célula familiar; en efecto también, en 1892, algunos años después de la dramática muerte de su hijo menor Hervé, algunos meses después de la tentativa de suicidio de Guy, esta pobre mujer era una piltrafa viva; aunque hay que decir que, para Gustave de Maupassant, Laure nunca había sido completamente normal.

Tanto por parte de esta neurópata encantadora, como por parte de su hermano Alfred Le Poittevin, los naipes distribuidos al recién nacido no son nada tranquilizadores.

Los biógrafos de Maupassant son severos con Gustave de Maupassant. Quizás demasiado. Gustave (tiene la misma edad y el mismo nombre de pila que Flaubert, nombre de moda en la época) es muy guapo. Cuando conoce a Laure es todo un dandy. Es lucido, apuesto, el pantalón de tisú escocés. La nariz corta, sensual, las cejas bien dibujadas, la boca pequeña y sinuosa, los cabellos en bucles sobre las sienes. El mentón poco pronunciado.

[1] 27 de marzo.

Así lo ha visto Hippolyte Bellangé, en 1883, a los veintidós años[1]. Gustave frecuenta a las mujeres hermosas y las salas de juego. En la joven pareja, la fuerza está paradójicamente en la mujer, esta nerviosa siempre enferma. ¿Un burgués? Ni más ni menos que ella. Luego, «corredor de Bolsa, en la casa Stolz, en Paris», es también un pintor con gusto. Esbozo de Gauguin, más aprendiz de pintor que corredor, intentará toda su vida equilibrar deseos y necesidades, ensueños y realidades, y no lo conseguirá.

Si Laure era completamente normanda, en este encantador veleidoso circulaba sangre de los gentiles hombres paisanos de Ligny-en-Barrois. Al célebre «Para un año en el qué hay manzanas...» responde el «¡Ah, si hubieséis venido ayer, mis primos!» de las gentes del Este. Privar a Maupassant de su ascendencia lorenesa, y no quererlo hacer más que un normando, es atenuar una cierta tonalidad de la obra, que tiene tanto del Este como del Oeste. Desde luego, la psicología y el comportamiento de Maupassant muestran la herencia materna más dominante que la paterna, sin embargo ésta última está ahí, ambigua, subyacente, al igual que ese padre de carácter incierto.

Las disputas han estallado muy pronto. Guy escribe a su madre, hacia los nueve años, sin duda desde el instituto imperial Napoleón, en París: *He sido el primero en redacción. Cómo recompensa, la Sra. de X me ha llevado al circo con papá. Parece que ella recompensa también a papá, pero no sé de qué*.

Un año más tarde, cuenta el buen Edouard Maynial, Guy y Hervé están invitados a una fiesta infantil por la dama que era cortejada por aquel entonces por Gustave. Encontrándose Hervé enfermo, Laure debe quedar con él. Guy se demora vistiéndose. El padre se impacienta y amenaza a su hijo con dejarlo en casa.

– ¡Ah! ¡No me preocupa! ¡Tú tienes todavía más ganas de ir que yo!

– ¡Vamos, anúdate los cordones de tus zapatos!

– ¡No, ven tú a atármelos! ¡Decídete enseguida!

El padre obedece. Una singular inversión de fuerzas se ha instalado muy pronto entre ellos.

¿Es la difícil convivencia con una mujer enferma, con quién las relaciones físicas no existían, lo que empuja a Gustave de

[1] Museo de Ruán.

Maupassant a engañarla? ¡Él estaba dotado! Lo cierto es la iteración, la versatilidad de uno estimulando la irritabilidad del otro. El matrimonio fue un fracaso, que una mujer como Laure no podía aceptar.

A los doce años, Guy fue testigo de una discusión con un tono más grave:

– ¡Tu madre es una estúpida!, gruñe Gustave. ¡Además no es de tu madre de quién se trata, sino de ti! ¡Te digo que tengo necesidad de ese dinero, y espero que firmes!

Guy escucha, helado. Nunca ha oído a su padre hablar de ese modo. No reconoce la voz de su madre, sibilante:

– No firmaré. ¡Es la fortuna de Guy! La guardo para él y no quiero que tú la dilapides con putas y criadas, ¡cómo has hecho con tu herencia!

Entonces papá, temblando de furia, se volvió y, agarrando a su mujer del cuello, empezó a pegarle con la otra mano con todas sus fuerzas, en pleno rostro... Me parecía que el mundo se acababa, que las leyes eternas se transmutaban (...) *Mi cabeza de niño se extraviaba, enloquecía. Y empecé a gritar con todas mis fuerzas, sin saber por qué, presa de un espanto, de un dolor, de un pavor espantoso...*

En ese momento, Gustave ve a su hijo y va hacia él. Alarmado, el muchacho huye. Pasará la noche en el jardín, oculto detrás de un árbol, transido, sin responder a las llamadas. Al día siguiente, su padre no dice nada. Su madre, con los ojos lavados, se conforma con murmurar: «Qué miedo he pasado, chico travieso, he pasado toda la noche en vela.» *Pues bien, amigo mío, para mí se había acabado todo. Había visto la otra cara de las cosas, la mala; desde ese día, no he vuelto a distinguir la buena.*

Por supuesto, esas reacciones son atribuidas al «personaje» que dice «yo», un personaje incluso caricaturesco. ¡Cómo pensar que ese despreciable ocioso, esa larva de taberna, ese «borrachín» que confiesa su decrepitud, pueda tener algo en común con el Maupassant de 1883, joven, rico y famoso! Y sin embargo... ¿La historia de *¡Camarero, una caña!*[1] no fue completamente la suya? La mayoría de los estudiosos de

[1] 1 de enero de 1884.

Maupassant la han considerado como ampliamente autobiográfica. Si bien algunos detalles han podido ser forzados, esta escena tuvo lugar ante él, apenas cambiada, apenas exagerada. En cualquier caso, alguna situación de esa naturaleza desemboca en la ruptura entre los esposos. La separación se produce en 1862. El pesimismo del escritor tendría las más profundas raíces[1].

[1] La cuestión de las referencias opondrá siempre a los eruditos con los lectores no especializados. La abundancia de notas recarga la lectura como irrita al narrador. Su omisión o su brevedad molestan al universitario. El autor ha tratado de mantenerse a medio camino.
En lo que concierne a las referencias al propio texto de Maupassant, el autor ha trabajado, para las novelas, con la edición Conard, para los cuentos y relatos, con la edición Albert Marie Schmidt y Gérard Delaisement.

2

Guy a los siete y a los trece años – La infancia en los Verguies – Offenbach, baños de mar y tren de buena vida – el primer barco – La institución eclesiástica de Yvetot – Versos primerizos – De Laure a Gustave Flaubert – El diablo en la piel.

Guy, a los siete años, posa ante el objetivo del fotógrafo de la localidad, cara de circunstancias para la ocasión, boca enfurruñada. Es robusto y se mantiene derecho, pequeño paisano rezongando bajo el maquillaje y los pliegues de tela de su nuevo vestido. Su madre le ha peinado en bucles sus cabellos y mechones, ha arreglado ese nudo y repasado esa falda. ¡No hay duda! *Deseaba una niña*. Otra como ella.

Romi posee otra fotografía de Guy a los trece años, tomada en las vacaciones, en Fécamp. El niño apoya su mano sobre un libro de mesa. El chico ya es fornido. Las órbitas de sus ojos se hunden bajo las espesas cejas. Los labios son carnosos. El torso hace tensar el chaleco y la corbata permanece siempre amorosamente anudada por la madre. Va a sacarse dentro de algunos segundos esos escarpines de charol para irse con los pilluelos que la criada de su abuela, la tía Josèphe, viuda de un vigilante de pasos a nivel, llama con desdén «las ratas del muelle». Más rasgos afeminados, pero con esa coquetería de mozo de carnicero que el hombre conservará.

Incluso si la ley hubiese admitido un divorcio, que no existirá hasta 1884, Laure de Maupassant no lo habría solicitado. Eso no se hacía. Para ella, la marca lo era sin réplica. En consecuencia, no volvió a utilizar jamás el apellido Le Poittevin. No odiaba al marido infiel. Ambos se entendían en cuanto a los intereses de los niños y ella tenía la custodia. A los ojos del mundo, ella había ganado su partida.

Antes de su separación, Gustave y Laure iban con frecuencia de vacaciones a Étretat (que durante veinte años Guy escribirá Étrêtat). En el libro de registro de los bañistas, la familia se inscribe el 1 de junio de 1859, en casa de la Sra.

Ledentu. Luego comprarán *Les Verguies*, gran edificio del siglo XVIII entre la ruta de Fécamp y la calle Notre-Dame, cerca de la iglesia románica. Una encantadora anciana la habita hoy, la Sra. Alice de Payer. La propiedad está invadida por las hierbas. Aquí está la cristalera que los pillastres rompían a menudo, sin que Laure interviniese más que para decir:

– ¡Bien! ¡Id a decirle a Bréard que venga a recoger los cristales!

Todavía hoy, esa bonita vivienda bien merece su nombre, *Les Verguies*, los vergeles. Con puertas-ventana sobre un jardín sombreado por sicomoros, tilos y abedules. Incluso puede verse allí un tejo plantado por Guy. En tiempos de Laure, el interior olía a cera y lavanda, y los viejos muebles habrían hecho felices a los buscadores de antigüedades, armarios antiguos, cómodas, camas Luís XIII, relojes abombados, pesadas ornacinas procedentes de la abadía de Fécamp. Fue en 1904 cuando la Sra. de Payer se convirtió en su propietaria, y recuerda aún el papel azul nocturno sembrado de armiños de plata que cubría las paredes, fúnebre.

Junto a la vivienda de la abuela en Fécamp, *Les Verguies* acaba de diseñar el marco de la infancia de Guy. Vivirá hasta los trece años en la *querida casa* y pasará allí todas sus vacaciones de colegial.

Cuando Laure acaba de hacerlo trabajar en sus tareas, él corre hacia el mar, los pescadores, el alquitrán que se funde en la playa, las gaviotas, las barcas. A menudo, ella lo acompaña. Un día, se dejan sorprender por la marea alta. Tienen que escalar el acantilado, aún a riesgo de romperse los huesos. Ella respira a pleno pulmón el aire vivificante y estrecha a su hijo contra sí. Es feliz. Y él la mira con admiración, mientras las gaviotas aletean.

Las charlas, en las que esta mujer abandonada le inculca su concepción del mundo, en las que le lee *El Sueño de una Noche de Verano* y *Macbeth*, forman parte de una educación liberal, de la que el vicario de Étretat, el abad Aubourg, *el buen y grueso cura cauchois*, llena como puede las posibles lagunas.

Mi hermano y yo hemos sido educados por nuestro tío, el abad Loisel, un gran cura huesudo, cuadrado de ideas como de cuerpo. Su alma parecía dura y estricta, al igual que una

respuesta de catecismo. Nos hacía aprender los nombres de los muertos grabados en las cruces de madera negra[1]

El cementerio está a cien metros de *Les Verguies*. Guy registra esos apellidos, guía nominal de sus futuros cuentos, y se interesa poco en el Dios bíblico del abad.

Gracias a un texto datado en 1880, aparecido en *Le Gaulois* y firmado por *Chaudrone du Diable* (lugar bajo el acantilado), podemos hacernos una idea de como era el Étretat de aquél muchacho al qué Laure llamaba su «pollo escapado», *terreno mixto donde el artista y el burgués, esos seculares enemigos, se encuentran y se unen contra la invasión de la baja estopa... Offenbach, Faure*[2] (...) *Le Poittevin, poseen allí encantadoras casas solariegas donde sus familias y en algunas ocasiones ellos mismos se instalan al nacimiento de la primera hoja, para no irse hasta la primera helada.*

Los propietarios bajan al mar invariablemente todas las mañanas (si el cielo lo permite) hacia las diez... Los hombres van al Casino, leen los periódicos, juegan al billar o fuman en la terraza. Las mujeres prefieren la playa, dura, pedregosa, pero por esa misma razón siempre seca y limpia (...) *Offenbach es el primer ocupante: una villa soberbia, con el más grande y bonito salón de Étretat...*

En 1858, el Sr. de Villemessant, fundador del poderoso *Fígaro*, tenía allí una pequeña casa gótica. Una torre medieval dominaba el pueblo marino. Esa ruina moderna pertenecía a un corredor de anuncios, un antepasado de Publicis, Dollingen, el director de *la Folie*, periódico de los bailes y de *La Gazette de Paris*. Este original personaje había instalado sobre la plataforma un cañón que el guardia accionaba siempre que el amo llegaba, le añadió un estandarte y una horca. Cuando colocó un esqueleto, una orden municipal interrumpió sus fantasías. Vendió su castillo y murió de tristeza.

Étretat gozaba de tales excéntricos a los que acogía el Hotel Blanquet, el Hotel Hauville, el Hotel des Bains. Alphonse Karr, que había dado a conocer Étretat hacia 1850, según el tío

[1] El *Gil Blas*, en 1883.

[2] Sin duda Jean-Baptiste Faure, 1830-1914, compositor y cantante.

Blanquet, muere en tiempos de Guy. La divisa de los Le Poittevin, representaba a los *caloges*, esas barcas retiradas transformadas en cabañas que dejan ver todavía sobre la playa sus negras panzas brillantes.

La viuda Blanquet dirigía el comedor del hotel con autoridad. Una historia que la concernía encantaba al cronista del *Gaulois*. Una viajera solitaria, joven y bonita, con acento extranjero, pidió una habitación con vistas al mar. La Sra. Blanquet iba a rechazar a esta mujer sola, cuando la cliente anunció la inmediata llegada de su marido. Sea. Pero éste tardaba. La Sra. Blanquet, que no era nada complaciente con las conveniencias, echó a la extranjera. Al mismo tiempo, la misma noche de esa partida, un caballero llegó, pidió la habitación 4, vio un par de botas en el umbral de la puerta, entró y «vapuleó» a la huésped dormida: Era el marido que ignoraba los pudores de la Sra. Blanquet y la expulsión de su esposa. La inquilina se volvió a dormir sin comprender bien la razón del manoseo que acababa de recibir.

Guy maduró de este modo, entre la salmuera y las faldas de las paisanas, en el vergel de los baños de mar y de los dispendios de placer, sobre un fondo musical de Offenbach.

Laure, fatigada por la turbulencia de los galopines, - ¡Ah!, ¡esos muchachos, señora Dupéroux! – no podía retrasar más el plazo. Era necesario decidirse a ingresar al mayor en un internado. Eligió la casa religiosa de Yvetot, especie de pequeño seminario, austera residencia en las afueras del pueblo, guareciéndose tras sus altos muros.

La breve escolaridad de Guy antes de Yvetot es mal conocida. Se posee simplemente un informe correspondiente al curso académico 1859-1860, del Instituto Imperial Napoleón, en París. Está dirigido al Sr. de Maupassant, calle du Marché, 3, en Passy, y forma parte del lote de papeles entregados por Laure a Hermine Lecomte du Noüy tras la muerte de Guy:

«*Salud*: buena.
Carácter: muy dulce.
Educación: muy cuidada.

Deberes religiosos: satisfactorios.»

Las casillas de calificaciones son amplias. Obtiene *bien* y *bastante bien* en educación religiosa y en historia, *bastante bien, muy bien*, *muy bien*, en francés y en geografía, *bastante bien, muy bien, bastante bien* en cálculo. Un muchacho educado y dotado: «Excelente alumno cuya voluntad y esfuerzos merecen ser alabados vivamente y alentados. Va adquiriendo poco a poco el hábito de nuestro trabajo y esperamos progresos inmediatos.»

El mismo gran libro blanco encuadernado en piel y que es el orgullo de la biblioteca de Granny's home, en Étretat, y que lleva el monograma del ilustre hijo de Hermine Lecomte du Noüy, Pierre: P.L.N., contiene igualmente la totalidad de las calificaciones de Guy, desde el primer trimestre del curso 1863-1864 al tercer trimestre del curso 1867-1868, boletín del 15 de mayo.

He aquí el primer boletín del 31 de diciembre de 1863:

«*Conducta*: regular.
Trabajo: asiduo.
Carácter: bueno y dócil. Ha comenzado bien, espero que continúe de igual modo.»

Continúa. La conducta es «regular», el trabajo «asiduo», el carácter «abierto y dócil». Esta última palabra volverá a aparecer constantemente.

Sin embargo, una carta de Guy a su madre, del 2 de mayo de 1864, muestra al joven pensionista soñando más con los barcos que con las declinaciones: *En lugar del baile que me has prometido al comienzo de las vacaciones, te pediría una pequeña cena, o bien únicamente, siempre que eso no te suponga nada, darme la mitad del dinero que te habría costado el baile, porque eso me permitiría ir ahorrando para comprar un barco* (...) *No quiero comprar esos barcos que se venden a los parisinos, eso no vale nada, pero iré a casa de un aduanero que conozco y me venderá un barco como aquellos que están en la iglesia, es decir un barco de pesca completamente redondo por debajo...*

Sabe lo que quiere. Tiene humor, ternura, malicia. Distingue muy bien a los parisinos de los naturales de la tierra, ¡tan bien como los barcos! Pronto puede llevar a Matho, el perro, así llamado como homenaje al *Salammbô* de Flaubert. Tan buen nadador como su joven amo, Matho no tiene parangón para cortar las olas. A menudo Guy se extiende en el fondo de la barca para leer, bajo la guardia del animal que parece pilotar.

Si nos conformamos con referirnos a las notas trimestrales de la Institución Eclesiástica de Yvetot, vemos desarrollarse a ese niño tan «dócil». El curso 1865-1866 transcurre sin historia. El segundo trimestre de 1866-1867 no está marcado más que por una reseña: «ha rendido positivamente durante el tiempo que ha pasado en casa», que una lectura precipitada o de segunda mano la ha interpretado a veces como el último boletín de esta escolaridad, cuando no se trataba más que de una ausencia debida a la enfermedad (que volveremos a encontrar). En el tercer y cuarto trimestre se vuelven a producir las mismas apreciaciones, conducta «regular», trabajo «asiduo» y carácter «siempre bueno y agradable» (31 de julio). Verdaderamente, nada destacable, excepto el 15 de diciembre de 1867 donde hay una reseña, debido al desafecto del alumno por las matemáticas, que se reafirmará en el último boletín, del 15 de mayo de 1868:

«*Conducta*: regular.
Trabajo: generalmente satisfactorio. Defectuoso en lo relativo a las ciencias.
Carácter: Educado y dócil.»

Siempre esa última palabra. Ahora bien, en el fondo, progresaba un conflicto en aguas turbulentas.

Desde luego, un tema delicado que los Padres quisieran mantener en secreto. Pero no únicamente rebelde a la enclaustración, sino rebelde a la religión. ¡Eso resultaba enojoso en un pequeño seminario! Guy es víctima de las contradicciones maternas. El esnobismo de Laure – que no cree más que su padre – lo ha empujado a confiarlo a ese colegio religioso. Guy respinga. *Detesta desde el primer día el triste edificio, lleno de*

curas, y de alumnos casi todos destinados al sacerdocio. (...) *Se podía oler allí la oración como se huele el pescado en el mercado un día de marejada*[1]. Enamorado del agua, del aire libre, odia el encierro. Se hacía lavar los pies a los niños tres días al año. ¡Nunca un baño completo! ¡Está indignado! Rápidamente encuentra la respuesta. Cae enfermo. A menudo. Y recupera sus colores desde el momento en que el aire que entra por las ventanas trae la fragancia del mar.

Desgraciadamente, nadie cree en sus jaquecas. ¿Acaso la madre y los profesores de Yvetot tienen razones para no creerlo? Desde luego, siendo soldado y empleado del ministerio, Maupassant recurrirá a esas escapatorias, fácilmente «gandul». Sin embargo más tarde sufrirá horrorosas neuralgias que nos hace preguntarnos si el robusto muchacho no estaba ya secretamente afectado. Lo que es cierto, es que el niño tan «dócil» era desgraciado. *No jugaba mucho, no tenía compañeros, pasaba mis horas echando de menos mi casa, lloraba en mi cama... ¿Quién se da cuenta exactamente de que algunas almas jóvenes sufren por una nimiedad emociones terribles, y son, en poco tiempo, almas enfermas, incurables*[2]*...*?

En un medio menos rígido, sería brillante. Se impacienta porque su padre todavía no le ha enviado un diccionario que le había prometido. Lo llama vehementemente al orden: *Creo que has olvidado enviarme uno antes de primeros de año, o tal vez piensas que no lo necesito para estudiar griego y latín; pero como diría el señor Mottet, yo estudio el griego y el latín en francés y un diccionario me es indispensable...*[3]

Ese tono no puede sorprendernos. El colegial comparte la condescendencia que Laure muestra a Gustave. Para él SU PADRE NUNCA SERA COMPLETAMENTE ADULTO, NUNCA EL PADRE.

Al mismo tiempo que el diccionario, Guy le solicita papel de cartas con escudo de armas, *con tus iniciales puesto que son las mismas que las mías; me harás muy feliz; no tengo papel*

[1] *Una sorpresa*. 15 de mayo de 1882

[2] *Después* (fecha desconocida)

[3] El original se encuentra en el Museo pedagógico, en la preciosa colección de los escritos juveniles de los grandes escritores.

marcado con mi nombre y tendría necesidad de tener dos o tres cuadernos para varias cartas que quiero escribir...

¡Los gustos de Laure han abierto camino! Además, se le ven formas de un hombrecito decidido, que tiene opiniones, y que las expresa sin vacilar. Eso no es para nada porque haya tenido dos abuelos liberales. Escribe por completo al natural: *¿Ese animal de Napoleón permanecerá siempre en el trono? ¡Me gustaría que se fuese al diablo!*

En fin, El poeta se desarrolla sin otra obligación que la del colegio, puesto que su padre, pintor, y su madre letrada, aman igualmente la poesía. *No sé si esto te enoja, pero al fin he aquí todavía una de mis poesías que, aunque más descuidada que la anterior, contiene más cosas hermosas, es un sueño y por consiguiente los versos tienden un poco a dejarse ir como en los sueños* (...) *La he hecho en la capilla durante la misa.*

He aquí un fragmento de ese diálogo clandestino con la musa:

J'appelais les grands bois témoins de mes amours	*Llamaba a los grandes bosques testigos de mis amores*
Les vallons et les flots... et je courais toujours....	*A los valles y a las olas... y corría siempre...*
La mer en mugissant bondissait sur la plage,	*El mar rugiente brincaba sobre la playa,*
Mais sus lourds grondements et les bruits de l'orage	*Pero sus pesados rugidos y los ruidos de la tormenta*
Retentissaient moins haut que les voix de mon coeur,	*Repercutían menos alto que las voces de mi corazón,*
Rien ne peut contenir cet immense bonheur,	*Nada puede contener esta inmensa alegría,*
Car le ciel est trop bas, l'horizon trop étroit,	*Pues el cielo es demasiado bajo, el horizonte demasiado estrecho,*
Et l'univers entier est trop petit pour moi !!!	*¡¡¡Y el universo entero demasiado pequeño para mi !!!*

La voluntad de poder explota. El colegial rima sin cesar. En el transcurso del año 1866, escribe:

Etant enfant j'aimais les grands combats,	*Siendo niño me gustaban los grandes combates,*
Les chevaliers et leur pesante armure,	*Los caballeros y su pesada armadura,*

Tous les héros quei tombèrent là-bas	*Todos los héroes que cayeron allí*
Pour racheter la Sainte Sépultura.	*Para recuperar el Santo Sepulcro.*
L'Anglais Richard faisait battre mon coeur (...)	*El inglés Ricardo hacía latir mi corazón (...)*
J'etais heureux, j'etais roi, quand un jour	*Era feliz, era rey, cuando un día*
Je vis venir une jeune compagne.	*Vi acercarse a una joven compañera*
«Voici mon coeur, mon palais et ma cour,	*Aquí está mi corazón, mi palacio y mi corte,*
Allons tous deux courir dans la campagne.	*Fuimos los dos a correr por el campo.*
Elle s'assit sous les marronniers verts:	*Ella se sentó bajo los castaños verdes:*
Porquoi laisser mon royaume et mes jeux	*¿Por qué dejar mi reino y mis juegos*
Lorsque je vis cette fillette blonde?	*Mientras veo a esta chiquilla rubia?*
Pourquoi Colomb fut-il si malheureux	*¿Por qué Colón fue tan infeliz*
Lorsque là-bas il entrevit un monde?»	*Mientras entreveía un mundo?*

Guy es un magnífico ejemplo de fiebre lírica en la adolescencia que frecuentemente se va apagando con ella. ¡Raramente un poeta menos poeta que él, habrá hecho tantos versos! Trabaja desde los trece años. Sin embargo, incluso en una época en la que las versificaciones francesas y latinas eran ejercicios corrientes, pocos adolescentes de esa edad conocían su lengua lo suficiente para escribir:

Au moment où Phébus en son char remontait	*Cuando Febos subía en su carro*
Où la lune chassée a grands pas s'enfuyait	*En el que la luna cazada huía a grandes pasos*
Je voulus faire un peu ma coeur à la nature	*Quise volver un poco mi corazón a la naturaleza*
Visiter les bosquets tout remplis de verdure...	*Visitar los bosques completamente llenos de verdor...*

La nostalgia de la libertad, el amor por la naturaleza, y una irresistible necesidad de evasión comienzan a expresarse. Curioso muchacho, pasando de un silencio resignado a unas bromas turbulentas, capaz de batirse como un salvaje y rimar interminablemente por unas faldas.

Laure comentaba con orgullo otros versos de esta poesía que Guy le había enviado el 2 de mayo de 1864 (catorce años) a

la vez que su súplica por un barco, y que, en efecto, merecían sorprender:

La vie est le sillon du vaisseau qui s'eloigne,	*La vida es la estela de la nave que se aleja,*
C'est l'éphémère fleur qui croit sur la montagne,	*Es la efímera flor que crece en la montaña,*
C'est l'ombre de l'oiseau que traverse l'éther,	*Es la sombra del pájaro que surca lo etéreo,*
C'est le cri du marin englouti par la mer...	*Es el grito del marino engullido por el mar...*
La vie est un brouillard tout chargé de lumière,	*La vida es una niebla plena de luz,*
C'est l'unique montent donné pour la prière.	*Es el único ascenso dado por la oración.*

En su orgullo, ella admiraba todo. Desde luego, el poema *La vida es la estela* era un don de los dioses y en eso se parecía a su autor.

En Yvetot, los incidentes se convierten en conflictos. Laure se confiesa a Flaubert, desde el 16 de marzo de 1866. Las relaciones se han renovado entre ellos, como consecuencia del luto experimentado por Laure. Él le escribe con afectuosas alusiones a su infancia: «Vuelvo a verte en tu casa de la Gran Avenida, cuando paseabas al sol sobre la terraza, al lado del voladizo... ¿Recuerdas que leíamos *Las Hojas de Otoño*, en Fécamp, en la pequeña habitación del segundo piso?»

Una tierna amistad, aumentada después de mucho tiempo, se despierta. Laure se expande, confía sus preocupaciones: «...El pobre muchacho ha visto y comprendido las cosas y es demasiado maduro para sus quince años. Te recordará a su tío Alfred.»

Esta carta confirma de entrada que Guy ha sido testigo de disputas familiares. Es a consecuencia del acento puesto sobre las semejanzas entre el tío Le Poittevin y el sobrino, que Falubert se conmociona. Esa es finalmente la prueba de que Flaubert todavía no conocía a Guy.

«... Acabo de verme obligada a retirarlo de la casa religiosa de Yvetot, explica ella, en donde se me ha negado una dispensa

de comer carne exigida por los médicos; es una singular manera de comprender la religión de Cristo.» ¡Hay también otra cosa! «No le gustaba demasiado eso: la austeridad de esa vida enclaustrada no conviene a su naturaleza impresionable y fina y el pobre niño se apaga tras esas altas murallas (...) Creo que voy a matricularlo en el Instituto del Havre por dieciocho meses...»

En Yvetot, el dócil niño se convertía en un diablillo. Su afición a la broma normanda, pesada y notoriamente escatológica, a la que Flaubert llamaba *hhhenorme*, tan fuerte como las exageradas historias marsellesas o la broma de Bruselas, se iba desarrollando. Guy iba a recurrir a ella como medio de liberación.

Con esta complacencia satisfecha que los adultos tienen para evocar los años de colegio o del servicio militar, él embellecerá más tarde esos episodios, especialmente con su mayordomo y confidente François Tassart: *Yo tenía catorce años, estaba en el colegio de Yvetot. Se nos daba de beber una horrible bebida que se llamaba abundancia. Para vengarnos de este malvado trato, una noche, uno de nosotros llegó a introducir la mano en el manojo de llaves del director. Cuando éste y los encargados de la disciplina se durmieron, nosotros tomamos en la despensa y en la bodega todo lo que habíamos encontrado con las mejores marcas, como vinos finos y aguardiente, y, con mil precauciones, todo fue subido al tejado del colegio, donde nos dimos un atracón de todos los diablos... Como yo era uno de los cabecillas y sobre todo tendía a mantener la responsabilidad de mis actos, eso me valió la expulsión... No me disgusté, pues, en el colegio de Ruán, a dónde se me envío a continuación, estaba muchísimo mejor…*

Eso fue más complejo, más NORMANDO. Laure no puso su proyecto en ejecución hasta más tarde[1]. Los curas no dudaban en decir abiertamente que habían debido separarse de ese chico brillante pero indisciplinado. Parece que Guy haya recurrido a una especie de maquinación. Una prima, Vd., acababa de

[1] En una carta a Flaubert del 17 de octubre de 1879, Guy dirá que fue a los diecisiete años cuando fue expulsado de una residencia religiosa, por antirreligioso y otros escándalos.

casarse. Él mantenía con ella afectuosas relaciones. Le escribió en esta ocasión, una epístola en verso[2]:

Comment relégué loin du monde,	*Como relegado lejos del mundo,*
Privé de l'air des champs des bois	*Privado del aire del campo y de los bosques*
Dans la tristesse qui m'inonde	*En la tristeza que me inunda*
Faire entendre une douce voix.	*Oigo una dulce voz.*
Vous m'avez dit: «Chantez des fêtes	*Usted me dijo: «Canta las fiestas*
«Où les fleurs et les diamants	*En las que las flores y los diamantes*
«S'enlacent sur de blondes têtes	*Se enlazan sobre rubias cabezas*
Chantez le bonheur des amants.»	*Canta la alegría de los amantes.»*
Mais dans le cloître solitaire	*Pero en el solitario claustro*
Ou (sic) *nous sommes ensevelis*	*En el que estamos encerrados*
Nous ne connaissons sur la terre	*No conocemos sobre la tierra*
Que soutanes et que surplis...	*Más que sotanas y sobrepellizas...*

En esta época, el joven componía unas poesías de otro modo picantes. Sin embargo, tal como era, el poema bastaba para alarmar el pudor de los Padres. ¿Falta de disciplina? ¿despiste? ¿provocación calculada? Guy lo deja correr. Tal vez no hubiese sido ese el determinante, pero había parodiado también un sermón sobre la Condena, en unos términos difíciles de admitir por unos educadores en sotana.

-¡Cómo! Se indigna el Superior, que se llamaba Labbé. ¡Ese muchacho tiene el diablo en la piel!

Guy fue enviado a Étretat por el conserje. Laure entró en un teatral furor, siendo por otra parte necesario por el hecho de que difícilmente podía aguantar la risa. Guy había llegado al límite. Pronto será el Instituto Corneille, donde se matriculará en retórica, probablemente en mayo o junio, siempre como interno.

Era una victoria para el insolente colegial. El severo Corneille de los manuales, austero padrino del centro, iba en realidad a acogerlo con la cómplice sonrisa del malvado sujeto que él había sido en su propia juventud en Ruán, ¡«anciano» radiante de ver entrar en el «cole» a uno de su calaña!

[2] Jacques Lambert y Maurice d'Harloy, han encontrado el original. *Poesía francesa. 30 junio de 1958*

3.

Los cuatro elementos de Gaston Bachelard – Courbet pinta La Ola *– Aparición de Gisèle d'Estoc – La Habitación de las Señoritas – Fanny la embustera...- El naufragio de Swinburne – Nebulosa de un escritor.*

Una de las ideas más ricas que hayan iluminado a la crítica literaria, en el transcurso de los últimos cincuenta años, es la utilización de los cuatro elementos de los filósofos antiguos, el agua, el aire, el fuego y la tierra, en el análisis de los temas propios de cada artista.[1].

Es a Gaston Bachelard (*El Psicoanálisis del Fuego, del Agua y los Sueñ*os, etc.) a quién se debe esta genial intuición. Se ha observado desde hace algún tiempo, que todos los grandes creadores parecen envueltos por un elemento que domina su obra, constituyendo, más allá del tiempo y del espacio, una familia simbólica. Según Bachelard, la imaginación creadora tiene necesidad de un soporte MATERIAL. ¿Dónde encontrar la materia, no la de los sabios, casi abstracta, sino la materia de los hombres, la que está al alcance de sus sentidos, en otro lugar que no sea en los cuatro elementos en los que se divide nuestro mundo sensible?

Esta es la conclusión de Gaston Bachelard: «Creemos posible fijar, en el reino de la imaginación, una ley de los cuatro elementos que clasifica las diversas imaginaciones materiales según que se relacionen con el fuego, el aire, el agua o la tierra.» No preguntemos POR QUÉ. Siendo libre cada uno de buscar explicaciones materialistas, religiosas, incluso astrológicas, esta clasificación corresponde a un hecho.

---

[1] Este ingente trabajo, sobre la obra de Maupassant, fue realizado en castellano por María José Toña Güenaga en su tesis doctoral titulada *La función actancial de los elementos en los cuentos de Maupassant*. Tesis doctoral presentada el 28 de septiembre de 1983 bajo la dirección del Dr. Francisco J. Del Prado Biezma. Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Calificada con Sobresaliente "*cum Laude*" (N. del T.)

Maupassant hubiese sido el menos sorprendido por esas ideas, él que escribía: *Fue la atmósfera de la tierra, existiendo ante todo, lo que determinó las razas, la estructura, los órganos, todo la manera de vivir de los seres nacidos y desarrollados sobre el globo.* Más allá de la influencia de Taine, distinguimos entre esas maneras de vivir «los sueños y sus soportes naturales, los elementos», y desembocamos en Bachelard. Ahora bien, uno de esos elementos es el agua, «más femenino y más uniforme que el fuego, elemento más constante que simboliza con formas más ocultas, más sencillas, más simplificadas». Y aún: «*El ser consagrado al agua es un ser vertiginoso*[1]»

Esta intuición fulgurante ilumina a Guy de Maupassant, ¡hombre de agua como hay pocos!

Aburriéndose con los curas, mimaba a su madre para obtener un barco. Desde las primeras impresiones del niño, ya aparece el agua, hasta en el nombre de Étretat: ¿*Ese pequeño nombre de Étretat, nervioso y saltarín, sonoro y alegre, no parece nacido de ese ruido de guijarros desplazados por las olas*? Esa maleza arrastrada por un mar jamás inmóvil es el fondo sonoro de la obra.

Se ha visto, en todo momento al adolescente ir hacia el mar. Un instinto lo empuja, tan violentamente como el que guía a las anguilas hacia los Sargazos. *Había ido a la playa para ver una tempestad. El viento furioso arrojaba, sobre el país, al mar desencadenado, cuyas enormes olas llegaban pesadamente, una tras otra, lentas y coronadas de espuma. Luego, encontrándose de repente con la dura pendiente de las rocas, se enderezaban, se curvaban en bóveda y rompían con un ruido ensordecedor. Y, de un acantilado a otro, la espuma arrancada de sus crestas subía en torbellino yéndose hacia el valle, por encima de los tejados del país, llevada por las borrascas.*

¡Bonita página PINTADA!

Un hombre dice de repente cerca de mí: «Venga a ver a Courbet, está haciendo algo extraordinario.» No era a mí a quién había hablado, pero lo seguí, pues conocía un poco al artista. Vivía en una casita que daba a pleno mar, y apoyada en

[1] Introducción a *El Agua y los Sueños*.

el acantilado de aval. Esta casa había pertenecido en otra época al pintor de marinas Eugène Le Poittevin. En una gran habitación vacía, un hombre grueso y sucio pegaba con un cuchillo de cocina unos pegotes de color blanco sobre una gran tela vacía. De vez en cuando, apoyaba su rostro al cristal de la ventana y miraba la tempestad...

Sobre la chimenea, una botella de sidra al lado de un vaso medio lleno. De vez en cuando, Courbet iba a beber algunos tragos, gruñía, luego volvía a su caballete... Era *La Ola* lo que bosquejaba[1]. *La Ola* rompe aún en ese recuerdo que Guy escribía veinte años más tarde, para el *Gil Blas*, como en la pintura de un pintor, el más grande pintor de una época brillante, el sólido Jurassien que nadaba sin dejar su corta pipa y al que los marinos de Étretat llamaban la Foca.

Guy nunca olvidará sus experiencias acuáticas: *He crecido sobre la orilla del mar gris y frio del Norte, en un pequeño pueblo de pesca siempre golpeado por el viento, por la lluvia y las salpicaduras de las olas, siempre lleno de olor a pescado seco, en la casa marrón coronada por chimeneas de ladrillos, desde la qué el humo llevaba a lo lejos, sobre el campo, fuertes olores a arenques.*

No se trata de Étretat. Es Fécamp. El niño ha henchido sus fosas nasales de ese olor a barrica para conservar los arenques salados o ahumados que tanto detestaba su madre. En esta única frase, las palabras *orilla, mar, pesca, lluvia, salpicaduras, peces*, concentran una intensa liquidez.

En una carta a Gisèle d'Estoc, Guy confirmaba esas confidencias: *De niño, experimentaba una auténtica voluptuosidad deteniéndome completamente solo a orillas del Oceáno calmado o agitado por la tempestad.*

Escribe entonces a una amante exigente. Posa. Fanfarronea (lo que hace extrañamente en la obra, siempre con las mujeres) Pero eso todavía está inmerso en el sentido del agua: *Entonces me parece escuchar en el gemido de lo marejadilla o en el murmullo de las olas que vienen a deslizarse a mis pies, la llamada de las sirenas...*

[1] Agosto de 1869.

En El *Cuaderno de Amor* de Gisèle d'Estoc, publicado por Pierre Borel en *Las Obras Libres* en junio de 1939, podemos encontrar indicaciones preciosas sobre la adolescencia de Guy. En la medida en la que puede confiarse en ese documento, Guy está allí descrito sin excesivo pudor: «Después de una amplia, una apretada lucha donde nuestros cuerpos se buscan, se desnudan, se funden en un encuentro salvaje, él llega a emitir un largo y doloroso estertor, luego se desmorona a mi lado tumbado. Esta noche, después de hacer el amor, me ha leído uno de sus poemas de juventud: *Égloga amorosa*.»

Pierre Borel precisa que Maupassant escribía a su amigo Robert Pinchon: *Mi querido La Tôque, ¿tienes un duplicado de mi poema erótico Dafnis y Cloe?* (Se trata de *Égloga amorosa*) *y si es así ¿podrías enviarme una copia? Me han robado el manuscrito este verano. Sé donde lo había puesto y ha desaparecido con todos mis demás escritos obscenos de los que afortunadamente tenía copias.* Gisèle d'Estoc añade, tardíamente púdica: «Esos emperifollados versos, chispeantes al estilo de Piron y de Caylus, no me ha sido posible copiarlos todos. He aquí sin embargo algunos, los menos... provocadores.»

Sobre la cama deshecha, Maupassant, mayor y enfermo, lee a su amante esos versos del pilluelo expulsado:

J'avais alors treize ans. Ce jour-là, sous la grange,	*Tenía entonces trece años. Ese día, allí, bajo el granero,*
Je m'étais endormi par hasard dans un coin.	*Me había dormido por casualidad en un rincón.*
Mais je fus réveillé par un bruit fort étrange	*Pero fui despertado por un ruido muy extraño*
Et j'aperçus, couché sur un gros tas de foin,	*Y pude percibir, acostado sobre un gran montón de heno,*
Jean, le valet, tenant dans ses bras notre bonne.	*A Jean, el criado, teniendo en sus brazos a nuestra criada.*
Ils étaient enlacés je ne sais trop comment	*Estaban enlazados no sé muy bien como*
Et leurs derrières nus s'agitaient vivement.	*Y sus traseros desnudos se agitaban vivamente.*
Je compris qu'ils faisaient une chose très bonne.	*Comprendí que hacían algo muy bueno.*

Trataremos más adelante de la credibilidad que podemos conceder tanto a Pierre Borel como a Gisèle d'Estoc. Por el momento, constatemos que esta escena no fue inventada y menos aún la reacción «ingenua» del chiquillo:

Et je sentis sudain ses deux bras me saisir:	*Y sentí de repente sus dos brazos estrechándome:*
Elle serra mes reins autant qu'elle était forte;	*Apretando mis riñones con todas sus fuerzas;*
Un gand feu de bonheur nous tordit jusq'aux os.	*Una gran llama de felicidad se nos escurrió hasta los huesos.*
Elle criait: « Assez, assez ! » et sur le dos	*Ella gritaba: « ¡ Basta, basta ¡ » y sobre la espalda*
Elle tomba les yeux fermés comme une masse.	*Cayó, con los ojos cerrados, como un fardo.*
Hélas! depuis ce temps, j'ai tenu dans mon lit	*Por desgracia, desde esos tiempos, he tenido en mi cama*
Bien des corpos différents, des ventres et des cuisses:	*Muchos cuerpos diferentes, vientres y muslos:*
Des flancs si bien tournés, des seins tellement lisses,	*Costados bien torneados, senos totalmente lisos,Como si estuviesen tallados en mármol pulido.*
Qu'ont les eût dit taillés dans l'ivoire poli.	*Toda mujer me ha gustado...*
Toute femme m'a plu...	*Entonces, con una de mis amiguitas,*
Alors, avec une de mes petites amies	*Jeanne, que tenía catorce años,*
Jeanne, qui avait quatorze ans,	*quise imitarlos.*
J'ai voulu les imiter.	*Ella me dijo muy bajito: «¡Oh!*
Elle me dit tout bas: «Oh! tu me fais plaisir!»	*¡qué gusto me das!»*

Es imposible citar la continuación, enumeración complaciente, violenta e ingenua, que se adivina fácilmente, pero el final es significativo:

Eh bien, malgré cela, je n'ai pas oublié	*Pues bien, a pesar de eso, no he olvidado¡*
Et tout mon souvenir à Jeannette est lié !	*Y todo mi recuerdo está ligado a Jeannette*
Je la revois toujours, mignonne, fraîche et blonde,	*¡Siempre vuelvo a verla, delgada, fresca y rubia,*
Qui s'en va devant moi, montrant sa croupe ronde.	*Caminando ante mí, mostrando su redonda grupa.*

A otro confidente, Frank Harris, personaje altivo y picaresco, Maupassant confía: *Comencé a hacer el amor a los*

dieciséis años. A pesar de las habituales jactancias masculinas, hay que creerle. Maupassant era físicamente excepcional. Ahora bien, a los dieciséis años, todavía estaba en Yvetot.

Esos versos eróticos en los que entra con más complacencia que artificio, son también un testimonio. La mayoría de los poemas eróticos de los grandes escritores son artificiales, poco inspirados, emanados de la broma o del desafío. Maupassant no escapa a esta regla. Pero esos versos están coloreados de una extraña sinceridad, de una ingenuidad, casi de una franqueza...

Así, era Jeannette...

El adolescente no escribía más que versos pícaros, pero no importa sobre qué, mientras fuesen versos. Los menos afectados de banalidad son aquellos que dedica a un peñasco hueco que domina la puerta de Aval. *La Leyenda de la Habitación de las Señoritas en Étretat* debió escribirse en 1867, estilo complacido, chirriante y pueril, dónde la jovencita, en lugar de su enamorado, encuentra en el lugar de la cita a Satán. Reproducimos estos descriptivos versos:

Lentement le flot arrive	*Lentamente llega el oleaje*
Sur la rive	*A la orilla*
Qu'il berce et flatte toujours	*Que siempre arropa y acaricia*
C'est un triste chant d'automne	*Es un triste canto de otoño*
Monotone	*Monótono*
Qu'il pleure après les beaus jours.	*Que llora tras los bellos días.*
Sur la côte solitaire	*Sobre la solitaria costa*
Est une aire	*Es un aire*
Jetée au-dessus des eaux;	*Arrojado por encima de las aguas;*
Un étroit passage y mène,	*Un estrecho paso allí lleva,*
Vrai domaine	*Verdadero dominio*
Des mauves et des corbeaux.	*Gaviotas y cuervos.*
C'est une grotte perdue	*Es una gruta perdida*
Suspendue	*Suspendida*
Entre le ciel et les mers,	*Entre el cielo y los mares,*
Une demeure ignorée	*Un lugar desconocido*
Séparée	*Separado*
Du reste de l'univers.	*Del resto del universo.*
Jadis plus d'une gentille	*Antaño, más de una gentil muchacha*
Jeune fille	*Iba allí a verse con su enamorado...*
Y vint voir son amoureux...	

Nada ha cambiado de ese decorado. Bajo la gruta de las Señoritas, a distancia de una caída de Icaro, la ola borbotea y choca contra la aguja hueca de Arsene Lupin. Desde allí, cerca del golfo, puede verse Étretat y la puerta de Amont... Los tejados de arcilla cocida de las villas anidan sobre el verdor. El mar produce el mismo ruido de succión sobre los guijarros como se APRECIA en *La Ola*. Las gaviotas emiten sus ruidosos graznidos... El trébol encarnado, la alfalfa, los guijarros de silex cubiertos de conchas, la violenta oposición, alquitrán y nácar, barcas negras y espuma blanca, son los auténticos testigos del niño que permanecen, con la eterna respiración de la marea y el viento del oeste, susurrando Maupassant, Maupassant...

Si el ritmo impar de esta obrita de las *Señoritas* – siete y tres –es divertido, incluso audaz, los ripios sienten excesivamente la tinta. Lo que deducimos es que, una vez todavía, el agua hace cantar al escritor, el agua y la gruta, símbolo evidente de la mujer. La «señorita», - e hada -, la jovencita, la mujer esta vinculada al agua. El agua es mujer. la mujer es agua. Toda su vida, Guy, - el nombre llega naturalmente al espíritu, como acudía a la boca de sus amigos – asociará el agua y la mujer.

En ese verano de 1868, los tres hoteles rebosan. Se baila en el Casino, se baila en la residencia de Offenbach. El patio del albergue Hautot está repleto de calesas. Dollingen debe vivir en su castillo, pues su pabellón ondea sobre la vieja torre dibujada por Walter Scott...

Descendiendo a toda prisa por la gruta de las gaviotas, Guy corre hacia los guijarros, pasa por encima de las cuerdas, llega ante el viejo casino de madera, regentado por el buen Joseph. Los pescadores arrojan sobre las piedras, ante las bellas parisinas, las caballas que todavía colean, las monstruosas rayas y los inquietantes bogavantes, saludados por pequeños gritos agudos que recuperarán sus nietas de 1900 en la celebre cantinela: «¡la sucia bestia, tiene pelo hasta las patas!» Pero en 1900, ese muchacho de rostro tostado, tan fuerte que parece destinado a vivir cien años, dormirá ya bajo tierra...

Sobre esas beldades, Guy agudiza su mirada de joven chalán. Observa descaradamente a las bañistas, a las que

robustos marinos excitados llevan hasta la ola, la de Courbet, por supuesto, pero también a la de Métra. Anota, la mirada infatigable: *Es allí como las juzga, desde la pantorrilla hasta la garganta*. ¡Oh! al igual que siendo hombre, dirá: *Aquellos que no han amado poéticamente* (Es su caso. Lo constata) *toman y eligen a las mujeres como se elige una chuleta en la carnicería, sin ocuparse de otra cosa que de la calidad de su carne*[1].

El Étretat de su juventud es su puesto de observación, su atalaya

Siempre según Gisèle d'Estoc, una de esas noches, el adolescente habría encontrado, ya no a una rústica Jeannette, sino a una de las numerosas parisinas a quiénes gustaban los encantos de Étretat, Fanny de Cl. Era hermosa. Era risueña. Olía bien. El chico la deseaba y sus ojos lo decían. ¡Singular pretendiente, ese machito fornido, que escribía alternativamente poemas a la pimienta y poemas a la crema! Él le regala uno. Ahora bien, Guy no vuelve a ver a la joven. Con el corazón latiendo se dirige a su casa. Desde el jardín, es sorprendido por unas carcajadas... ¡Horror! Fanny declama con risa tonta los versos de su joven enamorado. Gisèle d'Estoc interpretaba a continuación: «Guy jamás olvidó esta afrenta. Jamás perdonó este sufrimiento al resto de las mujeres. Y todavía hoy, al solo recuerdo de esta grotesca escena, experimenta una sensación de malestar no pudiendo reprimir un gesto que recuerda al asco.»

Si todo lo que proviene de Gisèle d'Estoc debe ser sometido a examen, no ocurre otro tanto con aquél que se considera hoy el mejor especialista médico de Maupassant, el Dr. Charles Ladame. Ahora bien, él también ha explicado el comportamiento de Maupassant con las mujeres por un «trauma precoz», una grave revelación que habría conmocionado el alma del muchacho, «renuncia a la vida sentimental que agrava el pesimismo del escritor».

El humillante espectáculo infligido al audaz joven por la inconsciente parisina tenía el mismo sentido que las anteriores revelaciones relativas al amor fallido de sus padres.

[1] *El ermitaño*, 26 de enero de 1886.

En 1868, un inglés vivía con un amigo y un mono, en un pequeño chalet, la «caldera Domancé». El mono sorprende; en esta costa se está acostumbrado a los ingleses.

Se llamaba Powel. Un día, el amigo de ese tal Powel, sin embargo buen nadador, se encuentra en peligro[1].

Una mañana hacia las diez, unos marineros llegaron gritando, explicando que un nadador se ahogaba bajo la Puerta de Amont. Tomaron un barco, y yo les acompañé. El nadador ignorante de la terrible corriente de mareas que pasa bajo esta arcada, había sido arrastrado, luego recogido por una barca que pescaba detrás de esa puerta, llamada comúnmente la Pequeña Puerta.

Como Guy había participado en el salvamento de este inglés, transportado a Yport por el pescador Théodule Vallin, el Sr. Powel lo invitó a almorzar.

Los dos hombres me esperaban en un bonito jardín sombreado y fresco detrás de una baja casa normanda construida en silex y rematada con paja. Ambos eran bajos, el Sr. Powel gordo, el Sr. Swinburne delgado, delgado y sorprendente a primera vista, una especie de aparición fantástica.

Romántico enconado, admirador de William Blake y amigo de los prerrafaelitas Rossetti y Burne-Jones, Algernon Charles Swinburne tiene treinta y un años. Hay que leer entre líneas: *He encontrado antaño a ese poeta cuya especial fisonomía es de las más interesantes, e incluso una de las más inquietantes, pues me da la impresión de ser una especie de Edgar Poe idealista y sensual, con un alma de escritor más exaltada, más depravada, más enamorada de los extraño y monstruoso, más curiosa, que busca y evoca refinamientos sutiles y antinaturales de la vida... Antinaturales...* Estamos informados. ¡La invitación a almorzar con los insólitos insulares no suponía únicamente agradecimiento!

El huésped tiene toda el aura de la joven celebridad. La frente es grande, los cabellos largos, el rostro se estrecha en

[1] Maupassant contará más tarde esta aventura en *Le Gaulois* del 29 de noviembre de 1882, bajo el título *El Inglés de Étretat* y en un prólogo de 1891 a la traducción francesa de los *Poemas y Baladas* de Swinburne.

triángulo sobre una barba incipiente. *Un bigotito se deslizaba sobre unos labios extraordinariamente finos y apretados y el cuello que parecía sin fin unía esa cabeza, vivaz por los ojos claros, escrutadores y fijos, a un cuerpo sin hombros, pues la envergadura del pecho parecía apenas mayor que el frente. Todo ese personaje casi sobrenatural estaba agitado por nerviosas sacudidas...*

Próximo a su muerte, Maupassant no había olvidado este encuentro, el primero que había tenido con la poesía encarnada en un hombre. *Durante todo el almuerzo se habló de arte, de literatura y de humanidad; y las opiniones de ambos amigos arrojaban sobre las cosas una especie de resplandor turbador, macabro, pues tenían una manera de ver y de comprender que me los mostraba como dos visionarios enfermos, borrachos de poesía perversa y mágica.*

El joven normando abría los ojos de par en par: *Por todas partes cuadros, algunos soberbios, otros extraños, plasmando concepciones de alienados*. Esta entrevista revela en él de repente unas contradicciones, oposiciones desconocidas, y su tendencia todavía escondida hacia lo fantástico. Nada hay aún de valor en el chico, aparte de la leyenda del prestigioso tío Alfred, las lecturas shakesperianas de la madre y su latente romanticismo.

Muy joven, tiene una sorprendente intuición de la psiquiatría moderna: *Una acuarela, lo recuerdo muy bien, representaba una cabeza de muerto navegando en una concha rosada, sobre un océano sin límites, bajo una luna de rostro humano... Me llamó la atención sobre todo una espantosa mano disecada que todavía conservaba su piel seca, sus músculos negros puestos al desnudo, y sobre el hueso, blanco como la nieve, huellas de vieja sangre...* La acuarela era sin lugar a dudas una pintura de esquizofrenia. En cuanto a la mano, va a entrar en su vida, a acompañarle, y a poner siempre en duda el realismo poderoso pero «bajo techo» que él parecerá encarnar. Esa mano será el tema de su primer cuento aparecido a los veinticinco años, *La Mano Disecada* (1875). Guy la olvidará menos aun cuando Swinburne se la regala, símbolo de todo lo que el toro normando comportaba de oscuro, señal de su zona sombría.

Para «sorprender al chico», los ingleses «se habían esmerado» El menú contenía «asado de mono». En realidad fueron brochetas de carne de mono, pedido al Havre para la ocasión, a un comerciante de animales exóticos. *Solo el olor de ese asado cuando entré en la casa me hizo encoger el corazón de inquietud, y el horroroso sabor del animal me quitó para siempre las ganas de volver a repetir semejante comida...*

Maupassant dirá, en otras circunstancias: *Regresé allí una última vez para aclarar las ideas* (...) *Les mostré la inscripción donde estaba escrito* Caldera de Dolmancé*, y les pregunté si sabían que el nombre de Dolmancé, era el nombre del héroe de la* Filosofía del Armario[1]. *Ellos respondieron afirmativamente. «¿Entonces es la enseña de la casa? les dije. – Si usted quiere», respondieron ellos con terribles rostros. Lo tenía claro, no los volví a ver* (...) *Eran auténticos héroes del Viejo*[2] *que no se habrían echado atrás ante un crimen.*

Sin duda Guy se ensombrecía. ¿Acaso se vanagloriaba? Lo hará a menudo. En cualquier caso, si no se jactaba en cuanto a la alusión a Sade, puede decirse que su estancia en Yvetot ¡no le había privado de las más edificantes lecturas!

De este modo, agrupados a orillas del agua, o en el agua, en la fría Mancha, tumultuosa o nacarada, unas veces Courbet, unas veces Boudin, han aparecido los elementos esenciales que caracterizan al escritor, la efusión poética, la sensualidad pánica, el desdén amoroso, la erotomanía y la presencia sorda y sarcástica del miedo, de la locura y de la muerte.

[1] Sade.

[2] *Ibid*.

4.

Louis Bouilhet y la fiesta de San Carlomagno – La Tentación de San Antonio - *«¡Sus poemas tienen al menos cincuenta años!» - El taller de Croisset – El Bachillerato y París -. La capital antes de la derrota.*

Guy enseguida se enamora de Ruán, de orografía accidentada y brillante, industrial y mística, campesina y marinera, ciudad que pintará un admirable Monet de las catedrales, *un poco ahogada en la bruma matinal, con destellos de sol sobre sus techos, y sus mil campanarios ligeros, puntiagudos o achaparrados, endebles o trabajados como joyas gigantes, sus torres cuadradas o redondas, rematadas con coronas heráldicas, sus atalayas, sus cúpulas, todo el enjambre gótico de pináculos de iglesia a los que domina la flecha aguda de la catedral, sorprendente aguja de bronce, fea, rara y desmesurada, la más alta que hay en el mundo...*

La aclimatación del joven filósofo ha sido facilitada por la instalación temporal de su madre en Ruán. Esta valiente madre rechaza por completo al débil padre. Pero, sin saberlo, Guy sufre el vacío provocado por él. Hay un hueco en el lugar de su padre.

Un día, cuando nos dirigíamos hacia el colegio, tras un paseo, el monitor, un trabajador al que se estimaba, cosa rara, hizo un gesto brusco como para detenernos; luego saludó, de un modo respetuoso y humilde (...) *a un caballero gordo, condecorado, de largos bigotes lacios que caminaba, el vientre prominente, la cabeza atrás, la mirada velada por unos anteojos*. A pesar del parecido, no se trataba de Gustave Flaubert, sino del conservador de la Biblioteca municipal, el poeta Louis Bouilhet.

Guy enseguida se hace con *Festons y Astragales* y se enfrasca en esa poesía musical, risueña, tierna e irónica, de un estilo que explotarán los pequeños simbolistas y los fantásticos hasta Francis Carco:

«Qu'importe ton sein maigre, ô mon objet aimé!	*«Qué importa tu seno pequeño, ¡oh mi objeto amado!*

On est plus près du coeur quand la poitrine est plate;	*Se está más cerca del corazón cuando el pecho es plano;*
Y je vois comme un merle en sa cage enfermé,	*Y yo veo como un mirlo en su jaula encerrado,*
L'amour entre tes os, rêvant sur une patte!»	*¡El amor entre tus huesos, soñando sobre una pata! »*

Cuando se consigue, – y eso ocurre a menudo – es cantarín como Jules Laforgue:

«Tu n'as jamais été, dans tes jours les plus rares,	*Tú no has sido, en tus días más extraños,*
Qu'un banal instrument sous mon archet vainqueur,	*Más que un banal instrumento bajo mi arco vencedor,*
Et, comme un air qui sonne au bois creux des guitares,	*Y, como un aire que suena al toque hueco de las guitarras,*
J'ai fait chanter mon rêve au vide de ton coeur. »	*He hecho cantar mi sueño al vacío de tu corazón.*

– ¡Está decidido! –exclama Guy. –Voy a verlo el jueves.

Soltero, bromista, fanático de su arte, Louis Bouilhet tenía todo lo que hay que tener para agradar al muchacho. A un amigo, hombre de política, le había dicho públicamente, ante los atónitos testigos: «¡Ah!, sí! Era en la época de tu salida de la casa central de Poissy, después de tu asunto de Bruselas!»

No hacía falta más para desencadenar el entusiasmo de un colegial. Las visitas se multiplicaron. De regreso al Instituto, el adolescente se recreaba en esta admiración de los compañeros, de la que experimentaba necesidad, por compensación, y que obtenía cada vez más fácilmente.

Guy debía recitar unos versos, con ocasión de San Carlomagno, el 28 de enero de 1869. Bouilhet había hecho una mueca tras la lectura:

– Tus alejandrinos son enrevesados, pero yo los he leído peores. ¡Bah! ¡Con el champán pasarán!

Comenzaban así:

Certes, mes bons amis, je ne sais rien de pier	*Desde luego, mis buenos amigos, no sé de nada peor*
Que de faire des vers quand on n'a rien à dire.	*Que componer versos cuando no se tiene nada que decir.*
Depuis bientôt un mois, j'attendais	*Desde hace un mes, esperaba todos*

tous les jours	*los días*
Une inspiration. Mais je l'attends toujours...	*Una inspiración. Pero la espero todavía...*

Estos no son mejores, sentenciosos y planos:

Libre et levant le front l'orgueillese jeunesse	*Libre y la frente altiva la orgullosa juventud*
Sent l'avenir entier qui germe dans son coeur	*Siente el futuro entero germinando en su corazón*
Elle connait sa force et dans ses jours d'ivresse	*Conece su fuerza y en sus días de embriaguez*
Regarde le ciel même avec un ris moqueur.	*Mira incluso el cielo con una risa burlona.*

Sí, pero una nube pasa, una sombra. La adolescencia es siempre la edad de la desgracia, y el chico se vuelve torpemente sincero:

Il est pourtant des jours ou (sic) l'avenir est sombre	*Hay sin embargo unos días en los que el futuro es sombrío*
Ou l'on a peur ou l'on doute ou l'homme le plus fort	*Donde el hombre más fuerte tiene miedo o duda*
Voyant tour son espoir s'enfuir, ainsi qu'une ombre,	*Viendo dar vuelta a su esperanza y huir, igual que una sombra,*
Sent passer sur son coeur comme un souffle de mort.	*Siente pasar sobre su corazón como un soplido de muerte.*

Bouilhet, «ilustre y exigente amigo», siempre hacía la mueca, pero, junto a sus compañeros, Robert Pinchon, Henri Brainne, Léon Fontaine, que lo conoce en Étretat, como se hace conocimiento en una playa, entre jóvenes de la misma edad, Guy aprobaba para el Poeta. Los mismos profesores, más satisfechos por una lengua bien manejada que exigentes sobre la originalidad, concedían al dotado alumno una especie de consagración inscribiendo en el cuaderno de honor una gran composición solemne titulada *El Dios Creador*

Dieu, cet être inconnu, dont nul n'a vu la face,	*Dios, ese ser desconocido, al que nadie ha visto la cara,*
Roi qui commande aux rois, et règne dans l'espace,	*Rey que ordena a los reyes, y que reina en el espacio,*

Las d'être toujours seul, lui dont l'infinité *De l'Univers sans borne emplit l'immensité...*	*Harto de estar siempre solo, él, que en la infinidad* *Del Universo sin límite, llena la inmensidad...*

Un jueves, en la calle Bihorel, Guy entra despistadamente y ve *a través de una nube de humo, dos grandes y gruesos hombres, hundidos en unos sillones y que charlan fumando*. Son Bouilhet y Gustave Flaubert. Los dos «ancianos» se parecen de un modo extraordinario, incluso la misma frente calva bajo una corona de largos cabellos, el mismo grueso bigote amarillento, la barba más larga de Bouilhet[1].

– Vamos – dijo Flaubert a Bouilhet –acompáñame hasta el extremo de tu calle; iré a pie al barco...

Un vapor lo llevaba con frecuencia a Croisset. Atravesaron la Feria Saint-Romain en la que se oían los órganos de Barbarie en medio de un poderoso olor de arenques fritos en aceite. Ambos hombres y el colegial se deleitan mirando los rostros rojizos, en imaginar los caracteres, y fingen las conversaciones con una asombrosa fidelidad. Bouilhet hace de hombre, Flaubert de esposa. Maupassant mira atónito a esos dos viejos tan jóvenes.

– Vamos a ver el violón, dice de pronto Bouilhet.

Louis Bouilhet describe el teatro de la feria en sensibles y dulces versos:

«Oh! qu'il était triste au coin de la salle, *Comme il grelottait, l'homme au violon.* *La baraque en planche était peu d'aplomb* *Et le vent soufflait dans la toile sale.* *Dans son entourage, Antoine, en prière,* *Se couvarit les yeux sous son capuchón* *Passait, effaré, la torche au derrière.»*	*«¡Oh! qué triste resultaba en el rincón del escenario,* *Cómo titirtaba el hombre del violon.* *La barraca de madera era poco estable* *Y el viento soplaba en la sucia lona.* *A su alrededor, Antonio, en oración,* *Se cubría los ojos bajo su capuchón* *Pasaba, asustado, la antorcha por detrás. »*

[1] Este parecido es tal, que las malas lenguas dirán que eran hermanastros.

Una vez finalizado ese espectáculo de marionetas, lleno de piedad hacia el viejo feriante, el gran Gustave Flaubert exclama:

– ¡Pobre diablo!

– ¡Envejecer no es alegre para nadie¡ – suspira Bouilhet.

Ambos pasaban de la alegría a la tristeza de un momento a otro, sombra y sol, como el cielo de Ruán. Y el jovencito los imitaba. Lleno de admiración, Guy acompaña a Flaubert hasta el barco, sin tener ninguna duda de que acababa de asistir a una representación de lo que había sido antaño para Flaubert el origen de su *Tentación de San Antonio*[1].

El rudo muchacho de Étretat pronto percibe las razones de esta nacarada melancolía de Louis Bouilhet. *No se conocieron nunca las torturas de su alma, pues Bouilhet era de esa raza fuerte de los sonrientes en los que todo parece alegre, incluso el dolor*. Sólo, pobre, trabajando penosamente, consciente de su fracaso, Louis Bouilhet no era a sus propios ojos más que un pequeño gran hombre de provincias. Todo le había sido negado:

«Pareil au flux d'une mère infeconde, *Sur mon cadavre au sépulcre endormi,* *Je sens déjà monter l'oubli du monde,* *Qui, tout vivant, m'a couvert à demi.»*	*Al igual que el flujo de una madre estéril,* *Sobre mi cadáver en el sepulcro dormido,* *Siento ya alzarse el olvido del mundo,* *Que, de vivo, me ha cubierto a medias.*

No era feliz más que con sus flores y sus amigos.

Con ese pintoresco mentor, Guy se iba entonces a Croisset, a algunos kilómetros hacia Le Havre, sobre la orilla norte del río. *Conocí a Flaubert muy tarde, aunque su madre y mi abuela hubiesen sido amigas de infancia. Pero las circunstancias alejan las almas y separan las familias. Lo he visto pues dos o tres veces únicamente durante mi primera juventud*, dirá él.

Los dos hombres han salido de Ruán y enfilan a gran trote por la ruta de Jumièges; luego el caballo se pone al paso para subir la cuesta de Canteleu.

[1] La primera versión fue escrita en septiembre de 1849.

El poeta cuarentón y el alegre adolescente continúan ahora a pie por un paseo de tilos al extremo del cual se levanta un pequeño pabellón adosado a la cuesta de Canteleu. Desde allí, se abre un paisaje de un poderoso romanticismo portuario. Los remolcadores quejumbrosos se desgañitan remontando el río, llevando las cargas de carbón inglés, los transportes holandeses, los navíos brasileños, los barcos de tres mástiles llevando madera de Noruega y las traineras de la pesca de altura.

Redondas nubes blancas navegaban en el cielo pálido por el mar próximo. El gigante los esperaba, los cabellos alborotados al viento procedente del río, con la camisa abierta.

-¡Ah! ¡Aquí tenemos al joven!

Detrás de la bonhomía, Flaubert lo escruta. Guy se parece tanto a su viejo amigo Alfred que el vikingo, desconcertado, se muerde el labio.

A Guy le gusta inmediatamente ese austero interior, sin figuritas de porcelana, casa de cura o de profesor. ¡Cuántos libros! Algunos recuerdos de viaje, unos caimanes disecados, un pie de momia que un día a un criado se le ocurrió echar betún como a una bota, un Buda dorado...

Se puede acabar de tener una idea de los poemas del adolescente en el momento en que los va a someter al Maestro, a ese Maestro de cuarenta y ocho años, por una pequeña pieza datada en Ruán en 1869, que recuerda el estilo saltarín de *La Gruta de las Señoritas.*

Voyez partir l'hirondelle	*Ved partir la golondrina*
Elle fut à tire-d'aile	*Se va a golpes de ala*
Mais revient toujour fidèle	*Pero siempre regresa fielmente*
A son nid	*A su nido*
Sitôt que des hivers le grand froid es fini.	*Tan pronto que de los inviernos el gran frío acaba.*
L'homme, au grè de son envie,	*El hombre, a merced de sus ganas,*
Errant promène sa vie	*Errante pasea su vida*
Par le souvenir suivie	*Por el recuerdo continuo*
De ces lieux	*De esos lugares*
Où sourit son enfance, oú dorment ses aieux.	*Donde sonrió su infancia, donde duermen sus antepasados.*
Et puis, quand il sent que l'âge	*Y luego, cuando siente que la edad*
A glacé son grand courage,	*Ha helado su gran valor*
Il les regrette et, plus sage,	*Los echa de menos y, más sabio,*

Vient chercher *Un tranquille bonheur près de son vieux clocher.*	*Viene a buscar* *Una tranquila alegría cerca de su viejo campanario.*

Temblando, Guy los ha entregado, empujado por la espalda por Bouilhet. Lentamente, con el jefe detrás, Flaubert lee. Luego sacude su melena y deja caer:

– ¡Dedíquese a trabajar, jovencito! ¡Sus poemas tienen por lo menos cincuenta años!

El Maupassant escritor sale del «taller de Croisset» como Rubens del taller de Jordaëns. *Ambos hombres, por sus enseñanzas simples y luminosas me han dado esa fuerza de intentarlo siempre: Louis Bouilhet y Gustave Flaubert* (...) *Bouilhet, al que conocí primero de un modo íntimo, dos años aproximadamente antes de granjearme la amista de Flaubert... Más tarde, Flaubert, al que veía alguna vez, me tomó afecto. Me atrevía a someterle algunos trabajos. Los leyó con bondad*[1]

– Lo que usted me ha traído demuestra una cierta inteligencia, pero no olvide esto, jovencito. El talento – parafraseando a Buffon – ¡no es más que una larga paciencia!

«Jovencito» y «Trabaje». Uno cree escucharle.

Yo trabajaba, y regresé a menudo junto a él, comprendiendo que le agradaba, pues se había comenzado a llamarme, riendo, su discípulo. Durante siete años compuse versos, escribí cuentos, incluso creé un drama detestable. Nada quedaba por hacer. El maestro leía[2] todo. Luego, al domingo siguiente, almorzando, emitía sus críticas y explicaba al pequeño sus secretos de artesano:

– «Se trata de observar todo cuanto se pretende expresar, con tiempo suficiente y suficiente atención para descubrir en ello un aspecto que nadie haya observado ni dicho... Para descubrir un fuego que arde y un árbol en una llanura, permanezcamos frente a ese fuego y a ese árbol hasta que no se parezcan, para nosotros, a ningún otro árbol y a ningún otro fuego. Esta es la manera de llegar a ser original.»

[1] Prólogo de Pierre y Jean

[2] *La Condesa de Rhune*.

Siempre daba en el clavo:

–«Cuando pase ante un abacero sentado a la puerta de su tienda, ante un portero que fuma su pipa, ante una parada de coches de alquiler, muéstreme a ese abacero y a ese portero, su actitud, toda su apariencia física indicada por medio de la maña de la imagen, toda su naturaleza moral, de manera que no los confunda con ningún otro abacero o ningún otro portero, y hágame ver, mediante una sola palabra, en qué se diferencia un caballo de coche de punto de los otros cincuenta que le siguen o le preceden.»

Era la lección de un profesor. Con delicadeza, Laure anotará: «Si Bouilhet hubiese vivido, habría hecho de Guy un poeta; fue Flaubert quién quiso hacer de él un novelista.» Ella tenía y no tenía razón al mismo tiempo, se equivocaba en el sentido en que Maupassant no tenía verdaderamente el don poético, razón por la qué Bouilhet era superior a Flaubert en ese ámbito.

El 18 de julio de 1869, Bouilhet moría súbitamente. Guy nunca olvidará la casa de la calle Bihorel y su jardín saqueado: *Recuerdo a la muchedumbre inconsciente,* (...) *pisoteando sus flores, destrozando los arriates, moliendo los claveles, las rosas* (...) *para apresurarse alrededor del pesado ataúd de roble que cuatro empleados de la funeraria llevaban a hombros, despedazando a lo largo de un camino, dos finas orillas de ramilletes azules.*

La vida del adolescente, ayer tranquila, se acelera vertiginosamente. Ha llegado el viento. Aturdido de temor no le quedan más que NUEVE DÍAS para examinarse del Bachillerato, en Caen, el 27 de julio de 1869. Todavía abrumado de pena, el colegial hace el largo viaje en diligencia. Y se gradúa, yendo a celebrarlo, según la tradición, en los burdeles del Vaugueux.

En octubre, Guy se matricula en la Facultad de Derecho de París y se instala en el número 2 de la calle Moncey, donde vive su padre. El estudiante, llevado por el torbellino de la vida y el

descubrimiento de la gran ciudad, mira desfilar sin preocupación ese invierno preñado de amenazas.

A su llegada, no se habla más que del horroroso crimen de Pantin. El 20 de septiembre, un campesino de La Villette, descubrió cinco cadáveres de niños atrozmente degollados y a la madre. Una semana más tarde se encontró al marido. Un tal Troppman, de veinte años, mecánico, confesó el 13 de noviembre haber matado igualmente al padre, el alsaciano Kinch. ¡Ocho! Los cantantes callejeros cantan a grito pelado la endecha del asesino, con el aire del viejo Fualdès:

Je n'etais pas sans mérite	*No tenía merito*
Par malheur, à dix-sept ans	*Por desgracia, a los diecisite años*
Je fis des mauvais romans	*Hice de las malas novelas*
Ma lecture favorite.	*Mi lectura favorita.*
C'est bien ce genere d'ecrit	*Fueron esos tipos de escritos*
Que me pervertit l'esprit.	*Los que me pervirtieron el espíritu.*

En el Palacio de Justicia, el asesino río y cantó toda la jornada. ¡Famosos inicios para unos estudios de derecho! El proceso tendrá lugar los 28, 29 y 30 de diciembre. Condenado a muerte, Troppman saluda como un actor y estalla en carcajadas.

Es ejecutado el 19 de enero de 1870. Maupassant lee en *Le Droit* todos los detalles.

Otra novedad es que en la calle Richer, sobre las instalaciones de un gran almacén de colchones y somieres, se ha inaugurado *Les Folies-Bergère*, café-concert denominado enseguida ¡*Café del Somier Elástico*! En 1871, *La Vie de Paris*, publicará: «Su interior, dónde se pasean las DAMITAS más conocidas del barrio de Bréda, tiene el privilegio de atrater a todo tipo de extranjeros de paso.» Guy pronto llamará a algunas de ellas por su nombre de pila.

Las elecciones de mayo han reforzado a la oposición. Se sabe por donde van las afinidades del joven. Lee el panfleto semanal de Rochefort, *La Lanterne*, que devora el Imperio a grandes mordiscos, cuando no es elegido. El 27 de diciembre, el emperador encarga a Émile Ollivier formar el gabinete. Maupassant lee con indiferencia los nombres de los ministros,

riéndose, viendo como el general Leboeuf es nombrado ministro de la guerra y Buffet el de Economía.

Sin embargo, Francia se agita, se hincha, cruje antes de dislocarse. Apenas apagadas las luces de las fiestas del 10 de enero, en Auteuil, el príncipe Pierre Bonaparte abate de un tiro de revolver a un redactor de *La Marseillaise*, Yvan Salmon, llamado Victor Noir. El príncipe declara haber sido ofendido por el periodista. El Dr. Pinel constata una ligera equimosis en la región mastoidea. El emperador conoce la noticia descendiendo del tren especial que le conduce desde Rambouillet. Se vuelve muy pálido y da la orden de arrestar al príncipe, qué es conducido al Palacio de Justicia, donde puede oír cantar a Troppman durante algunos días aun.

Maupassant lee con admiración el número de *La Marseillaise* donde destaca el célebre artículo de Rochefort: «Tuve la debilidad de creer que un Bonaparte podía ser otra cosa que un asesino.» Los funerales tienen lugar el 12. Se levantan barricadas. Esta vez, Maupassant no está de acuerdo. Detesta las multitudes. No establece la diferencia: es el PUEBLO de París que está allí, última cita antes de la Comuna.

Tras una primavera aparentemente tranquila, el domingo 8 de mayo de 1870, los franceses responden al plebiscito que debe aprobar «las reformas liberales realizadas durante esos últimos años». La pregunta ha sido tan hábilmente planteada que resulta difícil votar «¡no!» El Imperio se tranquiliza: 7.336.434 «sí» lo reafirman contra 1.560.709 «no». Ese triunfo es ilusorio. Y París, la gran ciudad, ha suspendido al Imperio, liberal o no, con 184.345 «no» contra 138.406 «sí». Mediante esta ruptura con las provincias, la Comuna virtualmente ha comenzado.

Sin embargo, el interés de los más lúcidos se orienta hacia el Este. El sábado, 2 de julio de 1870, el príncipe Leopoldo de Hohenzollern, primo del rey de Prusia, Guillermo I, acepta, tras muchos enredos, la corona de España, vacante desde septiembre de 1868. Francia no puede consentir esta especie de «renacimiento del imperio de Carlos V.» Francia es fuerte, o al menos eso cree. La emperatriz Eugenia, la española, comprometida a fondo en este asunto de familia, quiere la

guerra, porque sus consejeros le murmuran que es el único medio de conservar su trono. Tienen razón. La guerra está ganada. ¡Bah! ¡Cómo podría Francia perder la guerra! En Satory, trescientos caballos son abatidos en tres minutos por la ametralladora. Se hará mejor con los Comuneros al año siguiente.

Algunos ingenuos se manifiestan por los bulevares al grito de «¡A Berlín! ¡A Berlín!» Ni Napoleón III, ni Guillermo I, consideran fríamente la aventura. Además, los gobiernos de Inglaterra, Austria y Rusia, han presionado al rey de Prusia para que sea retirada la candidatura del príncipe. Está hecho el martes, 12 de julio. La guerra no tendrá lugar. Lo que no satisface a la española ni a la opinión pública. Para acallar y agradar a ésta última, Antoine-Agénor, príncipe de Bidache y duque de Gramont, ministro de Asuntos Exteriores, solicita y apuesta por el compromiso formal de Prusia de oponerse a toda candidatura ulterior del príncipe Leopold; El rey Guillermo está en el balneario de Ems. Con razón juzga inútil la solicitud. En Berlín, Bismarck cena con el general Von Moltke y con su ministro de la Guerra, Roon. Recibe un telegrama de Guillermo relatándole los acontecimientos de la jornada. Los invitados están consternados: ¡es la paz! Bismarck y el estado mayor quieren la guerra para asegurarse, de una vez por todas, la unidad alemana bajo la autoridad prusiana. Bismarck transforma la atemperada respuesta de Guillermo I en una negativa tajante. «Eso, dice él, va a producir, sobre el toro galo, el efecto de un capote rojo.»

El 15, Émile Ollivier declara: «A partir de hoy, comienza para los ministros, mis colegas, y para mí, una gran responsabilidad. La aceptamos de corazón.» Más adelante cuestionará el sentido de estas palabras. Demasiado tarde. Thiers protesta. Pide en vano la confirmación de la noticia, bajo abucheos, ya que Alemania ya ha tomado su resolución. No puede dejar de repetir: «Se ha elegido un mal momento. Esta guerra es una insensatez.»

El lunes 18 de julio, Francia declara la guerra. Napoleón III se pone en cabeza del ejército. El 2 de agosto comienzan las hostilidades. Después de maravillosas noticias de victoria, el 7

de agosto, la emperatriz regente Eugenia, debe firmar una proclama reestableciendo la verdad: Alsacia está perdida, Lorena abierta por la derrota de Forbach, el principal ejército francés va a ser pronto acorralado en Meta.

«FRANCÉS, el principio de la guerra no nos es favorable, nuestros ejércitos han sufrido una derrota. Seamos firmes en estos reveses y afanémonos en repararlos. (...) Apelo a todos los buenos ciudadanos para que mantengan el orden. Alterarlo sería conspirar con nuestros enemigos.»

Francia está exasperada tanto por esa caída en picado como por la inconcebible derrota. Demasiado tarde para ella. Demasiado tarde para Maupassant, estudiante todavía estupefacto por vestirse de soldado.

Tiene veinte años y ya ha vivido la mitad de su vida.

5.

Sedan – Bivouac, bosque de los Andelys - «¡Aquí unas viudas!» - La ocupación y la resistencia – Los amigos reencontrados – Cuentos y relatos de guerra – Héroes sin saberlo – El valle y la meseta – Maupassant ante la Comuna.

Guy se incorpora al ejército en julio de 1870. Movilizado en Vincennes, ha sido asignado a la 2ª división de la Intendencia del Havre, en Ruán primero, en calidad de oficinista.

En el apocalíptico batiburrillo de las auténticas y falsas noticias, el joven soldado aprende los nombres de Wissembourg, Froeschwiller, Forbach, Rezonville, Gravelotte, Saint-Privat. La guerra apenas ha comenzado cuando el ejército imperial se hunde el 2 de septiembre en Sedan. La caída del Emperador maquillada y lamentable, peleando a contracorriente, con el vientre corroído por la disentería, se ha tumbado literalmente. El 4 se instaura la República.

El ministro Palikao proclama:

«Una gran desgracia golpea a la patria.

«Tras tres días de heroicas luchas sostenidas por el ejército del mariscal Mac-Mahon contra 300.000 enemigos, cuarenta mil hombres han sido hechos prisioneros.

«El general Wimpffen, que había tomado la jefatura del ejército sustituyendo al general Mac-Mahon, gravemente herido, ha firmado una capitulación»...

Guy no conocerá hasta más tarde, por fragmentos, la caída de Napoleón Bonaparte y de su dinastía, la marcha de la muchedumbre hacia las Tullerías y a la Cámara de los diputados, la huida de la emperatriz en brazos de Nigra, ministro de Italia... El Imperio ha caído como un castillo de naipes.

Mediante una carta, una anécdota, un fragmento de cuento, podemos entrever un instante al joven soldado de Intendencia, emergiendo de la humareda de los Últimos Cartuchos. Los prusianos avanzan hacia París. Estarán en Versalles el 19, con Moltke y el emperador Guillermo. Un cuarto del territorio francés está ocupado. Es la debacle.

El soldado de segunda clase Maupassant pisotea el bosque de los Andelys, bajo la nieve.

– *Tenían una artillería terrible para diezmarnos a distancia,* dirá él, en plena vena de confidencias, veinte años después. *¡Nosotros nada, más o menos! Nuestro fusil estaba brillante cuando debía estar broncineo. Si a veces un cartucho no se encasquillaba, la bala iba a caer a cien metros delante de nosotros. ¡Cuántos malos ratos hemos pasado! Nuestros labios temblaban* (...) *pero no era de frío, era una fiebre nerviosa que nos paralizaba la garganta, tanto de lo que maldecíamos a los traidores que nos habían llevado a semejante situación. Ni uno de nosotros temía la muerte* (...) *pero no hay nada más triste que decir: doy mi vida sin defenderla y ese sacrificio no servirá para nada, a nadie... Pues los bárbaros del otro lado del Rin se caracterizan por tener esa mentalidad.*

Desde luego, Maupassant exageraba un poco ese día, y lo que dijo fue «traducido» por el mayordomo François Tassart; asimismo, el vocabulario ha envejecido, pero es de ese modo como el hombre de cuarenta años se expresaba todavía. Un patriotismo muy ingenuo caracterizaba al joven soldado, del que el hombre prematuramente maduro no ha renegado nunca.

La debacle está en sus piernas, en sus músculos endurecidos y desnudos, resecos y torcidos, la planta de los pies quemada, sus rótulas doloridas del ácido, el pecho oprimido por la mochila y recorrido de calambres, la mandíbula marcada, la nuca agarrotada y los ojos empañados de lágrimas. *Me he salvado con nuestro ejército derrotado; casi he sido hecho prisionero. He pasado de la vanguardia a la retaguardia, para llevar una orden de la intendencia al general. He hecho quince leguas a pie. Tras haber caminado y corrido toda la noche anterior, me he acostado sobre la piedra en una cueva glacial...* La carta, sin fecha, fue llevada a Laure por el conductor de la diligencia del Havre donde Guy estaba destinado[1].

Añade a su madre: *Sin mis buenas piernas, habría sido hecho prisionero. Estoy bien*. ¡Es cierto que tiene unas buenas piernas!

[1] Colección de la Sra. Leconte du Nouy.

¿Cómo datar este otro recuerdo? *No había comido nada desde la víspera. Todo el día nos quedamos ocultos en una granja, apretados unos contra otros para tener menos frío, los oficiales mezclados con los soldados, y todos aturdidos de fatiga...*

Invasión 70. Invasión 14. Invasión 40. *Eran grandes oleadas de hombres que llegaban unos tras otros, dejando alrededor de ellos una escoria de pillaje. La marcha se reanudaba, sonámbula, en el ruido de los chasquidos entrecortados de los fusiles, de las órdenes apagadas y de los juramentos... La piel de las manos se pegaba al acero de las culatas... Con frecuencia, veía a un pequeño soldado de la guardia nacional quitar sus zapatos para caminar descalzo, de tanto que sufría con su calzado, y dejaba en cada huella una mancha de sangre.*

Y sin embargo, en el niño-soldado, la esperanza no se apaga: *En cuanto al desenlace de la guerra, no hay duda. Los prusianos están perdidos, son conscientes de ello, y su única esperanza es tomar París con una acción rápida. Pero estamos preparados para recibirlos*. 27 de agosto de 1870[1]

Octubre. Francia tiene una jadeante respiración de gigante arrodillado. Metz resiste todavía. En las pequeñas mañana frías, las cuadras de los animales humean. De pronto, surge la horrible palabra: Metz ha CAPITULADO.

París agoniza, se comen ratas, gordas y cazadas en los Alboches. Desde los primeros días de octubre, el mal querido padre pide ansiosamente noticias a Laure, a quién él «estrecha afectuosamente la mano[2]». Los soldados de Chanzy maniobran al sur del Loira y, el 10 de diciembre de 1870, ¡Guy está de permiso! ¡En Étretat! Describe a su tío político, Cord'homme, la llegada de los prusianos a la pequeña localidad de su infancia. *Un oficial prusiano ha venido a pasearse por Étretat en uniforme. El pueblo indignado se ha alborotado. Entonces, varios ciudadanos y yo hemos ido a entrevistarnos con el Alcalde* (...) *El Alcalde nos ha respondido con insolencia* (...) *que los franceses eran unos quejicas y unos cobardes y dado*

[1] Colección de la Sra, Leconte du Nouy.

[2] Idem.

que los prusianos nos habían vencido, nada teníamos que objetar[1]...

El alcalde de Étretat, Martin Vatinel, pintoresco marino y pescador con gorrito de algodón rojo y en zuecos, no había visto nada de malo respondiendo al galopín de ayer que, si no quería hablar con los alemanes, no se les debería haber permitido pasar. Era lógico, por desgracia. Pero esas palabras, Guy jamás las olvidará. Más allá del acalde y de su buen sentido, él arreglará por su cuenta a aquellos que prefirieron el orden bajo el enemigo, a los miedicas, a los desertores, a los bocazas que surgen, una vez pasado el peligro, a los guardias nacionales ventrudos y fanfarrones y a los colaboradores. Flaubert dirá, al igual que él: «¡Ah! Gracias a Dios «ya están aquí los prusianos » es el grito universal de los burgueses.»

De momento Guy aprieta los dientes y como en el colegio de Yvetot, hace algo a propósito para poder prolongar su «permiso».

Incluso siendo un oficinista militar, Guy se sentía SOLDADO. Le gustaba caminar por los bosques, empuñando el fusil, envidiando el *chassepot*[2] de la infantería. En ocasiones podía oír unos disparos irrisorios.

– ¿Quién va?

– Se dibuja una forma.

– Para, es una mujer!- exclama Guy.

– ¡Avance lentamente!

Entre los témpanos de las ramas muertas apagadas por la nieve, aparece una mujer:

– ¿Entonces, es así como uno recibe a los suyos, a esta hora?

– ¡*Dios mío, es Josèphe*!

– ¡A ver si te crees que ha sido fácil encontrarte!- protesta la criada de Laure que lo ha criado. ¡Tanto como buscar una aguja en un pajar! ¡Hace dos horas que estoy dando vueltas! ¡En fin, aquí estás, mi Guy¡¡Dios mío, qué delgado estás, pequeño! ¿Has cambiado de camisa?

– ¡Ehh, no, Josèphe, no!

[1] Colección de la Sra. Leconte du Nouy.

[2] Fusil de guerra utilizado en el ejército francés desde 1866 a 1874 (N. del T.)

– Vas a cambiarte la camisa enseguida y me entregarás la sucia. Y luego puedes ayudarme con la cesta que es pesada como un asno muerto! ¡Además es para ti lo que hay dentro! ¡Un pollo, un jamón, un pernil! Incluso no he olvidado la mostaza fuerte, hijito[1].

Unas lágrimas fluyen sobre el rostro curtido del hijito, lágrimas de ternura y lágrimas de vergüenza. Guy no eligió sus cartas. Uno no elige sus guerras. Se hace lo que se puede con lo que se tiene.

El invierno asola Francia como una segunda muerte. París sucumbe un poco cada día, y la Comuna crece en sus entrañas. El sábado 28 de enero, París capitula. Una palidez de nieve se extiende y los soldados lloran como niños.

En su biografía, dónde el brillo de la escritura se mezcla con el partido tomado, Paul Morand ha sabido mostrar a Maupassant, por un instante, con simpatía: «El uniforme andrajoso, la barba hirsuta, titubeando de cansancio, desmoronándose cuando se detiene, Guy de Maupassant, joven soldado de la reserva del 70, descansa ahora bajo París, en el fondo de un foso de las fortificaciones.»

Los soldados de tres guerras han sido unos vagabundos. Esta alucinante caminata a pie de la derrota, el cuerpo que no es más que un gigantesco calambre, el estómago pegado al espinazo, la lengua hinchada y la cabeza vacía como un huevo, Guy lo ha vivido. Ha visto a unos francotiradores cojos y espías precipitadamente fusilados. La nieve estaba rosada, innoble sorbete de sangre, y *todos, presa del pánico se afanaban para pasar por encima, como se desfila ante un ataúd para arrojar agua bendita*.

Ha sido el primero en comprender que se acababa de fusilar a una mujer.

Y yo, que había visto cosas terribles, me puse a llorar. Y sentí, frente a esa muerta, en esa noche helada, en medio de esa negra llanura, ante esa desconocida asesinada, lo que quiere decir la palabra «horror». Vio muertos mezclados de los dos bandos, sobre los que se arrojaba la tierra mientras se cavaban

[1] François Tassart, *Nuevos Recuerdos*.

los fosos, y reconocía a los franceses por su bigote y su perilla... Vio a soldados de su país, de su cantón, normandos de Yvetot o de Lillebonne abatir perros encadenados a la puerta de sus amos, para probar sus revólveres nuevos. Vio ametrallar vacas tumbadas en un campo por unos cándidos asesinos que llevaban el mismo uniforme que él.

- *Sin ningún motivo, simplemente para disparar...¡algo irrisorio!*

Oyó los gritos de alegría de ese bruto en uniforme, un recluta, pateando los cadáveres de los ulanos caídos en una emboscada:

- ¡He aquí unas viudas!

Jamás lo olvidará. ÉL PADECE LA GUERRA, incurable enfermedad.

También tuvo miedo. Maupassant sabía que el miedo y el valor no son incompatibles. Supo que el valor no es más que el arte de simular que no se tiene miedo. Ese niño de veinte años ha entrado demasiado pronto en el mundo que se extiende más allá del valor y del miedo, el mundo en el que se tiene el coraje de tener miedo, y el miedo de su coraje, el raro y secreto mundo de los hombres.

Parece que se establece la paz. Respira. No olvida nada. Nunca olvidará nada. Las fechas, los lugares, quizás los nombres. Nunca las imágenes.

En 1883, cuenta François Tassart, su señor se había disparado accidentalmente con un revolver en el dedo, poco antes de su entrada a su servicio[1]. La cocinera lo había vendado, asombrado por la tranquilidad de Guy.

– ¡El que soporta el dolor, es un hombre! ¡Ah! ¡he aquí a alguien que puede ir a la guerra!

– ¿Pero, pregunta François, no la ha hecho en 1870?

– ¡Oh, sí! ¡Ha luchado! Formaba parte de la promoción de los reclutas de dieciochos años...

Eso es exagerado. Guy partió con su quinta, poco antes del prorrateo, que fue hecho por el alcalde de Étretat, pero lo demás es exacto:

[1] *Nuevos Recuerdos*.

– A su llegada a Ruán, gastó unas bromas al Almirante que comandaba la Ciudad y más tarde a los prusianos... Cuando la ocuparon, se fue al Havre a cuidar a los enfermos de viruela...

Las bromas a los ocupantes reemplazan a las bromas al almirante francés y a los curas de Yvetot. Pronto van a ampliarse las bromas del remero, como aquella en la que se ve a Guy, en el tren de las afueras que va de Courbevoie a París, manipulando con evidentes precauciones una sospechosa maleta, hablando con un exagerado acento extranjero y hacerse detener en la estación Saint-Lazare bajo la denuncia de los viajeros burlados. El niño rebelde, fundamentalmente anarquista, renace de entrada por la broma, en el soldado conmocionado, en el tiempo que podemos denominar, de *la ocupación y la resistencia*.

En Vincennes, en el castillo, donde está destinado, Guy finge no ver a los prusianos y a los sospechosos que llevan a las Comandancias, las mismas que abrieron en Quarante.

Guy se encuentra con su compañero del Instituto de Ruán, Léon Fontaine, y Robert Pinchon está en Saint-Maur. El Dios de los ejércitos no ha querido reunirlos durante la contienda. Pues eran compañeros. Los tres tienen la misma edad. Han partido juntos los tres. Han pasados reveses los tres. Un baile al aire libre los reúne en Champigny. Y mientras beben como cosacos, yo estoy solo, cerca de cien años después, sabiendo que pisotean bajo la mesa del bar una mancha negra que es la sangre de un rehén fusilado el día de la gran partida.

Al día siguiente, Guy va a la Ópera, duerme en la ciudad y se divierte: *Mi padre me acorrala, quiere a toda costa hacerme entrar en la Intendencia de París,* (...) *me hace las recomendaciones más divertidas para evitar los accidentes*. Pobre padre burlado, sin embargo tan preocupado[1] .De hecho, invadido por un horror que resurgirá en *Bola de Sebo, La Señorita Fifi, La Madre Sauvage* y tantos otros cuentos, el mal militar en el qué ese buen soldado se ha convertido no digiere la derrota.

[1] *Si le hiciese caso, tendría que pedir el puesto de guarda del gran alcantarillado colector para no exponerme a las bombas.* (Carta a su madre del 27 de agosto de 1870. Colección Sra. Leconte du Nouy).

La palabra RESISTENCIA ha podido sorprender. Sin embargo es imposible comprender a Maupassant si no se habla de la RESISTENCIA. Apología del francotirador, odio al prusiano, caricatura del enemigo, exaltación del asesinato del ocupante admitido como normal, por la única razón de que el ocupante está allí, idea esencialmente rural, está en Guy cuando menos como en Barrès.

Antoine, el fiero normando de la región de Caux, al que llaman Saint-Antoine, ceba como a un cerdo al prusiano que el alcalde le adjudica en su casa, y acaba matándolo y enterrándolo bajo el estiércol. ¡No es un héroe! Fanfarrón y falso, tiene tanto miedo como su víctima. ¡Dos pobres diablos! Pero Antoine acaba por matar, FATALMENTE. Todo el problema del atentado individual y de las represalias sobre los rehenes está ahí planteado, de forma fría e indiferente, en algunas palabras: *Un viejo gendarme jubilado fue arrestado y fusilado*... Ganancias y pérdidas...

Metódicamente el tío Milon, con sesenta y ocho años, degolla a los ulanos cuando los encuentra aislados. *Era bajo, flaco, un poco torcido, con grandes manos parecidas a las pinzas de un cangrejo.* Sin embargo no es un héroe, pero no vive más que con un pensamiento, matar al prusiano. *Los odiaba con un odio solapado y sañudo de campesino codicioso y al propio tiempo patriota.* El tío Milon mata porque los alemanes han matado a su padre, que era soldado del primer Emperador, y porque su hijo menor ha sido abatido por ellos.

La Madre Sauvage, vieja aldeana también, venga a sus hijos asesinados, quemando su propia granja con los alemanes que la ocupan, en su interior.

Es Maupassant quién concluye: *Yo pensaba en las cuatro madres de los cuatro dulces muchachos quemados allí dentro, y en el atroz heroísmo de esta otra madre, fusilada contra ese muro.* Aunque se apiadase sinceramente por las víctimas de ambos bandos, Maupassant no condenaba ni al tío Milon ni a la madre Sauvage.

Dos amigos es el título de esa historia de pescadores aguijoneados por su pasión que se aventuran, en pleno asedio, en

la isla Marante, y a quiénes los alemanes fusilan porque no saben la contraseña para entrar. La discreción obtiene aquí una antigua grandeza: *Entonces la mirada de Morisot cayó por casualidad sobre la red llena de zarbos, que había quedado en la hierba, a unos pasos de él.*

Un rayo de sol hacía brillar el montón de peces, que se agitaban aún. Y lo invadió el desaliento. A pesar de sus esfuerzos, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Balbució: «Adiós, señor Sauvage.»

El señor Sauvage contestó: «Adiós, señor Morissot.»

Se estrecharon las manos, sacudidos de pies a cabeza por invencibles temblores.

El oficial gritó: «¡Fuego!»

Los doce disparos sonaron como uno solo.

Por la sola elección del siguiente detalle, el autor expresa sus sentimientos personales. El prusiano dice a su ordenanza: *Fríeme enseguida esos animalitos, mientras aún están vivos. Serán deliciosos.*

Esa cesta de peces, con sus reflejos, su vida rebosante, su obsesiva presencia de símbolo acuático, desempeña en el relato un papel de poderosa actualidad, y pone en alza, indirectamente, el heroísmo modesto, desconocido incluso por los propios héroes. Desde luego denuncia, por la voluntad del autor, pero también por demasiados ejemplos vividos, la sádica elegancia del ocupante, que deberá volver a ser idéntica desde 1940 a 1944.

No hay más que añadir. Sí. Quizás. Desde la isla Marente, en 1870, ya se oía tronar el cañón del MONTE VALÉRIEN.

La guerra había acabado; los alemanes ocupaban Francia; el país palpitaba como un luchador vencido caído a los pies del vencedor.[1] Este cuadro de principios de 1871, Guy lo ha conservado en la retina. *De un París desquiciado, hambriento, desesperado, salían los primeros trenes* (...) *Los primeros viajeros miraban por las portezuelas las llanuras devastadas y los caseríos incendiados.*

[1] *Un Duelo*, agosto 1883.

El Sr. Dubuis, antiguo miembro de la Guardia Nacional, se dirige a Suiza, vía Estrasburgo. *Miraba con irritado terror a aquellos hombres armados y barbudos instalados como en casa propia en la tierra de Francia, y sentía en el alma una especie de fiebre de impotente patriotismo...*Un oficial prusiano entra en el compartimiento que ya ocupaban dos ingleses y el Sr. Dubuis. A ese barbudo de pelo flamante, el narrador lo describe odioso a más no poder: « *En feinte años,* hace decir a ese grosero ocupante, de porte arrogante, por oposición al ocupante dandy de la isla Marante*, tota Europa, tota, pertenecerá a nozotroz. Pruzia maz fuerte que totos*.»

El oficial quiere obligar al Sr. Dubuis a que le vaya a buscar tabaco en la siguiente parada. Maupassant libera en palabras la rabia asesina que ciega al Sr. Dubuis. Se arroja sobre el oficial: *Las sienes hinchadas, los ojos inyectados en sangre, estrangulándolo con una mano, empezó con la otra, cerrada, a asestarle furiosos puñetazos en la cara...* (Escribiendo, Maupassant pensaba en otra palabra). *Corría la sangre; el alemán, estrangulado, bramaba, escupía dientes, e intentaba, aunque en vano, rechazar a aquel gordo exasperado, que lo molía a golpes.*

Un evidente sadismo prolonga la descripción y redobla el odio patriótico. Los ingleses miran sin intervenir, *llenos de gozo y curiosidad*. En Estrasburgo, el alemán y el Sr. Dubuis se baten en duelo. El Sr. Dubuis, aunque guardia nacional, y que nunca tuvo una pistola, mata al alemán. Los ingleses, que han actuado como testigos, codo con codo, suben al tren a paso gimnástico con el Sr. Dubuis, gritando: «*Hip, hip, hip, ¡hurra!*»

Así se materializan, de un modo casi gracioso, el mecanismo de la resistencia y el nacimiento de la ¡Entente Cordial!

Se encontrarán ampliamente este tipo de reacciones, más finamente trazadas, en *Bola de Sebo*, pero esperando a la pequeña prostituta normanda que se sacrifica y que es despreciada por los colaboracionistas, he aquí a la heroína de *La Señorita Fifi*. Los oficiales alemanes del mayor conde de Farlsberg, ocupan desde hace tres meses el castillo de Uville, cerca de Ruán. Se aburren en esa *bacinilla de Francia.* Beben,

destrozan y un día deciden dar una fiesta. Uno de ellos va a buscar a «las damas» y lleva cinco criaturas. Pamela, Blondine, la gruesa Amanda, Eva la Tomate y Rachel, una morena muy joven, *una judía cuya nariz respingona confirmaba la regla que da picos curvados a toda su raza...* En el transcurso de la orgía que sigue, los prusianos, y en particular aquél al que sus camaradas llaman «Señorita Fifi», apelativo derivado de *su talle delgado que se diría hecho por un corsé,* son presa de una borrachera de patriotismo. Rachel, una Colette Baudoche sin virtud, se indigna con sus palabras. No puede soportar oírles decir que los alemanes ¡poseerán a todas las mujeres de Francia! «*Eso, eso, eso no es verdad, ya que ustedes no poseerán a las mujeres francesas* » Es del más intenso humor negro. ¿Pero ella? *«¡Yo!, ¡yo!, Yo no soy una mujer, yo, yo soy una puta: es todo lo que se merecen los prusianos* » Lanza sus palabras al rostro de «Señorita Fifi». Él la golpea. Ella le clava un cuchillo en la garganta y huye por la ventana. Los prusianos persiguen a la fugitiva, mientras la mesa manchada se convierte en un lecho mortuorio. No encontraron a Rachel, escondida en el campanario... hasta la LIBERACIÓN. De vez en cuando, las campanas repicaban rabiosamente. *Un patriota sin prejuicios que la amaba por su bella acción, habiéndola querido después por sí misma, la desposó, convirtiéndola en una dama que valía tanto como muchas otras...*

Esta moralidad es de una insolencia rematada. Maupassant prefiere una puta patriota, a la que elige voluntariamente judía, a una honesta mujer colaboracionista.

A Walter Schnaffs, el más infeliz de los mortales, no le gusta la guerra y quiere hacerse prisionero entregándose. ¿Pero a quién? Desde luego no a los francotiradores que lo fusilarían. ¡Seguro! Se entregará a los guardias nacionales de la Roche-Oysel, menos peligrosos. El único alemán por quién Maupassant ha tenido ternura, es un desertor.

El soldado Maupassant vacía sus rencores, sus iras y sus odios hasta 1884. Habrá todavía un cuento sobre ese tema en 1887, *Los Reyes*. Luego la vena se agotará.

Ante la guerra, Maupassant se muestra al desnudo, contradictorio, a la vez pacifista y patriota. En *La Loca*

(diciembre de 1882), una demente es arrojada y abandonada en el bosque por los ocupantes porque no ha querido recibirlos. Los lobos la devoran. Guy maldice a la vez al alemán y a la guerra. *Y hago votos para que nuestros hijos jamás vean la guerra.* Sin embargo es un feroz antiprusiano. Prusia simboliza el militarismo. El militarismo significa la guerra. El odio hacia el ocupante circula en él, mezclado con el odio a la guerra bullendo juntos. ¿Cómo salir de esos odios opuestos? No lo piensa. Se limita a reflejar la Francia de su tiempo sin tomar conciencia de sus contradicciones.

Maupassant ha sido admitido, bajo la eficaz influencia del padre despreciado, en las oficinas de la Intendencia de París, dónde, civil a medias, puede esperar por fin su desmovilización. El fragor guerrero se va apagando en la monotonía de los cuarteles.

El 11 de marzo de 1871, once días después de la entrada de los prusianos, Paris ruge entorno a sus cañones, transportados desde la antevíspera, de Gobelins a Montmartre. Una sangrienta tragedia patriótica, la última de las revoluciones del siglo XIX, se incuba desde hace tiempo. Maupassant está de nuevo en Étretat, con la célebre cantante Sra. Delaquerriére: No sabe nada.

Maupassant debe tomar refunfuñando el tren que lo lleva al cuartel. Hay un mal asunto contra él. Ese mismo mes, el Intendente militar de la 2ª división del Havre, solicitaba al alcalde de Étretat «notificar al soldado de segunda clase Maupassant, del negociado de la Intendencia militar, que presente una copia de cada uno de los permisos y prolongaciones que ha obtenido del Sr. Comandante superior del Havre». Esas copias debían estar certificadas por el alcalde. ¡Se iba a armar su licenciatura!

Cuatro días más tarde, el 18 de marzo, Thiers, fortalecido por su actitud pacifista antes de la declaración de guerra, con el apoyo de una provincia conservadora de la que él representaba sus intereses, respondía a la cólera de un pueblo burlado por una provocación. Ordenando levantar los cañones de Montmartre, empujaba a Paris hacia el motín. El azar tomaba enseguida las

formas del asesinato fortuito de los generales Lecomte y Clément Thomas. Ese fue el sangriento pretexto para la aplicación de un plan previsto por Thiers desde 1848, y que Louis-Philippe había rechazado: el abandono de la ciudad a mano de los insurgentes. Tanto fue así que, de una cólera apasionada de un pueblo traicionado, la Comuna nace del calculado vacío de poder. Ella ha sido alentada por él para ser decapitada mejor. Thiers y las tropas saliendo de París, la insurrección no podía no producirse. Solo quedaría reprimirla.

Todavía en nuestros días un tabú pesa sobre ese periodo cuya historia ha sido desfigurada por «el gran temor de los bien pensantes» Maupassant ha sucumbido de lleno a ese tabú. Del 18 de marzo al 28 de mayo, no poseemos ninguna indicación que permita aclarar sus reacciones inmediatas. Sin embargo se filtran algunas alusiones, raras, desde luego, pero todas en un mismo sentido, y permiten adivinar lo que él no quería decir.

No hay más obreros en Maupassant que en Balzac. No se encuentra más que uno, en *El Parricida*, un zapatero[1]. Ha asesinado a una pareja de burgueses. *Se le tenía por exaltado, partidario de las doctrinas comunistas y hasta nihilista, gran lector de novelas de aventuras, de novelas con dramas sangrientos, elector influyente y orador hábil en las reuniones públicas de obreros o campesinos.* Se trata de un hijo natural. El abogado invoca la locura y responsabiliza de todos sus defectos a aquellos que le han dado mal ejemplo. *Ha oído a los republicanos, a mujeres incluso, sí, a mujeres, pedir la sangre del señor Gambetta, la sangre del señor Grévy; su espíritu enfermo se trastornó: ¡también él quería sangre, sangre de burgués!* Puede verse el juego, el abogado trata de que su cliente sea absuelto en base a la culpabilidad colectiva de los Rojos. *Esas tristes doctrinas, aclamadas ahora en las reuniones públicas, han provocado la perdición de ese hombre. ¡No es a él a quien hay que condenar, señores, es a la Comuna!* La causa está virtualmente ganada, pero he aquí que el asesino se levanta y confiesa que si él ha asesinado, es PORQUE ¡los dos burgueses eran sus propios padres! Su vida fue una pesadilla a causa de su bastardía. Su madre al encontrarlo reniega de él. Su

[1] 19 de agosto de 1884.

padre lo amenaza con su revolver. Fue entonces cuando los mató.

El cuento no nos dice cuál fue el veredicto, pero Maupassant se ha puesto del lado del hijo natural, rechazado por la sociedad y formado en la revuelta.

Mantiene el mismo tono en un artículo del *Gaulois*, del 5 de julio de 1881, titulado ¡*Zut*!. Los franceses se manifestaban por aquel entonces contra Italia que, furiosa de tener la hierba cortada a sus pies en Tunicia, se había vuelto francofóbica. Maupassant reprobaba esas manifestaciones anti italianas, de un patriotismo corto de miras. Cuenta: *Veinte pasos más lejos, me encontré de frente con un ex miembro de la Comuna cuyo agudo espíritu me gustaba mucho, lo confieso... Era Jules Vallès. Tiene, además, un enorme talento como escritor, es un maestro. Se ha batido como un fanático por su causa; y la independencia absoluta de su pensamiento, su desprecio por las fórmulas y las creencias establecidas, le hacen incluso sospechoso a sus colegas.*

Pero ese día, Vallès no se manifestaba. Guy lo cuestiona. Vallès responde brutalmente:

– En cuanto a mí, ¡me reservo para la guerra civil!

Lejos de afectarse, Maupassant escribe tranquilamente que la respuesta del autor de *El Insurgente* tiene al menos el mérito de la lógica y que, en la guerra civil, se sabe por qué se lucha. Lo repetirá. Todo eso no es precisamente de un enemigo de los comuneros.

Un poco más tarde, en 1889, François Copée, de la Academia francesa, desafía al cielo escribiendo una pieza en la que trata de un sacerdote fusilado por la Comuna y de un comunero asesinado por la hermana de ese sacerdote. Esta historia, sin embargo edificante (¡podía confiarse en François Copée!) recibida unánimemente por el Comité del Teatro Francés, es prohibida por el ministerio de la Instrucción Pública. Maupassant se enfada. *He aquí que es demasiado fuerte, demasiado tonto o demasiado cobarde. ¿El hombre, el ciudadano cualquiera, el elegido de no sé dónde que es hoy ministro de la Instrucción Pública, quiere por casualidad hacernos creer que no se han fusilado sacerdotes y a otras*

personas bajo la Comuna? Es como si quisiera insinuar que los versalleses no han fusilado comuneros e incluso a otra gente. ¡La primera afirmación no podía molestar a nadie! La segunda, negro sobre blanco en un periódico conservador, produce el efecto de una bofetada.

De vez en cuando se le escapaba alguna frase: *París acababa de conocer el desastre de Sedan. Era proclamada la República. Toda Francia jadeaba al principio de esta demencia que dura hasta después de la Comuna.* Lo expresa bien: DESPUÉS. Se niega a disociar en esta «demencia» a los verdugos de los insurgentes. Ese equilibrio no nos parece hoy muy conforme a la verdad histórica, pues la represión excede en mucho al «crimen». En la época en la que la palabra COMUNERO era sin el menor matiz, sinónimo de asesino, Maupassant iba a contra corriente hacia una apreciación más exacta de una realidad que, todavía en nuestros días, no está universalmente admitida.

Evocando a sus camaradas, Maupassant los muestra, *abrumados por la pena de la derrota, por la desesperanza, sobre todo afectados por la abominable sensación de abandono, de final, de muerte, de nada*. Las palabras son reveladoras. Por utilizar el vocabulario de los psiquiatras, esta guerra ha «traumatizado» al joven, tanto como el atroz espectáculo de los padres peleándose. Habiendo partido para el don de sí mismo y la gloria, ha encontrado el horror, la traición, la nausea, lo absurdo.

En un solo año, el bachiller se ha convertido en un hombre dolido, desmoralizado, furioso, que va a tener que ganarse la vida durante una liberación, sin cesar aplazada, mientras Francia lame sus llagas.

Un hombre, sí, pero secretamente mutilado.

Segunda parte

El almuerzo de los remeros

Vosotros, habitantes de las
calles, no sabeis lo que es el río.

(Sobre el Agua.)

1

Una licenciatura difícil – 20 de marzo de 1872: ingreso en el ministerio de la Marina – La vida de oficina – El tema de la herencia – La Mano Disecada... – *El Doppelgänger y los espejos – Paseo otoñal por el Valle de Chevreuse.*

El 30 de julio de 1871, Guy languidece bajo la bandera a media asta: la investigación sobre sus permisos no ha sido archivada. Escribe desde Ruán: *Algunas palabras, mi querido padre, para decirte que no me envíes la autorización del Coronel. La harás llevar a Vincennes como tú le dijiste y llegará más rápido [...] Pero sobre todo no olvides que al mismo tiempo hay que reclamar en Vincennes el certificado de daños corporales, el estado antropométrico de mis servicios y mi estado de forma.*

La situación es seria. Si no encuentra un sustituto, está amenazado con tener que servir siete años. *Si mi sustituto tiene todavía tres meses para presentarse, estoy completamente perdido. NADIE AQUÍ, A NINGÚN PRECIO, abundando en la opinión de GENERALES y de diputados, ha querido hombres en estas condiciones. Además tú sabes que si la nueva ley se aprueba antes del fin de estos tres meses, entraré como simple soldado en el 21 de Artillería, lo que sería bastante peor que la Intendencia...*[1]

Guy se licencia por fin en noviembre. ¿Qué hacer ahora? ¿Retomar su segundo año de derecho? Es necesario ganarse la vida. Su padre le concede una pequeña pensión, cien francos al mes. Las cuestiones pecunarias envenenan el ambiente familiar. Su padre, tanto como su madre, es un derrochador y Guy se enfrasca en constantes discusiones con él.

En noviembre de 1872, Guy acusa a Gustave de no dejarle más que lo estrictamente necesario, mientras mantiene a sus amantes, olvidando que él también tiene edad de satisfacer sus necesidades.

[1] Colección Alfred Dupont

Conocemos todos los detalles de esta crisis familiar, en la qué Gustave de Maupassant nos presenta de entrada una imagen menos reprobable que la de un Guy despreciativo y caprichoso, buen hijo, pero únicamente hacia su madre. He aquí la disputa más violenta, contada inmediatamente, por Guy a Laure:

Mi querida madre, acabo de tener una violenta discusión con mi padre y vengo a ponerte al corriente de la situación[1]*. Le he presentado mi cuenta mensual, haciéndole observar que habiendo tenido un aumento de los gastos debidos a la luz y a la calefacción, me faltarían 5 francos aproximadamente este mes, él se ha negado a ver mis cuentas, me dijo que no podía hacer más, que era inútil, que si no me alcanza, puedo vivir como quiera, que fuese a dónde quisiera, que él se lava las manos. Le he tratado de demostrar muy serenamente que era un simple asunto de calefacción, que yo había aceptado sin ninguna discusión su cuenta de gastos aproximada en la qué se olvidaba la mitad de las cosas como es su costumbre, que yo almorzaba con un único plato de carne y una taza de chocolate cuando cada día podría comerme muy bien dos platos de carne sobre todo con las partes microscópicas de mi modesto restaurante. Me respondió con furia que él cena en su casa con un plato de carne y un queso. Yo le repliqué que si quiere alimentarme al mediodía con una comida como la que le sirve a él Edvard, a pesar de la diferencia de edad, me contentaré de buen grado con una cena como la suya. Se encolerizó y me dijo que si su padre le quitaba 50000 francos, no era su culpa. Yo le respondí, que era culpa suya y que todos los hombres de negocios son unánimes al decir que si lo hubiera sabido antes le habría quitado al menos 40000 francos. Sí, me respondío, pero era mi padre y yo sabía que sentimientos debía a mi padre, mientras que tú estás lejos siquiera de sospecharlo. ¡Ah! así es como lo tomas, le contesté, pues bien, entérate de algo que nunca has sabido, y es que la primera de las leyes divinas y humanas es el amor a los hijos.*

La cólera revelaba la profundidad del rencor de Maupassant respecto a su débil progenitor, rencor bordeando la injusticia.

[1] La acentuación y la puntuación no están respetadas. Colección de la Sra. Lecomte du Nouy.

No se trata de tener un padre sin más – primero tienes hijos y si tu conciencia es ciega respecto de ellos, a sus necesidades, la ley de los hombres está ahí para enseñarte tus deberes. No hay ni un desgraciado hombre de pueblo que, ganando treinta centavos al día, no sea capaz de vender todo lo que posee para dejar establecidos a sus hijos, pero yo, ¿qué porvenir tengo ante mí? Si quisiera a mi vez, casarme y tener hijos, ¿podría hacerlo? No obstante esto debía acabar así... ¡Adiós! Y salí disparado...

Lo que demuestra que, a los veintidos años, Maupassant vivía todavía completamente a expensas de su padre, incluso aunque viviese mal. La colección de Mary Lecomte du Noüy contiene también esa famosa cuenta, precioso documento sobre el presupuesto de un joven pobre después de la guerra de 1870. Queda consignado, lo que resulta divertido, sobre el enorme papel grabado con corona condal en relieve e iniciales, G.M., que era común al padre y al hijo:

Recibido para vivir un mes: 110 francos

Pagado			
més del conserje	10	Total	73,40
zurcidos	3,50	cenas a1,60	48
carbón	4	deshollinador	5
madera	1,90	jabón	0,50
cerillas	0,50		----
corte de pelo	0,60		126,90
2 baños sulfurosos	2	Me pagó 8 cenas	
azúcar	0,40	sean	12,80
café en polvo	0,60	quedan	114,10
queroseno para lámpara	5,50	Más deshollinador	5
lavandería	7	Quedan	----
correo	0,40		109,10
30 almuerzos	34		
panecillos	3		

	73,40		

Ahora bien, me ha descontado 5 francos de menudencias. El único placer que me permito es mi pipa. Así que me he gastado 4 francos en tabaco. Triste.

Algunas evaluaciones en francos contemporáneos[1] nos aclaran mejor la situación. El carbón costaría de 12 a 16 francos, si se elige el índice 3 o 4, según esté optimizado o no sobre nuestra época. Los treinta almuerzos equivalen a una suma entre 106 y 144 francos. Lo qué es evidentemente escaso. El tabaco vale de 12 a 16 francos para un mes, y el mantenimiento entero se establece entre cuatrocientos o quinientos francos aproximadamente, presupuesto medio de un estudiante actual sin fortuna.

Las palabras de Gustave son elocuentes; todo va mal, sobre todo desde que Jules, el tempestuoso abuelo arruinado, vive con su hija, la viuda de Alfred Le Poittevin y casada en nuevas nupcias, convertida en Louise Cord'homme, y con Alphonsine, una criada que los vecinos consideran excesivamente complaciente. Los negocios de los Maupassant están en tal estado, que Gustave se negará a ir a ver a su padre, moribundo en Ruán en 1874, para no tener que saldar sus deudas. Si en el fondo tiene alguna razón, la situación da un giro radical, y es ahora Gustave quién da una peor imagen que Guy.

(Mi padre) *ha escrito el domingo por la noche a Charles Douvre, después de haber recibido de este último un despacho anunciándole que su padre estaba peor, y creo que la carta que ha enviado en esta circunstancia, y de la qué yo no he tenido conocimiento, no produjo más que un deplorable efecto. Él tenía una idea fija, una única preocupación, no ir a Ruán, mientras todos los pretextos le han parecido buenos y ha enviado a Charles Douvre cuatro páginas de reproches y de cifras para probar que su padre le había robado.* (A su madre, 22 de septiembre de 1874.)

Ahora bien, si mi abuelo no está muerto, esta carta es una barbaridad, da la sensación de estar preparando por

[1] El autor hace una conversión al franco actual del año en el que se escribió el presente libro, 1966. (N. del T.)

adelantado la muerte de un buen hombre. ¿Lo habrá hecho a propósito Louise (su tía)*?*

Y Guy, que no parece tener un excesivo afecto por el buen hombre, sazona su relato con un humor negro: *él continúa diciendo, ni más ni menos, que la conducta más sabía sería el hacer a los muertos lo que su padre le hizo a él.*

Tal es el tono de este penoso asunto, como el de un cuento cruel de Maupassant.

Mucho más tarde, Gustave de Maupassant dirá, no sin justicia: «Desgraciadamente, mi pobre Guy no tenía APEGO a la familia. Aparte de su madre que tenía una extrema influencia sobre él, la familia ERA POCA COSA[1]» Todo es exacto en esta observación melancólica. Tan solo añadir que, al respecto, Gustave no estaba más dotado que su hijo.

La herencia del abuelo Jules no será aceptada más que bajo beneficio de inventario. Es Guy quién asistirá a los funerales, representando a Gustave.

Cotinuamente *tan espantosamente falto de dinero, tan exprimido*, que no puede ir a Étretat, Guy cuenta sus pocos centavos. En Étretat, Laure se inquieta. Ella no tiene más recursos que la pensión alimenticia que Gustave le pasa, 1600 francos anuales, entre unos 4.800 y 6400 de hoy, pero lo son sobre todo de los alquileres, de los gastos irregulares a veces. Y ella es derrochadora. Es necesario colocar a Guy.

Un vez más, Laure se dirige a Flaubert. «... Guy está tan feliz de ir a tu casa todos los domingos, de estar allí durante largas horas, de ser tratado con esa familiaridad tan halagadora y tan dulce...» En definitiva, ¿debe o no «dedicarse a las letras »? «Si tú dices SÍ, alentaremos al buen muchacho por el camino que prefiera; pero si dices NO, lo enviaremos a hacer otros trabajos...»

Preocupada por Guy, está decepcionada con el menor. Aún teniendo la turbulencia del mayor en lo peor, Hervé no tiene ni su inteligencia, ni sus dones. Solamente le interesan las plantas y las armas. Su caracter es sombrío. Laure trata de ser optimista. ¿No será nunca un intelectual? ¡Tanto peor! El «joven salvaje» será más fácil de colocar.

[1] Carta de Gustave de Maupassant al Sr. Jacob, 27 de febrero de 1892.

La respuesta de Flaubert debe ser negativa, puesto que el 7 de enero de 1872, Guy solicita su entrada en la administración de la Marina. La iniciativa procede de Croisset, pues el almirante Pothuau, al qué Guy se dirige, es un amigo del Vikingo. A su pesar, el almirante no puede hacer nada. El 20 de febrero, Guy insiste desde Étretat, con la recomendación, siempre flaubertiana, del almirante Saisset[1].

El 20 de marzo, Maupassant ingresa en el servicio de los aprovisionamientos de la Flota, sin paga. No será remunerado hasta el 1 de febrero de 1873. La mejora será sensible: 125 francos al mes, aumentados con una gratificación de 150 francos[2].

A pesar de todos sus lamentos, Guy de Maupassant, no conoció nunca unos principios miserables, únicamente malestar, amplio, humillante, exasperante. El diablo por la cola.

Maupassant comprende enseguida que en la Marina no hace más que cambiar de servidumbre. Detrás de la solemne fachada del Ministerio, vigilado por sus centinelas de cuello azul, el funcionario sin paga circula entre montañas de documentos. Desmoralizado, tiene sin embargo el reflejo instintivo de mirar vivir a sus compañeros sin indulgencia por sus débiles mezquindades, sus pequeñas cobardías, sus hoscas servidumbres. Funcionarios y subjefes se dan cuenta. Ese ambiente, compuesto por aquellos a los que Albert-Marie Schmidt y Gérard Delaisement llaman con acierto «los confinados», no acepta al normando robusto y vanidoso como él también lo rechaza.

---

[1] René Dumesnil ha encontrado el escrito original de la petición en los Archivos de la marina: *Señor Ministro*, *tengo el honor de solicitar de Vuestra Excelencia un favor que sería para mí de gran valor, el ser aceptado en el Ministerio de la Marina.*
He sido titulado bachiller en letras el 27 de julio de 1869.
Cuando estalla la guerra contra Prusia, comenzaba mis estudios de derecho. Llamado a filas como soldado del reemplazo de 1870 , he superado en Vincennes los exámenes necesarios para ser admitido en la Intendencia militar. He sido enviado enseguida a la 2ª división en Ruán, y destinado a los negociados de la Intendencia de la división hasta el mes de septiembre de 1871, época en la que me he hecho sustituir.

[2] De 475 a 500 francos al mes, y la gratificación, de 450 a 600.

Los textos dedicados a la *fauna* de los ministerios, desde *Los Domingos de un Burgués de París*, de agosto de 1880, hasta *El Asesino*, de noviembre de 1887, a los qué es usual añadir *Un Día de Campo* y muchos otros, constituyen aproximadamente unas trescientas páginas, sobre un total de dos mil seiscientas para los cuentos y relatos solamente. Un noveno de la obra del narrador. A todo esto habría que añadir también los personajes secundarios que aparecen en otros cuentos y naturalmente en las novelas. ¡Cerca de un sexto de la obra de Maupassant está dedicada a la pegajosa mediocridad de las oficinas!

Está claro que «el señor Patissot», el burgués de París, que descubre las afueras a la hora de la salida, ese grotesco personaje, no es únicamente un primo de Bouvard y Pécuchet. La filiacion flaubertiana es evidente, pero Maupassant poseía una documentación personal más rica. Él conoció al Sr. Oreille, funcionario principal, cuya esposa es tan ahorradora que no puede pagarse un paraguas nuevo. Participó en la ofrenda de la cruz de diamantes falsos regalada por sus empleados al Sr. Perdrix (*Antoine*), jefe de negociado, con ocasión de su Legión de honor. Estrechó todos los días la mano húmeda del Sr. Caravan, *que penetraba en el Ministerio, a la manera del reo que ingresa en prisión*. Se cruzó, en los pasillos de ese ministerio anfibio, a Perdrix, Piston, al viejo expedicionario Grappe, que olvida todo, y al tío Mongilet que no salió de París más que una vez en su vida. Torturó de inquietud a Panar, quién, a la vista de una caminata, pensaba en los esguinces, saludó con estima al Sr. Rade, periodista en sus horas libres, *escéptico, burlón y sublevado, con voz de grillo*. Cenó con Lantin que se dio cuenta, a la muerte de su esposa, que las joyas de ésta, que él creía bisutería, eran las dádivas de sus amantes. La fría amargura del joven escritor, procede de lo real más cotidiano, y así concluye: *Seis meses más tarde volvía a casarse. Su segunda esposa era más honrada, pero de un carácter dificil. Ella lo hizo sufrir mucho.*

El propio Guy no escapa a esta pintoresca y minuciosa galería de plumillas con manchas de lustrina, cuando se esfuerza en ocultar bajo una pila de estadillos las treinta y nueve estrofas de *Un Amor a vuelo de pájaro*:

Un jeune homme marchait le long du | *Un joven caminaba a lo largo del*

boulevard,	*bulevar,*
Passant triste et rêveur il allait seul et vite	*Triste y soñador iba solo y aprisa*
Et semblait suivre au loin de son vague regard	*Y parecía seguir a lo lejos de su vaga mirada*
Les hauts régions que le poète habite[1]	*Las altas regiones que el poeta mora*

Los medios para escapar a la miseria son limitados: un matrimonio rico, la complacencia ante las infidelidades de una esposa apetitosa, la adulación a los poderosos y las herencias.

La herencia es siempre el gran recurso, como en Molière, Balzac, en la novela folletín o en la familia Maupassant. Caraván cree muerta a su suegra, apoderándose de la cómoda de la vieja. Loco de alegría, no va al despacho. La vieja resucita. Caravan nota un sudor frío sobre sus sienes: «¡Qué le voy a decir a mi jefe!» Léopold Bonnin se ha casado con la hija de un colega pobre. Ella tiene una tía rica. Un millón[2]. La tía muere, legando el millón... al primer hijo. Si la joven pareja no tiene heredero antes de tres años, la fortuna irá a parar a los pobres. Contrariado por esta horrorosa eventualidad, Léopold se afana en ser padre. Su esposa suspira: «¡*Es una desgracia perder una fortuna por tener un marido imbécil*!» Felizmente, hay un compañero de la oficina, el guaperas Frédéric. *Y he aquí que una mañana, la Sra. Bonnin, cuyos ojos brillan y que toda su figura parece radiante, pasa sus dos manos sobre los hombros de su marido, y, mirándolo hasta el alma, con una mirada fija y alegre, dice, muy bajo: «creo que estoy embarazada»*.

El niño fue llamado Dieudonné[3], el dinero no fue a parar a los pobres, y la Sra. Bonnin despidió virtuosamente a Frédéric.

El tema gustará tanto a Maupassant que lo volverá a utilizar en *La Herencia*. Más adelante, pensando en el teatro, querrá hacer una versión. En esta pequeña novela se deja ya sentir el escenario. «¡La Señora está servida!» anuncia un criado a la radiante joven madre al final, lo que resulta muy teatral.

---

[1] *Una conquista*. Julio de 1872. Este poema lleva todavía su dedicatoria intacta. A la Sra... Cuando pasa, en 1958, al Palacio de las Ventas, con la biblioteca del Dr. Lucien Graux, el nombre será tachado, ilegible, víctima de una «mano piadosa».

[2] Tres o cuatro de hoy. (*Un millón* se titula también el relato)

[3] Regalo de Dios (N. del T.)

En esta jerarquía burocrática en el que el dinero es el dios, Maupassant precede a Kafka y su universo, aun cuando más legible, no es menos desesperado. Jules Renard, sobre los mismos temas, provoca una risa alegre. Maupassant amarga. Sin embargo, el Maupassant de los despachos era el mejor preparado de todos, por su temperamento, su gusto por la broma y su jovialidad, haciendo reir con la realidad. Solamente, Courteline lo conseguira, pero *Caballeros Chupatintas* es posterior (¡esa es la palabra! habrían dicho a coro Courteline y Maupassant) a los *Domingos* y a los *Cuentos*. De este modo se ha secado sin razón aparente, una corriente cómica naturalista que habría podido producir un Gogol.

Del mismo modo que el recuerdo de la guerra termina por apagarse, otro tanto ocurrirá con la inspiración de la oficina. Los dos últimos cuentos de esta temática, *Una Velada* y *El Asesino*, datan de 1887. El Maupassant autor sigue los episodios de su vida con un retraso funcional relativamente corto. El retraso funcional, variable según los escritores, define el plazo transcurrido entre el acontecimiento vivido y éste mismo trasladado al papel. A menudo suele ser constante en un mismo autor. En Maupassant, algunos años bastan, una docena a lo sumo. Los *burócratas* saldrán de la obra en el momento en el que entren en ella las *condesitas*.

El 24 de septiembre de 1873, un año después de su entrada en el sercicio, y ahora ya bien retribuido, Guy considera su vida con el más amargo desaliento. Siempre es así el otoño... Asocia el enojo de un trabajo fastidioso con los días que se acortan. El mundo se vuelve mórbido, impregnado de *esa humedad tibia que presagia la muerte de las hojas*.

Espontáneamente se vuelve hacía la madre, *tan perdido, tan solo, tan desmoralizado: Tengo miedo del invierno que viene, me siento solo y mis largas veladas solitarias son algunas veces terribles* (...) *He escrito simplemente, para distraerme un poco, algo del tipo de los Cuentos del Lunes*.[1]

Progresa con dificultad y lo sabe. Tiene unas ambiciones literarias muy limitadas. Evalúa las ventajas del cuento de cortas

[1] Colección de Mary. Lecomte du Noüy.

dimensiones, y cómo los periódicos lo acogen sin problemas. El 30 de octubre de 1874, escribe a Laure: *Trata de encontrarme temas para mis relatos. Durante el día, en el ministerio, podría trabajar un poco. Pues mis piezas teatrales me ocupan todas las veladas e intentaré hacerlas imprimir en un periódico cualquiera*[1]*...*

Maupassant tiene dos auténticos amigos, Robert Pinchon, el hijo de Adolphe Pinchon, profesor en el Instituto de Ruán, (La Tôque) y Léon Fontaine (Petit Blue). Los ha vuelto a encontrar después de la debacle. Los describirá graciosamente a ambos en *Mosca*. Robert Pinchon, *el hombre de teatro nacido espiritual y perezoso, nunca rema*, Léon Fontaine, *bajito, muy malicioso, es el menos escrupuloso.* Guy había confiado a Léon Fontaine el manuscrito de su primer cuento, *La Mano Disecada*, y el cuento acaba de aparecer bajo el seudónimo de Joseph Prunier, en *L'Almanach de Pont-à-Mousson*, cuyo director es primo de Léon Fontaine. ¿Que dirá Flaubert?

Dos años antes, Flaubert todavía dudaba. «Quizás tenga talento: ¿quién sabe?[2]» Nada de lo que le mostraba Guy podía generar entusiasmo. Flaubert volvió a leer *La Mano Disecada*. Las influencias, visibles, no son las que desearía el autor de *Tres Cuentos*: Gérard de Nerval, Edgar Poe, Hoffmann. ¡El pequeño no ha purgado su varicela romántica! Por supuesto, la escritura no es mala. Incluso a veces, destila buen tono. Lee en voz alta, pronunciando con ritmo: *... aquella mano era horrible, negra, seca, muy larga y como crispada, los tendones estaban sujetos por dentro y por fuera por una tira de piel apergaminada; las uñas, amarillas y estrechas, seguían en la punta de los dedos...* «Tira de piel, apergaminada...» ¡Bien! pero «era... eran... eran...» ¡Y la intriga! Una mano antaño arrancada del cuerpo de un asesino quiere estrangular a su eventural propietario, un estudiante que deseaba hacer un tirador de campanilla. Como Don Juan, el personaje se lanza: «¡*Bebo por la próxima visita de tu dueño*¡» El padre de *La Educación Sentimental* gruñe: «¡Romántico! ¡Inglés! ¡Germánico!» Sin embargo se vuelve álgido cuando el estudiante es víctima de una misteriosa

[1] Colección de la Sra. Lecomte du Noüy.

[2] 23 de febrero de 1873. Carta de Flaubert a Laure.

tentativa de estrangulamiento y la mano desaparece. Luego vuelve a decaer en lo ya leído. El protagonista se vuelve loco, aparece la mano en el cadáver y todo vuelve a la normalidad. Uno imagina fácilmente las reacciones de Flaubert. No, eso no vale lo que un Poe, del qué hablaba Guy refiriéndose a Swinburne. No hay esa transmisión del miedo que hacen más verosímiles las locas historias del americano. No vale más que un Hoffmann. No tiene la sarcástica bufonería del alemán. ¡No vale lo de un Nerval! No están ahí los maravillosos clavicordios de las frases del hombre del Valois. ¡Es un trabajo honesto y eso es todo!

El mismo año, Guy escribió *El Doctor Héraclius Gloss*, torpe parodia sobre la metempsicosis. Sin embargo, leyendo atentamente ese cuento laborioso, aparecen diversas singularidades. De entrada, esos dos primeros cuentos son historias de locos. Por supuesto, están de moda. De hecho, a los veinticinco años, Maupassant es mucho más un narrador fantástico que un observador realista. Y, lo que es más grave, su fantasía no es inspirada. ¡Guy no tiene NECESIDAD de escribir tales historias! ¡Quiere asustar al burgués, y apenas lo consigue! Eso no le gusta demasiado al mentor. Entonces, ¿por qué queda indeciso? Es porque, más todavía que con *La Mano Disecada*, en el detalle de la frase, en el giro de un parrafo, se mueven inquietantes rostros, parpadeos, guiños, resplandores nocturnos.

Ese cuento filosófico sobre la vanidad de los conocimientos, tema flaubertiano, esta vez, hace entrar en escena un inquietante mito. (Hablando de Flaubert, no hay ningún abuso en emplear la palabra «mito». Él la tomaba en el mismo sentido que nosotros.) Ese doctor entra en él. *Su lámpara de trabajo está iluminada sobre su mesa, y, ante su fuego, la espalda girada hacia la puerta por la cuál él entraba, vio... al doctor Héraclius Gloss leyendo atentamente su manuscrito. No había duda posible... Era él mismo.*

Sí, ¿por qué Flaubert no se encoge francamente de hombros? ¿Por qué esa incomodidad? Flaubert, epiléptico, se inquieta oscuramente. Desde luego, es sin duda escolásticamente como el pequeño ha encontrado ese efecto de desdoblamiento.

Sin embargo, en esta parte del relato, precisamente, Guy escribe mejor. Esta semibanalidad cesa de ser tal, pues ella se ENCARNA. El tema del Doble no únicamente es frecuente en el romanticismo, y particularmente en el romanticismo alemán, con Hoffmann, en el que pronto piensa el buen «consejero aulico» Flaubert, PERO EN OTROS LUGARES. Flaubert recomienza su lectura, una pequeña fiebre a flor de piel. Se retrasa en los defectos, casi con urgencia. En estas primeras maneras de lo fantástico en Maupassant, el «discípulo» llega demasiado pronto a una explicación lógica. ¡Eso no es el verdadero fantástico! La construcción de *la Mano Disecada*, el principio una vez admitida una mano pudiendo vivir independientemente de su propietario, era demasiado groseramente cartesiana. Igualmente, su Héraclius bis, aquél al que el doctor ve en su propio lugar, el joven lo explica torpemente: ¡el mono del doctor que, fiel a las costumbres de su especie, copia a su amo! Entonces, ¿por qué Flaubert continúa encontrado molestas las asonancias de esos dos cuentos? ¿Por qué cree durante un momento que el Doctor Héraclius Gloss, tiene UN DOBLE QUE NO SERÁ UN MONO?

En una época ligeramente posterior, Léon Fontaine refiere un preciso recuerdo: «Todavía veo a Guy colocándose ante un espejo y no tardando en fascinarlo; escrutar su rostro en un espejo es algo trágico. Al cabo de un instante, el rostro pálido, interrumpía su singular juego, exclamando: «Es curioso, ¡veo a mi doble!» Este testimonio, del que volveremos a encontrar diez confirmaciones, es capital, porque él asocia *doble* y *espejo.* Maupassant confiará a Paul Bourget: *Una vez de cada dos, entrando en mi casa, veo a mi doble. Abro mi puerta, y me veo sentado sobre mi sillón.*

De repente, Flaubert vuelve a ver la enigmática sonrisa de su amigo Alfred Le Poittevin, el tío maldito del chico. El Vikingo se levanta y camina a grandes zancadas por su despacho, se dirige hacia la ventana y mira el Sena reflejando sus brillos. Una nube pasa y transforma el río en una colada de estaño.

Disfrazado, bajo apariencias todavía folletinescas, el Doppelgänger que ha matado al tío Alfred ha entrado en escena,

y el hipernervioso de Croisset ha sentido el frío. El primero, ha adivinado, sino comprendido, que su discípulo no podrá eludir por mucho tiempo las citas con los espejos donde el Doble se disimula.

Mientras tanto, hay que responder a Laure y no hay mucho que decirle. Ella ha retomado la pregunta por lo pragmático: «¿Crees que Guy puede dejar el ministerio y dedicarse a la literatura?» Una vez más, Gustave elige la prudencia y, gruñón, para ocultar ese malestar que, decididamente, no se disipa, traza sobre el papel: «¡No hagamos de él un fracasado! Es pronto, demasiado pronto.»

Pero eso no es exactamente un no.

Guy, a quién el veredicto ha sido comunicado, vuelve a sumergirse en el oscuro TRABAJO. Incluso aunque no tenga genio. Incluso aunque no tenga talento.

El arte se hace de rogar, la vida extenúa, el malestar sube como el agua. Una desapacible aritmética lo obsesiona. Hace dos años que es un BURÓCRATA. ¡Y el otoño llega! Una vez más, ¡*once meses antes de Étretat*! ¡Ah! ¡Étretat! ¡El Eldorado, las islas borromeas! Ese tiempo, que discurre como un río, imposible de detener, lo hunde en unos estados de impaciencia, lo sume en amargas dudas melancólicas que acentúan una ciclotimia natural: *¿Es posible que haya ido a Étretat y que haya pasado allí quince días? Me parece que no he abandonado el ministerio y que espero siempre esas vacaciones que he terminado esta mañana*[1].

Su madre está enferma en los Verguies. Él sufre. Ella sufre por él. Y llega el invierno. Y el frío, el horrible frío. En las Tullerías, los árboles ya no tienen hojas. *Llega como un soplido glacial y de nieve. ¡Lo qué daría por un país donde hubiese siempre sol!*

El sábado 18 de septiembre, un dia de hermoso sol preotoñal, con un compañero pintor, Mas, se dirige a Saint-Rémy a pie y llega a Chevreuse; duermen alli, se levantan a las cinco, visitan las ruinas del castillo, caminando a buen paso

[1] 3 de septiembre de 1875.

hacia Cernay, *impulsados por la maravillosa belleza del paisaje*. Ambos jóvenes almuerzan copiosamente, salchichón, jamón, dos libras de pan, queso, y bordean los estanques por tres lugares. *Tenía calor, mi sangre viva discurría a través de mi carne, la sentía correr por mis venas, un poco ardiente, rápida, alerta, rítmica, como una canción, la gran canción tonta y alegre de la vida que se agita al sol*[1].

Por Auffargis y Trappes, alcanzan el estanque de Saint-Quentin, luego Versalles, Port-Marly y Chatou. Regresan a las nueve y media de la noche, después de haber recorrido unos sesenta kilómetros. A lo largo de este enconado paseo, Guy, cubierto de polvo, con aspecto de vagabundo – tiene barba en ese momento – está perseguido por una idea fija: ¡Qué agradable sería un baño en el mar!

El relato finaliza con algunas pequeñas palabras desgarradoras:

Mamá, ¿hay todavía mucha gente en Étretat?

El lánguido muchacho subsistía bajo aquel que ya era, del lado de Sartrouville, el forzudo de las orillas.

[1] *Sobre el agua*.

2.

Flaubert, calle Murillo – Croisset amenazado – Es difícil escribir – Agosto de 1877: permanencia en Louèche – Sarah Bernhardt y La Traición de la Condesa de Rhune – *Los trabajos forzados son menos penosos – Flaubert abre su abanico de disparates – Presupuesto del funcionario Maupassant – El ministro y la lavandera.*

Flaubert ha decidido pasar el invierno 1875-1876 en París. Insta a Guy. «Muchacho, queda convenido que almuerce usted en mi casa todos los domingos de este invierno. Así pues, hasta el domingo y siempre suyo.»

Todos los domingos por la tarde, Flaubert recibe, al principio en la calle Murillo cerca del parque Monceau, que Maupassant atraviesa indolentemente, sin dudar de que un día su busto se levantará allí. Guy se encuentra con el serio «Señor Taine», Alphonse Daudet, endeble y ya doliente bajo la causticidad meridional, Émile Zola, siempre bajo presión, y con el gigante ruso Tourgueneff[1]. El moscovita entra en el salón con una desenvoltura envidiada por el remero de Argenteuil, *gigante de cabeza plateada, como se diría en un cuento de hadas* (…) *de largos cabellos blancos, de espesas cejas blancas y una gran barba blanca*[2].

Calle Murillo. Guy se presenta como un buen muchacho que dispone de más musculatura que cerebro. Si el moscovita no cree en su talento, los demás no le conceden más crédito. Ni incluso Zola que, en los funerales de Maupassant, confesará en su discurso, con respecto a *Bola de Sebo*: «Esa fue una de nuestras más grandes alegrías; pues se convirtió en nuestro hermano, de todos aquellos que lo habíamos visto crecer sin sospechar la existencia de su genio.» En cuanto a Daudet, éste precisará «Si ese muchacho normando, de poderoso cuello, me hubiese consultado como tantos otros, sobre su vocación, le habría

[1] Grafía adaptada por Maupassant

[2] *Le Gaulois*, 5 de septiembre de 1883

respondido sin dudar: «No escriba.» Qué bella cosa es el diagnóstico[1]»

Desde 1874, el niño mimado de la casa también se encuentra con Edmond de Goncourt. *Entonces entra, casi siempre el último, un hombre alto y delgado, cuyo figura seria, aunque a menudo sonriente, mantiene un gran porte de altivez y nobleza. Tiene largos cabellos grisáceos, como descoloridos, un bigote un poco más blanco y unos ojos singulares, invadidos por una pupila extrañamente dilatada.*

Maupassant no aparecerá en el famoso *Diario* hasta el domingo 28 de febrero de 1875. Ese día la poesía de Swinburne era el centro de la conversación, Daudet había exclamado: «A propósito, ¡se le considera pederasta! Se cuentan cosas extraordinarias de su estancia en Étretat, el pasado año…

«–Hace algunos años, interrumpe el pequeño Maupassant, coincidí con él en la temporada…

«–Pero, en efecto, exclama Flaubert, ¿no le había salvado usted la vida?»

Flaubert echaba un cable a Guy. Maupassant puso las cosas en su sitio. Algunas obscenidades muy abundantes completarán un relato que Goncourt se libra muy mucho de dejar escapar. No volverá a hablar del «pequeño Maupassant» hasta el lunes 16 de abril de 1877, con ocasión de la célebre cena en el restaurante Trapp y Guy será citado en último lugar.

El domingo, 21 de marzo de 1875, Flaubert no pudo recibir a Guy. Le escribe presuroso: «Lúbrico autor, obsceno jovencito, no venga a almorzar el domingo (le explicaré el motivo) pero venga, si usted no rema, hacia las dos. Es mi último domingo y Tourgueneff nos ha prometido traducirnos al fin *el Sátiro* del tío Goethe.»

Esta nota confirma dos cosas: La libertad de las relaciones entre Guy y su maestro, la frecuencia acostumbrada de sus encuentros (Flaubert le escribe para cancelar la cita y no invitarlo), la desconfianza celosa del mayor con respecto al deporte, la costumbre tan típica de Guy de remar incluso en invierno. En cuanto a lo de «lúbrico», un mes más tarde, en

[1] *Echo de Paris*, miércoles 8 de marzo de 1893.

abril, se representará por primera vez una pieza «lúbrica» (el adjetivo siempre es de Flaubert), de Guy de Maupassant y de Robert Pinchon, *En la Feuille de Rose, casa turca*. Volveremos al tema.

¿Qué quería pues decir Flaubert, hablando de «su último domingo», en la calle Murillo? El buen maestro estaba preocupado y herido y Guy no ignoraba las razones. Por afecto hacia su sobrina Caroline, Flaubert se había involucrado imprudentemente en los negocios del marido de ésta, Commanville, empresario de maderas y carpintería. Éstos no han cesado de ir a pique. Para salvar al sobrino político de la quiebra, le entrega todo lo que posee. Pero eso no es suficiente. Flaubert se teme que tenga que vender Croisset y sacrifica antes la calle Murillo. El 16 de mayo, ocupará, en el número 240 del barrio de Saint-Honoré, esquina con la avenida Hortense, un pequeño apartamento contiguo al de su sobrina e imprudente sobrino.

Con los párpados caídos como celosías sobre sus grandes ojos, Flaubert se olvida de rugir cuando Zola retoma su cantinela favorita, con su ligero ceceo:

– Mi querido Flaubert, el naturalismo, mire usted, el naturalismo…

Guy escribe desde los quince años. Diez años de lucha. Incluso corrige en su correspondencia ordinaria. Desde luego, Flaubert y Bouilhet le han dotado de un sólido sentido crítico, pero hay algo más que exigencia: una dificultad natural a expresarse. Guy de Maupassant es un hermoso ejemplo de un axioma desconocido: vale más al escritor un poco de talento y mucho carácter, que poco carácter y mucho talento. Según Henry Céard, que se encontraba con frecuencia entonces con Maupassant, en la época de *Bola de Sebo*, es decir a los treinta años, Maupassant todavía tenía la escritura difícil: «Los artículos en los que trabajaba le ocupaban mucho tiempo y le costaban gran esfuerzo.»

En una carta a Flaubert, fechada el 21 de agosto de 1878, Maupassant lo confesaba crudamente. *Durante tres semanas me dediqué a trabajar todas las noches sin haber podido escribir una página propia. Nada de nada. De modo que me sumo poco*

a poco en las negruras de tristeza y de desaliento de las que tendré muchos problemas en salir (…) *Incluso he intentado escribir algunas crónicas para Le Gaulois a fin de procurarme algunos céntimos. No he podido. No consigo ni una línea y he acabado por llorar sobre el papel.*

Sin embargo, la tenacidad del joven es tal que destacan algunos nuevos puntos. ¿Hablaba del *Gaulois*? Puede escribir a Laure, el 3 de abril de 1878: *He vuelto a ver a Tarbé que me ha pedido hacerle unas crónicas, pero no crónicas literarias. Pretendía que tomase cualquier hecho para publicar unas conclusiones, sean filosóficas o de otro tipo. Zola me insiste mucho en que acepte, diciéndome que ese es el único medio de introducirme en el negocio. Razones diversas me impiden decidirme: 1º No quisiera hacer crónicas con regularidad que acabarían siendo necesariamente mediocres, consentiría solamente en considerar de vez en cuando un suceso interesante* (…) *Voy a hacer de este modo algo sobre los suicidas* (tema que siempre le interesaría) *por amor, que se multiplican en este momento de un modo extraordinario para llegar a unas conclusiones inesperadas. En fin, no quisiera hacer más que artículos a los que me atreviera a firmar y no pondría jamás mi nombre bajo una página escrita en menos de dos horas.* (Cambiará de opinión) *2º No quiero tener la impresión de estar vinculado de un modo regular a la Dirección del Gaulois, incluso aunque no haga política*[1].

El *Gaulois* publica *La Última Escapada*, pieza en verso. Guy está radiante por las protestas de los *anquilosados, vigilantes del ideal, órganos barbarizantes de lo Sublime*. Fanfarronea. *He encontrado a Eugène Bellangé*[2] *al que no admiro precisamente. Me he divertido durante una hora defendiendo mi poética* (…) *Él exclamaba: «Eso es decadente, decadente. Y yo respondía: «Cualquiera que no siga el movimiento literario de su época* (…) *es un fracasado, etc, etc*.»

[1] Perteneciente a la Sra. Arlette Lemaire.

[2] Pintor académico normando, nacido en Ruán en 1837, hijo de Hippolyte, el retratista de Gustave.

Me ha dicho que Sardou sobreviviría, pero que él no dejaría ni una línea de Flaubert y de Zola (…) *En fin, cuando vi que iba a morderme, me he escapado…*

Desde 1872, al lado de las historietas de Étretat, la inspiración sensual se ha desarrollado. Su estilo cambia. Las flores azules se deshojan. En *Algo visto ayer noche en la calle,* el soso lirismo a lo Sully Prudhomme ha desaparecido.

Sa joue était gluante et suant sous le fard.	*Su mejilla era pegajosa sudando bajo el maquillaje.*
Son oeil glauque s'ouvrait stupide et sans regard	*Su ojo glauco se abría estúpido y sin mirada*
Sa mamelle ballait et tombait sur son ventre	*Sus tetas oscilaban y caían sobre su vientre*
Sa mâchoire édentée et noire comme un antre	*Su mandíbula desdentada y negra como un antro*
Hideuse s'entreouvrait, foyer d'infections	*Odioso se entreabría, hogar de infecciones*
Qui vous sautait au nez avec chaque parole.	*Que os saltaban a la nariz con cada palabra.*
On sentait clapoter sous la chair flasque et molle	*Se sentía chapotear bajo la flácida y molida carne*
Le liquide visqueux des putréfactions.	*El viscoso líquido de las putrefacciones.*

Maupassant dirá de Tourgueneff que el ruso *se creía poeta, como todos los novelistas que comienzan*, sin darse cuenta de que la fórmula es aplicable mejor a él. Solamente dos sentimientos alejan estas piezas de la banalidad, *el adorable desconocido de los vestidos que se levantan, y que se ponga a aullar como los locos*. El celo y el desatino.

Finalmente entra por la puerta pequeña en el *Gaulois*. Ahora es en Zola en quién se apoya: *Una gran revista se funda para aparecer en el otoño y Zola va a ser su director literario. Mi novela publicada en ella me proporcionará rápidamente 4 o 5000 francos. Es el chocolatero Menier quién pone los fondos. Para comenzar da 600.000 francos. Es estupendo.*

Termina burlándose de la Sra. Denisane, otra dama de alcurnia de Étretat, que ha escrito una carta a su padre *llena de cumplidos hacia mi pero le dice lo siguiente: «Me gustaría que una hermosa dama de encajes de seda y talones coquetos, de cabellos ambarinos, le enseñe todo lo que Flaubert y Zola*

desconocen de esa perfección de gusto que proporciona la poesía y los poetas eternos, incluso con tan solo cincuenta versos (…) *Encuentro esta frase una maravilla porque contiene toda la secular tontería de las exquisitas Damas de Francia – la literatura en talones coquetos, la conozco y nunca la haré; y no deseo más que una cosa, no tener gusto, porque los grandes hombres que no lo tienen inventan uno nuevo*[1].

Este odio hacia el gusto, la palabra pronunciada con la boquita de las bellas atolondradas, le será fiel un tiempo y dejará de ser Maupassant cuando haya renegado de él.

En agosto de 1877, Guy ha obtenido del ministerio un permiso para curarse en Suiza, en el balneario de Louèche, en el Valais, a veinticinco kilómetros de Sion. Por primera vez, Guy abandona Francia. Utilizará esta experiencia en un bonito y sensible cuento, *A las aguas, diario del marqués de Roseveyre*, en el cuál un paciente elige a una mujer para que simule ser su esposa durante un mes, un objeto de ocasión pudiendo pasar por nuevo. El decorado suizo está tratado como una tarjeta postal. Por el contrario, Guy ha quedado vivamente impresionado por el «surrealismo» del universo del balneario: *Se desciende directamente desde la habitación a las piscinas, donde veinte bañistas se mojan ya vestidos con largas batas de lana, hombres y mujeres juntos. Unos comen, otros leen, otros conversan. Mantienen ante si pequeñas mesas flotantes.*

Regresa a la oficina, bronceado, rebosante de salud, ¡pero no curado! *Mi jefe, desde que he vuelto de Suiza, me trata como a un perro. No admite que esté enfermo cuando se trata del servicio.*

Para evadirse, y dado que la revista de Zola se demora en aparecer, Guy busca *en los servicios de las Bellas Artes un lugar agradable y bien pagado, pero todavía no hay nada seguro a la vista*[2] y desesperado, vuelve a recurrir a Flaubert *quién ha comprendido la abominable función que tengo en la Marina*[3]…

---

[1] *Los poemas de escolar de G. de Maupassant*, por Maurice d'Harloy. *Poesía francesa*, 30 de junio de 1958.

[2] Carta a su madre, 6 de febrero de 1878.

[3] Antigua colección del Dr. Lucien Graux.

Y pide ingenuamente a su madre, ese 21 de enero de 1878, «que ennegrezca todavía más la situación» ante el Viejo.

Flaubert interviene ante su amigo Agénor Bardoux, ministro de Instrucción pública, burgués de la región de Berry, de rostro lampiño, liberal bajo el Imperio, abogado brillante, diputado del Puy-de-Dôme en 1871, uno de los jefes republicanos y ministro de Instrucción pública en el gobierno de Dufaure. Gran amigo de Louis Bouilhet, Bardoux incluso ha publicado él mismo unos versos bajo el seudónimo de A. Brady. Quiere bien a Flaubert, pero no es muy proclive a comprometerse. Tergiversa, demora, prorroga.

Guy ha terminado esa famosa pieza sobre la qué se había afanado, *La Traición de la Condesa de Rhune*. Se la lee a Flaubert. El «Viejo» le busca al mismo tiempo un nuevo empleo, un editor para sus versos, periódicos para sus crónicas y un teatro para su tragedia.

Gracias a la intervención de su maestro, Guy va a ver a Sarah Bernhardt, famosa desde *El Transeúnte* de François Coppée, en 1869. En febrero de 1877, ella ya ha pasado algunos años de la treintena. Tenemos poco detalles de la entrevista entre el joven supermacho y ese «monstruo sagrado». ¡Lástima! El encuentro se produjo en la pimera quincena de febrero: *La he encontrado muy amable, incluso demasiado, pues me dijo que presentaría mi drama a Perrin* (administrador del teatro) *y que haría lo posible para conseguir una lectura de él.* Guy desconfía. Ella le dijo no haber leído más que el primer acto: ¿lo había leído?

Al mismo tiempo, Flaubert ha presentado la pieza a Perrin. Impaciente, Guy se deja llevar por su mal humor contra el mejor de los amigos y se queja a Laure. *El dichoso Flaubert ha actuado muy torpemente… ha creído la cosa imposible; ha* (…) *vacilado y la hierba nos ha sido segada bajo los pies. Tan pronto como se trate de cosas prácticas el querido maestro no sabe como actuar, solicita platónicamente y nunca con efectividad*[1] Carta impaciente, una vez más injusta. En realidad,

[1] 18 de febrero.

Flaubert prefería ver a Guy entrar en casa de su amigo Bardoux, y encontraba la pieza mala.

Guy no ha tenido más suerte con el teatro que Zola. No obtendrá, tarde ya, más que dos dudosos éxitos. En cuanto a *la Traición de la Condesa de Rhune*, drama histórico cuya acción transcurre en 1347, ¡es un Ruy Blas de tono bretón!

«LA CONDESA

... ¿Estás celoso?

JACQUES DE VALDEROSE

¿Celoso de qué?

LA CONDESA

De mi pasado.

JACQUES DE VALDEROSE

No, puesto que vos me amáis (…)

(*El conde arroja a su esposa por la ventana. Luego aullando por la ventana hacia fuera*.)

EL CONDE

¡Y ahora, tómala, felón, te la doy!

TELÓN»

Se comprenden las reservas de Flaubert, y Sarah no tenía ganas de ser arrojada por la ventana.

Cúmulo de infortunios, Guy, francamente afectado por las cuentas de liquidación de los puertos, está permanentemente al lado del jefe. Los días *le parecen interminables, largos y tristes, entre un colega imbécil y un jefe que me abronca. No digo nada al primero; no respondo al segundo. Ambos me desprecian un poco y me encuentran torpe, lo qué me consuela.*

– ¿Qué está haciendo, Sr. de Maupassant?– exclama de pronto una voz burlona. ¡Raramente le he visto desplegar tanta actividad! Sr. de Maupassant, está usted pagado por el Estado para el servicio del Estado…

– Pero, señor, he acabado mi trabajo.

– Le prohíbo tajantemente ocuparse de otra cosa…

El jefe tiene una expresión de desprecio.

–… de otra cosa que no sea relativa a la administración. Le prohíbo leer durante las pobres siete horas que se supone debe dedicar usted a nuestro ministerio…

– Pero, señor, ¡no tengo más que hacer!

– Entonces, tome nuestra correspondencia de diez años para acá y léala. ¡Eso lo instruirá!

Los trabajos forzados son menos penosos, suspira Guy.

Un sábado, a mediados de octubre, en Croisset, Guy y Flaubert han pasado parte de la noche charlando, en el gran despacho de las cinco ventanas. Esa noche, *los versos de Victor Hugo salían de la boca del Vikingo como caballos desbocados* y el maestro estaba de buen humor.

– Guy, ¡escucha un instante! «¡Las inundaciones del Loira debidas a las exageraciones de la prensa y a la inobservancia del domingo! Homilía del Obispo de Metz, diciembre de 1846.» ¡Espera, espera! «Los perros son por lo común de dos tonos opuestos, uno claro y el otro oscuro, al objeto de que, estén en la parte que estén de la casa, puedan ser advertidos sobre los muebles, con el color que no los confunda. Armonías de la Naturaleza, Bernardin de Saint-Pierre.» ¡Henorrrme! «¡Advierto sobre los peces, lo que resulta maravilloso, que puedan nadar y vivir en el agua del mar, que es salada, y cuya raza no se haya extinguido hace tiempo! Jaume, Catecismo de perseverancia, 1857.» ¡Y ellos perseveran! Jovencito, ¡este es mi abanico de tonterías!

Guy está feliz; desde 1876, el Viejo le tutea. Lleva un pantalón de seda y unos mechones cayendo en bucles. Es aún más grande en su bata de paño marrón. Guy le ve siempre igual: *Su figura roja, cortada por un grueso bigote blanco con las puntas caídas, se hinchaba bajo un furioso aflujo de sangre. Su mirada bajo grandes cejas tupidas discurría sobre las líneas, registrando las palabras…*

Flaubert repite:

– ¡La tontería, la tontería, gigantesca, gigantesca! ¡La única dueña del mundo! ¡Enorme! ¡*Henorrrme*!

Al día siguiente, ambos visitan la granja de Corneille, el gran anciano, en el Petit Couronne, en la orilla izquierda del Sena, en un pueblo taciturno, una pequeña residencia enladrillada cuyas vigas están cubiertas de especies de escamas

de madera. Los apartamentos son bajos, el lugar triste pero un poco disipado. Un viejo charco cenagoso con una piedra en lugar de banco ha debido servir para fijar la mirada y recoger el espíritu del viejo poeta….

Luego Guy ha ido a cenar con su primo Louis, con quién la familia se ha reconciliado después de las violentas discusiones con motivo de la herencia del abuelo Jules. Convertido en un apreciado pintor, *el más grande hombre de Ruán*, Louis Le Poittevin ha «logrado» ser el primero del grupo. Guy no está celoso. Además, él quiere mucho a su prima Lucie. En 1869, Guy asistía a su boda, con el inenarrable Robert Pinchon. La novia estaba radiante, del brazo de su barbudo pintor. Para esa boda, Guy, muchacho de honor lampiño, escribe naturalmente unos versos, en los cuales recomienda cínicamente a los jóvenes esposos: *Yo seré, si tú quieres, amigo… de tu pareja*.

Louis no lo quiso, como lo demuestra esta carta libre, muy libre, no fechada, de la colección Daniel Sickles, posterior algunos años: *Quiero ver los rabos de los burgueses en Étretat a fin de hacer una crónica, en la qué me burlaré de todo el mundo. Indícame a tus enemigos y levantaré la polvareda literaria (…) Te beso en la boca y beso las manos de tu esposa… No, es al revés. Ah no, ni tus manos, ni aún eso – así pues, envío mi retrato a tu esposa* – Aparece la caricatura libre, muy libre, de un pequeño Maupassant bigotudo completamente desnudo.

El lunes, con Robert Pinchon, irán a Miromesnil: hemos ya comentado el final decepcionante de este paseo.

El 4 de noviembre, Guy, de vuelta en las galeras de la calle Royale, calcula. Ese musculoso, y ese voluntario también, por la tenacidad, el carácter, la continuidad de las ideas, no es un visceral. Ha convencido a Flaubert, desde luego.¿Después? ¿Cambiar de ministerio? Lo necesita. A condición sin embargo de no ganar menos que en la Marina. Recibe del cajero 2000 francos al año a lo que se añade la pequeña pensión que continúa pagándole su bonachón padre. *Apenas puedo vivir y después de haber pagado a mi calefactor, mi sastre, mi zapatero, la costurera, la lavandera y los alimentos, sobre mis 216 francos*

al mes, no me quedan más que de 12 a 15 francos para disfrutar de mi juventud.

Diciembre, *el mes negro, la medianoche del año*. La expresión procede de una carta que data de dos años atrás, muy hermosa. *Si, tan solo, estuviésemos en el mes de enero, el terrible devenir habría sido engañado. Cuando los días se alargan estoy salvado. Es diciembre lo que me espanta, el mes negro, el mes siniestro, el mes profundo, la medianoche del año. Ya se nos han dado las lámparas en el Ministerio. En un mes, encenderemos el fuego*…(6 de octubre de 1875). La situación se hace lamentable. El jefe, exasperado por ese empleado indiferente a su trabajo, siempre enfermo a pesar de una explosiva salud, y pasando por tener las peores asistencias, ha acabado por poner al director al corriente de las gestiones hechas por el funcionario Maupassant para abandonar la Marina. Desde ese momento, se le pregunta cada mañana:

– ¿Cuándo se marcha usted?

Guy se encuentra entre dos cadenas. Baurdoux duda siempre. ¡Y ahora corren rumores de la caída del ministerio! Guy apremia dos o tres veces por semana a Flaubert: *Estoy en la mierda hasta el cuello, sumido en unos aprietos y unas tristezas inexpresables… Es duro vivir.*

El 16 de diciembre, ve al subjefe del gabinete de Agénor Bardoux, un joven cortés y comprensivo, Xavier Charmes. Ambos simpatizan. *Cómo me sorprendiese la tortuosa senda que se me hacía seguir, cómo no comprendía por qué* (el ministro) *no se comprometía en aceptar simplemente mi dimisión, él me ha respondido que era para facilitarme el medio de regresar a la Marina en el caso de que Bardoux cayese.*

¡Ah, no! ¡Eso, jamás! *Yo le he objetado la promesa formal del ministro, hecha ante el Sr. Charmes, de colocarme en su ministerio si él se iba. El subjefe se ha puesto a reír y me ha dicho: «El Sr. Bardoux promete a diestro y siniestro mil cosas que no puede cumplir. No se fie demasiado.»*

Guy suspira: *En fin, veré al ministro el jueves…*

Bardoux no le produce una buena impresión, aunque le hubiese elogiado cierta pieza de versos que le había mostrado

Flaubert. Han reído hasta dolerle las nalgas, de esos versos cálidos de adolescente sin embargo repletos de clichés.

(La lavandeuse) fixa sur moi son regard effronté,	*(La lavandera) fija sobre mi su descarada mirada,*
Dégrafa sa chemise, et sa ronde poitrine	*Desabrocha su camisa, y su redondo pecho*
Surgit, double et lusante, en pleine liberté,	*Surge, doble y lustroso, enplena libertad,*
Echarte aux sommets et d'une ampleur solide,	*Abierto hacia las cimas y de sólida amplitud,*
Elle battait alors son linge, et chaque coup	*Entonces golpeaba su ropa, y en cada golpe*
Agitait par moment d'un soubresaut rapide	*Se agitabam por instantes, con rápido sobresalto,*
Les roses fleurs de chair qui se dressent au bout…	*Las floridas rosas de carne que se erigían en las puntas…*

A Bardoux le falta firmeza y es distraido. Algunas semanas antes había olvidado a Flaubert sobre un banco de la calle de Grenell, cuando lo había invitado a almorzar. Todo es problemática, brumoso, catastrófico. Por fin aparece la decisión. Maupassant es nombrado. En la calle Royal es un escándalo.

– ¿Abandona usted esta casa sin tramitar su petición por la via jerárquica? – clama el jefe indignado. – ¡No lo permitiré!...

Guy lo interrumpe con una calculada arrogancia:

– ¡Oh! ¡señor! ¡Usted nada tiene que permitir! Este asunto está por encima de nosotros: entre ministros.

En la Marina, el expediente de Guy de Maupassant se cerrará con una última nota, pequeña obra maestra de la perfidia administrativa: «Con respecto al Sr. de Maupassant, habiendo presentado su dimisión como empleado de la Marina para ser transferido al Ministerio de Instrucción pública, no considero útil dar a conocer mi punto de vista sobre su manera de servir[1].»

Algunos días más tarde, Guy debía pedir prestados sesenta francos a Léon Fontaine, pero hacía seguir triunfalmente su firma de esta parrafada que hacía perder la respiración: *Vinculado al Gabinete del Ministro de la Instrucción Pública, de los Cultos y las Bellas Artes, encargado de la correspondencia del Ministro y de la Administración de los*

[1] 19 de diciembre de 1878.

Cultos, de la Enseñanza Superior de la Contabilidad. Todas las cartas que escriba durante algunos meses estarán así finalizadas, y pronto impresas.

3.

Dr. Jekyll funcionario y Hyde marinero – Courbet, Corot y Monet – Paradojas de la pintura y la poesía – Una revolución del sol – La colonia de Aspergópolis – Rabelais, los Crepitianos y la Sociedad de los Chulos – Un Manet en movimiento – De Renoir a Lautrec – La Hoja de Rosa *y* La Hoja al Revés – Mosca.

Ofuscado por el desagradable olor de los despachos, los pechos planos, los pequeños brazos y los raquíticos espíritus, Maupassant huye hacia Étretat cuando tiene algunos francos en su bolsillo y hacia el Sena cuando está sin blanca. Allí, el funcionario se transforma en un chulo de las orillas, Doctor Jeckyll de los formularios por triplicado, Mister Hyde de la Grenouillère.

Se queda a dormir en Bezons dos noches por semana, se levanta temprano, se ejercita con las armas de cinco a siete, o lava su yola. Al amanecer la empuja al agua, escucha su fraternal deslizamiento, la huida apurada de una rata, el roce contra los rosales. Respirando a pleno pulmón, tira de los remos, solo con los pescadores furtivos y, cuando el sol comienza a subir, salta, lo más tarde posible, en el compartimiento de tercera clase de un tren que apesta a perro mojado, para ir a penar sus siete horas de un tirón en su cárcel administrativa, a la qué llega con retraso todas las mañanas, resoplando, enrojecido y furioso.

La topografía de la Ille-de-France queda plasmada en los cuentos con la exactitud que Flaubert deseaba. El chatarrero Dufour, de *Un Día de Campo*, que ha pedido prestado el carricoche del lechero, desciende la avenida de los Campos Elíseos con su esposa, Pétronille, su hija Henriette y un muchacho de rubios cabellos. Pasa las fortificaciones en la puerta Maillot. Al llegar a Neuvilly, ya se encuentra el campo. Desde la encrucijada de Courbevoie, los viajeros observan: *A la derecha, allá lejos, estaba Argenteuil, con su elevado campanario; por encima aparecían los cerros de Sannois y el Molino de Orgemont. A la izquierda, el acueducto de Marly se dibujaba sobre el cielo claro de la mañana, y se divisaba*

también, de lejos, la terraza de Saint-Germain. Atraviesan el Sena una segunda vez*: El río resplandecía de luz; un vaho se elevaba de él, absorbido por el sol, y se experimentaba una suave quietud, una frescura benéfica.*

Se trataba de Bezons, visto por Renoir, padre.

Cuando se decide por el tren, Guy desciende en la estación de Courbevoie y sube a la diligencia, tomada al asalto por los habitantes de las afueras de París. Los pescadores se agolpan en el techo *y como tienen sus cañas en la mano, el carruaje toma de pronto el aspecto de un puercoespín*.

Francia era entonces un inmenso país, y Asnières estaba tan lejos de París EN EL TIEMPO como Ruán hoy por tren, o Niza por avión. ¡Siempre podemos intentar soñar con esas viñas de Argenteuil, sobre las orillas de cemento, entre las fábricas, ante el agua espumosa de los detergentes! Desde luego, las afueras eran ya las que describía Raffaelli, estériles y mugrientas, pero todavía conservaban grandes extensiones de verdor que hoy no podemos ni imaginar.

El centro de este Eldorado dominical a menudo descrito, en particular en *La Mujer de Paul* y en *Yvette*, era el ombligo del impresionismo, un remolino de agua sucia y muchedumbre ruidosa y alocada, la Grenouillère.

Retomando las ideas de Gaston Bachelard, se ve como el agua dulce, después de las olas de Étretat, se convierte en el «soporte material de los sueños» de ese pequeño funcionario exasperado, afectado de la angustia de los adolescentes arrojados prematuramente a un oficio que nunca desearon. Nos imaginamos difícilmente una pasión tan exclusiva. No hay un hombre sobre mil que sienta el elemento favorito con esa intensidad.

Ahora bien, lo curioso es que esta pasión individual tan tipificada, se desarrolla en el interior de una pasión colectiva triunfante, de una mutación en las formas de vivir. En el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX, el agua invade la pintura, la música, y, en menor grado, la literatura, sucediendo al fuego romántico. Maupassant es solidario con esta pasión por el agua viva, que magnifica su obra del mismo modo que la de un

Monet o un Debussy, esta escuela espontáneamente heraclitiana del instante que pasa.

Eso se produce por él, puesto que es el más acuático de los prosistas del siglo, pero a sus espaldas. No hay en él ni toma de conciencia de este fenómeno artístico, ni menos aún una organización sistemática. Aprecia a esos pintores a los que conoce y estima, pero no va más allá. Siempre resulta desconcertante un pionero de un movimiento que no sea consciente de ello. Los pintores plasman un mundo de reflejos líquidos, los músicos dejan fluir sus sonatas, los escritores licuan su estilo sin percatarse de que todos van en la misma dirección. Esta fluidificación no se detendrá hasta la aparición del cubismo. Maupassant ha comprendido a Courbet pintando *la Ola*, como a Monet, Renoir y muchos otros, pero los ha admirado, sobre todo desde el punto de vista del novelista, como hermosos modelos. En el caso de Courbet, llegó a ver al personaje: *Tenía un espíritu pesado, pero preciso, lleno de buen sentido común, oculto bajo sus groseros chistes. Decía ante una Sagrada Familia que le mostraba un colega: «¡Es muy bonito esto. Usted ha conocido entonces, a esas personas que ha retratado!»* El tipo lo divertía tanto como el pintor.

Corot le dio ocasión de un recuerdo sensible e inspirado. La escena deber remontarse al decimocuarto cumpleaños de Guy… *Un día, siendo joven todavía, seguía el barranco de Beaurepaire, cuando advertí en una granja, en un pequeño cercado, a un anciano de blusa azul que pintaba bajo un manzano. Parecía muy pequeño, replegado sobre su silla; y, animándome por esa blusa de paisano, me aproximé a observarlo. El patio estaba en pendiente, rodeado de grandes árboles que el sol, a punto de desaparecer, cribaba de rayos oblicuos. La luz amarillenta penetraba entre las hojas, pasaba a su través y caía sobre la hierba como lluvia clara y menuda. El buen hombre no me vio. Pintaba sobre un pequeño lienzo cuadrado, suavemente, tranquilamente, sin moverse apenas. Tenía cabellos blancos, bastante largos, y era de aspecto dulce y figura risueña.*

Lo volví a ver al día siguiente en Étretat, ese viejo pintor se llamaba Corot.[1]*…*

Maupassant encontrará igualmente a Monet entre las dos Puertas, en 1884, y comprenderá perfectamente lo que éste hace, eso de lo que no eran capaces, más bien lejos de ello, todos los escritores contemporáneos. *El último año en este mismo país, he seguido a menudo a Claude Monet en la búsqueda de impresiones. No era solo un pintor, ciertamente, sino un cazador. Iba seguido de niños que llevaban sus lienzos, cinco o seis telas representando el mismo tema a horas distintas y con efectos diferentes.* (…) *Le he visto atrapar de este modo una puesta relumbrante de luz sobre el blanco acantilado y fijarla a una colada de tonos amarillos que reproducían extrañamente el sorprendente y fugitivo efecto de este inaccesible y deslumbrante brillo. En otra ocasión, tomó en sus manos un chaparrón que se abatía sobre el mar, y lo plasmó sobre su lienzo…*

La luz bajo la lluvia, los tonos amarillos, el deslumbramiento y la última imagen, fuerte e inteligente, todo el impresionismo está ahí escrito.

Pero al mismo tiempo le gusta Bastien-Lepage, de quién le entusiasman los paisajes rurales, y sus amigos Gervex y Jean Béraud, su primo Le Poittevin y el soso Guillemet, que Zola prefiere a Cezanne, y pone a Bouguerrau al nivel de Manet.

La indiferencia que demuestra este eclecticismo sorprende tanto o más, ya que él es su hermano escritor, y no solamente cuando habla de ellos, sino cuando escribe sus mejores páginas, con toques fluidos, impresionistas, como pintaba precisamente el Courbet de *las Damiselas del Sena* y de *la Ola*, el Manet del *Bar de los Folies-Bergère* o el Monet de Argenteuil y de Étretat.

Dirá en pleno siglo XIX, el 30 de abril de 1886: *Yo no entiendo nada de este arte que no he practicado en absoluto.* Falsa afirmación. La prueba es esta observación, muy insólita antes de 1900: *Hemos comprendido finalmente la poca importancia que tiene el tema en la pintura…* (…) *La pintura*

[1] *Gil Blas*, 28 de septiembre de 1886.

(…) *nos debe emocionar por su misma obra y no por la anécdota que su obra representa.*

Esta observación, tan rara en la época, no puede proceder de un hombre que no conocía la pintura. Ni más, a la inversa, que este otro en el que él se burla de una pintura *de la Gazette des tribunaux de hoy, que tan peligrosa resulta para este arte como la novela folletín, tan querida por las porteras,* viendo así claramente el academicismo de los Salones, sus pintores, sus críticos y su publico. Maupassant tenía el ojo mucho más fino y mucho más exigente de lo que quería confesar. *Mis ojos abiertos como una boca hambrienta, devoran la tierra y el cielo. Sí, tengo la sensación diáfana y profunda de comerme el mundo con mi mirada…* Y si no ha «practicado» este arte, dibujaba con un trazo vivo, malicioso, al estilo de los periódicos ilustrados, en sombras chinescas, a menudo, con una grafía endiablada, frecuentemente temas obscenos, siempre divertidos, mucho más divertidos que sus obscenidades escritas. Espíritu, ojo, incluso mano, presciencia de lo que se hace, tiene todo para compartir la aventura de la pintura.

Entonces, ¿por qué este divorcio? Se pueden ver en ello dos razones, que no se excluyen mutuamente. Si se recuerda que su padre era un hábil pintor y que Guy no se llevaba muy bien con él, se comprende que el desprecio haya podido desplazarse del padre a la pintura. Explicación nada despreciable. La segunda es más amplia. Guy quería conservar su derecho a disfrutar hasta del mal pintor si eso le apetecía. No estaba decidido a alargarse para armonizar sus ideas y su vida. No tenía ningún sentido del sacrificio y consideraba que ya era bastante riguroso consigo mismo en la obra, lo que no hará además nunca integralmente. Desde esta edad, normando embrutecido por la vida, desconfiado por herencia, pesimista por la educación de su madre, las lecciones de Flaubert y la experiencia de la guerra, MAUPASSSANT NO TOMA PARTIDO.

Este rasgo, tan nuevo en relación al niño y al adolescente generoso al que se ha visto vivir en Étretat, Yvetot y Ruán, se extiende a todo su universo. Las reacciones serán exactamente las mismas en poesía. El grosero Maupassant, según Léon Daudet, comprenderá tan fácilmente como el panfletario, a los

poetas más difíciles de su tiempo. Desde luego, Guy estimaba a Verlaine y a José María de Heredia, al que conocerá a principios de 1878; desde luego le gustaba Hugo pero también defendía a Baudelaire, su poeta preferido. Es probable que el aspecto provocador, flores del mal y mujeres condenadas, lo haya seducido tanto como la magia de los versos. Sea. Pero Guy irá más lejos, haciendo alusión al *soneto de las vocales* o hablando con simpatía e inteligencia de la *audición colorista* en casa de Rimbaud[1]. Eso es muy extraño. Más meritorio todavía puede ser su admiración por Mallarmé. La amistad entre ambos artistas, tan distintos, arroja una luz sobre un Maupassant de otro modo sutil que el que la historia literaria nos ha mostrado.

Sin embargo, como en pintura, toleraba las sandeces de François Coppée y de Sully Prud'homme. La misma actitud en música, como se verá, aunque más débilmente bosquejada.

El no tomar partido es una de los rasgos más característicos de aquél que será paralelamente el contador sin concesiones de *Bola de Sebo* y el novelista de *Bel-Ami*.

La Mancha en Étretat y en el Havre, el Sena en Ruán, en Mantes y Triel, la Grenouillère, el Mediterráneo en Cannes, coinciden estrechamente con los lugares esenciales del impresionismo. El agua, desde 1850, se ha convertido en la gran dama de la pintura. No se le atribuirá nunca demasiada importancia al Sena en la historia de los lozanos años de la III República. A orillas del río, al mismo tiempo que la pincelada divisada, las disonancias y los versos fluidos, triunfa la camisa abierta como oposición a los falsos cuellos intensamente almidonados de la convención burguesa. Mediante los remeros, los bañistas, las «golfillas», comienza una revolución en las costumbres. Hacia 1871, en las inmediaciones de Bougival, no es más que un picaresco hormigueo de chulos pintorescos y muchachas fáciles, de remeros medio desnudos, escandalizando a los domingueros y turbando a sus «damiselas» mediante la exhibición de una prominente musculatura. Esto irá más allá, hacia una revolución del sol, entonces temida por todos. Maupassant es, por su obra y su vida, el primer gran abogado del

[1] *La Vida errante.*

sol. Pronto las pieles bronceadas del siglo XX se impondrán sobre las lechosas pieles del romanticismo. Un futuro apolíneo hormiguea entre los nenúfares y rosales.

Guy nada, flirtea, camina días enteros, la camiseta de marinero rayada horizontalmente blanquiazul, destacando el cuello y los hombros, pantalón y gorro inglés manteniendo la compostura del remero que estira su silueta. Rema poderosamente. Es hablador y buen compañero. Tiene amigos que conservará toda su vida. A *La Tôque* y *Petit Blue* ya los conocemos, Robert Pinchon, llamado también Termómetro, Centígrado, Réaumur, y Léon Fontaine. Los otros más importantes son *Tomahawk* y *N'a qu'un oeil*. Los apodos florecían en Bougival tanto como veinte años más tarde lo harían en el Moulin Rouge.

Una biografía semejante a un acelerado cinematográfico que permite filmar el desarrollo de una planta, puede jalonar la migración del grupo de Maupassant en el transcurso de los años que siguieron inmediatamente a la debacle.

Es entre Argenteuil y Bezons cuando la implantación comienza, en la isla Marante (la misma que servirá de marco a *Dos Amigos*). Léon Fontaine y él, han alquilado una buhardilla en una posada de Argenteuil, *Le Petit Matelot*.

Guy era el jefe, mucho más por su musculatura, sus proezas de remero y de caminante, su combatividad, sus bromas cuarteleras o de internado y también las exhibiciones que hacía cuando le instaban a ello (sin dar más detalles), que por su inteligencia o su talento. Esos mohicanos, esos sioux, esos comanches, esos mahulots «lúbricos» ocupan la orilla derecha del río donde fundan la colonia de Aspergópolis. En el transcurso del verano de 1873, descienden por el río. La migración siempre irá en el sentido de la corriente. Luego, la banda se fragmenta. Los más «juguetones» se quedan en Bougival, algunos kilómetros rió abajo, y campan en la taberna de Alphonse y Alphonsine Fournaise, llamado en ocasiones el tío Hércules Fournaise, un fuerte barbudo rojo que echaba demasiado la mano a las *muchachitas* cuando éstas atracaban.

Por su parte, los tres compañeros y la banda de Mosca se retiran al albergue de *Poulain*, en la esquina del puente, en Bezons.

La enseña correspondía a un juego de palabras sobre el nombre de los taberneros:

Restaurant Poulin	*Restaurante Poulin*
Matelotes et fritures	*Calderetas y pescado frito*
Cabinets de societé	*Reservados de sociedad*
Bosquets et balançoires.	*Bosquecillos y columpios*

En *Un Día de Campo*, Guy describe el albergue *blanco situado al borde del camino*. Por la puerta abierta puede verse brillar el zinc; es la clásica tasca ribereña del siglo XIX, guarida de los merodeadores de río de Eugène Sue. Dos obreros endomingados beben a sorbitos un aguardiente. Se come pescado frito del Sena, la caldereta, el conejo salteado regado con vino embotellado. Hay todo tipo de barcos de alquiler para uso de los parisinos, los «planos» de los pescadores, los esquifes, los *perissoire*, antepasados del patín.

Y allí están naturalmente los barcos de Guy, de Léon Fontaine y de Robert Pinchon, unas yolas, de nombre acariciador como una risa de muchacha. *Dos enormes yolas de remeros* (…) *reposaban juntas, semejantes a dos enormes muchachas delgadas, en su estrecha y reluciente longitud*. Para Maupassant, como para los ingleses, barco es siempre femenino.

Los considera con ese ojo preciso que juzgaba la línea de las bañistas de Étretat: *Sobre el río, dos yolas pasaban, movidas por largos golpes de remo por dos muchachos con los brazos desnudos cuyos músculos vibraban bajo la piel tostada. Las acompañantes, extendidas sobre pieles de animales negras o blancas, gobernaban el timón, manteniendo abiertas sobre sus cabezas, como enormes flores flotando en el agua, sombrillas de seda roja, amarilla o azul.*

El Sena era sin duda la anti-oficina y Maupassant en camiseta de manga corta, el funcionario exasperado que se ha despojado del traje ceñido de las convenciones administrativas. Eso era la felicidad: una muchacha, nunca la misma, un barco fiel, y los compañeros.

Guy había bautizado a la flotilla, *La Étretat*, un pequeño balandro que él había hecho construir en Ruán y *La Hoja de Rosa* (que encontraremos en *Mosca* bajo el nombre de *La Hoja al Revés*. Dejo a los especialistas la tarea de considerar estos matices semánticos). Pronto se les une *El Buen Cosaco*, homenaje a Tourgueneff, sobre el que Guy paseará a Stéphane Mallarmé, y *Hermano Jean*. Enseguida se llama a esta tribu los «chicos de Bezons», por oposición a los «chicos de Chatou». Las dos bandas no rivalizaban. Diferían, eso es todo. Los chicos de Bezons comían, bebían ponche de ron (la generación anterior lo hacía en un cráneo), echaban las yolas al agua durante la noche y recitaban versos, lo que no hacían nunca los de Chatou. Con su fuerte y grave voz, viril y musical, muy bella, Guy recitaba indiferentemente *Océano Nox* o *La Mujer del Sargento:*

«Ah! Dit la femme du sergent!
Qu'as-tu moine? Qu'as-tu moine?
Ah! Dit la femme du sergent!
Qu'as-tu moine à pleurer tant!»

¡Ah! ¡Dijo la mujer del sargento!
¿Qué te ocurre monje? ¿Qué
te ocurre monje?
¡Ah! ¡Dijo la mujer del sargento!
¡Qué te ocurre monje para llorar
tanto!

A veces, en el culmen de la juerga que él mismo había desencadenado, Guy se callaba bruscamente, y miraba fijamente al frente, inmóvil.

– ¿Qué va mal, Guy? – preguntaba Petit Blue.

– Me duele la cabeza.

Guy achacaba sus molestias a la bebida o al sol, se recuperaba y proseguía:

– ¿Es cierto que Paul vino el domingo con Berthe? ¡Qué zorra esa Berthe!

Los naipes de su destino habían sido distribuidos, pero nadie podía ponerlos boca arriba todavía.

Por las desenfrenadas cartas que Guy escribía, se puede acabar de recomponer esta bohemia, tan diferente de la de Mürger como, más tarde, la de Carco. Ese 28 de agosto de 1873, Guy cuenta una borrachera rabelesiana. En *La Tentación de San Antonio*, del «maestro», cuyo manuscrito él conocía y que aparecerá al año siguiente, Joseph Prunier había descubierto al pequeño dios Crepitus, cuya presencia se manifestaba mediante

incongruencias y de este modo él había fundado la Unión de los Crepitianos. Se trata de una epístola *del maestro Joseph Prunier, remero en las aguas de Bezons y lugares circundantes, al muy honorable "Petit Bleu" Roquetaillade.* Al modo del cura de Meudon, Guy enumera todo lo que ellos han bebido. *Tras numerosos tentempiés, dimos cuenta de 2591 botellas de vino de Argenteuil*. En estos felices tiempos de antes de la filoxera, las orillas del Sena estaban todavía plantadas de viñedos. Enumera de este modo una media docena de caldos, un número prodigioso de botellas y las consecuencias fácilmente previsibles. *Poco acostumbrados a nuestras pantagruélicas comidas, ese viejo cabrón de La Tôque* (Pinchon) *empezó a sacudir la pupila de tan fastuosa y extraña manera, para luego sacudir el estómago de una forma aún más extraña y al fin dejar de moverse.*

Sacando pecho, Guy se muestra en escena sobre su barco: *Y Prunier hizo numerosas cosas aquel día, tan sorprendentes, maravillosas y superlativas proezas en navegación, como remolcar desde Bezons hasta Argenteuil una tan espantosa nave de vela que casi se deja la piel de las manos en el remo, (dos bellas putas viajaban en esa nave de vela).*

Un fragmento de carta dirigida a Léon Fontaine, felizmente rescatada, nos da una idea más precisa de la verborrea salaz y escatológica del presidente de los Crepitianos. Esta carta da fe de otra parranda en Sartrouville: *un compañero de Paul que había venido con ellos se encontró indispuesto e incapaz de regresar a Chatou, de modo que me he visto obligado a embarcarme a las diez de la noche para conducir a su nido a esos dos tortolitos viajeros; he hecho este peligroso viaje sin ningún percance y para recompensarme Berthe me ha enseñado su culo.*

Los espacios en blanco del texto están reemplazados por unos dibujos en sombras chinescas. El resto es impublicable. Basta saber que esta Berthe consiguió asquear a Guy y a ponerlo en el mismo estado de indigestión que al amigo de Paul.

He aquí otro fragmento, no menos elocuente, pero de tonalidad diferente:

18 de julio: que acontecimientos han ocurrido después del 14 de agosto (quiere decir «julio»)*, día en el que comencé esta carta. De entrada estuvimos en Argenteuil con Mimi, Nini, y*

además con uno de nuestros amigos, Bibi, que ha traído con él su Bluet. Ayer, finalmente regresamos y después de una lucha terrible entre Hadi y Radjah que se disputaban Bluet y, tras el triunfo de Radjah, quisimos subir en canoa. Garachon la había alquilado; nos había dado ya la misma vuelta el domingo último.

En febrero de 1891, cuando se produce el internamiento de Maupassant, Edmond de Goncourt describía todavía la Sociedad de los Crepitianos, pronto «Sociedad de los Chulos», como «una sociedad masónica de remeros ferozmente obscenos, de los que Maupassant se había hecho presidente». A Guy le gustaba escandalizar al burgués y al colega. A Goncourt le gustaba manchar las reputaciones. A pesar de semejantes exageraciones, se conservan pocas dudas sobre la veracidad de los detalles, pero el autor de *La Ramera Elisa* incluso se deja un poco engañar cuando cuenta que como consecuencia de la iniciación en la Sociedad de un inocente, colega del ministerio, los malos tratos que el desgraciado padeció en el transcurso de un «rito iniciático», no habrían sido ajenos a su muerte, acaecida poco tiempo después.

Este asunto ha sido esclarecido mediante la publicación por Artine Artinian en 1951, de La *Correspondencia inédita*. Es cierto que uno de sus colegas al que llamaban *Moule à b*. murió en la oficina, en el ministerio de la Marina. Lo que provocó una cínica oración fúnebre:

¡¡¡ Grrran noticia !!!

¡¡¡ Moule à b... ha muerto !!! Muerto en el campo del honor, es decir sobre su carpeta burocrática, hacia las tres del sábado. Su jefe le llamaba: el muchacho entra y encuentra el pobre cuerpecillo inmóvil, la nariz en su tintero (…) *La Marina se ha conmovido y se ha pretendido que* NUESTRA PERSECUCIÓN *había acortado sus días…*(Lo que es significativo, en el pasaje, acerca de la oposición que existía entre el funcionario y su ministerio) *Mostraré a ese Comisario* (De la policía judicial. Hubo una investigación) *el careto de un Presidente digno de la Sociedad y le responderé simplemente «Pamplinas».*

El resto de la carta es francamente penoso.

He intentado interponer un proceso judicial a la familia por no habernos advertido de que era de tan mala calidad.

Muerto, muerto, muerto; que palabra tan corta, insondable y terrible; muerto, es decir que no lo veremos más, muerto, sin broma, esta muerto, muerto. Nuestro Moule à b... ya no está.

Couik

Kouik

Couique

Couiq

¿Ha hecho Couiq; al menos?

Con toda evidencia, esto es una tara, y que denuncia por primera vez una fascinación malsana. Incluso puede encontrársela del peor gusto.

La Sociedad de los Chulos, los Crepitianos, de los grandes bebedores, de los chistes obscenos y escatológicos corresponden perfectamente al aspecto de bravucón, un hecho evidentemente COMPENSADOR de Guy.

Esta aparente fascinación por la muerte, el romanticismo reprimido que oculta tras su estruendosa verborrea y que se desarrolla en el gusto por la noche y la luna, revelan su profundo yo, detrás del personaje. Esta dualidad no ha escapado a sus mejores observadores, de los que el Dr. Jean Lacassagne observa: «Durante la bonita época del remo sobre el Sena, uno observa en Maupassant un curioso comportamiento: a la necesidad de movimiento y de ejercicios violentos sucedía un periodo de depresión y abatimiento, el muchacho alma de la fiesta y exuberante era reemplazado a menudo por un ser apático y desanimado; alternancias completamente sintomáticas de una constitución ciclotímica.»

En el olor ácido de las aguas dulces y de las frituras de pescado, en el estrépito del bullicio, bien demasiado silencioso, bien demasiado exuberante, Joseph Prunier mira discurrir el río acariciador y pérfido. Ya se le llama *Bel-Ami*.

No solamente *El Almuerzo de los Remeros* de Renoir, o las pinturas de Manet permiten imaginar las orillas del Sena en 1875, sino que una canción resucita su encanto canalla, *Flor de Orilla*, de Jean Lorrain, música de Yvette Guilbert.

J'fis connaissance au mois d'décembre *Auprpes d'Billancourt* *D'un marinier rouquin comm'l'ambre,* *Un vrai brin d'amour…* *Ce gars mielleux m'dit: «C'est pas d'la bèche,* *T'as rien des nichons!* *Vrai, j't'offrirai bien, quioqu'en dèche* *Une frit' de goujon… »*	*Conocí en diciembre* *Cerca de Billancourt* *A un marinero pelirrojo como el ambar,* *Una auténtica chispa de amor…* *Ese chico meloso me dijo: No tienes pecho,* *Cierto, te invitaré, aunque estoy sin blanca* *A una fritura de pescado…*

El estribillo contiene las estrofas siguientes, en el argot de los marineros de agua dulce:

I'm'app'lait sa goss', sa p'tite môme, *Dans l'jour en bateau i'm'-prom'nait,* *La nuit, fou d'ma peau, I'm'caressait* *Fallait voir comme* *C'était un gars, c'etait un hom-homme.*	*Me llamaba su chamaca, su muñequita,* *Me paseaba durante el día en su barco* *Por la noche, enloquecido con mi piel, me acariciaba* *Había que ver como.* *Era un muchacho, era un hom-hom-hombre.*

Joseph Prunier, perfecto protagonista de esta canción, lleva entonces los cabellos caídos en flequillo sobre la frente. Ha renunciado a la barba[1]. Se ha arreglado el bigote, enorme y espeso. La mirada sombría, el cuello ancho, la tez tostada. Saliendo de la calle Royal, es un empleado con corbata negra; helo aquí sobre el agua, metamorfoseado en un brutal marino – una auténtica chispa de amor – que desliza su yola entre las barcas.

Una mazurca sale de la amable Grenouillère. Maupassant la escucha, hundiendo los brazos en el agua. *En el establecimiento*

[1] *Me ha ocurrido ayer noche un pequeño accidente que habría podido tener consecuencias, pero afortunadamente no ha sido nada; inclinándome demasiado cerca de una mecha, se ha prendido fuego en mi barba: enseguida detuve el incendio con mi mano, pero todo un lado se había quemado y fue necesario afeitarme…* Carta a su madre del 6 de octubre de 1875, la del *mes negro*. Colección Mary. Lecomte du Nouy.

flotante había un barullo furioso y gritón.(…) *Toda aquella multitud chillaba, cantaba, berreaba. Los hombres, con el sombrero hacia atrás, la cara colorada, ojos relucientes de borrachos, se agitaban vociferando con una necesidad de alborotar propia de animales. Las mujeres, en busca de una presa para la noche, se hacían invitar a una copa mientras tanto; y, en el espacio libre entre las mesas, dominaba el público normal del lugar, un batallón de remeros alborotadores y sus compañeras, con cortas faldas de franela.*

Triunfa el cancán. Guy lo pinta con la misma elocuencia endiablada que el Toulouse-Lautrec del Moulin de la Galette. *Las parejas hacían locas cabriolas frente a frente, lanzaban las piernas al aire hasta la nariz de sus compañeros. Las hembras, descoyuntando los muslos, saltaban entre un revuelo de faldas que dejaba al descubierto su ropa interior. Sus pies se alzaban por encima de sus cabezas con sorprendente facilidad, y balanceaban los vientres, agitaban la grupa, sacudían los senos, difundiendo en torno a ellas un fuerte olor de mujeres sudorosas.*

La Grenouillère se levanta sobre el agua turbia. Unos dragones portando sus sables se sientan en unas sillas; unos horteras engominados pasan bajo las hojas, en corbata de seda, con unas sombrillas. Los trajes de baño flotan. Los nadadores se hunden en el agua turbulenta, mientras una gruesa dama se desgañita:

– ¡Querido, el aire es fresco, vas a coger frío!

Aparte de la oficina y las vacaciones en Étretat, Guy no vive más que en el río, persigue a las putas, pelea, arma jaleo, bebe como un cosaco. Pero también, OBSERVA, como le ha enseñado Flaubert. Hoy *hace un calor terrible* (…) *Remo, me baño, me baño y remo. Las ratas y las ranas están tan habituadas a verme pasar a cualquier hora de la noche con mi linterna en la proa de mi barca que vienen a saludarme. Maniobro mi gran barco como otro maniobra una yola y mis amigos remeros que viven en Bougival (a 2 leguas y media de Bezons) se quedan estupefactos cuando llego en pocos minutos pidiendo un vaso de ron. Trabajo todos los días en mis escenas*

de remo, de las que ya te he hablado y creo que podré hacer un pequeño libro bastante divertido y real[1].

El joven escritor juzga este medio sin indulgencia. Desde luego se divierte en él pero no se deja engañar. No se confunde con el gentío. *Se huele allí, en plena nariz, toda la escoria de la sociedad, toda la crápula distinguida, toda la podredumbre del mundillo parisino: mezcla de horteras, de comicastros, de ínfimos periodistas, de hidalgos bajo curadoría, de bolsistas turbios, de juerguistas tarados, de viejos vividores podridos…*

El nombre le encanta, resultándole admirable: *Con razón es llamado la Grenouillère*[2].

Un Manet en movimiento.

Los colores con los que Maupassant pinta la Grenouillère varían, como las pinturas de Monet, según el momento. Estridentes, corrosivos en los párrafos anteriores, se convierten acariciadores en *Un Día de Campo*. La provocadora aparición en escena de las lesbianas de *La Mujer de Paul* nos recuerda de nuevo la alegre ferocidad de Toulouse-Lautrec.

El gusto por la libertad, la revuelta, el desafío al detestado burgués, a imitación de san Flaubert, la persecución a la muchacha, lo arrojan sobre las orillas, en ese mundo marginal. Allí goza hasta la saciedad del vértigo del agua: *Mi gran, mi absorbente pasión, durante diez años, fue el Sena*. Entre Sèvres y Poissy, el río que traza dos bucles gemelos por Asnières, Argenteuil, Bougibal, El Pecq y Conflans, se divierte dibujando indolentemente una M mayúscula, inicial del más grande de sus amantes.

Es allí, sobre las orillas, donde asiste a sus clases. Lo irá recordando, con una melancolía cada vez más amarga, a medida que entra en un crepúsculo prematuro. *He visto cosas curiosas, y también chicas curiosas, en mis tiempos de remero Yo era un empleado sin un céntimo; ahora soy un hombre que ha triunfado, y que puede tirar gruesas sumas por el capricho de un segundo. Y qué difícil era vivir así, entre la oficina en París y*

[1] 29 de julio de 1875. Carta a su madre. Colección Sra. Lecomte du Nouy.

[2] En algunas traducciones *Grenouillère* es traducido por *Charca de Ranas*. (N. del T.)

el río en Argenteuil o Bougival ... ¡Ah! ¡Qué paseos a lo largo de las riberas floridas, con mis amigas las ranas que soñaban, con la tripa al fresco, sobre una hoja de nenúfar…

¡No había nada como las ranas soñando con la tripa al fresco!

¿Recordáis los días de vagancia en torno de París, nuestra esplendorosa pobreza, nuestros paseos a través de los bosques, nuestras borracheras de aire y de luz en las orillas del Sena y nuestras aventuras de amor, tan sencillas y encantadoras?

Es por este amor al agua dulce y su fauna que las ha plasmado a todas y a todos, plenos de vida, desde la despistada y acariciadora Paulette, la mujer de Paul, tan tonta en su mezcla de ingenuidad y cinismo, hasta la rechoncha boticaria extraviada de *Un Día de Campo*, pasando por la tierna Yvette, en el suculento gusto de víctima.

La yola de Joseph Prunier, como se ha visto, se llamaba *La Hoja de Rosa*.

– Perfectamente, señorita Mosca, *La Hoja de Rosa*. ¡Y detestable sea quién mal piense!

– ¡Oh! Yo, yo lo veo bastante bien! Dice Mosca, la auténtica, la de la vida.

– ¿Entonces acepta ser nuestra timonel?

– ¡No es eso el colmo!

– La invito a comer pescado frito en casa Hércules.

– ¡Eso es estupendo! ¿Cómo se llama usted?

– Joseph Prunier.

– ¡Ah!

– O Gui, gui, o incluso, el mal paseante.

– ¡Vaya, vaya! ¡No tendré miedo de encontrármelo en un rincón del bosque!

La taberna del tío Fournaise era un pabellón heteróclito, de ladrillos, con balcón y terraza. Unas figuras de hombres y mujeres, más grandes que el natural, estaban pintadas en las paredes, y una bañista en relieve adornaba la fachada. Se oían *Los Misterios de París*. El interior estaba decorado con frescos de Béraud, de Gervex y de Lepic, un desfile militar, una trifulca burlesca en una boda, y tres forzudos de feria llevando la blusa

azul de los golfos de Steinlein, tumbando bajo una farola a un burgués tembloroso cuya esposa se desmayaba, mientras dos agentes de policía se volvían de espaldas.

Maupassant escribirá allí, debajo de esas pinturas:

SOUS UNE GUEULE DE CHIEN	*BAJO UN RABO DE PERRO*
Ami, prends garde à l'eau qui noie, *Sois prudent, reste sur le bord,* *Fuis le vin qui donne l'ivresse:* *On souffre trop le lendemain.* *Prends surtout garde à la caresse* *Des filles qu'on trouve en chemin…*	*Amigo, ten cuidado con el agua que ahoga,* *Se prudente, quedate en la orilla,* *Aléjate del vino que produce borrachera:* *Se padece demasiado al día siguiente.* *Ten cuidado sobre todo con la caricia* *De las muchachas que te encuentras en el camino…*

Esta inscripción estaba fechada el 2 de julio de 1885, ironía ya hastiada de un hombre vuelto de los lugares de caza de su juventud.

En *Guy de Maupassant y su mal*, el Dr. Jean Lacassagne cuenta que un domingo, Maupassant remaba sobre el Sena con un amigo. Cambia bruscamente de dirección y dirige la proa hacia una localidad donde se encontraba una residencia hermana de *la casa Tellier*. Abandonando allí a su compañero, Maupassant desembarca, entra, luego regresa tranquilamente algún tiempo después. Los médicos coinciden con Goncourt, Catulle Mendès, Bourget y otros: Maupassant era un GENITAL. De la joven Dufour, en *Un Día de Campo*, Maupassant también dice: *Era una guapa chica de dieciocho a veinte años; una de esas mujeres cuyo encuentro por la calle os azota con un súbito deseo, y os deja hasta la noche una vaga inquietud y una agitación de los sentidos.*

El reaccionaba así: un deseo súbito, siempre disponible, nunca satisfecho. *Quisiera tener mil brazos, mil labios y mil… temperamentos para poder abrazar al mismo tiempo a un ejército de esos seres encantadores y sin importancia* [1].

[1] ¿Él? (1883)

Es difícil no hablar de obsesión en aquél que admite como normal que un hombre haya poseido entre los dieciocho años y los cuarenta años a dos o trescientas mujeres, record que él batirá fácilmente. Cuando escribía esto[1], Guy no tenía más que treinta y dos años.

Varios rasgos testimonian este comportamiento. De paso por Roma, con Paul Bourget, según refiere A. Lumbroso, Guy visitaba la ciudad con el conde Primoli, sobrino de la princesa Mathilde, pintoresco aristócrata loco por la fotografía y de anécdotas picantes, a quién Edmond de Goncourt criticaba su elocuencia obscena («Es curioso el aspecto ostensiblemente guarro que aporta la presencia de Primoli a las cenas de la Princesa[2].») Después de los monumentos y los museos (que Maupassant adoraba, lo que no se ha señalado a menudo, en la morbosa preocupación de presentarlo como un ilota) el escritor manifiesta el deseo de visitar otros lugares, célebres desde la antigüedad. Primoli condujo a sus huéspedes a una casa frecuentada por soldados en las proximidades de la vía Torre de Nona, cerca del puente San Ángel. Allí, entre militares emplumados como cacatúas, Guy «sube» en compañía de una matrona romana, bajando pronto y encontrando a Paul Bourget, sentado, en la misma posición en la qué lo había dejado. Provocador y soberbio, Maupassant deja caer:

– ¡En este momento, querido, entiendo su psicología!

Esta virilidad se acompañaba de una fuerza muscular poco común. Léon Fontaine contó que en noviembre de 1882, en Sartrouville, un luchador de feria fanfarroneaba, el torso lleno de medallas, cuando un remero aparta a los espectadores y salta al estrado, arroja al forzudo a tierra y lo aplasta contra el suelo haciéndole tocar la espalda. Los remeros de Sartrouville vitorearon a Guy.

Tal es el hombre que, en la taberna de Hércules Fournaise, en el albergue *Poulin* o en la isla Marante, en cualquier caso, *sobre el agua*, se convirtió en el amante de la pequeña Mosca, junto a otros, poco después de la guerra, en unas condiciones

[1] Un hijo (1882)

[2] *Diario*, 5 de junio de 1895.

bastante peculiares: *Éramos cinco, una pandilla, hoy hombres serios; y como todos éramos pobres, habíamos fundado, en un horrible figón de Argenteuil, una colonia indescriptible que no poseía sino una habitación-dormitorio donde he pasado las más locas veladas de mi existencia* (…) *Vivíamos en perfecta comunión, con el único pesar de no tener una timonel. Una mujer es indispensable en una embarcación.*

La encontrarán en Mosca. La Mosca en cuestión revoloteaba y se convirtió sin problemas en la amiguita de los cinco muchachos. *Parloteaba sin fin con el leve ruido continuo de esos mecanismos alados que giran en la brisa; y decía aturdidamente las cosas más inesperadas, más chuscas, más estupefacientes…*

Todo habría ido bien, sino moralmente, si la mosca no hubiese aportado una mosquita a los cinco padres.

Se produjo al principio una sensación de estupor, de desastre; y nos mirábamos unos a otros con ganas de acusar a alguien. Pero ¿a quién? ¡Ah! ¿A quién? Jamás había sentido yo como en ese momento la perfidia de esa cruel broma de la naturaleza que no permite nunca saber a un hombre con seguridad si es el padre de su hijo. Después, poco a poco, nos invadió una especie de consuelo que nos reconfortó, nacido de un confuso sentimiento de solidaridad. Tomahawk, que casi no hablaba, formuló este comienzo de sosiego con estas palabras: «A lo hecho, pecho; la unión hace la fuerza.»

Todo se volvió hermoso.

«Era demasiado bueno, el cielo es canalla
Cuando uno es feliz…»

La despreocupada chica resbaló en la orilla, en El Pecq, y cayó al agua, y la pequeña mosca no tuvo la mosquita. Aquí, aparece en el cuento de Guy esta oleada de ternura que se manifiesta enorme cada vez que se trata de niños. Mosca era inconsolable. Entonces, N'a qu'un oeil, que *era quizás el que más la quería*, tuvo una idea genial, y bajando sus ojos empañados por las lágrimas, le dijo:

« – Consuélate, pequeña, consuélate nosotros te haremos otro.

– ¿En serio?

– Sí, te lo juro.

– ¿En serio, en serio?»

Y los cinco, al unísono:

– Claro que sí, te lo juramos, Mosca.

Estas melancólicas y pícaras páginas datan de febrero de 1890. Guy tenía cuarenta años y toda frase escrita la pagaba con desgarradores dolores. LOS OJOS LE DOLÍAN. Escuchaba sin alegría a los chiquillos de los bulevares cantar la nueva cancioncilla de moda: «¿Has visto a la Mosca?» La nostalgia del «nunca más» da su incomparable color a esta historia de un pasado que se remontaba apenas a una quincena de años atrás.

La realidad y la ficción se solapan íntimamente en *Mosca*. Robert Pinchon y Léon Fontaine simplemente han dado a entender más tarde que el narrador había llevado la situación al límite. Quizás no hubiese mosquita común más que en la imaginación de Guy. Pero lo demás era cierto.

El cuarto en discordia (después de La Tôque, Petit Blue y Guy), Tomahawk, resulta bastante difícil de identificar. Atando algunos cabos, me inclinaría por Henri Brainne, compañero del Instituto Corneille, de una gran familia de periodistas de Ruán cuya madre, uno de los tres «Ángeles» de Flaubert, parece haber desempeñado un papel importante en la existencia del joven toro a quién dedicará *Una Vida*. Por último, el quinto de esos moscones del remo, N'a qu'un oeil, el Monóculo, llamado también Hadji, aquél que era tan distinguido y que quería sin duda más a la pequeña Mosca, se convertiría diez años después en un importante personaje de la compañía de los ferrocarriles del Este, Albert de Joinville (A.D.J,. Hadji). Se distraía en ocasiones en los Consejos de administración, cuando una mosca se apoyaba sobre el verde tapete de la mesa.

En cuanto a la «Señorita Mosca», probablemente no era Berthe Lamarre, una de las compañías. Berthe Lamarre era mucho más vulgar. No se sabe. Echó a volar. Charles Lapierre dice que murió siendo madre de familia, su sueño.

4.

El horizonte político de 1871 a 1879 – Los primeros pasos en la Instrucción pública – Presupuestos y pensiones – El Orden moral continúa – Flaubert contra la hipocresía – Maupassant admira La Falta del Abad Mouret *–16 de abril de 1877: la cena en el restaurante Trapp – «Señores Zola» – Una visita a Médan.*

Francia se ha recuperado en dos años. Después de haber sofocado la revolución en sangre, Thiers ha liberado el país mediante el dinero: tres millones cubiertos en julio de 1872. El préstamo ha echado al prusiano. Ese mismo año, la ley promulgaba el servicio militar obligatorio de todos los franceses entre los veinte y cuarenta años. ¡Cinco años de duración! Guy se libraría por los pelos.

El domingo 23 de mayo de 1873, los parisinos conocían la noticia durante el desayuno que, la pasada noche, Mac-Mahon había sido nombrado presidente en sustitución de Thiers, qué había dimitido. ¿Presidente de qué? Es a principios de 1875 cuando una enmienda secundaria introducirá en la Constitución la palabra «República», a una voz de la mayoría. La semántica triunfará a la vez que el mariscal.

En febrero de 1876, las inundaciones son considerables, el presidente Mac-Mahon pronuncia las palabras más afortunadas de su vida: «¡Cuánta agua! ¡Cuánta agua! » «Es profundo», dijo alguien.

Aunque el Orden moral triunfaba, no impedía los escándalos. En diciembre de 1876, el conde de Germiny, concejal del Ayuntamiento de París y consejero de la institución Santo Tomás de Aquino, director de *la Revue Catholique*, era sorprendido en los jardines de los Embajadores, en compañía de un adolescente demasiado rubio para ser honesto. Tourgueneff bramaba: «¡Germiny es piramidal! ¡He aquí lo que nos hace creer en la existencia de un dios personal, irónico y bromista!» A partir del incidente, en Bougival, se añadiría Germiny a la lista de los apodos de Guy.

París cambiaba; el alcalde Hausmann, había abierto la avenida de la Ópera y levantado el palacio del Trocadero, futuro

orgullo de la exposición internacional de 1878, enorme cangrejo policromo aplastado sobre la colina, paranoia de charcutero, con su fauna onírica de estatuas insólitas, cabras, becerros, corderos, cebras y minotauros mantecosos.

En mayo de 1877, Gambetta interpela a la Cámara: «El clericalismo, ¡ese es el enemigo!» El Orden moral se tambalea. El 16, Mac-Mahon sanciona a Jules Simon, su presidente del Consejo. Éste dimite. De Broglie, que le sustituye, elegido en minoría por la Cámara, el 19 de junio de 1877, disuelve la Asamblea y culpa con vehemencia a la prensa de ultrajes al Presidente. Gambetta, a quién Mac-Mahon ha ordenado «someterse o dimitir», es condenado a tres años de prisión. Maupassant hace suya la fórmula de Flaubert: «¡Tengo miedo de que gran número de burgueses, por el ejemplo de Gambetta, voten a ese idiota de mariscal!» Proyecta contra Mac-Mahon el odio que le tenía a los Napoleón: *¡Un jefe de Estado que no distingue Renan de Littré, que ignora lo que hacen! Hay que decir que los nombres de Renan y Littré harán más ruido en la historia que el vencido glorioso pero estúpido que rige nuestros destinos*.[1]

El 3 de septiembre, Thiers muere. El gentío grita «Viva la República», contra Mac-Mahon. Francia se agita. En octubre, trescientos dieciocho republicanos son elegidos contra doscientos dieciocho monárquicos. El mariscal vacila ante el golpe de Estado, como lo hará el general Boulanger, y se somete. La República asciende al mismo tiempo que el Sena.

El 1 de mayo de 1878, un París engalanado es invadido por los egipcios, los marroquíes, los turcos, los persas, los chinos, los cosacos. A las dos, delante del Trocadero, el mariscal, siempre de servicio, declara «La Exposición queda inaugurada». Las aguas brotan de la cascada. «¡Todavía!» murmura el mariscal, que se dedica a distribuir Legiones de honor.

El 19 de diciembre de 1878 aparece el nombramiento de Guy en la Instrucción Pública. Seis semanas más tarde, Mac-Mahon dimite y Jules Ferry sustituye a Agénor Bardoux. Es en este contexto político cuando Maupassant se instala en la calle de Grenelle, dónde el director del despacho de Jules Ferry, Henri

[1] Carta a su madre. Perteneciente al pintor Cramoysan.

Roujon, destina al joven a la secretaría de Xavier Charmes, mientras tanto el Sena inunda las bodegas, sumerge el café-concert del Vert-Galant, invade el puente Saint-Michel, arrastrando los miles de barriles arrancados en Bercy, como despedida a Mac-Mahon.

El ambiente es acogedor. ¡Lástima que haya tanto trabajo! Xavier Charmes no hace su traslado agradable: descarga la mitad de su trabajo sobre el nuevo funcionario. El servicio de Xavier Charmes, precisará de un ministro letrado, Anatole de Monzie, se ocupaba de la secretaría general, misiones científicas, trabajos históricos, relaciones con las sociedades literarias y eruditas, embrión de nuestra dirección de Artes y Letras... Charmes habría deseado que esos informes fueran realizados por Guy. El nuevo prefiere obstinadamente la expedición de los asuntos sin importancia, como quiso en la Marina, permaneciendo en un segundo plano.

Como en la Marina, no puede sin embargo esquivar todo. Jules Ferry le ha pedido un informe sobre la educación obligatoria. Un Maupassant que habría podido ser solidario con los demás bosqueja allí: *«¿No es un atentado contra la libertad del padre de familia, si se le obliga a enviar a su hijo a la escuela?» preguntan los adversarios de la educación obligatoria. Son casi siempre los adversarios de la libertad los que reclaman la de la enseñanza.*

El antiguo alumno del claustro de Yvetot tomará siempre partido contra el internado, la sobrecarga en los programas, el respeto por los derechos del niño. Enemigo del estudio memorístico, partidario de los deportes (utiliza siempre la palabra *sport*), está del lado de Jean-Jacques Rousseau. Pero ese bonito impulso pronto decae. En una época en la que Huysmans, Henry Céard, Verlaine, Courteline y tantos otros son, serán, o desearán ser funcionarios, sorprende que él solicite una contrapartida a su paga. Sus jefes, corteses, no insistirán.

Después de haber vivido seis años en una pequeña habitación en el inmueble en el que vive su padre, en la planta baja del número 2 de la calle de Moncey, cuartucho sin luz y sin

aire dando a un patio interior, dónde un armario empotrado sirve a la vez de cocina y de aseo, Guy se ha instalado desde noviembre de 1876, en el 17 de la calle Clauzel[1], con algunos muebles que le gustan, la vieja alfombra que representa una escena de caza, la cama Luís XIII que le seguirá toda su vida, y naturalmente, la mano disecada.

Maupassant se queja siempre de la falta de dinero. Como Flaubert se ha fracturado la pierna, en enero de 1879, a Guy le gustaría ir a visitarlo. Durante su estancia en la Marina no pagaba más que un cuarto del billete del ferrocarril. El viaje a Ruán ascendía a 9 francos ida y vuelta. En segunda clase, ahora le costaría 36. Debe renunciar a ello.

Sobre todo, es pobre en tiempo. El río y las armas, las francachelas, las mujeres, el trabajo en la oficina, aún un tanto abandonado, el trabajo personal lo devoran, sin contar sus malestares físicos. Y he aquí que se añaden las invitaciones mundanas. ¡Cómo rechazarlas! Por ejemplo, ¡era necesario estar a bien con la Sra. Juliette Adam! Se lamenta, desde 1878. *Al menos tengo 10 visitas que hacer – indispensables, y eso representa al menos tres semanas de trabajo perdidas. Es imposible hacer nada durante los días en los que he salido – y como no puedo disponer para trabajar de más que de cuatro veladas por semana, eso me consume todo mi tiempo.*

Cuenta el tiempo con tanta precisión que incluso establece su temporalización.

10 visitas (pongamos 9) divididas por 3 – eso me lleva bien 3 semanas menos 1 tarde de trabajo sobre 7. Digo que no tengo más que 4 veladas por semana y eso es cierto. Descartemos el domingo. Mi jornada con Flaubert me proporciona la tranquilidad necesaria para el trabajo. Voy el jueves por la noche a casa de Flaubert después de haber cenado con mis amigos. [2]

La misma preocupación le obsesiona al año siguiente: *Sin embargo se debería comprender que la vida es difícil,*

[1] Cuando años más tarde colocaron una placa conmemorativa sobre la casa, los eruditos no se ponían de acuerdo en si se trataba del número 17 o el 19. Guy firmaba todas sus cartas con el 17.

[2] Carta a su madre, 6 de febrero de 1878. Perteneciente a la Sra. Arlette Lemaire.

complicada, pesada para un pobre diablo como yo que permanece hasta seis horas en una oficina y que, a continuación, se pone a trabajar en otras cosas [1]

Desde abril, ha podido comenzar a pagar una parte de su deuda moral con Flaubert, haciendo que se le asignase un puesto de bibliotecario «honorífico» en la Mazarino, de hecho se trataba de una pensión disimulada, lo que nos proporciona curiosos detalles sobre la generosidad de la joven Tercera República. No solamente hace vivir a muchos escritores bajo la apariencia de falsos funcionarios, sino que también seiscientos hombres de letras reciben una pensión, abiertamente o bajo cuerda.

Guy va a poder escribir a Caroline Commanville: *Querida Señora y amiga, es cierto que el Ministro tiene intención de ofrecer una pensión a su tío al qué he acabado por convencer de que acepte. El secreto le será guardado. Sobre todo que él ignore que yo se lo he dicho.*

Y de repente, he aquí todo cuestionado. El 1 de noviembre de 1879, un amigo de Guy, Harry Alis, reprodujo en *La Revue Moderne et Naturaliste* un poema de Maupassant publicado tres años antes bajo otro título y otra firma, Guy de Valmont, en *La République des Lettres* de Catulle Mendès. El tribunal de Etampes (lugar de publicación de la revista) abre diligencias contra el autor por ultraje a la moral pública y religiosa.

Grande, bien plantado, la mirada viva y dulce, un atisbo de barba, Hippolyte Percher, en ocasiones llamado Harry Alis, nacido en Allier siete años después de Maupassant, había debutado en *L'Abeille*. Era para apagar a ese precoz enemigo por lo que la fiscalía procesaba. El Orden moral sobrevivía al mariscal.

He aquí pues a Maupassant atacado por los versos que justamente Flaubert había mostrado a su ministro, Bardoux, y que habían hecho inclinar en su favor la decisión! Guy llama a Flaubert en su socorro, presionante, solemne, casi pomposo. *Su excepcional situación, única, de hombre genial procesado por una obra maestra, penosamente absuelto, luego glorificado, y definitivamente considerado como un irreprochable maestro,*

[1] 15 de mayo de 1879

aceptado como tal por todas las escuelas, me aportaría una ayuda tal que mi abogado piensa que el asunto quedaría inmediatamente archivado después de la única publicación de su carta. Sería necesario que ese fragmento apareciese enseguida, para que pareciese un inmediato consuelo del Maestro al discípulo.

Flaubert se pregunta sobre todo si eso es oportuno. ¡Oh! no queda inactivo. Todos sus amigos se involucran en ello, el presidente de la Republica Jules Ferry a la cabeza, Wilson (el famoso yerno), Auguste Vacquerie, el abogado Raoul Duval e incluso Juliette Adam. Pues el asunto afecta a salones y política. Maupassant no es más que una comparsa y él lo sabe perfectamente. *Creo que voy a perder mi plaza y encontrarme en la calle, es así de riguroso. Le diré confidencialmente que* Nana *está a punto de ser embargada, y se me persigue, creo, para tener a Zola sobre un estribo* (...) *Me ha llegado por distintas fuentes y por canales autorizados, que iba a ser condenado con seguridad. Entonces, ¿qué hay detrás de todo esto? Se me afirma que esto procede del salón de la señora Adam (entre nosotros), y que soy una victima propiciatoria para golpear a Zola.*

El asunto en efecto proviene del lado de Juliette Lamber, de casada Adam, que vivirá justo un siglo, desde 1836 a 1936. Esta mujer de letras, gusto almibarado y mano larga, detesta a los naturalistas y ya ha hecho saber a Flaubert, mediante indirectas, que ese pequeño Maupassant «no es del espíritu de la casa».

El 19 de febrero de 1880, Flaubert se decide a enviar la carta al *Gaulois*, que la publica el 21.

«¿Es entonces cierto? ¡Había creído que se trataba de una *broma*! Pero no, me rindo. ¡Pues bien, son deliciosos en Etampes! ¿Vamos a prescindir de todos los tribunales del territorio francés, colonias incluidas? ¿Cómo es posible que un poema insertado antaño en París, en un periódico que ya no existe, sea criminalizado en el momento en el que es reproducido en un periódico de provincias? ¿A qué estamos obligados ahora? ¿Qué hay que escribir? ¡En qué Beotia vivimos!»

El autor de *Madame Bovary* puede hablar alto, la burguesía tiene mala conciencia: «Procesado por ultraje a las costumbres y a la moralidad pública», dos sinónimos, formando dos cargos. Yo tenía en mi haber un tercer cargo, un tercer ultraje «*y* a la moral religiosa», cuando comparecí ante el juzgado número ocho con mi *Bovary*: proceso que me hizo una publicidad gigantesca, a la qué debo los dos tercios de mi éxito.»

Flaubert sacude a golpes redoblados la hipocresía, osamenta de la sociedad burguesa, y hace alusión a la marcha de Mac-Mahon. «Los gobiernos cambian, Monarquía, Imperio, República, ¡poco importa! ¡LA ESTÉTICA OFICIAL no cambia! En virtud de la plaza que ocupan, los administradores y los magistrados tienen el monopolio del gusto (ejemplo: los considerandos de mi sobreseimiento). Saben como se debe escribir, su retórica es infalible, y poseen los medios de convenceros.»

Entre tanto, el juez Tessier no quería admitir sin pruebas materiales que la obra era aquella que ya había sido publicada, y Maupassant no había podido aportar un ejemplar de *La Republique des Lettres.*

De hecho, el asunto era más complejo de lo que dejaban dar a entender los lamentos de Guy y el alegato de Flaubert. El juez de instrucción estaba un poco perdido, y no tenía todas las pruebas. Otro poema «escandaloso». *El Muro*, figuraba en la documentación, mostrando a una pareja en un parque y sus elocuentes sombras. En cuanto a esta nueva versión de *La Revue Moderne et Naturalista*, Maupassant y Flaubert procuraban evitar divulgar que Catulle Mendès, a pesar de toda su libertad de espíritu, no había publicado el poema en su totalidad en su *République des Lettres* y que eran precisamente los pasajes censurados los que Harry Alis había publicado después[1] .

He aquí la razón por la qué Maupassant no se tomaba ninguna molestia en encontrar un ejemplar de la revista. En el prólogo que escribirá, al año siguiente, en junio de 1880, en la tercera edición de *Unos Versos*, continuará hablando de *A orillas del agua* como el poema en litigio.

[1] Edouard Maynial.

Rebosante de agradecimiento, Guy escribe la dedicatoria del volumen, cuyo cuestionado poema va a ser uno de sus principales atractivos:

A
Gustave FLAUBERT
al ilustre y paternal amigo
al que quiero con todo mi corazón
al irreprochable maestro
que admiro ante todos.

Si la sociedad bien pensante esperaba destruir a Émile Zola detrás de Maupassant, después de varios años, Maupassant frecuentaba regularmente al autor de *Thérèse Raquin*. La personalidad del escritor naturalista, diez años mayor que él, le fascinaba. En abril de 1875 Guy ya le había expresado su admiración por *La Falta del Abad Mouret*, en términos que merecen ser reproducidos.

He experimentado de principio a fin de ese libro una singular sensación; al mismo tiempo lograba ver lo que usted describe, lo respiraba. Maupassant tiene el ojo más fino que el de Aix. En Zola, lo que resulta más sutil es la nariz. Él impone sus sensaciones al joven lector: *se desprende de cada página como un olor fuerte y continuo; usted nos hace tal cual sentir la tierra, lo árboles, las fermentaciones y los gérmenes, usted nos sumerge en un desbordamiento tal de reproducción que ésta acaba por introducirse en la cabeza* (Zola era un casto, es decir un hombre viril que reprimía su virilidad. Maupassant, en absoluto casto, no podía más que ser sensible a esta tonalidad sensual) *y confieso que terminando, después de haber aspirado uno tras otro «los poderosos aromas del olor de la adormidera ... de este campo de pasión segado, extasiado al sol en un abandono de mujer ardiente y estéril » y la Eva del Paraíso que era « como un gran ramo de un fuerte olor » y las fragancias del parque « Soledad nupcial repleta de seres abrazados » y hasta que el Magnífico hermano Archangias «emanando el fétido olor de un macho cabrío que no estará jamás satisfecho»,*

yo no me di cuenta de que su libro me había embriagado absolutamente y, además, ¡me excitó sobremanera!

Aquél que había descrito a la escandalosa lavandera no podía por menos que amar el Paraíso. Sin embargo, Zola había quedado perplejo ante una admiración tan vehemente.

El 16 de abril de 1877, Paul Alexis, Henry Céard, Léon Hennique, J.K. Huysmans, Octave Mirbeau y Guy de Maupassant invitan a Flaubert, Zola y Goncourt al restaurante Trapp, cerca de la calle Saint-Lazare. Flaubert, escarlata y soberbio, está exultante olvidándo sus problemas. Zola y Edmond de Goncourt lo flanquean. Flaubert y Zola se enfrentan amistosamente. Goncourt arbitra.

– ¡Usted se equivoca, Zola! ¡El naturalismo es malo porque es una escuela! ¡No existe nada más válido que el arte por el arte!

Guy, alias de Valmont, escucha pero no puede impedir guiñar un ojo a una de las camareras. Flaubert gruñe:

– ¡Una a la qué va a llevar en barco!

En el restaurante Trapp se encuentra ya el grupo de Médan, tres años antes de la publicación de *las Veladas*. El prodigioso éxito de *La Taberna* ha determinado a Zola a declarar el naturalismo – como se declara la guerra – y a organizar sus tropas desde 1878, lo qué la compra de la villa de Médan le permite.

En la calle de Bruxelles, hacia 1876, en casa de Catulle Mendès, Guy se encontraba frecuentemente con Huysmans y Léon Hennique. Huysmans ya era amigo de Henry Céard y Maupassant de Alexis, quién refiere: «Un bonito jueves por la noche, los cinco, en fila cerrada, nos dejamos caer en casa de Zola. Después, cada jueves, volvimos». Zola nos recibía cada jueves, y muy bien por cierto. Los jóvenes le habían rendido pleitesía una noche en su «taberna cutre»

Huysmans ha descrito, no sin verborrea, esas ridículas comidas: «Nos reuníamos en una horrorosa tasca de Montmartre donde se despedazaban carnes desorbitadamente crudas y donde se bebía un tintorro horrible. Maupassant era el alma de esas fiestas. Aportaba su buen humor, sus historias picantes, su

alegría… muy cordial y muy afectuoso, bajo una apariencia de todo me da igual.» Como buen gastrónomo, Zola había hecho una mueca de disgusto y habían decidido ir a Trapp, en la esquina de la calle Saint-Lazare y de paso al Tivoli.

El 13 de abril, *La République des Lettres* informaba de la cena publicando el menú, tan imaginario como literario:

Sopa puré Bovary.
Trucha Salmonada a la Ramera Elisa.
Pato Trufado a lo San Antonio.
Alcachofas al Corazón Simple
Helado «naturalista».
Vino de Coupeau.
Licores de la Taberna.

La revista informaba: «El Sr. Gustave Flaubert, que tiene otros discípulos, destaca la ausencia de anguilas a la Castiglione y de los pichones a lo Salammbô.» Lo que era muy fino. En el restaurante Trapp, no había más que una mitad de Flaubert y un Zola entero.

¿Quién era el cerebro de esta «operación» literaria y gastronómica? Maupassant era el único en poder hacer aceptar la invitación a un Flaubert al qué no le gustaba el naturalismo, el realismo o el romanticismo. Asegurada esta participación, Zola también aceptaría. Además éste último habría aceptado de todos modos, aunque solo fuese por complacer a Alexis. En esta empresa, que hoy se llamaría de relaciones públicas, Flaubert era el protagonista junto con Goncourt, en un menor grado; Zola y los jóvenes de su «banda» eran los beneficiarios.

¿El secretario del acto? Fue Edmond de Goncourt, naturalmente. De regreso a su domicilio, el escriba en cuclillas anotaba: «Lunes 16 de abril. Esta noche, Huysmans, Céard, Hennique, Paul Alexis, Octave Mirbeau, Guy de Maupassant, la juventud de las letras realistas y naturalistas, nos han homenajeado a Flaubert, a Zola y a mi, homenajeado oficialmente como maestros actuales, mediante una cena de lo más cordial y alegre. He aquí el nuevo ejército en proceso de formación.»

En la vida literaria como en el Sena, Maupassant sabe dirigir su barca. Navega. No le gusta más que a Flaubert la palabra «naturalista», que Zola acaba de hacer salir como un diablo de una caja. Demasiado débil para escalar solo, no quiere tampoco verse ahogado en medio de una cohorte. Por otra parte, se niega a comprometerse políticamente. Ahora bien, el naciente naturalismo es de izquierdas… y la Marina – donde todavía está – de derechas. Su olfato no le engaña, puesto que esta colusión con el naturalismo será el verdadero motivo del proceso de Etampes. En fin, tiene demasiada dignidad para aceptar por mucho tiempo llevar el sobrenombre colectivo de «Señores Zola» que comienza a propagarse.

Las relaciones entre Maupassant y Zola siempre serán ambiguas. Apoyándose tanto como puede sobre el maestro de Médan en el albor de su carrera, Maupassant rechazará, en el momento que pueda, esta comprometedora muleta. Ha definido junto con Paul Alexis, desde el 17 de enero de 1877, su admiración y su reserva: *Hoy, Zola es una magnífica, brillante y necesaria personalidad. Pero su estilo es una manifestación del arte y no una suma. ¿Por qué restringirse? El naturalismo es tan limitado como lo fantástico* (…)

Maupassant demuestra con su vena fantástica, que no tiene ganas de sacrificarse sobre la barra de *La Taberna*. Precisa su táctica: *Esta carta no debe salir de nuestro CÍRCULO, por supuesto, y estaría desolado si usted la MOSTRASE a Zola, al que quiero con todo mi corazón y admiro profundamente, pues podría ofenderse.*

Con el Viejo, Guy se confesará más abiertamente: *¿Qué opina usted de Zola? Yo lo encuentro absolutamente loco. ¿Ha leído usted su artículo sobre Hugo? ¿Su artículo sobre los poetas contemporáneos y su opúsculo* LA REPÚBLICA Y LA LITERATURA*? «La República será naturalista o no será»–«No soy más que un sabio.» (Ni más ni menos. Qué modestia)* (…) *¡No soy más que un sabio!... Eso es piramidal… Y no se ríe…* La táctica del normando se asusta de la estrategia de «El Italiano». ¿Pudor de escritor? ¡A ambos les gusta dar que

hablar! Pero no del mismo modo. Toda la historia de sus relaciones testimoniará esta peculiar camaradería.

En 1879, Léon Fontaine y Guy se citan, un sábado por la noche, en la taberna Fournaise. Guy ha venido, desde Bezons, a pie, mochila a la espalda. Botan *la Hoja de Rosa* y descienden el brazo del río hasta la isla de Pecq. Menos faltos de dinero que en la época de Aspergópolis, cenan en el hotel Lefebvre, donde duermen, saliendo al día siguiente, temprano. Unos trenes maniobran y fumigan el cielo de Sisley. Los martines pescadores van como flechas, de sauce en sauce. Los remeros saludan a los marineros con lozana galantería. Atracan en Conflans y van a asearse. Pasan la confluencia del Oise, llegan a Andrésy, cruzan el embalse con la yola sobre la espalda.

– Tengo una hambre tremenda – dice Léon– ¿se come bien en casa de Zola?

– ¡*Cómo cuatro*!

Ante Villennes, desembarcan en los rosales de Medan (todavía no se pronuncia Médan). Ambos exploradores atraviesan el prado, y pasan por el puente del ferrocarril del Oeste.

Guy recuerda estas visitas en *Los Domingos de un Burgués de París*. Arthur Meyer, director del *Gaulois*, le había sugerido añadir actualidad a sus crónicas. Guy escribe a Zola: *Meyer, desde hace quince días, me persigue para que pasee a mi personaje Patissot por unos interiores de artistas y que comience por usted. Yo no quería, argumentándole que esto podría enojarlo. Me ha objetado que se han hecho ya tantos artículos sobre usted que uno más o menos no le importaría mucho. Como eso me parece cierto, he cedido.*

Los dos jóvenes llegan a divisar el domicilio del novelista. *Una vetusta y linda iglesia, entre dos torres, se alzaba a la izquierda.* (…) *Un edificio sólido, muy alto, de construcción reciente, y como los montes de la fábula, parecía que acababa de dar a luz un ratón, una casita blanqueada y agazapada humildemente a sus pies era la mansión del antiguo propietario. La torre la mandó construir Zola.*

Los visitantes se miran; su uniforme de remeros les preocupa. Léon Fontaine hace una mueca; Guy se alza de hombros. *Un enorme perro de Terranova comenzó a ladrar con furia.* Guy llama enérgicamente. La Sra. Zola los reconoce, atenúa su expresión desconfiada y abre el portalón.

– ¡Dios mío, qué calor debéis tener! ¡Al menos no cojáis frío! Hace fresco en la casa…

Esa es Alexandrine, un poco altanera, falsamente arisca, huraña, maternal en el fondo. Maternal, sin hijos.

Suben la escalera. *La puerta se abrió a un salón inmenso, inundado en luz por altos ventanales, desde donde se dominaba la extensa llanura.* (Los lugares no han cambiado. Unos niños de la Asistencia pública, a quiénes la Sra. Zola ha prestado la casa, hacen gimnástica correctiva, ante la chimenea donde se lee siempre la divisa latina *Nulla dies sine linea*). Arrancado de su trabajo, con el rostro asimétrico, el maestro recibe a los discípulos con la camisola de noche metida en su pantalón de pana marrón. Desde el gran ventanal, la vista se abre hacia el Norte, a los bosques de Vaux, las pendientes de Hautie, Triel, Chantelaoup, Andrésy, donde confluyen el Oise y el Sena. El río discurre al pie de la linea del ferrocarril, que separa la propiedad de la orilla. Zola, enriquecido súbitamente por el éxito que no le abandona desde *La Taberna*, ha comprado la isla, al otro lado del pequeño brazo. *Les rogó que tomaran asiento en dos butacas y volvió a su diván, sentándose al estilo turco. A su lado había un libro abierto y su mano derecha jugueteaba con una plegadera de marfil, en cuyo extremo fijaba de cuando en cuando uno de sus ojos, guiñando el otro con obstinación de miope.*

He aquí el soberbio retrato que hace el alumno de Flaubert: *Rayaba los cuarenta, joven aún, de regular estatura, un poco grueso y de bondadosa expresión; su cabeza—muy semejante a las que vemos en las pinturas italianas del siglo XVI—, no siendo hermosa en el sentido plástico de la palabra, ofrecía los caracteres distintivos de inteligencia y energía; el cabello, corto, se erizaba coronando una frente amplia y serena; la nariz, recta, rematada en una superficie plana como en corte brusco, sobre la curvatura del labio superior, cubierto de un*

bigote bastante poblado; tenía la barba muy espesa y la llevaba muy corta. En su mirada poderosa y firme, resplandecían a veces intenciones irónicas; se adivinaba a través de sus ojos el funcionamiento continuo de su inteligencia, la observación constante de cuanto le rodeaba, el análisis de las personas, de las frases, de los gestos, de las intenciones, penetrando hasta la medula. Su cabeza redonda y firme correspondía bien a su nombre, rápido y corto, formado por dos sílabas compactas y breves como dos vocales, como dos notas.

El autor de *La Taberna* les habla de sus proyectos. Deriva siempre hacia su revista, en la que Guy estaba tan esperanzado. A la sombra de Balzac… Esa será *La Comedia Humana*… Lo que no ha conseguido Flaubert, Zola, más eficaz, quizás lo haga… ¡Tal es la fuerza que se desprende de ese diablo de hombre!

Zola se preocupa precisamente por Flaubert.

– ¿Algo va mal, muchacho? Le he enviado *La Politique y la Literature*. ¡Ninguna respuesta! ¿No aprueba mi campaña?

– ¡Mire usted, mi querido maestro! – se apresura a contestar Guy – *He visto a Flaubert hace algunos días. Fue él quién me preguntó primero : «¿Cómo está Zola?»*

Tranquilo, o fingiendo estarlo, Zola los hace visitar la casa. Léon Fontaine observa: «Zola es un oso, con su figura alicaída tiene el aspecto de llevar el diablo consigo.» Guy continúa siendo amable. ¡Ah! ¡Zola no tiene las cualidades de Flaubert! Y Flaubert no tiene esta potencia, esa entrega, esa voluntad de éxito! Los pájaros alborotan. Bertrand los llama:

– ¡A la mesa, a la mesa!. Hay rollitos de carne. Espero que les guste.

– ¡Pero no! ¡Esa nunca será la imagen de la amistad!

5.

La comedia en casa de la Princesa –Una barca llamada Nana – Los medios de conseguirlo – Pascua con Flaubert – Bola de Sebo *– El destino de Adrienne Legay – Viento favorable*.

En los albores de 1880, a los treinta años, Maupassant está preparado para su entrada en el mundo de las letras, después de quince años del trabajo más ingrato. Los poemas han sido reunidos en un volumen y tienen un editor, pero ha sido necesario todo el peso de Flaubert, escribiendo a la bella esposa de Charpentier, para decidir a éste último a publicarlos. El muchacho tiene «talento, soy yo quién lo afirma, y creo conocerme. Es poeta sin estrellas ni pajaritos. En definitiva, ES MI DISCÍPULO, Y LO QUIERO COMO A UN HIJO. Si su esposo no cede a todas estas razones, le guardaré rencor, tenga la seguridad[1].»

A continuación, el teatro. Después de la detestable *Condesa de Rhune*, Maupassant escribió una «escena en verso», *Historia de Antaño*, que tuvo la fortuna de ser representada en el «tercer Teatro Francés», en Déjazet. Dedicó la obra a Caroline Commanville, para complacer a Flaubert, *su tío al que tanto amo*. Eso no resultó mal. *Lapommeraye, Banville, Claretie, han estado encantadores: el Petit Journal muy bien, el Gaulois amable, Daudet pérfido* (…) *Zola no ha dicho nada, espero algo para el lunes. Por lo demás, su grupo me critica, no encontrándome lo bastante naturalista. Ninguno de ellos ha venido a estrecharme la mano tras el éxito. Zola y su esposa* HAN APLAUDIDO MUCHO *y me han felicitado más tarde…*

Por otra parte, la Princesa Mathilde, la gran amiga de Flaubert, quiere que Marie-Angèle Pasca venga a recitar a su casa ese diálogo y que el autor la dirija. ¡Guy conocía a la Pasca! Ha escuchado a Flaubert alabar a Goncourt sus «pequeñas nalgas de mármol». A los cuarenta y cinco años, se mantiene todavía hermosa. Ella será la causa de numerosos retrasos en esta representación, y fue su amiga, la Sra. Brainne, la madre de

[1] 13 de enero de 1880.

Henri Brainne, el compañero de Bougival quién le confió el motivo:

– ¡Nada que hacer en este momento, mi querido Guy! ¡Pasca está en plena desesperación amorosa! ¡La cuarta!

– ¡Dichosa Pasca! – exclama Flaubert. ¡Menuda pava!

La desesperación de la intérprete, después de mayo de 1879, se había atenuado, *está disponible*. Hay que representar en casa de la Princesa. Aquí vemos a un Guy muy intimidado. No sabe como tratar a la nobleza. Entonces aparece Flaubert, ¡siempre Flaubert! *¿Qué debo hacer? ¿Escribir o presentarme en su casa? ¿Cuándo se le escribe, cuál es la fórmula? ¿Señora, o Señora Princesa, o Alteza?* (…) *Cuando se le habla, ¿se dice «Su Alteza»? La tercera persona me parece un «estilo servil». Pero qué entonces (...) Espero una respuesta suya de inmediato…*

Flaubert responde doctamente. Maupassant dice «Señora». La Princesa sonríe y rechaza, con afectada modestia que le es familiar, los circunloquios del autor. Ella lo observa con curiosidad. Su vida sentimental todavía es muy tormentosa. De baja estatura como su tío[1], recordándole y diciendo: «Sin él, estaría vendiendo naranjas en las calles de Ajaccio», virtud aparte, hay algo en ella de la Señora Angot. En definitiva, la obra es representada. Es un éxito. La Princesa Mathilde honrará a partir de ahora al joven escritor con su amistad.

Sí, el viento comienza a entrar. Ahora la prosa. Guy se afana entonces sobre un texto prometido a Zola, algo truculento y trágico sobre la guerra del 70, en Normandía. *Trabajo firme en mi relato sobre los rueneses y la guerra. A partir de ahora me veré obligado a llevar unas pistolas en mis bolsillos para circular por Ruán.*

Guy viaja con más frecuencia a Médan (en esos momentos, provisto de un agudo acento por razones de eufonía y por la voluntad del maestro). Fue el periodo dorado de sus relaciones. El Sena reunió, al igual que la literatura, a esos dos navegantes. «Tengo que comprarme una barca», dice Zola a Guy. Turbulento, haciendo gala de su dominio acuático, Guy ya no es

[1] Napoleón Bonaparte. (N. del T.)

el admirador tímido del restaurante Trapp. El zanja: *He hablado con varios habitantes de Poissy y aquí están las informaciones que tengo de ellos sobre los carpinteros y barcos de la región. El hombre con el que usted ha estado debe llamarse Boudu o Dallemagne. Quizás desfigure los nombres… En fin, ambos son igualmente unos ladrones y no merecen ninguna confianza.*

Le desaconseja la compra de una barca de pesca: *Si compra usted semejante monumento, se verá en la obligación de volverlo a vender de inmediato; los pescadores consiguen hacerla avanzar, pero lentamente, y con un despliegue de fuerza considerable. Cuando el Sena está rápido, como este año, es imposible para un hombre que no está acostumbrado, remontar la corriente interior en una longitud de tan solo cien metros* (…) *La barca más apropiada y la mejor para los paseos en familia, es la noruega libre* (Caza patos).

– Muy bien, querido. – dice Zola. – Vamos a por una caza patos…

Guy compra entonces la «caza patos» en Bezons y regresa a golpe de remo, una cincuentena de kilómetros, acompañado esta vez por los dos Léon, Fontaine y Hennique. El sol broncea ese bonito brazo musculoso, del qué el hijo de Daudet dirá que contenía tres hombres, un buen escritor, un imbécil y un gran enfermo, lo que es malévolo y exagerado, hasta el punto de ser mal visto.

En esta feliz época de Médan, Guy bebe mucho y come abundantemente. Fuma como un carretero y «lo demás al paso», va a decir pronto su jefe en la Instrucción pública, Henri Roujon. En resumen, he aquí la caza patos completamente brillante por el barniz. Zola y Alexandrine la admiran. Pero hay que encontrarle un nombre.

– *Pues bien, ¡La llamaremos Nana!*– dice el joven remero, en homenaje a Zola que no habla más que de su nueva novela.

– ¿*Por qué Nana*? – dice Paul Alexis.

– *Porque todo el mundo se subirá encima* – se ríe Guy, quién salta ágilmente a la orilla.

Alexis se parte de risa. Alexandrine aprieta los labios. Zola reprime una mueca. Pero la caza patos se llamará *Nana*, bautizada por Bel-Ami.

Ese pesimista bromista aporta un brillo vital en la propiedad en la que Zola se aburguesa lentamente, bajo el gobierno de su esposa. Y sin embargo, el mismo día, Guy se lamenta a Flaubert de que todo es triste. Pasa sin transición de la franca alegría a la negra melancolía. La ciclotimia está claramente instalada. *El amor de las mujeres es monótono como el espíritu de los hombres. Encuentro que los acontecimientos no son variados, que los vicios son mezquinos, y que no hay bastantes giros de frases*.

Flaubert, huraño, responde: «Se queja usted del culo de las mujeres, que es monótono. Hay un remedio muy sencillo, el de no servirse. En fin, mi querido amigo, me da la impresión de que está usted muy aburrido y su estado me aflige, pues podría emplear más agradablemente su tiempo. Es necesario, óigame, jovencito, trabajar más que eso. ¡Demasiadas putas! ¡Demasiado remo! ¡Demasiado ejercicio!»!

En ese clima, tormentoso y soleado, se sitúa el apogeo de las relaciones entre Maupassant y Zola. El 17 de abril de 1880, el joven escritor publicaba en «su periódico», *El Gaulois*, el siguiente relato: *Nos encontramos reunidos, en el verano, en casa de Zola, en su propiedad de Médan. Durante las lentas digestiones de las grandes comilonas (pues somos todos golosos y refinados, y Zola come él solo como tres novelistas normales), charlábamos. Él nos contaba sus futuras novelas, sus ideas literarias, sus opiniones sobre diversas cosas. Alguna vez tomaba un fusil, que maniobraba con torpeza y, sin dejar de hablar, disparaba a unas altas hierbas alentado por nosotros que decíamos que eran pájaros, contrariándose considerablemente cuando no encontraba ningún cadáver. Otros días pescábamos con caña. Hennique se destacaba, para gran desesperación de Zola que no atrapaba más que zapatos. Yo quedaba tendido en la barca La Nana, o bien me bañaba durante unas horas, mientras que Paul Alexis contaba chistes picantes, Huysmans fumaba unos cigarros y Céard se hastiaba, encontrando el campo aburrido. Así se pasaban las tardes; pero, como las noches eran magníficas, cálidas, llenas de olores de follaje, íbamos a pasear a la gran isla de enfrente.*

Yo trasladaba a todo el mundo en La « Nana ».

Entonces, una noche de luna llena, hablamos de Mérimée, del qué las damas decían: "¡Que encantador autor de cuentos! " Huysmans pronunció poco después estas palabras: «Un escritor de cuentos es una persona que no sabe escribir, vende pretenciosamente pamplinas…»

Según esta versión, de esta animada discusión surgió la idea de un volumen común de seis cuentos. Maupassant reconocerá haber novelado este relato del nacimiento de *las Veladas de Médan*, en acuerdo con Arthur Meyer, para atizar a la crítica. ¡Oh! Esto es lo que escribía a Alexis, dos años antes: *Será necesario pensar seriamente acerca de los* MEDIOS *de lograrlo. Entre cinco algo se puede conseguir, y quizás haya trucos inusitados que aplicar.*

Maupassant, Daudet y Emile Zola, puesto que han sido pobres, no experimentan ninguna vergüenza en considerar la literatura como un oficio. Después de todo, Diderot, Beaumarchais, Balzac, Hugo y otros muchos no han pensado de otro modo. ¿La regla del juego permite la publicidad? ¡Buscan publicidad! «¡Qué industriales estáis hechos, muchachos!» exclama Flaubert, puritano en este aspecto.

La génesis de las *Veladas de Médan* fue no obstante bastante diferente. Léon Hennique afirma que la primera idea de un volumen de cuentos provino de él. «Estábamos a la mesa con Zola, en París. Maupassant, Huysmans, Céard, Alexis y yo, para variar. Se departía sin orden ni concierto; alguien se puso a evocar la guerra, la famosa guerra de 1870. Varios de nosotros habían sido voluntarios o movilizados.

« Atended, atended, ¿por qué no hacer un volumen sobre eso, un volumen de cuentos?

Alexis.- ¿Sí, por qué?

Zola.- ¿Tenéis temas?

– Los tendremos.

– ¿El título del libro?

– *Las Veladas de Médan*.

Huysmans.- Estupendo, me gusta ese título.»

De hecho, habían considerado un título un tanto amargo, propuesto por Huysmans, y revelador: *La Invasión Cómica*.

Puede verse aquí en toda evidencia, a esos «hijos de la derrota», como los llamaba Alphonse Daudet, que no habían digerido 1870. Sin embargo se echaron atrás ante el escándalo, por el único temor de ser clasificados entre los «políticos».

Guy, el 5 de enero de 1880, daba al «Viejo» una narración más prosaica y que parece ser la más exacta: *Zola ha publicado en Rusia y luego en Francia en* LA RÉFORME*, un relato sobre la guerra, titulado* EL ATAQUE AL MOLINO*. Huysmans ha hecho aparecer en Bruselas otro relato que lleva por título* MOCHILA A LA ESPALDA*. Finalmente Céard ha enviado a la revista rusa de la que es corresponsal una muy curiosa y violenta historia sobre el asedio de París, que se titula* UNA SANGRÍA*. Cuando Zola supo la existencia de esas dos últimas obras, nos dijo que en su opinión formarían con la suya un curioso volumen, poco patriota, y de un cariz particular. Entonces, nos instó a Hennique, Alexis y a mí a hacer cada uno un relato para completar el conjunto…*

Así es como Guy escribe una historia con un tema previamente dado. Los demás le han pedido que lo escriba. ¡Era evidentemente menos favorecedor que la narración del nacimiento de un Hexamerón naturalista! Eso permite también comprender por qué, ante el triunfo, Maupassant daba a este relato menos importancia que a sus poemas. Se trataba casi de un «trabajo de encargo», que él considera como tal junto al Vikingo. El nombre de Zola, dijo práctico, *haría vender y nos proporcionará cien o dos cientos francos a cada uno*.

Como el viento, la fortuna sopla desde donde quiere.

De todos modos, ese Guy, artesano a su manera y auto publicitario permanece intratable sobre un punto, su negativa a cualquier compromiso declarado. Su relato es el más revolucionario de la antología. Pero es el primero en rechazar *La Invasión Cómica,* título demasiado auténtico. ¡Y se defiende como un diablo! *No hemos tenido, haciendo este libro, ninguna intención antipatriótica, ni ninguna otra intención; hemos querido solamente tratar de dar a nuestros relatos una visión justa de la guerra, de los despojos del chauvinismo a lo Déroulède, del falso entusiasmo considerado hasta ahora*

necesario en toda narración donde se encontrasen un uniforme rojo y un fusil.

De este modo, el Maupassant de *Bola de Sebo* se ha «comprometido» a su pesar. Hay mucho de esa preocupación que comienza a nacer en el mundo, de una «desmitificación» de la guerra, de una denuncia apasionada de los falsos heroísmos, que nacerá y se expandirá por la inmensa rama de la novela de guerra, desde *La Debacle* a nuestros días.

El 28 de marzo de 1880, domingo de Pascua, Daudet, Zola, Charpentier y Edmond de Goncourt van a cenar y a dormir a Croisset. Guy va a recogerlos a la estación de Ruán y los traslada a casa de Flaubert quién los espera, «en sombrero calabrés, chaqueta redonda, con su grueso vientre detrás de su pantalón a pliegues ».

A Edmond de Goncourt le gusta «este inmenso Sena sobre el que los mástiles de los barcos, que no se ven, pasan como en un fondo teatral», lo que no es precisamente una comparación de hombre de la naturaleza. Le gusta más aún «esa auténtica vivienda de hombre de letras», la cena, y en particular la salsa a la crema de rodaballo. Maupassant mantiene la actitud reservada que conviene. Vigila desde el rincón. El ambiente es feliz, de estudiantes cuadragenarios. Se bebe mucho. Se cuentan «picantes historias que hacen estallar a Flaubert en esas carcajadas que parecen *risas infantiles*».

Cuando los invitados se van a acostar, el gigante da una buena palmada sobre los hombros del pequeño y guiña un ojo. La farsa está representada. Aquél que al menos ha comprendido, por una vez, es Goncourt. El ilustre visitante no tiene más interés por el «pequeño Maupassant» en Croisset que en Trapp. Habría quedado paralizado como la mujer de Lot si se le hubiese dicho que, antes de quince días, «ese pequeño» será famoso, que dentro cinco años tendrá en las letras un lugar más importante que el suyo y que ese «fin de semana en la cumbre» de la literatura realista no había tenido otro objetivo que lanzarlo.

El lunes 12 de abril, por la tarde, todo el grupo firmaba alegremente el servicio de prensa, en el despacho de Léon Hennique, con Charpentier.

Como consecuencia de la velada en Médan donde él ha contado la historia de Bola de Sebo, después de lo cual tuvo que escribirla, Guy se vuelve a sumergir en su debacle. *Durante muchos días consecutivos pasaron por la ciudad,* Ruán*, restos del ejército derrotado… Los soldados llevaban las barbas crecidas y sucias, los uniformes hechos jirones…* Vio, con una admiración redoblada de recelo, pasar *compañías de francotiradores, bautizados con epítetos heroicos: Los Vengadores de la Derrota, Los Ciudadanos de la Tumba, Los Compañeros de la Muerte,* (…) con aspecto de *forajidos*. Los describe capitaneados por almacenistas *de paños, guerreros circunstanciales,* que se mostraban temerosos de sus mismos soldados, *gentes del bronce, muchos de ellos valientes, y también forajidos y truhanes*, esperando ansiosamente a los vencedores.

Los aciertos descriptivos, los hallazgos, las imágenes precisas crepitan.

Se había producido la ocupación después de la invasión. Los alemanes se portaban bien. Parece un sueño, pero es Maupassant quién escribe: *El oficial prusiano era a veces bien educado*, ¡como se volverá a decir en 1940! Además, el militar por militar, es una casta que Guy fustiga sin piedad: *Al fin y al cabo, los oficiales de húsares azules* (alemanes) *que arrastraban con arrogancia sus chafarotes por las aceras no demostraban a los humildes ciudadanos mayor desprecio del que les habían manifestado el año anterior los oficiales de cazadores* (franceses) *que frecuentaban los mismos cafés. Sin embargo, los marineros y los pescadores con frecuencia sacaban del agua el cadáver de algún alemán, abotagado, muerto de una cuchillada, o de un garrotazo, con la cabeza aplastada por una piedra.*

El «colaboracionismo» se produce al mismo tiempo que la «resistencia». Grandes comerciantes tienen intereses en el Havre, que el ejército francés todavía ocupa. Algunos solicitan a los alemanes un salvoconducto para partir hacia Dieppe en donde se embarcarán, y lo obtienen. Es fletada una diligencia. En *la lluvia de algodón de la mañana*, los viajeros pueden observarse: Sr. y Sra. Loiseau, vendedor de vinos al por mayor

de la calle del Gran Puente. Sr. Carré-Lamadour, tejedor, y señora, consuelo de los oficiales de la guarnición, el conde y la condesa Hubert de Bréville, dos hermanas de la caridad, Cornudet, el demócrata, un pelirrojo y una pelirroja, y finalmente Bola de Sebo.

Solamente Bola de Sebo tuvo la idea de llevar un tentempié. Al verla comer, los demás padecen *una dolorosa contracción de la mandíbula bajo las orejas*. La buena muchacha propone compartir sus provisiones y, aquellos que la miraban con reprobación, vacían su cesta. En el relevo de Tôtes, los viajeros son instados a descender por un joven oficial alemán, *excesivamente delgado y rubio, embutido en su uniforme como una mujer en su corsé*. Este hermano de la *Señorita Fifi* hace proposiciones a Bola de Sebo. Ésta lo rechaza, indignada. Sea, el comandante prusiano no autoriza la marcha hasta que Bola de Sebo cambie de opinión.

De entrada, se produce indignación en los pasajeros, pero pronto encuentran buenas razones para que Bola de Sebo se sacrifique. Los Loiseau son particularmente infames: *¿No es el oficio de la moza complacer a todos los hombres? ¿Cómo se permite rechazar a uno?* El aristócrata es más paternalista: *Habría que decidirla*. El humor de Guy alcanza lo más alto: *Ya en la mesa, comienza el asedio. Primero fue una conversación vaga sobre la abnegación. Se citan antiguos ejemplos: Juditt y Holoferne…*

La vieja religiosa interviene finalmente:

– Una acción reprobable se convierte con frecuencia en meritoria por el pensamiento que la inspira.

A esa monja Guy la había conocido en el Havre, cuando él estuvo al cuidado de los soldados afectados por la viruela*: una auténtica hermana de la caridad Ran-tan-plan, cuyo rostro desfigurado, lleno de innumerables agujeros, parecía una imagen de las devastaciones de la guerra.*

Bola de Sebo acaba por ceder, mientras que Cornudet se revela.

– ¡*Les digo a todos que acaban de cometer una infamia*!

Por la mañana, un claro sol de invierno hacía brillar la nieve deslumbradora. La diligencia, ya enganchada, revivía

para proseguir el viaje, mientras las palomas de blanco plumaje y ojos rosados, con las pupilas muy negras, picoteaban el estiércol, erguidas y oscilantes entre las patas de los caballos, buscando su alimento entre los excrementos humeantes que éstos esparcían.

Cuando hubo leído este párrafo, Flaubert brincó de alegría. ¡Tantas veces se había preguntado si su corazón no lo engañaba! Tenía los ojos brillantes.

– «¡Ya puedes caminar solo!»

Flaubert tenía motivos para estar exultante. «Bola de Sebo, el cuento de mi discípulo del que he leído esta mañana las pruebas, es una obra maestra; mantengo la expresión, una obra maestra de composición, de comicismo, de observación.» El Viejo escribe a Guy sin demora. «¡Ese pequeño cuento permanecerá, puede usted estar seguro! Qué hermosas descripciones las de sus burgueses! Ni uno solo está equivocado. ¡Cornudet es inmenso y auténtico! La pobre muchacha que llora mientras el otro canta *La Marsellesa*, es sublime. ¡Tengo ganas de besuquearte durante un cuarto de hora! ¡No, en serio, estoy contento! ¡Me he divertido y admirado!»

La mezcla de USTED y TÚ es indicativo de la emoción experimentada por el Padre radiante.

La construcción del relato es clásica. Su calidad es notable: la vida, la precisión en la observación casan a la perfección con la fluidez de una escritura donde brillan veinte imágenes perfectas, pero no cinceladas, no montadas, sino naturales. El fondo es nuevo. Esta variación acerca de la «infamia en las personas de bien» toma su originalidad mediante el contexto de los acontecimientos contados, 1870-1871, y la fecha en la que aparece: 16 de abril de 1880. Nada similar había sido escrito aún sobre ese tema. *Bola de Sebo* es un tabú rechazado.

Cuando Bola de Sebo, humillada después de haberse sacrificado, llora y cuando Cornudet silba *la Marsellesa* en las narices de los «colaboracionistas», es Francia quién esta humillada, quién llora y se rebela.

En su primera obra maestra, Maupassant está, con Bola de Sebo y Cornudet, del qué no oculta además ni los ridículos, ni las debilidades, contra la aristocracia, los bien pensantes y los

traficantes, COMO LO ESTÁ CONTRA EL OCUPANTE. Está contra Versalles y Burdeos. Va más allá que el Barrès de *Colette Baudoche*, que esperará un cuarto de siglo.

Es algo excepcional que un escritor se haga célebre de la noche a la mañana con tan solo 1500 líneas. Ayer, los colegas que frecuentaba Guy no le daban más que una posibilidad sobre cien. *Bola de Sebo* cambia todo. El auténtico autor de *Bola de Sebo*, es el chaval de veinte años, el «hijo de la derrota», el soldado raso, barbudo y desaliñado que regresa de la guerra el año terrible…

Bola de Sebo no había emergido de la imaginación del narrador. El modelo de Elisabeth Rousset se llamaba Adrienne Legay. Charles Cord'homme la había conocido antes de 1870. Más tarde lo negará, pero no podía, entre otras cosas, hacer desaparecer la dedicatoria hecha por Maupassant a sus primos Lucie y Louis Le Poittevin, este último presentado como *hijastro del mismísimo Cornudet.*

A los veinte años, Adrienne había ido a buscar fortuna a Ruán. En el transcurso de una salida en diligencia para visitar a los soldados franceses, ella conoció la desventura que es el tema del cuento. Acabada la guerra, volvió a desempeñar su oficio[1].

Una noche, mucho después de la publicación de *Bola de Sebo*, Maupassant la vio, sola, en un palco del teatro La Fayette, en Ruán. «La miró, mucho tiempo, curiosamente, con una atención casi emocionada.» Entonces, el gran escritor, *el hombre encumbrado*, el Maestro, fue públicamente a saludar a su modelo y la llevo a cenar al hotel de Mans.

Y además, aquella que todavía se llamaba Bola de Sebo, en la calle de los Charrettes, seguía engordando. Perdió a sus clientes. Se suicidó en 1892, andrajosa, repulsiva de obesidad. Debía siete francos a su casero. Cord'homme dejó caer una lágrima al conocer este particular detalle.[2]

El mismo día de la publicación colectiva de *las Veladas de Médan*, Maupassant escribía: *Es un perfecto anticipo para mi volumen de versos que aparecerá el martes y que detendrá en lo*

[1] François Tassart. *Nuevos Recuerdos*.

[2] Diario de Ruán, 19 de agosto de 1892.

que a mí concierne, esas tonterías de la escuela naturalista que se repiten en los periódicos. Es culpa del título LAS VELADAS DE MÉDAN*, al que siempre he encontrado desafortunado y peligroso.* Este párrafo precisa que, publicado el libro, el relato que contenía era, a ojos del autor, secundario en relación con los poemas.

Dicho esto, Maupassant estableció un parco balance:

Zola: bien, pero ese tema habría podido ser tratado del mismo modo y también bien por la señora Sand o Daudet.

Huysmans: mediocre. Sin tema, sin composición, poco estilo.

Céard: pesado, muy pesado, no es auténtico, tics de estilo, pero algunas cosas finas y curiosas.

Hennique: bien, buena mano de escritor, alguna confusión en los lugares.

Alexis: parecido a Barbet d'Aurevilly, pero como Sarcey quiere parecerse a Voltaire.

Algunas semanas más tarde, la antología de la que tanto espera, *Unos Versos*, aparece editada por Charpentier. La acogida es excelente. Todo se abre de pronto, prosa y poesía. Es el buen viento. ¿Entonces por qué no estar exultante? Por qué esta reticencia, casi una inquietud. Es que ese fino marino huele los dos éxitos, el imprevisto, que lo desborda, y el otro, el deseado, más frío, más mundano, más convencional. Entonces tiene genio. Se equivocaba. No es el relato que preparaba los versos, sino al contrario. Maupassant ya no será de ahora en adelante más que un poeta de abanicos. En otra parte está su poesía y él cambia de rumbo, barco dando bandazos y con las velas infladas.

6

San Policarpo y Ménesclou – Léautaud lee la correspondencia Maupassant-Flaubert – En la Hoja de Rosa, casa turca – *Narración detallada de Edmond de Goncourt – La colección Daniel Sickles* – El papá de Simon – *Septiembre de 1879: el viaje a Bretaña* – El Olivar –*¿Por qué no Flaubert? – Un inquietante despiste – Considerandos normandos para un problema normando – Unas palabras de Edouard Herriot.*

Los últimos años de Flaubert estuvieron iluminados por las sonrisas de las tres bellas damas de Ruán a quiénes él llamaba sus tres Ángeles. Eran la Sra. Brainne, que tanta familiaridad tenía con Guy, su hermana la Sra. Lapierre, esposa de Charles Lapierre, director del *Nouvelliste de Rouen*, quién había introducido al joven novelista en *La Nation*, y la no menos bella Pasca. Ellas ponían una chispa de gracia en la casa todavía ensombrecida por la adversidad, aunque la situación de los Commanville se iba atenuando.

Sobre este punto, a finales de febrero, Flaubert había podido tranquilizar por fin a Guy: «Commanville habrá acabado de aquí en dos o tres días. El horizonte se aclara y pronto saldremos del abominable sueño y de las preocupaciones que me estrangulan desde hace cuatro años. Te abrazo querido. Tu viejo.»

Todos los años, el 27 de abril, los amigos del «Viejo» festejaban San Policarpo, a quién el Vikingo había elegido como patrón, porque el obispo de Esmirna tenía por costumbre repetir: «¡Señor! ¡en qué horroroso siglo me has hecho vivir!» El San Policarpo de 1880 fue todavía más alegre que de costumbre, con sus bellas mujeres, libres e inteligentes, el alma de la fiesta de Guy y el buen humor normando.

Por la mañana, Flaubert recibió esta nota:

«*Señor, estoy apurado, y si usted me presta su ayuda, tal vez escape a la infame magistratura. Sé que pensamos de igual modo, y es por eso que le escribo – Usted vive retirado, oculto a todos, ese es el asunto. Déme protección, – No se me encontrará en su casa. Yo le ayudaré a escribir su novela, puesto que es en esa parte en la que usted trabaja: y si alguien lo molesta, yo me encargo.*

Lo saludo.

Ménesclou
alias: el monstruo de Grenelle.

P.D. *Sobre todo no se preocupe por las personas que lo molesten. Yo me ocuparía a cambio de nada.*[1]

¡El 15 de abril, el tal Ménesclou había violado, descuartizado y cocido a una chiquilla de cuatro años y medio! Siendo sorprendido en el momento en el que atizaba su olla, ese precursor de Landrú será condenado a muerte el 30 de julio. Se le ejecutará el 7 de septiembre, y será conducido a la guillotina cantando una cancioncilla de moda: «Espera, aquí está Mathieu.»

Flaubert no se había divertido tanto como cuando Guy le había escrito anteriormente, en el mismo estilo y el mismo tono, la carta del cerdo quejándose de San Antonio: *Me hace proposiciones obscenas muy desagradables, y en resumen, yo no puedo quedarme con él, y vengo a pedirle si usted me puede acoger*...Tuvo cientos de bromas en ese tono, tan inocente como esos cuartetos bufos, siempre de Guy:

Monsieur Flaubert vous ferez d'la musique
Aussi là-haut quand vous serez péri
Car vous avez un chic ecclésiastique
A fair' dresser les ch'veux de Jules Ferry.

En attendant coulez des tours prospères
Quemille fleurs naissent dessous vos pieds.
N'oubliez pas que Dieu dit à nos pères
Ces mots sublimes: «Croisset, multipliez.»

Señor Flaubert hará que la música
Suene tan alta cuando fallezca
Pues tiene usted un algo eclesiástico
Hasta erizar los cabellos a Jules Ferry.

Esperando que discurran prósperos momentos
Que mil flores nazcan bajo sus pies.
No olvide que Dios dijo a nuestros padres
Estas sublimes palabras: «Creced y multiplicaos.»

Sin embargo, conseguía subir el tono. En 1877, Guy había pedido a Flaubert que le consiguiese un galgo. He aquí la respuesta: «Joven lúbrico, Laporte, en este momento, no tiene

[1] René Dumesnil.

cachorros de galgo, habiendo pasado la época de celo (para los perros: usted no lo es) (…) Modere su polla y tenga alegría y trabajo. Su viejo Gustave Flaubert lo abraza.»

La denominación «joven lúbrico» que encontramos era corriente, hasta en familia. Sin embargo aquí, la fórmula era más brutal.

En el segundo tomo de su *Diario literario*, Léautaud escribe: «Louis Bertrand ha ido esta tarde a ver a Vallette a propósito del volumen sobre Flaubert que debe publicar en el *Mercure*. Había pensado completarlo con unas cartas de Maupassant a Flaubert. Ante lo que contienen ha debido renunciar. Las ha hecho leer a Vallete, quién nos ha dicho después de su marcha, que no había perdido del todo su tiempo con esta lectura. Esas cartas son curiosas en el sentido en que muestran bien en Maupassant a un erotómano consumado, obsesionado con cuestiones sexuales (…)[1]»

Léautaud cita unos fragmentos cuya vulgaridad, en esta ocasión, raya la crudeza. «Lo curioso en todo esto, es que a pesar de todas las confidencias de esas cartas, Maupassant siempre mantiene una gran deferencia hacia Flaubert. Las cartas siempre se terminan mediante una respetuosa fórmula. «Le estrecho afectuosamente la mano, mi querido Maestro.» La sensación de Vallette, tras una primera sorpresa viendo semejantes cartas dirigidas a Flaubert, es que éstas debían gustarle, divertirle. A menos que le hayan buenamente interesado, como un *caso*.»

Si estas explicaciones son aventuradas, Léautaud no había puesto menos el dedo sobre la llaga del aspecto más singular de las relaciones entre Maupassant y Flaubert, que sería de todos modos demasiado fácil de silenciar, como ha hecho Louis Bertrand (cuyo libro[2] es excelente) y muchos otros después de él.

Bajo este ángulo, lo más revelador son seguramente las representaciones de *En la Hoja de Rosa, casa turca*, comedia de Guy de Maupassant y de Robert Pinchon, representada por los

[1] Para sustituir los puntos suspensivos, consultar el *Diario* de Léautaud, Tomo II, jueves 1 de octubre de 1908.

[2] Louis Bertrand*: Flaubert en París o el Muerto vivo*. Grasset 1921.

autores y sus amigos, en 1875, en casa del pintor Leloir, y en 1877, en la casa de Becker.

Guy daba la noticia a su madre, sin el menor pudor, el 8 de marzo de 1875. *Algunos amigos y yo, vamos a representar en el taller de Leloir una pieza absolutamente lúbrica, a la que asistirán Flaubert y Tourgueneff. Huelga decir que esta obra es nuestra*[1].

Guy invita a Edmond Laporte, aquél de los galgos, concejal de Ruán, el 13 de abril de 1875:

Querido señor y amigo, la solemnidad está por fin fijada para el lunes 19 del presente mes. No serán admitidos más que hombres mayores de veinte años y mujeres previamente desfloradas. El palco real estará ocupado por la sombra del gran marqués.

La alusión a Sade, que aparece después de Swinburne, era excesiva, al menos en cuanto a la calidad de la obra.

Petit Bleu, alias Léon Fontaine, nos ha proporcionado otros detalles: «Por aquel entonces éramos un grupo de jóvenes muy decididos a matar el aburrimiento. «Nuestro patrón» era Joseph Prunier. Para pasar las largas horas de invierno nuestro grupo tuvo la idea de escribir una obrilla naturalista. Además de J.P. (Joseph Prunier) estaban allí Hadji, la T, (La Tôque) Petit B. (Petit Bleu) el pintor M.L. (Maurice Leloir) y aquél que debía firmar más tarde tantas novelas bajo el seudónimo de Jean Carol[2], finalmente algunos compañeros ocasionales. ¿Quién tuvo la primera idea? Joseph Prunier, sin duda.»

Fácilmente podemos imaginar como nació la obra en la calle Moncey.

«El joven escritor sostenía la pluma, pero cada uno iba aportando sus ideas, su grano de arena, y, escena a escena, la pieza fue compuesta de este modo, riéndose, mediante bromas…»

El título de esta obrita picante, además del significado obsceno que tiene en argot, era un homenaje indirecto a Flaubert, una alusión a la casa de Zoraide Turc, ese local ubicado a orillas del agua, ese «lugar de perdición (que)

[1] Colección Sra. Lecomte du Nouy.

[2] Gabriel Lafaille.

proyectaba en todo el distrito un brillo fantástico», del que habla Frédéric Moreau, en *La Educación Sentimental*.

Una joven pareja provinciana llega a Paris, en busca de un hotel y cae inocentemente en un prostíbulo. Desfilan las prostitutas, luego la clientela: un inglés, para quién las mujeres posan como estatuas de cera; un pocero muy ocupado, pues lleva en serio su trabajo habitual (los baños desbordan) y los particulares divertimentos de la casa; el mayordomo, Cresta de Gallo, que tiene por amante a una de las mujeres más solicitadas, Raphaële, un jorobado, particularmente exigente, etc. La joven pareja pasa así de mano en mano y acaba por tomarle gusto a su aventura erótico-escatológica.

Todos los papeles femeninos eran representados por unos travestis. Joseph Prunier interpretaba a una odalisca, La Tôque, el pocero, el jorobado, el inglés y el capitán jubilado, Petit Bleu, a la joven esposa, Octave Mirbeau, el marido, y N'a-qu'un oeil, el propietario. En cuanto al decorador Maurice Leloir, representaba al mayordomo, antiguo seminarista, pequeña pulla de Maupassant dirigida a sus educadores de Yvetot.

La segunda representación tuvo lugar en el número 26 de la calle de Fleurus, en casa del pintor Becker, el 31 de mayo de 1877. Tourgueneff y Flaubert dirigían los ensayos que habían tenido lugar en casa del decorador, Maurice Leloir, en el quinto piso de la avenida Voltaire. «Flaubert, contaba Maurice Leloir, en una carta de la que he encontrado extrañamente el original, maldecía mis cinco pisos desprendiéndose de su abrigo en el primero, su levita en el segundo y su chaleco en el tercero. El buen gigante llegaba a mi casa en camiseta de algodón llevando sus prendas sobre su grueso brazo desnudo, tocado con su sombrero de copa.»

Excelente resumen. Cerca de veinte años más tarde, Henry Céard dará cuenta de ello en *L'Evénement*[1]. Según él, asistían ocho mujeres elegantes, disfrazadas: «Podía verse a Suzanne Lasser salir, de tan ofuscada que estaba en la delicadez de sus sentimientos, a Tourgueneff aplaudir, a Zola permaneciendo grave, debatiéndose entre su austeridad y su preocupación de no parecer puritano, y Flaubert entusiasmarse del regocijo que le

[1] 22 de agosto de 1896.

procuraba esta violenta historia de amor. También se encontraba allí Valtesse de la Bigne. Ella forzaba su sonrisa. La principal modelo de *Nana* estaba impactada.

Edmond de Goncourt iba a describir la escena en su diario: «Esta noche, (…) el joven Maupassant (con el mismo tono que «el pequeño») ha representado una pieza obscena de su creación (…) Resulta lúgubre ver a esos jóvenes travestidos en mujeres, con la pintura, sobre sus camisetas, de un largo sexo entreabierto; y no sé que repulsión os llega involuntariamente mediante esos comediantes tocándose y haciendo entre ellos el simulacro de la gimnástica del amor.»

No obstante, Goncourt va derecho a lo esencial: «Me preguntaba de qué gran ausencia de pudor natural es necesario estar dotado para realizar eso ante un público, esforzándome en disimular mi disgusto, que habría podido parecer peculiar por parte del autor de *La Ramera Elisa*. Lo monstruoso, es que el padre del autor, el padre de Maupassant, asistía a la representación.»

El cronista de este Ojo de Buey naturalista concluía: «Al día siguiente, Flaubert, hablando de la representación con entusiasmo, encontraba, para caracterizarla, la frase: «¡Sí, es muy fresca!» FRESCA, para esta porquería, es verdaderamente todo un hallazgo.»

Un malestar, en efecto, se producía ante esta exhibición. La «frescura» no podía proceder más que del mismo Flaubert, que sin duda se reencontraba con su juventud, y la amargura de *La Educación Sentimental*, cuando los adolescentes concluyen, haciendo alusión a la casa de Zoraide Turc: «Fue allí donde tuvimos lo mejor.» Lo peor, es que no tenía en *La Casa turca* la menor coartada artística. Existe un Infierno de las bibliotecas, como en cualquier otro sector: hay buenos y malos libros. Esta pequeña pieza es una execrable escatología.

De madre francesa, americano sensible, benevolente y bohemio, Daniel Sickles es un enamorado de las letras francesas y su colección de originales y autógrafos es una de las más bellas que existen. Ahora bien, esta colección contiene una carta

de Maurice Leloir, fechada el 19 de febrero de 1928, dirigida a un corresponsal no nombrado que no es otro que Pierre Borel, al que encontraremos a raíz de unas confidencias de Gisèle d'Estoc sobre la adolescencia de Maupassant. Ahora bien, fue Pierre Borel el primero en editar, bajo cuerda, ese texto, en original, en doscientos veinticinco ejemplares, en 1945, cerca de tres cuartos de siglo después de su representación. Esta carta capital da útiles precisiones, además de la de Flaubert subiendo los cinco pisos.

Pierre Borel, en una nota anterior, había confiado a Maurice Leloir su intención de publicar *En la Hoja de Rosa* y le pidió ilustrarla. «Como, respondió el pintor, Fontaine usted ha dado el manuscrito de *la Hoja de Rosa* al igual que Flaubert había dado a leer a la Princesa Mathilde con la que había batallado para impedir que ésta asistiese a la representación aunque prometiese ir disfrazada. Imagínese que esta primera representación (pues hubo dos) parecía imposible, no disponiendo de una habitación tan grande. Guy vivía en una planta baja de la calle de Moncey donde no había lugar para colocar sillas. Cuando íbamos a reunirnos con él por la noche, sacaba de un armario algunas plegables…»

Maurice Leloir rememoraba divertidos detalles, tales como «esos senos formados de petacas que los pintores actuales encontrarían admirables» (alusión irónica a la estética femenina de los años 1925 a 1929) «y cada personaje masculino estaba provisto de un enorme falo hecho de burletes. Después de la representación fuimos a regalárselos a las prostitutas de un burdel. Hoy se regalan muñecas».

Maurice Leloir aprobaba el proyecto de Borel: «Le enviaré dos croquis de esta farsa cuyo único valor es ser pronográfica, pues el espíritu está allí representado por unos retruécanos de sargento mayor. ¡No le prometo unos motivos demasiado atrevidos siendo un viejo pintor de 74 años!»

El decorador y actor Maurice Leloir estaba, él también, desilusionado respecto a esta significativa farsa.

Si, singulares relaciones entre Maupassant y Flaubert, pues Guy dirigía al mismo tiempo cartas exquisitas a aquél que le

había enviado su *Tentación de San Antonio*, con esta dedicatoria: «A Guy de Maupassant al que quiero como a un hijo[1].»

Guy escribía cariñosamente a este padre adoptivo: *Perdóneme esta libertad, pero, charlando con usted, me parece a menudo escuchar a mi tío al que no he conocido, pero del que usted y mi madre me han hablado con tanta frecuencia que lo quiero como si hubiese sido su compañero o su hijo, luego el pobre Bouilhet, al que he conocido, y al que también quería…*

En el diálogo corriente entre ambos hombres, el pudor más exigente y la trivial obscenidad alternan, aún cuando ambos no cohabiten.

De repente reaparece una tesis insistente, como Pierre Cogny evocaba en su excelente prólogo a *Pedro y Juan*[2], apoyada sobre el hecho de que el rumor de que Maupassant habría sido el hijo biológico de Flaubert, nunca ha cesado de circular.

Para intentar ver con claridad, es necesario en primer lugar interrogar la obra. *El papá de Simon*, escrito por Guy a los veintisiete años, es tan significativo como *¡Camarero, una caña!* Los pilluelos de la escuela acosan a Simon, porque no tiene papá. Simon se inventa una excusa. *Mi papá está en el cementerio*. Eso no basta. El niño quiere ahogarse, pero *un obrero que tenía una barba y unos cabellos negros crespos lo miraba con un aire bonachón* (…) *Era un herrero al que le gustaría casarse con su madre* (…) *De pronto*, (Simon) *se sintió elevado en las manos de su amigo, y aquél, manteniéndolo al extremo de sus brazos de forzudo, le dijo: «Tú les dirás a tus compañeros, que tu papá es Phililppe Rémy, el herrero, y que irá a tirarle de las orejas a todos aquellos que te hagan daño.»*

¡Curioso tema para un escritor con fama de no tener corazón!

Evidentemente Guy se ha identificado con Simon. Él no podría reprocharme esta interpretación, él, quién confiaba a la bella desconocida rubia de los recuerdos aparecidos en La *Grande Revue*, en 1912: *Algo me dice que cuando un escritor pone sus ideas propias en su libro, resulta el más impersonal de*

[1] 1874. Sr- Fondevielle. Abogado en Grasse.

[2] Garnier Hermanos. 1959.

los autores. El autor de *El papá de Simon* era ese mismo Maupassant que, en el otoño de 1874, en la calle Nuestra Señora de Loreto, en París, había llegado a las manos con un hombre que golpeaba a un chiquillo de unos diez años y lo había conducido a la gendarmería de la calle Bréda, para hacerse recibir lo más desdeñosamente posible por los gendarmes de la ciudad. Según la fuerza pública, el niño era el hijo del bruto y éste tenía el derecho a «corregirlo»[1].

De 1877 a 1890, Guy escribió una veintena de cuentos de este tipo, desde *el Repartidor de Agua Bendita*, en septiembre de 1877, hasta esa obra maestra titulada *El Olivar*, 14 a 23 de febrero de 1890. Esas variaciones sobre el hijo natural, clandestino, producto del adulterio, ignorado, desconocido o abandonado, COMPONEN CUANTITATIVAMENTE LA PARTE MÁS IMPORTANTE DE SU OBRA. Contrariamente a los demás temas, guerra, oficina, aldeanos, la Grenouillère, etc., que se extinguen al cabo de un cierto tiempo, este persiste hasta el fin.

Numerosas frases de Maupassant, bromas, los pasajes de diversos cuentos y sobre todo de *Mont-Oriol*, algunos episodios oscuros de la vida personal han generado la imagen de un Maupassant indiferente a la paternidad. Esta opinión no resiste el análisis. Todo lo contrario. En *el Repartidor de Agua Bendita*, una pareja tiene un hijo que ha sido raptado por unos saltimbanquis. Buscándole se van apagando y envejeciendo. Un día, el hombre reconoce a su hijo a la salida de la iglesia donde él mendiga. El muchacho es guapo, robusto y se va a casar. Entonces *el hijo cae, el rostro sobre las rodillas del viejo, y rompe a llorar, abrazando uno tras otro a su padre y a su madre, que se sofocaban con una alegría desmesurada.*

La emoción con la que Maupassant trata este melodrama es tan comunicativa que es algo más que un dramón. La bondad dolorosa del quisquilloso se ha inclinado bajo el cínico.

También logra que la revelación se produzca en sentido inverso: un padre que adora a su hijo sabe que no es de él. *El Señor Parent* (3 de enero de 1886) soporta a una mujer desabrida y frívola solamente por su hijo. *Lo quería con toda su alma de*

[1] Colección Sra. Lecomte du Nouy.

ser débil, resignado y apocado; lo quería con entusiasmos de loco; sus caricias eran casi brutales; toda la ternura que no se atrevió a mostrar con su mujer, porque hasta en los primeros meses del matrimonio Enriqueta fue siempre con él reservada y fría…

…Su hijo no es de usted, revela brutalmente Julie, la criada, harta de tanto engaño.

El mundo de este hombre se viene abajo. Más tarde, ante el muchacho que tiene veinte años y que no sabe nada, el señor Parent desenmascara a la esposa culpable. ... *Ella no lo sabe; apuesto a que no lo sabe de seguro. ¡No! Ella también lo ignora... Nadie lo sabe de seguro... Nadie... Si a un tiempo te entregabas a los dos... ¿cómo averiguar estas cosas? Tú no lo sabrás nunca, pobre muchacho; no lo sabrás nunca; tampoco yo lo sabré jamás...*

En los temas del PADRE DESCONOCIDO (el bastardo), del padre FRUSTRADO (del amor que prodiga al hijo de otro), sucede naturalmente el tema del padre QUE NO CONOCE A SU O SUS HIJOS. Maupassant aborda sistemáticamente todas las variantes. Esta última es notablemente tratada en *El Padre* (20 de noviembre de 1883). Una joven, Louise, se ha entregado a un muchacho, François. Desde que ella confiesa estar embarazada, el muchacho *no tiene más que una idea en la cabeza, romper a cualquier precio*. Eso hace. François envejece egoístamente en la existencia monótona y limitada de los burócratas. Ahora bien, un día, se encuentra en el Parque Monceau a una joven y dos niños, un muchacho de diez años y una pequeña de cuatro años. Es Louise y el chico es el suyo.

El fauno de antaño es entonces cazado por los lazos de un sentimiento imprevisto, la paternidad. *Sufría una tortura atroz, desgarrado por una ternura paternal llena de remordimientos, de envidia, de celos, y de esa necesidad de amar a sus hijos que la naturaleza ha puesto en las entrañas de los seres.*

El marido, sabiendo todo, autoriza al avergonzado padre a abrazar a su hijo. *François, tomando al pequeño en sus brazos, comienza a besarlo locamente por todo el rostro* (…) *El crío, ofuscado por esta andanada de besos, apartaba con sus pequeñas manos los labios golosos de ese hombre.*

Pero François Tessier, bruscamente, lo deja en el suelo y exclama: «¡Adiós! ¡adiós!»

Y desaparece como un ladrón.

Un Hijo[1] destaca un rasgo francamente obsesivo. Maupassant hace dialogar a un senador y un académico. Hablan del polen de las flores y el senador interpela a un enorme arbusto: *¡Ay guapo mozo, apurado te ibas a ver para calcular tus hijos! Aquí tenemos un fulano que los engendra sin gran trabajo, que los suelta sin remordimientos y que ya no se preocupa de ellos* (…) *No hay hombre que no sea padre de hijos que él no conoce: los clasificados como de «padres desconocidos» y que él ha engendrado lo mismo que engendra este árbol, casi inconscientemente.*

En este mismo relato, Guy hace contar por el académico, la *muy canalla historia* del padre que descubre un monstruo en su retoño imprevisto.

En septiembre-octubre de 1879, Guy realiza un primer viaje a Bretaña, a pie. Le gustó Concarneau, su magnífica bahía y la ciudad amurallada, milenaria. Ha aspirado a pleno pulmón ese país de miedo y de leyenda…

No obstante, parece que Bretaña le haya dejado un recuerdo más personal, real, o semi imaginario, de una mujer, *de a lo sumo dieciocho años, y era de ojos muy azules, de un azul pálido, perforado por los dos puntitos negros de sus pupilas…*no sabe ni una palabra de francés y se entrega apasionadamente al viajero y solloza cuando se va.

Algunos años más tarde[2], aquél que cuenta la historia vuelve a pasar por la posada. La criada ha muerto dando a luz sin nunca decir nada del padre y el hijo ha quedado. *El hijo permanecía delante de mí con aire estúpido, dando vueltas al sombrero entre sus manazas huesudas y repugnantes, pero con algo que recordaba a su madre en la comisura de los labios y en el rabillo del ojo…*

Minuciosamente, Guy describe las desapacibles *incertidumbres* del posible padre, sus pesadillas, su dolor: *No*

[1] 19 de abril de 1882

[2] Maupassant hizo un segundo viaje a Bretaña en 1882.

podría usted imaginarse la sensación rara, confusa e intolerable que experimento cuando lo tengo delante y pienso que aquello ha salido de mí, que está unido a mí por el íntimo lazo que une al padre con el hijo, y que, gracias a las terribles leyes de la herencia, es otro yo mismo en mil detalles, en su sangre y en su carne…

No se trata de dejarse engañar por el procedimiento clásico que consiste en contar la historia en primera persona, sin embargo, cuando el tema regresa y se renueva, siempre en el mismo sentido, acaba por inquietar. Si él había sido el cínico que quería parecer para protegerse de los choques que no soportaba su sensibilidad, Maupassant no habría retomado este motivo a lo largo de su obra. No habría dado tan generosamente al hijo el papel de mediador en las aventuras de los adultos que él plantea en *Bel-Ami* y en *Fuerte como la muerte*.

Esta literatura del padre en aquél que no lo fue sin duda más que clandestinamente y que fue tan duro con el suyo, se eleva incluso a una literatura de RESPONSABILIDAD. Maupassant no vacila en decir que son los cínicos, los desabridos, sus personajes de cuentos mundanos, en suma, y el mismo en la medida en la que se les parece, quienes constituyen EL HAMPA. *¿Está usted seguro, amigo mío, de que entre tantas no ha habido por lo menos una a la que usted haya fecundado? Y en ese caso tiene usted en el arroyo o en presidio un pillastre de hijo que se dedica a robar o asesinar a las gentes honradas; es decir, a nosotros; y si no, una hija en algún lugar de mala nota…¿Quién los engendró? Usted.... yo..., nosotros todos; los hombres que nos llamamos honrados…*

Maupassant sobrevolando sus propios dolores, regresa a Rousseau, al que se asemeja mucho en este aspecto: *Los ladrones, los bandidos, todos los miserables, en fin, son nuestros hijos…*

Estas intuiciones bastante inesperadas se encuentran magistralmente en una de sus últimas obras, *El Olivar*. Después del monstruo físico, he aquí al monstruo moral. El sacerdote Vilbois se ha instalado en la bahía Pisca, entre Marsella y Toulon. Ese hombre robusto de cincuenta y ocho años, gran

pescador, le gusta sacar del agua *las lubinas gruesas, las morenas de cabeza plana, repugnantes serpientes de mar, y los jureles violetas estriados en zigzag por franjas doradas del color de la piel de naranja.* (¡la mejor descripción del jurel que conozco!). Aristócrata, Vilbois se ha hecho sacerdote porque una mujer lo ha engañado antaño; ella tenía un hijo de él y le hizo creer que era de otro; ese hijo reaparece, adulto, en la piel de un bribón, de un malhechor, de un canalla que ironiza:

— ¿Quién le dijo eso de que el niño era de otro?

— Pues ella, ella misma, desafiándome.

Entonces, el vagabundo, sin discutir esta afirmación, concluyó con el tono de indiferencia de un golfo que juzga una causa:

— ¡Bueno! Fue mamá la que se equivocó al provocarle, eso es todo.

El contraste es soberbio entre la paz milenaria bajo *el menudo follaje grisáceo del árbol sagrado que había cobijado bajo su frágil sombra el mayor dolor de Cristo*, y la guasa de este sinvergüenza. Seguro de su golpe, él sonríe sarcásticamente, hablando de su madre: *Mire usted, las mujeres nunca dicen la verdad.*

¡Ah! ¡Va a hacerle cantar, al papá cura! Para su gran sorpresa, el viejo hombre lo rechaza. El bribón alarga la mano hacia un cuchillo. Su padre lo repele tan violentamente que lo mata accidentalmente, mientras que la criada huye gritando por el campo:

– El bandido… el bandido…

Cuando llegan los parroquianos a la casa del cura, lo encuentran degollado. Nadie sabrá que se ha suicidado.

En febrero de 1890, cuando escribe este relato, Maupassant tiene cuarenta años y es muy viejo… Acaba de finalizar *Mosca* (7 de febrero de 1890). No se encontrarán ya después de esto más que *¿Quién sabe?*, cuento fantástico y *La Inútil Belleza*, ambos en abril de 1890. *Mosca* y *El Olivar* son despedidas conmovedoras en su perfección, el primero es un adiós a la juventud, el segundo, la última confesión de un secreto temor.

La fijación de Maupassant sobre dos temas paralelos, relativamente extraños, la vergüenza de la bastardía y la repulsión por la maternidad, que estudiaremos con *Mont-Oriol* y *Pedro y Juan*, coincide con su pesimismo filosófico, pero se opone a una profunda ternura hacia los niños.

Cuenta Mauriac en alguna parte que, alterado por el jaleo que hacen sus sobrinos cuando trabaja, se levanta como si fuese a molerlos. Naturalmente, no lo hace. Pero, leyó en un periódico que un ingeniero mató a toda su familia por la misma razón. Este ingeniero está en Mauriac como en nosotros. No hay diferente naturaleza entre la psicología de los casos extremos y el del ser normal. No hay más que una diferencia de INTENSIDAD. El novelista lo sabe y logra alcanzar el tipo mediante la exageración de lo que está en él. Los cuentos de Maupassant están demasiado alimentados de rasgos personales para no ser más que cuentos.

¿Entonces? No puede responderse más que mediante la biografía. Ahora bien, ésta no nos proporciona más que indicaciones fragmentarias, PORQUE MAUPASSANT HA HECHO TODO LO POSIBLE POR DEJARLA EN LA SOMBRA. Es tal vez en ese mismo exceso, poco natural, de esas sombras voluntarias, donde se encuentra paradójicamente el hecho que las ACLARA.

Maupassant quedaba sin defensa contra la idea de ser el mismo un bastardo. Crezco con la vaga impresión de que llevo en mí un deshonor. Los demás niños me llamaron un día «bastardo». Maupassant ha pensado a menudo que su padre no era su padre. No podemos desprendernos de la cuestión inicial: ¿Por qué no Flaubert?

El 10 de octubre de 1873, Laure escribía a Flaubert: «… El joven te pertenece de corazón y espíritu, y yo soy como él, toda tuya ahora y siempre. Adiós, mi querido compañero, te abrazo con todas mis fuerzas…» La fórmula es demasiado intensa, incluso en una mujer exaltada. Con fecha 1 de octubre de 1893, cuatro meses después del entierro de Maupassant, Goncourt relata una conversación que acaba de tener con Paul Alexis. Aquél regresa del Midi donde se ha encontrado con Laure. La dolorosa madre, hablando del deseo formulado por su hijo de ser

inhumado directamente en la tierra, dijo al bueno de Trublot: «Él siempre ha estado preocupado con ese pensamiento y cuando, en Ruán, presidió el entierro DE SU QUERIDO PADRE…» ¿Despiste o confesión escapada? «Aquí, continúa Edmond de Goncourt, la señora de Maupassant se interrumpió, pero muy rápido, sin casi recobrarse: «Del pobre Flaubert…» Y más tarde, sin dudar de las pruebas que había acabado de aportar en su contra, volvía al comienzo de la conversación: «No, su enfermedad (de Guy) no la tenía ninguno de nosotros… La de su padre, es un reumatismo articular… Lo mío es una enfermedad del corazón… Su hermano, del que se dijo que murió loco, lo fue de una insolación.»

La nota merece un examen, a pesar de la fragilidad de este testimonio de Alexis contado por otro. De entrada, este testimonio nunca fue desmentido por Alexis. El «despiste» de Laure se produjo realmente. Y a continuación… una vez más, en su alegato, Laure MENTÍA. Desde luego, es improbable que Gustave de Maupassant, el padre legal, hubiese estado afectado de sífilis, pero ella, ¡ella era incuestionablemente una neurópata! ¡Cómo su hermano Alfred! Y Hervé era sifilítico y paralítico general[1].

En cualquier caso no se puede, ante la obra y su excepcional carácter, pedir a los biógrafos que no tengan ¡LAS DUDAS QUE EL PROPIO MAUPASSANT HA TENIDO!

André Vial, el autor de una admirable tesis, *Guy de Maupassant y el Arte de la Novela*, precisa que «el rumor que atribuye a Flaubert la paternidad de Maupassant nació de una nota de Fouquier en *Le XIX Siècle*, quién tomó al pie de la letra el término «hijo» por inadvertencia. André Vial añade, siempre objetivo: «Es sorprendente, confiesa Céard en una nota manuscrita, que Maupassant lo hubiese permitido decir.»

Vial ve la explicación de este silencio en una «sensibilidad que los desordenes de un padre habían envenenado pronto de rencor y de desprecio». En efecto, un Maupassant herido por la idea misma de la bastardía debía preferir callarse. Se ha visto

[1] Ella lo confesará a otra corresponsal, la mujer de letras Léon Sarty, imponiéndose un desmentido flagrante.

que reinaba un extraño clima entre Gustave y ese hijo que había tomado ostensiblemente el partido por la madre y QUE LO HUBIESE TOMADO PROBABLEMENTE INCLUSO SI LA HUBIESE SABIDO CULPABLE.

La cantidad de semejanzas entre Flaubert y Maupassant, morales, físicas, de carácter, ideológicas, artísticas, es impresionante. La misma robustez normanda, mismo terreno hereditario, mismo gusto por las muchachas de burdel, mismo amor al arte, idéntico nihilismo, igual anticlericalismo, mismo antimilitarismo, mismo odio hacia la estupidez, igual desprecio hacia el burgués, misma repulsión por el Orden, igual alejamiento respecto de «la masa», en definitiva, igual concepción del mundo. ¡Es mucho!

¿Cuáles eran entonces exactamente las relaciones entre Flaubert y la madre de Maupassant, evocadas por la ardiente carta de Laure? Gustave Flaubert y Laure eran amigos de infancia. Laure casada con su pintor, se pierde de vista, hasta que los dones de Guy empujan a Laure a retomar contacto con el mejor de los consejeros. Eso es todo de lo que se está seguro. Evidentemente, las hipótesis novelescas son consideradas plausibles por el propio carácter de Laure, las incertidumbres que subsisten sobre el lugar del nacimiento de Guy, la obstinada leyenda de un maravilloso amor desgraciado, esa aura romántica que ella mantenía a su alrededor. Pero aparecen las objeciones. Las semejanzas con Flaubert, desde luego. Sin embargo, por otros rasgos, Guy se parece también a su padre legal. Su donjuanismo, su carácter derrochador, su huida ante las responsabilidades, su rechazo a toda obligación…

Hay algo más convincente, como lo ha precisado René Dumesnil: las fechas. Flaubert abandonó París para viajar a Egipto, el 29 de octubre de 1849, en compañía de Maxime Du Camp. Guy nació el 5 de agosto de 1850. Doscientos setenta y nueve días más tarde, o sea nueve meses y algunos días. Sin embargo, Flaubert abandonó Croisset el 22 de octubre. Compartió el tiempo que precede a la partida entre Nogent-sur-Seine y Paris, lo que aumenta el plazo entre una posible concepción y el nacimiento en siete días llevándolo a doscientos ochenta y seis. Los partos después del plazo son más raros que

los partes antes de tiempo y son completamente excepcionales en doscientos ochenta y seis días. La imposibilidad no está rigurosamente establecida si es probable. ¡Ah! ¡cuántas veces aparece esta palabra! Maupassant o un mundo de lo probable.

Una tercera objeción es al mismo tiempo material y psicológica. Sabemos por los dos hombres que Flaubert conoció a Guy MUY tarde, en 1867. Una carta de Carolina Flaubert a su amiga Laure, fechada el 3 de octubre, sitúa la fecha de la primera visita con precisión. Si Maupassant hubiese sido su hijo, ¿Laure no les habría puesto en contacto antes[1]?

La cuarta es de orden únicamente psicológica. René Dumesnil, a quién se le deben tantas páginas penetrantes sobre Maupassant, escribe sin embargo: « No se encuentra nada en las cartas de Maupassant a Flaubert que revele familiaridad: éstas son respetuosas, deferentes, y el más puntilloso de los censores no descubriría señal alguna que traicione, a pesar de las apariencias, algún supuesto secreto.»

¿René Dumesnil ignoraba las innumerables bromas obscenas hechas en común por Maupassant y Flaubert, y su correspondencia, y los extractos precedentes, tomados entre páginas y páginas, que horrorizaron hasta a Léautaud? ¡Desde luego que no! Callar ciertas cosas es en él una intención deliberada. En el capítulo VII de su obra, escribe: «Maupassant ya no es el despreocupado y alegre remero de sus inicios. En algunos años, el éxito y el mundo lo han transformado. No entra en los objetivos de este libro estudiar esta evolución que nos llevaría muy lejos de Normandía y de la literatura, pero por lo menos debe ser comentada.»

Y está persuadido de que es suficiente anotar eso tan furtivamente mientras que escamotea lo que le disgusta en la vida de su personaje. Del mismo modo que ha idealizado a Laure eliminando todas las sombras, René Dumesnil ha borrado todo el aspecto « hhhenorme » de las relaciones entre Flaubert y Guy. Es de este modo como con las mejores intenciones del mundo, las manos piadosas transmiten, de generación en generación, bustos en lugar de hombres. Ahora bien, tal vez esas

[1] Colección Sra. Lecomte du Nouy.

relaciones de obscenidad, que René Dumesnil omite, respondan mal al enigma.

No solamente tenemos la correspondencia y las representaciones de *En la Hoja de Rosa*; Léon Fontaine ha confirmado, entre otros, que Flaubert y Guy IBAN JUNTOS A VISITAR LA CASA TELLIER. Flaubert detestaba a Béranger. Guy lleva al primero a casa de unas buenas anfitrionas, dice algunas palabras a la más agradable, que enseguida va delante de Flaubert y lo acoge gentilmente:

– ¡Hola, señor Béranger!

Flaubert estaba a punto de ahogarse de indignación, mientras que Guy se retorcía de risa.

Dejemos la anécdota y volvamos a SU PRESENCIA SIMULTÁNEA en ese lugar. ¿Era la época de la casa de Zoraid Turc? Desde luego. Era una particular característica salaz del siglo XIX para muchos, como ha señalado justamente René Dumesnil. LA CASA TELLIER era una institución nacional difundida a escala de subprefectura, incluso a nivel de la capital del cantón. No era raro que algunos padres llevasen a sus hijos. Todo eso era auténtico. Sin embargo, es muy creíble, dada la PUREZA Y LA SINCERIDAD DE SU AMISTAD, que si Maupassant hubiese pensado que Flaubert era su padre, ¿él jamás le hubiese escrito como lo hacía? ¿Lo habría invitado a *En La Hoja de Rosa*? Desde luego, el había advertido a su madre de esa representación. Si se cree a Goncourt, y él raramente miente, su propio padre asistía. ¿Pero precisamente, Guy no lo DESPRECIABA? ¿Del mismo modo, habría hecho a Flaubert la broma de Béranger? Incluso en el clima artístico tan liberal, que caracteriza bastante bien el medio en el que vivían el mediocre pintor Gustave de Maupassant, Flaubert, esa Flora Tristan de Laure y ese remero vividor de Guy, eso es difícil de creer, a causa del verdadero respeto que Maupassant tenía a Flaubert. Un pudor se ocultaba bajo lo obsceno. No creo que éste, secreto, hubiese sido objeto de mofa.

Por el contrario, si Flaubert hubiese sabido que Maupassant era su hijo, ¿le habría escrito esas cartas? ¿Estaría distendido y alegre en casa del pintor Becker? ¿Podremos ser tan ingenuos de

sospechar que el comportamiento público de Flaubert y Maupassant hubiese sido el mismo si UNO DE LOS DOS ÚNICAMENTE SUPIESE QUE GUY ERA EL HIJO DE FLAUBERT?

No queda más, a la hipótesis de una filiación física Flaubert-Maupassant, que una posibilidad: habrían sido padre e hijo sin saberlo, ni el uno ni el otro, no habiendo dicho nunca nada Laure, incluso ni ella misma estuviese segura. El lector apreciará esta oportunidad.

Cuando se celebró la conmemoración del centenario de Maupassant, en los Celestins, en Lyon, el 28 de octubre de 1950, Edouard Herriot dijo: «Si Maupassant no es el hijo de Flaubert, lo lamento, pues hay entre ellos un incuestionable parentesco espiritual, y tantas cosas relacionan esos dos grandes cerebros…» El sensible autor de *El Bosque normando* había encontrado una excelente respuesta normanda a un problema normando.

7.

8 de mayo de 1880: tres telegramas desde Rúan – El entierro en Croisset – Volpone a orillas del Sena – El cronista y el funcionario – Estado de salud de Maupassant en 1880 o el verdadero mal del siglo.

El sábado 8 de mayo de 1880, por la tarde, el jefe del embalse de Bezons recibía un insólito telegrama:

«Ruego avise al Sr. de Maupassant, hospedado en la casa Poulain, que Gustave Flaubert ha muerto hoy de repente en Croisset.»

El hombre corrió raudo hasta el albergue, pero allí no habían visto todavía al «Señor Guy». Otros dos telegramas, uno de Charles Lapierre y otro de Caroline Commanville confirmaban la noticia.

Un coche dejó a un lívido Maupassant en el apeadero de la estación del Oeste, en Saint-Lazare. Apenas hacía diez días que habían festejado San Policarpo. Todavía llevaba en su bolsillo una carta fechada el 3, en la que Flaubert, hablando de ese domingo y ocupándose más del libro de Guy que de los suyos, le proponía su ayuda: «La semana próxima, acércame (a París) la lista de todos los idiotas que hacen reseñas diciéndose literarias en los periódicos.»

Por fin llega a Croisset. Encuentra al Viejo *tendido en su cama, poco cambiado, excepto que la apoplejía ha hinchado el cuello de sangre negra. Se encontraba muy bien los días anteriores, estaba feliz de haber llegado al final de su novela, y debía partir para París el domingo 9 de mayo…*

Flaubert había cenado y dormido bien, la víspera. Por la mañana tomó un largo baño. Se encontró indispuesto. *Abrió un frasco de agua de Colonia y se frotó las sientes, acostándose suavemente sobre un gran diván, murmurando: «Ruán… no estamos lejos de Ruán… Hellot…, yo conocía a los Hellot…» se volvió completamente negro, con las manos crispadas, el rostro hinchado de sangre y fulminado por la muerte de la que no había sospechado ni un segundo…*

Guy lava con sus propias manos el cuerpo, «sin frases, sin prosa, sin gritos, sin llantos, con el corazón inundado de respeto». Maupassant ha confirmado discretamente estos detalles fúnebres: *Cuando Flaubert falleció, yo lo aseé, terminando con una fuerte loción con agua de Colonia. Le puse una camisa, un chaleco y unos calcetines de seda blanca; unos guantes de piel, su pantalón sin miramientos; su chaleco y su chaqueta; su pajarita pasada bajo el cuello de su camisa parecía una gran mariposa.*

A continuación cerré sus hermosos ojos, peiné su bigote y su bonita y gran melena[1]*…*

La noche fue interminable; por la mañana, un remolcador enronquecido emitió un lamento y Guy miró pasar las naves del futuro *Horla* que remontaban el río, *tan cerca que parecía que iban a tocar las pareces con sus mástiles*. Desayunó maquinalmente, luego envió las inevitables cartas. Escribió a Zola: *Nuestro pobre Flaubert ha muerto ayer de un ataque de apoplejía fulminante. Se le entierra el martes al mediodía. No tengo necesidad de decirle lo felices que estarán todos aquellos que lo han querido, de verlo a usted en su entierro. Saliendo en el tren de las ocho de la mañana, llegará a tiempo*… Repite casi la misma carta para Goncourt. *Le estrecho la mano muy tristemente*… A Taine… *muy tristemente… la mano… tristemente… la mano…*

En los preparativos del ritual, Guy pasa los días y las noches del domingo y el lunes. El martes 11, unos coches han ido a esperar a los amigos a la estación, como un mes antes, por Pascua.

Después del oficio religioso en la pequeña iglesia de «Madame Bovary», el coche fúnebre discurre por los prados. Una vaca muge cuando pasa el cuerpo, y Zola comenta: «¡Siempre permanecerá en mi recuerdo el lamento de ese animal!»

Desde el cementerio, Maupassant podía ver Croisset, como jamás lo había visto, el meandro del Sena y la casa que el Viejo tanto había amado, hasta el llanto cuando había creído perderla. Guy contaba a los presentes: jóvenes, casi todos. Goncourt

[1] *Nuevos recuerdos* de François

estaba allí pero ni Hugo, ni Renan, ni Taine, ni Dumas, ni incluso Maxime Du Camp, se habían desplazado. Le confiará con un atisbo de rencor a Tourgueneff: *Era interminable ese camino bajo el sol, hasta el monumental cementerio de Ruán… ¡Y los indiferentes hablando de barbadas a la normanda y de pato a la naranja! En el cementerio florecía el espino blanco y dominaba la «ciudad envuelta en una sombra violeta, que la hacía parecerse a una ciudad de pizarra*».

El ataúd del Viejo era demasiado largo, debido a la estatura del Vikingo fulminado. Como consecuencia de unos movimientos en falso, se atascó boca abajo. A pesar de los esfuerzos y juramentos, los enterradores no podían ni subirlo ni bajarlo. El olor de la tierra removida saturaba las narices. Las cuerdas crujían. Caroline gemía teatralmente.

Entonces Zola exclamó con voz ronca:

– Basta, basta…

Se fueron todos, no pudiendo más, dejando allí al Viejo plantado en sesgo en su tumba.

Al cabo de un mes, de regreso a París, Maupassant escribía a Caroline Commanville: *En este momento siento de una forma penetrante la inutilidad de vivir, la esterilidad de todo esfuerzo, la odiosa monotonía de los acontecimientos y de las cosas y este aislamiento moral en el que vivimos todos, pero del qué sufría menos cuando podía conversar con él…*

Este texto tiene tanto interés habida cuenta de que Guy no tenía mucha simpatía por esta incomprensible «mujer-artista», contradictoria, *devota y republicana, fría, inaccesible a la mayor parte de los sufrimientos y de las pasiones*, a quién él reprochaba pasar horas cara a cara con el Padre Dion, predicador mundano, al mismo tiempo que *pasaba horas cara a cara con sus modelos desnudos…*

Dos años antes, Guy había quedado encantado con el comentario de la truculenta Sra. Brainne, diciendo de Caro: ¡*Es la Señora de Maintenon*! Además, interesada: Habiéndola hecho Flaubert heredera de todos sus bienes, ella se apresurará a poner Croisset en venta, ¡DESDE 1881!

El antiguo coro – Edmond de Goncourt– no ha podido dejar pasar ese espectáculo: «El sobrino político, que ha arruinado a Flaubert, no es únicamente un desastre comercialmente hablando, sino un estafador… Y la sobrina, LAS TRIPITAS de Flaubert, Maupassant dice que no pude pronunciarse sobre ella. Ha sido, es y será un inconsciente instrumento entre las manos del canalla de su marido (…) » Esto es lo que ha pasado después de la muerte de Flaubert. Commanville habla todo el tiempo del dinero que se puede obtener de las obras del difunto, tiene unos proyectos tan extraños con la correspondencia amorosa del pobre amigo, que da la impresión de que sería capaz de hacer cantar a las enamoradas que todavía viven. Y hace adulaciones a Maupassant, mezcladas de espionaje.[1]»

Todo esto está tomado de la realidad. El sobrino deja a Guy meter a Flaubert en el féretro, se ceba de jamón la tarde del entierro, mientras que Caroline asedia a José María de Heredia con rostro melindroso, «comedia amorosa impuesta por el marido a su esposa para tener de mano a una alma honesta y joven, ya que la turbadora perspectiva de las nuevas posesiones podría llegar a producir un enfrentamiento con la otra rama heredera[2]»…

¡Ah, sí! Maupassant tenía sólidas razones para utilizar el tema de la herencia como resorte de sus cuentos. La sucesión de Flaubert, se avecinaba tan lamentable como la del abuelo Jules, cinco años antes. Goncourt, indignado, exclamaba: «¡Ah, mi pobre Flaubert! ¡He aquí alrededor de tu cadáver unas maquinaciones y unos documentos humanos con los que habrías podido escribir una bonita novela de provincias!»

Es Volpone a orillas del Sena, un Volpone que no se despertará para dispersar a los impúdicos herederos.

Guy vuelve a leer las últimas cartas de su maestro y encuentra unos votos que no tienen más de cinco meses: «Que 1880 le sea propicio, mi muy amado discípulo. Ante todo más impulsos del corazón… Los deseos relativos a los órganos

[1] Diario.

[2] Maupassant conocía a Heredia hacía dos años; un muchacho de treinta y cinco años aproximadamente, guapo, elegante, casado y padre de familia.

genitales no van más que en último lugar, la propia naturaleza proveerá.»

Maupassant lleva maquinalmente la mano a sus ojos. Sobre todo al derecho. Se diría que un grano de arena se ha deslizado entre el párpado y el globo. Escribe ampliamente a Émile Zola, quién también está viviendo su año más negro: *No sabría decirle cuánto pienso en Flaubert, me acosa y me persigue. Su pensamiento viene a mí sin cesar, escucho su voz, se me aparecen sus gestos, lo veo en todo momento de pie ante mi con su gran bata marrón, y sus brazos alzados hablando…*

En el pequeño apartamento de la calle Clauzel, todavía escucha las risas vengativas y las roncas declaraciones; vuelve a ver la gigantesca talla del condotiero de amplia frente desguarnecida, con bolsas bajo los ojos, la espesa melena leonina, la nariz roja y el bigote de galo… ¡*Le Gaulois*! ¡Es cierto! Mi artículo para *Le Gaulois*! ¡Todavía a escribir! ¿De qué sirve escribir? Cuando la muerte todo lo arregla, sin advertencia, sin explicación.

Casi todos los días se cruza con Guy de Maupassant en los pasillos del periódico, en el número 16 de la calle de la Grange-Batelière. Le precede y le sigue un rumor. Apenas un mes después de *Bola de Sebo*, el 21 de mayo, Arthur Meyer anunciaba triunfalmente la colaboración semanal de un Maupassant que ya había comenzado los meses anteriores. Esta colaboración se iniciaba el 31 mediante el primer capítulo de *los Domingos de un Burgués de París*, texto variopinto, del qué cada página recordaba a Flaubert plasmando la estupidez. Maupassant reunía allí diversos textos anteriores, inéditos o que no habían tenido la acogida que él esperaba, los unía, utilizando una técnica esencialmente periodística de refundición y recopilación por la qué no sentía más que desprecio pero de la qué apreciaba su rentabilidad.

Periodista de bulevar, se le reconocía en el *Napolitain*. Despachaba crónica tras crónica. En el *Gaulois*, luego en el *Gil Blas* y en el *Figaro*, el Maupassant que escribía con tantas dificultades algunos meses atrás, de repente se mostraba variado, alegre, historiador cuando era necesario, moralista en ocasiones,

haciendo leña de toda madera, serio en el *Gaulois*, parisino en el *Gil Blas*, insolente en el *Figaro.* Durante meses, su crónica sería semanal. No la abandonará más que por un corte hecho a sus espaldas de un artículo sobre *Manon Lescaut* encontrado un poco atrevido por la dirección. De hecho, se aprovecharía de la ocasión.

Mejor que ese parisino impredecible, lo que describe al Maupassant de esos años es su prudencia. No cree en su suerte. No abandona su empleo. Considera que debe permanecer en su puesto de funcionario el mayor tiempo posible, «una ambición muy francesa que sorprende en este rudo muchacho, revoltoso en comportamiento y lenguaje, ruidoso hasta lo vulgar…» dirá su jefe Henri Roujon.

Guy se explicaba al respecto. *El oficio literario es aleatorio. Si alguna enfermedad o algún revés de la fortuna me obligasen a dejarlo, estaría muy feliz pudiendo volver a disponer de mi puesto y mi sueldo.*

Establecida esta línea de conducta, trata de obtener los mayores permisos posibles. Después de la muerte de Flaubert, solicita tres meses con sueldo. Aceptados, comienza el 1 de septiembre. Esta vez, con medio sueldo. El permiso es prolongado con una nueva prórroga de seis meses, sin sueldo. «El permiso acordado por orden del 31 de diciembre de 1880 al Sr. Guy de Maupassant, empleado en el Negociado de los Trabajos históricos y de las Sociedades Culturales, llega a su fin a partir de este día» decide, el 11 de enero de 1882, el nuevo ministro de la Instrucción Pública, Paul Bert. «¡Habría muerto redactor (…) si algún día un ministro puntilloso no hubiese decidido que la tolerancia había durado bastante o demasiado!» dirá Anatoles de Monzie, uno de los raros sucesores de Agénor Bardoux, de Jules Ferry y de Paul Bert que hayan tenido la curiosidad de profundizar en los archivos.

Sin embargo, en el dossier administrativo de Guy de Maupassant, se encontraba un certificado del Dr. Rendu[1] que merece destacarse. «Señor Ministro, yo, el que suscribe, agregado, médico de los hospitales, certifica haber tratado desde hace dos años al Sr. Guy de Maupassant. Este joven ha estado

[1] Dr. Henri-Jules-Louis Rendí, 1844-1902.

afectado por una tenaz neurosis, caracterizada por dolores de cabeza incesantes, accesos congestivos hacia el cerebro (…) Esta disposición, aunque ligeramente atenuada, persiste así como violentas palpitaciones cardiacas (…) Desde hace algunas semanas, el Sr. de Maupassant ha estado afectado de una parálisis de acomodación del ojo derecho, coincidiendo con una tenaz neuralgia…»

La muerte de Flaubert y el fulgurante éxito coinciden con esta advertencia. El triunfador ha sido golpeado dos veces, por la pena y por la enfermedad. El mal del ojo ha aparecido, presagio todavía incomprensible del destino.

Desde el recurso a la enfermedad de su hijo para justificar su baja en Yvetot, Laure escribía a Flaubert: *Mi hijo no está seriamente enfermo, pero padece de un debilitamiento nervioso que necesita tratarse con un régimen muy tónico*. A los veintitrés años, en plena época de remo, se le ha visto sufrir de migrañas excepcionales y alternar los entusiasmos con las depresiones. No nos equivoquemos, esas depresiones son algo más que melancolía. *Cuando me encuentro solo ante mi mesa, con mi triste lámpara que brilla ante mí, experimento con frecuencia momentos de desamparo tan completos que no sé a qué aferrarme.* En 1875, las molestias se hacen evidentes. A pesar de una fuerza hercúlea, el remero de Bougival no goza de buena salud. *Se me ha ordenado un reposo completo con bromuro de potasio, y estar en guardia. Este tratamiento no ha obtenido ningún éxito. Entonces se me ha recetado arsénico, ioduro de potasio, tintura de cólquico: este tratamiento no ha obtenido ningún éxito. Así pues, mi médico me ha enviado a consultar a un especialista, el maestro de los maestros, el doctor Potain...*

Este médico ya trataba a la madre de Guy por unas enfermedades paralelas. Maupassant se preocupa también por su corazón. Potain lo tranquiliza: *Este último me dijo que el corazón no tenía absolutamente nada pero que tenía un principio de intoxicación por la nicotina…*

¡Se trataba del tabaco! Después del doctor Potain, consulta a un homeópata, el Dr. Frédéric Love. En 1877, finalmente ve al

médico de la administración, el Dr. Ladreit de La Charrière, prescribiéndole tomar las aguas sulfurosas de Louèche. El cabello le cae a puñados, síntoma que provoca esta observación en Tourgueneff: «¡El pobre Maupassant pierde todos los pelos de su cuerpo! Es una enfermedad del estómago según lo que dice. Es siempre muy amable, aunque en este momento no está bien.» Guy escribe a su madre a finales de 1879: *El corazón no va mal, el estómago regular, los cabellos brillantes, pero el resto del sistema piloso está bien, espero pues que el cráneo va a seguir cubierto. Tomo siempre baños en piscina, incluso he tomados dos de vapor húmedo, pero la sauna me sofoca un poco*[1].

Estas preocupaciones se vuelven cada vez más obsesivas al mismo tiempo que las enfermedades se agravan.

A principios de 1880, Guy precisa su estado: *Casi no veo con el ojo derecho. Mi médico está un poco preocupado y cree en una congestión de no sé qué parte del órgano. Apenas puedo escribirle cerrando este ojo; necesito ponerme por la mañana cinco sangrías detrás de la oreja y emplear un montón de colirios. No hay suerte.*

Los cabellos ya no caen desde 1878, pero el mal ha tomado otra forma. Marzo de 1880: *Tengo una parálisis de acomodación del ojo derecho, y Abadie considera esta afección como casi incurable* (…) Charles Abadie, oftalmólogo de renombre, preconiza el cianuro de mercurio en la terapéutica de la sífilis. Guy llamaba a buena puerta. *Pero mi medico (que es profesor en la Facultad de Medicina) aún admitiendo perfectamente la existencia de esta afección, afirma que curará. Cree que Abadie no tiene en absoluto claro mi estado patológico. Estoy, según él, afectado por la misma enfermedad que mi madre, es decir de una ligera irritación de la parte superior de la médula. Así pues trastornos del corazón, caída del pelo o daños de la vista, tendrían la misma causa…*

Esta causa, la auténtica, ya había sido advertida por los médicos. En 1881, Guy escribe a Robert Pinchon: *Pásmate si esta no es mi escritura. Tengo un ojo, que dice Zola al otro, de modo que estoy obligado a dejar ambos en los despachos…*

[1] Perteneciente al pintor Cramoysan, nieto del jardinero de Guy, en Étretat.

Amarga broma. De hecho, todos los elementos de la tragedia médica se parecen.

En marzo de 1877, Maupassant ya había enviado a Robert Pinchon una carta en la que le informaba a su amigo que había contraído una enfermedad que se trataba con mercurio e ioduro de potasio… Extraigo de un artículo de André Vial, que ha dado a la luz esta carta, las siguientes precisiones: «El fanfarrón relato de una doble consulta médica es el preludio a una especie de poema lírico y épico a la vez, auténtica peana para la gloria de la enfermedad y de aquellos que la acogen exultantes. Llevado por el júbilo, Maupassant copia un poema cuyo título es un cierto número de dos cifras que publicaría «Le Nouveau Párnasse satyrique du XIX siècle» (Bruselas, 1881). En la cuarta página, dos dibujos a pluma comentados con leyendas. Uno de ellos representa a La Tôque (su corresponsal) el otro se titula el Imperio del Medio. (*Mercure de France*, abril 1948)»

He aquí un elocuente extracto: *¡Tengo la sífilis! ¡Por fin! ¡La verdadera! No la despreciable meada caliente, no la eclesiástica cristalina, no las burguesas crestas de gallo, o las leguminosas coliflores, no, no, la gran sífilis, de la que murió Francisco I... Estoy orgulloso y desprecio por encima de todo a los burgueses. ¡Aleluya!, tengo la sífilis, por consiguiente ya no tengo miedo a contraerla.*

¿Jactancia de fanfarrón, canción que se canta a grito pelado para disimular el miedo? El Dr. Landolt, oftalmólogo consultado tres años más tarde, dirá en sus notas, publicadas después de su muerte por Georges Normandy: «Desde el comienzo de 1880, Guy de Maupassant tenía una lesión, bien de un ganglio paraocular, bien, más probablemente, de un nudo de células ínter cerebrales. La constatación de este trastorno bien puede corresponder a un diagnóstico de probable sífilis del sistema nervioso, en el 80% de los casos, y de parálisis general futura en aproximadamente un 40%.»

La medicina de la época tenía los ojos vendados y jugaba a la gallinita ciega con el mal que afectó a Daudet, a Mallarmé, Lautrec, Gauguin, Nerval, Baudelaire, Jules de Goncourt, Van Gogh, Nietzsche, Manet y tantos otros, todos aquellos a los qué

Guy llamaba sarcásticamente «los sifilíticos ilustres», el verdadero mal del siglo.

Las *ranas* del Sena eran frecuentemente venenosas en una época sin penicilina.

Tercera parte

Bel-Ami

A la Sra. B. homenaje del propio Bel-Ami.
GUY DE MAUPASSANT.

1.

Descubrimiento del Mediterráneo – Vico y el golfo de Porto – La Casa Tellier – *En el embarcadero de Sartrouville – Bou-Amana y la revuelta de los kroumirs – Un modelo de investigación – Una única guerra es lógica… – El bosque kabilio se quema.*

En Vico, un gran pueblo de Córcega, el estado de salud de Laure, qué allí reside desde hace algunas semanas, se ha agravado bruscamente. En el humeante tren, ante los bucles del Sena, Guy refunfuña entre dientes. Septiembre es un excelente mes para el remo, y si bien le gusta viajar, detesta las incomodidades, *el sueño sacudido, los bruscos despertares en esa caja rodante*. Se duerme en el *Rápido*, ese antepasado del *Mistral*. Oye el rugido cavernoso de Lyon. Y luego… *el continuo grito de las cigarras entrando por la portezuela, ese grito que parece la voz de la tierra cálida, el canto de la Provenza, que nos arroja en el rostro, en el pecho, en el alma, la alegre sensación del Midi, el sabor del suelo quemado, de la patria pedregosa y luminosa del achaparrado olivo de follaje verde grisáceo*[1] *...*

El día despuntaba, glorioso. *Al detenerse de nuevo el tren, un empleado empezó a recorrer el convoy en toda su longitud, lanzando un sonoro Valence un auténtico Valence, con el acento, con todo el acento…*

– ¡Valing'ce! ¡Valing'ce!– escucha el normando, despierto por la gran luz.

Olvida esa *sensación de mugre en la piel, esas suciedades voladoras que empolvan los ojos y el vello, ese perfume de carbón.* No puede dejar la portezuela. El Rhône juega con los Alpes y las ciudades prestigiosas desfilan.

– ¡Monn'télimarre! ¡Orann'ge! ¡Orann'ge, Avignon'!

Finalmente *Marsella palpita bajo el alegre sol de un día de verano. Parece reír, con sus grandes cafés lujosos, sus caballos con sombreros de paja como si fueran a una mascarada, sus habitantes atareados y bulliciosos.*

[1] Las Hermanas Rondoli.

Marsella se ilumina. *En el calor de la tarde de verano*, al hombre del norte *le llega un olor de cocina con ajo flotando sobre la ciudad bulliciosa, llena de voces, de circulación, de portazos, de alegría meridional*. Está pletórico de alegría, una alegría más que física, bestial. Compara las cálidas calles y sus faunas tan diversas, tan semejantes, la calle Bouterie con la ruanesea calle de los Charrettes. Después de alguna duda entre todas las oscuras calles que descienden hacia el mar como unas alcantarillas, se decide por una especie de corredor tortuoso donde brillan, encima de las puertas, unas linternas en el voladizo (...) *A veces, al fondo de un vestíbulo, aparecía, una gruesa chica semidesnuda, cuyas pesadas caderas y abultadas pantorrillas se dibujaban bruscamente bajo un tosco calzón de algodón blanco*[1]...

Al día siguiente, el barco zarpaba en medio de un concierto de sirenas. Y enseguida desaparecía la costa de Provenza.

Cayendo la noche, Guy se encontraba al lado del capitán, que le dijo:

– Siéntalo, siéntalo, Sr. de Maupassant.

En efecto, sentía un fuerte, un extraño, un poderoso olor de plantas, de aromas salvajes.

– No ve usted nada. Sin embargo, llegamos. Es Córcega que huele así. Y cuando se ha sentido este olor, es como una mujer, no se la olvida jamás.

El olor del Midi, olor a matorral quemado, a tomillo y a romero, Guy no podrá olvidarlo. Penetra en él como una gracia. Ese día, una línea de partición de las aguas fue franqueada; el mar gris y verde de Étretat ya no reinaría únicamente solo sobre ese cristiano que acababa de hacerse turco.

En Córcega, el viajero llegó en plena batalla electoral, saboreando una libertad a la que había perdido ya el gusto hacía diez años, luego tomó la ruta de la montaña, hacia Vico. Junto a la soberbia Ajaccio, le encantaron esos pueblos colgantes, auténticos nidos de pájaros, los bosques de castaños, el golfo de Sagone, Cargèse, pueblo griego. Quedó estupefacto de admiración ante la increíble bahía de Porto, encintada de granito

[1] El puerto.

rojo, y habitada por los fantásticos y sangrientos gigantes de piedra que recuerdan a los Calanches de Piana… por esa fantástica montaña de granito rosa, un bosque de picos, de columnas, de figuras sorprendentes, erosionadas por el tiempo, por la lluvia, por los vientos, por la salada espuma del mar.

En Vico, Laure lo esperaba con impaciencia. Los médicos la habían enviado allí y había caído completamente enferma! ¡Qué asnos! Así pues lo ha llamado. Estando Guy con ella, se encuentra mejor.

Tranquilizado sobre la suerte de esa gran llamarada negra de dolor, Guy vuelve al campo. Octubre en Pisana, pero es julio en Étretat. Se baña dos veces al día. Hace vela, el torso desnudo. ¡Ese sí que es un buen clima!

Ha conocido a un estudiante de letras, Léon Gistucci. A Guy, fácilmente comunicativo, no le gusta estar solo. Un día, extrañado de no ver a su camarada, Léon Gistucci entra en la casa y encuentra a Guy acostado en su cama, con el rostro congestionado, la cabeza envuelta con vendas y los ojos cerrados.

– No es nada. La migraña.

El dolor ha regresado. Llevará la jaqueca con él a París, temiendo no volver a ver nunca más ese paraíso.

Para huir de la inextinguible pena por la muerte del Viejo, engañar a su pesimismo y a su aburrimiento, PASAR EL INVIERNO, como se pasa un río, asentar su temprana gloria y afirmarse en el periodismo, Maupassant se sumerge en el trabajo.

En enero de 1881, habla a su madre de lo que hace, siempre sin rubor: *Casi he acabado mi relato sobre las mujeres del burdel en una primera comunión. Creo que por lo menos es igual a* Bola de Sebo*, sino superior*… Se trata de *la Casa Tellier*. Aunque no siempre posee buen juicio, esta vez no se equivoca demasiado.

Algunas semanas antes, Guy había recibido a los amigos de Médan, Hennique, su preferido, Céard, más severo, Huysmans, delirante, Mirbeau, incierto, Alexis, truculento. Incidentalmente les había contado como había leído, sobre la puerta de una casa

pública, un cartel manuscrito: «Cerrado con motivo de primera comunión.»

– ¿*Qué maravilloso tema para un relato, no*?

Los demás protestaron. ¡Era imposible de tratar!

– ¡Ah! ¿Así lo creéis?

Maupassant nunca se preocupó de precisar el origen de sus relatos. La idea de *La Casa Tellier* probablemente le vino de Charles Lapierre, que conocía Ruán como su bolsillo. En efecto, la casa en cuestión no estaba situada en Fécamp como en el relato, sino en el mismo Ruán, en la calle de los Cordeliers. La ceremonia religiosa que Guy narra se desarrolló o bien en Quincampoix, o bien, según Robert Pinchon, en Bois-Guillaume. Se verá a Hector Malot reivindicar la paternidad de la anécdota. Maupassant tomaba sin más lo que valía cuando lo encontraba, olvidando posteriormente de donde lo había obtenido.

La Casa Tellier, dedicada al gran moscovita, es uno de los relatos que más disfrutó escribiendo. Eso se advierte. El lector ve a la Madame, Fernande, Raphaële, Rosa la Roja y Flora, llamada Columpio porque cojeaba un poco, tomar el tren para ir a la primera comunión de la sobrina de Madame. Hay una franqueza pícara, una pesada salud, un espesor de la sangre que nos dejan entrever lo que era un Maupassant respetado por la enfermedad. Parece un gran charlatán contándolo en una feria, y al mismo tiempo pintándolo soberbiamente: *Había, en efecto, en el vagón un deslumbramiento de colores brillantes. Madame, toda de azul, de seda azul de los pies a la cabeza, llevaba encima un chal de falsa cachemira francesa, rojo, cegador, fulgurante.* (Toulouse-Lautrec, desde luego, pero también Rouault, o Matisse) (…) *Raphaéle, con un tocado emplumado que simulaba un nido lleno de pájaros, llevaba un atuendo lila, con lentejuelas de oro, algo oriental que le sentaba bien a su fisonomía de judía. Rosa la Marraja, con falda rosa de anchos volantes, tenía pinta de niña demasiado gorda, de enana obesa.*

En la iglesia, el contraste entre la pajarera de Madame y las burguesas estiradas de Fécamp es sabroso, endiablado y sin maldad, incluso cuando el cura saluda ingenuamente a esas penitentes llegadas de tan lejos: *Es Dios, es Dios que está entre*

nosotros, que manifiesta su presencia, que desciende a mi voz sobre su pueblo arrodillado…

La Casa Tellier es importante, a pesar de la ligereza del tema, en el sentido que después de los poemas convencionales, después de las incursiones en lo fantástico de *La Mano Disecada* y de *Heraclius Gloss*, Maupassant ha encontrado paso a paso su personalidad, la primera vez en *Bola de Sebo*, por la revuelta contra la inaceptada derrota, la segunda vez en el recurso de un nuevo desafío a la máxima: «¿Existe? ¡Entonces, debe ser pintado!

Sin embargo, ese tema ya lo habían tratado Flaubert y Goncourt. Pero Maupassant los fundía y completaba. Por la sola exposición de los hechos, expresaba un rechazo contra los buenos modales que ahogaban la literatura, contra una sociedad que toleraba los burdeles y alzaba la voz cuando se hablaba de ellos.

En abril, completamente liberado del ministerio, Maupassant se instala en Sartrouville durante tres meses, *en un lugar muy bien comunicado*. Durante ese tiempo, se dedica a remozar su vivienda en París, en el 83 de la calle Dulong. A orillas del agua, el presidente de la Sociedad de los Chulos tiene a Léon Fontaine como compañero de fatigas, pero el confort ya ha llegado. En el número 32 de la avenida del Sena, sus habitaciones están separadas por el despacho de Guy. Desde las ventanas ven el barco de la propietaria, la tía Levanneur.

«Guy de Maupassant había alquilado en el camino del embarcadero, en Sartrouville, un pequeña casa blanca rodeada de tilos[1]. A diez pasos de la florida verja, entre los nenúfares, los flexibles juncos, los penachos rosas de los sauces, tres yolas largas y finas se balanceaban, amarradas a las cadenas de un pilón… A un lado discurría y espejeaba el Sena, con sus procesiones de chalanas, su profusión de velas blancas, sus reflejos multiformes, sus sedosos matices, descendiendo o remontando la corriente, deslizándose durante horas, al cadencioso ruido de los remos.»

[1] René Maizeroy

En 1880, Maupassant se comportaba como un simple narrador, un poeta, un cronista, en resumen, un hombre de corto alcance; pero él quería ir más lejos; para él, no contaba más que una sola consagración, la novela. Desde hacía tres años, luchaba con su primer intento en el género. Lo confirma Harry Alis, el alegre cómplice del asunto de Etampes: «Iba a permanecer allí seis meses trabajando sin descanso, únicamente remando y nadando para descansar. De este modo, acabaría para el próximo invierno su libro: *Una Vida*.»

Los muchachos se mudan. Con la cabeza desnuda, camiseta de remero a rayas azules, los musculosos brazos, dorados, «un cuello de luchador de feria», Guy desplaza los muebles emitiendo unos «¡han!» salvajes.

En una pausa, refiere Alis, «nos embarcamos para ir a cenar cerca del molino de Maison (…) Maupassant, ese robusto normando, nos habla de aventuras con mujeres (…) Las hay muy divertidas. Entre otras, la de un periodista ruso (…) que vino a pedir al poeta unas crónicas mundanas y que huyó escandalizado de su soberbia virilidad. Broma corriente en él y que sorprenderá mucho a Goncourt. «Mientras el barco atraviesa el Sena, lentamente, Maupassant nos recita una poesía; tiene un misterioso título, un número. ¡Tapad la cara, jueces de Etampes![1]»

Guy «hacía su número» ante el amigo más joven y una vez que este se había ido, se sumergía de nuevo en el trabajo.

Ese mes no se habla en París más que de Bou-Amana.

Mohamed-ben-Arbi-Hadji, Bou-Amana, líder de la tribu de los Ouled Side-Cheikh, nacido en Figuig, en 1840, se había levantado dos años antes contra la dominación francesa. En 1881, levanta a las tribus nómadas del Sur de Orán, masacrando a unos cultivadores de alfalfa españoles que explotaban duramente al indígena. África se agita. La opinión pública, sensibilizada por los problemas coloniales, encuentra en la idea del Imperio colonial una compensación a las humillaciones de

[1] *Harry Alis. Con Guy de Maupassant. La Revue Moderne et Naturalista*. Se trata de la poesía aparecida en *Le Nouveau Parnasse satirique* a la qué André Vial ha hecho alusión anteriormente.

1871, habida cuenta además que Alemania, Italia e Inglaterra consideran con ojo glacial una expansión que se estaba convirtiendo en sistemática.

El año 1881 es el de la campaña de Tunicia. Una conquista político-militar, iniciada por el famoso golpe de agosto de 1827, completándose, medio siglo más tarde, en el protectorado de Tunicia, cuya presencia hostil, sobre el flanco argelino, favorece las incursiones de los insurrectos.

Un ejército francés, en nombre del famoso «derecho de sucesión», penetra en el territorio del bey, en abril, mientras que un cuerpo procedente de Toulon, desembarca en Bizerte. El 12 de mayo, por el tratado del Bardo, el bey acepta el protectorado de Francia.

Eso no era más que un prolegómeno. Francia se instalaba en África occidental, Senegal, Guinea, Costa de Marfil, Dahomey y, desde 1880, comenzaba una penetración hacia los territorios de Nigeria. Savorgnan de Brazza penetraba en África ecuatorial, mientras que en Indochina, el comandante Riviere conquistaría Tonkin. En Madagascar, la flota bloqueaba Tamatave. En agosto de 1883, después de la revuelta de los Pabellones negros, se producirá la toma de Hué y el paso de Annam bajo el protectorado francés.

No sabemos si fue *Le Gaulois* quién tuvo la iniciativa de una investigación en África del Norte, o si Maupassant, aconsejado por Harry Alis, propuso el tema a Arthur Meyher. Es en cualquier caso cuando, en calidad de gran reportero acreditado por su periódico, Maupassant pone el pie por primera vez sobre el continente africano.

Latiendo con fuerza su corazón, Guy encuentra el Mediterráneo y embarca en Marsella en el *Abd-et-Kader*. Con las fosas nasales dilatadas, va de la proa a la popa. Para él, el mar, es el estrave o la estela, el futuro o el pasado… Una segunda vez, Francia se aleja singularmente al extremo de esa cinta de agua en movimiento.

Maupassant está feliz en Argelia. *Uno mira, extasiado, esta brillante cascada de casas cayendo la una sobre la otra de lo alto de la montaña hasta el mar. Se diría una espuma de*

torrente, una espuma de una loca blancura, y, de vez en cuando, como un borboteo más grueso, una mezquita luce bajo el sol. Adora el pueblo blanco, sus luces, sus olores, su sabor. Olfatea el Oriente, y, aun confundiéndolo con el bazar, percibe unas armonías más secretas. Tiene los ojos de Delacroix pero también los sentidos de un humor moderno que le revela una de sus primeras conocimientos en el país del Profeta: « Skating-Rink (*sic*) argelino.»

Jules Lemaître, desenvuelto y un poco burlón, entonces profesor en la escuela superior de las Letras de Argel, que sirve de guía al escritor y a Harry Alis, interroga a Guy acerca de sus trabajo, no escucha las repuestas, hace visitar a ambos jóvenes colegas la casbah y las mezquitas, riendo cuando Maupassant le pide «buenas direcciones».

Guy y Harry no quedan mucho tiempo en Argel. Van primero a Orán por el valle del Chélif, dirigiéndose hacia el Sur y se unen a un convoy que va a relevar a un destacamento acampado a lo largo del chott Ech Chergui. En agosto, Guy está en Saïda. Se expande. *Soporto admirablemente el calor. Y te aseguro que es tremendo sobre las altas planicies. Hemos viajado un día entero con el siroco que nos soplaba fuego en el rostro*[1]. Regresa a Argel por Tafraoua y acompaña, en una excursión a Boghari, a dos lugartenientes franceses que exploran los Zahrez Gharbi y Chergui, en las altas llanuras. Atraviesan los montes Ouled-Naïls, prosiguen hasta el oasis de Laghouat en lo profundo de las arenas y remontan por Constantine hacia los confines tunecinos, a través de la Kabilia, en la búsqueda del invisible Bou-Amama.

En perspectivas históricas posteriores, se ha considerado lo más fácil considerar a Francia como una potencia unánimemente colonialista. Eso no es tan sencillo. De Voltaire a Gide, siempre ha habido una oposición humanista a las «realistas» aventuras coloniales y uno no se ha sorprendido poco en ver inmerso en ello a un Maupassant, sin embargo enemigo de cualquier alistamiento.

En 1881, en la metrópoli, la oposición a las aventuras colonialistas es doble. La derecha las rechaza, porque es debilitar

[1] Carta a su madre.

Francia en lo que debe ser, según ella, su único objetivo, la revancha. La extrema izquierda se opone por dos razones simplemente contenidas en la declaración de los derechos del hombre.

En tales circunstancias, Bou-Amama, está de candente actualidad. *Se afirmaba* (…) *que las poblaciones musulmanas preparaban una insurrección general* (…) *Se volvía extremadamente curioso ver al árabe en ese momento, intentar comprender su alma, eso de lo que no se inquietan demasiado los colonizadores*[1].

Maupassant, que dice «los colonizadores» con la misma naturalidad que «la ocupación» y «la resistencia», se burla al principio cruelmente de las exageraciones de la prensa: *Otro balancín es la campaña de los kroumirs* (…) *¡Pardiez! ¿Hemos comenzado una guerra? Los periódicos, desde hace seis semanas, están llenos de comunicados heroicos… Se venden mapas de la región kroumir que nadie conocía; y, cada tarde, las últimas noticias nos informan de la marcha de las tropas, los peligros que corren, el estado sanitario, la situación del enemigo, el censo de sus fuerzas; quince mil, según unos; veinte mil, según otros…Allá en lo alto, en la cima de las montañas, se mira con unos catalejos la situación inexpugnable de Sidi-Abdallah. Por fin se decide intentar el asalto… He aquí los hechos. El general llega allí el primero, como un audaz soldado, y se encuentra cara a cara... un anciano estúpido de Kroumir que canturrea con su barba blanca:*

¡ Alá ! Tralalá !
Helos aquí,
¡ a los buenos franceses, oh la la !

¡¡¡Y la campaña se ha terminado!!! lo qué no impide, eso sí, a los periódicos de la tarde anunciar pomposamente, en titulares: El asalto y la toma del famoso chamán de Djebel-ben-Abdallah.

Pero sobre todo, el viaje a Argelia es objeto de investigación. Bien informado por Harry Alis, Guy interroga a

[1] *Al Sol.*

los oficiales de los asuntos indígenas. No ha sido espontáneamente pro-árabe como afirmará más tarde. *Nadie como el árabe es malicioso, marrullero, quejica y pedigüeño* (…) *Quién dice árabe dice ladrón, sin excepción. Él se levanta contra esos amores antinatura entre seres del mismo sexo, que recomendaba Sócrates, y puede encontrarse una herencia viciosa en ese pueblo nómada, inculto, casi incapaz de civilización…* Pero no se convierte en «pro-blanco» y mucho menos en «pro-colono». En su carta desde África del 20 de agosto, se indigna de la hipocresía de los colonos y de los militares de alto rango. *Lo que yo digo, por lo demás, no es tal vez lo que piensa y dice un oficial del negociado árabe* (los famosos asuntos indígenas). No es más blando con las administraciones civiles. *El indígena se rebela, dice usted. ¿Pero no es cierto que se le expropia y que se le pagan sus tierras a una centésima parte de lo que valen*[1]*?*

¿Reacciones espontáneas, pero pasajeras, de reportero principiante en su primer gran viaje? En absoluto. Convicción que nunca será quebrantada. En diciembre de 1883, iniciada la campaña de Tonkin, Maupassant publica en *El Gil Blas* una crónica titulada *La guerra*. Ataca deliberadamente a Jules Ferry, que no ha abandonado la calle de Grenelle más que para tomar la presidencia del Consejo. Es absolutamente singular ver al mismo hombre que, por prudencia de paisano cauchois, ha tardado tanto tiempo en abandonar el ministerio de Jules Ferry cuando ya era famoso, no dudar en atacar a su antiguo jefe con una violencia que no tiene nada que envidiar al futuro Zola de ¡*Yo acuso*!

Un valiente marinero que se reía aún con placer (…) *me contó que los prisioneros eran empalados a lo largo de los caminos para divertir al soldado* (en el transcurso de la campaña de China), *las muecas tan grotescas de los sometidos a ese suplicio; las masacres ordenadas por oficiales superiores, para aterrorizar la región, las violaciones en esos lugares de Oriente, ante los niños perdidos* (…), *el pillaje regular, funcionando como un servicio público* (…)

[1] Carta desde África, 20 de agosto de 1881.

¡Si tenemos guerra con el imperio Chino, los precios de los viejos muebles de laca (…) *van a bajar mucho, señores coleccionistas!*

¿Tales líneas podrían servir a los intereses de Maupassant, y agradar a su público? Él cedía a una exigencia moral. Este hombre estaba indignado y su indignación es el honor del hombre.

El 5 de julio de 1881, Maupassant escribía todavía en *Le Gaulois*, con respecto a Jules Vallès: *Una ciudad china nos apetece: para tomarla vamos a masacrar a cincuenta mil chinos y hacer degollar a diez mil franceses. Esta ciudad no nos servirá de nada* (…) *Y lo más asombroso es que el pueblo no se levanta contra el gobierno. ¿Qué diferencia hay pues entre las monarquías y las repúblicas?* (…) *Un artista hábil en esta partida, un masacrador de genios, M. De Moltke, he aquí las extrañas palabras que un día respondió a los delegados de la paz, las extrañas palabras siguientes: «La guerra es santa, de institución divina; es una de las leyes sagradas del mundo; ella salvaguarda en los hombres todo lo grande, los nobles sentimientos: el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y les impide, en una palabra, caer en el más repulsivo materialismo.» Así, reunirse en rebaños de cuatrocientos mil hombres* (…) *saquear las ciudades, quemar los pueblos, arruinar a las gentes,* (…) *hacer lagos de sangre, llanuras de carne apiladas mezcladas con la tierra fangosa y enrojecida* (…) *¡a esto es a lo que llamamos no caer en el más espantoso materialismo! Los hombres de la guerra son el azote del mundo* (…) *La guerra llega. En seis meses, los generales han destruido veinte años de esfuerzos, de paciencia y de genio* (…) *¡Y bien! sí, puesto que los gobiernos usan así el derecho de muerte sobre los pueblos, no hay nada de insólito en que los pueblos se tomen a veces el derecho de muerte sobre los gobiernos* (…)

El normando, descartando toda prudencia, daba a mansalva temibles golpes: *¿Por qué no calificar a los gobernantes después de cada guerra declarada? Si los pueblos comprendieran esto, si ellos mismos reprobaran a los poderes*

homicidas (…) *si se valieran de sus armas contra los que se las han dado para masacrar, ese día la guerra habría muerto.*

Esta llamada a la insurrección es la misma que cantan los himnos prohibidos de *La Internacional* y *el Saludo al 17º*

Esta indignación no encontraba su límite más que en la última frase, en la que el escritor caía en su *para qué* fundamental: ¡*Pero ese día no llegará*!

Cuando todavía era funcionario en la Marina, se ha visto a Maupassant atacar a Mac-Mahon, en los mismos términos[1] (…) *¡Como! Este general que, mientras ha ganado una batalla gracias a su tontería personal combinada con las fantasías del azar; que después perdió dos que pasaron a la historia (...) como tiene derecho a llamarse, duque de Magenta, gran duque de Riehcsoffen y archiduque de Sedan* (…qué) *arruinando a los pobres (los únicos que se arruinan), parando todo el trabajo intelectual de un país, exasperando a los pacíficos y aguijoneando la guerra civil como los miserables toros que se vuelven furiosos en los circos de España!* (…) *Solicito la supresión de las clases dirigentes… Pues bien, encuentro ahora que el 93 fue dulce: que los revolucionarios de septiembre han sido clementes: que Marat es un cordero, Danton un conejo blanco, y Robespierre una tórtola.*

Libradnos de los redentores y los militares que no tienen en la cabeza más que una eterna canción y agua bendita.

Este hombre, bruscamente rebelado mediante el contacto con la realidad africana, ve enseguida, con claridad y precisión y puede decir al fin lo que piensa. Contra Jules Ferry, está con Jules Grévy que acaba de proclamar: «Tunicia no vale más que un cigarro de dos centavos.» Él está de acuerdo. *Tenemos un grano malsano, Tunez. Se ha podido cauterizarlo de una vez por todas. Estaba acabado. No del todo. Se le rasca, se le rasca tanto y tan bien que se vuelve infeccioso.*

Expresará el fondo de su pensamiento mediante un sólido razonamiento de francés medio, que no tiene ningún interés en la expansión económica e industrial ejercida a expensas de otros pueblos por los financieros y los industriales: *Si yo fuese gobernante… pondría un una maleta todas nuestras colonias e*

[1] Carta a Flaubert del 10 de diciembre de 1877.

iría a buscar al Sr. de Bismarck. Le diría: «Señor, busca usted colonias, aquí tiene un buen stock…. Le pido por cada una un kilómetro de Alsacia y uno de Lorena. » Y si el canciller aceptase, yo haría sin lugar a dudas un buen negocio.

Los viajeros se dirigían hacia el mar, por el largo valle que va de Béni-Manosur a Boggie, cuando un opaco nubarrón se forma en el horizonte. *Todos los bosques kabilios se habían incendiado* (…) *Eran montañas enteras, ya quemadas, con todas la maleza enfriada, mientras que los troncos de los castaños y olivos permanecían incandescentes…* Por el día, alcanzaron el mar. *Encerrado por una cintura de montañas extrañas, de crestas en forma de sierra, raras y encantadoras, con las laderas boscosas, el golfo de Boggie, azul de un azul cremoso y claro sin embargo, de una increíble transparencia, aparecía bajo el cielo azul.*

Maupassant adora la ciudad de ópera griega, romana, morisca, francesa, pero el fuego atravesando la ciudad inquietaba secretamente a ese hombre del agua. Los colonos preocupados, de pie ante sus puertas, *solicitaban noticias del fuego, como se informaba en Francia, en el momento de la guerra contra Alemania, de la marcha del enemigo.* Guy no comprendía ni a los *kabilios fatalistas que tenían extraños reflejos en sus pupilas, como pestañeos de ironía*, ni la atonía de los funcionarios europeos. Se irritaba contra ese gobierno general que intentaba minimizar un desastre que no podía detener. En fin, había que admitir lo que no quería creer: LOS MISMOS ARABES ERAN LOS INCENDIARIOS, REAVIVANDO EL FUEGO DE LA LADERA OPUESTA A LA QUE APAGABAN LOS COLONOS.

– He visto con mis propios ojos, en una sola noche, el fuego surgir simultáneamente en ocho puntos distintos, en medio de los bosques, a diez kilómetros de toda vivienda.

Maupassant, al término de su viaje, regresaba, rebelado. En las llamas kabilias, avivadas por los propios explotados, el mecanismo de la colonización le aparecía en todo su aspecto más absurdo. La *ley francesa* expropiaba a los árabes; *se les pagaba cuarenta francos la hectárea que vale como mínimo*

ochocientos francos. Ellos se iban y regresaban al primer atisbo de revuelta. Toda reforma era imposible. Estafados por los caïds y los Bach-aghas que hacían frecuentemente un doble juego, arrinconados hasta la desesperación, los árabes quemaban su propio país.

El fuego había liberado su juicio: *Es cierto que la tierra, en sus manos* (de los colonos) *dará lo que ella no habría dado nunca en manos de los árabes. Es cierto que la población primitiva desaparecerá poco a poco.* En efecto, en el transcurso de este primer viaje africano, Maupassant ha encontrado un interlocutor, sin duda el gobernador general Tirman, que se ha alegrado abiertamente de *la desaparición progresiva de la población primitiva, toda vez que es indudable que esta desaparición sería muy útil a Argel*. En la época, en Paris como el Argel, se proyectaba la instalación de una colonia de población. Eso no se produjo. Francia rechazó tomar el partido que habían tomado los Estados Unidos, donde el indígena acababa de desaparecer, y preferirá la colonia de explotación, donde una minoría hace SUDAR EL ALBORNOZ (la expresión es de ese lugar y de esa época).

El hombre blanco asqueado miraba el mar y, allá abajo, hacia el Norte, su continente, como invertido. Algunos días más tarde, *el Kléber* llevaba a Guy de Maupassant y a Harry Alis a Marsella.

2.

Maupassant lee a Maxime Du Camp – El joven propietario de La Gillette – Un escritor profesional en 1882 – La Bella Ernestina o el baile bajo los manzanos – La primera novela – «Huérfano voluntario» – El arte del novelista – La sombra de Flaubert – Entra a su servicio François Tassart – Manon Lescaut *en el Bulevar – La vocación del aburrimiento.*

Maupassant leía. La cólera electrizaba sus cabellos secos y ahuecados, le erizaba los bigotes y las cejas, y de vez en cuando un insulto de carretero se escapaba de sus labios demasiado rojos. Deja caer el libro, *Los Recuerdos literarios* de Maxime Du Camp, y se dedica a golpear los muebles. Maupassant acaba de saber, respecto de Flaubert, una particularidad médica que le perturba. *Gustave Flaubert, se sabe pues hoy, estaba afectado de un horrible mal, la epilepsia, del qué ha muerto* (…) *La publicación de ese documento íntimo me ha herido hasta el alma*[1]...

Caroline Commanville le ha pedido las cartas de su tío que tenía en su posesión para publicarlas. (Lo que da peso a las acusaciones de Goncourt). Guy se niega invocando la opinión de Flaubert: *Creo que no se deben publicar nunca las cosas que no han sido hechas para ser publicadas*. Prefiere renunciar a esas cartas que le pertenecen materialmente, antes que autorizar una publicación (derecho del que no dispone además más que de la mitad, la otra mitad pertenece a la propia heredera). Como contrapartida, solicita a Caroline unas informaciones para una biografía de Flaubert que está preparando. Su posición es clara: todo sobre la obra, nada sobre el hombre.

Laure le ha cedido un terreno ubicado en la ruta de Criquetot[2], en un extremo de Étretat, hacia el Gran Valle. El joven escritor hace construir allí un chalet de un piso y dos alas

[1] Octubre de 1881.

[2] Hoy es el número 57 de la calle Guy de Maupassant.

del que cuelga un balcón de madera formando una terraza. Planta fresnos y sauces blancos. Una barca invertida, reposando sobre pilares de ladrillo, un *caloge*, es construida por el contratista Dupéroux, para servir de cuarto de baño y de habitación para el servicio doméstico.

Guy adora esa casa que ha hecho salir de la tierra, su patio mojado, sus peces rojos, sus fresales, el croquet y el estand de tiro. Equipa el corral para tener huevos frescos, con el jardinero Cramoysan, dando él mismo el grano a las gallinas y alabando a su gallo, por supuesto!

– ¡*Es bonito, este bribón* ¡ ¡*La mirada es bastante orgullosa*! ¡*Y su bella cresta de un rojo vigoroso*!

En 1885, comprará una pareja de perros.

– *¡Piff! ¡Deja en paz a Piroli!*

Piroli es la gata, animal familiar y femenino. Celoso, Piff ladra. También tendrá al loro Jacquot, dotado para las incongruencias.

– ¡Cocassant! ¡Cocassant! – lo llama Jacquot.

– *Es bonito, Coco. Di «¡Hola, cerdita!»*

– ¡Hola, cerdita! – repite Jacquot.

De este modo saludará Jacquot a las visitantes. Tendrá allí incluso un mono, lejano recuerdo de Swinburne, al que llamará Chali.

Ni del todo urbano, ni demasiado señorial, el chaqué oscuro, el pantalón gris a rayas o a cuadros, cubierto con un sombrero de fieltro, el gentil hombre del Gran Valle tiene un buen porte. A veces los ojos están ansiosos bajo su fácil caricia. El mentón desprende esa solidez casi bestial que dictará a Edmond de Goncourt las calificaciones progresivas de «joven chalán normando», «grosero funcionario viajero», «guaperas» y «chulo caribeño».

Vecino amable, Guy hace llevar unas peras a la hija de Offenbach, charla con el carnicero Vimont, un forzudo, y da limosna a los pobres. Marie-Seize, gitana con innumerables hijos, que le amenaza con arrojarse «a la má» con «lo peeño», acecha su llegada. Él sonríe a los hijos del jardinero:

– ¡*Fíjate, aquí están los pequeños Cramoysan*!

Les da unas monedas de bronce de su cartera, mientras que los pilluelos echan el ojo a las de plata. Saluda al abad Aubourg, cura de Étretat, y a Aubourg el cerrajero. ¡Ah! ¡Hay un montón de Aubourg! ¡La bella Ernestine, por ejemplo!

Se le considera con la deferencia que se debe a un notario. Se le quiere más que a su madre, la Dama de los Verguies, manirrota en la ciudad, roñica en el pueblo, y cuyo sobrenombre es «Déjemelo en dos centavos». El 15 de agosto, él siempre tira fuegos artificiales en el jardín o sobre la playa.

Quería bautizar a esa casa La Casa Tellier. Esto provocó una protesta airada en las visitantes. Una de ellas – sentimental – propuso La Guillette. Se trataba de su vecina Hermine Lecomte du Noüy, elegante rubia frágil, gentil marisabidilla de risa clara, a la que conocía desde hacía poco y a la que admiraba sin resultado. Se ha discutido mucho acerca de esta atribución. Una vez más, es Guy quién zanja la cuestión mediante la dedicatoria del volumen de cuentos, *Señorita Fifi: A la madrina de la Guillette, señora Lecomte du Noüy. Guy de Maupassant*[1]

Vigila la llegada de las damas por el hueco del gran seto, les enseña a jugar a los bolos, al pañuelo, al croquet, más tarde al tenis, las pasea en barca cuando el mar está en calma, les gasta bromas diciéndole que los caloges situados sobre las pendientes han sido arrojados allí por las mareas de equinoccio y las conduce a la Habitación de las Señoritas o a Saint-Jouin.

La Guillette había sido acabada en el verano de 1883, adosada a la colina de esmeralda mojada, frescamente pintada,

[1] Colección de la Sra. Lecomte du Noüy.

custodiada por dos leones chinos de un verde de jade. En el patio, detrás de la casa, la caloge ha quedado tal cual, simplemente techada de pizarra, cuando originalmente estaba cubierta de paja. En la proa, un santo barbudo de nariz enrojecida la gobierna. Lleva todavía su nombre pintado: «Los dos amigos, Fécamp.» La Guillete es una casa que habla, a pesar de la desaparición de todos los objetos que han pertenecido a Guy. La chimenea representa el triunfo de Anfitrite, flanqueada por las fuentes de Jean Goujon esculpidas sobre los montantes. Las puertas del gabinete de trabajo han conservado los paneles del primo Louis Le Poittevin, dos melancólicos paisajes, muy poco convencionales, uno representando un fuego de malezas, el otro una guirnalda de cuervos. Nada más, como una impalpable presencia en el aire normando y que se siente, sin inquietar a Miss Mitchell, hija del antiguo director en París del *New York Herald*, la amable propietaria. Le pregunto si la casa está encantada. «Por supuesto», me contesta con una sonrisa radiante.

El 20 de septiembre de 1883, Maupassant hacia los honores en La Guillette a Victor Havard.

Apenas un año después de la publicación de *Unos Versos* por Georges Charpentier, Guy ha hecho tratos con Havard para publicar el volumen de cuentos que contiene *La Casa Tellier*, *El Papá de Simon* y *La Mujer de Paul*. Pero es él quién impone sus condiciones.

Charpentier se inquieta tardíamente y envía a Guy, en noviembre de 1882, un contrato corriente, como si nada hubiese ocurrido. Georges Charpentier, socio de Fasquelle, gran editor de los naturalistas, es legal. Lo ha demostrado con Zola, pagándole a porcentaje después del éxito de *La Taberna*, cuando habían firmado un contrato fijo por *Los Rougon-Macquart*. Con Maupassant, parece haber quedado desconcertado por la rapidez del éxito y paga el error de no haber creído más en su autor como con Daudet, Zola o Tourgueneff. Se le corta el aliento cuando recibe la respuesta: *De entada, estoy resuelto a no firmar nunca un contrato definitivo. Además no tengo con el Sr. Havard, más que acuerdos verbales. Pero si debiese negociar*

con usted, no lo haría más que en las condiciones que yo considero adecuadas. Estas son:

Hasta el tercer millar, recibo 0,40 francos por ejemplar.

A partir de los tres mil, 1 franco por ejemplar[1].

Un libro corriente se vendía entonces a 3 francos. ¡50,28%!

Maupassant insiste, cínico: *No estando ligados el uno al otro mediante ningún escrito, busco mi mayor ventaja, como autor, del mismo modo que usted busca la suya, como editor. Nada más natural.*

Sin comprometerse nunca, acosando sin cesar al editor, supervisando la venta, furioso cuando un título falta en la librería, Maupassant explota su obra como un hábil comerciante. Eso le vale en ocasiones algunas sorpresas, como lo demuestran sus relaciones con el pintoresco editor belga Kistemaeckers qué, tercero en discordia, va a publicar en mayo de 1882, *Señorita Fifi* que Guy insistía tanto en dedicar a Hermine. Con Kistemaeckers, la edición bordeaba la pornografía y Maupassant, si no entrega otra antología al belga, debe prologar *Themidore*, novela libertina de Godard d'Aucourt y, en 1883, *Chica tras chica*, de Jules Guérin, de elocuente título. Editor no conformista de textos revolucionarios, amigo de los Comuneros proscritos como Lissagaray, Kistemaeckers se había inclinado hacia un libertinaje más remunerador. Sin embargo, entre sus autores, se encontraban escritores notables tales como J.K. Huysmans (*Aguas Abajo*), Léon Hennique, Paul Alexis y el pobre Louis Desprez, muerto a los veinticuatro años a resultas de su encarcelamiento en Sainte-Pélagie. (Todavía se encerraban en prisión a los escritores juzgados inmorales en Francia, en 1884[2].)

Reafirmado en la prensa, redactando el mismo sus anuncios a insertar, regresando a Paris para LANZAR UN LIBRO, Guy había escrito un año antes a Georges Charpentier en relación a los poemas: ME ENCARGO DE HACER *esta vez bastante PUBLICIDAD alrededor de mi volumen para vender*

[1] De 3 a 4 francos de hoy por un volumen vendido de 10,50 a 14 francos.

[2] Lo más gracioso, Gilbert Sigaux lo destaca, fue que veinte años más tarde, Kistemaeckers debía a su vez huir de la justicia belga, que lo acusaba de haber publicado unos anuncios inmorales en su periódico *Le Flirt*. Kistemaeckers se refugió en una Francia que se había vuelto más tolerante, siendo rechazada la extradición del escandaloso editor a Bélgica.

rápidamente una edición. Tengo seguro desde este momento la mayoría de los periódicos, y tengo otros procedimientos todavía. Pero si usted lo demora hasta mayo, matará mi libro. Esperaba aprovechar mi asunto de Etampes, siendo la ocasión tan buena[1]....

¡No hay nada en común entre este autor respetado, altivo y poderoso y el pequeño empleado timorato que daba vuelta al forro de sus bolsillos tres años antes para ir a Ruán!

¡Ah! nos gustaría seguir la trayectoria y las bromas de ese buen compañero, gentil, expansivo, alegre, a quién todo sonríe, oyendo sus fuertes carcajadas, acompañándolo en sus francachelas picarescas en los festejos rurales: «Dos hombres llevaban unas linternas, contará más tarde una antigua invitada. Los seguíamos en procesión, riendo y charlando como locas. Se despertaba al granjero, los criados. Incluso se les instaba a hacer sopa de cebolla (¡horror!) y se bailaba bajo los manzanos!»

En Normandía, el albergue completa la granja. Puede verse en Miss Harriet[2]. *Me dieron razón de una casa de labranza donde admitían huéspedes, especie de posada, regentada por una campesina, en medio de un corralón normando rodeado por una doble fila de hayas... Corría el mes de mayo; los manzanos floridos cubrían el corral con sus perfumadas copas, derramando sus pétalos rosados en continua lluvia, cayendo sobre la hierba...*

Su lugar de escapada favorito, es una taberna a lo largo de la ruta que conduce a Saint-Jouin, burgo austero, lleno de rocas salvajes y ruinas de castillos desplomados con el acantilado. *Se sube por un sendero recto; se penetra en una aldea de granjas, discurriendo el camino entre cunetas verdes plantadas con*

[1] Marzo de 1880.

[2] Julio de 1883. El manuscrito de *Miss Harriet*, colección Daniel Sickles, fue regalado a la condesa Potocka, *homenaje de un amigo abnegado*. Proviene de la colección del Dr. Lucien Graux. Contiene unas interesantes correcciones en cuanto al nombre de la heroína, de entrada Miss Butler, luego Hastings y esta nota de Guy: *Ruego reemplazar por todas partes Hastings por Harriet*.

grandes árboles que se sacuden eternamente y que hacen cantar al viento, llegando al pueblo donde vive la bella Ernestine[1].

Ernestine Aubourg, la «flor de los turistas», regenta con mano firme el Hotel de Paris. *Una entrada de casa solariega campestre lleva ante un antiguo y hermoso edificio, totalmente revestido de plantas trepadoras. De frente un buen huerto, luego, más lejos, separado por un seto, un patio sembrado de césped sombreado por un auténtico techo de manzanos.* ¡La patrona ya es coleccionista de autógrafos! Después de almorzar – un auténtico almuerzo normando – regado con vasos de calvados, para hacerlo pasar – Guy escribe sobre su libro de oro:

Quatre vers? Sans sortir d'ici?	*¿Cuatro versos? ¿Sin salir de aquí?*
Mais mon esprit bat la campagne!	*¡Pero mi alma recorre el campo!*
Et je n'ai gardé de souci	*Y no tengo otra preocupación*
Que pour les vers de champagne!	*Más que por los versos de champán.*

En 1882, Ernestine bordea la cuarentena, risueña y siempre fresca. *La frente y la nariz destacadas, la frente recta, torneada como una frente de estatua, la nariz continuando la línea recta que parte de los cabellos, recuerdan a las Venus, aunque estén puestas, como por descuido, sobre una cabeza a lo Rubens. Pues esta muchacha parece flamenca, por su coloración de la piel, su estructura, su reír atrevido, su fuerte boca, bien abierta.* (...) *En lo moral no se la conocía demasiado. Es valiente, familiar, con unas apariencias siempre alegres y, quizás, unos interiores no siempre felices. En ella parece estar encarnado el espíritu normando, buen niño, alegre y sagaz. Pues ella es astuta como nadie, pero astuta en el buen sentido de la palabra, sin ninguna perfidia malintencionada, astuta inconsciente, astuta por instinto...*

Como se ve él mismo.

En 1881, la reina Maria Cristina de España había hecho anunciar su visita. Ernestine tranquiliza a sus gentes:

– ¡Una reina, bien! ¡Una reina, está hecha como yo! ¡Voy a servirle callos a esa mujer! ¡Estoy segura de que no los come a menudo!

La reina repitió los callos.

[1] *El Gil Blas*, 1 de agosto de 1882.

– ¡Ta luego, Reina! – emite la Bella Ernestine, en el umbral de su puerta.

La reina regresó.

Si bien el Hotel de Paris ha desaparecido, podemos hacernos una idea mediante una visita a los Viejos Platos, extraño edificio completamente adornado con lozas de Ruán encajadas en la mampostería, en Gonneville-la-Mallet, restaurante-museo regentado por Paul y Lucette Aubourg, bisnietos de la Belle Ernestine. Viejos Platos es un lugar de paso extraordinario donde la vida cauchois del tiempo de Maupassant se ha conservado perfectamente. Sin embargo, Guy no iba a Saint-Jouin solamente por lo pintoresco. Una rabelesiana carta, ilustrada, cuenta una escapada en compañía de Boleslas, de Triton y de Hadji, que deja sobrentender bien que la Bella Ernestine había tenido desde hacía tiempo atrás unas debilidades menos folclóricas por Guy y su grupo[1].

A partir del 25 de febrero de 1883, el *Gil Blas* publicaba en folletín la primera novela de Guy de Maupassant, su auténtica acta de nacimiento como escritor. El mismo día, la partida estaba ganada. El volumen, beneficiándose del lanzamiento del periódico, partía hacia el gran éxito. Las púdicas bibliotecas de las estaciones, sumisas al orden moral del célebre senador René Béranger, que llegaría al ridículo queriendo poner pantalones a las negras de las Antillas, lo prohibían. En torno a *Una Vida*, de título no obstante modesto, y al que Guy no le gustaba demasiado, subía el tumulto de los grandes escándalos literarios. *La Jeune France* del 1 de mayo de 1883 publicaba unos humorísticos versos:

[1] Según los recuerdos de Laure y Edouard Maynial, la Bella Ernestine habría sido la primera relación de Guy, a los 18 años. Él tuvo otras, desde luego, me confía Marcel Allain, el autor de *Fantomas*, citando a su abuelo, Pascal Allain, Sra. Doche la inspiradora de la Dama de las Camelias. Fantomas se acordaba incluso de este cuarteto:
«Connais-tu les appas // De la trompeuse Doche? // Si son coeur est de roche // Ses tétons n'en sont pas.» («¿Conoces el pecho // De la embustera Doche? // Si su corazón es de roca // Sus tetazas no lo son.»)

«Cet effronté de Maupassant	*«Este descarado de Maupassant*
Révolte la pudeur des gares...	*Altera el pudor de las estaciones...*
Le danger pour les voyagers	*El peligro para los viajeros*
Ce n'est pas que le train dévie.	*No es que el tren descarrile.*
Quel es, demandez-vous, songuers,	*¿Cuál es, se preguntan ustedes,*
Le danger pour les voyageurs?	*El peligro para los viajeros?*
C'est qu'il leur monte des rougeurs	*Es que se les suban los colores*
Au front en lisant: Une Vie.*»*	*A la frente leyendo:* Una Vida.*»*

El alegre poeta aconsejaba a Guy plagiar el «estilo delicado» de Octave Feuillet. Sickels posee un ejemplar de *La Casa Tellier*, en original. En el volumen se encuentra un curioso fragmento de artículo, no firmado, de la propia mano de Maupassant: *La Casa Hachette, que es especialista en novelas decentes y aburrida,s al mismo tiempo que detenta el monopolio exorbitante del derecho de venta en todas las estaciones de Francia, ha contratado inmediatamente a un lector especial para hacer un examen de moralidad a todo volumen destinado a ser expuesto en esos escaparates; y ese guardián celoso del pudor público acaba igualmente de negar su visto bueno a un libro que ha indignado tanto al* FIGARO*. Y sin embargo diez líneas de la pequeña correspondencia, oh Figaro, son más obscenas seguramente que toda «La Casa Tellier». Después de todo, tal vez, la casa de la calle Drouout haya visto allí una publicidad para una casa... rival.*

Maupassant proporcionaba a la prensa noticias anónimas, como lo prueba otra carta de la misma colección, dirigida a su compañero de *La République des Lettres*, Baude de Maurceley: *Aquí está, mi querido amigo, modifíquelo y arréglelo como quiera. En cualquier caso, guárdeme el secreto; me resultaría muy ridículo pasar por hacer argumentos a favor de mi libro...* ¡Guy no había exagerado alabando a Georges Charpentier su habilidad para hacerse publicidad!

Podemos hacernos una idea de los límites tolerados al impudor, durante esos años, mediante una carta de Maupassant a su madre, del 6 de febrero de 1878. Guy reproducía allí el dibujo bastante anodino de una imagen deformada representando a un hombre de perfil. Acompañaba esta explicación: *El perfil de la cara forma un cuerpo de mujer, la nariz una de las piernas, la mejilla la otra pierna – ¡¡¡¿el ojo?!!! el pie se pierde en la*

barba. El brazo se posa sobre la oreja. La barba dibuja los muslos y los riñones. (...) *La pregunta era esta. «¿Sería capaz de encontrar en esta cabeza de anciano, el cuerpo de su amante?»* (El autor) *estuvo dos meses en prisión. Había cometido la torpeza de hacerla imprimir y venderla en la vía pública.*

Esta hipocresía enfurecía a Guy: *Esta tutela moral del gobierno, este control preventivo, que permitiría detener la circulación de una obra basándose en la única opinión de un miembro de esa Comunión de Buhoneros, compuesta en general de literatos pobres* (...) *y presentando para los colegas pocas garantías por el hecho mismo de haber aceptado esta función de carcelero y delator anónimo, esta legislación,* (...) *comporta tantas reclamaciones, indignación, revueltas y ataques al poder, interpelaciones, y, en definitiva, desconsideración por el Estado que la ejerce, que se ve obligado a renunciar a ella, suprimir la comisión y dar libertad a la verdad*[1].

Todavía no se estaba en 1883. Sin embargo, ante el éxito, el pudor de las estaciones capitularía pronto. No quedaba más al honorable senador Béranger que ocultarse el rostro. Lo que hizo con amargura, ya que en ocho meses, 25000 ejemplares de *Una Vida* saldrían de los almacenes de Victor Havard.

Después del cuentista y el periodista, triunfaba el novelista en el escándalo.

Una Vida fue para su autor una auténtica prueba de fuerza. Desde 1877, Maupassant alimentaba esa sencilla historia. El plan estaba hecho en diciembre. «¡Ah! sí, es excelente. He aquí una verdadera novela, una idea auténtica!» había dicho Flaubert. Sin embargo, Guy avanzaba penosamente. Llegó el verano de 1878: *Es tremendamente difícil, sobre todo por la puesta en escena de cada cosa y por las transiciones...* En 1879, desespera. Me distancio cada vez más de mi pobre novela: *Tengo miedo de que se corte el cordón umbilical...* Ahora bien, el éxito de *Bola de Sebo* ha vuelto a conducir a Maupassant hacia su principal anhelo, escribir una novela.

[1] Colección Lucien Dumas.

El 7 de mayo de 1881, *El Gaulois* publica *En una noche de primavera*, «reajustando a la medida un cuento extraído de un episodio del capítulo cuarto» de *Una Vida*. Las peticiones de los periódicos se multiplican. Como ya hizo en *Los Domingos de un Burgués de Paris*, Maupassant busca en sus papeles... Sí, ese cuarto capítulo de la novela inacabada, puede dar un cuento. *El Salto del Pastor* también...

Revolviendo de ese modo en el desorden, el escritor se encuentra sumido en la obra misma. Un esbozo dispuesto de cierta forma, como un germen. En noviembre, al volver de Argelia, se pone a ello, en Sartrouville, decidido a acabar. Harán falta todavía seis meses. Raramente obra tan llana habrá sido tan penosamente perpetrada[1].

En esta novela, Guy ponía mucho de si mismo, su amor por Normandía, sus recuerdos de infancia con Hervé en el castillo de Grainville-Ymauville y el doloroso conflicto entre su padre y su madre. Uno de los episodios más dramáticos se encuentra en *El Salto del Pastor*: *De Dieppe al Havre, la costa es una serie interrumpida de escarpadas rocas de unos cien metros de altura y erguidas como una pared. De trecho en trecho, esta larga hilera de blancos peñascos desciende bruscamente y un vahecho angosto, de rápidas pendientes cubiertas de césped y juncos marinos, baja, desde la meseta cultivada, a una playa cubierta de guijarros, a la que llega por una hondonada semejante al lecho de un torrente.*

Ante los álamos agitados de Sartrouville, Guy vuelve a ver los verdes valles. *A veces se vislumbra en estos valles un pueblo al que azota el duro huracán.* En uno de ellos reina un sacerdote *austero y violento, salido del Seminario lleno de odio hacia los que viven con arreglo a las leyes naturales.* Como el hermano Archangias de *La Falta del Abad Mauret*, este sacerdote odia la maternidad, llegando a matar a patadas a una perra preñada a la qué unos niños miran parir. Ahora bien, en la Alta Normandía, los pastores tienen unas chozas rodantes que se parecen a las barcas y que permiten seguir al ganado. Alcanzado por un furioso granizo, el sacerdote quiere guarecerse en una de esas cabañas, encontrándola ocupada por una pareja de enamorados.

[1] Ver el ensayo de André Vial sobre la génesis de *Una Vida*.

Loco de rabia, pasa el cerrojo y precipita la cabaña al vacío, sobre las rocas en las que ésta *se estrella como un huevo.*

El episodio también pertenece a la saga familiar, puesto que la aventura había llegado a Gustave de Maupassant, sin un final tan trágico. Para escribir *Una Vida*, como casi todas sus obras, no solamente Maupassant debe luchar contra la materia rebelde, sino aún considerar las consecuencias de su divulgación. Resulta un indisoluble lazo entre la obra y la vida. Lo qué resume André Vial: «*Una Vida* ha sido escrita por el hijo infinitamente cariñoso de Laure, *huérfano voluntario* de Gustave de Maupassant.»

Esta primera novela es una confesión, a los treinta años del autor, de casi todos sus temas obsesivos. El desprecio por el padre, la aversión por la maternidad, el pesimismo fundamental, el amor al país natal, el amor al agua, la obsesión por la muerte, la bastardía, el descubrimiento de la impureza de la mujer en la madre, no tendrán más que desarrollarse. Confesión implícita de una incompleta desaparición del complejo de Edipo, *Una Vida*, no podía arrancarse fácilmente de las entrañas de un autor que, por añadidura, aprendía, componiéndola, el difícil oficio de novelista.

El Maupassant de la primera novela, paga *Una Vida* con su vida.

En *Una Vida*, el arte de la novela se inventa a medida, ante nosotros. Su principal originalidad formal es no alternar las descripciones y la acción, como lo hacía corrientemente la novela de la época, sino de imbricarlas estrechamente. Los paisajes y los decorados están allí vistos por un personaje que es presa de una emoción o que está comprometido en una acción, un personaje en movimiento. La joven Jeanne atraviesa con su padre el campo, para ir a instalarse al castillo de los Peuples, ubicado sobre el acantilado, cerca de Yport. Toda la Normandía de Guy niño pasa ante los ojos de esa pequeña hermana de la Bovary. *Las herraduras de los caballos chasqueaban y las cuatro ruedas parecían soles de barro*. El rodar de la diligencia de *Bola de Sebo* continúa. Con Guy, uno está sin cesar desplazándose. *El rodar continuo del coche* llena aún los oídos

de Jeanne cuando descubre con nosotros ese castillo donde vivirá, amará, tendrá un hijo, cumplirá un destino banalmente ejemplar.

Hacemos de este modo el inventario del castillo, *espacioso hasta alojar una raza*, como si fuésemos esa muchacha ardiente de diecisiete años que sale del convento. Por su mediación, vemos esos muebles adornados con tapicerías, ilustraciones de *las Fábulas* de La Fontaine, universos infantiles que se esbozan sobre las grandes colgaduras en las qué ella puede descifrar el oscuro mito de Píramo y Tisbe sin saber que está leyendo su destino. Desde Penélope, la tapicería es un medio cómodo de exposición de un mito, como puede ser el medio cómodo de volver sensible el discurrir del tiempo. El propio Guy ha visto, ADEMAS, a Tisbe esperar a su amante bajo la morera blanca, y la leona que acude, la boca sangrante. La ha visto huir, espantada, abandonando su bufanda, y la leona destrozarla. Ha visto a Píramo caer de rodillas ante el vestido sangriento de su amante y, creyéndola muerta, desenfundar su espada y matarse, y a Tisbe regresar, y no pudiendo sobrevivir a su amante, matarse a su vez. Es en ese momento cuando las bayas de la morera se han vuelto rojas. Amó esta fábula, qué es Esquilo o Shakespeare, pero también la idea atemorizada que de niño se hacía del amor. Esta historia la reinventa con una originalidad excepcional, haciendo uso de una sobrecogedora variante: *Jeanne renunciaba a comprender cuando descubrió en un rincón un bicho microscópico, que el conejo* (personaje de la tapicería) *habría podido comer como una brizna de hierba. Y sin embargo era un león*. Se meditará útilmente sobre este león de bolsillo.

Mientras el viaje se prolonga, nosotros vemos levantarse la luna, volviendo el césped amarillo como mantequilla bajo la luz nocturna. La noche pasa hasta la exultante salida del sol. Después de un breve descanso, partimos, descendemos por el acantilado hacia Yport, descubrimos la calle en pendiente, el fuerte olor a salmuera y el mar, de un azul opaco y liso, extendiéndose hasta que la vista se pierde. Con Jeanne y su padre, llevamos al castillo la soberbia barbada que Jeanne acaba

de comprar. Somos ustedes y yo quiénes marchamos, mientras la barbada barre la hierba con su cola grasienta.

Los preciosistas deploran en Maupassant al novelista. Es malo ver y malo leer. El principio de *Una Vida*, que deja al lector extenuado del viaje y arroja con fuerza a esta joven muchacha a orillas del mar, es de un maestro, tanto como *Bola de Sebo.*

Después de esta asombrosa overtura, el relato decae en la rodada del tiempo, que caracteriza el regreso a lo imperfecto. Jeanne encuentra al seductor vizconde de Lamare que se parece mucho a Gustave de Maupassant. Los noviazgos, vistos a través de la bendición folclórica de una barca, hacen precisamente pensar en este Octave Feuillet que la irónica *Jeune France* invitaba a Guy a copiar. El matrimonio, esposo torpe, mujer temblorosa, no es original más que en la medida en la que el autor decía poco más o menos, lo que no se hacía entonces. La noche de bodas perdida, el parto de Rosalie, la joven madre, el pisoteo de la perra por el sacerdote fanático, hay que reconocer que Maupassant había hecho lo necesario para impactar a los lectores. Pero en cuanto al mal hijo y a la madre débil, pueden encontrarse cientos de precursores.

Lo que da su tonalidad particular a *Una Vida*, es una vez más la presencia del agua. Cuando el vizconde y Jeanne suben en la barca del tío Lastique en Yport y se dirigen a Étretat, parece estar viendo un buen Monet: *Y de pronto descubrió los grandes arcos de Etretat, semejantes a dos piernas del acantilado caminando en el mar, tan altas que servían de arco a los navíos...*

Mediante un magistral contrapunto, surgido de la vida del autor, el Mediterráneo responde a la Mancha, a Etretat y a sus acantilados, con el suntuoso bosque de Piana, con sus dantescos roquedales, en donde Jeanne está de viaje de bodas, finalmente feliz, y que echará de menos llorando, de regreso a Normandía, COMO GUY un año antes. *Altos, hasta de trescientos metros, delgados, redondos, tortuosos, curvados, deformes, imprevistos, fantásticos, esas sorprendentes rocas parecían árboles, plantas, animales, monumentos, hombres, monjes en hábito, diablos*

cornudos, pájaros desmesurados, todo un pueblo monstruoso, una especie de pesadilla petrificada por la voluntad de algún dios extravagante.

Eso es lo mejor de Maupassant.

Flaubert aparece sin cesar detrás de la primera novela de «su discípulo», el Flaubert de *Un Corazón Sencillo*, de *Madame Bovary*, o de *La Educación Sentimental*, donde Gilbert Sigaux ve con razón una de las fuentes de *Una Vida*. Flaubert que, en diciembre de 1878, escribía a Guy: «Las cosas nunca son tan malas ni tan buenas de lo que se cree», sin saber que le estaba sugiriendo el final.

El manuscrito todavía existe[1]. Procede de Havard y lleva, sellada, la fecha de recepción, 14 de marzo de 1883. Es claro, está bien escrito, con pocas correcciones y tachaduras. Algunos encolados de partes impresas hacen evidentes algunas prepublicaciones (capítulo VI). Las variantes no tienen interés más que para los eruditos, excepto la última. Guy había escrito al principio: *La vida, mire usted, nunca es tan mala ni tan buena como se cree*. Era la misma fórmula de Flaubert traducida en boca de la criada. Renunció a esta forma del patois y le hace decir más sencillamente: *La vida, mire usted, no es nunca tan buena ni mala como se cree.*

Fue el Viejo quién inspiró el alma del libro, hasta en sus últimas líneas.

El 1 de noviembre de 1883, a raíz de la recomendación de su sastre, Guy de Maupassant recibía a un belga, François Tassart, que solicitaba un empleo de sirviente. Este joven era corpulento, de nariz gruesa, boca sinuosa y delgada y patillas prominentes. Maupassant y el sastre le muestran una librea. El belga la rechaza dignamente. Maupassant no duda cuando sabe que, en 1876 y 1877, François había servido a Flaubert en el domicilio de una familia de la calle Murillo. François se acordaba incluso que le hicieron servir los platos al maestro antes que a las damas. La librea fue abandonada y François contratado.

[1] Colección Daniel Sickles.

François Tassart sirvió a Guy desde 1883 hasta la muerte del escritor y fue una bendición para el biógrafo, a quién, además, dedico sus memorias. Aunque el primer volumen no fue publicado hasta cerca de veinte años después de la muerte de Maupassant, Guy tuvo un conocimiento parcial de ello, puesto que decía de su autor: *Tiene buena memoria, es muy preciso y sabe describir muy bien lo que ha visto*, y, al final de su vida, hablando de una eventual biografía como de un mal inevitable, propondría aún a François como el mejor testigo.

¿Quién era François Tassart?[1] ¿El «humilde servidor» («Yo, muy humilde, quién ha vivido muchos años con él, lo he conocido mejor que nadie»)? ¿O el escritor dominguero del que hablan Aimé Dupuy y el mismo Maupassant? ¿O el qué presta el nombre a un «mediocre novelista» como refiere Pierre Borel? Los tres.

Pierre Borel me ha contado que Tassart escribía tan mal que, dispuesto a dedicar un volumen de sus *Recuerdos*, comienza a trazar líneas con la regla sobre la página de la cubierta, antes de inscribir el nombre del destinatario. Yo tuve en mis manos el ejemplar dedicado por François a Maurice Muterse. ¡Si no tiene faltas de ortografía, ha sido visiblemente con esfuerzo! Una carta, citada más adelante, de François a Camille Oudinot, confirma esta ignorancia. Además, muchos nombres propuestos están consignados en el texto en ortografía fonética, el conde Zernuski por Cercuschi, etc. Finalmente, *La Correspondencia* de Maupassant contiene una carta de François fechada el 15 de diciembre de 1891, dirigida al abogado, Sr. Jacob, que aquí presentamos, respetando la ortografía original:

Monsieur *C'est moi qui ai écris hier l'adresser sur le Testament de mon bon maître. Je ne suis pas sûr d'avoir bien écrit le mot Montmartre. S'il ne vous arrivé pas je vous prie de le réclamé. Croyez mon Monsieur à mon profond respects et à touts mes remerciments.* *François Tassart*	*Señor* *Fui yo quién le ha escrito ayer al enviarle el testamento de mi señor. No estoy seguro de haber escrito bien la palabra Montmartre. Si no le ha llegado le ruego que la reclame. Crea Señor en mi profundo respeto y en todos mis agradecimientos.* *François Tassart* *Chalet de Lisère*

[1] Muerto en enero de 1949, en Roubaix, a los 93 años.

Es tan edificante como el testimonio de Charles Lapierre mostrando en François un «impagable Frontin[1], que cree fomentar las ideas de su señor cuando dice majestuosamente: ¡El Señor Marqués *sale de regresar*!»

Dos volúmenes salieron a la luz, con medio siglo de distancia, *los Recuerdos sobre Guy de Maupassant por François, su doméstico*, 1911, y los *Nuevos Recuerdos*, publicados por Pierre Cogny en 1962. Mientras el primero aparecía redactado por alguien que sabía francés, el segundo, no revisado, respeta el manuscrito. Con sus sombras y sus torpezas, tiene un frescor que falta al primero, enteramente remozado por un profesional, como afirmaba Pierre Borel, que no tuvo ocasión de conocer esta segunda publicación. El «rewriter» habría sido Jules Case. Cuando Borel me ha dado ese nombre, ignoraba absolutamente que, en el segundo tomo de los *Recuerdos*, François citaba en efecto a Jules Case en cabeza de los amigos literarios de Guy. Lo que equivale más o menos a una confesión[2].

Es probable que el Dr. Henry Cazalis[3], uno de los más fieles amigos de Maupassant, haya revisado y expurgado esas páginas antes de su publicación, en razón de ser depositario moral de Guy de Maupassant.

La figura de Tassart sale menos convencional de la segunda publicación. Menos tranquilizadora también. Engreído de sí, a la vez Bouvard y Pécuchet, abnegado hasta el sacrificio, desde luego, su ingenuidad da razón a Charles Lapierre y toca lo sublime:

[1] Personaje de la obra teatral *Turcaret* (1709) de Alain-René Lesage.

[2] Jules Case, novelista y periodista, psicólogo no sin refinamiento pero soso, conoció algún éxito, pronto olvidado, con *Gorro Rojo* (1887) *Almas en pena* (1888) y *El Extranjero* (1894).

[3] Henri Cazalis (1840-1909), médico y refinado poeta simbolista, bajo el seudónimo de Jean Lahor, alias Jean Caselli, amigo íntimo de Stephan Mallarmé y de Francis Jammes, sirvió de modelo, entre otros, al Legrandin de Marcel Proust, quién amaba en particular este verso: «Por haber desdeñado las flores de sus senos desnudos.»

«Leed la obra de este Maestro, y veréis que toda la fuerza de su arte reside en dos palabras: Lo oportuno y lo preciso.

¿Cómo ha llegado a esta perfección?

Por un continuo ejercicio de sus ojos y su pensamiento, ayudado por una buena memoria.»

Por ejemplo, Tassart habla de Egipto en dónde jamás estuvo, no más que Maupassant: «Era la tercera vez que hacía mi maleta para ir a visitar esa admirable tierra tan rica en monumentos antiguos, esos monolitos prodigiosos cubiertos de signos hebreos (¡) de los cuales el obelisco de Louqsor no nos da más que una débil idea, esas colosales esfinges talladas en el granito y sobre todo las pirámides al lado de las cuales el hombre es tan poca cosa.»

Maupassant no habría podido aguantar esta definición de él mismo: «contador que ha puesto trescientos relatos a punto para mostrar a la humanidad sus partes débiles...» ¡Uno puede imaginarse la gigantesca carcajada de Bel-Ami y su gesto!

François Tassart se equivoca a menudo, mezcla fechas, omite nombres, multiplica las iniciales y pasa por todas partes la bayeta y el plumero de lo políticamente correcto. Sin embargo, queda de su testimonio una PRESENCIA, un calor, una familiaridad entre el criado y el señor, una fidelidad y por encima de todo, una amistad.

Durante el invierno, el marino de La Guillette debe convertirse en gentleman de bulevar, aún a su pesar. Helo aquí sentado en un asador de la plaza de la Opera, donde los camareros ataviados con delantales que cuelgan hasta los pies, discurren entre los bebedores de cerveza y de aguardiente. Después de un consejo de redacción con Arthur Meyer y una corrección de pruebas, Guy charla con el joven Tancrède Martel[1] y Armand Silvestre[2].

– ¡*Nuestra época es la bendita edad de los cabrones y los rastas*!

– ¡La ciencia realiza sin embargo milagros, querido Maupassant!

[1] Periodista y novelista (1856-1928)

[2] Periodista, poeta simbólico y novelista (1837-1901)

– *¡Sí, nuevas maneras de sufrir! Por lo demás, siempre será así! ¡Camarero, una caña! ¡Todo es inútil!*

Este hombre joven, triunfador, guapo, envidiado, suda amargura. De donde la réplica sorprendida de Armand Silvestre:

– ¡Incluso la mujer!

– *¡Sí, Armand Silvestre, incluso la mujer*!

– ¡Incluso la Belleza!

– *¡Sobre todo la Belleza! Es un instrumento de suplicio para nosotros en manos de la mujer! Vuelva a leer* MANON LESCAUT, LAS RELACIONES PELIGROSAS*! Un libro admirable, las* RELACIONES*! Se le considera un libro inmoral! ¿Qué quiere decir inmoral?*

– Desde luego...

– *Por el contrario es la mas bella lección de moral que se haya dado al género femenino! ¿La habéis leído?*

– Leído y releído y soy de su opinión.

– Además, tiene el estilo, ese bueno y viejo estilo del antiguo régimen francés, el estilo de Prévost en MANON LESCAUT.

Un poco más tarde Maupassant prologará una nueva edición de *Manon Lescaut*. Atrayendo la atención sobre la admiración que Maupassant profesaba a un siglo XVIII libertino bastante personal, puesto que comportaba, en el orden de sus fervores, de entrada al Abad Prévost, luego a Choderlos de Laclos, después el marques de Sade, y solamente a continuación Rousseau, Diderot y Voltarire, esta conversación de asador demuestra el amor de Maupassant por Manon, la mujer, lo femenino, su encanto, su despreocupación, su inmoralidad. Es la pérfida enamorada y sensual, el odioso y alarmante Femenino que él busca en todas las mujeres, y se entusiasma por la novela que la ha hecho viva. La vemos (...) con nuestros ojos, a esta Manon; la vemos tan bien que si la hubiésemos encontrado y amado (...) conoceríamos esa boca alegre y falsa, esos dientes jóvenes bajo los labios tentadores, esas cejas finas y claras, y ese gesto vivo y pícaro de la cabeza... ese temible femenino, tan dulce y tan pérfido.

Manon Lescaut es una admirable forma de novela moderna, dice él, y el Abad Prévost un admirable evocador de seres

humanos (...) MANON LESCAUT, es la novela naturalista de todos los tiempos.

Y luego, bruscamente, la conversación aburre a Guy. ¿*Para qué*? Y se va.

Armand Silvestre acaba su cerveza y dice dulcemente:

–Está triste, Nunca se sabe por qué.

El modo en el qué Guy abandona a su compañía es característico. No parte, se detiene. Un rapto. Desaparece bajo vagas excusas. Los demás no pueden adivinar que él quisiera abandonarse a si mismo.

Se aburre por todo. Se aburre con las mujeres mundanas que cada vez frecuenta más: *¡Las damas mundanas tiene el espíritu hecho al horno, como el arroz a la crema! Su espíritu proviene de su instrucción en el Sagrado Corazón, ese es el arroz. Luego todas las banalidades que han recogido después en la sociedad. Esa es la crema y siempre os sirven el mismo plato.* Es peor aún cuando tienen un salón literario, como Juliette Adam, a quién él adula, aunque no ha olvidado la parte que ella ha tomado en el asunto de Etampes. En octubre de 1880, desde Ajaccio, escribía a J.K. Huysmans, que le solicitaba un texto: *Desde que vuelva, podré darle un muy corto relato. Puedo también conservar para la «Comédie Humaine»*[1]*, el que destinaba a la Sra. Adam. Le daré no importa qué a esa marisabidilla.*

La desprecia, la frecuenta... y se aburre. *Paso los dos tercios de mi tiempo aburriéndome profundamente. Ocupo el tercer tercio en escribir las líneas que vendo lo más caro posibl lamentando tener este penoso oficio... Soy incapaz de amar verdaderamente mi arte. Lo juzgo demasiado, lo analizo demasiado. Siento demasiado cuán relativo es el valor de las ideas, de las palabras y de la inteligencia más poderosa. No puedo impedir despreciar el pensamiento, en tanto es débil, y la forma, en tanto es incompleta.*

Se aburre con Zola. Se aburre con Goncourt, una tarde de noviembre de 1885. Mira a los colegas, Daudet, pálido y doloroso, Huysmanss trabajado tanto por el demonio como por la gracia. Bonnetain, el escandaloso autor de *Charlot se divierte*,

[1] La revista fantasma de Zola.

viscoso, Abel Hermant, precioso, Henry Céard, gruñón y fraternal, el editor Charpentier, frío, Paul Alexis, chocarrero y bonachón, Heredia tan fino y sensible. Y Goncourt va de un grupo a otro, interviene en todas las conversaciones, vuelve a sentarse, enciende un cigarro, se vuelve a levantar, enseña unas admirables cerámicas, unos dibujos de antiguos maestros, de las tierras de Clodion.

Su igual, sorprendiéndose secretamente, no estando nunca completamente con ellos, riendo o hablando demasiado fuerte, o al contrario demasiado silencioso, este hombre, que no está ni bien dentro de su piel, se aburre. No le quedan más que las mujeres, los viajes, el barco, y el trabajo, para hacer alejar esa extraña enfermedad para la cual pocos hombres, incluido Zola, estuvieron tan bien dotados.

3.

Las condesitas – Primera descripción de la Potocka – Jano el bifronte – La Louisette, en Antibes – Relaciones poco peligrosas 1884 – Diario personal de Moussia – Fin de una novela epistolar – La entrevista en el Paseo de los Ingleses – Una tumba bizantina en Passy.

Cuando no trabaja, cuando no viaja, cuando no rema, cuando no se cuida, Maupassant emprende la caza de la mujer. Sus presas favorita ahora son las condesitas. Él las llama del mismo modo que se llama a los pájaros, imitando su canto. Él la oculta, la desprecia; ella lo oculta, lo desprecia; él se venga: la describe pero no puede evitar describir su propia emoción cuando ella entra en su casa, *el velo completamente húmedo por su aliento enfriado*. Don Juan, incluso cauchois, es un débil.

Tiene hacia esta cómplice de lujo unas intenciones de una vulgaridad de arriero: *¡La cama, amigo mío, es toda nuestra vida! Allí es donde se nace, es allí donde se ama, es allí donde se muere*. Sentencioso e irónico, preconiza torpemente en *El Método de Roger*: *Si tienes algún amigo que tema las emociones de una noche de bodas, indícale mi estratagema y asegúrale que, de los veinte a los treinta y cinco, no hay mejor manera de desentumecer los músculos*. Esta estratagema consistiría en ir a visitar el prostíbulo más cercano.

Las condesitas ríen con su risilla tonta con la historia de Jeanne, que escribe a su amiga que va a engañar a su marido si no deja crecer el bigote. Y con qué finura alusiva: *No, nunca podrías imaginarte como esa pequeña brocha de pelos sobre el labio es útil a la mirada y... a las relaciones entre esposos*. Las ardientes cartas sobre *las caricias*, en papel de arroz japonés, que aparecen bajo un reclinatorio de la Madeleine, encantan a Marie-Chantal en 1883 tanto como la carta alabando la cama encontrada *en una casulla Luís XV, hermosa como un vestido de marqués*...

Esas damas ríen ahogadamente repitiendo los cuentos que él adapta a comedia de salón, proverbios a lo Musset que pesan una tonelada. La Sra. de Galliffet, de soltera Florence Georgina

Laffitte, esposa del general Gaston de Galliffet, llamado Vientre de Plata a causa de una herida recibida en Puebla en 1863, le ha pedido uno de esos relatos. Él se hace de rogar. Ella insiste. El dice «sí».

– *¡Voy a darle uno que no le quedarán ganas de volver a pedir otro!* – dice Guy a François estirándose el bigote, rabiosamente encantado.

Extrae la escabrosa piececilla titulada *La Patrona* que acaba de escribir, en la qué una robusta bretona alquila habitaciones a estudiantes y hace reinar en su casa una austera disciplina inglesa. El narrador encuentra a una encantadora Emma y la lleva con él a la calle de los Saints-Peres. Allí, es interrumpido por la intransigente patrona que aparece en camisa, manteniendo en alto la palmatoria de la virtud y echando a la calle a la muchacha. La patrona da una perorata al estudiante. Él... la inclina y la arrastra a su pesar hacia donde quería llevar a la chica, mientras la matrona ultrajada murmura con voz mimosa: «¡Oh! ¡canalla!, ¡canalla!»

La adaptación debió estar más próxima a *La Feuille de Rosa* que a *No se juega con el amor*, cuenta Guy a su madre. *Ha pasado, e incluso bien. Era demasiado fuerte, no obstante. Pero que quieres, caminamos a una velocidad sorprendente.*

Estos picarescos sainetes y con frecuencia vulgares, que decepcionan en el robusto escritor de la guerra, de la locura y la muerte, son frecuentes durante algunos años. El Sr. de Garelle encuentra a su ex mujer de la qué se ha divorciado, la encuentra mucho mejor que antes, y sugiere que le proporcione, en calidad de amante, las deliciosas horas que ella le ha robado engañándole. Ella se indigna. Él la amenaza entonces con decir a su nuevo marido que ella lo ha engañado, a él, al Sr. de Garelle, antes, cuando estaban casados. El nuevo no perdonará esas infidelidades que él no conocía, hechas antes del anterior. Ella cede. Las condesitas ríen.

El esquema se invierte en *Encuentro*. El barón de Etraille ha sorprendido tiempo atrás a su esposa en los brazos del marqués de Cervigné, *una muñeca de París, fina, elegante, coqueta, bastante espiritual, con más encanto que belleza*. La encuentra en el tren de Cannes. Están solos. Al igual que el Sr. de Garelle,

el barón de Etraille es presa de un deseo de volver. Todavía casados según la ley, reivindica sus derechos. Él cae en la trampa; el encuentro ha sido maquinado por la hábil esposa. Unos testigos convocados por ella la esperan a la llegada del tren, para que sea públicamente sorprendida descendiendo del compartimiento donde ha estado cara a cara con su marido. ¿Por qué? Está embarazada. Ha sabido *guardar las apariencias*. Las condesitas ríen.

En *Los Alfileres,* dos amantes de un mismo hombre se suceden en casa de éste, una tras otra, descubriendo su existencia recíproca mediante los alfileres que van dejando clavados en la pared. Acaban por encontrarse.

– ¿Y se volvieron a ver?

– Sí, querido, se han vuelto íntimas.

– Vamos, vamos, ¿Y eso no te da una idea?

– No. ¿Qué?

– La idea de hacerles clavar alfileres dobles.

– ¡Este Maupassant, siempre igual!– se ríe una cotorra excitada.

– ¿No sabe usted que él es así en la vida?

– No.

– ¡Peor! ¿Conoce usted a la condesita Estelle?

– ¿La del parque Monceau?

– Sí. Pues bien, querida, con su prima Marie, les ha hecho clavar alfileres dobles.

– ¡Oh! ¡el muy cerdo! – dice la primera, de pronto desfigurada por la ira.

La serie de la baronesita de Grangerie y de la marquesita de Rennedon data de 1885-1886. La marquesa entra en casa de la baronesa con *aspecto agitado, la blusa un poco arrugada, el sombrero un tanto girado*:

– ¡Uf! ¡Está hecho!

Acaba de engañar a su marido, con *Baubignac, bestia como sus pies, pero muy honesto; incapaz de decir nada.*

– ¡Piensa lo cómico que resulta!... piensa (Mi marido) *me parece totalmente cambiado desde este momento!... y me río completamente sola... completamente sola... ¡¡¡Piensa en su cabeza...!!!*

Ambas son presa de grandes carcajadas cuando en ese momento entra el marido, grueso hombre de tez colorada, labio espeso, patillas cayendo, que no sabe más que repetir con voz sorda: *¿Qué ocurre?.., ¿estáis locas?...¿estáis locas?...¿estáis locas?...*

¿Sátiro? ¡Una complicidad más bien! La baronesita de Grangerie, muy pálida, nerviosa, febril, acaba de contar a la marquesita de Rennedon lo que acaba de sucederle. ¡Un horror! Se encontraba en la ventana de su apartamento, en la calle Saint-Lazare, y observaba la estrategia de las prostitutas haciendo señas a los hombres. Ella hizo una seña también. Fue algo más fuerte que ella. ¡Y bien! un hombre subió. ¡Oh! ¡Ella protestó! ¡Él no quiso oír nada! Como el marido iba a regresar... la baronesita cedió. El hombre le dejó dos luises.

– ¿Nada más?

– No.

– Eso es poco. A mí me habría humillado. ¿Y bien?

– ¡Y bien! ¿Qué debo hacer con ese dinero?

La marquesita dudó unos segundos, luego respondió con voz seria:

– Querida... Hay que hacer... hay que hacer... un regalito a tu marido...es lo más justo.

Esta vez, las condesitas lloran de la risa.

La verdadera razón de esta floración bastante desalentadora, es que el escritor busca a la vez en sus nuevos modelos unas aliadas y un público. Sigue su plan. Al igual que en el de la Grenouillère, él ha sido llamado a ese medio, como lo prueba esta página desengañada, extraída de *Sobre el Agua*: *Desde hace algunos años, se busca bastante al hombre de letras. Él tiene además grandes ventajas, habla, habla ampliamente, habla mucho, habla por todo el mundo, y como hace de la inteligencia su profesión, se le puede escuchar y admirar con confianza.* Amargamente, Maupassant distingue las especies. *Se hace la elección entre los poetas y novelistas. Los poetas tienen más de ideal, y los novelistas más de imprevisto.* Animales fáciles de caer en la trampa además. *Así pues cuando una mujer ha echado su ojo al escritor que quiere adoptar, hace el asedio mediante cumplidos, atenciones y zalamerías* (...) *En el momento en que*

lo ve enternecido, emocionado (...) *lo cuida y le prepara unos éxitos, sacándolo a la luz, como una vedette* (...) *Entonces, sintiéndose un ídolo, él permanece en ese templo...* Y todavía estos versos vengadores, sin fecha, donde el poeta se muestra irritado:

Ô mondaine	*Oh, mundana*
Inane, et folâtre sans joie	*Inepta, y alocada sin alegría*
Elle sourit: que c'est mignon...	*Sonríe: que divertido es esto...*
O petits rires d'oisillon,	*Oh risitas de pajarillo.*
O grands sourires de belle oie.	*Oh carcajadas de hermosa gansa.*
Elle s'agite dans la soie,	*Se agita en la seda,*
Et de ses lèvres vermillon	*Y de sus labios granates*
Tombe, comme d'un goupillon,	*Cae, como de un hisopo,*
La sottise en pluie: on s'y noie[1]	*La tontería a chorros: uno se ahoga allí...*

Pero ninguno de los laboriosos relatos publicados de los años 1882 a 1886 alcanza la amarga truculencia de *La Mujer de Paul*, la ternura cínica de *Mosca*, la ferocidad de *Señorita Fifi*, los nácares y premoniciones de *Yvette*. Los cuentos mundanos de Maupassant son pesadas copias de los más ínfimos pequeños autores del siglo XVIII. ¿Dónde está Watteau? ¿Dónde Marivaux? ¿Dónde la Manon que el adora? ¿Dónde Choderlos de Laclos? ¿Dónde la Justine del *Viejo*, como decía en el prólogo a Swinburne?

Guy lo sabía perfectamente, firmando estas obrillas con un pseudónimo empleado antes de *Bola de Sebo*, Maufrigneuse, con discreta desaprobación. Maupassant habría podido ser el Rowlanson, el Hogarth, el Constantin Guys, el Toulouse-Lautrec de ese Parque de Ciervos burgueses. Se ha quedado en cómplice de los salones que despreciaba y dónde daba pasos de baile con una gracia de pescantín fecampés.

El 13 de marzo de 1884, Guy escribe desde Cannes a una hermosa dama, prototipo identificado de las que preceden, pero de otra envergadura: *Cuando pienso que el príncipe de Gales,*

[1] Colección Sra. Leconte du Noüy.

aún niño, es inferior al de Orleáns, el rey de España y el emperador de Rusia inferior al principie de Gales, y el rey de Italia todavía inferior a éstos, me vuelvo a mi mismo idiota de perplejidad ante la organización de las sociedades humanas. Un poco más tarde, dirá a otra corresponsal, Hermine, hablando de Cannes*, cortijo de Reyes*: *Nada más que Altezas y todo ese mundo de los Salones con sus nobles individuos. Pero no quiero encontrarme con un príncipe, ni uno solo, porque no me gusta permanecer de pie veladas enteras, y estos patanes no se sientan nunca, dejando no solamente a los hombres, sino también a todas las mujeres posadas sobre sus patas de pavas durante horas, por respeto a Su Alteza Real.*

El príncipe de Gales, que estará muy guapo con la blusa azul de mercader de cerdos normando, se parece mucho al bruto que al vender, reina sobre un pueblo..., enfrente del conde..., un verdadero cerrajero, que reina sobre un pueblo de nobles, falsos o auténticos. Sin embargo los... importan mucho en numero y en fortuna. En diez años Cannes será... o no será.

Al lado de esos dos monarcas se ven al menos cien altezas, rey de Wurtemberg, gran duque de Mecklembourg, duque de Bragance, etc., etc. La sociedad de Cannes se ha vuelto loca. Es fácil de comprobar que no es por las ideas por lo que desaparecerá la nobleza de hoy en día como su hermana mayor del 89. ¡¡¡ Qué cretinos !!!

De vez en cuando todos esos príncipes van a rendir visita a su primo de... Entonces la escena cambia desde la estación. Las Altezas que se dignan apenas tender un dedo, la víspera, a sus fieles y muy nobles servidores, inclinados hasta sus rodillas, son hombres de los más común, lo más grosero y de lo peor instruido... Y se percibe con estupor que, si no se estuviese prevenido, sería imposible distinguir la pompa real de la vulgaridad burguesa; es una comedia admirable, admirable... admirable...de la que tendría un placer infinito - usted ha leído infinito - de contar si no tuviese amigos, muy buenos y encantadores amigos, entre los fieles de estos grotescos. Pues el duque..., el mismo, es tan gentil conmigo que no puedo: pero eso me tienta, eso me excita, eso me corroe... En todo caso, esto

me ha servido para formular este principio que es más verdadero, convénzase, que la existencia de Dios.

Todo hombre que quiera mantener la integridad de su pensamiento, la independencia de su juicio, ver la vida, la humanidad y el mundo como un observador libre, por encima de todo prejuicio, de toda creencia preconcebida y de toda religión, debe desprenderse absolutamente de eso que se llaman las relaciones mundanas, pues la mezquindad universal es tan contagiosa, que no podría frecuentar a sus semejantes, verlos y oírlos, sin ser, a su pesar, arrastrado por sus ideas y su moral de imbéciles.

Enseñe esto a su hijo en lugar del catecismo, y déjeme besarle las manos.[1]

¿A dónde quería llegar con esta cantinela familiar y la primera destinataria?

Pero pienso en otras personas con quienes me gusta hablar. ¿Conoce usted a una de ellas? No tiene el respeto obligado por los Maestros del mundo (¡qué estilo!) y es franca en su pensamiento (al menos eso creo), en sus opiniones y en sus enemistadas. Y he aquí sin duda por lo que pienso a menudo en ella.

Esto nos proporciona una descripción halagadora: *Su espíritu me da la impresión de una franqueza brusca, familiar y seductora. Es sorprendente, llena de imprevistos y de extraño encanto.* En resumen, Guy quiere *besar los dedos de esta dama antes de algunos días*, frase ritual que tiene para él otra significación y *le envía todo lo que es agradable en él*.

Esta auténtica condesa, nacida princesa Pignatelli di Cergharia, hija del duque de Regina y de una devota romana, es la esposa del conde Félix Nicolás Potocki, adjunto a la Embajada Austro-Húngara. Esa cosmopolita pareja es muy parisina. El padre de Nicolás Potocki abandonó Polonia sobre 1830, gran señor apenas educado. Los Potocki son ricos, fastuosos. Su suntuoso palacio en el número 27 de la avenida Friedland es denominado el Crédito polaco, a causa del constante hormigueo de una muchedumbre de refugiados mendigantes. Abrumadora, caprichosa, frívola, inquietante Circé, Emmanuela Potocka, la

[1] 2 de marzo de 1886.

Sirena, mantiene un salón menos estirado que el de Juliette Adam. Recibe allí a una corte de admiradores de todo tipo, médicos, aristócratas y hombres de letras, al mediocre y jabonoso Gervex, al mal, pero alegre pintor Jean Béraud, al delicado retratista y cronista Jacques Emile Blanche, hijo del psiquiatra, quién la adora y que la plasmará en una novela autobiográfica, *Aymeris*, bajo el nombre de princesa Lucia Peglosio, (los tres modelos del *Elstir* de Marcel Proust), Paul Bourget, melancólico y mundano, y el austero vizconde Eugène de Voguë, eslavófilo y autor de la tradicional novela *Los Muertos que Hablan*. La pareja está abiertamente distanciada. Si bien respetan las apariencias, Nicolás «honra» públicamente a Emilienne d'Alençon.

Guy conoció a la tumultuosa condesa por mediación de un amigo, Georges Legrand, antes incluso de que hubiese publicado *Una Vida*, en 1883. Con la ardiente Emmanuela, ha intercambiando pronto unas notas en las que se muestra agradecido y emprendedor: *Estoy encantado. UNA VIDA marcha de maravilla. Nada podía darme más satisfacción que este éxito. ¿Sabe usted que es a usted a quién le debo gran parte? De rodillas quiero agradecérselo.*

Aventurera, drogadicta, independiente, fantástica, peligrosa, iluminada y fría, Maupassant escribió para ella unos versos en los que el lobo se hace vegetariano:

Où sont mes goûts de naguêre?	*¿Dónde están mis gustos de antes?*
On me disait libertin!	*¡Se me llamaba libertino!*
Aujourd'hui je n'ai plus guère	*¡Hoy ya no tengo nada más*
Que des soifs de sacristain!	*Que anhelos de sacristán!*

Con altibajos, regresos, debilidades, reencuentros, caprichos, ese flirteo durará bastante tiempo, añadido a una sincera amistad. Por supuesto, Guy mantiene varias relaciones a la vez. Como se dice en el Bulevar, «entablilla a cuatro».

Y sin embargo, este estibador acicalado oculta un Maupassant serio, voluble, infeliz. *Hace algunos años ya que me sucede un fenómeno. Todos los acontecimientos de la*

existencia que, antaño, resplandecían a mis ojos como auroras, me parecen descoloridos (...) *¡Antes, era feliz! ¡Todo me encantaba! Las mujeres que pasan, el aspecto de las calles, los lugares que habito; y me interesaba incluso por la forma de mi ropa...*

El mismo Jano bifronte, difícilmente descifrable, dirá algunos años más tarde a Jean Bourdeau, el traductor de Schopenhauer: *A veces tengo cortas, extrañas y violentas revelaciones de la belleza, de una belleza desconocida, inalcanzable, apenas revelada por ciertas ideas, ciertas palabras, ciertos espectáculos, ciertas coloraciones del mundo en algunos segundos que hacen de mi una máquina de vibrar, sintiendo y gozando, deliciosamente estremecido. No puedo comunicar eso, ni expresarlo, ni escribirlo, ni decirlo. Simplemente lo siento*.

Cuando eso pasa a la escritura, la obra se ilumina. El contraste entre ese gran artista y el chalán de los dos Faubourgs es desconcertante. Esta belleza va a ser el grial del fin de su vida, la ilusión, la conquista de *Maya*, la gran aventura extraviada.

Demasiado hastiado de ese París despreciado en el qué está obligado a vivir, pues su situación depende de su leyenda, Maupassant huye cada vez más a menudo hacia Etretat, al Midi, a Argelia, los barcos, el mar, el agua.

En 1883, compra una gran barca griega, *La Louisette*, una «ballenera abierta». Le gusta con pasión carnal como lo demuestra este párrafo: *mi pequeña barca, mi querida barquita, completamente blanca con un hilillo a lo largo de la borda.* Con un marino, el viejo Galice, navega *sobe la mar calma, adormecida, extensa y también azul, azul de un azul transparente, líquido, donde la luz discurre, la luz azul, hasta las rocas del fondo.*

Lo que más le gustaba en Antibes, durante el inverno, era el contraste entre la dulzura del país y la nieve estancada en las cimas de los Alpes. Por todas partes, en esta estación, las noticias eran malas, del Piamonte, del valle del Aoste, de Suiza. Las avalanchas destruían todo. Hacía diez grados menos que en

París. Guy aspiraba el aire tibio, hinchando el pecho, y gozaba egoísta, consciente de su privilegiada situación.

El 27 de febrero de 1884, *La Louisette* abandona el puerto de Cannes, saluda el faro, evita el Séquant, franquea el paso de la Croisette y se dirige a Antibes. Pasan la Garoupe. Un viento del Este sopla, temible en esa estación. En algunos minutos, Galice abate la vela y debe mantener el remo contra la corriente que los vuelve a lanzar contra la orilla, bebe ron mientras el robusto Guy lo releva y no se queda aliviado más que cuando el navío está finalmente fondeado en el muelle de Antibes.

– ¡Señor, dice el viejo marino cubierto de sudor, creo que si usted quiere continuar navegando con todos los tiempos, tendrá que adquirir un auténtico barco!

Hasta noviembre de 1886, *La Louisette* fondeará en el pequeño puerto de Obernon, cerca de La Salis.

– Galice tiene razón, dice Guy. ¡Puedo incluso permitirme tener un verdadero barco!

En marzo de 1884, Guy se encuentra todavía en Cannes, reluciente de primavera. Permanece en el viejo burgo, en la calle Redan[1]. Una mañana, recibe una carta de una desconocida. «Señor, os leo casi con deleite. Usted adora las verdades de la naturaleza y encuentra allí una poesía verdaderamente admirable (...) Es evidente que me gustaría decirle cosas exquisitas e impresionantes, esto es difícil así de pronto. Usted es tan notable que sueño, de manera muy novelesca, con llegar a ser la confidente de su hermoso espíritu, si es que su espíritu es bello...»

¿Sería una condesita? ¡No! ¡Eso está mejor escrito! «Hace un año que estoy siempre a punto de escribirle pero... varias veces he pensado que yo lo idealizaba y que no valía la pena. Hasta que de repente, hace dos días, leí en *Le Gaulois* que alguien le había honrado con una graciosa epístola y que solicitaba la dirección de esa amable persona para responderle. De pronto me he puesto celosa.»

[1] Hoy, calle Jean-Dollfus.

¡Hay un cierto tono burlesco! Guy da vueltas y vueltas al sobre; la corresponsal es discreta: «Señora R.G.D. Lista de Correos, Oficina de la Madeleine, Paris.»

«Ahora escúcheme bien, yo permaneceré siempre en el anonimato (es lo mejor) y no quiero incluso ni verle de lejos, su rostro podría disgustarme ¿quién sabe? (...) No obstante, le advierto que soy encantadora; esta dulce idea le animará a responderme... »

Maupassant no hace ascos a este tipo de desafíos.

Señora,

Mi carta, seguramente, no será lo que usted espera.(...) *¿Usted me pide ser mi confidente? ¿A cuento de qué? Yo no la conozco* (...) *¿Toda la dulzura de los afectos entre hombre y mujer* (se hace mimoso) *(entiéndanse afectos castos) no vienen acaso del placer de verse, y de murmurar mirándose, y de encontrarse, imaginándose, cuando se escribe a la amiga, los contornos de su rostro flotando entre vuestros ojos y el papel?* (...) *Volviendo a las cartas de las desconocidas, he recibido en los últimos dos años unas cincuenta o sesenta. ¿Cómo elegir entre todas estas mujeres a la confidente de mi alma como usted dice?*

Mofa y dialéctica amorosa de un arte consumado.

La desconocida retoma el desafío: «Su carta, señor, no me sorprende (...) En primer lugar yo no le he solicitado ser su confidente, sería demasiado simple, y si tiene tiempo para releer mi carta, podrá comprobar que no captó de entrada, el tono irónico e irreverente que yo empleé al respecto.»

Bueno. A la desconocida le ha gustado una crónica de él sobre el Carnaval, y disgustado otra: «... en venganza, tuve que soportar la cantinela de la vieja madre que se venga de los prusianos...» (*La Tía Sauvage* apareció el 3 de marzo de 1884, en *Le Gaulois*). Guy frunce el ceño.

«Sin embargo, si lo único que se necesita es una descripción, para así atraer hacia mí las virtudes de su anciana alma sin olfato, yo podría decirle por ejemplo: cabellos rubios, talla media. Nacida entre el año 1812 y el año 1863. Y en el aspecto moral...No, daría la impresión de estar jactándome... »

Guy responde:

Sí, señora, ¡una segunda carta!. Es sorprendente (¡es cierto!). *Abrigo quizás el vago deseo de decirle algunas impertinencias. Me está permitido puesto que no la conozco; pero no, le escribo porque me aburro abominablemente!*

Se ha visto este rasgo tan particular. Sin embargo, Guy no digiere la crítica en relación con la anciana y los prusianos. *Me reprocha usted el haber hecho la misma cantinela repetida con la anciana y los prusianos, pero todo es una vieja cantinela* (...) Flojo. ¿Cómo decir la verdad? Que él ha visto a esa vieja aldeana, que ha sentido lo que ella siente, que el odio todavía bulle en él contra los «alboches».

Prefiere bromear. Ella sabe quién es él. Él, nada de ella. *Puede usted ser, ciertamente, una joven mujer y encantadora con lo que me haría feliz, algún día, besar su mano.* (Esta fórmula, decididamente, le es querida) *Pero usted puede ser también una vieja portera embobada con novelas de Eugene Sue.* Y helo aquí tomado de un acceso de amarga franqueza: *Pero, mire usted, yo no soy en absoluto el hombre que usted busca. No tengo ni un ápice de poesía* (No se le puede cuestionar lucidez). *Tomo todo con indiferencia y paso los dos tercios de mi tiempo aburriéndome profundamente* (¡Una vez más!). *Ocupo el tercio restante en escribir unas líneas que vendo lo más caro posible* (ostensible cinismo), *lamentando el estar obligado a realizar ese trabajo abominable que me ha valido el honor de ser distinguido - moralmente - por usted.* (pirueta de hombre a las mujeres) *–Aquí tiene unas confidencias - ¿Qué dice usted, señora?*

Las cartas de Guy son torpes, las de...la dama burbujean, llenas de vivacidad y de desatino. «¡Usted se aburre abominablemente! ¡Ah, que cruel !. Que este sea el motivo al que yo deba el honor de... (...); le juro que desconozco su color de piel y sus medidas y que, como hombre, no le he entrevisto más que en las líneas con las que usted me gratifica y aún a través de su malicia y pose.»

Los dos posan. En cualquier caso, ella es lúcida y mordiente, con un tonillo de superioridad, particularmente irritante. Esas insolencias no provienen de una burguesa: « En fin, para ser un renombrado naturalista, usted no es bruto...» Se

tiene una mala idea del naturalismo en el entorno de la joven. ¿Será una amiga de Juliette Adam?

La corresponsal misteriosa, regresa a las «cantinelas», pierde pie a su vez en los lugares comunes: «Pero el arte consiste justamente en hacernos engullir las cantinelas en nuestro encanto eterno como lo hace la naturaleza con su eterno sol y su vieja tierra, y sus... » ¡Una marisabidilla! ¡No hay duda! «¡Y esas otras cantinelas sobre su tan lamentable oficio! Usted me toma por una burguesa que le considera un poeta (¡bravo!) y busca iluminarme. George Sand ya ha sido alabada por escribir por dinero y el laborioso Flaubert...» ¡Tercera metedura de pata importante! Eso es demasiado. «... el laborioso Flaubert ha gemido sobre sus penas extremas. El mal que es dado se siente». Eso es correcto, pero Guy se molesta « (...) En cuanto a Montesquieu...» ¡Un curso de historia literaria! Un párrafo sobre los judíos y el arte de vender caro, y en el momento en el que, de nuevo furioso, va a romper la carta, ella vuelve bromear: «Lo veo desde aquí: Debe usted tener un grueso abdomen (¡Yo! ¡que tengo el vientre musculoso como un gladiador!), un chaleco demasiado corto, de una tela indefinida (¡Indecisa!) y con el último botón desabrochado (¡La muy Sohar!). Pues me interesa usted igual. Lo único que no comprendo es como puede aburrirse (...)»

Al fin, la misteriosa corresponsal pone el dedo sobre la llaga. «No es usted el hombre que busco (...) Yo no busco a nadie, señor, y considero que los hombres solo han de ser accesorios para mujeres fuertes (...) ¿Mi perfume? El de la virtud. La oreja es pequeña, poco regular, pero bonita, los ojos grises. Sí, me gusta la música. Si no estuviese casada, ¿podría leer sus abominables libros? (...) ¿Está usted satisfecho de mi docilidad? Si lo está, desabróchese otro botón, y piense en mí mientras cae el crepúsculo... Si no... tanto peor, yo me encuentro aquí mucho mejor, intercambiando sus falsas confidencias (...) ¿Y si yo fuera un hombre? »

Ella ha dibujado a un caballero ventrudo adormecido en un sillón bajo una palmera, a orillas del mar. Guy aprecia el detalle. Se le ha visto ilustrar sus propias cartas. Se da cuenta que le escribe ya la tercera, el 3 de abril de 1884: *Usted me propina*

golpe tras golpe sin prevenirme, ¡G. Sand, Flaubert, Balzac, Montesquieu, el judío Baahron, Jot y el sabio Spitzbube de Berlín, y Moisés! ¡Oh! ahora sé quién es usted, bonito disfraz, usted es un profesor de primero de bachillerato en el Instituto Louis-le-Grand. Confieso que lo sospechaba, pues su papel tiene un vago aroma a rapé.

Recurre a la broma pesada de su época de remero. *Así pues, dejaré de ser galante (¿lo habré sido?) y voy a tratarle como a un universitario, es decir como a un enemigo. ¡Ah! Viejo zorro, viejo maestro, viejo roedor de latines, ¿así que quiso hacerse pasar por una linda mujer?*

Se esfuerza, sin preocuparse del buen o mal gusto. *Que suerte que no le haya informado de mi regreso a Paris; habría visto llegar a mi casa, una mañana, a un anciano que habría depositado su sombrero en el suelo para sacar de su bolsillo un rollo de papel atado con una cuerda. Y me habría dicho "Señor, yo soy la dama que... "*

Ofendido, se toma la molestia de retocar la descripción que ella ha hecho de él:

1º Menos vientre.

2º No fumo nunca.

3º No bebo ni cerveza, ni vino, ni licores. Nada más que agua. Así pues, la beatitud frente a una jarra no es mi pose predilecta (...) *Prefiero en realidad una hermosa mujer a todas las artes. Pongo una buena cena, la verdadera cena, una cena exquisita, casi en el mismo puesto que una mujer bonita* (...) *¿Quiere usted un detalle más?. Me apasionan los ejercicios violentos. He apostado grandes sumas de dinero como remero, como nadador y como corredor.* (No ha digerido lo de «ventrudo»). *Ahora que le he contado todas estas confidencias, señor profesor, háble me de usted, de su esposa, pues usted está casado, de sus hijos. ¿Tiene una hija? Si es así piense en mí, se lo ruego.*

La avispada corresponsal escribía un diario que será célebre. Anotaba allí, el domingo 15 de abril: «Me quedo en casa para contestar al desconocido (Guy de Maupassant), quiero decir que soy yo la desconocida para él. Ya me ha respondido tres veces.

No es un Balzac, a quién se adora completamente. Ahora lamento no haberme dirigido a Zola (¡qué idea, al menos en lo que concierne al carácter de Zola! Pues ella se enamorará literariamente del autor de *Nana* inmediatamente después de Maupassant) sino a su lugarteniente, que tiene talento, y mucho. Entre los jóvenes es el que más me gusta. Me he despertado una buena mañana con el deseo de hacer apreciar por un experto las bonitas cosas que sé decir (¡): he buscado y lo he elegido a él.»

¡Ese «yo misma» se hace difícilmente mejor! Pronto escribe una cuarta carta: «He aprovechado, señor, el ocio de la Semana Santa para volver a leer sus obras completas... Es usted rudo, indiscutiblemente. Nunca le había leído en bloque y de una vez, así que la impresión que siento está fresca. Usted tiene con que poner al revés a todos mis alumnos y perturbar a todos los conventos de la cristiandad (...) En cuanto a mí que no soy del todo púdico, estoy confundido, sí, señor, confundido por esta tensión de su espíritu hacia el sentimiento que el señor Alexandre Dumas hijo denomina amor. Esto se convertirá en una monomanía y sería lamentable (...). Sé muy bien que usted ha escrito *Una vida* y que ese libro esta impregnado de un gran sentimiento de disgusto, de tristeza, de desaliento. Ese sentimiento, que hace perdonar muchas cosas, aparece de vez en cuando en sus escritos e incita a creer que usted es un ser superior que sufre con la vida. Eso es a lo que uno le rompe el corazón...» Bueno. La corresponsal – por supuesto, es una mujer – ha adivinado la herida.

« (...) Y ahora, inmenso devorador de mujeres, le deseo... y quedo de usted con santo terror, su abnegado servidor. Savantin Jospeh.»

Guy responde, irritado de haber sido tan bien auscultado:

Mi querido Joseph,

(...) *a estas alturas bien podíamos ya tutearnos ¿no crees?. Así que te voy a tutear y si no te gusta, ¡jolín!* (...) *Te remito a Victor Hugo quién te llamaría.: "Querido poeta". ¿Sabes que para ser un maestro al que se le han encomendado inocentes jóvenes, me dices unas cosas bastante licenciosas? ¿Qué no eres del todo púdico? Ni en tus lecturas, ni en tus escritos, ni en tus palabras, ni en tus acciones, ¿eh?. Lo sospechaba.*

Crees que algo puede divertirme. ¿Y que me burlo del público? Mi pobre Joseph, no hay bajo el sol un hombre que se aburra más que yo.

No ha logrado impedir, por tercera vez, volver a su mal.

(...) *Para ser francos el uno con el otro, te advierto que esta es mi última carta porque estoy empezando a cansarme. ¿Por qué razón he de continuar escribiéndote? Esto no me divierte, no me procurará nada agradable de aquí en adelante. No tengo ganas de conocerte. Estoy seguro de que eres feo, y puede que te haya enviado demasiados autógrafos como este. ¿Sabes que valen de 10 a 20 céntimos, la unidad, según el contenido?.*

Además creo que voy a dejar París.

Resulta reveladora está declaración de intenciones

Voy a ir a Étretat, para variar, y aprovechar allí para encontrarme solo. Me gusta inmoderadamente estar solo. De este modo al menos me aburro sin tener que hablar.

La desconocida responde de inmediato:

«¿Asi pues, eso es todo lo que se le ocurre para contestarle a una mujer, culpable a lo sumo de imprudencia?... ¡Muy bonito! Sin duda Joseph no tiene toda la razón, por eso mismo es por lo que está tan ofendido (...) En fin, usted habría podido, me parece, humillarme con más estilo.»

Es cierto, demasiado cierto. ¿Cómo es posible que esta historia que toma un cariz tan malo haya podido germinar?

«Ahora le diré una cosa increíble y sobre todo que usted no creerá nunca y que surgiendo después, probablemente no tenga más que un valor histórico. Pues bien, es que yo también ya he tenido bastante. A su quinta carta ya estoy fría...hasta la saciedad.» La desconocida devana la madeja con dedos ligeros: «¿Qué por qué le escrito? Una se despierta un día pensando ser una persona rara rodeada de imbéciles. ¡Nos quejamos de tantas perlas cuando hay tanta basura! ¿Y si le escribiera a un hombre célebre, a un hombre digno de comprenderme? (...) quizá podría ser un amigo (...) Entonces una se pregunta ¿a quién? Y le elegí a usted...» Ella se muerde los dedos por haber tenido esta idea tan inocente: «A estas alturas, como dice, bien puedo confesarle que su carta infame me ha hecho pasar un día muy malo. Me siento lastimada, como si la ofensa hubiese sido real. Es absurdo.

Adiós, con gusto. Si usted las conserva todavía, envíeme mis cartas; en cuanto a las suyas yo ya las he vendido, en América, a un precio desorbitado.»

En su diario, la desconocida anotará, el viernes 18 de abril: «Como tenía previsto, todo se ha roto entre mi escritor y yo. Su cuarta carta es grosera y tonta.»

Desde La Guillette, Guy se dispone a templar gaitas:

Señora, ¿tanto la he herido? No lo niegue. Me encanta. Y le pido disculpas muy humildemente (...) *¿Sabe usted cuál es la mejor manera de reconocer a las mujeres del gran mundo en el baile de disfraces de la Opera? Se le hace cosquillas. Las mujeres de pueblo están acostumbradas ya a ello y lo único que dicen es "Basta ya". Las otras se enojan. Yo la he pellizcado a usted de una manera muy conveniente, lo confieso y usted se ha enojado... Ahora le pido perdón* (...) *Créame, señora, que no soy ni tan bruto, ni tan escéptico, ni tan incorrecto como le he parecido. Pero a pesar de mi mismo, siento una gran desconfianza ante el misterio, lo desconocido y las desconocidas* (...) *Me pongo una máscara ante las personas enmascaradas. Es algo legítimo. Sin embargo, acabo de ver gracias a un ardid, un pedacito de su naturaleza.*

De nuevo discúlpeme.

Beso la mano desconocida que me ha escrito. Sus cartas, señora, están a su disposición, pero no las entregaré mas que en sus manos.

La corresponsal anota el día 23: «Rosalie me trae de la lista de correos una carta de Guy de Maupassant. La quinta es la mejor. Ya no estamos enfadados. Y además, ha escrito en *Le Gaulois* una crónica encantadora. Me siento bien. ¡Esto es tan divertido! Este hombre al que no conozco ocupa todos mis pensamientos. ¿Piensa él en mí? ¿Por qué me escribe?»

¿Por qué se convierte en una marisabidilla, cuando ha ganado su partida?

«Ante los acariciadores acentos de un noble arrepentimiento ¿Es necesario señalar que ya no le odio?»

¿Y por qué confiesa a su vez su megalomanía? «(...) Deseo perdonar si usted insiste, porque estoy enferma, y, como eso no

me ocurre nunca, me deja enternecida conmigo misma, con todo el mundo, con usted que ha encontrado la manera de ser tan profundamente desagradable. (...) También es imposible jurarle que estamos hechos para comprendernos. Usted no vale tanto como yo. Lo siento. Nada me sería más agradable que reconocer todas las superioridades en usted, o en otro...»

Sueño infantil de esta orgullosa joven que muestra su desconcierto a su pesar. Guy escribió una vez más. No tuvo respuesta. La desconocida había tomado la iniciativa de la ruptura como la de la apertura.

¿Desconocida? El hombre, que se debate ya sin saberlo contra el treponema, no sabe más que la intrigante corresponsal es tísica. Ella lo sabe. Los primeros días del año, ella escribía, no sin humor negro: «Sí, estoy tísica y eso va a peor.» Listilla pero listilla que se muere («No tengo amigas, no amo a nadie y nadie me ama»), consciente de sus límites «un comienzo de talento y una enfermedad mortal» (24 de marzo), la pobre corresponsal llama en su auxilio a otro condenado a muerte. A Moussia (Marie Bashkirtseff) no le quedaban más que seis meses de vida[1].

Era una rusa caprichosa y esnob, insoportable y emotiva, una personita diáfana que hacía zalamerías viéndose morir. Deseaba legar su diario a un escritor. Se aferraba a ese diario, como el único modo de sobrevivir. Fue inmediatamente después de la «ruptura» con Guy, cuando redactará el prefacio, el 1 de mayo de 1884. Había pensado en Maupassant como en su albacea testamentario. En lugar de decírselo – lo que le hubiese perturbado – ella coqueteaba. La tosquedad de un Bel-Ami, de por si quisquilloso, disuade a esta frágil flor de los invernaderos de San Petersburgo.

Según la correspondencia publicada por Pierre Borel, Maupassant escribirá más tarde a otra rusa, de Cimiez, quién querrá renovar ese juego de la novela epistolar, hablando de Marie: (...) *He respondido, en efecto, a la Señorita Marie Bashkirtseff, pero nunca he querido verla* (...) *Está muerta. Además, sin que yo la hubiese conocido, su madre me ha hecho*

[1] Morirá el 31 de octubre.

saber que ella tenía todavía varias cartas de Marie que me estaban destinadas. Nunca quise saber de ellas a pesar de las solicitudes de las que me vi perseguido.

Tal es la versión que Maupassant deja de sus relaciones. La autenticidad de la intriga con Moussia, en grandes rasgos, es indiscutible. Según Pierre Borel, Guy se habría encontrado con Marie. En Niza. En la casa de ella, en el Paseo de los Ingleses, 65. En el bonito jardín plantado de palmeras gigantes, de pinos parasoles y de un eucalipto, del qué no queda hoy más que un gran pino que tiende un doloroso brazo encima del paseo. Marie leía, en una silla larga cerca del chorro de agua de un surtidor. El crujido de unos pasos sobre la gravilla le hizo levantar la cabeza. De pronto, lo reconoció. No se sabe lo que se dijeron. De regreso a Cannes, Guy confiaría a François:

– *Sepa usted que considero mi amistad por la Señorita Bashkirtseff como algo serio.*

Esto no figura en los *Recuerdos* de François. Al contrario, Guy habría abandonado la Costa el 3 de marzo de 1884 y no habría vuelto antes de la muerte de Marie. Pero muchas fechas consignadas por Tassart son falsas. ¿Qué concluir?

Al día siguiente, Marie habría escrito a una amiga: «Por fin, lo he visto y he olvidado por completo la desagradable impresión de sus cartas. Me ha encantado, PERO SUS OJOS ME HAN PARECIDO INQUIETANTES. Bonitos y profundos ojos, pero en ciertos momentos con una mirada fija extraña.»

Naturalmente, esta carta no ha sido hallada. Maupassant o las incertidumbres...

En *La République des Lettres* de Mendès, en 1877, Guy había contraído una franca amistad con el secretario de redacción, el gentil Baude de Maurceley. Después de la desaparición de la revista, continuaron viéndose, especialmente en casa de la bella Nina de Villard, calle de los Moines, y en el domicilio de la condesa de Fleury, esposa del embajador de Francia en San Petersburgo, el Norpois de Proust, avenida de Montaigne, que era frecuentado, entre otros, por Charles Cross, poeta y fotógrafo delirante, y su hermano Antoine, doctor falaz que trataba a las hermosas mujeres con perfumes.

Baude nos proporciona diversos detalles. Nos muestra especialmente a Guy[1] en casa de la condesa de Fleury, en medio de la indiferencia general, elogiando a Herbert Spencer, su maestro filosófico después de Schopenahuer, pequeño detalle muy verosímil que nos induce a no rechazar el testimonio concerniente a Moussia. Saliendo hacia las seis de la tarde de una oficina de correos, en el bulevar Malesherbes, Maupasssant se encuentra con Baude.

– *Me ve usted furioso*, le dice. *La señorita Bashkirtseff me ha escrito cartas y cartas, y me obliga a venir a buscarla aquí, a la oficina de correos. Ahora bien, ya tengo suficiente. No la conozco. ¿Qué me quiere? ¿Se trata en su pensamiento de una cita galante? ¡Qué lo diga!*

Si Baude no se engaña, la desconocida no había permanecido siendo desconocida durante mucho tiempo. Sin embargo el novelesco encuentro de Niza es dudoso. Lo que parece asegurado, es que Maupassant jamás tendrá el diario de Marie y que Moussia, que no quería morir por completo, será justamente célebre gracias al diario que ella deseaba darle.

Algunos años más tarde, Guy y una amiga entran en el cementerio de Passy, y deteniéndose ante la tumba bizantina, de un gusto atroz, de Marie, Maupassant mira largo rato la capilla a través de las verjas. Al fin, dice:

– *¡Se la habría debido dejar en un lecho de rosas! ¡Ah, los burgueses! ¡Y decir que son capaces de construir una barraca semejante!*

[1] *Le Figaro* semanal, 18 de abril de 1928.

4.

Un sufridor en Saint-Romain – Philéas Fogg de agua dulce – El Regreso *y los cuentos normandos – Un olor a éter – El Maharajá incinerado – Yvette o La Grenouillère color de rosa – Intuiciones de la psicología de lo profundo – Schopenhauer y Spencer* – Nunca he amado.

Maupassant pasa por Ruán en plena algarabía de la feria de Saint-Romain, como siempre se divierte con los «charlatanes», las mujeres colosales y los luchadores cubiertos de medallas; lo que más le gusta es el olor del arenque a la brasa, *olor que me gusta, porque lo he sentido toda mi niñez, pero que sin duda os disgustaría*.

Lo acompaña Robert Pinchon. Caminan sobre sus pasos de antaño, y sin embargo algo ha cambiado. Se diría que su camarada del Instituto Corneille es ahora más joven que él, casi aun un estudiante. ¿No envejecen los hombres a la misma velocidad? Se detienen ante una barraca en la que los feriantes anuncian como siempre La Tentación de san Antonio, pero en lugar de los inmensos Flaubert y Bouilhet, son Maupassant y Pinchon quienes miran la representación. El mismo comediante de cabellos blancos que emocionaba a Bouilhet, haciendo desgañitar el violón, se ha vuelto tan canoso y tembloroso que sus compañeros han colgado de su cuello un letrero:

«Se traspasa por motivos de salud.»

Guy sube los escalones de madera, atenazado por la necesidad de volver a ver *una última vez quizás* (lo ha pensado: ¡tan joven!) el san Antonio de Flaubert.

– ¿Recuerdas la carta del cerdo? – susurra a la Tôque.

– ¿La carta del cerdo?

– ¡Al Viejo!

– ¡Ah, sí! Sabes que yo lo he conocido menos que tú.

Bajo la tienda, unos niños gritan y chupan unas manzanas azucaradas, angelitos pegajosos. Se levanta el telón, con un interminable chirrido de cadenas, descubriendo a san Antonio

que reza. ¡Y aquí está el cerdo! *Todas las cabecitas rompen a reír, agitando las manos*... Guy se tensa para no prorrumpir en sollozos. *Y me parece que soy uno de esos niños... Encuentro en mi, despertadas bruscamente, todas las sensaciones de antaño; y en la alucinación del recuerdo, me siento convertido en el pequeño ser que he sido en el pasado, ante ese mismo espectáculo.*

Este relato fue publicado en *Le Gaulois*, el 4 de diciembre de 1884. Lejos queda el cronista Maufrigneuse, lejos el galante caballero de la Potocka, lejos el cínico corresponsal de la pobre Marie Bashkirtseff que ya duerme bajo tierra. Maupassant se preguntará a menudo, en las tristes horas de dolor o hastío: *¿Las personas completamente felices, fuertes y saludables, están preparadas para comprender, penetrar, expresar la vida, nuestra vida tan atormentada y tan corta? ¿Los exuberantes están hechos para descubrir todas las miserias, todos los sufrimientos que nos rodean, para percibir que la muerte golpea sin cesar, cada día, por todas partes, feroz, ciega, fatal?*

Este tono no va a dejar de aumentar, en el inmenso malentendido que provoca el brillante físico del normando, como aparece en esta carta a una desconocida, en 1890: *Tengo un pobre corazón orgulloso y apenado, un corazón humano, ese viejo corazón humano del que se ríe, pero que afecta y hace daño en la cabeza también, tengo el alma de los latinos que está muy gastada* (...) *Soy de la familia de los sufridores. Pero no lo digo, no lo muestro, creo incluso disimularlo bien.*

– ¿Qué va mal, Guy? Estás blanco...

– ¡Nada, nada, nada! La luz de los quinqués me hace daño en los ojos...

¡Louis Bouilhet, Flaubert! ¡Cómo reían! Guy se muerde los labios para no llorar... Salen. Parece que va a llover. ¡Esta Ruán es el orinal de Francia! Guy se espabila y da una palmada a Robert en la espalda.

– ¡Vamos a la calle de las Carretas! ¡Viva la tía Cassse..., buen Dios!

– Es que, con mi cargo...– comienza Pinchon.

Una palmada más fuerte le corta el aliento. Bajo el calabobos, mientras los quinqués iluminan unas «stars»

mantenidas por unas mozas inglesas, los dos asiduos de la Grenouillère se dirigen juntos, cerca de la catedral, a un burdel en donde la melancolía de Bel-Ami pueda desaparecer a los sones desafinados de un piano mecánico que interpreta, milagro, el vals de Fausto.

Decepcionado, con la mirada fija, Maupassant observa las aguas verdes, en la lenta corriente. Desde luego ama el Sena, pero le reprocha ser frío y haber cambiado.

– ¡*Ahora, los remeros llevan monóculos*! – murmura entre dientes.

Con un compañero del qué no conocemos más que las iniciales, M.A., va descendiendo el río, desde París a Ruán. ¿Pero el Sr. de Maupassant es todavía Joseph Prunier? A partir de ahora un Passepartout sigue a este Philéas Fogg de agua dulce y ha llevado los petates de marino del Señor hasta el embarcadero de Maisons-Laffitte.

Bel-Ami comba el torso, quita sus prendas quedándose en camiseta. Se frota largo rato las manos con una pomada especial contra las ampollas. El compañero se instala detrás, mientras François, inquieto, retiene la embarcación.

Treinta curiosos aplauden los primeros golpes de remo, mientras la yola sale y el timonel parece proyectado hacia atrás. ¿Pero que ha sido de la Señorita Mosca?

En Étretat, es la misma permanente depresión, el moral «¿de qué vale?». Guy no consigue ya templarse en su húmeda Normandía.

En julio de 1884, publica *El Regreso*: en pocas hojas, una obra maestra. Un hombre merodea en torno a la casa de los Martin-Lèvesque, a la entrada de un pueblo marinero. Martín desapareció en Terranova. La Martina se casó con Lévesque. A pesar de los años perdidos, Martín y Martina acaban reconociéndose. ¿Qué hacer? El cura decidirá. Esperando, el antiguo y el nuevo marido, qué ha regresado de pescar, van a beber unos tragos.

Es el Esquilo de los bacaladeros. Pero la dialéctica dramática se ha invertido: de una catástrofe se desprende una

minúscula consecuencia. « – ¿Eres tú, Martín?» «Sí, soy yo...» No hay nada más que decir.

El Regreso es una excelente introducción a los cuentos normandos. Nunca se sabe si se debe reír o llorar de esas criadas embarazadas por el cochero de la diligencia, porque no les hace pagar el trayecto, o del obeso Toine paralizado porque su esposa le obliga a empollar los huevos, o del barrilito entregado por el tío Chicot a la tía Magloire para emborracharla y entrar en posesión de su finca, o del bicho de Bellhomme, monstruo mitológico que no es más que una pulga en el fondo del oído. ¿Acaso no resulta cómico Gargan, el pastor sordomudo de Picot, engañado por su mujer y que Picot salva haciéndole expresar con mímica ante el tribunal como descubrió su infortunio? ¿No resulta trágico, Boitelle, de Tourteville, enamorado de una negra, a quién presenta a su madre y se ve obligado a decir a su bella amiga, hablando de su vieja, «No te quiere, te encuentra demasiado negra»?

Estos cuentos gritan una verdad que siempre ha existido y que no se oculta demasiado lejos del confort de la televisión y de los aparatos domésticos.

Guy pasa en La Guillette una buena parte del verano de 1884. Llega allí en tren, deteniéndose en la estación de Ifs; un coche de alquiler, siempre el mismo, lo traslada a Étretat.

Se levanta a las ocho, no desayuna, y trabaja hasta mediodía. Una ducha de agua fría lo despeja y luego almuerza. Por la tarde práctica el tiro a pistola, cuarenta o cincuenta disparos. Un poco más tarde, va a ver el mar. Tiene una vida laboriosa, refrescante, aderezada con grandes bromas. Sin embargo, debe mojar sus ojos todas las mañanas.

– No sé si es el viaje, François, pero tengo una fuerte jaqueca. Voy a hacerme una fricción de vaselina en la nuca y si a las once esto no va mejor, aspiraré un poco de éter.

Esta temporada, entre la puerta de Amont y la puerta de Aval, los parisinos no tienen más que ojos para un suntuoso indio de la familia del maharajá de Baroda, rodeado de príncipes multicolores.

Esta tribu de elegantes indios va a bañarse con gran pompa a las Rocas Blancas, donde se ha levantado un hotel completamente nuevo, y toman la Mancha por el Ganges. El viejo Maharajá, que preside una delegación encargada de estudiar las instituciones militares de los diferentes países de Europa, muere de repente de una úlcera en la garganta. Su religión impone la incineración. El alcalde, Sr. Bossaye, desconcertado, solicita autorización a la prefectura y fija la fecha y la hora de la ceremonia, en plena noche, entre la una y las dos de la madrugada. Durante esa tarde, ni una respuesta de Ruán. Como buen normando, el alcalde consulta a los notables:

– ¿Qué piensa usted, Señor de Maupassant?

– *Creo que hay que respetar la voluntad y la religión de ese hombre.*

– Sí. Sí. Es precisamente lo que les he dicho y que, si no tenía respuesta esta tarde, actuaría.

Los parisinos bailaban la mazurca en el Casino. Un viento bastante fuerte soplaba desde alta mar. Los indios llevaron a su maharajá sobre un palanquín hasta la pira, en la base del acantilado, dispusieron el cuerpo con los pies hacia el Oriente, lo empaparon de petróleo y lo cubrieron de ramas de pino. *Un indio, inclinado sobre una estufilla de bronce, se levantó, las manos en el aire, el codo replegado; y pudimos ver de repente surgir, completamente negra sobre el inmenso acantilado blanco, una sombra colosal, la sombra de Buda...* Los pájaros marinos despertados por las deslumbrantes llamas huían. Al cabo de un momento, la pira se desmoronó y *el muerto apareció completamente entero, negro sobre su lecho de fuego, y quemándose con largas llamas azules*.

Hacia las cinco, no quedaban más que un montón de cenizas[1].

Guy queda fascinado. *He visto pues quemar a un hombre sobre una pira y eso me ha producido el deseo de desaparecer del mismo modo. Así todo se acaba enseguida. El hombre apresura la lenta obra de la naturaleza... La carne está muerta, el espíritu ha huido. El fuego que purifica dispersa en algunas horas lo que fue un ser.*

[1] 7 de septiembre de 1884.

A la apertura de la oficina del telégrafo, el alcalde recibía la respuesta de la prefectura, «¡Incineración absolutamente prohibida!» ¿Quién la había pifiado, el prefecto que había tomado su tiempo para responder demasiado tarde, o el alcalde que había apresurado la decisión? El Sr. Bossaye no volvió a tener más noticias y el asunto resultó ser una excelente publicidad para Étretat. Ocho días más tarde, los bañistas aún buscaban las cenizas en la playa. Un anticuario todavía las vendía al año siguiente.

El 26 de octubre de 1884, en La Guillette, Guy estaba radiante, junto a François que daba de comer al gallo.

– *¡He acabado* BEL-AMI*, François! Espero que satisfaga a aquellos que me piden algo largo... En cuanto a los periodistas, tomarán lo que les parezca bueno; ¡aquí los espero!*

Antes de analizar esta gran novela, hay que leer de cerca un amplio relato, *Yvette*, que Maupassant escribió al margen de *Bel-Ami.*

Ya había esbozado el tema en 1882, bajo el título *Yveline Samoris*. Como los periódicos lo abrumaban cada vez más a peticiones y le pagaban muy bien, él acepta y, al igual que con *Los Domingos de un Burgués de París* o *El Salto del Pastor*, retoma, retocándolo, un tema ya tratado.

De ese modo *Yvette* aparecerá publicado en *Le Figaro* del 29 de agosto al 19 de septiembre de 1884. En el momento en el que termina el relato, lo considera descuidado e incluso impide a Havard publicarlo en volumen. *Daría la impresión de darle una importancia que no tiene. Ha querido hacer y lo he hecho, algo así como un proceso literario, una especie de pastiche al estilo elegante de Feuillet y Cía. Es una obrita, pero no es un estudio. Está bien, pero no es una maravilla...*

Esta severidad era injusta. El argumento es evidentemente de vodevil. Jean de Servigny y Léon Saval, jóvenes vividores y ociosos, van a visitar a la marquesa Obardi y a su hija Yvette. La marquesa es una cortesana, su hija una inocente chiquilla. Ese será el tema de *Gigi*, de Colette (1943). En el ambiente de la cortesana Obardi, a orillas del Sena, los dos jóvenes, un gigante

y un muchacho sensible, van a afrontar los espejismos del sexo y del agua.

La propiedad de la Obardi, de hecho más prosaicamente (O)ctavie (Bardi)n, está situada en la curva del Sena, *que giraba ante el muro del jardín, discurriendo hacia Marly*. «Muscade», Jean de Servigny, cae perdidamente enamorado de la muchacha (al modo de Maupassant, por deseo), aunque sepa que uno no se casa con la hija de una cortesana. Se pasean juntos, lo que nos da una idea del mejor Maupassant, enamorado inspirado en los «nocturnos». *Todo era negro, de un negro profundo, de un negro de tinta. Pero el cielo hormigueaba de puntos de fuego, y parecía sembrarlos en el río, pues el agua sombría estaba salpicada de astros.* Contrariamente a lo esperado, Muscade descubre en la muchacha a una ingenua. Mientras que su amigo, *Hércules*, triunfa con la madre, Muscade se rinde a la pureza de la damisela. A petición de ésta, la lleva a la Grenouillère.

Vemos aquí al río majestuoso convertido en una Celestina de agua dulce, con sus risas, sus promiscuidades, sus olores a cieno, sus cuadrillas y sus zambullidas, pero el tinte es diferente al de *La Mujer de Paul*. Maupassant pinta sus matices menos agresivos, siempre el mismo juego de sombras que las hojas en movimiento pasean sobre los jóvenes rostros, un Renoir después de un Toulouse-Lautrec.

Muscade es el *alter ego* de Maupassant, más joven no obstante, más fútil, más tierno y menos altivo. En el transcurso de una escena que presagia unas secuencias célebres del cine contemporáneo, Yvette juega con él al juego de la verdad. Plantea unas preguntas al joven sobre el entorno de su madre, a las qué éste responde. ¡Desde luego, Yvette no está rodeada más que de tramposos! Por supuesto, su madre no es más que una mujer mantenida. Este descubrimiento (el descubrimiento de una situación infamante tras años de ignorancia es uno de los resortes de los que el autor de *Pierre y Jean* se sirve con más frecuencia) empuja a la joven muchacha al borde del suicidio, vértigo agravado todavía más por la visión, en medio de la tormenta nocturna, de su propia madre extasiada en los brazos del compañero de Muscade, el Hércules remero.

Muchos críticos han mantenido y mantienen aún que Maupassant es un espíritu superficial. Uno no se puede imaginar un malentendido tan absoluto. Maupassant es también ese precursor de la psicología de lo profundo que aparecía ya claramente en el adolescente, huésped inquieto de Swinburne. Los psiquiatras y psicoanalistas tienen a menudo en ellos algunos rasgos de la enfermedad. Uno se ríe, sin comprender que es inevitable. No por contagio, sino por VOCACIÓN. Es porque están presensibilizados a los trastornos mentales por lo que esos tipos de hombres pueden convertirse en buenos médicos. El intercambio existe en sentido inverso: numerosos enfermos mentales inteligentes, tienen con frecuencia visiones proféticas sobre la ciencia que los estudia.

Desde este punto de vista, Maupassant se sitúa exactamente entre Charcot y Freud. En el cuento titulado *Magnetismo*, pone en escena a un hombre que ve aparecer en su sueño a una mujer que conoce, pero a la que nunca ha deseado. Ella está desnuda. La posee. Al día siguiente, va a su casa y ella se entrega a él. Maupassant explica: *Quizá hubo una mirada de ella que jamás observé y que me llegó esa tarde por uno de esos misteriosos e inconscientes giros de la memoria que nos traen a menudo cosas olvidadas por nuestra consciencia, que han pasado desapercibidas ante nuestra inteligencia.* Excelente análisis.

Hay algo más concluyente. En *Yvette*, el «grosero» Maupassant, según Léon Daudet o Goncourt, sabe todo acerca de la teoría, sin embargo ampliamente posterior, de la sobre simulación. Según esta teoría, habría allí poco de simulación. La mayoría serían sobre simuladores, personas que FINGEN SIMULAR. En definitiva, salvo casos excepciones, uno no simularía más que lo que es. Yo he conocido un ejemplo perfecto, en cautividad, en Alemania. Uno de nuestros compañeros se presentaba a las llamadas completamente desnudo, en plena nieve. Los alemanes acabaron por enviarlo a Francia. Cuando nos dejó, tuvo un gesto de una elocuencia inolvidable en cuanto a la estupidez de nuestros guardianes engañados. Nosotros estábamos felices. Pero pronto nos desengañamos. A nuestro regreso, nuestro amigo había sido

internado por los médicos franceses. No era un simulador, sino un sobre simulador, realmente exhibicionista.

Ahora bien, en la primera versión de *Yvette*, Yveline Samoris, simple hecho diferencial apenas retocado, la heroína, indignada por la conducta de su madre, se suicida. En la segunda, Maupassant renuncia genialmente a este efecto para matizar la tentativa de Yvette, y convertirla en mucho más ambigua, y prácticamente indescifrable, como sucede a menudo en la realidad [1].

Admirablemente observado, el suicidio de Yvette se convierte en un seudo-suicidio, entre la simulación y la sinceridad, una de esas manifestaciones equívocas de la tentación de la muerte por las mujeres, y del recurso del chantaje sentimental como arma natural de la debilidad, que los psiquiatras no han comenzado a esclarecer más que MUCHO TIEMPO DESPUÉS. Yvette intenta morir sinceramente, manteniendo sus oportunidades de ser socorrida. El súper yo no quiere sobrevivir a la vergüenza, el yo profundo desea vivir.

La sinceridad de Yvette vale como la de Gigi. Pero *Gigi* tiene un autor femenino, cien veces mujer, Colette. Es el mismo mundo, casi la misma época, la misma lucha, las mismas resonancias; sin embargo, en esos dos episodios de la eterna guerra entre sexos, el autor masculino concede la victoria a su héroe masculino, del mismo modo que el autor femenino (y feminista) la concede a su heroína. Yvette se convertirá en la amante de Muscade-Maupassant, mientras que el macho vencido de Gigi-Colette la esposará.

A través de los autores más fuertemente sexuados de todos los tiempos, los antagonistas, Adán y Eva, siempre permanecen en sus puestos.

Varias veces la sombra de Schopenhauer discurre por esas páginas. Lo que puede explicar parcialmente las premoniciones de Maupassant, además del hecho, que, enfermo, él era su propio objeto de observación, y que ya desde muy joven considera a

[1] Caso convertido en clásico, es la muerte de la actriz norteamericana Marilyn Monroe.

Schopenhauer como uno de los inspiradores lejanos de la psicología de lo profundo.

En el artículo auto publicitario que Maupassant había publicado algunos años antes en *Le Gaulois* para promocionar *Las Veladas de Médan*, Guy decía: *Tengo por los grandes maestros de esta escuela* (el romanticismo) *(puesto que se considera escuela) una admiración sin límites, provocando a menudo dilemas en mi razón; pues encuentro que Schopenhauer y Herbert Spencer tienen sobre la vida ideas mucho más claras que el ilustre autor de Los* MISERABLES.

Las alusiones al filósofo de Dantzig, muerto diez años después del nacimiento de Guy, abundan en su obra. En *Junto a un muerto*[1], Maupassant pone en escena a uno de los raros alemanes simpáticos que él haya descrito nunca. Éste es tabú: ha conocido a Schopenhauer.

Tomé el libro (anotado por el maestro) *con respeto y contemplaba esas incomprensibles formas para mí* (la escritura gótica), *pero que revelaban el inmortal pensamiento del más grande saqueador de sueños que haya pasado sobre la tierra* (Guy no conocerá a Nietzsche más que de nombre). Maupassant lo compara a Voltaire, pero prefiere la *irresistible ironía* del filósofo alemán al *sarcasmo infantil* del autor de *Cándido*. *Aun cuando protesten o se ofendan, se indignen o se exalten, Schopenhauer ha marcado a la humanidad con el sello de su desdén y su desencanto...* Se entiende perfectamente que se declare su discípulo.

Gozador desengañado (como Guy*), ha puesto patas arriba las creencias, las esperanzas, las poesías, las quimeras, destruido las aspiraciones, asolado la confianza de los seres* (lo que hace Guy), *matado el amor* (lo que él trata de hacer), *abatido el culto ideal por la mujer, destrozar las ilusiones de los corazones, realizado la más gigantesca tarea de escepticismo que jamás haya sido hecha...* (lo que él quiere hacer.)

– ¿Ha conocido usted entonces personalmente a Schopenhauer?

– Hasta su muerte, señor.

[1] 30 de enero de 1883

Schopenhauer, a través de esas confidencias noveladas de un moribundo, toma una forma casi sobrenatural. Maupassant pone en escena al viejo demoledor, *en una taberna tumultuosa, sentado en medio de sus discípulos, seco, arrugado, riendo con una risa inolvidable, desgarrando las ideas y las creencias*. El francés que quería encontrarse con Schopenhauer se ha escapado, espantado:

– *¡Me ha parecido pasar una hora con el diablo!*

(Es cierto que el francés era republicano.)

El alemán vela a un Schopenhauer muerto. El cadáver ríe, con esa horrorosa sonrisa que nos aterroriza, incluso después de su muerte. El cuerpo huele mal. Los dos amigos se refugian en la habitación contigua. Un ruido los hiela. Regresan. Schopenhauer no ríe. La dentadura postiza del filósofo ha salido fuera de la boca durante el trabajo de la descomposición. ¡Horrible historia, descrita por Hoffmann y orquestada por Offenbach!

La influencia de Herbert Spencer era menos significativa que la del alemán. Mientras Schopenhauer enseñaba al pesimista Guy las trampas de la naturaleza que el alumno no pedía más que reconocer, el inglés le confirmaba la relatividad del conocimiento. «Si miramos la ciencia como una esfera que se agranda gradualmente (extraordinaria premonición de las hipótesis contemporáneas), podemos decir que su crecimiento no hace más que incrementar sus puntos de contacto con lo desconocido que lo rodea.[1]»

Para Spencer, como para Maupassant, el conocimiento era una entelequia. El pensamiento no puede concebir ni lo inmensamente grande, ni lo inmensamente pequeño. En definitiva, la explicación no hace más que ponernos cada vez más irremediablemente en contacto con lo inexplicable.

Esta conclusión sin esperanza satisfacía y justificaba al pesimista jovial de Étretat.

Guy ha leído a Schopenhauer desde la publicación de sus *Pensamientos y Máximas*, en 1880, traducidas por su amigo Jean Bourdeau[2].

---

[1] *Primeros principios*.

[2] 1848-1928. Ensayista y crítico en el *Journal des Débats*.

Es a través de Bourdeau, y más por medio de la conversación que por la lectura, como Guy ha tenido la revelación del filósofo alemán, de donde proviene el artículo del *Gaulois*, del 30 de diciembre de 1880, sobre *La Lisistrata moderna*, artículo que se debe tener en cuenta a pesar de la excesiva vulgarización del pensamiento del autor de *El Mundo como Voluntad y como Representación.*

Debido a que no quiere disgustar al público femenino del periódico, Maupassant comienza prudentemente: *A pesar de mi profunda admiración por Schopenhauer, había juzgado hasta este momento sus opiniones sobre las mujeres, sino exageradas, al menos poco concluyentes.* Las resume: las mujeres son niños grandes, la madurez de su espíritu se ve detenida a los dieciocho años; son fútiles; su razón es débil; su propensión a la injusticia, «su perfidia instintiva y su invencible inclinación a la mentira» son señas características.

Entre tantas otras heroínas, la «Mujer de Paul», Mosca, Yvette, plantean perfectamente el problema de la mujer según Maupassant. Si ellas claman por la verdad, su galería no es menos una rematada perfidia y él les achaca generosamente todas las traiciones de su elemento preferido. El abad Marignan, de *Claro de Luna*, las odia como el cura de *Una Vida*. Aquí está, eterna: *La Mujer era para él el niño doce veces impuro del que habla el poeta* (...) *el ser débil, peligroso, misteriosamente turbador*...Ella aparecía de este modo a Paul, que va a matarlo sin querer: *Ella le arroja esa mirada enigmática, esa mirada pérfida que aparecía tan rápido en el fondo de la mirada de la mujer*... Ella ama su vértigo, al que se abandona, como Yvette... Y luego, cuando se ha caído, se cae siempre más bajo, más bajo. Es Manon. Guy la admira, la teme, la desea, la desafía. Y no ve demasiadas excepciones. *Observa los medios que emplean las más honestas para obtener de nosotros lo que quieren* (...) *Siempre lo consiguen, querido, sobre todo cuando se trata de hacernos esposar*.

Esta Manon de agua, Melusina de salón o de acera, reina sobre el hombre a la manera de Lisistrata, y según Schopenhauer. *El amor, esa función bestial del animal, esa*

trampa de la naturaleza, se ha convertido en sus manos en una arma de dominación terrible.

Ahora bien, esta arma, hacia los años 1884-1885, ¡la mujer pensaba en abandonarla! Presentando lo que va a ser el feminismo, Maupassant, bien informado de las ideas que estaban latentes en el ambiente, anota con una sensibilidad ultra rápida: *Nuestra soberana va a convertirse en nuestra igual. Peor para ella.* Este rasgo hace pensar en una viñeta del pequeño diario ilustrado de los años 1900, en donde se ven a dos sufragistas del Barrio Latino discutir sobre la acera, en la calle Soufflot, ante dos «mujercitas» sentadas en la terraza de un café. Las primeras dicen: «Queremos ser sus iguales.» Las segundas: «¡Nosotras preferimos permanecer siendo sus amantes!» Nada de sorprendente en que el autor de *Yvette* sea de esta segunda opinión. En estas condiciones, como se ve en la comparación entre Gigi e Yvette y sus autores opuestos, el amor no puede ser en efecto más que una guerra, *la tierna guerra*, según la agraciada expresión de Marcel Achard. *Mire usted, Señora, sea cual sea el amor que una al uno y al otro, el hombre y la mujer siempre son extraños de alma, de inteligencia, siempre permanecerán beligerantes*[1]*...*

Todo lo que Guy les pide, y va a pedir cada vez más, es ocultar por su belleza afectada la abominable naturaleza: *Así son algunas mujeres, flores de ensueño únicamente, ataviadas de todo cuanto la civilización ha puesto de poesía, de lujo ideal, de coquetería y de encanto estético en torno a la mujer, estatua de carne que despierta apetitos inmateriales en tanto grado como la fiebre de la sensualidad.*[2]

En una perspectiva ortodoxa schopenhaueriana, esta idealización no es más que un pretexto para cuestionar todo en una agotadora insatisfacción. Él es perfectamente consciente. *La auténtica mujer que me gusta a mí es la Desconocida, la Esperada, la Deseada, aquella que frecuenta mi corazón sin que mis ojos hayan visto su forma, y cuya seducción se alimenta de*

[1] *El Leño*, 26 de enero de 1882.

[2] *La Belleza Inútil*.

todas las perfecciones soñadas[3]... La buscará tanto como pueda, y recomenzando todos los días. Esta mujer no existe y él lo sabe.

Aquí lo tenemos llevado por la confesión capital:

Nunca he amado[1].

[3] *La Venganza.*

[1] *Carta encontrado a un ahogado*, 8 de enero de 1884.

5.

La calle de Montchanin o el «domicilio de un chulo caribeño» – La muerte en el espejo – Tourgueneff y la «segunda fase» fantástica – Obsesión de su propia imagen – Las Catacumbas de Palermo – Un Vikingo ante el Olimpo – Bel-Ami y la muerte de Hugo – La línea de partición de las aguas.

Esa noche el tiempo era suave en París, y unas fragancias azucaradas de castaños en flor llegaban desde el parque Monceau. En su nuevo domicilio, cerca del vecino Gounod, al qué podía oír tocar el piano, Guy realizaba las pruebas que acababa de llevarle el *Gil Blas*.[1]

Se levanta dirigiéndose hacia la ventana de ese pequeño palacete particular del número 10 de la calle Montchanin[2], que pertenece a su primo Louis Le Poittevin. Muy cerca de la plaza Malesherbes, se trata de una vivienda coqueta en un barrio de moda, bien plantada sobre sus tres pisos, de un gótico Viollet-le-Duc no demasiado visto. No hace más que cinco años que se ha acabado de construir. El escritor ocupa la planta baja desde abril de 1884, mientras que Louis se ha instalado en el primer piso. Algunos cientos de metros únicamente separan la calle Dulong, de la calle Montchanin, sin embargo es una migración desde los Barignolles en busca de los artistas, hacia los verdores «selectos» del Parque Monceau. Al igual que París, Maupassant se desplaza hacia el Oeste.

A veces, un coche toma por la corta calle provincial, yendo hacia los Campos Elíseos. El piano de Gounod se apaga.

El apartamento en el que trabaja el escritor es aquél que Goncourt bautizará como «el domicilio de un chulo caribeño». Cuando se ha instalado, Guy ha discutido mucho tiempo con los obreros, particularmente con los decoradores. No puede soportar las paredes denudas. «Se complace por turno dejándose sumergir en las olas del rojo granate del comedor, del azul Luís XVI de su

[1] Del 6 de abril al 30 de mayo de 1885, aparición de *Bel-Ami* por entregas.

[2] Actualmente calle Jacques-Bingen.

salón, del amarillo dorado de su dormitorio», dice con acierto Albert-Marie Schmidt.

Maupassant, novelista objetivo, considera el decorado como revelador de los personajes. Él lo es tanto como autor. Ahora bien, en esos años todavía se trata de un domicilio persa a lo Loti. Entre las camas Enrique II y los aparadores Renacimiento, las extrañas pieles, los santos italianos policromos, las casullas y las estolas que adora este agnóstico que los transforma en mantel de mesa, se puede encontrar la mala pintura florida, de Gervex a Meissonier. No se puede uno imaginar un mentís más disparatado de si mismo que ese taller acondicionado por un hércules que tendrá gustos de mujer galante: cabezas de ángeles doradas, vidrieras con hierro forjado encerrando vitrales multicolores, plantas de interior, tinturas y alfombras. Dominando la mesa de caoba estilo Luís XVI, un enorme Buda flanqueado de dos santos barrocos promete al escritor un nirvana schopenhaueriano.

Ese rudo marino, ese poderoso caminante, ese luchador, ese enamorado del aire puro y de las aguas vivas, ese amante de la sencillez vive en el invernadero delirante de *La Curée*. Trata sus flores de igual modo que a *las mujeres de los harenes*. *La corola oculta como misteriosa boca atractiva, azucarada, mostrando y desenvolviendo los órganos delicados, admirables y sagrados de estas divinas criaturas, que sienten y no hablan...* [1] La alusión es transparente. En el aire sobrecargado, los pesados perfumes vegetales de la época merodean, casi visibles.

Albert-Marie Schmidt lo justifica: se trata de su primer auténtico apartamento. Guy no tenía bastante sitio y sus domicilios posteriores serán más sobrios. Cierto. Eso no impide que en tiempos de *Bel-Ami*, Goncourt tenga todavía razón, denunciando ese decorado revelador «que parece satisfacer el ideal del mobiliario soñado por el poseedor de un Gran Burdel en la avenida del Sufre (...) ¡el mobiliario perfecto de las putas!».

En efecto, la sexualidad que emana de ese domicilio constituye uno de los aspectos esenciales de la novela que parte para la imprenta paquete a paquete, pero las perspectivas serían

[1] Un caso de divorcio.

falsas si no se estudiase su doble, la angustia. La sexualidad es para Maupassant el tema de la vida, la angustia el tema de la muerte y ambos están relacionadas como las serpientes del caduceo.

Un escritor se revela en la medida en la que se DEJA LLEVAR. Ahora bien, Maupassant se deja llevar tan frecuentemente por la muerte como por la vida. *Pensaba en las moscas que viven algunas horas, en los bichos que viven algunos días, en los hombres que viven algunos años, en las tierras que viven algunos siglos. ¿Cuál es la diferencia entre unos y otros? Algunos amaneceres más, eso es todo*[1].

Canto desesperado, a pesar de la banalidad. Pues si el bello Guy se acomoda gallardamente a la condición humana en el ámbito sexual (no obstante con un disgusto marcado por el embarazo, la tristeza después del acto y el temor a las enfermedades), no puede soportar la idea de la muerte. *Desde hace algún tiempo*, leía sobre las pruebas con fuerte olor a tinta, *creía advertir en el aire encerrado del cuarto un olor sospechoso*... Las narices se dilatan. Se levanta de nuevo, presa de una alucinación, ese extraño poder del novelista que transmite la vida a la obra, esa ingenuidad que le permite llorar sobre sus héroes cuando son desdichados y gozar con ellos. Se acerca hacia un espejo. Se observa. Los cabellos caen en bucles encima de la frente cuadrada, e hilillos de plata los cruzan. La frente es poderosa, equilibrada, bien organizada, en dos entradas iguales, pero dos profundas arrugas la barren horizontalmente, al nivel de las cejas. Si estos surcos llevasen un nombre como los ríos, sobre esta hidrografía de un rostro, se les llamaría la Mujer y la Muerte.

La nariz recta es poderosa, casi leonina, las fosas nasales dilatadas sobre el triunfante bigote. Bajo el labio inferior, el hoyuelo valora el mentón. Aquél se localiza encima del cuello de toro, que emerge de un torso alargado. Un poco más y sería un bocio. El hombre es un hipertiroideo.

Guy no puede desprenderse de esta visión.

– *Siempre ese extraño* – murmura.

[1] *Una Vida*.

Las narices olfatean el olor de Croisset, recordado por el tufo a tinta de las pruebas como por las frases que allí están escritas. La muerte está en el espejo y le acecha.

Un espejo interrogado llama al Doble. Al otro. A sí mismo. «Ese desconocido vestido de negro y que se me parece como un hermano... » Al mismo tiempo que *Bel-Ami*, el tema antes revelado en *Héraclius Gloss* se ha amplificado. Algunos meses antes, Guy ha terminado *Carta de un Loco*, esbozo lejano del *Horla*. El espejo desempeña allí un papel esencial. En esta variación, un hombre vuelve la espalda a su armario de espejo. *Tiene una extraña mirada y las pupilas muy dilatadas.* Un ruido se produce tras él: *Me incorporé volviéndome tan deprisa que estuve a punto de caerme. Se veía como en pleno día, ¡pero no me vi en el espejo! Estaba vacío, claro, lleno de luz. Yo no estaba dentro, y sin embargo me hallaba enfrente...* Un ser desconocido se ha deslizado entre él y su reflejo, invisible y opaco. *Y he aquí que empecé a verlo envuelto en bruma en el fondo del espejo, en una bruma como a través del agua; y me parecía que aquella agua fluía de izquierda a derecha, lentamente, volviéndose más preciso segundo a segundo...*

Este efecto de eclipse hace pensar en las mejores páginas de ciencia ficción que anuncia. ¡De repente, qué artificiales e infantiles aparecen sus obras fantásticas de diez años atrás, el *Doctor Héraclius* y *La Mano Disecada*! Refinado, Guy ha comprendido perfectamente la lección de Tourgueneff: lo fantástico es tanto más eficaz cuanto más se aproxime a lo banal. *Nadie mejor que el gran novelista ruso supo hacer pasar por el alma ese estremecimiento de lo desconocido velado* (...) *Con él, se siente bien el miedo vago de lo Invisible, el miedo a lo desconocido que está detrás del muro* (...) *No entra a saco en lo sobrenatural, como hace Edgar Poe o Hoffmann; cuenta historias sencillas donde introduce algo un tanto vago, un tanto perturbador*[1]*...*

El análisis es concluyente: *El escritor ha buscado los matices, ha merodeado en torno a lo sobrenatural en vez de*

[1] 25 de julio de 1884. *El Miedo*.

meterse en él. Ha encontrado efectos terribles permaneciendo en el límite de lo plausible.

Esto es lo que Maupassant intenta a partir de ahora, en su segunda fase fantástica.

Se seca la frente, bañada por un malsano sudor. El ojo derecho le molesta. Tassart llama a la puerta y entra sin que Guy lo haya oído. François dirá: «Hacia 1885, cuando estaba en plenitud de su salud física y psíquica, Guy de Maupassant tenía extrañas alucinaciones. Lo he visto más de una vez detenerse en medio de una frase, con la mirada fija en el vacío, la frente arrugada, como si escuchase algún ruido misterioso. Este estado no duraba más que algunos segundos, pero retomando la palabra, hablaba con voz más débil y espaciaba cuidadosamente sus palabras... » François vio bien. El rasgo es fulgurante: *El hombre que regresa al mundo*.

Protesta, molesto.

– ¿Qué sucede? ¡Le había dicho que no me molestase nunca mientras escribo!

– Se trata de una carta urgente de la Señora Condesa.

– ¿Cuál de ellas? ¡Había ocho cenando la semana pasada!

– La Condesa Potocka, señor.

Maupassant toma la nota, la abre y queda absorto.

– ¿Se encuentra bien, señor?

– Tráigame la antipirina y déjeme.

La Muerte y la Condesa, ¡qué bonita fábula! En *Fuerte como la Muerte*, otro revelador título, volverá al tema de la muerte en el espejo. La Condesa de Guilleroy, – otra más – acaba de perder a su madre: *Ella creía, en efecto, sentir algo así como una vaga comezón, la marcha lenta de las arrugas de su frente, el hundimiento del tejido de las mejillas y la garganta, y la multiplicación de esas innumerable pequeñas huellas que ajan la piel fatigada. Como un ser afectado de un mal devorador, como un constante prurito obligado a rascarse, la percepción y el terror de ese trabajo abominable y menudo del tiempo que transcurre tan aprisa le dejan en el alma la irresistible necesidad de constatarlo en los espejos. Ellos la llamaban, la atraían, la obligaban a acercarse, con los ojos*

fijos, ver, volver a ver, reconocer sin cesar, tocar con el dedo, como para asegurarse mejor de la inefable usura de los años (...) *Eso se convirtió en algo enfermizo, en una obsesión...*

No hay otra palabra.

Guy confiará, este mismo año de 1885, a la Sra. X[1]: *Fijando durante tiempo la mirada sobre mi propia imagen reflejada en un espejo, creo perder a veces la noción de mi mismo. En esos momentos, todo se oscurece en mi espíritu y encuentro raro ver allí esa cabeza a la que no reconozco. Entonces... me parece curioso ser lo que soy...es decir alguien...*

Cuando aparece publicada *Bel-Ami*, Guy de Maupassant está exteriormente sano como una manzana, en posesión de la totalidad de su razón. Sin embargo, la obsesión está en él. No se puede leer sin emoción, en las mismas confidencias anteriores, lo que añadía: *Siento que si ese estado durase un minuto más, me volvería completamente loco.*

La palabra «loco» carece de sentido para los alienistas, pero la evolución de la sífilis hacia la parálisis general iba apareciendo.

Esta obsesión por su propia imagen, Guy de Maupassant la ha concedido al basto Bel-Ami y regresa en el libro como un leitmotiv. Resulta divertido lo que escribe. Por ejemplo, ese momento en el que Bel-Ami visita por primera vez la casa de su protector Forestier. Vestido de estreno, no se reconocía en el espejo: *Y de pronto, percibió, frente a él, a un caballero muy bien vestido que lo miraba*. Loco de alegría después de haber sido recibido por la bella Sra. de Marelle, Bel-Ami *saluda muy bajo, como se saluda a los grandes personajes*.

Convertido en rico estafando a su mujer la mitad de la donación legada por el amante de ésta (tema familiar), Bel Ami entra con ella, en la oscuridad: *Para iluminar los escalones, el periodista encendía de vez en cuando una bujía. Llegando al descansillo del primer piso, la llama surgiendo por efecto del frotamiento, hizo surgir en el espejo sus dos figuras iluminadas en medio de las tinieblas de la escalera. Parecían fantasmas aparecidos y dispuestos a desvanecerse en la noche*. Maupassant precisa por una frase teatral: *Duroy* (Bel-Ami) *levanta la mano*

[1] *La Grande Revue*, 25 de octubre de 1912

para iluminar bien sus imágenes y dice con una risa triunfal: «He aquí a dos millonarios que pasan.»

Bajo la suave luz amarilla del petróleo que él prefiere para trabajar a la brillante llama del gas o a la joven electricidad, el escritor se sumerge en el pesimismo de Norbert de Varenne: *Llega un día, mire usted, y llega pronto para muchos, en el que se acaban las risas, como se suele decir, porque detrás de todo lo que se mira, es la muerte lo que se va a percibir*.

Maupassant se detiene un instante y corrige:

La muerte que se percibe.

Sonríe débilmente al recuerdo de Flaubert. La sonrisa se apaga a medida que relee: (...) *No queda nada de mí, del hombre radiante, fresco y fuerte que era a los treinta años. He visto teñirse de blanco mis cabellos negros y con qué lentitud sabia y cruel. Me ha tomado mi piel fina, mis músculos, mis dientes, todo mi cuerpo de antaño, no dejándome más que un alma desesperada que se llevará muy pronto también.*

En el silencio del invernadero dónde apenas se escucha el péndulo del reloj, el escritor echa hacia atrás su silla que chirría... chirría como chirriaban cinco años antes las cuerdas del ataúd de Flaubert, en Croisset. *Y yo, dentro de cuanto tiempo seré como Norbert de Varenne, dentro de diez años, de cinco... ¡Ah! todas las religiones son estúpidas, con su moral pueril y sus promesas egoístas, monstruosamente estúpidas. Solo la muerte es cierta.*

Maupassant no ha leído la nota que le ha dejado François. La caprichosa condesa ha de esperar. Se va a acostar. Pasa furtivamente ante el espejo, mirando de reojo. Maquinalmente se frota el ojo derecho.

El 15 de abril de 1885, el pintor Gervex y el periodista Georges Legrand están con Guy en Roma, en la negra luz de la primavera italiana. Henri Amic, novelista y autor dramático, al que Guy acaba de conocer en casa de la Sra. de Eugène Yung[1], se une a ellos en Nápoles. Guy adora viajar cuando acaba una novela. No le ha gustado Venecia, demasiado mórbida para que

[1] Antiguo director de *La Revue Bleue*.

no esté afectado, pero ha admirado apasionadamente Verona. Encuentra Roma horrible. ¡Incluso la pintura! *El Juicio Final de Miguel Angel parece un lienzo de feria, pintado para una barraca de luchadores por un carbonero ignorante. Esa es la opinión de Gervex y la de los alumnos de la Escuela de Roma con los que he cenado ayer.*

Embaucado por los artistas, el día 16 abandona Roma por Nápoles. ¡He aquí una ciudad! ¡Ah! la calle de Chiaïa, los chulos fanfarrones, las morenas insolentes de piernas peludas, los mendigos piojosos, las gitanas que ponen dos dedos en cuerno para conjurar la mala suerte, atrapando a manos llenas un tesoro valioso, los pobres que calientan su pasta al aire libre, mientras que un holgazán canta *Santa Lucía*, las pizzerías de aliento ardiente y las iglesias barrocas que engarzan cráneos en el mármol de las pilastras. Adora Nápoles, sembrado de todos los olores y con su población en *movimiento, gesticulante, chillona, siempre excitada, siempre febril.*

– ¡Por pocas ganas que se tengan, esos rufianes os ofrecerían acostarse con el Vesubio!

¡Ah! ¡se pagan las buenas compañía, de lo confesable y lo inconfesable! Almuerzan pasta con marisco y pizza en la brasería Pallino, escalan al Vomero, atraviesan la Torre del Greco, visitan Herculano y suben al Vesubio por el funicular de Funiculi-Funicula. Guy prefiere la costa, Sorrente, Amalfi, Salerno y Paestum. Es feliz sobre la tartana que los conduce a Capri, pastel de miel sobre el mar azul, y hacia Ischia la negra. El 15 de mayo, los viajeros han atravesado el estrecho de Mesina, entre Charibde y Scylla. Desde Catania, Guy escribe a Hermine Lecomte du Noüy: *Me levanto a las cuatro o cinco de la mañana, y luego me desplazo en coche o camino. Veo monumentos, montañas, ciudades, ruinas, templos griegos sorprendentes o paisajes extraños, y luego unos volcanes, pequeños volcanes que escupen lodo, y grandes volcanes que escupen fuego. Voy a partir dentro de una hora para realizar una ascensión al Etna.*

Piensa regresar a París a comienzos de junio, luego hacer una cura de salud en Châtel-Guyon, *pues mi estómago no está demasiado bien y mis ojos tampoco del todo*. Volverá a pasar

pronto por Roma, donde será huésped de conde Primoli, en el Palacio Primoli, vía Torre di Nona. Es en esta época cuando se produce el episodio del burdel con Paul Bourget.

En la Villa de Angri de Palermo, el célebre escritor francés ha querido ver el apartamento en el qué Wagner escribió las últimas notas de *Parsifal*.

– Sí, *signor*, el gran diván estaba en medio de la habitación y él estaba recubierto de tinturas brillantes y adornadas de oro.

Pensativo, Guy se dirige a la ventana; estudia los jardines, luego se acerca de pronto hacia el espejo. Ha tenido un instante de sorpresa encontrándose con su reflejo intacto.

– Fue ahí dentro donde el Sr. Wagner guardaba su ropa después de haberla humedecido con fragancia de rosa.

La puerta chirría estruendosamente.

– Este olor no se irá nunca, *signor*.

Y he aquí que en el Museo, Maupassant cae rendido ante un extraordinario Carnero de bronce, encontrado antaño en Siracusa. Está fascinado por este insólito testigo de la religión de los tiranos, su autenticidad, su extrema audacia y permanece una hora *ante ese macho que parece contener toda la animalidad del mundo* (...) *Esa cabeza de animal parece una cabeza de un dios, de un dios bestial, impuro y soberbio.*[1]

Guy no puede librarse de esta estupefacta materializaron de la *humanimalidad*. Otros seres hace tiempo han dicho con otros medios, lo que él quiere decir. Él es su hermano, y hermano de este animal. *Hay que sentir – todo está ahí – hay que sentir como un animal lleno de nervio que comprende que ha sentido y que cada sensación sacude como un temblor de tierra, pero no hace falta decir, no es necesario escribir – para el público – que uno ha sido afectado*[2].

Precisará a veces esta emoción, furtivamente, con una especie de vergüenza: *Siento estremecerse en mi algo de todas las especies de animales, de todos los instintos, de todos los deseos confusos de las criaturas inferiores*.

Sale del museo, a pleno sol, como de un templo. Acaba de ver lo que subsiste de animal en el hombre.

[1] *La Vida errante*.

[2] *Ibid*.

Aparte de Henri Amic, de Legrand y de Gervex, todo un grupo festeja con el joven príncipe Scalea y el vizconde de Serionne, que se encontrará incluso casado a consecuencia de sus escapadas, hecho que hará desternillarse a Guy. Por la noche, él hace su habitual número, cabellos crepitando en la noche, jactándose de comer carne humana, exhibición faunesca, etc. ¡Ah! ¡el alegre compañero!

Sin embargo, en el transcurso de sus paseos por Palermo, ha encontrado en varias ocasiones *una extraña fotografía que representa un subterráneo lleno de muertos, de esqueletos con un rictus terrible extrañamente vestidos*. De regreso al hotel, Ragusa-Moletti, uno de los amigos italianos, le ha dado la misma respuesta que los habitantes de la ciudad:

– ¡No vaya a ver ese horror! ¡Es algo horrible, salvaje, que no tardará en desaparecer! ¡Además, ya no se entierran más ahí dentro! ¡Por fortuna!

¡No es necesario más! Una mañana, Guy tira de la campanilla de la Catacumba de los Capuchinos. Un viejo monje, con el capuchón sobre los ojos, abre la puerta y, sin incluso escuchar las pocas palabras en italiano de Maupassant, le da la espalda, haciéndole señas de que le siga.

Descienden por una amplia escalera de piedra y desembocan en una inmensa galería. Miles de muertos vestidos, colgados, acostados, de pie sobre la tierra, irrisorias marionetas, lo miran. Un letrero, colgado del cuello, indica su nombre y la fecha de su muerte. Los últimos han sido colocados allí en 1882. *¡He aquí pues lo que era un hombre hace tres años! ¡Eso vivía, reía, hablaba, comía, bebía, estaba lleno de alegría y esperanza! ¡Y helo aquí!*

La tierra siciliana tiene la singular propiedad de momificar los cadáveres en un año. La familia los hace entonces desenterrar y colgar en una galería.

Guy recorre la zona de las mujeres, *más grotescas todavía que los hombres pues se les ha ataviado con coquetería. Las cabezas os miran, embutidas en unos gorritos con encajes y cintas, de una blancura nívea alrededor de esos rostros negros, podridos, corroídos por el extraño trabajo de la tierra. Las*

medias parecen vacías y encierran como sacos los huesos y las piernas. Don Juan analiza su harén fúnebre: *Aquí están las muchachas, las repugnantes muchachas. Se dirían unas viejas, muy viejas, con un rictus exagerado. Tienen dieciséis años, dieciocho años, veinte años. ¡Qué horror!*

¡Y los niños que sus madres vienen a ver! ¡Y los sacerdotes, cubiertos con sus ornamentos, negros, rojos y violetas!

Con una inquietante elocuencia, el guía cuenta historias que el mal conocimiento del italiano en Maupassant hace todavía más hoffmannesco, como la del borracho dormido que, encerrado por descuido, se despierta en plena noche y se vuelve loco. Además, se ha instalado una campana. De vez en cuando suena...

Cuando Guy encuentra en el aire libre el poderoso perfume de aromas quemados y vuelve a ver la tranquilizadora silueta en pan de azúcar del Monte Pellegrino, se hace conducir en coche a Tasca, bajo los naranjos de la Cuenca de Oro. Pronto partirá hacia la Grecia siciliana, Segeste, Agrigente y Siracusa.

El normando, acostumbrado al césped que viene a lamer las olas grises de la Mancha, ama esas *plantas guerreras, espesas, armadas y acorazadas* que atiborran las landas. Admira Segeste... *sus treinta y seis columnas dóricas, sobre el inmenso paño verde que sirve de fondo al enorme monumento, de pie, solo, en ese campo ilimitado*. Agrigente lo maravilla: *Sobre la cresta de una larga costa, pedregosa, completamente desnuda y roja, de un rojo ardiente, sin una hierba, sin un arbusto, y dominando el mar, la playa y el puerto, tres templos soberbios se perfilan, vistos desde abajo, sus grandes siluetas de piedra sobre el cielo azul de los países cálidos*...

Sicilia le ha mostrado Grecia y el Vikingo estupefacto ve ante él levantarse el Olimpo. En Siracusa, después de la Bestia y la Muerte, le esperaba la propia Venus, sublime hembra de mármol, la hembra tal y como es, tal y como se la ama, tal y como se la desea, tal y como se la quiere abrazar, rolliza, el pecho prominente, la cadera poderosa y la pierna un poca pesada... Se defiende de esta emoción que lo invade, sonriendo por que la diosa está decapitada. *¿No tiene cabeza? ¡Qué*

importa! ¡El símbolo está más que completo! Y es también la ocasión de volver a *la trampa humana adivinada por el artista antiguo* (...) *el alarmante misterio de la vida*[1].

La conclusión es grandiosa: *Ese gesto sencillo y natural, lleno de pudor y de impudicia que oculta y enseña*, (¡excelente! ¡El gesto y la postura en dos palabras!) *desvela y revela, atrae y elude, parece definir toda la actitud de la mujer sobre la tierra*.

Como el Carnero, la Venus pagana respondía a las marionetas mórbidas del Occidente cristiano.

Sin embargo, Maupassant no olvida sus asuntos. Escribe en primer lugar a Zola para excusarse por su silencio respecto de *Germinal*, que acaba de aparecer publicada. Tiene dos justificaciones. Sus ojos están tan fatigados que ha tenido que hacerse leer el libro por Henri Amic.

La obra le gusta siempre mucho más que el hombre. *Usted ha conseguido conjugar tal masa de humanidad conmovedora y bestial, detallándola tanto en sus miserias como en sus lamentables estupideces, hace hormiguear a tal muchedumbre terrible y desoladora en medio de un decorado admirable, que nunca libro alguno, seguramente ha contenido tanta vida y movimiento* (...) *Además espero hablar de* Germinal *todos los días en este país donde se le quiere a usted infinitamente*.

Resulta curioso que Guy de Maupassant, quién rechaza toda militancia, haya sentido la violenta originalidad de *Germinal*, primera gran novela sobre la condición obrera.

El 1 de junio, en Roma, Guy recoge su correo. ¡Y bien! ¡*Bel-Ami* ha provocado un estrépito! ¡Ha generado una protesta airada en la prensa francesa, mucho más fuerte de lo que preveía en sus palabras a François. El normando escribe enseguida al redactor jefe de su propio periódico, el *Gil Blas*: *Parece creerse que he querido en el periodico que he inventado,* LA VIE FRANÇAISE*, hacer la crítica o más bien el proceso a toda la prensa parisina. Si hubiese elegido por marco un gran periódico, un verdadero periódico* (subentiéndase: como el *Gil Blas*)*, aquellos que se enfadan tendrían absolutamente toda la razón contra mí; pero he tenido cuidado, al contrario, de tomar*

[1] *La vida errante*.

una de esas hojas sospechosas, especie de agencia de una banda de manipuladores políticos y de saqueadores de bolsas, como existen algunos, desgraciadamente (...) *Queriendo analizar a un crápula, lo he soltado en un medio digno de él a fin de dar más relieve a ese personaje* (...) *Ahora bien, ¿cómo se ha podido suponer un segundo que yo hubiese tenido el pensamiento de sintetizar todos los periódicos de Paris en uno solo?* (...)

¡Desaprueba a su héroe, ese golfo, ese bribón, ese canalla, ese crápula! Y he aquí que Bel-Ami *se ha servido de la Prensa como un ladrón se sirve de una escalera. He descrito el periodismo sospechoso como se describe el mundo sospechoso. ¿Está eso prohibido?*

Es complicado. Desde luego, los colegas sobrepasados por el insolente éxito de Maupassant han saltado a la primera ocasión, pero hay que decir, en su descargo, como Gilbert Sigaux, que él dejaba en esa novela «cantidad de alusiones transparentes» que nosotros no vemos y que «cada periodista podía descubrir...»

En resumen, ¡es hora de regresar!

En París, a pesar de ese escándalo, el éxito en las librerías permanece incierto. *Bel-Ami* mantiene a Guy en la capital. Es aún el 7 de julio: *Me muevo mucho para promocionar la venta, pero sin gran éxito. La muerte de Victor Hugo le ha dado un golpe terrible. Estamos en la vigésimo séptima edición, o sea 13000 vendidos. Como te decía llegaremos a veinte mil o veintidós mil. Está bastante bien, y eso es todo.*

En efecto, el extraordinario funeral bajo el Arco del Triunfo del 31 de mayo de 1885, obra maestra del desconocido arte de las exequias, polariza la atención del público. Como todo el mundo, Maupassant ha leído el explosivo testamento: «Lego cincuenta mil francos a los pobres. Deseo ser trasladado al cementerio en su coche fúnebre. Rechazo la oración de todas las iglesias, solicito una oración a todas las almas.» Se paralizan los negocios, el Consejo de ministros se reúne, mientras que el Consejo municipal cambia de nombre a la avenida de Eylau. La iglesia del Panteón se prepara para recibir al poeta. Se ha instalado el catafalco en el Arco del Triunfo, rodeado de

crespones coronando el conjunto con un velo enorme... Se siente la emoción... Los Comuneros están allí, regresando desde las sangrías de Versalles, con sus blusas a lo Courbet. Los coraceros a caballo dispersan a los manifestantes a golpes planos de sable.

Pese a su decepción profesional provocada por este alboroto, Maupassant tiene un verdadero temor; Hugo ha encantado al niño de Yvetot y de Ruán. ¡Todavía escucha a Flaubert declamar sus versos. Y él mismo, como recitaba con el corazón *Océano Nox*, por las noches, en el Sena! ¡Pero *Bel-Ami* puede eclipsarse en esta borrasca! En fin, la venta se normaliza. ¡Uf! Guy va a poder salir del apuro[1].

Guy va a Châtel-Guyon a realizar la cura de salud anunciada a Hermine Lecomte du Noüy. Esta estación termal acaba de ser inaugurada por su amigo el Dr. Potain. Desde su primera estancia en Châtel-Guyon, en 1883, Maupassant piensa en utilizar su conocimiento obligado de las estaciones termales. En la casa del Dr. Baraduc, médico inspector de las aguas minerales, amigo de su padre, Maupassant esboza una nueva novela.

Esos últimos años han sido de una sorprendente fecundidad. En 1883, Maupassant ha publicado *Una Vida*, *Los Cuentos de la Becada*, en volumen, y muchos otros en la prensa, entre los que se encuentran el *Sr. Yocasta*, *el tío Milon*, *Cocotte, ¿Él? Miss Harriet*. En 1884, salen en la antología *Claro de Luna, el Barrilito*, *El collar, La herencia*, *Las hermanas Rondoli, La tia Sauvage, Yvette, ¡Camarero, una caña!* y, sobre Châtel-Guyon, *En vagón, Carta de un Loco, La pequeña Roque, Los cuentos del Día y de la Noche* y una buena parte de los esbozos de las condesitas.

El año de *Bel-Ami* es capital. De entrada, esa novela propina un notable golpe a la sociedad de su tiempo. A continuación, la curva de la producción de su autor se reafirma. Llegando el éxito del cuento y del periodismo y la vocación de Maupassant

[1] El 12 de septiembre, habrán salido ya treinta y siete ediciones. Es comparable al éxito de *La Taberna*, aunque francamente inferior al de *Nana* (que vendió cincuenta y cinco mil ejemplares el primer día).

orientándose hacia la novela, es esta dirección la que eligió, de manera deliberada.

Entre 1880 y 1890, Maupassant publicará prácticamente toda su obra, o sea trescientos cuentos, seis novelas, tres relatos de viajes, un volumen de poesía y numerosas crónicas. La repartición de los géneros es interesante, porque, modificándose de año en año, jalona la evolución interna del escritor. Ha habido una docena de cuentos en 1881. Habrá más de cincuenta los años 1882, 1883 y 1884, volviéndose la demanda muy intensa. En 1885, se ralentiza: treinta. No por desafecto sino porque ha estado ocupado con *Bel-Ami*. Tranquilizado por el éxito de la novela, el escritor apuesta en ese sentido, en detrimento de sus *pequeñas historias*. 1886 y 1887 no verán más que una veintena cada uno; su número caerá a diez en 1889, a cinco en 1890. Por el contrario, la producción novelesca alcanzará una obra por año.

En 1885, Maupassant planta pues el cuento y el periodismo como los poemas cinco años atrás. La influencia de su madre, acerca de este benéfico plan, pesa en ese sentido. «Quisiera que aflojara el periodismo, los trabajos serios ganarían: pero los jóvenes tienen necesidad de dinero y habría que ser muy sabio para abandonar un medio tan fácil y tan rápido para procurárselo.»

El antiguo funcionario de la calle Royale, que ha franqueado una línea de partición de las aguas física a su regreso de Córcega, en 1880, acaba de franquear una línea de partición de las aguas moral. Ya no es, ya no será nunca más el autor de *Bola de Sebo* y de ese *Bel-Ami* cuyo tumultuosos triunfo acaba de liberarlo. Un nuevo Maupassant surge, aquél que querrá ser «el Balzac de las mundanas».

6.

Homenaje del propio Bel-Ami – Los modelos de Bel-Ami – La enigmática Madeleine Forestier – El harén de Duroy – Bigotes y melenas – El crak de la Unión General – Los entresijos del asunto tunecino – Ideas políticas del Señor de Maupassant – El Bel-Ami se hace a la mar.

En otoño de 1932, el cronista literario Fernand Vandérem se paseaba por la plaza de la Madeleine, en la esquina con la calle Royal, cuando se detuvo ante la tienda de libros de la librería Conard. Hojeaba los libros con esa pasión un poco cansina que conocen bien los coleccionistas, cuando dio un respingo de sorpresa. Sobre la guarda de la cubierta de un ejemplar ajado de *Bel-Ami*, acababa de reconocer la elegante escritura inclinada de Maupassant.

A la Señora B. Homenaje del propio Bel-Ami.

No había ninguna duda, la dedicatoria era de su puño y letra: elegante, cuidada, rápida, regular, las «d» curvadas, muchas letras aisladas testimoniando una discontinuidad nerviosa dominada por la voluntad que mantenía firmemente las líneas en equilibrio, una firma larga, redonda, orgullosa de sí. La firma de un nervioso que se domina. La misma brevedad de la dedicatoria (el patronímico estaba con todas las letras) y su brutal afirmación daban lugar a dos hipótesis.

Desde luego, se sabía entonces que Maupassant se había identificado a menudo con su personaje. En 1925, en *Le Mercure de France*, A. Guérinot escribía ya como un hecho corriente: «Pues Maupassant que, en cierta época, se hacía llamar Bel-Ami y llevaba un sombrero de tres picos...» Lo que confirmaba Georges de Porto-Riche, en *Bajo mis ojos*: «*Bel-Ami, soy yo*», decía riendo, en el momento de la publicación de su volumen; y cuando se le iba a visitar, se le encontraba a punto de trabajar con un enorme gorro adornado con el pequeño animal acuático que usted adivina. Por su parte, François Tassart encuentra el sobrenombre tan natural que, describiendo a su

señor maquillándose de negro para alguna broma, habla espontáneamente del «rostro de Bel-Ami[1]».

En fin, lo que no sabía Fernand Vandérem, era que esta dedicatoria no era única. Maupassant la reprodujo a menudo, con variantes como aquella, un poco debilitadas, aunque tenemos el nombre de la homenajeada*: «A la Sra. Pouchet su amigo muy abnegado Guy de Maupassant, llamado Bel-Ami*» (el ejemplar perteneció a la colección de Harry Alis[2]). O esta otra, no menos diáfana, a Hermine: *soy, señora, vuestro respetuoso amigo, llamado B.A. Maupassant*[3].

Bel-Ami, soy yo era entonces algo tan usual como «Madame Bovary, soy yo». Sin embargo Vandérem insertará una nota en *Le Bulletin du Bibliophile*.

El mejor crítico literario de la época, Albert Thibaudet, también quedaba perplejo: «De todos modos, ningún lector de la novela tendría la idea de ver en Bel-Ami a Maupassant...» Sin embargo, ese aserto tan contundente, no se generalizaba más que al condicional: «La frase de Maupassant indicaría, en definitiva, que pretendió hacer gala de una gran experiencia con las mujeres escribiendo la novela de un hombre que es un especialista con ellas[4].» A pesar de la negación inicial, eso ya suponía una importante semejanza.

Thibaudet enumeraba las diferencias. Bel-Ami no sabía escribir cuando Maupassant es un gran escritor; Bel-Ami promociona por las mujeres cuando Maupassant no les pide nada más que a ellas mismas, etc. Thibaudet hacía igualmente hincapié en una carta desde Roma, en la qué Maupassant desaprobaba a su héroe. Por el contrario, no podía dejar de apreciar las semejanzas no menos evidentes entre el autor y el personaje: la sexualidad, el arrivismo, el físico, el desdén por las mujeres, el ateismo, el amor por la provincia natal, el amor por el agua, el miedo a la muerte. Emile Zavie plantea: «¿No se decía ya «Señor Bergeret» para designar a Anatole France?» Él también, añadía, preocupado: «¿Y sin embargo?».

---

[1] *Nuevos Recuerdos.*

[2] Nº 288 del catálogo Pierre Benes. Diciembre de 1965.

[3] Colección Lecomte du Noüy.

[4] *La Nouvelle Revue Française*, 1 de noviembre de 1932.

En 1932, el recuerdo de Maupassant todavía estaba «protegido» por las «manos piadosas». ¿Tal vez hoy esté permitido pensar, puesto que se sabe que esta identificación era de uso común en el autor, que Maupassant era, en su propio espíritu, mucho más Bel-Ami de lo que Madame Bovary fue Flaubert?

Un joven aventurero en la miseria, antiguo soldado de húsares, lleva en París una pobre existencia en el paro. Duroy tiene bonitos bigotes, una prestancia que seduce a las mujeres y una conciencia flexible. Encuentra a un amigo de infancia, Forestier, cuya peculiaridad es hacerse escribir sus artículos por su esposa, Madeleine. Forestier, enfermo terminal de tuberculosis qué introduce a Duroy en el periodismo. Como Duroy, pronto llamado Bel-Ami, escribe con tanta dificultad como su protector, Madeleine Forestier elabora sus primeros artículos, convirtiéndose en su amante. Bel-Ami, que ha comprendido la ventaja de la situación, se va a servir sistemáticamente de las mujeres. Comienza por casarse con Madeleine cuando ésta enviuda. Cuando ha obtenido de ella todo lo que puede proporcionarle, se las ingenia para sorprenderla en flagrante delito de adulterio con un ministro. Ahora bien, ese ministro, en conciliábulo con un financiero, y utilizando el periódico en el que está empleado Duroy, hace uso de su situación para obtener información privilegiada de la situación en Marruecos lo qué lo enriquecerá. Esta vez, Bel-Ami ha jugado más fuerte que él. Divorciado, se venga raptando a la hija del financiero casándose con ella. Bel-Ami tiene todo: mujeres, honores y poderes. El mundo es una mascarada en el qué el éxito se concede preferentemente a los bribones.

En la época en la que aparece el joven funcionario de ediciones Conard, se daban en los ambientes periodísticos varios modelos para Bel-Ami. El personaje es una amalgama de periodistas fanfarrones y prestos a batirse por cualquier nimiedad, uno de los cuales, un antiguo suboficial muy apreciado por las lectoras del *Gil Blas*, René Maizeroy, llamado también el barón René Jean Toussaint, era menor que él seis

años. Maupassant había prologado la última obra de Maizeroy, *Aquellas que se atreven*, en 1883. Cuando se produce la aparición de *Bel-Ami*, Guy incluso daba instrucciones a Victor Havard para evitar a Maizeroy un mal trago: *Esta carta es confidencial. René Maizeroy me escribe que si no le presto trescientos francos de aquí a cuatro días no le queda más remedio que desaparecer. Le respondo que tengo todavía doscientos francos pendientes de que usted me los pague y que yo le autorizo a remitírselos.*

En este prólogo, Maupassant se libraba a las confidencias más cínicas. *Me sorprende que, en la vida de un hombre,* (la mujer) *pueda ser otra cosa que un pasatiempo fácil de variar, como una buena mesa o lo que se llaman los deportes* (...) *Nunca se me hará comprender que dos mujeres no valen más que una, tres mejor que dos, y diez mejor que tres* (...) *Conservar una siempre, me parecería tan sorprendente e ilógico como si un aficionado a las ostras no comiese más que ostras en todas las comidas de todo el año...*

La mujer era siempre la chuleta en la tabla del carnicero.

Maizeroy firmaba Coq-Hardi. Los ecos fonéticos Duroy-Bel-Ami, Maizeroy-Coq-Hardi son cuando menos turbadores. Además, Maizeroy tenía reputación de saber hacer escribir a las mujeres mejor que escribir el mismo.

Además de Hervé, el propio hermano de Guy, que había hecho su servicio militar en 1877, en los húsares, otro de los modelos fue el barón Ludovic de Vaux llamado Charles de Saint-Cyr, igualmente de la plantilla del *Gil Blas*. Antiguo suboficial reenganchado, que había inventado su título y se había convertido en un hombre importante del bulevar. Especialista en equitación, tiro y montería, asiduo del Café de las Variedades, «barón del chantaje, conocía todos los escándalos de Paris[1]». Publicó un pequeño ensayo sobre las armas, que Guy prologa igualmente[2]. Al barón lo muestra Maupassant como «uno de los primeros expertos en bastón y boxeo, infatigable en este ejercicio en el qué su musculatura de Hércules es maravillosamente apropiada. Nunca he visto a nadie ejecutar LA

[1] Goncourt.

[2] *Los Tiradores de Pistola*. C. Marpon y E.Flammarion. París, 1883.

ROSA CUBIERTA con tan gran rapidez como él. Imprime a su bastón tal movimiento de rotación alrededor de su cabeza, que esa parte del cuerpo se encuentra como abrigada bajo un sombrero impenetrable».

Hábil boxeador, diestro marino, «habría que ir a los Trópicos para encontrar un nadador que poseyese tanta resistencia y dureza como Maupassant». Sin embargo, en lo concerniente al tiro a pistola, objeto del libro, el barón de Vaux tiene sus reservas. Su amigo es demasiado fantasioso. ¡Dispara a los peces o a las cabezas de las ranas! Sí, pero a ocho metros, con un Flobert de 6 milímetros, acertando siete veces sobre diez a un hilo blanco extendido sobre un muro negro.

Esta fauna picaresca hormigueaba alrededor del *Gil Blas*, en la calle Glück, del mismo modo que los remeros en la Grenouillère diez años atrás. El barón ocupaba el primer despacho entrando a la izquierda. El mueble principal era el diván. Cuando hermosas visitantes iban a verle, el barón cerraba ostensiblemente la puerta pasando el cerrojo.

Guy frecuentaba la sala de redacción. *Allí dentro olía a cerrado, a cuero de muebles, a tabaco rancio y a imprenta; se sentía ese olor particular de las salas de redacción que conocen todos los periodistas.*

En ese ambiente pintoresco, utilizando el escándalo de *Bel-Ami* para la promoción de la casa y la suya, el novelista desplegaba un cinismo teatral que nada atemperaba. Ollendorf contó sobre los años 1900-1901 a su albacea literario Michel Georges-Michel, el futuro autor de *Los Montparnos*, que Maupassant recibía por aquel entonces mil francos por cuento, para gran estupor de los demás escritores que coincidían con él en la caja del periódico. Flamante y cínico, Maupassant blandía sus billetes nuevos exclamando:

– ¡*Esto es lo que te toca, Maupassant*!

Ferdinand Bac, en su juventud, se había cruzado con regularidad con Guy en el *Gil Blas*: «Era bajo, melenudo y poderoso. La mirada sombría, la tez curtida por el tostado del sol, llevaba unos cuellos de camisa muy bajos que mostraban su amplio cuello donde colgaba una corbata azul marino con

lunares. Daba la impresión de la timidez.» Un toro, pero un toro tímido. *El Toro* de Potter.

Jacques-Emile Blanche precisará mediante esta breve imagen: «Un aspecto muy de remero de Argentuil.» Porto-Riche lo analiza con más simpatía: «No parecía un hombre de letras. Era impasible, poco charlatán, huyendo de la elocuencia. Uno siempre se preguntaba si se aburría o divertía.» Y esto también era cierto. Una ciclotimia característica.

Uno de los rasgos más originales de *Bel-Ami*, es que, teniendo tantas dificultades para escribir, Duroy haya sido ayudado por una mujer. Debido a esa dificultad, se ha visto llorar a Maupassant.

Ahora bien, Maupassant también se encontró en la vida con una «Sra. Forestier», Hermine Lecomte du Noüy, la vecina de Étretat, cierto, pero también otra Musa, más misteriosa, anterior.

En una crónica todavía firmada Maufrigneuse, del 10 de noviembre de 1881, *Políticas*, Maupassant contaba: *Quiero discretamente, contar la historia vivida hace tiempo, de una joven muchacha y joven mujer, en una gran ciudad del centro de Francia. Su padre, viejo juez sabio, la atiborró de historia y sobre todo de memorias.* (...) *en lugar de soñar en los amores enmascarados que seducen a las señoritas con el claro de luna, imaginaba grandes complicaciones europeas, dificultades inexpugnables donde se confundían todos los ministros y que ella lograba desembrollar por el poderío y la sutilidad de sus consejos dados en secreto al hombre de Estado que ostentaba su distinción.*

(...) *Habiéndose casado, a la fuerza, con un funcionario de espíritu débil y limitado, vivió correctamente a su lado sin que él sospechase nunca sus interiores* (...) *Muerto su padre, supo hacer llamar a su esposo a París. Poco tiempo después, éste murió también...* (...) *Se dejó ver por las sesiones de la Cámara, y, pacientemente, estudió a todos los políticos en los qué Francia podía depositar sus esperanzas. Por fin eligió a uno* (...) *fue emocionado, seducido poco a poco* (...) *él quería verla, ella se oponía... Cada semana él recibía una extensa carta semejante a un informe de embajador* (...) *A veces, en sus*

discursos (...) *repetía textualmente páginas enteras de su correspondencia anónima* (...) *Esos días, los periódicos proclamaban que él se había superado.*

Con el corazón agradecido, el espíritu exaltado, la inteligencia seducida, declaró por fin a su desconocida que rompería toda relación si ella no consentía en convertirse en su amiga visible. (...) *se amaron con una ternura hecha de razón, de equilibrio moral y europeo, de geografía y de concordancias intelectuales. Ella fue su amante sin embargo; ¡ pero poco !*

Desde luego, Maupassant describía perfectamente ahí a Léonie Léon, la Musa de Gambetta. Sin embargo, hay fuertes razones para suponer que una hermana desconocida de esta mujer guió su mano[1].

Si se decía que Maizeroy hacía escribir sus novelas, si se sospechaba que lo mismo hacía el barón de Vaux, si el Maupassant del principio tal vez había sido socorrido en este sentido, si las historias abundan sobre escritores o políticos ayudados por consejeras tan refinadas como secretas, si Willy pronto aparecerá *negro* y amante de Colette, Willy, auténtico personaje de Maupassant, si recientemente un proceso ha podido aparecer verosímil, el de los herederos de Julia Daudet, afirmando que ésta estaba detrás de gran parte de la obra de su marido, era porque eso era de uso corriente. En la sociedad del siglo XIX, muchas mujeres eludían los tabúes de las conveniencias actuando a la sombra de hombres.

La imagen de la señora Forestier se engrandece pues hasta límites de algo típico.

De igual modo que el regreso de circunstancias paralelas arroja sobre el Maupassant de *Bel-Ami* un enfoque político de brutal actualidad, la tendencia de nuestra época a estudiar de cerca la sexualidad favorece también su comprensión. El ascenso de Maupassant, y en particular el de Bel-Ami, beneficia a la vez recientes acontecimientos en África del Norte y en Indochina y nuestro gusto por los estudios sexuales.

[1] Ver la obra de Gérard Delaisement: *Maupassant periodista y cronista*. Albin Michel, Paris.

Comencemos por estos últimos. La Sra. Forestier va a servirnos de guía, puesto que esa era su vocación. Maupassant ha reunido en torno a *Bel-Ami* un enorme harén de mujeres enamoradas. Tienen otro relieve que las sosas condesitas que él frecuentaba al mismo tiempo. Después de esa original Sra. Forestier, completamente a la cabeza, por oposición a la Venus de Siracusa que Guy acababa de admirar tanto, he aquí a su contraria, la Sra. de Marelle, la atolondrada, la que corrompe a Bel-Ami deslizándole oro en su bolsillo, explotando de rabia a cada una de sus traiciones y perdonándole a continuación, acabando por tolerar su rico matrimonio para volverlo a llevar a la sacristía. Cuando ella quiere encanallarse en los antros con su amante, cuando lo insulta o le suplica, ésta CÓMPLICE es soberbia. La Sra. Walter, aunque Maupassant la haya encontrado también, es más convencional como mujer que cae rendida; permanece auténtica, emotiva y casi repugnante con sus lágrimas y sus canas, pero sintiendo su desgracia. Todavía resulta más clara su hija, Suzanne, joven seducida, muy joven y muy seducida.

Maupassant toma su revancha con dos personajes, Rachel, la prostituta de los Folies-Bergère, pintada como un Manet, y sobre todo la chiquilla de la Sra. de Marelle, Laurine, pequeño ser exquisito de salvajismo fascinado, a quién el virtuoso Maupassant confía el cuidado de bautizar, desde el principio del libro, a Duroy con su sobrenombre, indicando con ello que es la mujer, en su instinto más elemental, quién pacta con Bel-Ami.

En 1884, un año antes, en el *Estudio sobre Gustave Flaubert*, Maupassant escribía: *¡Gustar a las mujeres! ¡Ese es el anhelo de casi todos... Ser, por mediación del poder del talento, en París y en el mundo, un ser de excepción, admirado, adulado, amado, que puede coger casi a su gusto esos frutos de carne viva de la qué todos estamos hambrientos!* Era esa voluntad de poder masculino que expresaba Maupassant. Era tan auténtico que reunió en el libro a todas las que conocía. Se inspiró a la perfección para crear a la Sra. Forestier, la Sra. de Marelle, la condesita a la que conoció y amó (a su manera) aunque con algunas variantes, a la prostituta de los Folies-

Bergère, y a la niña Laurine, mucho menos mediante la dama madura y la oca blanca, tipos por los cuales tenía poco gusto.

A través de *Bel-Ami* y de su autor, la sexualidad de esta época se condensa y se delimita. El bigote, tan ensalzado en la serie de las «condesitas», esta «constante trágica del rostro del hombre», dirá Nietzsche, es una afirmación de virilidad casi exhibicionista. (Bel-Ami) *tenía la palabra fácil y banal, encanto en la voz, mucha gracia en la mirada y una seducción irresistible en el bigote*. *Se enredaba* (verbo que utiliza a menudo) *sobre su labio, crespo, rizado, hermoso, de un rubio tintado de rosa con un matiz pálido en los pelos erizados de las puntas.*

El bigote se convierte un OBJETO independiente de su portador. *Tanto son solapados, rizados, como coquetos. ¡Estos parecen querer a las mujeres por encima de todo! Tanto son puntiagudos, como agujas, amenazadores. Éstos prefieren el vino, los caballos y las batallas. Tanto son enormes, caídos, espantosos. Éstos enormes suelen disimular un carácter excelente,* (...) *es francés, muy francés* (...) *Es fanfarrón, galante y bravo.*

Guy hace uso del argot que califica a los bigotes «bravos» o «encantadores». En resumen, el bigote es Maupassant al completo. ¿Broma? Un día, Salvador Dalí recibió, en Cadaqués, una carta cuyo sobre no llevaba ni nombre ni dirección, ni incluso la palabra «España». Únicamente, el dibujo de sus bigotes. La carta había llegado a destino. A un cierto nivel de fama, el bigote se convierte en un ideograma. Afilado y apuntando hacia el cielo en Dalí, trágico y bufo en Hitler, catastrófico y caído en Nietzsche, enorme y tiránico en Stalin, resulta animal y sexual en Maupassant, símbolo peludo de esa humanimalidad glorificada por el Carnero de Palermo.

El bigote del personaje Bel-Ami, ha idealizado, refinado, cuidado, perfumado, un poco ensosecido, el propio bigote de su autor. Doble sable curvado, enredado, enorme, saliendo de cada lado de la boca de la que trata de ocultar la sensualidad y avivando el rojo demasiado húmedo, designa a la vez a Duroy y a su dueño.

Al bigote masculino, responde el cabello femenino. Guy describe a la joven Suzanne Walter, con una irritación que es típica en él: *de carne demasiado blanca, demasiado lisa, pulida, sin gracia, sin color y unos cabellos alborotados, rizados, una maleza sabía, ligera, una nube encantadora* (adjetivo débil, revelador) *muy parecido en efecto a las melenas de las muñecas de lujo* (¿qué les decía yo?) ¡Ah! Bel-Ami y su autor son de otro modo ardientes cuando sueñan en la hembra, Sra. de Marelle: *su pensamiento regresaba siempre a ella, y ante sus ojos deslumbrados por el brillante sol flotaba la imagen de la Sra. de Marelle, ajustándose frente al espejo los pequeños cabellos rizados de sus sienes, siempre revueltos al salir de la cama.* Los cabellos de la Sra. Forestier no son menos evocadores que los de Suzanne o los de la Sra. de Marelle. Pero la exquisitez se hace más difusa: *recogidos sobre la cabeza, un poco rizados sobre la nuca, formaban una ligera nube de plumón rubio encima del cuello*...

Estos dos últimos pasajes reflejan los matices que se manifiestan en el interés de un Bel-Ami-Maupassant. *Cerca de la Sra. Forestier, él experimentaba sobre todo el deseo de agacharse a sus pies, o de besar el fino encaje de su corpiño, y aspirar lentamente el aire cálido y perfumado que debía salir de allí, deslizándose entre los senos*... Mucho más imperioso es lo que experimenta el héroe por Clotilde de Marelle, Clo: *Sentía en él un deseo más brutal, más preciso, un deseo que rompía a hervir en sus manos ante los contornos destacados de la ligera seda.*

No encuentra la intensidad de ese deseo más que con las prostitutas y en particular con Rachel de los Folies-Bergère. *Amaba sin embargo los lugares habituales de las prostitutas, sus bailes, sus cafés, sus calles, le gustaba frecuentarlas, hablarles, tutearlas, aspirar sus violentos perfumes, sentirse cerca de ellas. Al fin y al cabo eran mujeres, mujeres de amor. Él*... «Él»... ¿Quién? ¿Bel-Ami o Maupassant? A este nivel, ambos son inseparables.

En junio de 1878, un tal Bontoux creaba La Unión General. Esa sociedad financiera había atraído los fondos de las

parroquias de provincias y de las clases medias ultramontanas, con el beneplácito de Roma. Alrededor del poderío industrial de los lioneses, se creaba un organismo católico, destinado a enfrentarse a la alta banca protestante y judía.

El capital francés estaba pues dividido en dos frentes. La banca Rothschild era judía, protestante y republicana; la nueva banca católica, conservadora y monárquica. Es imposible comprender *Bel-Ami* y menos aún la historia de la Tercera República sin evocar esta guerra secreta. Es uno de los meritos de Maupassant el haber sido uno de los primeros en destacar su importancia, después de Alphonse Daudet en *Fromont joven y Risler viejo* (1874), y antes que Zola en *El dinero* (1894).

Por aquel entonces había en París un pastelero de moda, llamado también Bontoux, que realizaba unos timbales llamados «financieros», apreciados por todas las amas de casa. Pronto se pasarían a llamar «timbales Bontoux» las acciones de la joven Unión General. El gobierno republicano enseguida se inquieta por la pujante subida de esa sociedad. Resulta que entre los miembros del consejo de administración se encontraban el marqués de Biencourt, el marqués de la Bouillerie, el príncipe de Broglie, el vizconde Harcourt, el vizconde Mayor de Luppe, el conde Montgolfier, el panfletario Eugène Veuillot, el conde Villeremont, todos ellos enemigos encarnizados de la República. A muchos de esos nombres, el historiador los encontrará, quince años más tarde, suscritos al periódico antisemita de Drumont, *La libre Parole*, durante el asunto Dreyfus. Era lógico que Gambetta, presidente del Consejo, republicano y francmasón, tomase posiciones contra la banca monárquica y católica.

El 31 de diciembre de 1881, los propietarios de los «timbales Bontoux» se despertaban alegremente. Algunos días más tarde, los títulos acumulados en secreto por los Rothschild eran puestos en el mercado. El 28 de enero, la Unión General cesaba sus pagos. Se detenía al homónimo del pastelero y a su director. La Unión General se desmoronaba.

Maupassant conocía bien esta historia aunque, en *Le Gaulois* del 25 de enero de 1882, contaba este Sedan financiero de un modo que no deja ninguna duda sobre sus sentimientos: *Una innumerable manada de carneros de dos pies, llamados*

hombres de negocios, acaban de desaparecer en la ola de la especulación (...) *El presente asunto es particularmente instructivo. En el nombre de una religión de la cual el "todo-Paris-especulador" se preocupa seguramente menos que "un pez de una manzana", se comenzó una supuesta guerra contra los judíos a propósito de un nuevo valor que llevaba una bandera de reunión* (...) *Por medio de hábiles maniobras este valor subió cumbres fantásticas* (...) *Y de repente, no sé por qué, el pequeño papel perdió todo su valor.*

Bel-Ami está construido sobre este episodio.

Si *Bel-Ami* era exactamente una novela clave en cuanto a sus personajes (Walter está allí, al igual que Bel-Ami, heterogéneo: Arthur Meyer, Fould, Rothschild y Cahen d'Anvers) contenía, además, en la intriga financiera, una clave histórica: el novelista se había dedicado a sustituir la palabra TUNICIA por la palabra MARRUECOS.

En 1864, hombres de negocios parisinos habían puesto sus intereses en Tunicia. Los Erlanger, especialmente, poseían fuertes créditos habiendo colocado en Francia, a un tipo de intereses aplastantes para Túnez, los sucesivos préstamos a un bey siempre falto de dinero. En 1868, Napoleón III imponía al soberano una comisión mixta encargada de percibir todos sus ingresos, a fin de repartirlos bajo su control. Las demás naciones vieron con mal ojo esta implantación y las presiones sobre Paris fueron tan fuertes que dicha comisión se convertiría en internacional al año siguiente. El 23 de marzo de 1870, la deuda tunecina hacia Francia estaba evaluada en 125 millones. 250000 obligaciones de 500 francos al 5% fueron emitidas para sustituir a los viejos títulos.

En 1879, el curso de esas obligaciones, llamadas de «La Deuda Unificada», evolucionará entre 203 y 243 francos. Constituía pues una pérdida de más del 50% para los prestamistas.

En 1880, una sociedad de comerciantes marselleses compraba las ochenta mil hectáreas del dominio tunecino de Enfida. Los italianos, también interesados por la descomposición tunecina, entraban en el juego. Su compañía Rubattino rivalizaba

con la compañía francesa Bône-Guelma para la adjudicación de la vía férrea Tunec-la Goulette. Los italianos tenían ventaja, pero la compañía francesa se veía atribuir en compensación las líneas férreas de Bizerte a Sousse y la construcción del puerto de Túnez.

Estaba en pleno apogeo la implantación de capitales europeos, cuando las famosas exacciones a los kroumires, más o menos provocadas, fueron llevadas a cabo en la frontero argelo-tunecina. Se sabe la consecuencia y la capitulación del bey.

Lo más novelesco comienza. En junio de 1883, bruscamente, Francia garantizó la deuda tunecina. De súbito, las obligaciones de «La Deuda Unificada» caían a doscientos tres francos en 1879, remontando encima del par. ¿Podría felicitarse al ver honrados prestamistas volver a conseguir su dinero? Hacía un siglo que aquellos habían vendido en perdida, mientras que equipos clandestinos recompraban los títulos por pequeños paquetes, como en el asunto de La Unión General. Ese mecanismo es exactamente el que describe la novela, donde se ve al ministro Laroche-Mathieu (*síntesis de los parlamentarios de la joven Tercera República, según el propio Maupassant*), dar a Bel-Ami la orden siguiente: *Hable de la expedición como si debiese tener lugar, pero dejando entender bien que no será así y que usted no lo cree en absoluto.*

La Sra. Walter, esposa del financiero y amante madura de Bel-Ami, va a picar un bocado junto a su amante: *La expedición de (*Tánger*) estaba decidida desde el primer día en el que Laroche se hizo cargo de los Asuntos Extranjeros; y poco a poco, han recomprado todos los prestamos (*de Marruecos*)... Han recomprado muy hábilmente, por mediación de agentes sospechosos, corruptos, que no despertaban ninguna desconfianza* (¡el detalle es soberbio!). *Han timado incluso a los Rothschild, que se sorprendieron de ver tanta demanda.... Y además ahora, se va a hacer la expedición y, desde que estemos allí, el Estado francés, garantizará la deuda.*

Es posible que Maupassant haya encontrado este episodio de la esposa del banquero traicionando a su marido para su amante, en el libro de Auguste Chirarc, *Los Reyes de la República*: «Desde hacía dos años... en 1862, el excelente Sr.

Fould habiendo sabido de un proyecto de conversión, había proporcionado (a Mardochée Cahen d'Anvers) la ocasión de ganar cantidad de millones. Era joven entonces y, oculto en alguna parte, en torno a la alcoba de una gran y honesta dama, como habría dicho Brantôme, había podido conocer ciertos secretos financieros, que un Júpiter imperial había dejado caer en el oído de la dama, a guisa de lluvia de oro.» Pero Maupassant conocía muy bien a los Rothschild, los Fould y los Cahen d'Anvers.

En el asunto de Tunicia, la política de Jules Ferry había estado apoyada por *Le Journal des Débats*, dónde había bruscamente aparecido un redactor anónimo en el que Vial cree reconocer a Harry Alis, el camarada de Etampes y del primer viaje a Argelia. La derecha planteaba una salvaje oposición a la política de Jules Ferry, al igual que en la novela. Maupassant pone en boca del conde de Lambert-Sarrazin: *La tierra de África es en efecto una chimenea para Francia, caballeros, una chimenea que quema nuestra mejor madera, una chimenea de gran tiro que se enciende con el papel de la Banca. A ustedes les han ofrecido la fantasía de adornar la esquina de la izquierda con una figurita tunecina que les cuesta cara, ustedes verán como el Sr. Marrot* (presidente del Consejo en la novela) *va a querer imitar a su predecesor y adornar la esquina derecha con una figurita marroquí.* La extrema izquierda atacaba, también, mediante Clemenceau, aún melenudo, pero ya corrosivo, «los hombres que están en Paris, que quieren hacer negocios y ganar dinero en la Bolsa».

Todavía allí, el Maupassant periodista precede al Maupassant novelista, contando una historia autentica muy sabrosa.

Ahora bien, he aquí que uno de nuestros representantes (Sr. Roustan) *enviados a Oriente* (a Tunicia) *en uno de los puestos más difíciles, en un país donde todo el mundo es sospechoso, donde todo se paga, donde todo se compra, donde todo se hace mediante ardides, descubre, en un hallazgo genial digno del viejo Talleyrand, a esa admirable pareja Elias* (Metteli) *de*

modo que todos los representantes extranjeros debieron envidiarle.[1]

Estos Metteli constituían una sabrosa pareja de aventureros. La esposa seducía; el hombre rapiñaba; los servicios secretos hacían la vista gorda a cambio de información. Maupassant lo dijo claro: el funcionario oficial, Sr. Roustan, *se sirve del hombre, se sirve de la mujer siguiendo las enseñanzas recibidas en la Avenida de Orsay, paga a uno en honores, a la otra cerrando los ojos sobre las copas de vino, que ella interpreta según el uso oriental. Cumple su misión perfectamente. El ministro está contento, el gobernador satisfecho. Nadie reclama.*

¡Y luego, el escándalo! *Ha habido indiscreciones de la prensa. Un proceso tiene lugar, y unos honorables comerciantes cualesquiera que componen el jurado, condenan a nuestro representante en un juicio solemne, porque ha puesto en práctica las famosas instrucciones secretas. « Todo por la mujer. »*

Maupassant no se indignaba. Se mofaba con esa alegría que le caracterizaba cuando encuentra la realidad más bufa de lo que él se imagina. A sus ojos, el escándalo Metteli-Roustan es el ejemplo de una descomposición que él denuncia con satisfacción porque corresponde, por una parte a su anticolonialismo y por otra porque le confirma en su idea de que el hombre es malvado.

El 5 de noviembre de 1881, a raíz del escándalo, Jules Ferry, el antiguo jefe de la calle de Grenelle, caía.

Se puede ver en el crack de la Unión General brotar el antisemitismo generador del asunto Dreyfus. Las consecuencias de los acontecimientos financieros e históricos que darán a Guy de Maupassant el material para *Bel-Ami*, no serán menores. Furiosa por haber sido timada en Túnez, Italia va a dirigirse hacia Bismarck y la alianza alemana.

Los nubarrones de 1914 comienzan a perfilarse en el horizonte.

El que escribió *Bel-Ami* no es solamente un novelista que se ha aferrado a un tema nuevo, sino un hombre que es testigo de

[1] *Le Gaulois*, 28 de diciembre de 1881.

una época. Sin embargo, su desánimo socarrón no irá nunca más allá de la expresión escrita, crónicas, artículos o novelas.

Diez años antes, en octubre de 1876, Catulle Mendès, que acababa de conocer a Maupassant en *La Republique des Lettres*, le había insistido para que ingresase en la francmasonería. A riesgo de decepcionar al director de la revista liberal, Maupassant respondía: *Por egoísmo, maldad o eclecticismo, no quiero estar nunca vinculado a ningún partido político, sea el que sea, a ninguna religión, a ninguna secta, a ninguna escuela.*

Así se mantendrá. *Tengo miedo a la más pequeña cadena, provenga de una idea o de una mujer*. Es curioso que ambos términos estén asociados por él en una sola frase.

Maupassant, hostigado por el humor, la indignación o la cólera, detestando la guerra, a los militares, los financieros, la explotación del hombre por el hombre, exasperado tanto por Boulanger como antes por Mac-Mahon[1], se asemeja a un «progresista» de hoy en día. Pero no tiene menos rasgos del «reaccionario», el desprecio por el pueblo, por el parlamento, por la mayoría, por la democracia.

En *Los Domingos de Un Burgués de Paris*, hace decir al Sr. Rade:

1º principio.- El gobierno de uno solo es una monstruosidad.

2º principio.- El sufragio restringido es una injusticia.

3º principio.- El sufragio universal es una estupidez.

El Sr. Patissot, sofocado, se vuelve hacia el Sr. Rade.

– ¡Entonces, caballero, usted no cree en nada!

– ¡No, señor!

Maupassant piensa como el Sr. Rade y se vanagloria de ello. *Cuando se ve de cerca el sufragio universal y las personas que nos procura, se tienen ganas de ametrallar al pueblo y de guillotinar a sus representantes. Pero cuando se ven de cerca todos los príncipes que podrían gobernarnos, uno se convierte simplemente en anarquista.*

La palabra ANARQUISTA sirve a menudo de coartada para hacer menos evidente el rechazo de la solidaridad con los demás

[1] *Los viajes también proporcionan una inestimable ventaja, en este momento, al no oír hablar del general Boulanger*. 1889. Carta a la Princesa Mathilde.

hombres, para evitar confesar la petición del principio por la cual el escritor, el artista, serían seres desapegados de los deberes comunes. Maupassant es anarquista de ese modo. No tiene sentimiento de solidaridad con los demás. Detesta demasiado lo común: *Esta invasión, esta dominación de lo COMÚN, fatal en toda república apoyada sobre la mayoría y no sobre la superioridad intelectual, ha hecho de nosotros un pueblo rico sin elegancia, industrial sin espíritu ni delicadeza, poderoso sin superioridad.* Este texto es del 3 de diciembre de 1880. Escribe en ese mismo periódico, *Le Gaulois*, algunas semanas más tarde:... *la risa, la auténtica risa, la carcajada, la de Aristófanes, de Montaigne, de Rabelais o de Voltaire no puede estallar más que en un mundo esencialmente aristocrático. Por «aristocracia» no hablo en absoluto de la NOBLEZA, sino de los más inteligentes, de los más instruidos, de los más espirituales.*

Puede verse como se mantiene alejado de la Comunidad a pesar de evidentes indulgencias. Una corta polémica con Jules Vallès precisa esta situación. En *Le Cri du Peuple*, el 14 de noviembre de 1883, Vallès atacaba a los naturalistas, «culpables de apatía en la defensa de los intereses del pueblo, y los escritores que van a tenderse en los sofás de la casa Magloire en la qué, en la sala bien caliente, «anotan» los recuerdos de Angelina la Toquée... en lugar de oír el grito de desamparo de la República que no quiere prostituirse y hacerse la puta sobre las rodillas de los soldados».

Maupassant, sintiéndose aludido al mismo tiempo que Goncourt, responde *a un escritor de gran talento: Nosotros no escribimos para el pueblo; nos preocupamos poco de lo que le interesa en general: es cierto, no somos del pueblo. El Arte, sea el que sea, no se dirige más que a la aristocracia intelectual de un país*[1].

Maupassant no tenía suficiente conciencia política, ni suficiente afición a la especulación filosófica para sistematizar. Se conformaba con reaccionar cuando algo le llamaba la atención, sin preocuparse de sus intereses. Bajo esta luz, aparece bastante representativo del auténtico carácter normando que

[1] *Primera nevada*, 11 de diciembre de 1883.

combina conquista y prudencia y que respira a la vez lo caliente y lo frío. Se le ve simultáneamente capaz de maniobrar con refinamientos de abogado de Yvetot, de negociar, de transigir, para OBTENER VENTAJA, cambio de ministerio, entrada en un periódico, introducción en la sociedad mundana, y arriesgar todo a continuación por una sincera indignación, intransigiendo desde el mismo instante en el que ha sido tocado en unas convicciones que nunca ha tenido tiempo ni ganas de armonizar.

Quedan por concluir las relaciones entre el autor y Bel-Ami. Su Bel-Ami, él mismo, tan a menudo repetido, no puede ser considerado como una simple broma. Maupassant era más o menos como Bel-Ami, infinitamente más complejo que un personaje. Bel-Ami era el NEGATIVO de Maupassant, su proyección degradada en el universo del mal, la máscara del orgulloso bracero de Bougival, señuelo de bonitas muchachas, condesitas y panteras de galería. BEL-AMI ERA TAMBIEN LO QUE ÉL QUERÍA SER CON LAS MUJERES, lo que no era siempre a pesar de sus buenas fortunas, el super macho admirado únicamente por su sexo, lo que, para ciertos hombres, es el más bonito cumplido que una mujer pueda hacerle. Era el super macho que dedicaba riendo bajo su bigote alborotado los volúmenes recién salidos de la imprenta a las bonitas condesitas emocionadas, a Hermine, a la Sra. Pouche, o a esa tal «Señora B.»

En torno a Bel-Ami, aventurero de novela que evoluciona rápido, demasiado aprisa, desde la sórdida pobreza hasta el extremo poder (un poco como el mismo Maupassant) rondan las mujeres, tanto como en la vida del autor, y la muerte resplandece sobre este festival político-sensual.

Maupassant no supo pintar tan bien como Balzac, las pasiones y el dinero; su Walter no es tan bueno como Nuciengen, ni Bel-Ami vale lo que Rastignac; no supo pintar tan bien como el Zola de *El Dinero*, las gigantomacias del capital que inspira el mismo crack de La Unión General al autor de los *Rougon-Macquart*. Es en una obra maestra intermitente y heterogénea, una obra maestra de techo bajo, que acaba por reflejar, incluso mediante sus defectos, una sociedad orgullosa y

contradictoria, que no sabe que su propia corrupción la está condenando a muerte, como la parálisis general condena a muerte a su pintor, al toro de la calle de Montchanin.

El cínico Maupassant no bromeaba con el agua, elemento sagrado. Ahora bien, el mismo Bel-Ami, es el hombre que bautiza *Bel-Ami* a su primer *yacht*, símbolo de su fortuna y de su poder, precisamente comprado con el dinero que la novela le proporciona. Bel-Ami *yacht*, que pronto va a zarpar, es la revancha materialista del pequeño supernumermario prudente del ministerio de la calle Royale, del propio Maupassant izando sus velas al buen viento y que se desliza ya sobre las aguas profundas de su segundo destino.

Cuarta parte

El Horla

Poco a poco, sin embargo, un malestar inexplicable me penetraba. Una fuerza oculta, me entumecía, me detenía, me impedía ir más allá, la sentía por detrás....

1.

La Rosa y el Olivo – Las Hermanas Rondoli – *Casanova en el bulevar – Navidad de 1885, en Antibes – Cariñosa Hermine – Los fantasmas de la amistad amorosa – La caza – Los seis sentidos – Una inclinación sádica – Los gatos.*

Soy el mauvais passant[1], fanfarroneaba alegremente Maupassant. En efecto, va de aquí para allá. ¡Y aprisa! ¡Apenas tiene tiempo de instalarse en Cannes, en el Parque Monceau, en Sartrouville, ya tiene la cabeza en otra parte! Siendo militar, se le encuentra en Étretat cuando se le cree en Vincennes. O en Ruán. O en el Havre. Camina cuatro veces más que un hombre al que le guste la marcha. Rema. Boga. Rueda. En sus últimos años de vida comprará un velocípedo.

No hay literatura tan llena de movimiento como la suya. La diligencia de *Bola de Sebo* recorre los caminos normandos como el coche de *Una Vida*. La yola de *Mosca* se cruza con la barca de *Yvette*. Los simones de *Bel-Ami* y de *Nuestro Corazón* hacen carreras. El navío que se dirige hacia Córcega, hacía Argel... El que regresa desde Bougia a Marsella.... *La Louisette*... El *Bel-Ami I*, el *Bel-Ami II*. «Octave Mirbeau, (...) refiere Goncourt, habla curiosamente del temor a la muerte que acosa a Maupassant, y que esa sería la causa de esa vida de locomoción perpetua por tierra y por mar, para escapar a esa idea fija[2].»

Bajo la rápida sacudida del chirriar de ejes... Maupassant dormita. Rueda. Se desplaza. Avanza. Como los personajes de toda su obra, está en movimiento. ¿A dónde va? A la región donde el ojo derecho no se encalle sobre un lecho de sal. Al país en el qué no tenga migrañas. Al país en el qué haya siempre sol. Detesta el olor a carbón mojado. Es feliz.

Valence...Córcega. Como hacía tiempo... «¡Valaing'ce! ¡Valaing'ce!» Marsella... Toulon... Fréjus, Saint-Raphaël... *El tren rodaba por ese jardín, por ese paraíso de rosas, por ese*

[1] Mal transeunte. Juego de palabras con su apellido intraducible en castellano, que aparecerá con frecuencia en esta obra (N. del T.)

[2] Goncourt. Sábado 15 de junio de 1889

bosque de naranjos y limoneros abigarrados, de los qué cuelgan al mismo tiempo sus ramas blancas y sus frutos dorados...

Deja de ser Maupassant. Finalmente es un *humanimal*, ochenta kilos de carne hipersensible en un saco de piel sacudida por un ritmo mecánico. Un revisor pasa titubeando por el pasillo. ¡Ah! qué feliz es al huir de París una vez más. Huye del dolor. Huye de las condesitas. ¡Huye de la princesa Mathilde! ¡Huye de la lluvia! Se levanta. Va hacia la ventanilla y recibe el soplo cálido de los golfos en medio de los ruidos atronadores de los túneles.

Es el eterno deslumbramiento del bárbaro ante «el país donde florece el naranjo» y el ritmo mismo de su obra. Ha despertado. Ya no hay más jaquecas, ni arenillas en su ojo derecho. Es entonces cuando ve la rosa y el olivo.

Sobre toda esa costa, las rosas invaden los olivos milenarios. *Trepan por las paredes, se abren sobre los tejados, escalan los árboles, destacan entre el follaje, blancas, rojas, amarillas, pequeñas o enormes...* Con la ventana abierta y las fosas nasales dilatadas, percibe su perfume, sino su *respiración...*

El tren pasa entre dos túneles para atravesar los cabos, se desplaza sobre las ondulaciones de las colinas, pasa por encima del agua sobre unas cornisas rectas como muros... Bam-ban-ban-bam, bam-ban-bam... Niza, Beaulieu, Mónaco, Roquebrune, Menton... El poniente tiene aspecto de tarjeta postal en color. *Y de pronto, distingo bajo los árboles, a lo largo de la vía, en la sombra ya negra, algo como una lluvia de estrellas... Son luciérnagas, esas moscas ardientes ejecutando en el aire perfumado un extraño ballet de fuego...*

Durante la noche, Pierre y Paul, los viajeros del relato que acaban de tomar el lugar de su autor, han conseguido entablar conversación con una italiana huraña que ha subido en Marsella. Una luciérnaga se ha posado sobre sus cabellos. *Y Paul permanecía en éxtasis, con los ojos fijos sobre ese punto brillante que centelleaba como una joya viva.*

Que se traduzca la luciérnaga en Georges Ohnete, resultaría insoportable. En Guy, no hay discusión. La huraña hermana Rondoli existe, con su mosca de fuego, como alguien vivo con quién se ha cruzado la víspera.

Las Hermanas Rondoli (del 29 de mayo al 5 de junio de 1884) es uno de sus mejores relatos, en primer lugar porque Maupassant está muy cómodo en ese formato, entre cuento y novela. Casi todas las historias de esas dimensiones, *Bola de Sebo, La Casa Tellier, La Mujer de Paul, El Olivar, Yvette, El Señor Parent, Miss Harriet, La Herencia, La Pequeña Roque, El Horla*, son obras maestras. Luego, porque Guy plasma allí el encantamiento de su propio descubrimiento del Sur, nunca olivado...

Maupassant está encantador, cínico, alegre. ¡Y qué ojo! Tanto para la mujer como para el paisaje! *Seguramente una hija del Sur. Tenía unos ojos soberbios, admirables cabellos negros, ondulados un poco crespos, tan espesos, vigorosos y largos que parecían pesados* (siempre la importancia que Guy concede al cabello, al pelo), *que daba, sólo con verlos, la sensación de su peso sobre la cabeza.*

Pierre ha conseguido animar a la bella que responde obstinadamente incluso a sus más corteses intentos: «¡Non capisco!» Antes de Génova, obtiene de la huraña que los acompañe al hotel.

Se llama Francesca Rondoli. Maupassant lo ha dicho a menudo: *No tengo el don de los nombres como Balzac. Hago un poco como Flaubert: tomo el nombre de mis personajes, al azar, en una Guía, donde se encuentra Homais, Hurel, Duval, Le Sénécal y otros nombres bovarianos.* O los elegía con una voluntad determinada de banalidad, como ese Pierre y ese Paul, o los fabrica, como Rondoli. ¡Por supuesto, pensando siempre en el juego de palabras!

Me quedé junto a la puerta, sorprendido, maravillado. Dormía ya, completamente desnuda (...) *El sueño la había sorprendido cuando acababa de desnudarse, y reposaba en la actitud encantadora de la gran mujer de Tiziano. Parecía haberse acostado por cansancio, para quitarse las medias, pues éstas habían quedado sobre las sábanas* (...) *Un camisón, bordado en e1 cuello, comprado en una tienda de confección, lujo de primeriza, yacía sobre una silla.*

Ahí están los detalles flaubertianos que hacen que ese desnudo oculto no sea cualquier desnudo oculto.

Ante la amarga sorpresa de un Paul demasiado tímido, Pierre se convierte en el amante de la viajera. Los tres jóvenes se demoran en Génova, visitan una vez más los museos, descienden hasta Portofino. Un día, Francesca desaparece. Pierre y Paul regresan a París.

Pasando por Génova al año siguiente, solo, Pierre busca a Francesca y encuentra, en la dirección que ella le ha dejado, a ¡una matrona a lo Vittorio de Sica! *Vino a abrir una mujer gruesa, que antaño debió ser muy guapa, y que ya no era sino muy sucia. Demasiado gorda, conservaba, sin embargo, una notable majestad de líneas. Su pelo despeinado caía en mechones sobre la frente y los hombros, y se veía flotar, en una amplia bata acribillada a manchas, todo su corpachón bamboleante*. ¡Es *la mamma*! ¡Ah! ¡su Francesca tuvo un gran disgusto, cuando no pudo encontrar a su francés! Era por ello por lo que estaba tan deprimida la pobrecilla! En fin, ahora está con un caballero en París, un pintor, que envía a *la mamma* collares, brazaletes, pendientes y un vestido de seda...

Como Pierre hace ademán de irse, ella lo retiene:

– Si quiere que Carlotta vaya con usted; conoce muy bien los paseos. Es mi otra hija, señor, la segunda...

Carlotta, la menor, sustituye a Francesca y Pierre es generoso cuando parte:

– ¡Ah! suspira *la mamma*. Aún tengo otras dos, pero más pequeñas. ¡Cuesta muy caro educar a cuatro hijas!

Las hermanas Rondoli es más autobiográfico de lo que podría haber sido ese diario íntimo que Guy jamás escribió, excepto en las límpidas páginas de *Sobre el Agua*. Ahí se encuentran sus emociones, fugitivas, divertidas, emotivas, auténticas, emergiendo completamente vivas de la realidad, en ese autorretrato de Casanova de bulevar. Detesta el hotel. *No puedo levantar las sábanas de una cama de hotel sin un estremecimiento de asco.* Excitado por toda mujer nueva, queda preocupado. Tiene miedo de contagiarse una enfermedad. Cuando comprueba que Francesca no se ha servido del agua para

su aseo, sino únicamente de esencia perfumada, se echa atrás: *despedía un olor tan violento que tuve una sensación de jaqueca...* La referencia a la jaqueca es significativa. ¿Es una profesional? Duda; *y me asaltó ese miedo inoportuno que nos persigue después de los amores sospechosos, ese miedo que nos estropea los encuentros encantadores, las caricias imprevistas, todos los besos atrapados al azar.* Pero ese miedo auténtico, intenso, incluso pánico... no lo detiene. *Entonces... a fe mía... aproveché la circunstancia, sin que a ella pareciera preocuparle en absoluto.*

Una vez que Francesca desaparece, el narrador queda turbado. *Pasé toda la velada inquieto, un poco triste, un poco nervioso. Mi corazón sentía verdaderamente algo por ella.* Cuando abandona a su hermana, Carlotta, más fina, más alegre, y más hermosa, dirá: *No me hizo añorar a la otra*. Y Bel-Ami acaba con una pirueta: *Cuento con regresar un día de estos para ver Italia, aunque pensando con cierta inquietud, mezclada de esperanzas, que la señora Rondoli posee todavía dos hijas.*

Pierre es Guy al natural, y en esta página, un Don Juan en rosa. En 1885, se prepara otro en negro.

La víspera de la Navidad de 1885, Maupassant se instala en Antibes, en la villa *Le Bosquet*, una bonita masía rústica. La casa provenzal, amplia, edificio blanco con postigos verdes, no ha cambiado demasiado, retirada del camino de las Arenas que une la ruta del Cap a la playa de Juan-les-Pins.

Vive allí con su madre. Al sol, en el banco, como siempre, dialogan ampliamente acerca de sus relatos. Ella aprueba, aplaude, protesta, disuade, zanja. Nos imaginamos generalmente a un Maupassant soltero. Ha vivido al menos la mitad de su vida, CON SU MADRE. Su hoy, es el fuego raquítico de Laure de Maupassant, la separada.

En Antípolis se encuentra con Troya, el Oriente, un poco del Carnero de Palermo, de la Siracusa de Venus. Ama la suculenta vida cotidiana del Mediterráneo, caminar sobre la hierba bajo los plátanos, las brillantes berenjenas, los perfumados mandarinos, todavía adornados con sus hojas barnizadas, las insolentes cañas, los teatrales naranjos, los indomables olivos, esa impetuosa

vegetación que comportan los pinos marítimos y hasta las plantas de pimientos en los intersticios de los muros.

Si la seducción del Sur explica la «traición» del normando y su malsana necesidad de movimiento, hay que añadir el temor creciente al frío[1]. *El frío, más crudo y aún más penetrante que el año anterior, la hacía sufrir* (...) *Innumerables corrientes de aire parecían haberse instalado en los aposentos, corrientes de aire vivas, astutas, encarnizadas como enemigos...* Para luchar contra el negro diciembre, Guy pasa el invierno 1884-1885 en Cannes, todavía gran burgo marino aprisionado alrededor de su colina, con su viejo campanario de hierro forjado, con sus techos de tejas romanas, con sus orgullosas palmeras, recientemente de moda – todavía se ven pequeñas en las fotografías de la época – que desplazan, junto al eucalipto, la noble vegetación local, el plátano, el pino y el olivo. Le gusta su puerto salpicado de luz, donde los marinos se increpan como los compañeros de Ulises. Llora de risa oyéndolos, en las fanfarrias del acento. Sí, como en Homero.

En el verano la Costa Azul es un desierto. Monte-Carlo tiene poca vida. *Desde Cannes, donde la gente se exhibe, hasta Mónaco, donde la gente juega, nadie viene a esta región si no es para causar molestias o despilfarrar dinero.*[2]

Como el soñado Sena en las proximidades de París, no se puede imaginar más que difícilmente la belleza salvaje de esas riveras, desde Saint-Tropez hasta la frontera, bancos de rosales al borde de las calas e inmensos bosques de mandarinos.

Guy hará varias estancias en Étretat en 1886, aunque breves. Allí se encontraba con Hermine, en La Bicoque, propiedad frondosa convertida en Le Haut-Mesnil; Hermine, de una familia de artistas y soldados, se llamaba Oudinot de la Faverie. Se había casado con Émile-André Lecomte du Noüy, un arquitecto

[1] *Primera Nevada*, 11 de diciembre de 1883.

[2] *Julie Romain.*

que hizo su carrera en la corte de Rumanía, muy amigo de la familia real, Boris e Elisabeth. Sobre todo de la reina. El matrimonio había tenido lugar el 10 de febrero de 1877. Estaban separados de hecho, él, negándose a abandonar Rumanía donde prosperaba, ella no pudiendo vivir en Bucarest. Esta situación desesperaba a Hermine, perdidamente enamorada de su marido. Habían tenido un hijo en diciembre de 1883, el pequeño Pierre. Pues Hermine es la madre de Pierre Lecomte du Noüy, el colaborador de Alexis Carrel, el autor del libro más alejado de Maupassant que puede concebirse: *El Hombre y su Destino*.

Bajo sus anodinas apariencias de hermosa burguesa de cabellos de oro rojizo, Hermine ocultaba un espíritu artístico y bohemio. Frustrada en la esperanza que había depositado en ver como el nacimiento de su hijo, detenía los ímpetus viajeros de su marido, escuchando distraídamente la corte aduladora del célebre vecino, sorprendida a menudo por él, sumergida en la administración de su casa por la parsimonia del esposo, ella escribía, sin embargo, por placer, pero también con el objetivo de educar al pequeño Pierre. Guy la recomendará para publicar los cuentos de *Los Buenos Amigos* a la librería Quantin, así como a otros editores y al *Figaro ilustrado*.

Guy adoraba al niño. La escena tiene lugar en el jardín de La Guillette, un poco más tarde, en 1880. Una tarde, Maupassant juega con Pierre y François enviándose de un lado al otro del estanque, los barcos construidos por el pequeño.

– Voy *de caza mañana. ¿Me acompañas, Pierre?*
– Cuando sea más grande, Guy, y pueda tener un fusil
– *¿Si tuvieses uno, te daría miedo?*
– ¡Oh, no!
– *¿Incluso al dispararlo?*
– ¡Por supuesto!
– *Pues bien, si te mantienes cerca de mi, sin rechistar, mientras disparo, te daré mi primer pequeño fusil, aquel que mi abuelo me regaló cuando yo tenía doce años.*

Pierre no rechista. Guy le regala el fusil del abuelo Jules y el pequeño Pierre dice a su madre al regresar:

– Mamá, voy de caza al acantilado. ¡Mataré con el perdigón a la liebre, al conejo y al bogavante[1]!

Al principio de sus encuentros, Hermine describe curiosamente a Guy en una carta a su marido: «bajito y gordo con una figura roja y unos ojos congestionados, de hecho, muy feo pero muy inteligente. Zezea pero su conversación es tan fascinante que ese detalle se olvida enseguida. Se cuida mal, va mal vestido y lleva unas horribles corbatas viejas ». ¿Tal vez esta mujer tan fina lo veía a él así? ¿Tal vez había exagerado la descripción de Bel-Ami para evitar despertar celos en el marido?

De todas las mujeres que Guy ha conocido, es con ella con quién ha sido más cariñoso. *Amistad amorosa*, la novela que ella publicará anónimamente en 1899, dará una respuesta post-morten a *Nuestro Corazón* donde ella se había reconocido. Se ha visto que era también, por algunos detalles, la Sra. Forestier de *Bel-Ami*. En *Amistad amorosa*, Guy figura, bastante edulcorado, bajo el nombre de Philippe de Luzy. Hermine cita allí claramente a Guy, con astucia, y refiere anécdotas inocentes, como ésta: Unas tontas se extasían porque Guy acaba de decirles que para él escribir es un difícil parto.

«–¿Por qué escribe usted entonces?

– ¡Dios mío, es mejor aun hacer eso que robar!»

O da precisiones sobre su modo de trabajar: «Mantenía un libro en proyecto, diría casi en espera, durante dos meses, en su cabeza, y la obra, de golpe, surgía hecha y salía del espíritu completamente armada, como Minerva.»

O sobre su sinceridad: «*Dominique*, de Fromentin, *Sobre el Agua, Nuestro Corazón*, de Maupassant, he aquí unas obras vividas. Ellas nos interesan siempre, porque se siente, se toca el sangriento trazo que los autores han puesto en ellas.» No se puede, no se debe olvidar este testimonio capital. Ella estaba mejor situada que nadie para saber.

Páginas enteras de su correspondencia son parafraseadas en esta otra novela epistolar. Ciertos rasgos la describen bien: «Mi querida intelectual», dice Philippe a Denise. Ella se defiende:

[1] Mary Lecomte du Noüy. *Lecomte du Noüy. Del agnosticismo a la fe.* La Colombe. Paris. 1956.

«Me arroja usted ese intelectual muy irónicamente a la cara; ¿acaso es un monopolio para ustedes, caballeros, la intelectualidad?» Sin embargo sí, se trata de unos amores intelectuales. Como él padece de los ojos, ella le lee en el jardín. Recorren juntos la correspondencia de Diderot y de Sophie Volland, la Sra. d'Epinay, Sra. du Deffant, Srta. de Lespinasse. Gozan con ese siglo XVIII cortés, cínico e inteligente.

La imagen que *Amistad amorosa* da del Bel-Ami es del agrado de Laure, a quién Maupassant presenta a la joven mujer en marzo de 1888. *Amistad amorosa* le estaba dedicada, con el «cariñoso respeto» de una Hermine que evoca aún melancólicamente a Guy en *Mirando pasar la vida* (1903) y *Días pasados*, escrito en colaboración con Henri Amic, que la releía en Italia y en Sicilia en el ingrato papel de lector.

Durante mucho tiempo ha sido muy difícil precisar la naturaleza de los lazos que unieron a Maupassant con la menos ardiente de sus amigas[1].

El examen de la colección Mary Lecomte du Noüy, su nuera, que comprende 54 cartas de Guy a Hermine y diversa documentación, permite ver más claro. Durante unos años, ella es simplemente amiga. Sin embargo, él le hace la corte, pero casi por rutina. Ella no tiene ojos más que para su lejano esposo. En marzo de 1883, cuando él quiere ofrecerle la reedición ilustrada de *Mademoiselle Fifi*, todavía desconoce su día de aceptación. Pero el nacimiento de Pierre los une. Desde Cannes, en el transcurso del invierno 1884-1885, le pide: *cuénteme detalles y gestos de Pierre.* La resistencia de la hermosa vecina parece debilitarse, pues él se vuelve más familiar. Ha pasado el tiempo de *su abnegado y muy respetuoso servidor: Sabe usted lo que hay que hacer uno de estos días – ir a cenar a orillas del Sena en Chatou, en una buena noche. Hasta mañana entonces, le beso cariñosamente las manos*.

El 29 de noviembre de 1886, Guy escribe, desde el yacht *Bel-Ami*, una carta cuyo tono es más vivo, preguntándole si ella irá a Villefranche, en la Malrriba: *Déme sus manos. Le beso también los pies.* El 25 de diciembre, él se confía a ella como a una amante a la que se quiere tranquilizar: *Vivo aquí* (en

[1] Hermine Lecomte du Noüy murió el 18 de junio de 1915.

Antibes) *en absoluta soledad – Casi he perdido el uso de la palabra, y completamente otros usos. Uno se acostumbra a todo; y estoy habituado a este* SILENCIO (...) *Le beso las manos mucho tiempo y dulcemente. Mis saludos a su madre, a su padre y a su hermano*. (Ya no menciona al marido, como nunca dejaba de hacerlo anteriormente.) *Abrazo a Pierre que recibirá dentro de algunos días su regalo de año nuevo*.

Pierre recibirá su regalo, ella también. Ella le ha regalado un alfiler de corbata; él le ha enviado un brazalete.

Perdóneme si no es nuevo; he aquí su historia. Una mujer que fue bella, rica y feliz, hoy anciana, arruinada y cruelmente golpeada de todos las formas imaginables (...) *me contó su vida y su profunda miseria, su abominable miseria. Yo le ofrecí dinero que rechazó, pero me dijo: « ¿Tiene usted una amiga lo bastante íntima para ofrecerle un brazalete que yo he llevado, diciéndole de donde procede, sin nombrarme, por supuesto, y repitiéndole sobre todo que ha pertenecido a una mujer honesta, a una muy desgraciada y muy honrada mujer?* (...) *Así pues yo compré esa esclava* (...) *Compré un joyero y se lo envío todo.*

Tiene extraños momentos, el hombre de presa afilaba así las garras, lo qué no le impedía en absoluto ausentarse con frecuencia durante veinticuatro horas y regresar extenuado, para gran escándalo de François.

Este amor evoluciona, apacible, no exclusivo pero tierno. ¿Cómo dudar de ello, tras la lectura de esta nota en la que Guy invita a Hermine a Triel, en julio de 1889?: *¿Quiere usted gozar de una breve estancia en el pequeño hotel de aquí?; pues, en mi casa, no hay ni que pensarlo, teniendo en cuenta que en todo el país, en donde viven colegas, se tienen los ojos puestos sobre mi (...) Usted podría poner como pretexto que busca una propiedad para alquilar...*

Todo hace pensar que la colección de las cartas de Guy a Hermine ha sido amputada por ella misma, pero por aquí y por allá, además de las invitaciones a Chatou y a Triel, surgen indicios reveladores, como si Hermine hubiese incluso querido dar una oportunidad a la verdad, lo qué es muy femenino. Así como esta lacónica nota, del 14 de mayo de 1890:

Mi querida amiga
No me deje. Estaremos solos. Le beso las manos.

Maupassant.

O esta otra, dirigida en noviembre de 1890, al hermano, Camille Oudinot, convertido en uno de los mejores amigos de Guy y que, él también, dejará el teatro llevándose algunas preciosas claves:

Mi querido amigo,
Escríbame unas palabras, se lo ruego y no comente nada a mi doméstico. Si él ha mantenido una discreción (¿) en lo que a mi concierne, no lo es en cuanto a los demás. Está intrigado. Y jugamos allí con la vida de tres personas.
Así son las cosas. Hasta el lunes,
Le estrecho la mano muy cordialmente.

Maupassant.

Según ella y Henri Amic, el manuscrito de *Bola de Sebo*, que ella poseía, contenía estos versos, extraídos de *El Ensayo*:

Je cherche la douce fièvre ;	*Busco la dulce fiebre;*
Mais elle me fuit toujours.	*Pero ella siempre me huye.*
Cette fièvre des amours,	*Esta fiebre de los amores,*
N'est-elle pas sur ta lèvre ?	*¿No está sobre tu labio?*
Pour les trouver j'ai dessein	*Para encontrarlos tengo el propósito*
De baiser, ô ma farouche,	*De besar, oh mi fugitiva,*
Et ton âme sur ta bouche,	*Y tu alma sobre tu boca,*
Et ton doux coeur sur ton sein.	*Y tu dulce corazón sobre tu seno.*

¡Cita, desde luego, pero a medida! Por supuesto, se encontrarán menos ardientes los versos que él escribió sobre el abanico de la vecina.

On m'a dit qu'à des mains exquises	*Se me ha dicho que ese abanico*
Cet éventail est destiné.	*Estaba destinado a unas manos*
Pour y mettre votre nom, je n'ai	*exquisitas.*
Aucune des vertus requises.	*Para poner ahí tu nombre, no tengo*
	Ninguna de las virtudes requeridas.
Mais en rêvant à la Beauté	
Qui me fait cet honneur insigne	*Pero soñando en la Belleza*
Dont s'exalte ma vanité,	*Que me hace ese insigne honor*

C'est à genoux que je le signe.

Del que mi vanidad se exalta,
Es de rodillas como lo escribo.

El abanico era un instrumento público que se debía mostrar a todos. Los versos que Guy encadena una noche, regresando de La Bicoque después de una sesión de lectura de la que el libertino siglo XVIII había sido un anticipo, eran de otro modo atrevidos. No hay duda de que Hermine habría enrojecido leyéndolo al día siguiente por la mañana:

MARTE Y VENUS

Mars trouva Vénus à Paphos
La belle dormait sur le dos.
Voyons, dit-il, tot ce qu'elle a,
¡Alleluia!
Il alla deranger soudain
L'écharpe qui couvrait son sein,
Plus blanc que neige il le trouva.
¡Alleluia!
Sa main eut la temerité
D'en tâter la rotondité,
Le sentant ferme, il s'écira
¡Alleluia!
Vénus fermant toujors les yeux
Se plaça pourtant de son mieux
Et le guerrier en profita
¡Alleluia!...

Marte encuentra a Venus en Pafos
Le hermosa dormía sobre la espalda.
Veamos, dijo él, todo lo que tiene,
¡Aleluya!
De repente retiró
La estola que cubría su seno,
Encontrándolo más blanco que la nieve.
¡Aleluya!
Su mano tuvo la temeridad
De palpar la redondez,
Sintiéndola firme, exclamó
¡Aleluya!
Venus, siempre con los ojos cerrados
Se ofreció sin embargo en mejor posición
Y el guerrero aprovechó
¡Aleluya!...

Bel Ami, una vez más había ganado. No sorprende ver a Guy abandonando la calle Montchanin después de haber discutido con su propietario y primo Louis, y subarrendar el local del que todavía disponía por tres años, a Hermine y a su madre, el 15 de febrero de 1890, y sin haber advertido al marido, lo que provocará algún incidente.

Una carta escrita por Guy en julio de 1885 a su primo Louis Le Poittevin le rogaba que fuese a saludar a Hermine en Étretat en estos términos no menos elocuentes, sino todo lo contrario:

Di mil cosas tiernas a la Sra. du Noüy.

Pero no me comprometas.

Es él quién ha remarcado un ME un poco zafio. Sí, eso es lo que supone Mary Lecomte du Noüy. Guy al principio ha hecho la corte a su vecina abandonada, como la hubiese hecho a cualquier otra bella mujer, luego se lo ha tomado como un juego, porque ella estaba enamorada de su arquitecto. Poco a poco, Hermine se ha dejado ablandar y, por una reacción muy femenina, acaba amándolo... cuando él ya no la amaba.

Partiendo del afecto que Guy manifestaba hacia el pequeño Pierre, del regalo simbólico del fusil de caza, de ese detalle también que quiere que sea el mismo Maupassant quien haya traído a Pierre al mundo, cortándole el cordón umbilical, algunos se han preguntado si no habría en todo ello otro asunto Flaubert[1]. ¡Las probabilidades son muy escasas! Físicamente, Pierre Lecomte du Noüy se parecía mucho al arquitecto, delgado, rubio, ojos azules, nariz ganchuda. Además, en el momento del nacimiento de Pierre, Hermine estaba aún apasionadamente enamorada de su marido.

Hoy se desprende de esta historieta sentimental el perfume melancólico de un amor marchito, más sincero en ella que en él, sin convertirse nunca en incendiario, tranquilo como Hermine.

El erudito Aimé Dupuis, bisnieto de Diderot, propietario de La Bicoque, personaje encantador que llegó a nonagenario, secretario general de la Sociedad de la Historia del Vestido, ilustrador y coleccionista que asombró al poeta zahorí de lo maravilloso, Paul Gilson, y por añadidura uno de esos últimos animadores que junto con Caran d'Ache dieron gloria al *Chat Noir*, me dijo: «Nací el 1 de abril de 1876, pero mi padre no quiso declararme hasta el día siguiente, por ser el día de los inocentes.» Despierto y alegre, me hizo visitar la casa que domina la iglesia, el cementerio y la estación, hundido en una vegetación frondosa y exuberante, y sus ojos claros pestañeaban, completamente azules, cuando me mostró la copia del Aleluya profano conservado entre sus dibujos y sus soldados de plomo. Este hombre encantador colocó en el jardín dos sillas y un velador en el mismo lugar en el que Guy y Hermine se

[1] Este parto tuvo lugar el 20 de diciembre de 1883, a las ocho de la mañana, en el apartamento de la plaza de Rennes en París.

encontraban. Como Miss Mitchell, me dijo que sus fantasmas regresaban allí, tiernos vahos de la amistad amorosa, y he de confesar que le creo.

En el otoño de 1885, en Étretat, Guy alquiló todas las tierras de la gran granja Martin de Bordeaux-Saint-Clair. A Henri Ami, que lo invitó desde su regreso de Sicilia, le responde*: Mi primer mes de caza está siempre marcado por seis aperturas de veda sucesivas en Normandía*. Sin embargo, no son solamente los contactos mundanos que lo atraen. Detesta las grandes cacerías sociales con jaurías de perros y el sonido de los cuernos. No le gustan las *masacres de animales*; no es jinete. Demasiado marinero, demasiado caminante. La caza, símbolo de una regresión hacia ese animal humano que Guy venera, supone sobre todo el contacto con fuerzas telúricas.

Los *Cuentos de la Becada*, aparecidos en la antología que lleva ese mismo título, en 1883, han hecho mucho por su reputación. Donde el remero inquieta, el cazador tranquiliza. El sabroso ritual del barón des Ravot haciendo girar una cabeza de becada sobre una aguja y designando así por sorteo aquél de los convidados que tenía que contar una historia, a cambio de todas las cabezas, *regalo exquisito*, revela el carácter tradicional de esta actividad. En el cuento *Las Becadas*, posterior al volumen (octubre de 1885), Maupassant hace un elogio de sus amigos los d'Orgemol, *dos normandos, varones de la vieja y poderosa raza de conquistadores que invadieron Francia, sometieron Inglaterra y extendieron su dominio sobre todas las costas de Europa. Construyeron ciudades, pasaron como una ola sobre Sicilia y crearon un arte admirable; derrotaron a los reyes y se apoderaron de sus riquezas; fueron más ladinos que los papas, y* SOBRE TODO*, fecundaron con su vitalidad a todas las mujeres de la tierra...* Nada falta a esta descripción, ni incluso el último rasgo.

Los cazadores, vestidos como esquimales, penetran en el bosque de Cannetot, cerca de Fécamp. François acompaña a su señor con los perros, Pif, Paf y Moustache; *se dirían tres pequeños cocodrilos peludos*. Cenan en la granja, duermen en una habitación encalada. Antes del amanecer, Gaspard

d'Orgemol los despierta con una diana atronadora. Pronto se oyen los disparos. Para no tentar a la suerte, afirman ostensiblemente cazar el conejo. Uno de los cazadores grita: «¡Becada!– ¡Allí está!» Cuando Maupassant mata una becada, exclama: «¡Conejo!» para triunfar mejor a continuación, a la hora de los trofeos. Precisa con un vistazo: *Soy un hipócrita*.

Las hojas caen con un murmullo suave y continuo, un murmullo seco, un poco triste, están muertas. (...) *Hace frío, un frío penetrante* (este modo de repetir la palabra esencial denuncia la autenticidad de la emoción) *que hormiguea en la nariz, en los ojos, en las orejas, y que ha cubierto de un polvillo helado y brillante las hierbas* (...) *Pero se tiene calor a todo lo largo de los miembros bajo la piel de cordero* (...) *El sol está alegre en el aire azul.*

En Maupassant, como en cada hombre, los sentidos tienen una agudeza diferente. La vista es el mejor, vista de dibujante de un solo trazo y de colorista. Para las personas normales, un azul es un azul, un negro, un negro, un blanco, un blanco. Para las retinas sensibles, hay veinte negros y veinte blancos. Se encuentra en *La Vida Errante* una descripción de una koubba, cerca de Kairouan: *No he visto jamás al sol hacer de una cúpula blanca una maravilla de color más admirable. ¿Es blanca la cúpula? – Sí – de un blanco deslumbrador, y sin embargo, la luz se descompone por modo tan extraño sobre aquel enorme huevo, que se distingue allí toda una magia de misteriosos matices* (...) *tan confundidos en aquel blanco de nieve que no se muestra en seguida* (...) *Cuanto más se los mira, más se acentúan. Ondas de oro corren por sus contornos, secretamente extinguidas en un baño de color lila, ligero como un vapor, atravesando espacios azulados. La inmóvil sombra de una rama es acaso gris, quizá verde, tal vez amarilla. No lo sé. Bajo la cornisa, me parece de color de violeta la pared; y adivino que el ambiente es del color de la malva, en torno de aquella deslumbrante cúpula...*

Es Delacroix, es Matisse.

El oído es justo, sin ser el de un verdadero músico, más sensible al ritmo y a los ruidos que a la melodía. El sentido

olfativo está agudizado, un olfato de setter, próximo al de Zola, el más olfativo de los escritores del siglo. El gusto y el tacto están desarrollados y son selectivos. Guy está muy dotado sensorialmente. Se conocía también la fuerza imperiosa de su sentido genésico. Y sin embargo, a causa de eso mismo, se desespera de ser pobre como los demás hombres. Se lamenta: *Los sentidos son cinco, nada más que cinco*[1]

¡Pan se lamenta! De hecho, lo que lo caracteriza, es precisamente el constante despertar del sexto sentido, que no tiene otro órgano que el propio ser al completo, el sentido kinestésico, el sentido de la presencia en el mundo y del movimiento de ese mundo. Él conoce sus ventajas e inconvenientes: *Son más felices o más desgraciados aquellos que reciben sus sensaciones por toda la superficie de su carne tanto que por mediación de sus ojos, su boca, su olfato o sus oídos*[2]

¡Qué bien se conocía el novelista que fingía despreciar el análisis y la introspección!

En el relato titulado *Amor, tres páginas del diario de un cazador*[3]*,* Maupassant se presenta abiertamente en escena: *He nacido con todos los instintos y sentidos del hombre primitivo, atenuados por los razonamientos y emociones del civilizado. Amo la caza con pasión; y el animal sangrante, la sangre en las plumas, la sangre en las manos, me crispan el corazón hasta hacerme desfallecer.*

Nos encontramos ante la «crueldad» esencial, orgánica, arcaica, de Maupassant. *Me gusta disparar mi fusil a un pájaro que pasa, y que mato, lamentando haberlo matado viéndolo morir. Y marcho con el remordimiento del animal agonizante, cuyos estertores me quedan en la retina. Y vuelvo a comenzar*.[4]...

Un cierto número de cuentos manifiestan una tendencia sádica evidente: *El Señor Yocasta* (1883), *Un Loco* (1884), *La Pequeña Roque* (1885), *Algo sobre los gatos* (9 de febrero de

[1] *La Vida errante.*

[2] *La Vida errante.*

[3] 7 de diciembre de 1886

[4] Carta escrita desde Hamman-Rhira (1889) a la Sra. Straus.

1886), *Una Velada* (1889), *Moiron* (idem), sin olvidar los cuentos de guerra, los relatos de vendetta o de África del Norte y los relatos fantásticos de sus inicios.

Renardet estrangula y viola a una chiquilla. El escritor se recrea ampliamente en la descripción del pequeño cadáver mancillado: *A diez pasos delante de él, yacía, extendido sobre la espalda, un cuerpo infantil, completamente desnudo, sobre el musgo. Era una niña de unos doce años. Tenía los brazos abiertos, las piernas separadas, la cara cubierta con un pañuelo. Un poco de sangre manchaba sus muslos.*

Tremoulin, compañero de colegio encontrado por casualidad en el transcurso de una jornada de pesca, tortura a los pulpos porque su mujer lo ha engañado con un general de 66 años. El contraste es penetrante entre la crueldad malsana del hombre y la belleza apacible del golfo de Bougie. *Arroja en el barco el pulpo destrozado y mutilado que se arrastra entre mis piernas, hasta el agujero lleno de agua salobre, donde se acurruca para morir en medio de peces muertos*. La identificación de la mujer infiel con el pulpo torturado es horrible.

Moiron, el maestro, para vengarse de Dios, asesina a los chiquillos que le son confiados, dándoles caramelos llenos de agujas. Mohamed El Granuja, el turco mercenario, encadena a sus enemigos los árabes con delectación. *Entonces hizo una cosa terrible y divertida: una sarta de prisioneros o, más bien, una sarta de ahorcados. Ató un extremo de la cuerda larga en los brazos del primer cautivo, luego se la pasó por el cuello con una lazada corrediza y fue sujetándolos así uno a uno; primero a los brazos, después al cuello. Nuestros cincuenta prisioneros se hallaron pronto atados en tal forma, que a cualquier movimiento que hiciese alguno se ahogaba. Cualquier movimiento de los brazos apretaba el nudo en el cuello. Se veían obligados a caminar acompasadamente, sin desviarse en modo alguno, so pena de caer como liebres en el lazo...*

Desde luego, es el tiempo de su joven amigo Félicien Chamsaur, de su colaborador ocasional Hugues Rebell, de Octave Mirbeau, autor de *El Jardín de los Suplicios*, tan célebre entre los colegiales mortificados por las revelaciones

combinadas de la agresividad y el erotismo. A pesar de la evidente provocación, del flaubertiano objetivo de espantar al burgués, el aspecto sádico en Maupassant, afianzado por la admiración que abiertamente manifestaba hacia aquél que llamaba ya el Viejo o el Divino Marqués durante su adolescencia, debe ser estudiado en su justa medida.

Amor lo permite. La caza al pato se practica al acecho, en una choza hecha con bloques de hielo. Tanto peor para el vigilante, pues hace demasiado frío. Los cazadores hacen fuego. *La choza, en forma de cono, parecía un monstruoso diamante rosa, colocado de pronto sobre el agua helada del pantano. Y dentro se veían dos sombras fantásticas: las de nuestros perros, que se estaban calentando...*

Al amanecer, Guy abate una pata de vientre plateado. Encima de él, un pájaro llama. Es el macho. No se irá. *No recuerdo gemido alguno de dolor que me haya desgarrado tanto el alma como el reproche lamentable de aquel pobre animal, que se perdía en el espacio.* El primo abate al macho. *Lo deposité, frío ya, en el mismo canasto*. Guy era verdugo. Aquí lo tenemos identificado con su víctima. Ante ese Tristan e Isolda del mundo animal, Maupassant no podía más que deplorar una vez más su dualidad... *Y partí, ese mismo día, para París*.

El cuento es del 7 de diciembre de 1886. Maupassant volverá todavía alguna vez a la caza, pero su ánimo habrá decaído.

Maupassant tenía una gata, Piroli. Cuando regresaba de viaje, el bonito animal no lo abandonaba. Atraída por el ruido del agua, saltaba encima de la bañera y hacía caer la mano disecada que horrorizaba a François.

– *Como haces caer en mi baño la mano de Shakespeare, pequeña diablesa...*

Guy le habla. Ella le responde. Él lleva a la pequeña a Etretat, donde queda detenida ante los patos de Barbarie.

– *¡Ah! espero señorita Piroli, que no vaya a confundir esos pequeños Barbarie con pájaros grandes.*

Jugando con Piroli, Guy se muestra. Ama a sus perros. Sin duda, los prefiere. Pero no tienen la gracia *femenina* del gato.

En febrero de 1886, privado de Piroli y en París, acariciaba en Antibes la gata del jardinero. *Yo excitaba sus nervios, y ella también excitaba los míos, porque estos animales encantadores y pérfidos me inspiran cariño y también repulsión* (Los mismos calificativos que reserva a la mujer y al río). *Me gusta tocarlos y sentir cómo resbala debajo de mi mano su pelo sedoso que cruje, su piel caliente, delicada y fina. No hay cosa más suave ni que produzca en la epidermis una sensación más exquisita, más refinada, más extraña que 1a envoltura tibia y vibrante del gato. Pero esa envoltura viva despierta en mis dedos una comezón rara y feroz de estrangular al animal que estoy acariciando....*

Recuerdo que siendo niño me gustaba coger los gatos con bruscos deseos de estrangularlos con mis pequeñas manos.

Un día, en un arranque de crueldad infantil, dejó morir un gato atrapado en un lazo. Recuerda la escena con una singular precisión: *Habría podido cortar el lazo, habría podido ir a buscar al criado o avisar a mi padre.* (Este detalle data el recuerdo, no tenía más de doce años). *No. No me moví, y, con el corazón palpitando, lo vi morir, con un goce estremecedor y cruel; ¡era un gato! Si hubiese sido un perro, habría cortado un hilo de cobre incluso con mis dientes antes de dejarlo sufrir un segundo más.*

Existe pues un sadismo real en Maupassant. Pero no exageramos nada. El narrador se alimenta con él. Lo pone en escena, lo aumenta, lo ilustra. Provoca a su lector. Guy tuvo siempre gatos y experimentó por Piroli un sentimiento tan auténtico de amistad que su muerte, en septiembre de 1887, lo consternó. Se consolará difícilmente con la pequeña Pussy para quien pedirá incluso a François que compre papel más suave a fin de no hacerla sobresaltar cuando él escribe.

En sus relaciones con las mujeres, los perros, la caza mayor, los gatos, la dualidad de Maupassant se afirma, hombre contradictorio a la vez que de carácter ciclotímico, tanto negro, tanto blanco, ambiguo, Jano.

2.

El primer velero Bel-Ami*, octubre de 1886 – La tierra tiembla en Antibes – El profesor Charcot y los orígenes de* El Horla *– Nostalgia del baile de remeros – Frank Harris, entre Pepys y Casanova – Psiquiatras y críticos: un diálogo difícil.*

Maupassant escribía a Hermine desde Antibes, el 2 de marzo de 1886: *¿Qué podría decirle de lo que hago aquí? Navego y sobre todo trabajo. Trabajo en una historia de pasión muy exaltada, muy alerta y muy poética*. Se trataba de *Mont-Oriol*, finalizada en Antibes, Villa Muterse, en 1886.

La villa Le Bosquet llevaba también el nombre de su propietario, el oficial de marina Maurice Muterse. Pocas cosas han cambiado. Todas las mañanas, como en Étretat, Maupassant trabajaba en el salón, sobre el velador situado en el ángulo. Como bien lo ha referido Hermine, concebía sus frases caminando a lo largo, se sentaba y las escribía, luego volvía a comenzar. Tras el almuerzo, se paseaba y dejaba de pensar completamente en *Mont-Oriol* para dedicarse a la novela que escribiría a continuación. Solamente, la novela contaba a partir de ese momento.

Durante todo el invierno, encendía un fuego intenso, instalando un biombo para evitar el frío de la puerta. Las notas del Sr. Muterse permiten establecer que ese fuego resultaba infernal sobre todo en esa época, puesto que la temperatura obtenida alcanzaba de 20 a 22 grados, lo que no parece algo excepcional en nuestros acondicionados domicilios de hoy en día.

Desde hacía algún tiempo, se veía aparecer en su correspondencia la expresión *a bordo del Bel Ami*. Siguiendo el consejo del viejo Galice, Maupassant compra a finales de 1884, un velero de segunda mano, el *Flamberge*, que una fantástica tradición dice haber pertenecido «a un jugador ruso arruinado».

Las confusiones no han cesado después, entre los diferentes barcos de Guy. El *Flamberge* tenía once metros de eslora y declaraba nueve toneladas en aduana. Era muy alargado, con dos foques, trinquete, gran vela y flecha. Había sido construido en

1881 en Gennevilliers, en la casa Texier, lo que justifica la expresión «de forma parisina[1]». Su antiguo propietario era Paul Saunière[2], que lo había bautizado (como lo hará Guy) con el nombre de su obra más conocida. Maupassant pagó por él aproximadamente unos 1800 francos. El casco negro, fino y bajo sobre el agua, tallado por la velocidad, podía recibir fácilmente ocho personas y para dormir cuatro. Orgullo de Maupassant, el timón era de cobre rojo macizo[3].

Ese barco cambió la vida del escritor, tanto como el éxito del que ES CONSECUENCIA Y SEÑAL. Los preparativos eran casi un ritual. Antes del amanecer, Bernard, el capitán, arrojaba arena en la ventana del patrón. Abandonaban el fondeadero muy temprano y navegaban hacia La Salis. *Las estrellas se apagan. El faro de Villefranche cierra por última vez su ojo que gira y observo en el cielo lejano, encima de Niza aún invisible, unas luminosidades extrañas y rosadas: son los glaciales de los Alpes a los que la aurora ilumina sus cimas...*

El *Bel-Ami* virando con viento de popa y poniendo proa al Oeste, dobla el cabo de Antibes y Cannes, dirigiéndose hacia el Esterel, *encantadora montaña* (...) *pintada a la acuarela sobre un cielo decorado por un Creador complaciente para servir de modelo a los paisajistas ingleses y objeto de admiración para altezas tísicas y ociosas*. La caricia del agua sobre la arena o el granito apacigua al viajero fatigado *y la alegría que me invade cuando me siento empujado por el viento y transportado por la ola, nace de eso que me sume en las fuerzas brutales y naturales del mundo, de lo que me hace retornar a la vida primitiva.*

No era el desplazamiento de un lugar a otro lo que fascinaba al discípulo del Carnero de Palermo, ni el crucero, menos aún la

---

[1] Concesión de pabellón dado por el Yacht Club de Francia. Colección Mary Lecomte du Noüy

[2] Novelista y periodistas (1827-1894): *El Rey Mísero, Los caballeros del Zafiro, Flamberge,* etc.

[3] Existe un pequeño museo del *Bel-Ami* en Biarritz, en casa del Sr. Jacques Dubert, nieto del Sr. Charles Dubert, que había vuelto a comprar el barco a un vendedor de vinos de Burdeos, el Sr. Gaston Papin. El Sr. Charles Dubert había hecho rebautizar el velero con su nombre de *Bel-Ami*, habiéndose llamado en propiedad del Sr. Papin, *Vent-Debout*. *Bel-Ami I* fue desguazado en Libourne en 1904.

voluntad de ir al otro extremo del mundo, sino el simple hecho de flotar entre el cielo y el mar, *sobre el agua*. A bordo del *Bel-Ami*, Guy no irá más allá de Portofino o Marsella.

En diciembre, presa de su habitual ansia de movimiento, Guy abandona Le Bosquet para instalarse en el Chalet de los Alpes[1]. Desde su habitación, ve la cadena de los Alpes, Niza y su bahía de los Ángeles, y más cercanas, las murallas en la Vauban de Antibes y el campo de maniobras donde los reclutas preparan la revancha. En la vertiente Oeste, se encuentra el cabo de Antibes, las profundidades azules de un Golfo Juan desierto, Cannes la blanca, la barrera de oro verde de las islas del Esterel.

Finalizado el trabajo de la mañana, Guy penetra a menudo en las salvajes tierras, hacia Vallauris, en el bosque tan espeso que solamente los barrancos sirven de caminos, hace esgrima y navega. Desde su despacho puede ver las vergas del *yacht*. Cuando el viento es favorable, Bernard iza el pabellón del propietario.

A veces, va a visitar las instalaciones de horticultura de su hermano Hervé, que lindan con el actual emplazamiento del hospital. Después de haber sido causa de preocupaciones para su madre y él, su hermano menor parece haber sentado la cabeza, aunque su comportamiento todavía da algunos motivos de inquietud. Guy había participado financieramente en esta implantación de unos cultivos entonces nuevos, imaginados por el sorprendente Alphonse Karr, las flores de vivero. El matrimonio de Hervé con una muchacha de los alrededores de Grasse, Marie-Thérèse de Fanton d'Andon, de Thorenc, el 19 de enero de 1886, parecía haber estabilizado al sombrío hermano pequeño.

Ese invierno, «la víspera de Santa Colete», precisa equivocadamente François, la tierra tiembla. La palabra «víspera» debe ser tomada en un sentido amplio, anota Maurice Muterse en su ejemplar de los recuerdos de François. La catástrofe tuvo lugar en efecto el 23 de febrero de 1887.

La velada había sido muy bella y yo me había quedado hasta bastante tarde mirando el cielo salpicado de estrellas, y

[1] Todavía existe. Actualmente, ruta de la Badine.

allá abajo, al otro lado del amplio golfo, Niza iluminada, Niza cantando y bailando en esa última noche de carnaval. Guy se acostó hacia la una de la madrugada, como era su costumbre. Dormía profundamente cuando fue despertado por espantosas sacudidas. Se levantó, azorado. *Durante el primer segundo de espanto, creí simplemente que la casa se desplomaba* (...) *Salté de pie en mi habitación y fui hacia la puerta cuando una oscilación violenta me arrojó contra la pared* (...) *en la escalera oí el siniestro y extravagante carillón de los timbres sonando solos...*

El doméstico descendía corriendo.

– *¡Rápido, fuera¡* – grita Guy – *¡Es un terremoto!*

Se impacienta.

– *¡Al jardín! Dentro de algunos minutos, vamos a tener una réplica. ¡Mi madre! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Baja!*

Laure no aparece. Él vuelve a llamarla.

– Me es imposible apresurarme – dice ella, manteniendo la calma en medio de la catástrofe, como todos los ansiosos –¡Y todos los temblores de tierra me dejan indiferente!

Finalmente están todos en el jardín. *Algunos instantes después de la primera sacudida, el mar fue bruscamente retirado, dejando en dique seco unos barcos de pesca y unos peces sobre la arena. Las pequeñas sardinas coleaban, un gran cangrejo se deslizaba huyendo, pero nadie pensaba demasiado en perseguirle. Luego, una ola de dos metros de altura, o más que una ola, un levantamiento, vino a cubrir la playa y el mar finalmente retomó su nivel.*

Hubo una víctima en Antibes y varios heridos. Durante seis semanas, doscientas personas sin hogar deambulaban. Guy odiaba la pobreza y la describía con horror. Un pasaje de *Pierre y Jean* pone en evidencia este rasgo: *le sobrecogió un hedor de humanidad pobre y sucia, hedor de carne desnuda, mucho más repugnante que la del pelo o la de las bestias. Entonces, en una especie de subterráneo oscuro y bajo, parecido a la galería de una mina, pudo ver Pedro centenares de hombres, mujeres y niños tendidos sobre las tablas o amontonados en el suelo* (...) *Al reflexionar en el trabajo pasado, en el trabajo inútil,* (...) *en la energía que habían derrochado aquellos infelices y que*

volvería a empezar otra vez, sin saber dónde, en aquella abominable existencia mísera, el doctor sintió la tentación de gritarles: «Lanzaros al agua con vuestras mujeres y vuestros hijos.»

Y sintió tanta piedad, que se fue por no poder soportar aquella visión.

Guy no se marcharía. La catástrofe de Antibes arrojó luz sobre su oculta bondad. El célebre escritor, el «caballero de París» fue uno de los primeros en socorrer a las víctimas de Antibes.

Este invierno de 1886, al margen de *Mont-Oriol*, y cuando la tierra ya no tiembla, Maupassant escribe *El Horla*. Es poco probable que el tema haya nacido completamente de su imaginación; desde el primer capítulo, respecto del valor biográfico del cuento titulado *¡Camarero, una caña!* debe destacarse esta singular característica. En realidad no posee, como muchos novelistas, habilidad para inventar a partir de nada una situación o una intriga, pero sí para darle cuerpo. Es necesario proporcionársela. Entonces, él la anima. Naturalmente, con este tipo de narradores, el origen de los temas es difícil de establecer.

Tanto para *La Casa Tellier*, como para otras historias, varias hipótesis se enfrentan. Una establece que el tema procede de Charcot[1], al que Guy conocía muy bien por haberle hecho examinar a su madre y haber cenado con él, especialmente en casa de Goncourt. El brillante psiquiatra, cuyos cursos sobre las neurosis y la histeria en el hospital de la Salpétrière son seguidos por todo París (entre otros, en 1886-1887, por un joven estudiante austriaco, Sigmund Freud), habría dado este tema a Hennique, quién a su vez lo habría transmitido a Guy. Charcot ejercerá tanta influencia sobre la literatura de la segunda mitad del siglo como un Mesmer o un Swedenborg sobre Balzac. Además, la psiquiatría apasionaba a Guy.

Otra hipótesis establece que la idea procede de Georges de Porto-Riche. El autor de *Enamorada* la confirmó al Dr. Pillet: «Yo no he proporcionada a Maupassant la idea de *El Horla* en el

[1] Dr. Jean-Martin Charcot, 1825-1893

sentido estricto de la palabra. No obstante el tema de este relato fue tratado entre ambos, y debo añadir, lo que es además rigurosamente cierto, que gran número de sus cuentos macabros o melancólicos le fueron sugeridos por mí.»

Sea como sea, aun cuando ambas filiaciones no sean incompatibles, la idea fantástica de un ser no humano que se introduce bajo vuestra piel para instalarse allí, existía en Maupassant con anterioridad a la amistad de Porto-Riche y a la influencia de Charcot. En cuanto al tema secundario de la alucinación y sus relaciones con los trastornos de la vista, que Guy tenía buenas razones para conocer, está retomado de *¿Él?,* del 3 de julio de 1883. *¿Él?*, ya era EL OTRO, el extraño, el anti natura, el *hors-la*[1].

Maupassant delimitaba desde el principio las relaciones que él mantenía con lo fantástico, no considerado como género literario, sino como una realidad desconocida. *No temo peligros, ni sorpresas. Te aseguro que si en mi alcoba entrara un hombre, le mataría tranquilamente. Tampoco me infunden temor los aparecidos; no creo en lo sobrenatural. Nunca tuve temor a los muertos; al morir, cada persona se aniquila para siempre. Y a pesar de todo..., ¡claro!..., a pesar de todo, tengo miedo..., ¡miedo de mí mismo!...*

Este texto es capital. Maupassant regresará a esta idea diez veces, y en las circunstancias más trágicas.

En esta época, las alucinaciones referidas por François Tassart desde 1882 van aumentando. Así pues, antes de *El Horla*, *¿Él?* es también el relato de una alucinación, elaborada conscientemente por el artista con ánimo de sorprender, turbar y emocionar a su lector. Regresando a su casa, el «yo» que cuenta la historia ve a un amigo dormido en un rincón de su salón. *Y cuando puse la mano en su hombro..., el sillón estaba ya vacío. No vi a nadie* (...) *Que todo fue alucinación, era seguro. Pero mi espíritu no se había turbado, mi juicio funcionaba mientras lo sufría natural y lógicamente; luego no hubo desarreglo cerebral. Solamente se habían engañado mis ojos, y su engaño fue origen del error mental. Habían padecido los ojos un*

[1] André Vial indica que la palabra «horla» es también el anagrama de Jean Lahor (Dr. Henry Cazalis)

extravío, una de las aberraciones visuales que parecen milagrosas a las gentes incultas. Era un poco de congestión, acaso.

Era así como Guy se encontraba después de cada una de sus alucinaciones, espantado pero manteniéndose como un observador lúcido de lo que le pasaba.

El Horla, mucho más trabajado, describe el desarrollo progresivo de una obsesión paralela, anotada minuciosamente como la precedente, por el propio obsesivo. Se ha desprendido de este corriente artificio, la burda identificación entre Maupassant y su héroe. ¡Esto es mucho más complejo! Cuando escribe *El Horla*, Maupassant ya es un gran artista, en posesión de todas sus facultades, no es un demente o un drogado que delira. No copia un sueño vivido. Lo que no impide que cómo en el caso de *¿Él?* la alucinación de *El Horla* coincida con sus alucinaciones personales. Tenemos que vérnoslas con una amplificación literaria del tema familiar del EXTRAÑO, que acosa a Guy desde su juventud y que frecuentó antes que a él a su tío Alfred. El Doppelgänger, el doble, está entre bastidores.

Hubo dos versiones de *El Horla*. La primera estaba constituida por una decena de hojas (26 de octubre de 1886), la segunda por el triple. La primera se presenta bajo la forma del relato de un internado, la segunda de un diario. El procedimiento del diario da un realismo estremecedor a esta segunda versión, más minuciosa, más lenta, donde el horror se explota a fondo. Empujada al extremo lógico, ella está igualmente amplificada por escenas anexas, muy hermosas, como el paseo por el monte Saint-Michel, la sesión de hipnotismo, el regreso al baile de los remeros, que establecen unos descansos en la progresión y algo así como la nostalgia de un mundo moral, familiar, que está cambiando inexorablemente.

Lo admirable del relato se mantiene en el contraste entre lo terrorífico de la historia y la limpidez melancólica de la escritura: *¿De dónde vienen esas misteriosas influencias que trasforman nuestro bienestar en desaliento y nuestra confianza en angustia? Diríase qué el aire, el aire invisible, está poblado de lo desconocido, de poderes cuya misteriosa proximidad*

experimentamos. ¿Por qué al despertarme siento una gran alegría y ganas de cantar, y luego, sorpresivamente, después de dar un corto paseo por la costa, regreso desolado como si me esperase una desgracia en mi casa? ¿Tal vez una ráfaga fría al rozarme la piel me ha alterado los nervios y ensombrecido el alma? ¿Acaso la forma de las nubes o el color tan variable del día o de las cosas me ha perturbado el pensamiento al pasar por mis ojos? ¿Quién puede saberlo?

¡Qué hermoso retrato interior, reflejado en los cambiantes destellos del agua! De entrada, el héroe se ve inmerso en un entusiasmo febril, entrecortado con sorprendentes momentos de gozo, luego aparecen las pesadillas, y la angustia lo antenaza en el bosque normando. Se apacigua junto a un fraile, pero de nuevo surge la invasión de las pesadillas. Comienza a preguntarse si está loco. Va a París. Una sesión de hipnotismo practicada sobre una prima lo conmociona. Va al baile de los remeros, en Bouvigal.

¿Cómo podrán regresar las tumultuosas amarguras de *La Mujer de Paul*, las sensuales generosidades de *Una Jornada de Campo*, los nácares femeninos de *Yvette*? El hombre ha envejecido. Ya no participa. *Cené en Bougival y después estuve en el baile de los remeros. Decididamente, todo depende del lugar y del medio. Creer en lo sobrenatural en la isla de la Grenouillère sería el colmo del desatino...*

Maupassant baja la voz para hacerse escuchar: *Pensaba en todo ello mientras caminaba por la orilla del río. El sol iluminaba el agua, sus rayos embellecían la tierra y llenaban mis ojos de amor por la vida, por las golondrinas cuya agilidad constituye para mí un motivo de alegría, por las hierbas de la orilla cuyo estremecimiento es un placer para mis oídos.*

Esta tentativa desesperada por aferrarse a la juventud, espantar al monstruo interior, regresar al ser sano, poderoso, pagano, que él fue, Guy lo ha hecho en «la vida real», varias veces en esta época, con igual fracaso. *Paulatinamente me invadía un malestar inexplicable. Me parecía que una fuerza desconocida me detenía, me paralizaba, impidiéndome avanzar, y que trataba de hacerme volver atrás...* Contra el Horla (*Es el Horla que me hechiza, que me hace pensar esas locuras. Está en*

mí, se convierte en mi alma. ¡Lo mataré!), ni el río ni Normandía, nada podrán ya.

El río encarna, tanto como la vida, la tentación de la nada, porque ambos fluyen. El número de personajes de Maupassant que se ahogan o que tienen ganas de ahogarse es considerable. El pilluelo del *Papa de Simón*, *La Muchacha de Granja* seducida, la muerte de Jean, de *El Soldadito*, entre accidente y suicidio. ¡La obra de Guy de Maupassant es la que contiene más ahogados de la literatura francesa!

El río transporta la angustia, a la que Maupassant se resiste cada vez menos. El tema mórbido de *Bel-Ami* regresa y no puede defenderse. Lo canta en todos los tonos. Vibra en *El Horla* como en muchas otras páginas: *Envejece y morirá cualquier día. Desapareciendo él, todo habrá terminado; todo, ni rastro de Paul Saval sobre la tierra. ¡Qué terrible cosa! Y otros vivirán, amarán, reirán. Sí, habrá siempre quien se divierta, y él ya no se divertirá. Es raro que se pueda reír y estar alegre con la certeza de la muerte*[1]...

El Maupassant de *El Horla*, como el de la vida, se tropieza con la muerte como una abeja en un cristal.

Taciturno, el personaje regresa a su casa. *Ante mi vista, una mano invisible recogió y levantó una flor*. A partir de este momento está seguro de estar loco. *Alguien ocupa mi alma y la gobierna.*

El alucinado lee en una revista científica que unos hechos de la misma naturaleza se han producido en Río de Janeiro. *Los habitantes despavoridos abandonan sus casas* (...) *creyéndose poseídos y dominados, como un rebaño humano, por seres invisibles aunque tangibles, por especies de vampiros que se alimentan de sus vidas mientras los habitantes duermen, y que además beben agua y leche...*

De pronto tiene una iluminación... ¿No ha visto pasar por el Sena, en Ruán, *un bonito tres mástiles brasileño*? ¡Brasileño! ¡Esa es la explicación! *El Ser venía en él, desde allá, donde su especie había nacido.*

[1] *Arrepentimiento.*

Con la lógica aflorando, el bucle queda cerrado; el lector sacudido vuelve a poner pie en un mundo aristotélico. Sí. Pero el lector no sabe que Maupassant está DENTRO de su relato. No fuera. El Maupassant de *El Horla* está admirablemente INFORMADO. Esta historia, de la que él quiere creerse dueño, representa simbólicamente la suya. El Doppelgänger está en él para tomar su lugar.

Contrariamente a lo que se puede temer en este género, el relato no se debilita con el final. La lógica, en lugar de llevarlo a las normas de una realidad plana, lo hace implacable. Como lo ha proyectado, no queda en el personaje más que un objetivo: matar al Horla PARA SER SALVADO. El «yo» prende fuego a la casa. El Horla se escapa, inmaterial. El cuento se termina, en una casi descomposición del lenguaje que utilizaba Edgar Allan Poe: *No... no... no hay duda, no hay duda... no ha muerto. . . entonces tendré que suicidarme...*

Cientos de veces, exasperado por sus dolores de ojos, sus migrañas, sus alucinaciones, considerando fríamente la hipótesis de la locura triunfante, Guy pensó que acabaría matándose. Lo dice ahora en la vida como lo dijo en la obra: *Compruebo claramente que mi salud declina, que mis dolores físicos aumentan, que mis alucinaciones son cada vez más duraderas, que mi capacidad de trabajo disminuye. El consuelo supremo reside en la certitud que, cuando mi estado sea demasiado lamentable, podré ponerle fin*[1].

Al mismo tiempo, Maupassant adelantaba indirectamente, en las últimas palabras, una notable explicación del suicido, que recopilaba ya lo que había mostrado en *Yvette*, y confirmaba esta intuición excepcional de la psiquiatría moderna que lo hacía sensible a la influencia de un Charcot. Maupassant tuvo la presciencia de una teoría que es muy posterior: raramente el suicida se mata. No puede estar de acuerdo con el mundo; ha tratado en vano de cambiarlo, en vano de cambiarse; no le queda más que DESTRUIR EL MUNDO, no siendo su propia muerte más que un epifenómeno.

En esta época, Maupassant frecuenta a Frank Harris, hombre bastante desagradable, una mezcla entre Samuel Pepys y

[1] A Frank Harris, hacia 1889.

Casanova. Traductor inglés que conoció hacia 1880 por mediación de la novelista americana Blanche Macchetta; ambos «coleguean» en lo que Maupassant tiene de más detestable, la jactancia, las proezas exhibicionistas y las bromas de mal gusto. Ahora bien, Harris cuenta que Maupassant le envía *El Horla,* acompañada de una curiosa carta, en la que el escritor dice básicamente que los críticos iban a creer que se había vuelto loco, pero que su amigo Harris no se dejase engañar. *Estoy perfectamente sano de espíritu; ¡sin embargo esta historia me ha envenenado extrañamente! Surgen en nuestro cerebro tantos pensamientos que no nos podemos explicar, tantos terrores instintivos que forman, por así decirlo, la trastienda de nuestro ser.*

Según este testimonio cuyo contenido es incuestionable, Guy sentía perfectamente que su obra iba más allá de la literatura. Cuando Harris advierte: «Lo espantoso que usted ha debido experimentar y que ha inspirado ese relato demuestra desde luego que sus nervios están alterados», Maupassant se parte de risa:

– ¡*Jamás mi salud ha sido tan buena*[1]!

Pero su risa es demasiado fuerte. El detalle es confirmado por Robert Pinchon. Después de la publicación de la primera versión de *El Horla*, La Tôque y Joseph Prunier almuerzan juntos: «Hablamos de su último relato, y como le hubiese dicho que éste iba a revolucionar algunas mentes, él prorrumpió en una carcajada, franca, sana, que atestiguaba que, en lo que a él se refería, no tenía la mente turbada.» Siempre la misma risa tanto si Robert Pinchon esté engañado o quiera parecerlo.

Dirigiendo al *Gil Blas*, a finales de octubre, *El Horla*, primera versión, Guy dice a François:

– *Hoy he enviado el manuscrito de El Horla; antes de que pasen ocho horas verá usted que todos los periódicos publicarán que estoy loco. Como gusten, pues estoy sano de espíritu, y sabía perfectamente lo que hacía cuando escribí ese relato*.

– Sí, señor – dice François, que no está tranquilo.

1

En torno a Maupassant se ha desarrollado un insoluble conflicto entre psiquiatras y críticos. Los primeros ven fácilmente en la obra unos desarreglos precursores que los críticos cuestionan con indignación. Igualmente psicólogos, en disciplinas distintas y con lenguajes diferentes, no tienen el mismo punto de vista. No obstante todos tienen igualmente razón. No hay una línea de *El Horla* que escape a la lucidez de su autor, y sin embargo esta ficción controlada prefigura totalmente el futuro a partir de un presente INCONSCIENTE.

Lo que abruma, es la intensa credibilidad de la narración. Desde luego, se debe a su arte, pero no menos evidentemente a OTRA COSA. El relato está alimentado con una multitud de detalles auténticos, experimentados por Guy, como la jarra de agua vaciada durante la noche, el temor del sonambulismo, el espejo vacío cuando el narrador se busca en él. Eso va incluso más allá. Arrancados a su experiencia de hombre enfermo, esos detalles toman un sentido PROFÉTICO, que no se volverá claro más que retrospectivamente, como esta asombrosa confidencia: *Sin cesar tengo esta sensación horrorosa de un peligro amenazador, esta aprehensión de una desgracia que sobrevendrá o de la muerte que se acerca, este presentimiento que es sin duda expectativa de un mal todavía desconocido,* GERMINANDO EN LA SANGRE Y EN LA CARNE.

Maupassant, engañado por el éxito, riéndose demasiado fuerte de la idea de que se le va a tomar por su personaje, NO SABE AÚN QUIEN LE HA INFORMADO. Cuando imagina, sobre el esquema del recuerdo, del relato escuchado o de hechos diversos, siempre va en la misma dirección, hacia el miedo, la angustia, la odiosa nada que lo repele y lo fascina. Nunca se ha dejado llevar hacia lo mágico, lo onírico leve, lo maravilloso. No tiene ningún sentido de lo maravilloso. Toda imaginación para él es fantástica, y todo lo fantástico es mórbido.

Maupassant no tiene necesidad de inventar todas las obras para crear una fantasía creíble. Le basta escucharse a si mismo. Procedente de ese frío que campa ya en él, la muerte asciende por capilaridad. Lo que escribe es la prefiguración de lo que va a ser. Pronto. Muy pronto. Resulta suficientemente espantoso

para no tener necesidad de recurrir al Gran Guiñol: ESTE HOMBRE IMAGINA LO QUE ES.

3.

Los tres niños Litzelmann, 1883, 1884, 1887 – Un segundo dossier en búsqueda de la paternidad – El rechazo al matrimonio – Chatel-Guyon en 1883 – Mont-Oriol *o el rechazo a la maternidad* – Mis veinticinco días, diario de un paciente – *El abuelo de* Knock.

El 27 de febrero de 1883, nacía en París, en el distrito XVII un chico de padre desconocido, Lucien, a quién fue dado el apellido de su madre, Joséphine Litzelmann. Veinte años más tarde y diez años después de la muerte de Maupassant, un periódico parisino, *L'Eclair*, revelaba que Maupassant no había muerto sin descendencia y que ese niño era su hijo. En su número del 11 de diciembre de 1903, en primera página, ese periódico publicaba un artículo no firmado indicando que el escritor había dejado un chico y dos chicas, que vivían en Sens.

En 1927, el periodista Auguste Nardy, de *L'Oeuvre*, retomaba la investigación, resumida en un artículo del *Mercure de France*, firmado por L. Dx. (Léon Deffoux):

«El mayor de los niños, Sr. Lucien Litzelmann, nació en Paris, calle des Dames (...) El Sr. Litzelmann es actualmente redactor principal en la subprefectura de Sens (Yonne)[1]»

En 1884, nacía una niña, Lucienne y, en 1887, el 29 de julio, Marthe-Marguerite, calle del Mide, 25 en Vincennes[2] . Ninguna indicación concerniente al padre. En 1927, esta niña vivía en Sens, donde su marido, el Sr. Belval, era mecánico. Joséphine Litzelmann murió en 1920.

Auguste Nardy visitó, tras la muerte de la Sra. Litzelmann, al mayor y a las dos muchachas: «Los tres conservaban el recuerdo muy claro de su padre, recordando sus visitas, pero no querían pedir nada, reivindicar nada al respecto. Incluso les disgustaba ver a la prensa ocupándose de ellos. El mayor informó que, a menudo, recibía periódicos o revistas hablando de su padre. No sabe quién se las enviaba. Hay personas que lo

[1] 1 de enero de 1927.

[2] La crónica de L. Dx, así como una carta del Sr. Belval, indican «calle del Polygone», el registro civil de Vincennes, «calle del Midi»

conocen: cuando fue promocionado oficial de la Academia, una mano había escrito sobre su expediente: "Hijo de Maupassant!"»

Léon Deffoux encontró entonces a su colega Augusto Nardy. Lucien Litzelmann había referido insistentemente a este último: «Mi padre como reservista, debió de hacer un periodo de instrucción militar en el cuartel de Sens. Alquiló, en ese momento, varias habitaciones en el hotel Bourgogne. (...) Recuerdo muy bien mi juventud. Estaba llena de viajes de los que tenía miedo. Eso no me iba. Era una vida muy movida y caótica. Vivimos en Montargis, donde fui al colegio, Clermont-Ferrand, Palavas, donde él tenía allí un bonito *yatch*. Vivimos también en el hotel de Bourgogne en Sens. Él fumaba mucho...»

Después de la muerte de Maupassant, en 1893, la situación de la familia paralela se altera. «Mi madre poseía aún algún dinero. Se agotó pronto puesto que mamá estaba, algunos meses después, pasando por apuros económicos. Sin embargo, recibía cartas precintadas. Acusaba su recepción, dirigía su respuesta a París, mediante correo certificado, al apellido del Señor Radziawil[1]»

El ambiente de misterio se prolongaría de este modo después de la muerte de Guy, tan intensamente, que, cuando, en 1965, yo hablaba de estas cosas al Sr. Fondevielle, notario de Grasse que se ocupa de los intereses de la familia de Hervé de Maupassant, él me declara que nada había llegado a sus oídos en este aspecto.

En medio de todos estos despropósitos, alrededor de un Back Street 1880, apareció que, si Maupassant no desempeñó abiertamente su rol de padre, sin embargo asumió las necesidades materiales de su vida y parcialmente, más allá de su muerte. Los niños Litzelmann no fueron exactamente unos niños abandonados. Sin embargo, no fueron designados por Guy como herederos, sino su sobrina.

Para el primogénito, el modo en el que Guy y su madre se conocieron no es menos misterioso. «Mamá era originaria de Estrasburgo y fue en París, sin duda, donde ella debió

[1] *L'Oeuvre*. 22 de septiembre de 1926. El príncipe Radziwil era un compositor amigo de Guy, de Goncourt y familiar de Théophile Gautier, sobre los años 1861.

encontrarlo.» Lucien Litzelmann tenía evidentes rasgos comunes con su supuesto padre, en la forma del rostro, la repartición de las proporciones, el mentón, la nariz, la forma de los cabellos. Marguerite, la hermana más joven, se parecía mucho a Laure, según manifestación de Nardy a Léon Deffoux.

Vemos entonces a Luccienne Litzelmann, modista, en la calle de la Asunción de París, 82 en 1927: «Una mujer muy sensible. Morena, más bien fuerte, con los mismos ojos que Marguerite y el mismo parecido con Laure de Maupassant.» Cuando recibió a Nardy, se ahogó en lágrimas. «Él me mimaba. Él me tomaba en brazos... nos quería.... Nuestra madre sufrió mucho después de su muerte...»

Había una fotografía de Guy en la habitación de Lucienne. «No le gustaban las fotos, dijo ella, las rompía.» Aparte de todas las precisiones que contiene este documento, el detalle es revelador. Solamente dos fotografías fueron del agrado de Guy, la de Thiel, en Niza, y la de Etienne Carjat. En 1927, había que ser a la vez un especialista muy avezado de Maupassant y un psiquiatra para conocer este extremo.[1]

En cuanto al clima familiar, puede imaginarse a raíz de estas confidencias: «Cuando preguntábamos a nuestra madre, ya estando en el Instituto de Orleáns: " ¿ Dónde está papá ?" Ella nos respondía: " PAPÁ VIAJA " nosotros estábamos muy sorprendidos pues los padres de nuestros vecinos también viajaban muy a menudo...»

Ella añadió, insistiendo en su principal preocupación: «Quisiera impedir que su artículo se publicase... No hay derecho a hablar de estas cosas. ¿Por qué no se hizo tras la muerte de papá?»

Un tercio de siglo después de la muerte de Josephine Litzelmann, el tabú impuesto por Maupassant todavía era respetado por sus descendientes.

La hija de Guy hizo finalmente esta sorprendente declaración: «Vive en Niza, François, el mayordomo que siempre fue hostil a mamá. Él es LA CAUSA DE NUESTRAS DESGRACIAS.»

---

[1] No fue hasta diciembre de 1937 cuando *Le Mercure de France* publicaría el breve estudio de P Dufay, *Guy de Maupassant ou la phobie de son image.*

Retomando la investigación en 1965, obtuve al principio algunas confirmaciones del Sr. Henri Forestier, director de los Archivos municipales de Yonne, y del Sr. Pierre Parruzot, director de los Archivos de Sens, así como del alcalde de Vincennes. Dos de los tres hijos habían muerto, el primero, el muchacho que se parecía a Guy, en Sens, el 18 de junio de 1947. Su viuda, Gabrielle, Augustine Millot, vivía todavía en esta ciudad[1] . Lucien Litzelmann había estado empleado en la Subprefectura. No se ha encontrado el documento administrativo citado, ni en Sens, ni en Auxerre, pero la tradición oral es constante: «Él manifestaba abiertamente ser hijo de Guy de Maupassant.[2] "

Marguerite Litzelmann, la menor, había fallecido desde hacía una veintena de años. Su marido, Alber Belval, casado en segundas nupcias, vivía aún en Sens en 1965 y debía darme útiles informaciones[3]. «Sé que después de la desaparición del ilustre escritor, mi suegra fue ayudada por un tal coronel de Lys[4], amigo de Guy de Maupassant (...). Mi suegra no poseía por desgracia ningún documento, habiendo sido, algún tiempo después de la muerte de Guy de Maupassant, robada en Montargis, y todo lo que podría relacionarse con el escritor había desparecido.» Lo que resulta enojoso.

En el actual estado de las investigaciones, la posibilidad de la triple paternidad de Maupassant es grande. Según Lumbroso, la Sra. de Maupassant y un amigo de la familia, el doctor Balestre, quién la atendía, negaron la existencia de esos niños.

El médico de Laure dijo a Lumbroso: «Yo no he oído nunca hablar de esos tres niños que están en l'Yonne; la señora de Maupassant jamás ha hecho alusión a ellos delante de mí.

»Maupassant ha dejado un hijo, pero usted sabe que inconvenientes impedían reconocerlo. Sin embargo, esto es el secreto de Polichinela.»

---

[1] Carta de la Sra. Lucien Litzelmann al autor.

[2] Carta del Sr. Pierre Parruzot al autor.

[3] Carta del Sr. Belval al autor.

[4] El Sr. Belvar recuerda perfectamente la expresión empleada por su esposa: «el dinero en un sobre».

Ni el doctor Balestre, ni Lumbroso se explicaron más. Es probable que pensaran ambos en el pequeño Pierre Lecomte du Noüy... y el secreto de Polichinela fuese entonces, más que verosímil, un falso secreto.

Se ha visto por las declaraciones de Laure a Paul Alexis sobre la enfermedad de Guy la concepción de la realidad que ella podía tener.

¿Cómo explicar que un hombre que adoraba a los niños haya podido contentarse con ver a los suyos de vez en cuando? ¿Por qué ese medio abandono? Lucien Litzelmann estaba persuadido de que si la muerte de su padre «no hubiese sido tan trágica, si hubiese estado lúcido, lo (los) habría sin duda reconocido». Poco probable. Fue en diciembre de 1891, algunos días antes de su tentativa de suicidio y delante de dos médicos, precisamente, para que no hubiese riesgo de tener una crisis, cuando Guy hizo su testamento, nombrando a su sobrina Simone, hija de Hervé, como heredera universal, no dejando a su padre y a su madre más que la parte proporcional que preveía la ley, ¡disposiciones singulares para un hombre en el que el tema de los hijos ilegítimos era tan doloroso¡

Se han podido dar diversas explicaciones. Esos abandonos eran frecuentes en la alta sociedad, particularmente en la normanda. El mal casamiento era una tara, y un matrimonio plebeyo habría sido un desastre para Maupassant, quién, en 1883, hacía todo lo que podía para entrar EN SOCIEDAD.

Tampoco hay que olvidar que Maupassant, como Flaubert, era ostensiblemente reacio al matrimonio. Incluso, Guy sintió varias veces la tentación. «Él mismo me dijo, comentó Léon Fontaine, algunos años antes de su muerte, que el soltero empedernido, el solitario enfurruñado que siempre había sido, estaba decidido a unir su vida a la de una mujer, si ella estuviese libre.»

Hacia 1887, en casa de la condesa de X., Guy habría conocido a una muchacha, joven, hermosa, reservada, de sobria elegancia. Sería a esta desconocida a quién habría escrito desde Túnez, el 19 de diciembre de 1887, una carta que rezumaba sinceridad: *Desde ayer noche, pienso perdidamente en usted. Un*

deseo intenso de verla, de verla inmediatamente, allí, ante mí, ha entrado de repente en mi corazón (...) *¿No siente usted, rondar ese deseo a su alrededor?* (...) *Quisiera sobre todo, verle los ojos, sus ojos* (...) *Dentro de algunas semanas, habré abandonado África. Volveré a verla. ¿Me acogerá, verdad, mi adorada? usted se reunirá conmigo en...*

Nunca se supo la continuación.

Maupassant hizo confidencias más elocuentes a François, en junio de 1888, en Aix-les Bains. Algunos años antes, una muchacha le había gustado, pero por temor, él la había considerado una intrigante seductora. *Me pregunto si ese matrimonio no hubiese sido para mi la felicidad... ¡Pero el Destino¡*

François todavía comentaría esta tentación al doctor Blanche, después de la muerte de Guy, persuadido de que un buen matrimonio hubiese salvado a su señor. El austero psiquiatra respondió:

– No, mi buen François. Guy de Maupassant era demasiado artista para casarse.

La tercera explicación se encuentra contenida en el apellido Litzelmann. Este patronímico se encuentra geográficamente localizado: «El nombre es originario de Lutzel», apunta Albert Dauzat. Lutzel es un burgo próximo a Saverne en Alsacia. En esta época de racismo endémico y de germanofobia, cualquier consonancia era un obstáculo.

La cuarta razón es más psicológica. ¿Los niños, seguramente no deseados, agradaban a Guy? Lucien Litzelmann anota este aspecto que deja que pensar: «Cuando me explicaba algo que a mí me costaba entender, él lo afirmaba enseguida y se enfadaba. Un día me puso en la puerta. Sus preguntas eran para mí una pesadilla, pues tenía a menudo miedo de disgustarle... »

La quinta explicación es tal vez la más fuerte. La autoritaria y aristócrata Laure no quiso nunca oír hablar de una Litzelmann, como sugería claramente Auguste Nardy: «La Sra. Laure de Maupassant, madre implacable, había establecido una guardia feroz alrededor de su moribundo hijo. Impedirá a la joven la entrada a la residencia donde moriría Guy. Mantuvo una dura actitud arrojando un velo sobre el pasado. Había rehusado ver y

comprender... «¡Unos niños¡... No los conozco», dijo ella mostrando los libros de su hijo.

André Vial escribe con una calculada prudencia: «No fue indiferencia sino vanidad nobiliaria tal vez (ese es un TAL VEZ de cortesía) y, con toda seguridad, por respeto a los prejuicios familiares lo que arroja una sombra acerca de su valentía (no se puede ser más comedido, Maupassant tiene valor físico de sobra, coraje intelectual cuando está indignado, pero ningún valor moral), Guy de Maupassant, a quién el orgullo materno, CONTRA TODA VERDAD (André Vial, a pesar de su prudencia, deja ver claramente hacia donde van sus convicciones), le asignaba un castillo como lugar de nacimiento, no habría reconocido a los tres hijos que él da, en 1883, 1884 y 1887 a una mujer de origen plebeyo.»

Existen madres posesivas como viudas posesivas. Las mujeres autoritarias, frustradas por el matrimonio, y que dedican mucho tiempo a peinar con esmero los cabellos de sus hijos, o los hacen clientes naturales de Sodoma o solteros, seductores fanáticos DE LOS QUE ELLAS SE HACEN CÓMPLICES. Si verdaderamente hubo en la vida de Maupassant, lo que es probable, esta mala acción, Laure fue la causa. Aprovechándose de su debilidad, de su soledad, de sus desgracias, de su enfermedad e incluso de su necesidad de dinero, Laure hizo todo lo posible para conservar a su hijo, defendiéndolo de Josephine Litzelmann como de cualquier otra mujer.

En cuanto a Tassart, tan claramente acusado por una de las hijas, y cuya influencia aumentaba a medida que lo hacían las enfermedades de Maupassant, obedecía a Laure por quién experimentaba una admiración sin límites. Ese buen François dio todas las pruebas de gran devoción y de pequeño espíritu. La adulación al jefe que el novelista ridiculizaba en sus escritos reinaba en su casa gracias al sirviente.

¿Fue Josephine Litzelmann la aguadora de la fuente, llamada Marguerite, en Chätel-Guyon, que se encuentra tan bellamente descrita en *Mont-Oriol*? La datación cronológica de *Mont-Oriol* y de esta escabrosa aventura lo dejan creer y está permitido imaginar a Joséphine a través de un esquema de Guy:

De vez en cuando, un caballero o una dama se aproxima a un kiosco, cubierto con pizarras, que abriga a una mujer de rostro sonriente y dulce, y una fuente que mana en un pilón de cemento. Ni una palabra se intercambia entre el enfermo y la guardiana del agua curativa. Ésta ofrece un pequeño vaso donde revolotean unas burbujas de aire en el líquido transparente. El otro bebe, y se aleja con paso grave, para continuar con su paseo interrumpido...

El profesor Aimé Dupuy, antiguo rector de la Universidad de Argel, se interesó particularmente en el Maupassant de *Mont-Oriol*: «Hoy, apenas soportable a la lectura, esta historia de adulterio y – cesariana incluso – de sus consecuencias físicas, nos parece de un naturalismo bien soso. » Si *Mont-Oriol* es estéticamente la peor novela de Maupassant, el libro sin embargo arroja unas luces irremplazables sobre su autor. Novela de asuntos más groseramente tratada que *Bel Ami*, concebida como una novela de amor desenfrenado que no desaprobaría (parto excluido) Georges Ohnet, pero que contiene la confesión de otro aspecto obsesivo de Maupassant, su aversión física por la maternidad.

Maupassant finaliza *Mont-Oriol* en 1887, en Antibes, el año del tercer hijo Litzelmann, y sabemos ya que la novela ha salido de sus anteriores estancias en Châtel-Guyon, con el doctor Baraduc.

Inspector de aguas minerales, este médico había sido el origen de la fortuna de la estación de hidroterapia preconizando la unificación de las dos fuentes existentes e interesándose en esta operación el banquero parisino Brocard. De ese modo había sido fundada, en 1878, la Sociedad de las aguas minerales de Châtel-Guyón. La historia de esta conquista, de las luchas contra una sociedad rival constituida sobre las tierras de otros paisanos, luego la explotación unificada, había sido reciente y Guy la conocía de primera mano[1].

Veamos más de cerca. El Dr. Bonnefille de la novela, que ha «inventado» la fuente, tiene ideas precisas sobre su «posible

[1] Barrès ha precisado: «En su novela, Mont.-Oriol, él ha tomado el paisaje de Enval, cerca de Châtel-Guyon, donde pasa varias estaciones, habitando en casa de Baraduc, luego en el Hotel Splendide, luego sobre la ruta de San Hipólito.»

rendimiento»: *Todo es cuestión de destreza, de tacto, de oportunismo y de audacia. Para crear una villa de hidroterapia hay que saber publicitarla, nada más, y para ello, haya que interesar en el negocio al gran cuerpo médico de París.*

Partidario de las aguas, Andermatt, banquero israelí, ve pronto el partido que se puede obtener de Enval creando un establecimiento moderno sobre la colina. Por desgracia, ésta pertenece a un auvergés terco y codicioso, el tío Oriol.

El conflicto entre Andermatt y Oriol, esas dos especies de rapaces distintas, constituye el motor de la novela. Es lo que Maupassant destacaba con sorna y vivacidad, el 11 de mayo de 1884, en *Le Gaulois*: *En cada una de las estaciones termales que se fundan alrededor de cada arroyo tibio descubierto por un aldeano, se desarrolla una serie de escenas admirables. De entrada es la venta de la tierra por el campesino, la formación de una sociedad con capital, ficticio, de algunos millones, el milagro de la construcción de un establecimiento con esos fondos imaginarios y con auténticas piedras, la instalación del primer médico, ostentando el título de médico inspector, la aparición del primer enfermo, luego la eterna, la sublime comedia entre el enfermo y el médico.*

Sobre este esquema médico-social, tiene lugar un idilio entre Christiane, la esposa de Andermatt, y Paul Brétigny, un joven parisino que abandonará a la bella desde el momento en que ésta se deforme por el embarazo, por la fresca Charlotte Oriol, una de las hijas del tío Oriol.

Este rasgo de repulsión es el más original de una novela que el propio Maupassant consideraba floja. Hay una especie de horror en Brétigny hacia la maternidad, *que hacía de la mujer un animal. Ella ya no era la criatura excepcional adorada y soñada, sino el animal que reproduce su raza...*

Aquí está ella y aquí está él: *Ella no comprendía que él era ese hombre de la raza de los amantes, no de la raza de los padres*. Una vez más, el escritor presta a su héroe sus propias reacciones; el hijo producto del adulterio se convertirá incluso en *La Belleza Inútil* (7 de abril de 1890) en el instrumento de venganza de una mujer contra un esposo que no tiene otro fallo que ser un hombre como los demás. Si la bella condesa Gabrielle

de Mascarete de este extraño relato odia al marido, es simplemente por que LE IMPONE EL ODIOSO SUPLICIO DE LA MATERNIDAD. Siete hijos en once años. (Era algo corriente en la época). El cuento es una requisitoria enconada contra la *existencia de yegua madre, recluida en una casa de remonta* (...) *¡Once años de embarazo para una mujer como esa! ¡Qué infierno! toda la juventud, toda la belleza, toda la esperanza de éxito, todo el ideal poético de vida brillante, que se sacrifica a esta abominable ley de la reproducción que hace de la mujer normal una simple máquina de poner seres.*

En *Adiós* (marzo de 1889), una exquisita amante se transforma también en una *gruesa reproductora*: *ella había* PUESTO *esos cuatro hijos*. ¡Oh! ¡Qué elocuencia ¡ Solo cuenta aquí, como en *Mont-Oriol*, la reacción del amante ante los hijos de la mujer adorada, irremediablemente despoetizada: *Un dolor violento me encogía el corazón, y también una repulsa contra la misma naturaleza, una indignación irracional contra esa obra brutal, infame de destrucción.*

Maupassant llama DESTRUCCIÓN a lo que es CREACIÓN. Sin embargo, él adora a los niños. ¿Entonces? Permanece ante estos dos aspectos contradictorios sin poder conciliarlos. Este hombre está HECHO UN LÍO.

¿Se puede ir más lejos? Desde luego que sí, no en el análisis de su obra, sino en todos los vericuetos de su oscura biografía. Para Guy, lo trágico de la condición humana es biológico. El niño lleva en él la catástrofe, PORQUE ÉL ES LA VIDA. Todo el mal deriva de él. El niño mata a la madre naciendo. El niño se convierte en parricida. El niño es robado. El niño es clandestino. El niño es muy raras veces para Maupassant lo que es tan natural para los otros, una fuente de alegría. La repetición obstinada del tema indica esta insoportable execración. *La idea de un pequeño ser nacido de él, larva humana moviéndose dentro de ese cuerpo mancillado por ella y afeado ya, le inspiraba una repulsión casi invencible.* Rechaza la idea de la reproducción al igual que se vomita.

Maupassant expresa ese disgusto por la misma palabra: *poner*. Los huevos. Se encontrarán esos huevos incluso hasta en la agonía. No acepta más la vida que la muerte. Encuentra

absurda la condición humana y todavía más absurda su condición imperativa, la cadena de los seres. Absurdo, el pelícano, que pone un huevo, «de donde sale un pelícano, que pone un huevo inmediatamente», como dirá el pobre Robert Desnos.

Cuando los hijos clandestinos de Maupassant tuvieron edad para leer *Mont-Oriol*, pudieron encontrar allí la explicación de lo que había pasado con su padre, teniendo en cuenta sin embargo la exageración del rasgo novelado, pues, de todos modos, y aunque detestando a las larvas humanas, ¡Maupassant hizo tres hijos a la Srta. Litzelmann en cinco años¡

Se ha visto a Guy permanecer en Châtel-Guyon en el verano de 1883. Se ha sometido sin placer *al suplicio del agua, estrangulado en una especie de camisa de fuerza de caucho, el tubo primero en la boca, luego hasta el fondo del vientre. El paciente tiende las manos, estertórea, babea como un perro rabioso, y sacudido de hipos como las personas afectadas por el mal de mar, trata de rechazar el horrible tubo... Entonces, de golpe, el ayudante abre un grifo y el agua entra en el paciente, lo hincha como a los camellos que beben en las albercas la provisión de un mes...*

En medio de esas odiosas sesiones, Maupassant mira la fauna de la estación con la misma atención con la que ha observado a los paisanos normandos, los remeros de *La Grenouillère*, los empleados del Ministerio de Marina, los colonos y los árabes de Argelia, los periodistas de *Bel-Ami*. *Se encuentran allí muestras de todos los pueblos, de todos los mundos, unos vividores admirables, una mezcla de razas y de personas inéditos en otros lugares, y unas aventuras prodigiosas. Las mujeres bromean allí con una facilidad y un desparpajo exquisitos* (...) *Los hombres encuentran la fortuna como Andermatt; otros encuentran allí la muerte, como Aubry-Pasteur; otros encuentran algo peor que eso... se casan.*

Volveremos a encontrar a Maupassant en Châtel-Guyon a finales de julio de 1885, durante todo el mes de agosto,

construyendo la novela*, historia bastante corta y muy simple en ese gran paisaje tranquilo*[1].

Guy trabaja a su manera, mirando, divirtiéndose, participando, no tomando notas sino escribiendo crónicas. De ahí ese seudo diario de un enfermo del 25 de agosto de 1885, titulado por alusión a los periodos militares, *Mis veinticinco días*, jovial fantasía. Esta vez, es el Guy de las despreocupaciones quién bebe haciendo muecas, sonriendo a la dispensadora de agua, paseándose por la Ermita de Sans-Souci, en Tournoel o en el valle de Enval, acompañado de dos desconocidas.

El episodio del paseo en coche con las dos bonitas «viudas», al lago de Tazenat, es encantador. El lago de Tazenat *es completamente circular, totalmente azul, claro como el cristal.*

– ¡Y si nos bañamos!

– Sí, pero... los vestidos.

– Bah! Estamos en el desierto...

Y se bañan – ... –

¡Los signos de puntuación son elocuentes!

A lo largo de las rocas, la carne pálida se desliza en la ola casi invisible donde las nadadoras parecen suspendidas. Sobre la arena del fondo se ve pasar la sombra de sus movimientos.

La dispensadora de agua está junto a la fuente, hay que distraerse. Guy va a ver a los reumáticos de Châteauneuf y su humor se vuelve negro: *Nada más divertido que esta población de tullidos*. Parece que las muchachas de la montaña son ligeras. *El señor cura les impone plantar un nogal cada vez que pecan. Entonces, se ven cada noche linternas errar como fuegos fatuos sobre la colina, pues las culpables no se dedican a cumplir su penitencia en pleno día.* En dos años, el terreno comunal se ha enriquecido con tres mil árboles, ¡las nueces del señor cura!

Es permitido preferir esta broma al pesado *Mont-Oriol*, ese *Bel-Ami* tan mal construido.

[1] Cuando Maupassant esboza *Mont-Oriol*, Zola languidece junto a su esposa, a cuarenta kilómetros, como apunta Herni Mitterand, en una habitación del hotel Chabaury, en el Mont-Dore, preparando él también una novela sobre las villas termales. Después de la aparición de *Mont-Oriol*, Zola abandonará su proyecto, más francamente naturalista.

Mont-Oriol prefigura singularmente Knock. El Dr. Bonnefille, el inventor de la fuente, frustrado, juega el papel que asumirá el Dr. Parpalaid con Jules Romains, mientras que el Dr. Latonne, inspirado por Baraduc, es ya Knock al completo, *recto, delgado, correcto, sin edad, vestido con un traje elegante*, (...) *sin barba ni bigote... Tiene aspecto de actor*, precisa Maupassant. Es el abuelo de Jouvet.

– *Muy moderno*, murmura Andermatt, mirando por encima del hombro, cuando Latonne examina a su esposa dibujando seriamente sobre el cuerpo de la paciente la topografía de los distintos órganos.

Al igual que el novelista, el enfermo arregla sus cuentas. Guy ataca a los doctores en medicina *que son de una ignorancia y una estupidez tan flagrante que me gustaría pillar a los jueces que les han dado su tan peligroso diploma de impunidad*. Ataca ferozmente al *médico hábil en captar la opinión, que anuncia en efecto que unas aguas por él descubiertas poseen la inapreciable propiedad de prolongar la vida humana y que se rodea de cientos de pruebas irrecusables.* «Guy de Maupassant parece querer mucho a la Facultad, decía Adolphe Brisson[1]. Los médicos de *Mont-Oriol* acabarán siendo célebres. Forman una galería burlesca y completa. Están allí todos: el profesor solemne, el profesor buen muchacho, el profesor sin blanca y querido por las damas; el médico de campo, brusco y sensato; el médico de París, intrigante y hábil; el médico devoto, insinuante y discreto; el médico italiano, ligero y estratega.»

Sí, está Knock, ya.

[1] *Anales políticos y literarios* del 20 de noviembre de 1887.

4.

«Un día en el ghetto» – La condesa Potocka y la Cena de los Macabeos – Marie Kann, «la bella lánguida» – Geneviève Straus y las pequeñas aliadas – Muy rusa *o el duelo inexistente de Beaufrilan – La conquista del barrio Saint-Germain – Los intereses comunes – «La nueva Sión».*

La sociedad que Maupassant frecuentaba en el apogeo de su fortuna era más financiera que aristocrática. Prima el barrio Saint-Honoré al barrio Saint-Germain. Guy es amigo de Cahen d'Anvers, el músico, de su esposa, de soltera Lulia Warshawska, de la hermana de ésta, Marie Kann, entonces pareja de Paul Bourget[1]. Es recibido habitualmente por la condesa Louise Cahen d'Anvers, cuñada de Lulia, de soltera Louise Morpurgo, y esposa del célebre banquero, propietario del castillo de Champs. Los Rothschild lo reciben de buen grado, al igual que los Péreire y los Fould.

Se ha comprobado durante la caza de la becada, lo que Maupassant pensaba de los normandos. No hay duda, hay en él prejuicios raciales. Pero, ¿cuál era la posición de Maupassant ante el latente antisemitismo de su época?

El miércoles 4 de marzo de 1896, a raíz de una cena en el domicilio de la princesa Mathilde, Edmond de Goncourt anota en su diario: «No tengo suerte. Ha sido un día en el ghetto. Estuvo en la cena el horrible Riencha y la pareja Straus; me han puesto buena cara, y la Sra. Straus, que es una mujer muy espiritual, ha sido incluso amable conmigo.» En marzo de 1896, Francia se encontraba en pleno apogeo del caso Dreyfus, pero se ha visto, con los entresijos financieros de *Bel-Ami* y el crack de La Unión General, que el antisemitismo no había esperado al Asunto. Diez años antes, la apreciación de Goncourt aparecía como algo normal, corriente. En tiempos de Maupassant, la superioridad de los cristianos sobre los judíos y de la raza blanca sobre las demás no era puesta en duda. Como el Walter de *Bel-Ami*, Andermatt, el financiero de *Mont-Oriol*, es un judío. Y

[1] Descrita por él en *Un Corazón de Mujer*, bajo el nombre de Juliette de Tillières.

Maupassant pone en su boca: *Nosotros somos los poderosos de hoy en día, eso es, los verdaderos, los únicos poderosos. ¡Observe, mire este pueblo, este pobre pueblo! Yo haría una ciudad, una ciudad blanca, llena de grandes hoteles que estarían llenos de gente, con ascensores, criados, coches, una multitud de ricos servida por una muchedumbre de pobres.*

Es el tema de esa novela, doble conflicto, sobre el plan de los asuntos entre Andermatt y Oriol y el del amor entre Christiane y Brétigny. *Sin duda ambos eran muy distintos, demasiado alejados el uno del otro, de razas demasiado disímiles. Él no comprendía nada de ella, ella nada de él. Sin embargo, él era bueno, abnegado, complaciente. Pero solo, tal vez, los seres de la misma altura, de igual naturaleza moral, pueden sentirse unidos el uno al otro por la sagrada cadena del deber.*

Sin embargo, si las antinomias raciales aparecen en Maupassant como evidencias, este hecho se detiene ahí. Incluso experimenta predilección por las judías. Les concede un *aura*, herencia de la tradición de las brujas, según Michelet. Una de ellas, heroína de Guy, *negra como la noche, y entre los hombros con una gran mancha en relieve, muy negra*[1]. Ella le repele y lo atrae a la vez. *¿Quién es? ¿Una asiática, tal vez? ¿Sin duda una judía de Oriente? ¡Sí, una judía! Me parece que es una judía. ¿Pero por qué? ¡Eso es! ¿Por qué? No lo sé.*

Ambivalente respecto a las mujeres judías, Guy permanece desafiante en cuanto a los hombres, sobre todo con aquellos cuyo oficio es el dinero, los Pereire, los Rothschild, los Fould en la vida, los Walter, los Andermatt en la obra.

La turbulenta condesa Potocka, a la que Maupassant agradecía de forma tan calurosa su participación en el éxito de *Una Vida*, algunos años antes, era una noble auténtica, pero de una nobleza cosmopolita. Ella misma decía riendo que la

[1] *La desconocida.*

innegable impetuosidad de su temperamento era debida a las sangres de tres razas antagonistas que fluían por sus venas.

Esta cotorra ensordecedora estaba mal vista en el tradicional barrio de Saint-Germain, a causa de las personas que ésta recibía en su palacete de la avenida Friedland. Descrita también por Paul Bourget en *La Duquesa azul*, la Potocka era uno de los modelos de la heroína de *Mont-Oriol*, delirante niña mimada, hechicera y glacial, familiarizada con las peores extravagancias y picada de morfina como una pelota de costurera.

Es ella la que se encontrará bajo los rasgos de la baronesa de Fremines en *Nuestro Corazón*: *Boca fina, labios estrechos, parecía dibujada por un miniaturista, luego ensanchada por la mano ligera de un cincelador. La voz que salía de ella tenia vibraciones de cristal, y las ideas imprevistas, mordientes, de un tono particular, cruel y divertida, de un encanto destructor, la seducción corrupta y fría, la complicación tranquila de esta pícara neurótica, provocaban en su entorno pasiones y violentas agitaciones. Era conocida por todo París como la más extravagante de las mundanas.* La palabra *pícara* es significativa: es así como François Tassart la designa de ordinario. *Ella dominaba en general a los hombres con un poder irresistible. Su marido, igualmente, era un enigma. Afable y gran señor, parecía no ver nada. ¿Estaba ciego, indiferente o complaciente?* (...) *Se llegaba incluso a insinuar que se aprovechaba de los vicios secretos de su esposa.*

Volveremos a encontrar «a la italiana de nombre polaco, de ojos negros, crueles y falsos, la diosa napolitana que parece maldecir todo y saquear la existencia del que se le aproxima» que el cronista Albert Flament bosquejará todavía, en julio de 1899: (...) «injuriosamente velada, como para un adulterio, con el cinismo inocente y cruel que constituye el encanto de esta italiana recargada, tan bella aun que, desde lo alto de la ostentosa escalera del palacete de la avenida Friedland, exclamaba:

«– ¡Aquí tenéis vuestra idea de Dios!»

Esta diosa de las tempestades estaba lejos de ser también inofensiva como lo pudiese dejar sospechar el sobrenombre indulgente que le daba François, y la conmovedora sacrificada de *Mont-Oriol* no era más que una mediocre pintura de ésta.

Quedémonos un instante con esta bella aliada. Ayudó mucho a Guy. Por otra parte, él era el ornamento más original de su salón. Princesa de nacimiento, condesa por matrimonio, la Potocka tenía todos los medios para imponer sus caprichos que iban muy lejos. Ese mundo era libre, muy libre. La condesa era principalmente la instigadora de una cena escandalosa, la cena de los Macabeos, por alusión a los siete hermanos mártires de la Biblia.

Ese «banquete», más bien platónico, no tenía más que una regla, cada invitado debía representar allí el papel de un muerto de amor. No idealizamos. ¡Muerto de agotamiento! Maupassant estaba allí en su medio: ¿Acaso no había escrito diez años antes en *A orillas del Agua* este alejandrino?:

Aquí está el muerto de amor con su lavandera.

Él también llevaba el colgante que la Potocka concedía a sus caballeros sumisos. A veces se terminaba en bacanal en la que Maupassant, sin duda, era el más bello ornamento y el menos satisfecho. Detalle justificando los cotilleos venenosos, el conde Potocki, no desdeñaba presidir esas cenas para mayor gloria de su esposa. En el transcurso de uno de estos festines, hastiado de los caprichos de la Sirena, el hercúleo remero le echará el ojo a una Marie Kann, también fatigada de la psicología de Paul Bourget. Es así como Guy se quitará el yugo de la Patrona. En el juego de Maupassant, esta dama de tréboles fue una de las cartas importantes.

La Potocka estaba muy relacionada con Marie Kann, a la que Guy conocía ya bastante en los tiempos de *Mont-Oriol*, volviéndola a encontrar en casa de Emmanuela o con Paul Bourget, visitándola en Saint-Raphäel o hablando de ella a la princesa Mathilde. Si la gentil Hermine fue la dama de corazones, aquí tenemos a la dama de picas.

«De una nobleza casi oriental», dijo Andre Vial, Marie Kann era de origen judío, nieta de rusos. Recibía, además de Paul Bourget, a Bourdeau (el traductor de Schopenhauer), al

profesor Widal, Edmond Rostand, al pintor Bonnat, que también hizo su retrato[1].

Nacida Warshawska, vivía con su hermana, en el palacete del Mariscal de Villars, en el número 118 de la calle de Grenelle, cabeza de puente «del mundo mixto» en los lindes del tradicional barrio Saint-Germain. Allí se frecuentaban las mismas personalidades que en la casa de la Sirena, Bonnat, por supuesto, el profesor Widal (durante mucho tiempo considerado el amante de la condesa a la qué quería desintoxicar), la Sra. de Forceville, Joseph Reinach, la bestia negra de Goncourt, el conde Primoli (Gegé) y el abad Mugnier, confesor poco amenazado por el desempleo, vigilando con atenta mirada su vivero de pecadores.

Goncourt, fascinado por Marie Kann, le ha dedicado una curiosa página que la muestra en la época de la conquista de los salones por Maupassant.

«Lunes 7 de diciembre de 1885. Cena con la Sra. Marie Kann. Tres criados escalonados sobre la escalera, la altura de las puertas con dos batientes, la inmensidad de los apartamentos, la sucesión de salones con paredes de seda os dicen que estáis en un domicilio de la banca judía (...) Sobre un canapé está indolentemente sentada la Sra. Kann, con sus grandes ojos llenos de languidez, su tez de rosa color té, su negra peca de belleza sobre una mejilla, su boca con rictus burlón, su escote mostrando la blancura de una garganta de linfática, sus gestos perezosos, quebrados y en los que sube, por momentos, una fiebre. Esta mujer tiene un encanto a la voz mortecino e irónico completamente singular y en el qué se mezcla la seducción particular de las rusas: la perversidad intelectual de los ojos y el balbuceo ingenuo de la voz (...) Sin embargo, si yo fuese joven, todavía en búsqueda de amores, no me gustaría de ella más que su coquetería: Creo que si ella se me entregase, yo bebería en sus labios un poco de muerte (...) La conversación, no sé como, va del paseo por Palermo (Maupassant vuelve de Sicilia y naturalmente está presente en la cena) y de sus catacumbas, de la Morgue y de sus ahogados, y Maupassant, que cena conmigo,

[1] Los retratos de la condesa Potocka, de Marie Kann y de Lulia Cahen d'Anvers están en el Museo Bonnat, en Bayona.

habla ampliamente de sus rescates en el Sena y de su gusto por los macabeos del río parisino, a causa de las originales fealdades que ellos revisten. Se puede oír, la descripción minuciosa de esos cadáveres, con la intención premeditada – esto es muy sensible– de actuar sobre la impresionabilidad de las jóvenes mujeres que están allí y tratar de introducir su persona de narrador, que da miedo, en un rincón de sus pesadillas.»

Nosotros que hemos acompañado a Maupassant por la cripta de Palermo sabemos lo que sentía en realidad. Nos faltaba conocer la versión fanfarrona que él daba de ello y que también es algo que forma parte de Maupassant.

Marie Kann, «sonriente, aprensiva y adorablemente LÁNGUIDA», escucha bajo su gran retrato de cuerpo entero, pintado por Bonnat, y mira pensativamente al poderoso toro normando, comparándolo a su pesar con su endeble amante.

Geneviève Straus, la dama de rombos, no es precisamente la entrañable figura de este abigarrado juego. Hija de Fromental Halévy, el autor de *La Judía*, viuda de Georges Bizet, se ha casado en segundas nupcias con el abogado Emile Straus. Cultivada, despierta, inteligente, de una fealdad expresiva de pícara más penetrante que la belleza (sobre este punto las fotografías contradicen los cumplidos edulcorados de los que la evocan), su salón va a ser el de Marcel Proust. Es en efecto su hijo, Jacques Bizet, quién llevará a Marcel a casa de su madre, hacia 1888. Maupassant ha entrevisto el pequeño grupo de jóvenes, Daniel Halévy, Fernand Gregh, Robert de Flers, Robert Dreyfus, Marcel Boulanger, menores que él. Él envejecía vertiginosamente. No presta importancia a Marcel Proust pero éste lo admira, como lo demuestra esta carta de Proust a su padre, el Dr. Proust, citada por Georges D. Painter en su excelente biografía: «Espero que te guste. No le he visto más que dos veces, apenas debe saber que existo.» En cualquier caso, si Maupassant no es uno de los personajes de *En busca del tiempo perdido*, Geneviève y Emile Straus aparecen allí descritos, él por algunos rasgos de Guermantes, ella bajo la graciosa forma de Oriane, la duquesa de Guermantes.

Es mediante la correspondencia que Geneviève Straus recibió de Maupassant, como podemos conocer la táctica de penetración sistemática en los salones aplicada por Bel-Ami, táctica que será exactamente la de Marcel Proust, pero aplicado por éste con otra sutilidad. De entrada, Guy seducía a la dama. Escribe a la joven viuda, a partir de mayo de 1884: *Sé que no está bien visto que una mujer vaya a cenar a la casa de un soltero. Pero no entiendo demasiado la razón, en el momento en que esa mujer encontrará allí a otras mujeres que conoce.* La continuación nos da la medida del esnobismo de Guy, afectado o sincero: *Además, si yo le diera la lista de todas las personas que han venido a almorzar o cenar en mi casa, bien en Cannes, bien en Étretat, bien aquí, vería que es larga y está* LLENA DE NOMBRES DISTINGUIDOS.

Es él quién lo destaca. *Finalmente, Señora, usted me haría muy feliz aceptando y yo le prometo no enviar al Gil Blas la crónica de esta cena.*

En el verano siguiente, él insiste, invitándola a Chatou (como a Hermine) y proponiéndole encontrarse fuera de las *horas de afluencia mundana*. ¿Por qué? Quiere estar solo al encontrarse con la *bella y encantadora*.

Hacia 1887, Guy se cita a menudo con ella, siendo ésta ahora la esposa de su amigo el abogado Straus. El tono cambia. Le hace una corte tibia, un poco indolente, de rutina, donde la amistad prima. Le escribe desde Hamman-Rhira, a finales de 1887. *El otro día, quedé hasta medianoche ante la puerta de ese refugio de caravanas, dónde había comido unas cosas que no puedo definir y bebido una agua que no quiero recordar. Se oían, a distancias infinitas, unos ladridos de perros, aullidos de chacales, la risa de las hienas. Y todos esos ruidos bajo un cielo, en el que las estrellas brillaban, esas enormes, milagrosas, innumerables estrellas de África, esos ruidos eran tan lúgubres, daban tal sensación de soledad definitiva, de imposibilidad de regreso, que tuve frío en los huesos.*

Todavía se confiará a Geneviève, desde Cannes, dos años más tarde, no sin melancolía: *Había en París, el último año, un hombre de treinta y ocho años, de aspecto un poco grave, un poco duro, como de capitán de infantería, en ocasiones gruñón.*

Este hombre, que era simplemente un mercader de prosa, desapareció en el otoño y no se sabe demasiado lo que ha hecho.

Goncourt llegará a afirmar que si Maupassant hubiese querido, la Sra. Straus habría abandonado todo por él[1]. En cualquier caso, ella fue también una ALIADA incomparable.

El joven Jacques-Emile Blanche, locamente enamorado de la Potocka, diría más tarde, cuando el fuego de su pasión se había apagado: «Esas judías han tenido en la sociedad, durante la República, un lugar que es difícil de imaginar hoy. Centraban sus actividades mundanas sobre las mujeres que hacen elecciones al Instituto.» Jacques Emile Blanche tomaba espontáneamente el tono de Goncourt. Pocos días después del entierro de Guy, Goncourt volverá al ataque, no habiéndose apaciguado su rencor con la muerte del rival: «El éxito de Maupassant con las PUTAS de la sociedad demuestra su gusto CANALLESCO, pues nunca he visto en un hombre una tez más sanguínea, unos rasgos más ordinarios, una arquitectura del ser más vulgar – y por añadidura unos trajes que daban el aspecto de venir de *La Bella Jardinera* y unos sombreros hundidos por detrás hasta las orejas. Las mujeres del mundo decididamente amaban a los bellos VULGARMENTE bellos...

Y riza el rizo, dos años después de la muerte de Guy: «Cómo me sorprendía del gusto de las mundanas por personas ordinarias de tipos tan diferentes, como Maupassant o Bourget (...) La Sra. Sichel me hacía observar que las mujeres que habían tenido relaciones con ellos eran judías, mujeres que no pertenecían más que a hombres FIGURONES...»

Sin adivinar ese doble juego de una conquista calculada, el Paris de los pequeños periódicos hizo gárgaras calientes sobre el esnobismo de Maupassant. Jean Lorrain, testigo más que cuestionable, habló de una cena en el domicilio de la Sra. Cahen d'Anvers, en la qué se habían compinchado todos los invitados para hacer ir a Bel-Ami en traje rojo. Lo que hizo. Todos los demás invitados estaban de negro. Paul Bourget declaró a René Dumesnil que la anécdota era falsa. Ha habido sin embargo

[1] Lunes 28 de enero de 1895.

bromas de este tipo. La que sigue, fue Jean Lorrain quien la cuenta en su novela, *Villa Morisca*, aparecida al principio bajo el título *Muy rusa*, en 1886, y estuvo a punto de acabar mal. Según Georges Normandy, el fecampés Paul Duval, alias Jean Lorrain, no habría conocido más que un solo amor. Loco de pasión por Judith, la hija de Théophile Gautier, había sido suplantado por el ardiente Catulle Mendès. Decepcionado, se habría convertido en ese Sardanápalo de taberna como se describía cruelmente a si mismo:

Comme un crapaud blessé qu'un rayon d'azur lave *Dans une source obscure accroupi, l'oeil sanglant,* *Mon coeur, montriste coeur embusqué dans mon flanc,* *Saigne au fond de mon être où son pus crève et bave*[1]	*Como un sapo herido que un rayo de azur lava* *En una fuente oscura en cuclillas, el ojo sangrante,* *Mi corazón, mi triste corazón emboscado en mi costado,* *Sangra en el fondo de mi ser donde su pus desborda y chorrea.*

La explicación de Normandy, en esta ocasión, es un tanto ingenua. ¡Es necesario algo más para convertirse en homosexual! Volvamos a *Muy rusa*. Mauriat (Jean Lorrain) está enamorado de una hermosa rusa, la Sra. Livitinof, de naturaleza «a la vez perversa y sensual hasta la demencia». Entra en escena un Maupassant que puede reconocerse bajo el transparente seudónimo de Beaufrilan[2], enorme caricatura de Bel-Ami, del que Mauriat se confiesa celoso, «celoso de sus trabajados bíceps haciendo pesas tres horas cada mañana para impresionar a las mujeres, celoso de sus sombreros de copa de satén, blasonados en el forro con sus armas, fajado, bordada y chapé (...), el sombrero bajo el brazo para hacer ver su interior (...) un fatuo y malicioso, – un auténtico hombre de letras, estampillado por él mismo por todo París, las provincias y el extranjero...»

Jean Lorrain daba venenosos mordiscos al «semental modelo, literario y elegante de la gran cuadra de Flaubert, Zola y

[1] *El bosque azul.*

[2] Ese nombre incluso no es invención de Jean Lorrain: Guy había esbozado un relato en el que un tal Sr. de Beaufrilan era el principal personaje. Era uno de sus alias.

Cía, vencedor en todas las carreras de Cítara y premiado hasta en Lesbos, corriendo y fuera de concurso[1]»

Ahora bien, Mauriat sorprende a la Sra. Livitinof, deslizando a Beaufrilan una llave en la mano. Loco de rabia, el primero entra rompiendo una ventana en casa de la dama, y quiere matar a Beaufrilan. Lo que haría si la Sra. Livitinof no le hace saber que ella engaña al burdo Beaufrilan. En la oscuridad de la noche, aquél no tendrá más que a la sirvienta Nitika en sus brazos. Mientras Mauriat posee a la verdadera Sra. Livitinof, Beaufrilan acaricia a la señorita de compañía. Al amanecer, vivaracho, canta a pleno pulmón *Torero, en guardia...*

« – ¡Beaufrilan tiene el despertar amoroso alegre!

« – Como los brutos... Hay que creer que la noche ha sido buena. Como yo le decía, Mauriat, que en la vida, sobre todo en amor, ¡la felicidad es una ilusión!»

Exasperado de haber sido públicamente presentado por un invertido como teniendo en sus brazos «todo un pasado de viejas histéricas, marisabidillas de alcoba, prendadas del bello macho del qué se jacta ser», Maupassant desafía a Jean Lorrain. El amor propio de Bel-Ami debía estar muy herido, pues nosotros conocemos su desaprobación hacia el duelo por el prólogo de la obra ya citada del Barón de Vaux, *Los Tiradores de pistola:*

Batirse con un hombre porque no es de nuestra misma opinión, porque nos ha dirigido unas palabras ofensivas, es ya un acto estúpido. Pero IR AL PRADO*, como se dice, sin cólera y sin deseo de venganza, únicamente para satisfacer un antiguo prejuicio, con el único deseo de hacer un pequeño agujero en la piel del adversario y un verdadero temor de matarlo, con la intención formal, compartida por los testigos, de que el combate será benigno, inofensivo, correcto, eso pasa los límites de la ingenuidad permitida.*

Esta vez, Maupassant tenia ganas de hacer un pequeño agujero en la piel de Jean Lorrain quién, midiendo el peligro, preferirá declarar que Beaufrilan había sido compuesto según varios modelos, como... a fe mía, ¡cómo Bel-Ami! Con este astuto desmentido, el asombroso cronista de *Los Polvos de París* salva su preciosa piel, para gran provecho de los artilleros a lo

[1] Goncourt. Lunes 15 de abril de 1895.

qué proporcionaba bailes y muchachos charcuteros a los que cargaba de anillos en sus regordetes dedos.

Desde luego, Maupassant fue, en más de una ocasión, víctima de tales mistificaciones, concebidas por esas bellas ociosas y sus acompañantes. Como venganza, él no cesó de mistificar a sus anfitriones. La broma venía de ambos lados y se reconciliaban con la droga, el diván, o algo peor.

De repente, se entiende mejor la actitud de Guy en los salones como en las redacciones, ese aspecto zafio, el cinismo y la provocación. Maupassant tiene un absoluto interés en destacar. Sus admiradoras lo provocan. «Qué divertido, este Guy, ¿no? ¡Nada lo detiene, nada!» Qué atractivo para un salón. Entonces, consciente, calculador, astuto, su persona se hincha como un buñuelo en aceite hirviendo. *Soy un industrial de las letras. Usted ha visto, hermosa amiga, la* GUÍA BREVE DE LAS LETRAS Y LOS ARTES. *Parece que es el grupo de Fénéon, de Paul Adam, Tailhade y Moréas quién la ha redactado. Ellos han anotado:* MAUPASSANT, N.C. *que quiere decir ¡Notable Comerciante!*

Hincha su pecho velludo bajo la camisa, desliza sus pulgares en las entalladuras del chaleco y ríe sarcástico:

Je lirai du Paul Adam	*Leeré a Paul Adam*
Quand les poules	*Caudno las gallinas*
Quand les poules	*Cuando las gallinas*
Je lirai du Paul Adam.	*Leeré a Paul Adam*
Quand les poules auront des dents.	*Caudno las gallinas tengan dientes.*

– Lo encuentro maravilloso – murmura una cotorra provisionalmente sin pareja.

Con él, en la calle Montchanin, cuando recibe una hornada de condesas, en el *Gil Blas*, donde da impresión de ser el amo, como en los salones de la Sra. Cahen d'Anvers, de la Potocka, de Marie Kann o de la Sra. Straus, vemos a un pequeño noble dudoso con las formas de un obrero endomingado, un macho de narices dilatadas, untuoso con las mujeres, huraño con los hombres, tal como lo ha visto Abel Hermant, a quién no le gustaban más que a Jean Lorrain los hombres con buena suerte:

«Un aspecto físico del Segundo Imperio, hombros cuadrados, cuello sobre los hombros, gestos de luchador, un modo de llevar la cabeza hacia adelante que revelaba decisión e iniciativa, pinta de deber morir súbitamente después de haber vivido mucho tiempo e integralmente.»

Bestial, pero cariñoso, acariciador, sensual, cómico y sincero, al margen de toda moralidad, el Maupassant de las mujeres, es una figura de otro modo rica que la que de él hicieron un Léon Daudet, un Goncourt, un Jacques-Emile Blanche, un La Varende o un Paul Morand. ¿Cómo el mismo hombre ha podido seducir y disgustar tanto al mismo tiempo? Es que se mostraba distinto con los humildes y con los poderosos, y sobre todo diferente con los hombres y con las mujeres. Una de las anotaciones más precisas del artículo ya citado de *La Grande Revue* expresa perfectamente esta dualidad: «Íntimo y expansivo en compañía de la mujeres, Guy de Maupassant conservaba en su relación con los hombres una actitud educada y comedida.»

En él se alojaban lo peor y lo mejor. A través de una vida sexual delirante y de una conquista calculada, el autentico Bel-Ami aparece, no como un personaje de Maupassant (ellos son más simples), sino como un personaje de Balzac, incluso de Gogol o de Dostoievski.

Aparte de la complicidad un poco canallesca entre la dudosa condesa y el gladiador, ¿había razones más profundas en esta alianza? ¡Por supuesto! EL JUEGO DE MAUPASSANT ES EL MISMO QUE EL DE SUS BELLAS AMIGAS.

No se le puede acusar de duplicidad. Él ha dicho, poniendo los puntos sobre la i, por mediación de Gaston de Lamarthe, el novelista de *Nuestro Corazón*, a quién André Moriolle reprocha precisamente estar todo el tiempo bajo las faldas de las mundanas:

– ¿Por qué? ¿Por qué? pues porque eso me interesa, ¡caramba! Y además... y además... ¿va usted a reprochar a los médicos por entrar en los hospitales a visitar a los enfermos? Esa es mi clínica, esas mujeres. Yo juego su juego, tan bien como ellas, quizás incluso mejor que ellas, y eso me sirve para

mis libros mientras que a ellas no les sirve de nada lo que hacen.

¿Está suficientemente claro? En las relaciones mundanas de Maupassant, hay pocos HONORES COMO se dice en el bridge, aparte de la condesa Potocka o la princesa Mathilde, esa dama del Imperio que, después de haberle encontrado muy guapo, lo descarta de su salón del número 20 de la calle de Berry a causa de sus escándalos. En revancha, las cartas marcadas – según la ética aristocrática abundan. Sobre este punto, la Sra. Sichel lo ha apreciado bien: cuando no son judías, las aliadas de Maupassant son frecuentemente burguesas acomodadas, como la Sra. de Galliffet, nacida Laffitte, que le pedía historietas picantes o la princesa de Polignac, nacida Winnaretta Singer, la de las máquinas de coser. Hay una conjura natural entre el Bel-Ami de lujo que quiere entrar en la buena sociedad y sus bellas amigas que campean por allí desde hace poco, simplemente bastante afortunadas por haber podido ofrecerse un título con el portador.

En el brillante e injusto ensayo que ha dedicado a Maupassant, Paul Morand escribió, en 1942: «La Francia de 1885 es la nueva Sion.» La imagen era significativa, el momento mal elegido. En esta aristocracia mezclada de intrigas, el novelista ha venido a buscar modelos de la sociedad descrita en *Bel-Ami*, *Mont-Oriol*, y las novelas de la última época, *Fuerte como la muerte* y *Nuestro Corazón*.

En 1885 todavía, un hombre de letras entra más fácilmente en el mundo POR LA ALTA SOCIEDAD FINANCIERA QUE POR EL NOBLE BARRIO. En este último hay que superar los asaltos de la inteligencia que, desde el romanticismo, permanece cerrado. Está más cerrado a la inteligencia que a la fortuna. La aristocracia del oro, disponiendo a los nobles y comprando maridos titulados para sus hijas, establecerá el puente entre los escritores y los artistas de una parte y, por otra parte la flor y nata. Esas ambiciones han trastornado la vida de Eugène Sue, en la primera mitad del siglo, y se las encontrará ya extenuadas en Marcel Proust.

A partir de 1885, Maupassant ha considerado haber agotado ciertos filones que han hecho su reputación literaria, las putas,

los empleados, los paisanos normandos. Animado por Paul Bourget, con quién mantiene cada vez más una amistosa rivalidad, rechazando los obreros de Zola y de Vallpes, a quién no conoce y no quiere conocer, se ha vuelto conscientemente hacia las «clases altas», como lo reivindica muy alto su portavoz Gaston de Lamarthe. Va a estudiarlos como un estudiante de medicina va a Saint-Louis o a Saint-Anne. La comparación médica es muy de la época. Una gran parte de su comportamiento de hombre se explica mediante este propósito.

Queda, a pesar de los claros objetivos y de la evidente simpatía por esa dorada compañía, ese tufo de racismo, revelado en *Bel-Ami* y en *Mont-Oriol*, lo que hacía chirriar los dientes a los Rothschild puesto que Guy confiará a Hermine, en noviembre de 1886: *Yo debía* (...) *presentar a su padre a Rothschild pero estoy enfadado con este judío como consecuencia de Mont-Oriol*. La purga del Asunto Dreyfus, que debía obligar a los hombres de buena voluntad a tomar conciencia, no había sobrevenido todavía. Maupassant era sin embargo de aquellos que reaccionaban ya en los años 1880-1890. Fue espontáneamente como se desvió del antisemitismo de su tiempo. El racismo no es en él más que un vago superviviente, un residuo de la época.

Los antisemitas, La Varende, Paul Morand, los cineastas del *Bel-Ami* de la ocupación y tantos otros, eran de la opinión de Goncourt, quién anotaba con fecha 22 de julio de 1891: «La sociedad judía ha sido funesta para Maupassant y Bourget. Ha hecho de esos dos seres inteligentes unos dandis de las letras, con todas las debilidades de la raza.»

5.

Un novelista volando: 8 de julio de 1885 – El prefacio de Pierre y Jean *– Desavenencias con Goncourt – La irritabilidad – La bastardía – Octubre de 1887: segundo viaje a Argelia – Kairouan en landau – El gran pájaro blanco.*

Un instante dejando de prestar atención y Guy de Maupassant ya no está en tierra. Un globo esférico lo transporta. Maupassant ha hecho construir *El Horla* por el capitán Jovis, al qué conoce en Niza, en 1886[1]. Sabemos los avatares del primer viaje del *Horla* por Guy, François Tassart y el piloto Maurice Mallet. De estas tres versiones se desprende una imagen a lo Julio Verne, como en el *Viaje en Globo* de la edición Hetzel.

El Horla, globo esférico de 1600 metros cúbicos, espera a su dueño a las cinco de la tarde, ese 8 de julio de 1887, en la fábrica de gas de La Villetter. Se hincha su envoltura ante trescientas personas.

– No irá más allá de las fortificaciones – dice un ingeniero.

Con papel de periódico mojado, los ayudantes tratan de tapar las desgarraduras surgidas durante el transporte.

Después de haber cenado en la cantina, los pasajeros embarcan. El lugarteniente Mallet escala el primero por una red suspendida entre la barquilla y el globo; parece un atún en una nasa. Ante una bonita algarabía de saludos de sombrero, los caballeros van tomando su lugar.

– Señoras – dice galantemente el capitán – apártense, sino nos arriesgamos a salpicar de arena sus bonitos sombreros...

– ¡Suelten amarras! – ordena Jovis.

Corta las cuerdas que retienen el lastre accesorio. *El Horla* trastabilla. Sus pasajeros se agarran con una mano a la barquilla, con la otra a sus sombreros. Con las piernas temblorosas, Guy pronto ve desplegarse a París, *una plataforma azul oscura, entrecortada por las calles, y desde donde se alzan, de lugar en lugar, cúpulas, torres, atalayas... El Sena* (no podía dejar de citarlo) *semeja una gran serpiente enrollada, acostada inmóvil, de la que no se percibe ni la cabeza ni la cola...*

[1] Tassart. *Nuevos Recuerdos.*

Distingue la estructura de la torre Eiffel, pasa por encima de Saint-Gratien, los terrenos de la princesa Mathilde, cerca del lago de Enghien. Los pasajeros oyen las voces de los invitados en la terraza. Desde su pedestal, el Sr. Mallet arroja una hoja de papel de cigarrillo. El papel cae como una piedra.

– ¡Subimos!

Quinientos metros. La tierra desfila, cosida de prados y bosques, la tierra de los paisanos de Maupassant que miran el cielo, con la nuca tiesa, y que piensan: « Dios mío, Dios mío, ¡qué es lo que van a buscar!»

Maupassant recita *Pleno Cielo* de Hugo. Feliz como en su primer barco, aprende a manejar la válvula. Con las narices dilatadas, aspira los olores del crepúsculo, *olores del heno, de flores, de la tierra verde y húmeda, perfumando el aire, un aire ligero, tan ligero, tan suave, tan sabroso que jamás en mi vida había respirado con tanta dicha.* Unos huesos de pollo arrojados por la borda bastan para hacer brincar el esquife. A continuación van las botellas de champán. Seiscientos metros. El sol se ha ocultado. Salen las estrellas. La luna se eleva.

– La luna parece un globo que viaja con nosotros.

– ¡Tengamos precaución. Acelera los aeróstatos!

El aire que nos transporta ha hecho de nosotros seres que se le asemejan, piensa Guy, literalmente TRANSPORTADO*, seres mudos, alegres y locos, embriagados por esta grandeza prodigiosa, curiosamente alertas aunque inmóviles...* Mil doscientos. Mil quinientos metros. Las hojas de papel de arroz caen como piedras. Dos mil seiscientos metros... Navegan dos horas a esta altitud. Medianoche. Y luego, el globo desciende de pronto, muy rápido.

– ¡Arrojen el lastre! – grita el lugarteniente Mallet.

– ¡Miren! ¿Qué es eso que corre ahí abajo? ¡En el campo!

Una forma fantástica se acerca vertiginosamente al Horla y se aproxima.

– ¡Es la sombra del globo! Crece a medida que descendemos...

La sirena y las dos trompas suenan en la noche. Unos campesinos miran la aparición. Los nautas del aire les preguntan:

– ¿Dónde estamos?

Un imbécil responde:

– ¡En un globo!

Y luego, aparece *una tan sorprendente lava de fuego, que me creo transportado a un país fabuloso donde se fabrican piedras preciosas para los gigantes.* Es Lille. El alba *crece rápidamente mostrándonos ahora todos los pequeños detalles de la tierra, los trenes, los arroyos, las vacas* (...) *Los gallos cantan, pero el graznido de los patos lo domina todo.* Los pueblos aparecen y se desvanecen. He aquí una *que está rodeada de agua, atravesada en todos los sentidos por canales. Se diría una Venecia del Norte. El Horla* sobrevuela Bruges, tan bajo que la cuerda-guía roza la atalaya. El carillón suena, cristalino. *Nosotros respondemos con la sirena cuyo horrible sonido resuena por las calles* (François Tassart, habla de Gand: «Una campana repica en ese momento y yo pensaba: es la Roland de la atalaya de la comuna que saluda al paso de nuestro aerostato.»)

Disponen el barómetro y los objetos duros.

– Atención – exclama Bessand – ¡mástil de navío a la izquierda!

Las brumas nos lo habían escondido hasta ahora. El mar estaba por todas partes, a la izquierda y en frente, mientras que a nuestra derecha el Escaut, fusionado al Meuse, extendía hasta el mar sus bocas más amplias.

– ¡Abrid la válvula!

El gas se escapa. Una gran granja se acerca a ellos con la rapidez del rayo. El capitán tira el último saco de lastre y *El Horla* salta al techo. El ancla, arrojada en un campo de remolachas, rebota antes de clavarse.

– ¡Cuidado! ¡Agárrense!

La barquilla golpea la tierra, se eleva de nuevo y por fin se detiene con unos sobresaltos. Están en Heyst-sur-Mer, en la desembocadura del Escaut. Unos flamencos salidos de la Edad Media de Breughel, miran a esos aeronautas caídos sobre ellos desde el futuro. Éstos desinflan cuidadosamente el globo, recogen la cuerda-guía y regresan a París en el rápido de Ostende, no sin que Guy haya enviado algunos telegramas, en

especial a Hermine: *Soberbio descenso en la desembocadura del Escaut. Admirable viaje.*

Naturalmente, los próximos a Guy lo consideran cada vez más loco. De regreso a Étretat, Maupassant se indigna, por las formas: *No ha sido idea mía haber dado a un globo el nombre de mi libro, y ahora todo el mundo cree que he hecho de ese globo un tambor publicitario...*

Repetirá, en 1888, con seis personas a bordo. Esta vez, se conformarán con ir hasta Beauvais. Pocos hombres de letras han precedido a Guy en este aspecto, exceptuando a Paul Ginisty[1]. Guy es el primer gran novelista que vuela.

¡A Guy le gusta el globo, pero odia la torre Eiffel! En una carta colectiva, dirigida en 1887 al Sr. Alphand, director de la Exposición de 1889, unos escritores y artistas indignados, protestan contra la erección de la Torre. A la cabeza, junto con el pequeño Meissonier, se encuentran el vecino Gounod, Sardou, Coppée, Lecomte de Lisle, Sully Prud'homme, etc. *Durante veinte años veremos prolongarse como una mancha de tinta la odiosa sombra de la odiosa columna de chapas engarzadas* (...) *La Torre, alta y flaca pirámide de escalinatas de hierro, esqueleto desgraciado y gigante cuya base parece hecha para soportar un formidable monumento de cíclope y que queda en un ridículo y escuálido perfil de chimenea de fábrica...*

Durante algunos años, va a servir de coartada a todas sus huidas. *Huyo de París para huir de la Torre*.

El año 1887 transcurre en ese trajín acelerado de viajes, de curas de salud y de literatura. En junio, está en La Guillette. Fontaneros, artesanos, compañía de la Aguas. Por donde pasa, hace instalar duchas. François lo sigue en los apartamentos, con un trapo de lana en la mano, para sacar brillo al parquet después de los incesantes paseos de su señor que va del cuarto de baño a su mesa de trabajo, envuelto en toallas mojadas.

¡Y encuentra tiempo para el trabajo! Después de *Mont-Oriol*, ha escrito en dos meses *Pierre y Jean*, la novela que menos esfuerzo le ha costado, entre idas y venidas por la

[1] Colega y colaborador, como él, del *Gil Blas*, del que Maupassant prologará su libro *El Amor a Tres*.

alameda de jóvenes fresnos de La Guillette y mirando jugar al pequeño Pierre Lecomte du Noüy.

Pierre y Jean está estrechamente ligado a lo que se ha llamado equivocadamente el «prefacio de Pierre y Jean», texto clave sobre las ideas literarias de Maupassant, redactado en septiembre de 1887, para tratar de aumentar el número de páginas de esa pequeña novela, demasiado corta para las habituales exigencias de las ediciones.

Maupassant señala de entrada unas dificultades semánticas evidentes. *¿Si* DON QUIJOTE *es una novela,* ROJO Y NEGRO *es otra? Si* EL CONDE DE MONTECRISTO *es una novela,* LA TABERNA *también lo es?* De ahí su definición: *Su objetivo no es contarnos una historia, divertirnos o hacernos estremecer, sino obligarnos a pensar, a comprender el sentido profundo y oculto de los acontecimientos* (...) *Es esta visión personal del mundo que él* (el novelista) *busca comunicarnos reproduciéndola en su libro* (...) *Debe pues componer su obra de una manera tan ingeniosa, tan disimulada, de apariencia tan simple, que sea imposible advertir e indicar el plan, de descubrir sus intenciones.*

Los novelistas que tienen su favor *esconden* la psicología *en el libro como está oculta en realidad bajo los hechos de la existencia.* El autor debe desaparecer. *La habilidad consiste en no dejar que el «yo» sea reconocido por el lector bajo todas las diversas máscaras que nos sirven para ocultarlo...* Maupassant no duda en definir esta estética y define su propio perfil psicológico. En él, la simplicidad siempre está allí *para esconderse*.

Y luego, de repente, ataca a *ese vocabulario extravagante, complicado, numeroso e ininteligible que se nos impone hoy día, bajo el nombre de escritura artística.* Contra el vocabulario preciosista, alaba las palabras sencillas. *Utilicemos menos nombres, verbos y adjetivos de un sentido casi incomprensible y más frases diferentes, diversamente construidas, ingeniosamente cortadas...*

Se trata de la famosa fórmula: *La lengua francesa es un agua pura que los escritores amanerados no han logrado ni lograrán jamás enturbiar* (...) *La naturaleza propia a esta*

lengua consiste en ser clara, lógica y nerviosa. No se debe debilitar, oscurecer o corromper.

Lo relee. Sí, eso es lo que quiere decir. No es fácil. *Los que hoy día construyen imágenes* (¡oh, el desprecio) *sin prestar atención a los términos abstractos, los que hacen caer el granizo o la lluvia sobre la «limpieza» de los cristales, pueden también lanzar piedras a la sencillez de sus colegas. Acaso los alcancen, porque poseen un cuerpo, pero jamás alcanzarán la sencillez, porque carece de él.*

No hay duda: apunta a los Goncourt, los simbolistas y sus discípulos.

El prefacio tuvo una repercusión desproporcionada. Debemos pensar, como Anatole France, que «el Sr. de Maupassant desarrolla allí la teoría de la novela como los leones harían la del valor», ella permite sin embargo delimitar en el escritor lo que es voluntario de lo que es accidental. Lo que él quería hacer, era esa novela objetiva de la que el autor está excluido.

Sofocado por el ataque, Edmond de Goncourt se indigna. Comentaba amargamente un año antes: «¿Por qué a ojos de algunas personas, Edmond de Goncourt es un gentleman, un aficionado, un aristócrata que hace un juguete de la literatura, y por qué Guy de Maupassant es un verdadero hombre de letras? ¿Por qué? ¡Me gustaría saberlo!» Desde hace tiempo se incuba el descontento hacia ese «burdo normando», ese «Paul de Kock», que sin embargo le ha dedicado *Al Sol* tan efusivamente: *Al Señor Edmond de Goncourt, al maestro admirado y al amigo*[1].

«En el prefacio de su nueva novela, Maupassant, atacando la Escritura artística, me ha aludido – sin nombrarme. Ya, en relación con la suscripción para el monumento de Flaubert, lo había encontrado de una franqueza que dejaba mucho que desear. Hoy el ataque me ha llegado al mismo tiempo que una carta, donde me envía por correo su admiración y su apego. Me veo así en la necesidad de considerarle un normando, muy

[1] Colección Daniel Sickles.

normando. Por lo demás, Zola ya me había dicho que era el rey de los mentirosos... »

¿Había querido Maupassant ofender a Goncourt? Es poco probable. Él ataca a los seguidores más que al guía. ¿Entonces? Maupassant sin duda fue avisado demasiado tarde de que iba a molestar al irascible maestro y quiso amortiguar el ataque mediante una carta privada. Lo que podría haber parecido una duplicidad. «Ahora, continúa Goncourt, puede ser un muy hábil «junta letras» al estilo de Monnier; pero eso no es ser un escritor, y tiene sus razones para rebajar la ESCRITURA ARTISTICA (...) Una página de Maupassant no firmada, es lisa y llanamente una buena, pero corriente copia que puede pertenecer a cualquiera.[1]»

Había ocurrido, en efecto, el incidente del monumento a Flaubert. Desde 1881, una suscripción había sido abierta para erigir un monumento conmemorativo, en Ruán. Edmond de Goncourt había sido nombrado presidente del comité. En 1886, los fondos ascendían a 9650 francos, sobre los 12.000 necesarios. Goncourt propuso que cuatro completasen la suma, Zola, Daudet, Maupassant y él. En esto, Porel, director del Odeón, sugiere una representación benéfica. En las columnas del *Gil Blas*, el cronista Santillane ataca el proyecto y a Goncourt al mismo tiempo, el 1 de enero de 1887, reprochándole recurrir a la mendicidad. Ahora bien, en una nota dirigida desde Antibes, enviada al *Gil Blas*, Maupassant aprobaba a Santillane y aportaba 1000 francos. Esta irreflexiva intervención tomaba el carácter de una lección infligida a Edmond de Goncourt, quién dimite como presidente. Maupassant había ido a Auteuil a retractarse y debía haber sido muy convincente, pues Goncourt había reconsiderado su dimisión. ¡Apenas un año después, volvían las desavenencias!

En enero de 1888, este «prefacio», decididamente condenado a provocar escándalo, aparece, mutilado, en el suplemento literario del *Figaro*. Guy, furioso, quiere hacer proclamar una vez más el derecho absoluto de todo escritor a defender sus ideas, por encima de todo y valgan lo que valgan,

[1] Lunes, 9 de enero de 1888

contra todas las manipulaciones posibles. Ahora bien, la publicación, cortada por un secretario de redacción apresurado, había desnaturalizado esas ideas y provocado, entre otras cosas, ataques de Jules Lemaitre y de Anatole France. Maupassant encarga a su amigo Emile Straus litigar judicialmente.

Después de diferentes contactos, el asunto se arregla. *El Figaro* publica un comunicado final: «El Sr. Guy de Maupassant, a consecuencia de las explicaciones que le han sido proporcionadas respecto de los cortes hechos sin su autorización en un artículo aparecido en esta publicación, cortes que habían dado lugar a una acción judicial contra el *Figaro*, acaba de renunciar al proceso. Estamos felices de esta solución amistosa que nos permite retomar nuestras antiguas relaciones con nuestro colega.»

Paralelamente, las relaciones con los editores se soliviantan. El 18 de octubre de 1885, inmediatamente después de *Bel-Ami*, Maupassant escribía desde Étretat a Victor Havard:

Mi querido amigo

He recibido los 2000 francos. Gracias. Espero recibir aún 2000 el 27. Luego tenga a bien remitir a mi padre, en el nº 10 de la calle de Uzès los 5200 que quedarán pendientes. Puede usted autorizar la traducción de Budapest por 200 francos, y responder al Director del Puy-de-Dôme que puede reproducir YVETTE *en las condiciones de la Sociedad de Escritores si ha negociado con esta* SOCIEDAD DE LA QUE FORMO PARTE.

Nada nuevo por aquí; tengo los ojos muy mal y casi no puedo escribir. Espero regresar a París hacia el 10 de noviembre para la puesta a la venta de un volumen de cuentos que Ollendorf ha guardado para el otoño debido a la aparición de Bel-Ami. El momento es fatal, pero me da igual, y escribo algunas crónicas...

Ollendorf va a ser a Havard lo que este último fue tiempo atrás a Charpentier. Maupassant reprocha a Havard no ser puntual en los pagos, ser considerado por muchos libreros como un mal vendedor y mal distribuidor. Toma su decisión y se la da a conocer sin miramientos.

Ya no puedo esperar. Usted me pone de nuevo en un compromiso. Tengo una importante suma que pagar el 5 de

mayo y no sé aún de cuanto puedo disponer con usted, cuando debería saberlo desde comienzos de mes.

Su negligencia es el motivo de que haya entregado una novelita a Ollendorf[1].

La novelita en cuestión era *Pierre y Jean*.

Henry Céard juzgó *Pierre y Jean*, el prefacio y la novela: «Por lo demás, su estética es bastante indecisa, y no creo que los jóvenes autores encuentren en el prefacio de *Pierre y Jean* la guía segura y el impecable consejo que él se ha imaginado dar. Su gran valor proviene del poder de su temperamento (...) Ningún estudio, por lo demás, sabría dar una idea más exacta que *Pierre y Jean*, esa novela recientemente publicada, y por la cual se puede, sin exageración, pronunciar la expresión obra maestra.»

La historia es sencilla. En una familia burguesa, una herencia recae sobre uno de los dos hijos, Jean. El donante es un viejo amigo de la familia. La gente rumorea y la idea de que el padre legal de Jean no es su auténtico padre invade al hermano frustrado, Pierre. Pierre no se equivoca; su madre es culpable y por tanto él es el hijo legítimo que acabará yéndose, dejando lugar y fortuna al hijo del cuco, con la bendición del marido burlado.

Es desde luego una obra maestra, de tono diferente a *Bel-Ami*, más condensada, más bien un «relato largo» tal vez más corto de lo que es generalmente una novela, a pesar del prefacio.

Según una carta fechada el 2 de febrero de 1888, dirigida a su joven colega Edouard Estaunié, afligido de ver el tema sobre el qué él trabajaba tratado por un colega tan célebre[2], la idea tendría su origen una vez más, por una conjunción de hechos sencillos diversos. Hermine, que siguió de cerca la elaboración del libro, dijo: «He escrito durante una parte de mi vida una especie de diario; allí encuentro lo siguiente, con fecha de 22 de junio de 1887: Maupassant me lee las primeras páginas de su nueva novela *Pierre y Jean*. La exposición promete mucho: es un hecho real lo que le ha dado la idea de escribir ese libro. Uno

[1] Cannes, jueves 28 de abril de 1887.

[2] Aparecido más tarde bajo el título: Un Simple.

de sus amigos acaba de recibir una herencia de ocho millones. Esta herencia le ha sido dejada por un asiduo de la familia. Parece que el padre del joven era viejo, la madre joven y bonita. Guy ha tratado de buscar una explicación a la donación de semejante fortuna...»

Hay algo más que un matiz entre el vago hecho de la respuesta a Estaunié y una historia «ocurrida a un amigo. ¿Era lo uno o lo otro? ¿O más bien un recuerdo familiar trasladado? Como su madre, Maupassant decía no importa qué cuando era necesario.

Pero es el tema de la bastardía lo que hace tan dolorosa y tan convincente la atroz escena de *Pierre y Jean*, la más bella del libro y una de las más bellas de la obra, en la que Jean perdona de algún modo a su madre por haber hecho con otro hombre lo que con su padre legal. Todo ocurre como si Maupassant sintiese, en relación a Laure, lo que experimenta el Jean de la novela.

El manuscrito de *Pierre y Jean*[1] está poco trabajado. No obstante es necesario realzar una corrección del primer bosquejo en ese pasaje capital. Según el texto definitivo, Jean, viendo a su madre en muy mal estado, *exclama, besándole el vestido: — ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Pobre mamá, mírame!* En la primera versión : *exclama besándole el cuello, los hombros, la garganta.* Eso debió parecer forzado al autor. La *piel* incluso de la madre desaparece, sustituida por su símbolo, el *vestido*. En frío, Maupassant ha encontrado la primera formula, salida de lo más profundo, torpe y casi comprometedora. Además, esta tragedia burguesa contiene una singular anomalía. Jean, el hijo adulterino, nacido de la falta de la madre y del amante, SE PARECE MUCHO MÁS AL PADRE LEGAL, es decir a su falso padre, por su carácter, sus gustos, su concepción de la vida e incluso su físico, COMO EL HIJO VERDADERO, PIERRE, QUE DIFIERE TOTALMENTE DE SU VERDADERO PROGENITOR.

¿El novelista ha querido definitivamente mezclar las cartas, como bien sabía hacerlo? *Pierre y Jean* ilumina furtivamente, de un modo sesgado, esta incompleta liquidación del complejo de

[1] Biblioteca Nacional

Edipo que es necesario constatar en las relaciones de Guy con el débil Gustave y la fuerte Laure, y que se manifestaba ya en *Una Vida*, acta de acusación implícita al padre.

Nada en la vida de Gustave de Maupassant, de Laure y de Guy, puede refutar o confirmar esta sospecha de bastardía, como ya se ha visto cuando analizábamos el asunto Flaubert. Lo que está asegurado, es que esta obsesión no se detenía en Guy en el pasado vivido. Irriga la obra y condiciona su vida de hombre. Se prolonga en su presente y marca su futuro. ¿No tuvo él mismo hijos bastardos? ¿Cuando escribe *Pierre y Jean* no se siente un vez más tan culpable como victima? ¿No es por eso por lo que CASTIGA oscuramente a su héroe, su portavoz Pierre, castigado porque él es inocente, castigado en lugar de la madre culpable? Estamos limitados a plantear estas preguntas cuyas respuestas se ha llevado Maupassant a la tumba; la única certeza, es que, de todas su novelas, *Pierre y Jean* es la que lo TRAICIONA más profundamente.

Será la favorita de un Emile Zola que veía en ella «la maravilla, la rara joya, la obra de verdad y de grandeza que no puede pasar de moda», juicio apenas excesivo. Por el contrario, ¡Laure nunca ha dicho lo que pensaba de ella!

El 3 de octubre de 1887, Maupassant se aloja en el Hotel de Noailles, en Marsella, y pide su habitación habitual, dando a un rincón del muelle y a la Canebière. Sale, huele el azafrán de las bullabesas y el violento olor de las muchachas, va a ver un barco en venta, la *Zingara*, y, al día siguiente, parte para Argelia. ¡Cuantos cambios en cinco años! Después de *El Gaulois*, acaba de romper con *El Gil Blas*. La servidumbre de la colaboración regular le resultaba insoportable. Es libre como el aire del *Horla*. Viaja a partir de ahora por su cuenta. Y un sirviente lo acompaña.

En Argel, desciende al muelle con una desconocida y Pierre-Amédée Pichot, el hijo del fundador de *La Revue Britannique*, hospedándose en el Gran Hotel del Oasis. Sin embargo, pronto errará de hotel en hotel quejándose de las habitaciones y de los alimentos. Alquila un apartamento de dos habitaciones, en la calle Ledru-Frollin.

Encuentra en las oficinas del Círculo militar, *hombres encantadores, bien educados, incluso instruidos, algunos están bastante puestos en literatura, unos profesores, el nuevo director de La Escuela Superior de Letras, Emile Masqueray*. El 14 de octubre, va con él hasta el cabo Matifou. Salen a las cinco y media de la mañana y ven *el más hermoso amanecer que se pueda imaginar.*

Admira, gran aficionado a los paisajes: *He visto un rincón de Argelia muy desconocido habiendo encontrado aún unos barrancos y unos bosques vírgenes de cuento* (...) *Salgo mañana para el bosque de cedros de Teniet el Haad en la llanura de l'Ouarsenis. Se dice que es uno de los más bellos del mundo.* Lo que no le impide buscar seducciones más fáciles. Cada viernes, las mujeres árabes van solas al cementerio, *a enderezar algunos guijarros puntiagudos que adornan esos silos de huesos humanos*. Parecen mujeres saliendo de esos Campos Eliseos, desde el Mustafá Interior hasta el jardín de Hussein-Dey. Algunas levantan su velo en su cercanía y muestran abiertamente su rostro, *de un blanco nacarado. Se diría que las mejillas de algunas de ellas están ligeramente untadas de polvo malva. Con sus grandes ojos negros, la mayoría están muy bellas así*[1].

Calle Ledru-Rollin, los mosquitos le impiden dormir; regresan los insomnios y con ellos, las migrañas. Los ojos le lagrimean. Escribe al fiel Cazalis, Jean Lahor: *Voy a abandonar Argel dentro de unos días; o mejor voy a volver a pasar por Argel yendo a Túnez. Esta ciudad de Argel tiene, como estación de invierno, un gran inconveniente, estar expuesta al Norte, de modo que tras tres horas de sol por la tarde, el sol desaparece.*

El 4 de noviembre, huye hacia las aguas caliente de Hamman R'Hiza[2]. *Espero gozar allí del desierto, pues este país tiene verdaderamente para mí un sabor único* (...) *Comienzo a sentir realmente la influencia bienhechora del calor* (...) *Pero necesitaría una larga estancia.*

[1] François Tassart.

[2] Hammam-Rhira es la grafía adoptada por Maupassant, que respetaremos en las citas.

¡Sí! Hamman-R'Hiza, es la versión árabe de *Mont-Oriol*. Los baños a 42 grados no consiguen recuperarlo y el dueño del hotel, Sr. Dufour, está desesperado con las malas noches que pasa su pensionista.

Guy toma por guía a un indígena de diecinueve años, Bou-Yahia. Caza con él, admira la belleza bíblica de los pueblos, sueña con su paz milenaria:

– *Que bueno debe ser vivir ahí, Bou Yahia*.

– Sí, señor, aparte del gran calor, esos pequeños montes son muy sanos, el aire es allí muy puro.

De repente, un sable ardiente atraviesa la cabeza de Guy.

– *Regresemos*, dice. *No sé si vendré mañana*.

– ¡Inch'Allah!– dice Bou Yahia – que tiene mil años.

Guy regresa a Tunicia, más cariñosa, más femenina, vía Argel. Desde el ferrocarril, mira desfilar los jardines de Hussein-Dey, donde saltan unos monos. Pronto, alcanzan las Puertas de hierro y la Kabilia, *región que he recorrido a caballo hace algunos años,* dice a François, pensando en los bosques calcinados del golfo de Bougie. Pasan ante el pueblo de Thiers.

– *¡Pequeño como el hombre cuyo nombre lleva!,* deja caer. *¡Cuando se piensa en ese penoso momento de la paz de 1871!*

Y, refiere François, «el rostro del señor se vuelve púrpura, como todas las veces que, en la conversación, el recuerdo de los prusianos se despertaba en él ». ¡Soberbia aclaración retrospectiva sobre «el hijo de la debacle»!

En Túnez, todavía se preocupa de los baños. Visita, a una veintena de kilómetros, las antiguas termas romanas de Hamman-Lif, que todavía funcionan como hace dos mil años. Ante los bañeras que parecen sarcófagos, y las salas calabozos, el campeón de la higiene hace un mohín de disgusto.

– ¡*Oh, no, mi buena señora*, dice a la maltesa que lo recibe, una matrona morena de grandes piernas, afable, de fuertes caderas cubiertas de un delantal rayado en rosa y rojo, *no seré yo su cliente!*

Pero no puede impedir añadir:

– *¡Ni por los baños*!

El director del banco de Túnez le ofrece llevarlo en landau hasta Kairouan, donde debe visitar las granjas de Lanfida[1]. Parten al día siguiente a las nueve de la mañana. Cuatro caballeros en abrigo de cuello alto y sombrero gris se destacan en la gran mezquita. Vuelve por mar, de Sfax a Sousse, encantado. En su apartamento tranquilo y caliente, en el 47 de la avenida de la Marina, un negro hercúleo lo masajea, girándolo y volviéndolo a girar sobre la mesa. Guy trabaja, escribe cartas de amor, la hermosa CARTA A LA DESCONOCIDA, fechada en Túnez, el 19 de diciembre de 1887, ya comentada cuando Guy dudaba ante la tentación del matrimonio con «la más amada», va a Cartago en coche, en medio de una polvareda de ruinas donde pequeños Ali venden sin recato alguno falsas lámparas púnicas. Regresando, se encuentra con un asno engalanado con cascabeles y a dos árabes en bicicleta. Se encuentra con personas que han guiado al Viejo antaño y confía melancólicamente a la princesa Mathilde, el 20: *He visitado lo que queda del acueducto de Cartago y he creído, durante toda esa excursión, oír la sonora voz de Flaubert exclamar su admiración*.

Después de la maltesa, va a visitar a «la gorda tunecina», atracción que no puede dejar de verse, soberbia Bola de Sebo de ciento veinte kilos, orgullo de una casa familiar en la que cuentan también las hijas. *Tres hermanas, tres muchachas muy parecidas, haciendo sus contorsiones impuras, bajo la mirada benevolente de su madre, una enorme pequeña bola de grasa viva tocada con un capirote de papel dorado...*

El 6 de enero de 1888, embarca en el Moïse, de la Compañía trasatlántica, que va a trasladarlos a Marsella, en treinta y seis horas. Hay marejada y François Tassart maldice más que nunca a ese demonio de la navegación que pone enfermo al mejor de los señores.

Maupassant regresa a su habitación del Hotel de Noailles, escucha con indiscreta atención a unos vecinos tumultuosos, y como hay unos eclesiásticos en el establecimiento, dice con guasa: ¡*Siempre hay una estola violeta en la alfombra*! Allí todavía no hay que dejarse engañar y no puede disimular su

[1] Según Tassart. Debe leerse L'Enfida.

melancolía: *A pesar de la alegría provenzal, la luz disminuida del cielo me entristece.*

Sin embargo, Bel-Ami tiene una cita de una importancia capital. En el muelle, lo espera la *Zingara*, que se va a convertir en el segundo *Bel-Ami*, su gran pájaro blanco.

Quinta parte

Tercio de muerte

> El viaje es una especie de puerta por donde se sale de la realidad como para introducirse en una realidad inexplorada que parece un sueño.
>
> *Al Sol.*

1.

El primer crucero del Bel-Ami II – La madrina de Porquerolles – En Cannes, la rada de los yates – El gran pabellón – Una princesa empapada y la Sociedad de los Chulos – Las amantes de las islas – El extraño país del agua – Siempre Bel-Ami.

Desde su llegada a Marsella, Maupassant ha telegrafiado al patrón Bernard para que se reuniese con Raymond a bordo de la *Zingara*, en el muelle de la Fraternidad. Esta *Zíngara*, estilizada y larga gitana de casco negro y franjas doradas, es completamente distinta al antiguo *Flamberge*. Cuatro metros más, tiene un salón y un comedor para diez personas y el camarote del escritor. Estos detalles provienen de la descripción del segundo *Bel-Ami*, proporcionados por el administrador judicial Lavareille. El navío era un pequeño barco de regatas, con un mástil y un artimón en popa, cerca del timón. Medía 14,60 metros de eslora y declaraba 20 toneladas de yacht (13,6 toneladas de aduana). La altura de los camarotes era de 1,90 metros, y la distancia entre la línea de flotación y la quilla era de 2,50 metros. Rematado con clavijas de cobre, será recarenado y doblada su cantidad de cobre, como se verá más adelante, a finales de 1889. «Un hermoso yacht y buen velero en mar gruesa», añadía el prospecto que también formaba parte del inventario del barco. Como detalles para los marinos, poseía un espinaque y estaba lastrado con 7 toneladas de plomo y 8 toneladas de hierro. (Colección Mary Lecomte du Noüy) El negociante en maderas de Marsella, Sr. Recca, que lo había hecho construir en 1879, en Lymington, Inglaterra, no había escatimado, en aras a su calidad, una soberbia cadena blanca de Escocia. Los marineros la apreciaron sondeando el casco y las calas.

Guy lo encuentra un poco bajo en el agua y exageradamente negro, sin sus velas. ¡Una auténtica zíngara!

– ¡Con su nombre, esperemos que las Santas Marías del Mar no le echen un mal de ojo!

Los dos marineros se santiguan.

–¡Bueno! ¡Salimos mañana a las seis! Bernard, haga que pinten el nuevo nombre. *Bel-Ami*, naturalmente. Vaya a la Inscripción marítima.

El 18 de enero, suben a bordo antes del amanecer. Un pequeño remolcador conduce al velero frente al castillo de If. El «capitán» está decepcionado.

– Hay problemas, señor. No hay viento y la marejadilla es fuerte.

– ¡Marejadillas como esa, he visto muchas en Étretat!

– ¡Sí, pero el Mediterráneo, es muy traidor! – dice Bernard.

Maupassant, con las mujeres o los viajes, no es muy paciente con sus deseos.

– ¡Viramos al Este! ¡Yo tomo el timón!

La vela principal, el foque y el trinquete son izados. Por prudencia, Bernard no ha montado la flecha y el gran foque.

– Decididamente, no me gusta esta marejadilla con viento plano! ¡Prefiero una buena tempestad!

– ¡Santa Zoé! ¡el infeliz! gime Raymond. ¡Desafía la suerte!

Las velas restallan, flexibles, y el barco cabecea. Tassart está pálido.

– François, dice Guy, creo que usted nunca tendrá alma de marino! ¡Tome un vaso de champán, le irá bien!

Después de haber pasado penosamente el cabo Croissete, cabeceando, el barco bordea entre la costa y las islas Jarre y Riou. El día deja adivinar, en un vaho azul a lo Monet, los suntuosos recortes de las calas.

–¡Esto es el mar del Norte, su Mediterráneo!

– Y ahora la niebla – gruñe el capitán.

¡El *Bel-Ami II* fue así bautizado con champán frío y en medio de la bruma!

En esta primera travesía, las velas quedaron en mal estado. El tiempo era francamente hostil. En un momento dado, el hercúleo Raymond debió descender al bote y empujar con fuerza los remos para evitar las rocas mientras la corriente les empujaba hacia tierra. Finalmente habiéndose calmado un poco, atracaron en Cassi y almorzaron. Como era habitual en él, Maupassant dio

un gran paseo por la montaña. Pasaron la noche al abrigo y volvieron a partir con el sol. Esta vez, la fortuna del mar sonreía. Tan pronto abandonaron el estrecho canal, bajo una brisa favorable, el *Bel-Ami* tomó una enorme velocidad.

– Es un barco al que no le gusta la calma, eso es todo, – dijo Bernard.

– Como su propietario – dijo Guy, de buen humor.

Ese segundo día de navegación fue espléndido y Maupassant se dispuso a disfrutar de su barco. A las dos de la tarde, tras haber visto pasar la isla de los Embiez, Toulon y la Madrague, el barco entraba orgullosamente en la pequeña rada de Porquerolles. En chaqueta, sombrero de fieltro, bastón de paseo, Maupassant descendía a tierra mientras Raymond y Bernard quedaban a bordo y François compraba unas coliflores, leche y crema, menú que convenía tan bien a su estómago como al régimen de su señor.

Por la tarde, Guy regresaba, triunfante, echando un vistazo a las provisiones de François:

– ¡Y bien! ¡*Yo tampoco regreso con las manos vacías! He encontrado un tema para una crónica. Ciertamente nadie como yo para conseguir esas cosas.*

Porquerolles, antes de 1900, era salvaje, el Paradou de Zola, el delirio de las islas. Un penetrante olor a resina subía de las malezas, ese mismo olor que había olfateado Guy durante su descubrimiento del Midi, ocho años atrás.

Al principio caminó mucho por la vertiente sur de la isla y luego, como trataba de llegar a la orilla, del lado del cabo de Mède, bruscamente, se encontró con una insólita dama. ¡Eh! sí, ¡allí! «una dama», elegante, una sexagenaria anticuada y de coquetas canas. Toda su vestimenta recordaba 1830. Me preguntaba si no soñaba. Cuando estuvo cerca de mi, me aparté del camino para dejarla pasar y la saludé.

–¡Oh! Caballero, me dijo ella, comprendo su sorpresa al encontrar en un lugar tan aislado a una mujer tan sola. Desde hace muchos años vivo aquí y usted es el segundo parisino al que encuentro. No me diga que no es usted de Paris... ¿Cómo se llama usted, señor...?

– Guy, Guy de Maupassant.

– ¡Ah! ¿Y qué hace usted aquí?

– Busco el mar y me pierdo entre la maleza.

– Como todos los hombres. ¿Venga usted por aquí? Encontraremos un camino que conduce a la orilla. Estoy contenta de que usted esté...

– Pero, usted, ¿señora?

–Discúlpeme, no puedo darle mi nombre. Además, mi nombre no le diría nada...

– ¡Eso no es justo!

– No. Sé que no lo es, pero no insista.

– ¿Vive usted en Porquerolles desde hace mucho tiempo?

– Unos veinte años.

–¿Sola?

–Con mi criada. En medio de esta salvaje vegetación. Mis únicas distracciones son los barcos que pasan. He visto llegar el suyo. No he podido distinguir el nombre.

–Acabo de comprarlo. Lo he llamando el *Bel-Ami*...

–Es un bonito nombre.

–¿No tiene usted miedo por aquí?

–A veces. En invierno, cuando la mar es gruesa, se oyen ruidos extraños. ¡Bah! ¡Ya estoy acostumbrada!

–Todo esto señora, no me da las razones de su presencia en esta isla.

–Cuando Napoleón III reinaba aún en nuestra querida Francia, yo era una gran dama de París. Frecuentaba a Ricord, el médico del emperador, a sus colegas Octave Feuillet y Prosper Merimée, Jules Simon, Thiers... Sentía, preveía la catástrofe.... Intentaba abrir los ojos al emperador. No quiso escucharme.

–¿Era usted republicana?

–No lo sé. Tenía miedo... Entonces escribí todo eso.

–Y fue usted detenida.

–Volví a comenzar. Veía Sedan, señor.

Guy se había detenido y miraba con estupor a la dulce dama anticuada. Una palidez se dejaba ver en su tez tostada, incluso un poco enrojecida. La dama advirtió su turbación.

–¿Que es lo que le ocurre, caballero?

– He hecho la campaña contra los prusianos... Perdóneme, señora...

– ¡Parece usted joven!

– Con veinte años, en Sedan...

– ¡Dios mío! Señor de Maupassant, ¡qué raro! ¡Así pues fue para usted para quién yo escribía, para usted y sus compañeros!

La paseante empujaba maquinalmente las piedras con la punta de su pie, en el camino.

–Napoleón III no era tan malo. No tenía más que un defecto, estar enfermo. Siempre tenía un guijarro empujando al otro.

Profirió una frágil risilla, sobre esta alusión a la enfermedad del emperador, luego continuó:

– Fui condenada al exilio. El emperador me permitió permanecer en tierra francesa bajo una condición, que no abandonase nunca estos lugares,... y que jamás revelara mi nombre... Eso es...

– Pero él murió hace ya quince años, señora, y ahora ¡somos una República! ¡Su amigo, Thiers, la habría recibido triunfalmente si usted regresara a París!

– Sí, señor. Pero lo juré.

– ¡A un enemigo!

– Debo mantener mi juramento.

Ella movía su bonita cabeza blanca con un aspecto de viejecita testaruda.

– ¿Conoce usted las islas de Leríns? ¿Sainte- Marguerite?

– Voy allí.

– Pues bien, yo soy la hermana pequeña de la Máscara de Hierro, eso es todo.

Ella miró de reojo, con una malicia en la mirada, a su enorme interlocutor, cuyos bigotes se estremecían al olor del romero, la resina y las algas, luego exclamó:

– Es usted un buen escritor, creo, señor de Maupassant. Permítame preguntarle algo.

– Se lo ruego, señora.

– Pues bien, me gustaría saber si su *Bel-Ami* continúa teniendo éxito.

– A fe mía que sí, señora. Desde hace tres años...

A bordo, el escritor se interrumpió para beber una taza de té. Continuó:

– Llegamos al mar. Desde las rocas vi el casco blanco del barco. «Buenas tardes, señor. Gracias por la compañía, me dijo ella. Buena travesía en el *Bel-Ami*...» ¡He aquí la madrina que nos faltaba, amigos míos! ¡Tened cuidado! ¡La Dama Blanca os mira! *¡Cuando yo os digo que no hay nadie como yo para que estas cosas sucedan!*

Al día siguiente, a las nueve, el barco abandonaba Porquerolles. De nuevo, la mar estaba calma. Finalmente, un débil viento de tierra se dignaba a hinchar la vela. Giraron hacia mar adentro, donde el viento refrescaba. Se formó una estela. Bernard nombraba al pasar todos los accidentes geográficos de la orilla que Maupassant seguía sobre la carta náutica, el cabo Bénat, las islas de Hyeres, de Port-Cros y del Levante (sin nudistas entonces, lo que no les hubiese molestado), el cabo Nègre, la bahía de Cavalaire, la Torre de Camarat, Saint-Tropez, que le gustaba y de la que dijo esta corta frase que tan bien la describe: *he pasado uno de esos día deliciosos en los que el alma parece muerta en un cuerpo muy vivo.*

Todo el día y la noche, navegaron con viento del Este, cuando éste cambió de golpe. Fustigado por la popa, el *Bel-Ami* brincó. Hacia la una de la mañana, enfilaba hacia Saint-Rapahel.

Raymond exclama:

–¡Hacia las cuatro y media llegaremos a Cannes!

–Calla Bernard, el mar es muy susceptible. ¡No tientes a la suerte, infeliz!

Diez minutos más tarde, el viento cesaba. Una corriente venía del golfo de Génova. La *Bel-Ami* se puso a bailar sin desplazarse.

–¡Oh, la, la! gemía François, habiéndosele despertado su acento belga. ¡Cómo se movía aquello!

Desde luego que se movía. Qué caprichoso era este Mediterráneo en invierno, tan indolente como furioso. Sus embates comenzaban a golpearlos. Las olas alcanzaban los tres metros y el viento arreciaba. Al ser el paso de Agay demasiado estrecho para una entrada nocturna, el *Bel-Ami* regresó mar adentro, mientras tanto Raymond exclamaba:

– ¡Oh! Santa Cléophé! ¡no nos abandones!

Bernard reía a cada golpe de mar.

– ¡Santa Cléophe! ¡Buen Dios, buen Dios!

Y gritaba a plena voz:

– ¡Mire, patrón, este barco no es malo del todo! No se deja sorprender. ¡Salta las olas como un león un peñasco!

Los cabos crujían. François, lívido, enviaba a la perra soloughi Tahya que, enviada desde Marsella por ferrocarril, debía haber estado muy tranquila en Cannes. Y luego, fortuna de mar, tuvieron ausencia de viento durante todo el día y toda la noche. Hacia las tres de la tarde, un pequeño viento de poniente se estableció. Bernard desplegó toda la vela. Navegando a ocho nudos a la hora, el *Bel-Ami II* se dirigió a Cannes. A las siete, Raymond arrojaba el ancla y situaba el velero al pie del Suquet, al lado del *Villa de Marsella*, que sería durante mucho tiempo su hermano de fondeadero.

Así se acababa el primer viaje del *Bel-Ami II*, que había encontrado en Porquerolles una extraña madrina y que tenía el carácter y el físico de una ¡auténtica zingara!

Maupassant había amado el *Bel-Ami I*; adora *al gran pájaro blanco* al que llamaba así a causa de su velamen, y no de su casco. *Sus velas de tela fina y nueva* (había hecho traer un juego nuevo de Inglaterra), *bajo el sol de agosto, que arroja llamas sobre el agua, parecen alas de seda plateada desplegadas al cielo azul. Sus tres foques levantan en proa, triángulos ligeros que engordan al aliento del viento, y el gran trinquete es flexible, bajo la flecha aguda que dirige, a dieciocho metros encima del puente, su punta brillante al cielo*[1].

Paseos por mar, hubo muchos, pero cortos. A Guy le gustaba sobre todo recibir a bordo. Había comprendido que era solamente en la Costa, donde la etiqueta era más relajada que en el barrio Saint-Germain, como él podría mantener las relaciones con la alta sociedad que deseaba establecer. Fue así como conoció al duque de Chartres, a la princesa de Sagan, a la marquesa de Galliffet, a la *que paseo por mar de vez en cuando*, a la duquesa de Rivoli. Frecuentemente, el *Bel-Ami II* desplegaba todos sus pabellones ornamentales acercándose a las calas. Hasta iba a llevar a un rey. Bueno... un reyezuelo.

[1] *La noche. Echo de París*. Enero de 1890.

La Sra. de Galliffet había pedido a Guy que acogiese a ese «pequeño rey del Mékong». No sabía negar nada a las damas mundanas, desde las comedias de salón hasta el paseo del monarca. El anticolonialista del Tonkin pasea pues al reyezuelo del Mékong. «¡Era guapo, el pequeño rey, con la cabeza coronada de cabellos crespos y completamente amarillo!», dijo François.

La princesa Jeanne-Margueritte de Sagan, mujer del Príncipe, adalid de la elegancia, hija del barón Seillière, otro célebre financiero, iba a menudo. Guy iba a buscarla al muelle y, remando a plenos bíceps, la conducía a bordo con una amiga. Ambas risueñas bajo el velo, sombrillas desplegadas, una blanca y la otra negra, parecían puestas en la parte trasera de la gabarra como dos gaviotas sobre una boya. En otra ocasión, la misma gabarra transportará a la graciosa Colette Dumas, la hija de Alexandre Dumas hijo, y a Geneviève Straus, siempre fiel a su escritor.

En el transcurso de este paseo, la princesa de Sagan se verá empapada por un golpe de mar al mismo tiempo que el infortunado François daba con sus narices sobre el puente. ¡Bernard había dado deliberadamente el mal golpe de timón que provoca la ducha! ¡Ebria de azur y de champán, la princesa no quería regresar!

Un día, para el tentempié, François levantó un castillo de cangrejos de un metro de alto, flanqueado de tortugas sobre hojas de parra, rodeado de una corte de ranas. A un signo de Guy, el castillo se desmorona, liberando cientos de ratones. Las damas piden auxilio. La condesa de O grita:

–¡Hay uno que sube por la pernera de mi pantalón! ¡Maupassant!

Y la princesa de Sagan suplica:

– Se lo ruego, Guy. ¡Llame a su gata!

Pussy interviene, mientras las bellas ganan precipitadamente el puente sin preocuparse de mostrar sus pantorrillas. Pasada la alerta y como homenaje al bromista capitán, una de ellas canta a voz en grito *Las Campanas de Corneville*, cuyo éxito no remitía desde hacía doce años:

«Va, petit mousee,

Le vent te pousse...»

Guy tiene la costumbre de bañarse hacia las diez de la mañana, cuando el mar está en calma. Dice: *Voy a tomar mi baño*, lanzándose de cabeza desde el puente, cortando la ola, se sumerge y reaparece como las marsopas, luego hace la tabla y lame los bigotes con su lengua roja.

– *¡Caramba, sí que está salada esta agua!*

Es cuando está feliz. El presente despertar de nuevas maravillas cada día. *Este mar y la salida del sol sobre las montañas del Estérel siempre me revelan lo desconocido. Vea esos tonos verdes que adquieren esos pinos bajo esa aurora formada por doce rayos luminosos, allá, así encaramados, ensamblados, estrechándose el uno contra el otro sobre esta piedra de fuego, me hacen pensar en algún batallón con pantalones rojos y túnicas marinas, rodeando y escalando las tortuosas rocas, extrañas, y de una majestuosidad sorprendente como si se tratase de la toma de alguna Torre de Malakoff*[1].

Entre jaqueca y jaqueca, Guy volvía a ser el sólido remero socarrón de Chatou, y cantaba a voz en grito *La Mujer del Sargento*. Es así como convoca asamblea general de la Sociedad de los Chulos, caída ya en desuso. En Cannes, los amigos de Mosca se encontrarán. Léon Fontaine, Henri Brainne, y Albert de Joinville. No faltaba más que La Tôque, que estaba en Ruán. Nunca volverían a estar ya los cinco al completo.

Guy había conseguido una sabia amalgama ese día. También estaba el pintor René Billotte, Stéphane Mallarmé, Gégé, alias conde Primoli, y dos damas deslumbradas por la presencia de los célebres remeros de Chatou, a las qué François llamaba Sra la Pícara (lo que designaba claramente a la Potocka) y Sra. Olympe, no identificada.

Durante la noche, cuatro puntos blancos parten a la pesca con linterna, portando antorchas, erizados de tridentes, incluso de sables de caballería, deslizándose hacia las islas, arrastrando su estela sedosa donde se dejan ver destellos fosforescentes de masas de plancton. Un viejo lobo de mar, el Sr. Fournaire, guía dos barcas. Bernard, las otras dos. ¡Se había conviado a una

[1] *Nuevos Recuerdos* de François.

gigantesca bullabesa, un diluvio de vino de Saint-Laurent du Var, y un repertorio completo de las obscenas canciones de la Grenouillère!

En otra ocasión, todo el Bulevar estaba a bordo, periodistas, profesores y médicos, todos mezclados con las nobles visitantes, Aurélien Scholl, hombre de espíritu profesional, un antropólogo, el profesor Emilie Magitot, que se acordará con posterioridad de ese paseo, William Busnach, dramaturgo especializado en la adaptación al teatro de grandes novelas, proveedor habitual de Zola que sin embargo no hará negocios con Maupassant, uno de los doctores de Guy, Daremberg, y el pintor Riou, que realizaría unas excelentes ilustraciones documentales para *Sobre el Agua* y pintará varias veces el *Bel-Ami II*.

Tassart nos cuenta con afectada gravedad lo ocurrido. En un concurso improvisado, saludaron el mar, cada uno a su manera, «fuente de embriones» dijo el antropólogo, «fuente de colores» emitió Riou, y fue Scholl quién terminó con una FRASE, naturalmente: «esta mar que también es un poco nuestra madre». ¡François se divertía! ¡Que bueno es para un doméstico bien nacido servir a una compañía de tanta calidad!

Durante 1888, Emmanuela Potocka tiene mantiene su lugar en esa «vida sentimental» en perpetua inflación. Una vez más, Guy le escribe: *Debe ser un sueño viajar con usted. No hablo del encanto de su persona que yo puedo degustar aquí* (...) *pero no sé de una mujer que pueda despertar como usted la idea del viaje ideal* (...) *Decididamente no pienso que pueda acompañar el sábado al cargamento de Macabeos que descenderá el Sena con usted...*

La Pícara y Guy van a consolarse mediante otro paseo náutico, cuyos detalles han sido contados a Pierre Borel por Léon Fontaine.

El *Bel-Ami* navegaba entre Sainte-Marguerite y Saint-Honorat, dejando a babor la ciudadela de la Máscara de Hierro. François preparaba el almuerzo. Su señor y la condesa tomaban el aire sobre el puente...

– ¿Echamos el ancla?– propuso la Pícara.

– Todavía no. Ve aquel escollo, allá, a estribor, después de la punta de Saint-Honorat. Se trata del islote de Saint-Ferreol. Uno de los lugares del mundo que prefiero...

– ¡Pero, si ahí hay espacio justo para montar una tienda de campaña!

– ¿Le gusta a usted Paganini?

– Sí.

– *Paganini murió de cólera, en Niza en 1840. Su cuerpo se había vuelto completamente negro... El clero de Génova se negó a inhumarlo. Circulaba el rumor de que el músico había hecho un pacto con el diablo a cambio de ser un virtuoso del violín... El hijo de Paganini llevó su cuerpo a Marsella. El clero de Marsella no fue más tolerante que el de Génova. El barco maldito volvió a la mar con su molesto pasajero. No pudiendo hacerlo enterrar en Saint-Honorat, los hijos desembarcaron clandestinamente el cuerpo de su padre en el islote Saint-Ferréol, donde permaneció allí cinco años.*

– ¿Allí?

– ¡Allí! Bajo el sol y las salpicaduras de las olas, velado únicamente por las gaviotas. *Finalmente, el hijo pudo trasladarlo a Génova, a la villa Gajona. Paganini era extraño. Su talento y su delgadez han hecho de él realmente un personaje de Hoffmann.* El viejo Offenbach, que se le parecía mucho, adoraba esta historia. *Lamento que Paganini haya partido. Hubiese preferido que su cuerpo hubiese permanecido sobre ese erizado escollo...*

El agua lamía a pequeños lengüetazos azules las rojizas rocas.

– ¡Qué diferente es usted de su leyenda, Guy! Soy feliz. Tenia muchas ganas de que me llevase en su barco!

– ¡Yo también!

– ¡Escuche las cigarras! ¡Qué jaleo! ¿Se puede ir a tierra?

Con la gabarra, Guy y la condesa ganan Sainte-Marguerite. Hace calor. El viento ligero transporta fragancias de romero.

– ¡Oh, la bella gruta! ¡Juraría que estamos en Capri! Guy espéreme un momento.

Guy, tumbado de espaldas, sueña bajo los pinos que le proporcionan sombra. El sonido de las campanas de Saint-

Honorat intenta recordarle que hay otros hombres allí y que están en oración...

Entonces, la condesa lo llama. Él se levanta, busca, una risa aguda lo orienta. Encuentra por fin a la Circé de las Islas de oro, tan desnuda como las dos «viudas» del lago de Tazent, blanca y radiante en el azul de la gruta. ¡Y ella ríe!

¡Bel-Ami nada muy bien!

Al día siguiente, escribía a la petulante condesita:

– Te amo. Te busco. Todavía conservo tu cálida sombra en mis brazos...

Esta bonita escena tuvo lugar, desde luego. El amor de Maupassant por las Islas, la fascinación que ejercía Paganini sobre él, el episodio familiar de la mujer desnuda en el agua, la hace más verosímil. Sin embargo resulta difícilmente conciliable con la psicología de esta fría antorcha, esta calienta braguetas, y sobre todo con otros testimonios que subrayan el pesar de Maupassant por no haber nunca «conocido bíblicamente» a la Potocka[1]. ¿Era ella? Una mujer tan loca ha podido tener las debilidades de Michèle de Burne. También está la carta que parece precisa. Por desgracia no ha sido hallada y bien pudo haber sido escrita a otra condesa. Nosotros permaneceremos sumidos en esta duda sobre su pareja y hemos de volver esta vez sobre los detalles de una amarga conclusión en una indiscutible realidad: Guy y la Potocka iban a conocer una muerte atroz. Maupassant alojaba en sí su Horla y ella morirá abandonada por todos, en Passy, durante la ocupación. Reynaldo Hahn, el amigo de Marcel Proust, había sido un buen profeta cuando le había dicho: «Es usted demasiado malévola para ir a vivir tan lejos.» Se descubrió su cadáver devorado por las ratas, siniestro cuadro añadido a una página no escrita en la obra de su admirador[2].

A Guy le encantaba sentarse en la proa del *Bel-Ami*, cuando el *gran pájaro blanco* navegaba mar adentro. Miraba pasar el agua transparente. *A pocos pies de la embarcación se desarrolla*

[1] Maurice d'Harloy.

[2] Jacques-Emile Blanche: *A la pesca de los recuerdos*.

lentamente, a medida que pasamos, el extraño país del agua, agua que vivifica, como el aire del cielo, plantas y animales.[1]

Esta vida ruda, en los puertos, Cannes la radiante, en Antibes, al pie del castillo, o en La Salis, en Villefranche la tortuosa donde se encuentra a veces con Hermine, villa La Malaribba, en Monte Carlo, todavía francamente medieval, tranquiliza provisionalmente a aquél que está a punto de convertirse en un gran enfermo. Lo ha contado en *Sobre el Agua*[2], texto capital, *porque está lleno de íntimos pensamientos, porque es mi diario*[3].

En esta única obra introspectiva importante que se posee de él, Maupassant ha anotado sus impresiones día a día, a bordo o en el muelle, tanto comentarios personales, como crónicas ya elaboradas para El *Gil Blas*, El *Figaro* o El *Gaulois*. Gérard Dealisement ha encontrado treinta y tres textos anteriores a la publicación del volumen, utilizados en él. Sin embargo, la unidad allí es casi absoluta, de un hombre que sueña en el mar, y que, por una sola vez en su vida, contradiciendo el prefacio de *Pierre y Jean*, consiente en ser su principal personaje.

Maupassant habla allí de sus amigos, a media voz: *Estoy solo, realmente solo, realmente libre. Corre la humareda del tren a lo largo de la orilla. Floto en un navío que se balancea, bonito como un pájaro, pequeño como un nido, más suave que una hamaca y que discurre errante sobre el agua, al capricho del viento, sin más.*

Pol Neveux comparaba, en el prefacio de la edición Conard de las Obras completas, *Sobre el Agua* con *Werther* y con *René*. El buen cronista iba sin duda un poco lejos, pero no se equivocaba valorando ese «diario de a bordo, deshilvanado y precipitado, pero tan noble en su tumulto» y sobre todo al decir: «Es el testamento, es la confesión general de Maupassant.»

Pues se trata sin discusión, además del amor por el agua, del libro del «desencanto moderno», prólogo natural a lo absurdo contemporáneo:

---

[1] Una noche.

[2] Aparecido en los meses de febrero, marzo y abril de 1888 en la revista Les Lettres et les Arts.

[3] Carta a Frédéric Masson.

A mi alrededor, Cannes desplegaba sus luces (...) *Y yo pensaba en todas esas villas, en todos esos palacetes, esas personas que se han reunido esa noche, como han hecho ayer, como lo harán mañana y como charlan. ¡Conversan! ¿de qué? ¡de los príncipes! ¡del tiempo!...¿y luego?... ¡de nada!* (...) *¡Hay que estar henchido de estúpido orgullo para creerse algo distinto a un animal apenas superior a los demás! ¡Escuchadles, sentados alrededor de la mesa, a esos miserables! ¡Charlan! Charlan con ingenuidad, con confianza, con suavidad, y llaman a eso intercambiar ideas.*

De hecho, este pesimismo, este desencanto, este rechazo a lo absurdo, ocultan la desesperanza de un romanticismo imposible. Hay, en el toro triste de las cartas, un Musset estrangulado.

Desde luego, en ciertos días, experimento el horror de lo que uno es, hasta desear la muerte. Siento, hasta el agudo sufrimiento, la monotonía invariable de los paisajes, de los rostros y de los pensamientos. (...) *En otros, por el contrario, gozo de todo como un animal. Si mi espíritu inquieto, atormentado, hipertrofiado por el trabajo, se lanza hacia las esperanzas que no son propias de nuestra raza y luego vuelve a caer en el desprecio por todo, después de haber constatado la nada, mi cuerpo de animal se estremece con todo lo embriagador de la vida. Me gusta el cielo como a un pájaro, los bosques como a un lobo merodeador, las rocas como a una cabra, la hierba profunda para retozar en ella, para correr como un caballo y el agua límpida para nadar como un pez. Siento vibrar en mi algo de todas las especies de animales, de todos los instintos, de todos los deseos confusos de las criaturas inferiores. Amo la tierra. Cuando hace buen tiempo como hoy, tengo en las venas la sangre de los viejos faunos lascivos y vagabundos, ¡ya no soy hermano de los hombres, sino el hermano de todos los seres y de todas las cosas!*

En esta magistral página triunfa el Baal de ese normando renegado, de ese pagano Carnero de Palermo. Cuando Guy de Maupassant, con el vientre apoyado en el puente, miraba subir los altos fondos de la isla Sainte-Marguerite o de Agay en una transparencia azul traspasada por peces diversos, meditando con

todos su cuerpo tanto como con su cabeza, era la vida y la muerte lo que miraba desfilar con el tiempo, en el agua, sobre el agua.

En el salón de la calle Boccador, donde se va a instalar pronto, un cuadro de Riou, pintado en marzo de 1889, representaba el gran pájaro blanco. Todas las mañanas, antes de comenzar a trabajar, Guy arrojaba un vistazo al busto de Flaubert y al velero. Desde París, aspiraba el olor del barniz del barco y las ganas de viajar lo acosaban. Un proyecto tomaba cuerpo, ganar las Baleares, rodear España, pasar Gibraltar y cruzar las costas de Marruecos. Esta ilusión lo ayudaba a sobrellevar las molestias de los ojos...

Hemos visto como el hombre, que se dejaba llamar Bel-Ami es el hombre que ha llamado *Bel-Ami* a su primer barco auténtico, comprado con los derechos de la novela *Bel-Ami*. ¿El nombre del barco habría podido no ser más que una expresión de agradecimiento del escritor a su obra, como Zola llamaba a una de las alas de su domicilio de Médan, la torre Nana? El hecho de haber bautizado igualmente *Bel-Ami* a su segundo velero transformaba en constante lo que hubiese podido no ser más que un capricho.

En Cannes como en París, Maupassant siempre es Bel-Ami, el flamante remero de su juventud a la deriva.

2.

Batalla de flores – La carga del general – Tercer viaje a África – Allouma *– Cena con el Dr. Blanche – Mayo de 1889:* Fuerte como la muerte *– Las finanzas del novelista – Zola almuerza en la villa Stieldorff – Las arañas de Étretat.*

En Cannes, en mayo de 1888, Maupassant finalizaba *Fuerte como la muerte*. Aún no se había mudado y ocupaba con Laure, en la Villa Continentale, tres bellas habitaciones completamente soleadas. Como en Étretat y en Antibes, discutían de la obra en curso.

– ¡No me gusta tu final! – zanja Laure – ¡Ese accidente es demasiado forzado!

– ¡Pero sí, mamá! ¡Precisamente, el accidente! ¡Gratuito! Imprevisto.

– ¡No lo creo así! ¡No me gusta!

– ¡El azar, mamá, la ciega fatalidad! ¡Pero veamos, ese es precisamente todo el sentido del libro!

Guy se encuentra en un periodo de euforia. Incluso participa en una batalla de flores en la Croisette. *A lo largo del bulevar de la Fonciere, una doble fila de equipos enguirnaldados va y viene como una cinta sin fin. De unos a otros se arrojan flores. Pasan en el aire como balas, van a golpear en los frescos rostros, revolotean y caen en el polvo, donde un ejército de pilluelos las pisotean* (...) *En los coches, se llaman, se reconocen, se disparan con rosas* (...)

Lo evoca otra descripción de un episodio del carnaval, de Marie Bashkirtseff, no menos conseguido: «Batalla de flores en el Paseo de los Ingleses. ¡Es muy bonita y divertida! Se va allí con ropa sencilla. Yo soy tan bella que puedo estarlo y tal vez más... y estoy radiante de poderme mostrar después de que se me haya dicho que estoy tan enferma... (...) Nos ponemos unos hábitos con capucha, completamente negros, tomando un landau, recorremos el desfile. (Así vestidos), tenemos un éxito un tanto triste y, como no nos movemos, rígidos y sombríos, la gente exclama: ¡Muertos!¡Muertos!»

Por la Cuesta de los tísicos, la Muerte acecha bajo los disfraces más inesperados.

Esos claros son breves. Esa misma primavera, Maupassant regresa una noche y pregunta a François por qué su madre no está allí. A Tassart no le gusta ver a su señor impaciente. Apenas Laure ha llegado, Guy comienza a contar:

– *¡Ah! por fin estás aquí. ¡Hoy he tenido una buena jornada! He encontrado al general A. Hemos caminado juntos por la Croisette... Me ha contado su última carga de 1870, a la cabeza de su escuadrón. ¡Me lo ha dicho, mamá! «Sabemos que todo estaba perdido.» ¡Todos lo sabían! Cargaron por salvaguardar el honor de las armas. El general estaba muy emocionado. Nada más oírle, me sentía estremecer... ¡Los tipos valientes, mamá, los tipos valientes! Estamos en la Reserva. ¿Has visto la puesta de sol?*

– Muy bella, Guy.

– *El golfo parecía un gran lago de sangre*.

– Sí, mi pequeño, sí.

Hace diecisiete años que la guerra ha terminado. ¡Para su hijo, es como si hubiese acabado la víspera! ¡Cómo se parecían Hervé y él! Hervé que va cada vez está peor, incluso da miedo. En tanto que Guy exclama, exaltado, dirigiéndose al doméstico:

– ¿Estamos de acuerdo, eh, François? *Estoy siempre movilizable. ¡Cuento con usted!* ¡No hago la guerra sin usted!

– ¡El señor sabe que puede contar conmigo!

Extraño hombre, conmocionado por un relato del general, él, que tanto los desprecia (salvo a Napoleón), él, que ha escrito: *El patriotismo, ese es el huevo de las guerras*[1].

Los ojos le molestan. Tras una cura en Aix-les-Bains, en octubre de 1888, en la Casa Varicourt, a dónde ha huido de *la horrible Siberia* de Étretat, una vez más, Maupassant abandona Francia, el 20 de octubre, para su tercera estancia en África.

Escribe desde Argel, el 21 de noviembre de 1888 a Geneviève Straus: *Tengo sobre todo dolor de cabeza, de modo que paseo mis neuralgias al sol, pues tenemos sol, el auténtico,*

[1] *Mi tío Sosthène.*

el calor del sol de África. Camino por las calles árabes hasta las once de la noche sin chaqueta y sin un escalofrío, lo que prueba que las noches son tan calurosas como los días, pero la influencia del Sahara es muy irritante, muy enervante. No se duerme, uno se estremece, se agita, los nervios están de punta.

Se pasea, envía notas a las mujeres del continente, persigue a las argelinas y sueña con su barco. Hace falta que todo esté dispuesto el año que viene para el crucero marroquí. ¡Eso le apasiona casi más que el viaje en curso! Ha dejado instrucciones precisas a Bernard, pero hace supervisar su ejecución a su amigo el capitán Muterse, a quién le escribe ampliamente y en particular, el 4 de diciembre, desde Túnez. ¡Es un escándalo! El personal del astillero le había presupuestado el rematado en cobre del *Bel-Ami*, en ochocientos francos. Ahora le piden dos mil. Sin embargo, él sabe lo que esta excitación tiene de frágil. *Esto me irrita tanto o más ya que no sé incluso si me serviré de ese barco, pues los médicos me ordenan evitar el mar, con tal unanimidad que acabarán por imponerme su opinión.*

Pronto dará nuevas instrucciones a Maurice Muterse[1].

Por los trabajos a realizar en el «Zingara», quiero seguir completamente sus consejos. Le ruego entonces tenga a bien decir a Ardouin que haga una base del pie del mástil en cadena. Puesto que usted tiene la gentileza de seguir un poco la marcha de los trabajos, le pido que haga a Bernard las siguientes recomendaciones. Va a recibir una cola marina de la que deberá comparar la calidad con la de la muestra que le envío hoy, pues la casa de venta es sospechosa de confundir las calidades. Para utilizar esta cola no deberá nunca embadurnar sus herramientas de grasa, sino con aceite de nafta, o, a falta de este aceite, con petróleo.

Deberá vigilar con un cuidado extremo que la llama de la espita con la que caliente la cola no se comunique JAMÁS incluso ni DURANTE UN SEGUNDO con esta cola que estaría entonces absolutamente perdida, y ya no podría ser empleada (...)

¡Jamás Guy ha tenido con una amante unos cuidados tan exquisitos! Sin embargo, la desconfianza y la irritabilidad

[1] 9 de marzo de 1889.

caminan juntas; se vuelve un quisquilloso; después de los responsables del astillero, sospecha del vendedor, casi de Bernard, y hace vigilar al constructor Ardouin y a los marinos por su paciente corresponsal.

¿Fue durante este invierno cuando Maupassant conoció a *Allouma*? Dará de esta hermosa árabe un retrato que parece no estar enteramente hecho de elegancia, no obstante soberbio durante *las hermanas Rondoli*. Según la fecha, 10-15 de febrero de 1889, *Allouma* debió ser escrita *in situ*. Uno no olvida a esa hija del Sur, que Mohammed, el criado del narrador, puso en la cama de su señor, *una muchacha de rostro de ídolo, que parecía esperarme tranquilamente, adornada con todas las chucherías de plata que las mujeres del Sur llevan en las piernas, en los brazos, en la garganta y hasta sobre el vientre. Sus ojos, agrandados por el khol, se fijaban en mí con insistencia, y cuatro pequeños signos azules, delicadamente tatuados sobre la carne, estrellaban su frente, sus mejillas y su mentón.*

Árabe, Allouma no es menos que la mujer, es la mujer eterna. *Sus ojos, encendidos por el deseo de seducir, por esa necesidad de vencer al hombre, que hace que la impura mirada de las mujeres sea tan fascinadora como la de los felinos, me llamaban me llamaban, me encadenaban* (...) *Fue aquélla una lucha corta, sin palabras, violenta, entre las pupilas solamente, la eterna lucha en que forcejean los dos brutos humanos, el macho y la hembra, y en la cual el macho es siempre vencido.*

El narrador es feliz con Allouma hasta que la salvaje es llamada por el viento del Sur. Él tolera una primera fuga. Y luego, llamándola la raza con más fuerza, Allouma huye con el pastor, *una especie de beduino, alto, en quien el color de los miembros desnudos se confundía con el de sus harapos; un tipo de bruto bárbaro, de pronunciados pómulos, nariz encorvada, barba saliente y secas piernas; un alto esqueleto vestido de harapos y con traidores ojos de chacal.*

Esta novedad, donde los celos sexuales han despertado las pasiones primitivas, variación sobre el tema de moda de la amante de color, *Lakmé* o *Madame Chrysanthème*, incluso la *Châli* del propio Guy, está marcada por el mismo racismo

inocente, pero sobre todo es de importancia porque en este fácil relato se encuentra la cita profética, resumido en cuatro líneas, de todo el pensamiento de Maupassant en lo relativo a la aventura colonial: *Tal vez nunca un pueblo conquistado a viva fuerza supo sustraerse tan por completo a la dominación real, a la influencia moral y a la investigación encarnizada, pero inútil, del vencedor.*

El 6 de marzo de 1889, Goncourt anotaba en su diario: «Maupassant, de regreso de su excursión por África, y cenando con la princesa,[1] declara que está en perfecto estado de salud. En efecto, está animado, vivo, locuaz, y bajo la delgadez de su figura y el reflejo moreno debido al viaje, menos común de aspecto que de ordinario.»

Tuvo en efecto una mejoría. «De sus ojos, de su vista, no se queja y dice que no le gustan más que las regiones soleadas, que no tiene nunca bastante calor, que se ha encontrado en otro viaje, en el Sahara, en el mes de agosto, y pese a que hacía 53 grados a la sombra, no sufría por ese calor...»

Sin embargo, en esa cena, se encontraba un viejo caballero de cabellos blancos, con quién Maupassant tuvo una amplia conversación privada respecto de Hervé. Ese caballero le contaba como la residencia de salud que dirigía en Passy, 17, calle Berton, había sido puesta en venta hacia 1850, y comprada «por un bocado de pan», por su asociado, el Dr. Meuriot. Este hombre austero y dulce, desarmado ante los problemas prácticos, tenía su oficio por un sacerdocio, y a menudo decía a su hijo, el enamorado transido de la Potocka: «Un alienista no forma parte del mundo.»

El Dr. Blanche pronto se convertiría en el único depositario del destino de Bel-Ami.

Anunciado en el número del 1 de diciembre de 1888 de la *Revue Illustrée* bajo el título de *Viejos-Jóvenes*, *Fuerte como la Muerte* aparecía en folletín el 15 de mayo de 1889. Puesta a la venta por la editorial Ollendorf a finales de mes, ésta ascendía a treinta y cinco mil ejemplares antes de finales de año.

[1] Mathilde.

Maupassant estaba aliviado, ya que ese libro le había dado mucho más trabajo que *Pierre y Jean*. *Preparo mi novela completamente relajado y la encuentro muy difícil,* decía una año antes*, debido a los numerosos matices que necesita, así como sugerir cosas sin decirlas. No será larga, además, y debe pasar ante los ojos como una visión de la vida terrible, tierna y desesperada*[1].

Otras razones se hacían evidentes a esta lentitud*:*

Me pregunto si no estaré enfermo, tanto que me disgusta lo que hacía desde hace tiempo con un cierto placer. Este esfuerzo inútil hacia el trabajo es exasperante. ¿Qué es eso? ¿Fatiga de la vista o del cerebro? ¿Agotamiento de la facultad artística o curvatura del nervio óptico?

Los ojos le molestan*.*

Olivier Bertin es un pintor. Se ha visto que, más íntimamente que Zola, Maupassant conocía la pintura. Sin embargo, su Olivier Bertin no nos interesa de igual modo que el Claude Lantier de *La Obra*, y menos aún que el Frenhofer de *la Obra Maestra desconocida* de Balzac. Estamos demasiado lejos de la apuesta dramática del pintor, encerrar la verdadera vida en las dos dimensiones de una tela, como Balzac y Zola han tratado de manera conmovedora. El más falso academicismo colorea esta figura de fabricante de gratén, que, en el retrato de la hermosa Sra. Guilleroy, quiere fijar *un no sé qué inexpresable que casi nunca un pintor desvela, ese reflejo, ese misterio, esta fisonomía del alma que pasa, inaccesible, sobre los rostros.* ¡Uno puede imaginarse las risas sarcásticas de Degas o de Cézanne!

He aquí la función que el novelista concede a este honorable fabricante de tela oleosa, célebre de repente por una *Cleopatra*, en 1868. (¡Cinco años después del Salón de los Rechazados!) ¿Su método? Va a sustituir a Henri Regnault (Un españolizante teatral). Está clasificado en 1872, con su *Yocasta*, entre los atrevidos, aunque su ejecución sabiamente original fue del gusto incluso de los académicos. En fin, pintor querido de las parisinas y parisinos. ¡Tal es el PINTOR a los ojos de aquél que sin embargo ha comprendido a Manet, Monet, Courbet!

[1] 2 de mayo de 1888.

Este Olivier Bertin, enamorado de la Sra. Guilleroy, ha conseguido hacerla posar. En él, la pasión se desencadena. Y luego, la hija de la Sra. Guilleroy crece. Olivier es, una vez más, Maupassant, aterrado por la desaparición progresiva de la belleza, a quién ningún amor del corazón viene a traer el consuelo de dos seres que envejecen juntos. El Maupassant de «la más amada» entreve a veces este universo del amor, pero como un mundo prohibido, lo confía a Léon Fontaine el 13 de mayo de 1889, paralelamente a la aparición de la novela: *Mi actitud hacia la vida sentimental ha acabado por poder más que mi corazón. Asustado por mi cinismo, ha acabado por callarse. Se ha retirado tan lejos, al fondo de mi mismo, que la más bella promesa no conseguirá domarlo.*

Y se entrega a una hija de la calle, a una burguesa descarriada, a una extrajera que se aburre o a una condesa.

François Tassart mide el éxito de *Fuerte como la Muerte* en función del recrudecimiento de las visitas de sus peligrosas admiradoras. El éxito es más fuerte que nunca. Una sociedad consiente esta evolución y lo aplaude. Naturalmente, este éxito impele al novelista a renegar. De hecho, *Fuerte como la Muerte*, sería bueno enviarla a los graneros donde duermen los Octave Feuillet y los Georges Ohnet, si bien, más allá de todos esos tics de época, Maupassant había tratado en esta obra magistralmente uno de su temas mayores, la muerte. Asombrosa pirueta, solo la muerte salva a esta novela de la decrepitud.

Es este aspecto el que Jules Lamaître, que no ve lo que envejecerá mal porque se baña en el mismo MUNDO que Maupassant y Bourget, admira sin reservas: «Maupassant mira tan bien que no puedo dudar de la autenticidad de su libro (el cual lleva en si mismo el testimonio de esta verdad) y, habiéndolo leído hace tres semanas, todavía tengo el corazón encogido y pienso en él.»

Esta publicación nos ha valido una apasionante carta que pertenece a Maurice Druon.

¿La creciente fortuna, el aumento de ingresos, la continuidad de los éxitos, no habrían debido suavizar la aspereza del escritor en sus relaciones de negocios? Al contrario,

Maupassant se vuelve feroz. Agresivo, rácano, normando en el sentido más caricaturista del término, escribe precisamente al director del periódico que acaba de publicar *Fuerte como la Muerte* en folletín, *La Revue Illustrée*:

Como ya le he manifestado, su línea no tiene, proporcionalmente a la del Figaro o a la del Gil Blas, la longitud que usted me había indicado. Aquí están las cifras que se me proporcionaron, y que he verificado además yo mismo.

La línea de la Revue Illustrée está formada por 75 letras.

La del folletín del Figaro por 32 letras más una ligera fracción. La del folletín del Gil Blas por 33 letras más una fracción.

La media entre estos dos periódicos es de 33. Multiplicando por 2, obtenemos 66 letras, es decir 9 letras menos que su línea.

Ahora bien, cobrando 1 franco, por 33 letras, cobraría 0,50 por 16 letras y medio y cobraría 0,25 por 8 letras y un cuarto.

Por las 9 letras que su línea tiene de más en dos líneas del periódico, debería entonces cobrar 25 c. más una fracción, redondeando, 0,26. Resulta entonces que usted me debe 2 fr 25 por línea de la Revue, según los términos de nuestro contrato, y no 2 francos. He hecho contar las líneas sobre las placas y no en la revista para evitar la dificultad creada por los grabados.

Tenemos, de una parte, plegando la hoja en dos, 6150 medias líneas para la primera mitad de las hojas y 4708 para la segunda mitad.

Sumando, obtengo 10858 medias líneas, o sea 5429 líneas a 2 fr. 25, lo que resulta una cifra de 12315 fr.

He cobrado 5500 fr.

Me debe usted entonces 6815 fr.

Crea, querido Señor, en mis sentimientos más cordiales.

El siglo XIX pagaba a sus escritores por línea. No hacía mucho tiempo que Villemessant, el atronador director de *L'Evenement*, amenazaba a Alexandre Dumas con no pagarle más que la mitad de la tarifa por toda línea cuyo texto no sobrepase la mitad del espacio, porque Dumas dialogaba así:

«–¡Ah! ¡Es usted!

– ¡Yo soy!
– Lo esperaba.
– Aquí estoy.
Etc.»

En el fondo Maupassant tenía razón. Las administraciones de los periódicos no dejaban de pasar las ocasiones de «racanear» en las líneas de los autores. De todos modos, la reacción de un profano atónito por esta «carta de escritor» no es del todo sorprendente. Aparecía allí el mismo hombre que comenzaba a desconfiar de todos, editores, colegas, contratistas de trabajos náuticos o propietarios de sus innumerables domicilios. En la frialdad del tono, la extrema minuciosidad en el descuento, en esta miopía de contable forzado, más allá de la aspereza de un hombre, por otra parte tan generoso, se inscribían nuevas pruebas de una irritabilidad que se estaba volviendo francamente inquietante.

En mayo de 1899, Guy alquilaba en Triel una casa para pasar allí una parte del verano, la villa Stieldorff, lo que quiere decir pueblo tranquilo. Persiguiendo ese movimiento hacia el Oeste de los remeros que se han visto partir de Aspergópolis, Guy había hecho transportar sus yolas a Poissy. Adiós, Alphonse Fournaise, *gran almirante de Chatou*. Los barcos eran a partir de ahora guardados en las casas de los propietarios del Esturgeon, no lejos de la pretenciosa casa del Miguel Ángel de la pintura al confeti, Meissonier.

La villa Stieldorff se erige en el extremo del pueblo, cerca de Vaux, sobre el camino del embarcadero. Los primeros días, Guy se entusiasma con ese *sueño de casa. Al pie de una colina está construida sobre una terraza que domina el Sena. Veo desde todas mis ventanas veinte kilómetros de río, de cerros boscosos y de verdor. Tengo un jardín lleno de rosas y de fresas lo que esparce en el aire unas fragancias de perfume al mismo tiempo que caricias y apetito. Trabajo y reviso allí dentro. Tengo una cuerda anudada colgada de la luna, cuando hay, y escalo allí todavía un poco, menos ágilmente que otras veces,*

pero escalo. Me baño y corro en los bosques con una alegría de animal y he olvidado completamente esa gran puta Exposición.[1]

Cuando se dirige a Triel por tren, Guy pasa ante la casa de Zola, en Médan, y mira si las ventanas del gran gabinete de trabajo están abiertas. El 20 de junio, invita a Zola a almorzar. El sirviente estima la conversación banal: «A cada instante, al igual que dos gatos que se espían, los dos grandes novelistas se echan un vistazo, luego rápidamente bajan los ojos sobre sus platos... Ese no es desde luego el estilo de mi señor, siempre tan franco y jovial. Finalmente el hielo no acaba rompiéndose.»

Si François sabía a su señor preocupado, ignoraba que Zola tenía las más graves preocupaciones sentimentales. El maestro de Médan, tan goloso, acorta la excelente comida y parte en bicicleta para Cheverchemont, donde lo espera Jeanne Rozerot.

Una vez que Zola parte, Guy hace visitar las cuevas donde se cultivan los champiñones a Hector Pessard, un colega del *Gaulois*. Regresa hacia las cuatro, toma su té y dice:

– A este Zola lo considero como un gran escritor, un valor literario considerable...

Se detiene, la frente arrugada. Para Zola siempre tiene el mayor de los cumplidos: *Mi querido Maestro y Amigo*, pero con dos mayúsculas. Desde la cena en el restaurante Trapp, sus sentimientos no han hecho más que acusarse. Cada vez le gusta menos. El tiempo no ha aproximado los desacuerdos fundamentales. No se entienden más sobre el naturalismo que sobre la misma concepción del mundo, sobre la moral que sobre la política. Dos años antes, casi han tenido una disputa con respecto a los alemanes. Maupassant reprochaba a Zola un internacionalismo humanitario, Zola a Maupassant un patriotismo estrecho. Y si no le gustaban las ideas de Zola, Guy detestaba todavía más la inflexibilidad del colega, su tranquila certitud de estar en posesión de la razón, su amor absoluto por la justicia. Suspira y termina la frase interrumpida:

– ... ¡Pero personalmente no me gusta!

– ¡Qué razón tiene el señor!– exclama François que, por solidaridad profesional, no perdonó nunca al invitado de ese día

[1] Carta a Jean Bourdeau, publicada por Henriette Bourdeau-Petit, *Mercure de France*, agosto de 1958.

las insensateces que había puesto en boca de los sirvientes en el patio de *Pot-Bouille.*

Guy no responde. Va a escribir a su padre. Siempre Hervé...

Apenas ha transcurrido una semana en Triel cuando Guy tiene frío de nuevo. Una tabla mojada le cae sobre los hombros. Además, se ve sin cesar comprometido a atender a los amigos que llegan en «yacht de vapor». Un sueño se frustra, el de regresar a las aguas dulces, y una vez más, el del dinero echado a perder. Pronto, la máquina de las ilusiones regresa: *Voy a deambular por Córcega un poco, luego sobre la Costa italiana, de puerto en puerto, hasta Nápoles* (...) *Este tipo de desenfreno es todavía el que prefiero*[1].

Pasa de entrada por Étretat. Por la mañana, trabaja allí sobre su próxima novela, *Nuestro Corazón*. Por la tarde, juega al tenis, practica el tiro a pistola. Al anochecer, con dos amigos, representa comedias o proyecta sombras chinescas. Ve a Hermine y comprueba como crece el pequeño Pierre. Pero ya ha perdido la gracia normanda. ¡Llueve demasiado! Inquieto, descontento consigo mismo, con la cabeza dolorida, al acecho de la tragedia de Antibes, siente a flor piel *esa impotencia de equivocarse y de equivocarle* que presta a Michèle, su heroína.

Una mañana de ese febril verano de 1889, irrumpe en la cocina de La Guillette, donde Tassart prepara el desayuno.

– *François...*

–¿Señor?

François lo advierte, desde la entrada, alterado, con los ojos brillantes.

– *Le ruego que preste atención y cierre todas las ventanas de la casa antes de que anochezca... Esta noche apenas he dormido. He examinado las camas de todas las habitaciones y había arañas en todas. Experimento por esos animales una gran repulsión. No puedo explicarme la razón, pero me horrorizan.*

La mirada del escritor permanece desesperadamente fija, estancada en esa máscara etrusca.

[1] Al Dr Henry Cazalis. Enviará casi la misma carta a Hermine. 2 de agosto de 1889. Colección Mary Lecomte du Noüy.

– Esos asquerosos bichos suben por los balcones y llegan a las ventanas. ¿Comprende, François?

– Sí, señor.

– Cierre bien antes del anochecer, se lo ruego.

El tono se ha suavizado en las últimas palabras.

– Sí, señor. Tendré mucho cuidado.

Cazan juntos las arañas y las matan. Lo inquietante es la importancia desmesurada concedida a este banal acontecimiento. Sano cuando escribe, cuando sueña o cuando actúa, el *Mauvais Passant* va por el mismo camino que su hermano, cuya razón se ensombrece lentamente en Antibes.

3.

La agonía de Hervé – Nuevo presupuesto de Maupassant en 1889 – El abanico de la Potocka – La última fiesta de La Guillette – Las sandías de Génova – La sombra de Shelley – 13 de noviembre de 1889: la muerte de Hervé – El Doppelgänger – La cuenta atrás.

En fecha no precisada, Guy escribía desde Cannes a su padre, entonces en París: *Recibiendo esta carta, puedes tomar un coche y acercarte a la Ville-Évrard.*

Mostrarás[1] *al Director de la Residencia de Salud esta carta del doctor Blanche, diciéndole que espero llevarle a mi hermano el miércoles por la mañana.*

El doctor Blanche me ha dicho que el precio asciende a 250 francos al mes para la segunda clase. Pregunta si esta información es correcta, y di al director que me veo obligado a conformarme con la segunda clase[2]*, mi hermano, su mujer y su hija se encuentran completamente a mi cargo.*

Telegrafíame sencillamente esa mañana «gestión hecha, está aclarado».

Perdóname el no escribirte más ampliamente. Estaré en París el miércoles. He conducido ayer a Hervé a un asilo de alienados de Montpellier lleno de locos sórdidos y horribles. Iré a recogerlo allí mañana[3]*...* La cabeza de Hervé *se extravía completamente. Ayer, se ha puesto a serrar madera en medio de la cena; y no ha parado hasta que estaba muerto de cansancio – mi madre lo ha ignorado*[4].

Desde finales de 1888, Guy sabe que no podrá ser evitado el internamiento, Hace alusión a ello a su amigo Straus: *El estado*

[1] *Remitirás* está tachado en el texto y sustituido por *mostrarás*.

[2] Índice 3: 750 francos. Indice 4: 1000 francos.

[3] Colección Druon. El DR. Cénac-Thaly, de Ville-Evrard, ha hecho investigaciones sobre este probable paso de Hervé. Ni trazas de internamiento. Eso no fue sin duda más que una consulta.

[4] Carta a su padre no fechada. Colección Alfred Dupont.

de mi hermano me obliga a no abandonarlo, y teniendo en cuenta además que mi madre está absolutamente destrozada por la preocupación...

En el verano de 1889, Guy escribe a Léon Fontaine: *Mi hermano ha tenido una fiebre perniciosa que le ha afectado a las meninges, afecciones que persisten y que nos preocupan mucho.* A Octave Mirbeau, confía que *está con enfermos a los que ama y que no le dan mucha esperanza*. Pues también está preocupado por su madre.

Y luego, los delirios se precipitan. A principios de agosto de 1889, Guy avisa a su padre, desde Triel: *Estamos atravesando una crisis terrible. Es necesario confinar enseguida a Hervé en la residencia de Bron cerca de Lyon. Salgo para Cannes a mediados de la próxima semana, luego como mi alquiler de Triel acaba el uno de septiembre no valdrá la pena regresar. Pierdo el mes de agosto y me embarco en mi yate para tratar de encontrar un poco de descanso en las costas de Italia o de Córcega. Todo el dinero de mi novela se gasta y va a gastarse en la enfermedad de Hervé, y en mi madre. Los inquilinos de los Verguies no pagan; les hemos hecho embargar... Doy a Hervé una pensión que pagará completamente la residencia donde entrará en tratamiento. Aseguro a mi madre con que vivir... y aun es necesario que no deje morir a la muchacha y la niña*[1]*. Es verdaderamente duro trabajar como lo hago, extenuándome, pues no puedo más, renunciando a todas las satisfacciones que tendría el derecho de disfrutar, y de ver todo el dinero, que habría podido ahorrar por previsión, irse de este modo.*

No me encuentro demasiado bien además. He pensado mucho en Vichy, pero todos los médicos me lo desaconsejan unánimemente, pues tengo una atonía, una pereza, un debilitamiento del estómago y del intestino, y me haría falta pronto un agua muy fortalizadora y estimulante de esos órganos. Se me aconsejan varias ciudades alemanas o suizas. Hará frío. Me gusta más buscar el calor en el Sur[2]*...*

[1] Alusión a la esposa de Hervé de Maupassant y a Simone.

[2] Colección Alfred Dupont.

Acosado por todas partes, Maupassant se enfrenta a ello. Las dificultades monetarias no son las peores pero le irritan. Desde 1885, gana, por derechos de autor, remuneración de periódicos, reproducciones, traducciones, ingresos diversos, más de 40.000 francos anuales y eso ascenderá aproximadamente hasta los 120.000 anuales (entre unos 360 y 480.000 francos de hoy en día). Esas sumas son tanto más considerables en cuanto son netas, no existiendo el impuesto sobre la renta. Pero los gastos se van más rápido que los ingresos. Guy no exagera nada. Mantiene la mayor parte de los gastos de Laure que no es una mujer en contentarse con la pensión marital, y que, a pesar de vender Les Verguies, como se ha visto, trata de vender otra casa en Étretat, Los Rosales, por 40.000 francos (2 de marzo de 1886). Ayuda a Hervé primero en su instalación, luego en la enfermedad, y mantiene a su esposa y a la pequeña Simone, gasta con sus numerosas amantes, asume las cargas de Joséphine Litzelmann y de sus hijos, mantiene criados permanentes en Étretat y en Cannes. Alquila casas por caprichos, como esa villa Stieldorff, que no puede habitar. Se le ha visto comprar un nuevo barco. Los viajes con François le cuestan caros y algunas fantasías todavía más, como el globo.

Contrariado por el retraso de la publicación de *Pierre y Jean* por la editorial Ollendorf, escribía ya a Laure el año anterior: *mis finanzas no me permiten ninguna dispensa superflua. En cuanto a mí estoy seco y si no quiero verme obligado a pedir una plaza de bibliotecario* (piensa en su viejo compañero Robert Pinchon) *hace falta que no pierda tiempo pues no puedo hacer más periodismo.*

Los nubarrones se acumulan encima del torito triste. Hay un extraño paralelismo, como concertado, entre los fantasmas del *Horla*, la enfermedad de Hervé, y la progresión de las alucinaciones. El equilibrio se mantiene por el impulso adquirido, los viajes en barco, sus trabajos forzados de escritor. Ahora bien, la pluma comienza a traicionarlo. *Paso días dolorosamente mirando sobre una ruta blanca, la sombra de un mojón comprobando que no puedo describirla.*

La angustia sube en sus esclusas.

Se han encontrado, al hilo del relato, dos cartas de la colección Maurice Druon. Como éste había sabido por un artículo de André Billy, aparecido en *El Figaro*, que yo trabajaba sobre Maupassant, Maurice Druon, que tiene en su carácter como en su talento los mejores rasgos del escritor al qué ama con arrebato, me enviaba generosamente los elementos de los que disponía. Entre éstos, se encuentra otra carta desde Triel que detalla los entresijos cotidianos de esta tragedia.

Te pido perdón, querido padre, por no haberte escrito antes, pero me encuentro bastante mal, y, desde tu marcha no he tenido un día de reposo con todas las gestiones que he tenido que hacer para encontrar una nueva residencia para Hervé. No progresa; tiene unos accesos de violencia terribles, e instalado en Cannes, en casa de mi madre, pone en peligro la vida de las personas que lo rodean. He debido ver cantidades de médicos. Finalmente creo haber descubierto una residencia en unas condiciones razonables, cerca de Lyon, donde estará vigilado por el profesor Pierret, cuñado del célebre Bouchard.

Pero... ¿cuándo se decidirán las mujeres a dejarle o a hacerle encerrar? Eso es lo malo.

Esta oposición «de las mujeres» al internamiento, es decir de la esposa de Hervé de Maupassant y de Laure, la madre, es afectiva sin lugar a dudas, pero también, al menos en lo que concierne a Laure, un rechazo al «canto». Para ella, el internamiento suponía un escándalo. Y sin embargo, conocía la gravedad de la situación. En Cannes, Laure confiaba a su amiga, la mujer de letras Léon Sarty, detalles que desmentían formalmente las palabras que tendrá con Alexis tras la muerte de Guy. Hervé había intentado, en plena noche, estrangular a su esposa. «Fue por sorpresa que fue necesario conducirlo a la residencia presentada como la propiedad de un amigo. «Aproxímese a la ventana. Mire que bonita vista tendrá» se le dice. Hervé se aproxima sin desconfianza, mientras el médico hace señas a Guy para que se retire sin hacer ruido hacia la salida. Y, cuando el enfermo, volviéndose, quiere seguirlos, surgen dos atléticos enfermeros. Pero no pueden impedir que éste pase el brazo fuera de la puerta, y grite: «¡Ah! ¡Guy!

¡Miserable! ¡Me has hecho encerrar! ¡Eres tú quién está loco, me entiendes! ¡Tú eres el loco de la familia!»

¿Montepellier, Ville-Evrard, la casa de reposo del Dr. Blanche en Passy? En esta lotería de residencias, todas más o menos sórdidas en esta época, fue Bron donde fue confinado. Maupassant habló ampliamente con el profesor Pierret. En su enfermedad, incluso le consultó. El profesor lo tranquiliza. Guy da cuenta a su padre de que, una vez más, él se ha hecho cargo: *He encontrado a Hervé absolutamente loco, sin un atisbo de razón, y no nos dan muchas esperanzas de curación, lo qué mi madre ignora.*

Sobre este punto, Guy se equivocaba. Laure no ignoraba nada. Esos dos seres se protegen tanto como pueden. Laure miente a su hijo y Guy a su madre, para protegerse recíprocamente.

Las dos horas que he pasado con él en el asilo de Bron han sido terribles, pues me ha reconocido perfectamente, ha llorado, me ha abrazado cien veces, y quería partir divagando completamente.

Al regresar de esta visita, Guy se encierra en su habitación del hotel y escribe a Emmanuela.

Me ha desgarrado el corazón de tal modo que nunca he sufrido así. Cuando he tenido que marchar y se le ha impedido acompañarme a la estación, se puso a gemir de un modo tan doloroso que no he podido reprimir el llanto mirando a ese condenado a muerte que la naturaleza mató, que no volverá a ver a su madre, y no hará más que percibirme, a mí, dos o tres veces quizás. No es ya un hombre, es un niño que está solo, que no comprende por qué, pide a los suyos, y siente que hay en él alguna cosa espantosa e irreparable sin saber lo qué. Quedo aquí mañana para verlo todavía, se lo he prometido. ¡Ah, el pobre cuerpo humano, el pobre espíritu, que porquería, que horrible creación. Si yo creyese en el Dios de su religión, ¡qué horror sin límites me produciría!

Luego, refugiándose en lo frívolo, lo tierno, lo cortés, anuncia a la condesa el envío de un abanico antiguo, al dorso del qué escribe dos nuevos cuartetos para la Sirena:

Vous voulez des vers? – Eh bien non,	*¿Quiere usted unos versos? – Pues no,*
Je n'écrirair sur cette chose	*No escribiré sobre esta cosa*
Qui fait du vent, ni vers, ni prose;	*Que produce viento, ni versos, ni prosa;*
Je n'écrirai rien que mon nom;	*No escribré más que mi nombre;*
Pour qu'en vous éventant la face,	*Para que cuando se abanique la cara,*
Votre oeil le voit y que vous fasse	*Vuestros ojos lo vean y que la hagan,*
Sous le souffle frais et léger,	*Bajo el viento fresco y ligero,*
Penser à moi sans y songer.	*Pensar en mí sin querer.*

Estas pinceladas de color de rosa son frecuentes entre ellos, como en esta otra carta a la condesa, fechada el 14 de julio de 1889[1] que no aclara, ni en un sentido ni en otro, el cuento picante de la bella caprichosa de la isla Sainte-Marguerite: *Me he encontrado extremadamente comprometido, la otra tarde, subiendo la pendiente de Saint-Germain, cuando he encontrado en mi bolsillo su llave y su portamonedas. El primer pensamiento ha sido para la llave. Me he dicho: ¡Oh! Señor, esta llave! ¡Esta llave! ¡Esta llave!... Luego pensé que difícil era servirse* (...) *Luego... he obedecido a un golpe de fidelidad y honestidad: he tomado el tren para París* (...) *Mi primer proyecto ha sido comprar un manto del color de la muralla y esperarla en la sombra de una puerta enfrente de su casa. Lo rechacé por parecerme terriblemente peligroso. De entrada la puerta enfrente a la suya dejaba de nuevo en peligro su portamonedas y mi virtud* (una Casa Tellier, sin duda)*; luego, si algún policía la acecha, podía ser estirado y representar el ridículo papel de falso ladrón de favores; finalmente, usted podría tomarme por un policía y lanzarme a Nick a las pantorrillas. Ante todos los peligros que rodean su domicilio, me he decidido a llevar ambos objetos temibles a la calle de Monceau, - donde se me han reído en la nariz. Me he precipitado enseguida en la fiesta... nacional.*

Adiós, Señora, pongo a sus pies todos mis sentimientos exaltados de esposo honorífico - y de amigo verdadero...

[1] Vendida al hotel Drouot, el 27 de mayo de 1935, clasificada bajo el nº 49 y procedente de la colección E.D.

Un juez instruyendo un proceso de divorcio quedaría perplejo en la interpretación de este *esposo honorífico* y de esta simbólica historia de llaves. Sea como sea, las rosas del abanico no se mantendrán mucho tiempo contra los negros remolinos, ni algo más sincero, sentimiento verdadero exacerbado por la locura y la muerte que ruedan: *Jamás había sentido mi apego por usted tan vivo y vibrante. Jamás la había sentido tan amiga como ayer.*

¿Quiere usted escribirme tres palabras, Señora, esas tres palabras que usted logra a veces desarrollar en cuatro páginas?...

No sabremos nunca los límites de esta otra amistad amorosa. Y luego, de golpe, es el barco furiosamente arrojado contra el arrecife, la galantería rechazada con horror, el quisquilloso que gime: *Si mi hermano muere antes que mi madre, creo que me volveré loco yo mismo pensando en el sufrimiento de este ser. ¡Ah! la pobre mujer, ha sido abrumada, molida y martirizada sin descanso desde su matrimonio!*

En agosto, como se ha visto, Guy se reparte entre Triel y La Guillette. «Llegaron unos *yachts*, dirá Jean Lorrain, desde Deauville, que anclaron en la rada, entre la puerta de Aval y la puerta de Amont, mientras una princesa y una marquesa auténticas, y del más alegre tercer Imperio, descendían en bote a rendir visita al autor de *Bel-Ami*[1].» El 18, día de Santa Elena, el «*yacht* a vapor», el *Bull-Dog*, arroja el ancla. Los invitados comentados por Jean Lorraine desembarcan. Las chalupas llevan hasta las rocas de las playas damas escapadas de las pinturas de Boudin o de Constantin Guys. Marinos con pendientes de oro en las orejas llevan a dique seco a esos parisinos estornudando a causa del pachuli. Un cortejo alegre se dirige hacia La Guillette. En la orilla del Gran Valle (hoy subterráneo), unas mujeres enlutadas lavan la ropa. Al fondo del verdor, las banderas y los farolillos de color estallan, como en las acuarelas que pronto pintarán los hermanos Dufy.

Guy ha contratado unos músicos uniformados con blusa azul que tocan sobre unos toneles y planchas. Mazurkas, polkas

[1] *Le Journal*, 16 de agosto de 1898.

y valses se suceden. Un potente olor de malvavisco y gofre sale de las improvisadas barracas. Maupassant ha tomado a Hermine entre sus brazos y gira con ella al son del vals de las Rosas de Métra. En Étretat, ella es «la esposa honorífica».

En el prado normando, una Aïcha de fantasía lee los naipes[1]. Otra amiga, Blanche Roosevelt, atiende el buffet, dónde Hermine hace los honores echando a Guy una mirada donde la inquietud se mezcla todavía con la alegría de sentirle allí, y visiblemente feliz.

– *¡Vamos, vamos, bebed!*– dice el amo de la casa.

Se organiza una tómbola. Los ganadores, asombrados, se van cargados de conejos y gallos vivos.

Luego se produce la sorpresa anunciada por la fuerte voz del anfitrión. Los doscientos invitados se callan a lo largo de un paseo bajo los manzanos, ante un escenario bosquejado por Marius Michel que muestra, en trampantojo, a una mujer colgada por los pies, desnuda. Llega un sargento municipal. La observa, la toca, mira a su alrededor girando unos ojos terribles, agarra a la víctima por los cabellos, que parecen trenzas auténticas. Blande un cuchillo real que hunde en el vientre. La sangre mana. Sangre de conejo.

– *¡Perfecto! ¡Perfecto*! exclama Maupassant. *¡Muy bien, el asesinato!*

Ya lo decía en los ensayos:

– *¡Es una muy buena broma! Se pondrá un cartel. Prohibido aproximarse a las mujeres. Correrán todas.*

Los espectadores, al unísono, giraron la cabeza hacia un bosquecillo. Con bicornios, los gendarmes – el gordo F. y el escuálido Le Poittevin[2] – se precipitan sobre el asesino, expresando con mímica su desaprobación ante el uniforme que éste lleva, encerrándolo en una cabaña donde reza el cartel «Cárcel». Unas llamas salen casi enseguida. Hirsuto, el monstruo aparta las planchas ardientes y surge como un diablo de la caseta de madera y paja. Los bomberos de Étretat ahogan al sargento municipal asesino, a la mujer desnuda, a los gendarmes,

[1] La Sra. B.C. vestida de morisca. Relato de Camille Oudinot, la hermana de Hermine Lecomte du Noüy.

[2] Camille Oudinot.

y siempre bombeando, ¡dirigen sus mangueras hacia los invitados que retroceden desordenadamente!

Maupassant, entusiasmado con esta puesta en escena de un hecho reciente, «el odioso crimen de Montmartre o el sargento municipal asesino», ríe hasta el llanto.

Con la noche, llega la calma. Los íntimos suben a cenar a La Bicoque, en casa de Hermine. Un viejo caballero se sienta ante el piano y arranca unas melodías conmovedoras, especialmente un claro de luna que hace llorar a las damas. Se trata de Massenet, cuyo *Werther* apenas está seco. Maupassant, siempre en guardia contra las efusiones sentimentales, arroja unos céntimos en un plato de plata cada vez que el compositor se detiene.

Guy, con el rostro enrojecido por la luminosidad de los farolillos venecianos, acaba de dar la última fiesta de La Guillette.

En septiembre, a pesar del proyecto marroquí, Guy emprende el crucero italiano con el que soñaba desde hacía algunas semanas. Con las velas hinchadas, el *Bel-Ami* bordea graciosamente el cabo de Niza, pasa ante el cabo Ferrat, dobla a media milla la punta del Hospice. Desde el puente, Maupassant muestra Beaulileu, donde le gusta ver emerger de la tierra las lujosas villas blancas, la salvaje pequeña África, el nido de águila de Eze, wagneriano, su hermana la romana Turbie con el orgulloso monumento a Augusto. El viento es bueno y fresco, Después de la Cabeza de Perro y la roca de los Grimaldi, la mancha verde del cabo Martin engorda bajo Roquebrune. Como el poniente arrecia, Menton muestra pronto sus arcos y descubre la Punta de la Mortola.

El *Bel-Ami*, tras una escala en Port-Maurice, llega el día 12 a ver la Génova industrial de las hermanas Rondoli, la bella mugrienta del golfo, y allí se oculta en el tumulto variopinto del puerto chillón, completamente embadurnado de escarlata. *Sangrantes, de un rojo de muerte, cubriendo el barco entero de un color y, al primer golpe de vista de una emoción de crimen, de masacre, de carne despedazada, se exponen ante treinta marineros de rostros morenos, sesenta o cien trozos de sandías*

púrpuras destripadas. Se diría que esos alegres hombres comen a boca llena un animal sangrante como las fieras enjauladas.

El ojo del pintor es siempre vivo, pero la nariz es más susceptible. Desde los restos llega un olor a aceite rancio, jabón negro, sardinas. Apesta a barrica de arenques y a alquitrán: Fécamp, al ajo además. Maupassant no puede permanecer mucho tiempo en ese apestoso tropel. El gran pájaro blanco se aleja y gana Portofino y Santa-Margherita.

Esta costa desmenuzada es soberbia, entonces era paradisíaca. A Maupassant le gusta Santa-Margherita, la Ligurie, la tierra de Virgilio. *No hago gran cosa, el país es demasiado bonito, el sol demasiado claro, el aire demasiado dulce. Paseo.*

Al cabo de algunos días, regresa la lasitud. Hay que reconocer que los médicos tenían razón, la vida a bordo era demasiado dura. A pesar de las reprimendas de François, Raymond roncaba como el gigante Polifemo y Guy no podía dormir. Una vez más, acaba por alquilar un inmueble por un mes en Santa Margherita y desde allí, gana la Toscana por ferrocarril.

Llega a las diez de la noche a Pisa, Guy se acuesta, tras haber cenado té y unos pequeños bocados. Al día siguiente, muy temprano, un pintoresco cochero conducía al señor y al doméstico al emplazamiento donde lord Byron había hecho incinerar el cuerpo de Shelley. Ariel se había ahogado allí, con dos amigos, a los treinta años, en el golfo de la Spezzia, en 1822. El cuerpo del poeta no fue encontrado hasta diez días más tarde, horriblemente descompuesto. Shelley, que Mallarmé había hecho apreciar a Maupassant, formaba parte de su mitología, como romántico pero más todavía como enamorado del mar.

Sentencioso y plano, como de costumbre cuando hace hablar a su señor, François pone en su boca estas palabras:

– He oído decir que experimentaba una extraña alegría en desafiar la tormenta de este mar. Admito fácilmente que eso esté en el orden de las cosas, puesto que todo artista está siempre a la búsqueda de emociones y sensaciones nuevas.

Ese era el pensamiento simplificado de Guy, pero no era su tono. Habla mucho. De Swinburne y del ahogamiento frustrado de Étretat, Swinburne, del que cita (nueva confirmación hecha por Bachelard): «Nunca he podido estar en el agua sin desearlo»,

del hindú incinerado – como Shelley – y de los Goncourt que habían dicho que el agua de Arno era como el café con leche.

Maupassant quería ver todo, el bucle del Arno, Marina, el Campo Santo, conmovedor cementerio que François estima descuidado. Enamorado de Italia, Guy identificaba la soberbia ciudad con la Venus de los Oficios, opulenta y enigmática belleza de Tiziano, cuyos personajes en segundo plano, una muchachita de blanco arrodillada y una bella matrona que se recoge la manga, evocan las escenas pompeyanas de la Villa de los Misterios y su sadismo latente. *Florencia* (...) *me atrae aun casi sensualmente por esa imagen de mujer tumbada* (...) *con gesto impúdico, desnuda y rubia, despierta y tranquila* (...) *Esta raza sin fallos no ha dejado nada de inferior.*

Y de nuevo, sin advertencia, Maupassant es tomado por los talones, y torturado. *He tenido unas hemorragias terribles* (en el vientre) *con 39 de fiebre, durante seis días en Florencia*[1]. Sentía unas cicatrices mas cerradas en el abdomen, abollado como un saco de manzanas. El 27 de septiembre, se quejaba a Hermine: *Tengo el cerebro y el estómago en un estado que me provoca una imposibilidad de trabajar casi absoluta*[2].

LOS OJOS LE MOLESTAN. Intenta tanto como puede aferrarse a su proyecto. Las migrañas se multiplican, teniendo que renunciar. Los marinos conducen el gran pájaro blanco al puerto de atraque. Guy llega a Cannes el 31 de octubre por tren. Su madre ahogada en lágrimas lo estrecha en sus brazos.

El 13 de noviembre de 1898, un mes más tarde, en Lyon, Hervé muere a los treinta y tres años, tras una atroz agonía. Al año siguiente, acompañado de François, Guy regresará en peregrinaje a Bron, a la tumba tallada en la piedra de Villebois, que imita el mármol negro, naturalmente erigida a sus expensas.

– *Esta tumba es la que convenía*, dice práctico. *Es redondeada. La lluvia la limpiará.*

Queda inmóvil largo rato, con los ojos vacíos de mirada.

– Señor se hace daño...

[1] Carta al Dr. Georges Daremberg.

[2] Colleción Mary Lecomte du Noüy.

– ¿Eh? Ah, es usted Françóis... *Mire allá abajo, el Ródano... ¡Es bonito!* He visto morir a Hervé. Me esperaba. No quería morir sin mi. *«¡Mi Guy! ¡Mi Guy!» tenía la misma voz que en los Verguies cuando era niño y me llamaba en el jardín... François, me tomó la mano...*

Destrozado, Guy sollozaba.

Se acabó la tranquilidad. Al malestar de los ojos, se añaden esos trastornos orgánicos, de algún modo corrientes, comunes, que acaban por derribarlo en Florencia. Las angustias ante los espejos datan de 1882-1883. Se repiten. En 1889, han aparecido las grandes angustias y las alucinaciones se han multiplicado.

Al igual que su barco, Guy se sume en la ciclotimia de los vientos que giran como una rueda, a medida que pasan el día y las estaciones. La velocidad de esta ciclotimia crece, como un trompo fustigado. En el tempo largo de su vida, el ritmo de las partidas se vuelve bimensual. En el interior de este movimiento de gran marejadilla, en el marco incluso de la jornadas, la velocidad profunda se acelera también, haciendo contrastar más duramente por los más próximos y por él mismo los instantes de euforia bufa con los periodos de depresión siempre más frecuentes y más hondos.

Cuando escribía *Nuestro Corazón*, en 1889, Maupassant había tenido una gran alucinación y la había contado esa misma noche[1]. Anotada de inmediato, hela aquí en toda su frescura. El escritor está en su mesa de trabajo. La puerta se abre. Él se vuelve, ES ÉL MISMO QUIÉN ENTRA. Ese Maupassant viene a sentarse ante Maupassant, y toma la cabeza en sus manos. Guy mira al *otro* con horror. Sin dejar de apoyar su cabeza en las manos, el doble comienza a dictar. Y Maupassant escribe. Cuando levanta la cabeza, el doble ha desaparecido.

Habiendo confirmado este relato otros testigos, uno no puede estar más sorprendido de encontrar, en el dossier Gisèle d'Estoc, como pronto veremos, esta versión mucho más detallada: «Una noche, en Sartrouville. Mi amante está tendido sobre la cama, inmóvil... ¿Duerme? De pronto, oigo su voz sorda, sacudida, que sale con violencia: *Ya van tres veces que*

[1] Episodio paralelo al de la jarra de *El Horla*.

viene a detenerme en pleno trabajo. De entrada hay un rostro borroso e indiferente como se ve en los sueños, un rostro semejante al reflejo de un retrato en un espejo. Esta vez, no me habla. En su segunda visita, ese fantasma, que se me parece más que un hermano, se me ha aparecido mucho más real. Realmente ha caminado en mi despacho, he oído sus pasos. Luego, se ha sentado en un sillón, con gestos sencillos, naturales, y como si estuviese en su casa: tras su marcha, he comprobado perfectamente que había desordenado mis libros... No fue hasta su tercera visita cuando por fin pude captar el auténtico pensamiento de mi «doble». Está furioso con mi presencia. Me odia y me desprecia, y ¿sabes por qué? Pues bien, porque pretende que él solo es el autor de mis libros. Y me acusa de robarle.

Entre bastidores, el Doppelgänger se impacienta.

En otoño de 1889, Baude de Maurceley, el confidente de la intriga con Moussia, encuentra a Maupassant en el bulevar Haussmann, ante la capilla expiatoria, en frac, corbata blanca, sombrero de seda, cuello en pelliza gris ligeramente elevado. Guy gesticula, increpando a unos personajes imaginarios. Sorprendido, explica que sale de casa de un escultor de manos enormes, que realiza objetos minúsculos y frágiles. (Ese escultor era Rodin, del que pone precisamente en escena las manos *enormes* en *Nuestro Corazón*.)

Maupassant, excitado, hablando en tono elevado, continúa:

– ¡De un minúsculo, de un frágil! No puedo impedir ver esas manos... ¡Enormes! ¡Enormes! ¡Enormes!

– Deberías cenar conmigo – dice Baude suavemente.

– No. No cenaré esta noche antes de las nueve.

– ¿Qué vas a hacer hasta entonces?

– Me pasearé esperando a que se me abra el apetito.

Baude lo deja, preocupado.

Sobre ese mismo bulevar, Tancrède Martel lo encuentra de nuevo, como ese día de 1883 en el que han charlado de *Manon Lescaut* con Armand Silvestre. Tancrède Martel esta vez está en compañía de Paul Arène, guapo escritor provenzal desconocido, a quién Alphonse Daudet debe mucho más de lo que dicen los

manuales de literatura. Al igual que Baude, Tancrède Martel queda sorprendido por la delgadez exagerada del rostro y por la expresión inquieta. «Su tez tostada, su bigote recortado, su paso lento, desabrido, le daban el aspecto de un colono fatigado por una larga estancia bajo el sol, o abusando de los estupefacientes. Su desdén por los paseantes se percibía en sus miradas.» Le ve con los mismos ojos que Goncourt unos meses atrás, y ese detalle del «bigote recortado» toma una dramática significación.

– *Entremos un instante en el Napolitain,* dice Guy. *¡No! ¡No! No en la terraza.*

Pide un vino quinado y echa pestes.

– *¡Malo! ¡Todo es malo! ¡En Argel! ¡En Niza! ¡En Córcega! ¡En Nápoles! ¡Nada hay más auténtico que la trucha salmonada y el vino de Saint-Laurent-du-Var!*

– En resumen, dice Paul Arène, usted vive bien en Antibes: ¡almejas, erizos, salmonetes, aceitunas y demás!

El tema interesaba naturalmente a Paul Arène, antibés.

– *Sí, se vive mejor allí que en París.*

Guy se vuelve hacia Tancrède Martel.

– *¿Tiene usted el Gil Blas de anteayer?*

– ¡Desde luego! Todo lo que viene de usted me interesa y me entusiasma.

– *He tomado su nombre y me he servido de él para crear un auténtico nombre de familia*.

Guy, con motivo de *las hermanas Rondoli*, confesaba no tener el genio de los nombres; eso lo irritaba como demuestra la alusión a Balzac. En *La Prueba*, había llamado a su héroe Tancret.

–*¡Tancret, ese no está en el Boletín, ni por asomo! ¡Nunca un francés se llamó Tancret desde que Francia existe!*

– Perdón, maestro y amigo.

– ¿Perdón de qué?

– ¡Pues bien! Su Tancret ha vivido en realidad bajo Luís XIV y bajo el nombre que lleva en su cuento.

– ¿La prueba?

– El llamado Tancret era el médico del duque de Chartres, futuro Regente, en agosto de 1687.

– ¿Está usted seguro?

– Una carta de Racine a Boileau habla de él...

Maupassant mira fijamente a Tancrède Martel. Su rostro ha enrojecido. Se levanta tropezando con las mesas.

Ese retorno a una escena ya desarrollada seis años antes, esos saltos violentos de humor, esas súbitas huidas, esos escándalos en casa de la princesa Mathilde o en otros lugares, y más aún la entrada en escena renovada del *Doble*, que las leyendas germánicas consideran como un signo de muerte próxima, de ese Doppelgänger que Guy llama él mismo por su nombre, el *Doble*, es como su tío Alfred Le Poittevin había encontrado la muerte.

A Guy no le quedan más que cuatro años de vida. Ha comenzado la cuenta atrás.

4.

El sacerdote y el panadero – La Belleza Inútil – *«Aceptar»* – La Revue des Deux Mondes *y la Legión de Honor – La inversión de las alianzas – Los modelos de Michèle de Burne – Un párrafo difícil de escribir – El «Balzac de las mundanas» – Anatole France critica* Nuestro Corazón – *La última rebelión.*

Hace ocho días que Maupassant no descansa. El panadero del piso de abajo hace un ruido infernal durante toda la noche. Sin embargo, el propietario le había garantizado, antes de alquilar el apartamento del nº 14 de la avenida Victor-Hugo, que la casa era silenciosa. ¡Todo esta mal! ¡Podrido! ¡Desleal! ¡Canallas o locos!

En este diciembre de 1898, Guy acaba de dejar la calle de Montchanin, tras unas desavenencias con su primo y propietario, Louis Le Poittevin. Una historia de un calefactor ha despertado viejas querellas. *Encuentro tan sorprendente tu pretensión de hacerme pagar la calefacción durante mis ausencias de París, a pesar de nuestros acuerdos bien establecidos y de nuestras conversaciones, que prefiero no calificarla* (...) *y debo recordar que sin mi muy vehemente intervención, mi padre y mi madre habrían roto absolutamente contigo con ocasión de tu modo de tratar cierta cuestión de interés relativa a la herencia de mi abuelo.*[1]... ¡La herencia nunca digerida del abuelo Jules!

La amistad se ha ensombrecido, tanto o más irremediablemente en tanto que Guy confía el asunto a su abogado sin advertencia previa.

El 18 de diciembre Maupassant invita a un perito, arquitecto del Ayuntamiento de París, con el objeto de que éste estime el alboroto del diabólico horno. A fin de no llamar la atención de los porteros, ofrece una cena. ¡Oh, no es una cena de condesitas! Reina «una atmósfera de inquietud generada por una epidemia de gripe», confiesa François. Han acudido a la cena varios médicos, violentamente tomados aparte por unos enfermos

[1] Los hechos a los qué Maupassant hace alusión se remontan a mayo de 1875. Carta de Guy a su madre. Colección Mary Lecomte du Noüy.

atribulados. Y he aquí que uno de esos doctores tiene la imprudencia de declarar que el alma no existe. La batalla se generaliza. «De súbito, con voz muy firme, (mi señor) dijo: *Si estuviese peligrosamente enfermo, y si las personas de mi entorno me presentasen un sacerdote en ese momento, ¡lo recibiría!*»

Los invitados se soliviantan y uno de ellos sugiere que ese consentimiento no sería más que para satisfacer y reconfortar a los allegados. Maupassant, contrariado, toma una rosa y la deshoja lentamente. En la habitación, el aire se ha enrarecido, el tiempo se ha ralentizado. El perito hila lo más posible, argumentando sobre la literatura tanto como sobre los ruidos, más que suficientes por otra parte.

Al día siguiente, Guy dice a François:

– Después de todo, si me apeteciese recibir a un sacerdote en mi lecho de muerte, sería un acto de libertad, supongo. Mi manera de ver no cambiara nunca al respecto, pero no quiero aceptar esas misas que tienden a obligarme a pensar como los demás...

En los periodos de calma, Guy trabaja a destajo. En marzo, avanza *Nuestro Corazón* y se vuelca con *La Belleza Inútil*. Desde Cannes, escribe a Ollendorf: LA BELLEZA INÚTIL[1] es el relato más extraño que jamás haya hecho (...) Recuerde su entusiasmo por MONT-ORIOL, que a mí no me gustaba, y que no vale gran cosa (...)

Es él mismo quién relaciona *Mont-Oriol* y *La Belleza Inútil*. Como se puede comprobar, ambos relatos tienen la particularidad de repetir, de dar cuerpo y de explicitar, a algunos años de distancia, las mismas obsesiones, particularmente la de la maternidad, tan claramente matizada por el rechazo de Brétigny el seductor. Esta obsesión ha sido ampliamente estudiada. *La Belleza Inútil* nos muestra otra cosa. Aunque el relato esté lejos de tener la calidad que él le concedía, es también el testamento estético del Don Juan de Étretat. Se despliega allí una idealización casi demente de la mujer. ¿Qué es pues la mujer para este hombre que las amaba tanto? ¿La famosa chuleta

[1] Compuesta del 2 al 7 de abril de 1890.

elegida *como la carne en la tabla del carnicero*? ¡Seguramente! Pero simplemente porque él no ha encontrado al ser soñado, la criatura *excepcional adorada*, la admirable, la divina, la única, «la más amada». Maupassant no se resigna al trozo de carne porque no puede idolatrar más que a una mujer etérea e inútil, ante todo infecunda, a una joya baudelairiana, una Salomé pintada por Gustave Moreau. No ama más que a Maya, la ilusión.

La idea de la mujer, de la «hembra», como se burlaba con insistencia la mordiente Moussia, es según Maupassant esencialmente opuesta a la idea de de la asociación de los buenos y malos días. Maupassant participa de ese fetichismo con los tiempos que le ha tocado vivir, donde la Hembra invade vitrales, almacenes, periódicos, literatura, pintura, canciones. Él quiere la seductora, la encantadora, la devoradora de corazones. No hay que sorprenderse si el menor detalle defectuoso en este Ídolo al que pide la perfección lo irrite desde el momento en que éste se encarne. Una nadería, un sonido de voz, una expresión, una tontería, destrozan el frágil encanto. Detesta el abuso de los besos, de las palabras inútiles. *Todas ellas tienen esa tonta manía, esa necesidad inconsciente y estúpida de precipitarnos en los momentos peor escogidos*. La mujer alejada es pronto reemplazada por otra. Es una caza maldita.

¿Por qué entonces no seguir el consejo de Flaubert? ¿Ignorarlas? Porque unos apetitos físicos francamente excepcionales se lo prohíben. El humanimal. El Carnero de Palermo. Esa solución incluso le repele.

En Maupassant la humanimalidad no cesa de ser reivindicada por LA HEMBRA. Se indigna cuando la mujer, mediante la procreación, también se vuelve un animal. Se enfurece si se le dice que la maternidad es admirable. Al igual que con la idea de que ella pueda ser una igual, una compañía, y más aún – ¡horror!– ¡una madre! Condena a la mujer a no poder realizarse. Era, en sus relaciones con la mujer, cuando Maupassant, haciendo de Eva un único objeto erótico, se mostraba racista.

El drama psicológico del hombre cubierto de mujeres se estrecha. La diosa no existe. El sino de Maya es no ser. Si existiera él no podría entenderse con ella. NO ACEPTA la condición humana.

En varias ocasiones, la palabra ACEPTAR ha aparecido en estas páginas. El verbo es empleado por los psiquiatras en un sentido muy concreto. El individuo debe a veces, para poder continuar viviendo, ACEPTAR totalmente y sin vuelta de hoja una situación humillante, una mutilación, una traición, la consciencia de una insuficiencia, una voz, un rostro, lo que le aparece como una injusticia, bien por nacimiento, bien por accidente. A veces eso es difícil. El hombre finge consentir. Entonces queda excluido de lo normal. Está condenado. Aquí, la psicología de lo profundo coincide con el análisis de la obra y la admiración de Guy por Schopenhauer aparece bruscamente más patológica que intelectual. Rechazando el embarazo, odiando el huevo, adorando a la ilusoria Maya, Maupassant era consecuente y lógico: Jamás ACEPTÓ la regla del juego.

En estos casos, el hombre no tiene más que un recurso para poder continuar viviendo: encontrar otro culpable que no sea él mismo. No hay más que uno, Dios. De ahí el recurso cada vez más frecuente de la blasfemia en este hombre que, paralelamente, considera la posibilidad de una conversión *in extremis*. Lo que él llama *el dossier de Dios*. Dios es culpable de haber hecho imposible la felicidad del hombre y de haber mancillado el amor: *Este Creador económico y malévolo que a todos los órganos ideados por Él dio dos finalidades distintas, ¿por qué no confió esta misión sagrada, la más noble y la más sagrada de las actividades humanas, a otros órganos menos desaseados y sucios?* (...) *Cualquiera diría que el Creador, astuto y cínico, quiso privar para siempre al hombre de la posibilidad de ennoblecer, revestir de belleza, idealizar su unión con la mujer*[1].

Ahora bien, ¿qué es esto, en último término, sino la reacción de un adolescente frustrado, idealista desenfrenado, bajo su realismo y su zafiedad, de un ser no adulto, es decir no adaptado a sus derechos y deberes en el contexto social donde el azar lo

[1] *La belleza inútil.*

hace nacer? *La Belleza Inútil*, por sus excesos pueriles, acaba de demostrar que Guy, liberado de forma incompleta del complejo de Edipo, no ha liquidado todavía sus infantilismos.

Romántico transmutado en cínico, prolongando en el transcurso de su vida de hombre, por esa extraña soltería en compañía de Laure, la no responsabilidad de la infancia, el tumbador de mujeres, el rico industrial de las letras, el hombre fuerte de la literatura francesa, NO HABÍA NACIDO COMPLETAMENTE.

Tras un breve viaje a Inglaterra, Maupassant se muda el 30 de abril al número 24 de la calle del Boccador, en la esquina de la avenida del Alma[1]. La mudanza parece provocar en él nuevas ilusiones. *Mi nuevo apartamento será muy bonito con un único inconveniente* (...) *Debo dar como habitación a François la bonita pieza que me habría servido de cuarto de baño, a fin de tenerlo cerca de mí durante la noche, pues se me han prescrito unas ventosas secas a lo largo de la columna vertebral durante todos los insomnios acompañados de pesadillas...*

El añorado Albert-Marie Schmidt ha señalado que con la edad, el gusto de Bel-Ami se afina. Guy tiene largos coloquios con los artesanos, sobre todo con el decorador Dakleter. Se arruina en tinturas, revestimientos y cortinajes. Dispone amorosamente los muebles familiares, que podemos encontrar en *¿Quién Sabe?,* relato datado en abril de 1890.

Y luego, vuelve a sumergirse en la oscuridad. La colección Daniel Sickles contiene una carta, no fechada, dentro de un sobre echado al correo desde el bulevar Malesherbes y con membrete postal del 2 de mayo de 1888. Maupassant data cada vez menos su correspondencia. Esta carta, dirigida por Guy *a su querida madre*, es incomprensible... si no advertimos que no se corresponde probablemente con el sobre, sino que es posterior en dos años.

... mis ojos están totalmente dañados. He debido detener completamente el tratamiento de Bouchard que dejaba mis nervios en un estado intolerable y además me atacaba la vista. No sé ya a quién dirigirme. Mi amigo Grancher me da algunos

[1] Actualmente avenida George V.

consejos. Me ordena ante todo Plombières (Bouchard también) y la montaña, en un país cálido. Mi mudanza en julio me paraliza. (No hubo tal mudanza en 1888. Por el contrario, fue en 1890 cuando Guy se instala en la calle Boccador) (...) *Es necesario que esté de regreso para la puesta en venta de mi libro hacia el 18 de junio.* (*Nuestro Corazón* aparecerá el 20 en las librerías) (...) *Mi novela se anuncia como un éxito en la Revue des Deux Mondes.* (No hay duda, se trata de *Nuestro Corazón*, y el año es 1890.)

Ha leído bien, ¡*la Revue des Deux Mondes*! Guy había aceptado al principio escribir un relato para esta publicación a la qué acribillaba con sarcasmos diez años atrás. Publicará a continuación este relato como el primero de un volumen, con Victor Havard. Incluso le había dado el título a Havard, *Los Corazones extranjeros*. El relato se va fortaleciendo a si mismo y se transformará en novela, *Nuestro Corazón*, apareciendo en la editorial Ollendorf, para castigar a Havard.

En julio de 1888, dos años antes, un colega indiscreto publicaba que Maupassant acababa de rechazar la Legión de Honor. Guy respondía, sopesando sus palabras: *No se me ha propuesto la cruz; solamente se me ha preguntado en el supuesto caso que el ministro pensara en mí. He respondido que consideraría una grosería rechazar una distinción tan renombrada y respetable, pero he rogado que no se me ofrezca...*

Debemos intentar aclarar estas reacciones del toro «al rojo». Antes del estreno de *Musotte* (27 de febrero de 1891), Jules Claretie se encuentra con Maupassant en la antesala del ministerio de la Instrucción Pública. El administrador del francés se asombra de encontrar en la calle Grenelle al antiguo funcionario de la casa.

– *Vengo aquí sin duda por la misma razón que usted*, dice Guy.

En efecto, ambos van a apoyar una petición de distinción para un amigo y es probable que sea la candidatura del arquitecto André Lecomte du Noüy lo que Maupassant defiende generosamente, cuando acaba de invitar a la bella de Étretat al

estreno de su obra y de instalarse en su nuevo domicilio. Claretie echa una mirada furtiva al ojal vacío de Guy.

– ¡Ya sabe lo que va a responder el ministro! «¡Comienzo por concedérsela a usted!»

– *¡Oh! ¡a mí! ¡No quiero nada para mí! Jamás me casaré. Jamás seré condecorado. Nunca seré candidato a la Academia. No escribiré nunca en la Revue des Deux Mondes.*

Estas palabras son importantes, habida cuenta incluso de lo que eso podía comportar de pose: aún así, no es el biógrafo quién asocia arbitrariamente esas diversas categorías sino el propio modelo. Va incluso más lejos: *He dicho en efecto que nunca sería condecorado ni sería académico, en absoluto por desdén hacia esas instituciones, sino por un invencible sentimiento, tal vez exagerado de independencia e indiferencia. En cuanto al matrimonio que no entra en mis proyectos, lo trato con más dudas – Cuando se trata de mujeres uno nunca puede saber ni prever las tonterías que éstas nos harán cometer...*

De hecho, la publicación en *La Revue des Deux Mondes* correspondía a una auténtica inversión de las alianzas.

En 1881, un Maupassant, aún muy Bouvigal, se permitía el lujo de burlarse de la Academia junto a Juliette Adam, en unos términos de una vulgar facilidad: (La Academia) *pone sus mejores galas y desciende al rincón de su calle, allá abajo, ante su antigua casa coronada con una cúpula. ¡Ella acecha, la vieja! Su ojo se enciende; ha maquillado su piel rugosa y se ha ajustado su bonita dentadura postiza. Entonces, en el momento en el que ve pasar a algún muchacho de veinte años, con unos cabellos largos y los ojos al cielo, murmura: «¡Psitt, psitt, escucha jovencito*[1]*!*»

Alexandre Dumas hijo, también había liderado la candidatura de un Maupassant académico. Lo invitó expresamente a almorzar en casa Durand, plaza de la Madeleine, con la esperanza de arrancarle su aprobación a presentar la candidatura. Comprendiéndolo de repente, Guy se volvió tan rojo como los tomates:

[1] *El Figaro semanal*, 16 de septiembre de 1925.

– *¡Nunca consentiré en formar parte de una compañía literaria de la qué mi maestro y gran amigo, Gustave Flaubert, no fue miembro!*

–¡Déjeme en paz con su Flaubert! Flaubert era un leñador que abatía un bosque entero para construir un cofre...

– ¡Dumas!

Alexandre Dumas esboza una sonrisa paternal.

–¡Maupassant, eso no era más que una broma, veamos!

Maupassant acaba por sonreír.

– ¿Cómo está su hija?, dice. ¿Todavía escribe?

Quería mucho a Alexandre Dumas hijo, pero nunca hubo acuerdo entre ellos respecto a la Academia. Por ese rasgo, el escritor acababa, bajo su irritación, de confesar la profunda razón de su comportamiento ante los honores: nunca había perdonado que hubiesen descartado al *Viejo*.

Ahora bien, por la brecha de *La Revue des Deux Mondes*, esta muralla China se desmoronaba. Los salones y sus pequeñas y grandes condesas lo transportaban. Michèle de Burne y el escuadrón de faldas de sus modelos vivos triunfaban sobre el recuerdo del Vikingo.

Léon Deffoux apreciaba con justicia: «Maupassant murió en el momento en el que iba a academizar su vida.» La academización de la obra ya estaba ampliamente iniciada.

En *Nuestro Corazón*, Massival, el músico, un equivalente más sutil del pintor Bertin de *Fuerte como la muerte*, conduce a su amigo André Mariolle a casa de una joven viuda, Michèle de Burnes, más o menos como Georges Legrand condujo a Maupassant a la residencia de la Potocka. «¡Qué extraña mujer!» dice Mariolle a Gaston de Lamarthe, a raíz de esa visita. Lamarthe sonríe: «¡Es la crisis que comienza¡. ¡Le va a suceder a usted como a todos nosotros!»

Michèle, Maya de los barrios residenciales, manguitos, violeta y corsé, provoca a André Mariolle. Ese muchacho, más patán, más viril que los demás adoradores, mucho más cercano al verdadero Guy, se declara a esa belleza inútil, de un modo imprevisto: Puesto que él la ama y ha comprendido su juego, va a rehuirla. Ella curiosa, lo invita a quedarse, lo qué él hace,

aunque no se deja engañar por esta jugadora que nunca paga: *La belleza natural y sabia de esta esbelta, fina y rubia persona que parecía al mismo tiempo gorda y delgada, armada con bellos brazos hechos para atraer, para enlazar, para abrazar, y de piernas que se adivinaban largas y delgadas, hechas para huir, como las de las gacelas, con unos pies tan pequeños que no debían dejar huellas, le parecía ser una especie de símbolo de las vanas esperanzas.*

Toda esta novela de esperanzas vanas es esa pincelada mundana que evocan frecuentemente Alfred Stevens o Carolus Duran como Manet y Toulouse-Lautrec.

¿Tenía Michèle de Burne un modelo? Una semejanza evidente existe de entrada entre la novela vivida del pintor Jacques-Emile Blanche, al qué hemos visto enamorado de la Potocka, y la novela escrita *Nuestro Corazón*. Jacques-Emile Blanche tuvo a bien precisar que la obra que él compuso sobre esa desgraciada pasión, *Aymeris*, aparecida en 1922, era más autobiográfica que novelada: «La parte de la novela titulada Lucia, *id est* la condesa Emmanuela Potocka.» ¡Está claro! En esa novela-diario, Edmond Maître desempeña el papel de compañero junto al muy joven enamorado que desarrolla precisamente el de Lamarthe de *Nuestro Corazón* con respecto a André Mariolle: «¡Edmond Maître había advertido bastante a mamá que yo no tenía edad de ser uno de los Macabeos de la Sirena Emmanuela Potocka!» He aquí como el joven enamorado describe a los portadores de la medalla de los Macabeos, concedida por la Sirena a sus «gorrinos», y llevando la divisa: «Quién me ama me sigue.» El cuadro no es sin vinagre. «De doce de los portadores del infame colgante, ocho están casados, tienen hijos, ocupaciones serias: dos magistrados, el filósofo Edme Caro[1], el viejo conde de Rambeteau, Gustave Schlumberger, patizambo, miembro de la Academia de las Inscripciones y las Bellas Letras[2], etc... Desde luego, la «patrona» es el objeto de su único deseo.»

[1] J.E. Blanche quiere decir Elme-Marie Caro, filósofo espiritualista francés, 1826-1887, autor de *La Idea de Dios y sus nuevas críticas* (1864).

[2] Historiador y arqueólogo, nacido en 1844.

Entre ellos, Maupassant, al qué devora ferozmente su joven rival: «Triste, con aire estúpido, sin conversación, no está a gusto más que con las personas del oficio, con Georges Charpentier, el editor de los naturalistas, de Zola, de los Goncourt, de los cuentistas de Médan (...) Saltaba, del *Horla*, en lo que allí hubiese de sofisticado, de más refinado, de mas quintaesencia, de mas intoxicante: el cosmopolitismo parisino.»

Aquí está de nuevo la loca Emmanuela de la llave perdida, la tórtola fría que firmaba «la Patrona» en letras puntiagudas de tres centímetros, reina de ese cosmopolitismo envenenado donde abrevaba el antiguo Presidente de la Sociedad de los Chulos. Ella cuidaba su leyenda, la *sophisticated lady*. Saliendo del Instituto, donde Renan acaba de hablar, ella sube en su calesa tras una orden breve dada a «sus hombres empolvados y en pantorrillas». Los criados fustigan el par de alazanes de 100000 francos. Aparece ostensiblemente en la Ópera, cubierta de vendas lisas «estilo virgen» y deja tras de si una estela de *Shaw's Caprice* que se puede cortar con un cuchillo, perfume inventado para ella por Guerlain.

En el palacio Potocki, Jacques-Emile Blanche admirativo la pone en escena: «Unos vigilantes de noche y de día hacen la ronda con unos dogos para proteger a la condesa, sola en el inmenso palacio.¡¡¡Gervex me ha dicho que mi madona era virgen!!! ¿Pero qué papel juega su madre, Sra. duquesa de Régina, la devota romana?

«Y es que todo Paris rumorea que parece tener para con Emmanuela extrañas ilusiones? ¿Se equivoca?

«Hay en todo este lío algo complejo que papá debía estudiar.

«¿Qué importa? Yo soy un hombre distinto desde que ella me ha hechizado.»

Poco tiempo antes de la concepción de *Nuestro Corazón*, Guy se ha encontrado con Marie Kann a quién ve con dulces ojos desde hace tiempo. La «lánguida», libre o a punto de serlo, lo ha llevado rápido junto a «la Patrona», cuyo carácter de calienta braguetas denunciada por el enamorado juvenil Jacques Emile Blanche se corresponde exactamente con el carácter de Michèle de Burne.

La tradición oral, diez veces recogida entre las amigas de Marie Kann plantea abiertamente otra ecuación: Michèle de Burne sería Marie. De hecho, la Michèle de Burne de la novela tenía exactamente la frialdad en eclipses de Emmanuela, referidas por Jacques. Emile Blanche y sus otros enamorados; Maríe era de otro modo ardiente y, desde el momento en el que se decide a plantar a Bourget, ofrece a Guy unas compensaciones muy pronto extenuantes. Michèle, es Emmanuela por la psicología, el gusto de hacer caminar a los hombres en grupos de cerditos encantados, y Marie Kann por la mundanidad y sobre todo por el hecho de que era la amante confesa de Guy. ¿Y el físico de Michèle? Las fotografías y retratos de Marie Kann y de la condesa Potocka refutan esta tesis en ambos casos. Michèle de Burne no coincide con la descripción de Goncourt. Ni Emmanuela, descrita fielmente por Jacques-Emile Blanche: «Cuello abotargado corto, Pero una amplia frente, las cejas, la nariz, la boca, tiene, según el más puro canon clásico griego, las proporciones de la sección Áurea.» Ni Marie Kann, ni la Pícara eran físicamente Michéle, *esbelta, fina, rubia, graciosa y endeble.*

La explicación es simple. Si Hermine Lecomte du Noüy se ha reconocido en Michèle al punto de escribir su *Amistad amorosa* en respuesta a *Nuestro Corazón*, es que tenía razones de peso. Por un lado, su frialdad se aproximaba bien a la de la heroína, por otra parte, ella estaba más cercana al modelo físico.

Para el lector de hoy, la originalidad de esta segunda novela mundana está en otro aspecto. La heroína allí está considerada como una especie de «mutante», un ser del futuro aparecido prematuramente entre los hombres, *una de esas criaturas que son el comienzo de una generación, que no se parecen a nada conocido, y que expanden a su alrededor, incluso mediante sus imperfecciones, el temible atractivo de un despertar.*

Guy trabajó mucho esos retratos, corrigiendo, tachando, sobrecargando. La obsesión está allí por algo, pero la novedad de los temas también. No tenía para su Michéle las desenvolturas fecundas que reservaba a las Rachel y a las Bola de Sebo. Miremos por encima de sus hombros. Trabaja penosamente:

Cada cincuenta años tal vez se modifique así (...) *Tras las mujeres apasionadas y las novelescas soñadoras de la Restauración, vinieron las mujeres risueñas de la época del Imperio, convencidas de la realidad del placer; y ahora surgía una nueva transformación de ese eterno femenino, un ser...*

Se obstina de nuevo, añade lujo, tacha, sustituye. El equilibrio es justo, sutil. ¿Pero quizás va demasiado lejos? El (o los) modelos pueden ofenderse. Corrige y vuelve a tomar... el alma. No le gusta demasiado esa frase. Intenta: *sentimientos complejos*... Borra... *sensibilidad indecisa*... ¡Ah! ¡Ya está! Regresa a *alma* para obedecer a la regla de la progresión creciente. ¡Que irritante, esa palabra «alma»! Lo que sigue es ilegible. ¿Una alma cómo?... indecisa... Su propia duda gana la frase. Tacha *vacilante* y se pone a correr al trote: *un ser refinado de sensibilidad indecisa, de alma inquieta*... ¡Perfecto! Resulta justo y armonioso. ¡A qué precio se obtiene la transparencia!... *agitada, irresoluta, que parecía haber pasado ya por todos los narcóticos al uso para apaciguar y sacar de quicio los nervios, por el cloroformo, ese estrangulador que*... ¡El cloroformo no estrangula! Tacha... *el cloroformo que atonta, por el éter y la morfina, que flagelan los sueños, apagan los sentidos y adormecen las emociones*[1]. ¡Uf! Dijo lo que quería, con casi tanto esfuerzo como Bel-Ami redactando sus artículos! En cualquier caso, nadie podrá sorprenderse: ni Marie, ni Emmanuela, menos aún Hermine...

Por supuesto queda la alusión a los estupefacientes. ¡Bah! eso tal vez sea tomado por simple comparación.

Dos de las tres modelos principales de Michèle, Marie Kann y Emmanuela Potocka son drogadictas.

La media vuelta del novelista, tema, personajes, orquestación, lanzamiento inédito por *La Revue des Deux Mondes*, se insertaría perfectamente en su estrategia: conquista del mercado mundano. El «notable comerciante» sabía hacer la prospección y establecer su línea de acción. Lo cual hace.

[1] El manuscrito de *Nuestro Corazon* está en la Bibliteca Nacional. N.A. Fra. 23284. La edición de Pierre Cogny reprodujo integramente las variantes.

A priori, es todo un éxito. Todo París descubre con placer una «fisiología casi balzaquiana de la mujer moderna». Desde luego, Maupassant conserva la cabeza fría. De entrada, el asunto es comercialmente incierto. La publicación en la revista le ha costado 25000 lectores que, habiendo leído la novela por entregas, no han comprado el volumen. Es cierto que hay que deducir de ese déficit los apreciables derechos pagados por la revista. En el fondo, la diferencia es la suma que él ha tenido que pagar por «la compra» de un nuevo público. ¡Bueno! En el plano material, eso se resume en un «asunto blanco», que se convertirá en rentable de cara a los libros siguientes, siempre y cuando continúe en la misma dirección.

Por lo demás, nunca ha tenido mejor prensa. Ha pasado el tiempo en el qué la burguesía y sus cronistas le pedían que prescindiese de las putas, de los conflictos financieros, de los paisanos, de la guerra. Los halagos llueven, enormes: «Estudio psicológico más sutil y el más reflexivo» dice Paul Ginisty, en el *Gil Blas*. «No creo que el Sr. de Maupassant haya creado nunca nada más vivo y más humano que estos dos personajes» (Mariolle y Michèle de Burne), añadía André Hallays en *Le Journal des Débats*. «El Sr. de Maupassant jamás se ha mostrado tan gran escritor como en *Nuestro Corazón*» afirma *la Revue Bleue.* Todo Paris saluda la conversión a las buenas maneras del presidente de la Sociedad de los Chulos.

Lo que había sido un esbozo en *Fuerte como la Muerte* se convierte en un clamor de evidencia. ¿Cómo Maupassant podría poner en duda la pertinencia de esta evolución hacia el buen gusto del que se burlaba tan alegremente diez años atrás? Una sociedad entera le da palmaditas en la espalda, lo halaga, lo alienta, lo aprueba.

Sin embargo, un hombre mejor instalado que Guy en ese medio, Anatole France, se interesaba de cerca en *Nuestro Corazón*. «El Sr. de Maupassant, no nos ha halagado nunca. No ha tenido escrúpulos en brutalizar nuestro optimismo, en destruir nuestro sueño de ideal. Y se lo ha tomado con tanta franqueza, rectitud y un corazón tan simple y firme, que uno no le puede guardar demasiado rencor... (...) Y además, no razona; no es ni

sutil ni guasón. En fin, tiene un talento tan poderoso, tal seguridad en su escritura, una tan bella audacia, que hay que dejarle decir y dejarle hacer. Voluntariamente o no, se ha descrito en uno de los personajes de su novela.»

Luego, Anatole France pasa a la heroína, de la que conoce muy bien los prototipos. Allí, el tono baja: «¿Pero con todo esto, Michèle de Burne es todo lo que él quería que ella fuese, es el tipo de la mujer de hoy? Confieso que me gustaría saberlo, veo bien que es moderna por sus pequeñas cerámicas y sus vestidos y por el pequeño reloj de su cupé, aunque la heroína de la novela paralela[1] del Sr. Paul Bourget haya tenido la precaución de hacer venir el suyo de Inglaterra...»

Anatole France tiene una pequeña sonrisa agria. Sin embargo, sentía bien como un vacío, una falta en la obra y la acusación desafinaba en ese concierto de elogios.

¿Qué pensar de *Nuestro corazón* después de tres cuartos de siglo? Permanece aún admirable la angustia de vivir, la autenticidad del amor de un hombre sano en un medio corrupto y de bellos paisajes, el bosque de Fontainebleu, el Monte Saint-Michel visto desde el jardín público de Avranches. Algunos ven la marca del genio por todas partes, otros se mantienen sin indulgencia para esos juegos tardíos. Sin embargo, parece difícil de cuestionar que *Nuestro Corazón* y *Fuerte como la muerte* hayan envejecido mal como *Una Vida, Pierre y Jean* y *Bel-Ami*.

En el fondo, es la historia que ha traicionado al escritor. La evolución de la mujer-ídolo que él presentaba no se ha producido. Después de un tiempo en el qué ella ha tendido hacia la erotización fanática de la parisina (la que acogerá el mundo en la entrada de la Exposición Universal de 1900, hacía la «Hembra», es decir en el sentido de sus previsiones), la aceleración de lo que es convenido en llamar la «liberación del segundo sexo», provocada por las condiciones económicas nuevas y las dos guerras, ha cambiado las perspectivas en las que creía Maupassant. Una concepción existencial de la mujer ha sustituido al baudelairismo. La mujer-compañera según

[1] Un *Corazón de Mujer*, cuyo modelo era... Marie Kann. La mismo pequeño reloj, sin duda.

Sartre, Camus o Saint-Exupéry, se ha desarrollado en detrimento de la mujer hiperfemenina.

Maupassant se ha equivocado y su Michèle de Burne ha ido a unirse con sus exquisitos corsés a la oficina de los Objetos Perdidos, donde el prefecto de policía decía que él recogía centenares al mes, olvidados en los coches que iban trotando portando los restos del amor de fin de siglo.

Con *Nuestro Corazón*, Maupassant no renegaba únicamente de sus posiciones anteriores, renegaba también, lo que es mucho más grave, de sus más vivas originalidades.

Cediendo a la influencia, no solamente de Bourget, sino del medio en el qué nadaba Bourget como el famoso pez en el agua, Maupassant se infligía el más grave desmentido. Maupassant escribe al mismo tiempo, como se ha visto, *El Olivar* y *la Belleza Inútil*. Contrariamente a lo que pensaba, la primera es una obra maestra, la segunda una figurita de Lalique.

Todo induce a creer que, aunque la fatalidad del treponema se hubiese milagrosamente detenido, Maupassant no habría sido Maupassant, sino más bien lo que él dice de su Gaston de Lamarthe: *Había padecido esa suerte de interrupción que parece afectar a la mayoría de los artistas contemporáneos a modo de parálisis precoz. No van envejeciendo con gloria y éxito, como sus padres, sino que parece amenazarlos la impotencia en la flor de la vida. Lamarthe decía: «No hay en Francia hoy en día más que grandes hombres abortados».*

Abortado sería francamente exagerado. Sin embargo, el manzano había dado ya sus mejores manzanas.

5.

Glaciación para un único hombre – El Bel-Ami *reencontrado – Las maletas del Sr. de Maupassant – 23 de noviembre de 1890: inauguración del monumento a Flaubert – «los viejos huesos» – Una inesperada venganza:* Musotte. *– Singular entrevista con el administrador del Teatro Francés – La aversión a su imagen.*

En junio y julio de 1890, Maupassant vuelve a realizar una cura de salud en Aix-les-Bains. ¡Cómo ha cambiado en dos años! Entonces estaba allí con su madre. Le contaba divertido una ascensión a la Dent du Chat, en compañía de una inglesa. ¡La inglesa resbalaba mucho! *Nos servíamos de nuestras manos a guisa de arpón y te aseguro que al asunto no le faltaba interés*. Laure reía, cómplice. Ese es el mismo hombre que escribe ahora a la princesa Mathilde: *Si describo bien o mal las penas del prójimo, es que estoy harto de mi mismo, de vivir y de no descubrir nada que alivie mi desánimo e interrumpa la monotonía de mis días, por lo qué me hace falta mirar a mis vecinos si tienen el corazón más agitado que el mío y el alma mas viva que la mía.*

¿Es ese el mismo hombre que llama a François todas las noches para aplicarse las famosas ventosas secas de las qué hablaba en la calle Boccador? Jamás se duerme antes de las dos de la madrugada.

Y EL OJO DERECHO LE MOLESTA.

Plombières ve a Guy durante esa temporada, al principio entusiasta, como siempre. ¡*Hace diez años que habría debido venir aquí*! Y como en Argelia, en Triel, o en Florencia, enseguida llega el desaliento... *Siempre mi mismo mal, una neurosis que necesita muchos cuidados*. (Mi médico) *quiere que me deshaga a toda costa de mi estufa de combustión lenta* (...) *Dice que eso es letal para la gente.*

El pobre se aferra a todas las explicaciones que cien médicos confusos le dan. Sin embargo, en Gérardmer, donde ha encontrado a Marie Kann, en el chalet de su herma Lulia, ha disfrutado con las aguas... *A lo largo de todas esas pendientes*

hay innumerables fuentes, torrentes, riachuelos. Al fondo de todos esos valles, unos lagos. En definitiva, agua, agua, más agua que discurre, que cae, que se desliza, que se arrastra; cascadas, ríos bajo la hierba, bajo los más bellos musgos que haya visto, agua, por todas partes agua, una humedad fría, penetrante, ligera, además el aire es vivificante, estando la región a mucha altura.[1]

Siempre el agua, tan viva, tan seductora...

Sí, pero de pronto tiene frío. Don Juan temblando, busca por todas partes el sol y el fuego. Para este infeliz, el planeta se enfría. Ha tenido más frío aún que el año pasado en Étretat, *ese país cuyo clima me resulta odioso*. La angustia lo alcanza en la casa que lleva su nombre. Y ya no lo abandona más. *Tras haber escrito diez líneas ya no sé del todo lo que hago, mi pensamiento se desvanece como el agua de una cisterna. El viento aquí no cesa y nunca dejo de encender el fuego...*

En la agonía, los moribundos tienen el gesto de atraer sin cesar sobre ellos su manta, como un sudario. Él duda. ¿Quién sabe? ¿Étretat tal vez no esté allí para nada?. *Creo que mi temor excesivo al frío se debe a un resultado de mi enfermedad de la que incluso el frío es la principal causa....*

Es una glaciación para un único hombre.

Su desconcierto es tan fuerte que, desde hace un año, quiere vender La Guillette. El proyecto está en el aire desde 1886. El 2 de marzo de ese año, escribe a Hermine: *Mi madre vendería con gusto Les Verguies en efecto. Ella lo dejaría en ochenta mil francos aunque pide cien mil*[2]. Las autoridades municipales quieren instalar allí un jardín público[3]. Este proyecto suena como una llamada fúnebre: vender la Guillette, es romper las últimas amarras que lo atan a sí mismo.

El 28 de julio de 1890, el jefe de estación de Cannes, avisado por los marineros Raymond y Bernard, iba a saludar ceremoniosamente al ilustre escritor a su descenso del coche-

[1] Colección Mary Lecomte du Noüy. A su madre.

[2] 240000 a 320000 francos de hoy.

[3] La Guillette será vendida en 1893, tras la muerte de Guy, a un fanático que se echa a perder por Maupassant.

cama y supervisaba él mismo sus maletas. Al día siguiente, Guy se hacía a la mar.

La vida sonríe entre negros nubarrones. Navega hasta Saint-Raphael donde vive su padre y pasa la mayoría de las jornadas a bordo. Va regularmente a Niza, a la villa des Ravenelles, 142, calle de France, donde su madre, también nómada como él, ha alquilado una casa provenzal de un piso, sobre un cúmulo que domina la bahía de los Anges. El pequeño domicilio de postigos ocres, todavía existe hoy en día, al fondo de la calle Renoir, oculto por los grandes inmuebles de la calle de France y del Paseo. Desde el jardín donde almuerzan con frecuencia, Guy ve oscilar las palmeras de Moussia, a cien metros. Flaubert, Moussia, Hervé...

Laure vive allí con su nuera. El clima familiar no puede decirse que sea excelente, la viuda de Hervé soporta mal la autoridad despótica de la vieja dama. Felizmente, está la pequeña Simone, vivaracha, risueña, de ojos muy azules. ¿Guy piensa en sus propios hijos cuando teme que ésta pueda caerse de su columpio?

El 6 de septiembre, Maupassant se embarca de nuevo en Marsella en el trasatlántico *Duc de Bragance*. Él frío, que lo había afectado en Étretat, desde su estancia en Plombières y en Aix-les-Bains, le hace huir de Europa cuando los días comienzan a declinar.

Su primera contrariedad, al ser el viaje improvisado, es el alojamiento a regañadientes en el Hotel de Europa. Lejos queda la vida bohemia del remero de antaño: doce baúles, ocho maletas, seis «petates indispensables» y algunos otros suplementarios lo acompañan, todo ello en cuarenta y cuatro bultos.

A medida que madura, el escritor se contenta menos con lo superficial de las cosas. Se familiariza con la mística musulmana – sin embargo tan lejos de él – sus santones y sus santos. Anticlerical irónico, anota: ¡*Hay un santón que dice las mismas cosas que Santa Teresa!*

Pero la enfermedad, tras la cama, lo ha atrapado. LOS OJOS LE MOLESTAN. Tiene frío. Se sumerge en el Sur. Allí se encuentra con el calor, pero también con la falta de confort, que

ya no logra soportar. Toda la rabia, la mugre, las mediocres habitaciones, el ruido, las cocinas que apestan a aceite rancio. El albergue de Boghar, el Balcón del Sur, es el *más nauseabundo tugurio al que jamás se haya dado el nombre de albergue*. Se cruza al azar con rocines escuálidos, jinetes, niños con los ojos comidos por las moscas. Una fantasía se produce en su honor. Unas Ouled-Naïl ejecutan la danza del vientre mientras que el olor del cordero asado asquea a ese comedor de buey. Impotente en encontrar sus antiguos pasos, remonta hacia Argel. Ante las gargantas del Rummel, lugar célebre de la conquistas, piensa en los muertos que ha costado.

LOS OJOS LE MOLESTAN. Por momentos, juraría que es la arena.

Un pico dirigido hacia el sol le recuerda Biskra, la rosa del Sabel. Argel. Mers-el-Kebir. ¡El mar, el mar! Orán. La África española. Los ruedos. Los toros. El cazador considera la corrida deshonrosa. ¡Él, qué disparaba a los pichones! Es que, para el normando, el toro de lidia es un toro.

Está anunciada su asistencia a la inauguración de la vía férrea de Tlemcen a Orán y visita la vieja Tlemcen, la Granada africana, asiste a una boda judía, toma muchas fotos, como Zola. Llega hasta a las fronteras de Marruecos, ese Marruecos del que le gustaría tanto alcanzar las orillas con el *Bel-Ami*. *La próxima vez, iré en barco*... El mundo es una fruta demasiado grande, olorosa y madura, que le cae de las manos.

Por fin Argel. Extenuado. Tiene frío. Los pasajes en el *Eugène Péreire.* François. Los cuarenta y cuatro fardos. LOS OJOS LE MOLESTAN. La marejadilla es fuerte.

El Sr. de Maupassant titubea en el muelle de Marsella, vomitorio de Argelia.

La mañana del domingo 23 de noviembre de 1890, Edmond de Goncourt, Emile Zola y Maupassant tomaban juntos el tren para Ruán. Furioso por haber sido levantado de su cama a las cinco, Goncourt masculla, lo que no le impide oír la queja desencantada de Maupassant, cuando el tren bordea el Sena:

– Fueron mis sesiones de remo de madrugada, a lo que se debe lo que hoy tengo.

En una página célebre, José María de Heredia dará un soberbio retrato de Bel-Ami asistiendo a esa inauguración. «Maupassant era famoso, rico y fuerte. Parecía feliz. Se le envidiaba. No podía ser más desdichado (...) Me expresó ampliamente su melancolía, la abulia de su vida, la enfermedad creciente, los desfallecimientos de su visión y de su memoria, sus ojos se hundían de repente en la noche absoluta, persistiendo esa ceguera un cuarto de hora, media hora, una hora... Luego, una vez vuelta la vista, de prisa, la fiebre del trabajo retomado, una detención súbita de la memoria, y – ¡qué suplicio para tal escritor!– la impotencia para encontrar la palabra precisa, su búsqueda encarnizada, la rabia, la desesperación.»

Todas esas palabras claman la sencilla realidad de los sufrimientos de Guy. Ese día, su corazón se abre. A José María de Heredia no le ha ocultado la existencia del «otro», del Doble, el insoportable visitante, el responsable en esta ocasión de todas sus importantes obsesiones, el Doble que le seguía, «el que fue, el que provocó, en todo momento, siempre, la obsesión constante, odiosa, de ese otro yo mismo que asiste a todos sus actos, a todos sus pensamientos, y que le susurra al oído: «Goza de la vida, bebe, come, duerme, ama, trabaja, viaja, mira, admira. ¿Para qué? ¡Has de morir!»

José María de Herida intenta reconfortarlo en vano:

– *¡Adiós!*

– Hasta luego.

– *No, adiós. He tomado una resolución – no me arrastraré más, no quiero sobrevivirme – he entrado en la literatura como un meteoro: saldré como un rayo.*

Los ojos de Guy, «de un castaño oscuro, tan vivos, tan penetrantes, se han vuelto mates». En la misma época, Alphonse Daudet los verá así: «sin mirada, cerrados, impenetrables, ojos de ágata jaspeada, que absorbían la luz y no la reflejaban. A parte de eso, la pinta de lo más ordinario[1]».

Poco después de *El Horla*, Baude de Maurceley lo había encontrado en su mesa de trabajo, todavía en la calle Montchanin, con bata gris y zapatillas grises, siempre

[1] *Echo de París*. Miércoles 3 de marzo de 1893.

quejándose de sus ojos *que le hacían sufrir como si contuviesen granos de arena.* La imagen había afectado al colega.

– *Después de todo, el día que me sienta impotente para pensar y en producir, me haré saltar el cerebro.*

– ¡Usted no está en esa situación!

Guy no había respondido.

Al viento del Sena, mosquetero anticuado, bigotes, lunar y cabellos blancos erizados, embutido en su abrigo, Edmond de Goncourt fuerza la voz: «... Flaubert ha quedado en el buen recuerdo, sin hiel contra los afortunados de la literatura, habiendo conservado su gran risa afectuosa de niño... »

La lluvia, las ráfagas de viento, los rumores de la ciudad portuaria transportan las palabras con las hojas arrancadas. El orador se desgañita: «... y buscando siempre en los colegas lo que había que alabar... ¿verdad, Daudet? ¿verdad Zola? ¿verdad Maupassant? ¿qué era así nuestro amigo?...»

El alcalde de Ruán, agradecido, pronuncia unas palabras. Los cuellos de los abrigos son levantados. El viento dobla los paraguas. Goncourt gruñe:

– ¡El tiempo típico de las inauguraciones en Ruán!

Se vuelve hacia Mirbeau:

–¿Qué tal ha ido?

Él es novelista; es memorialista; no es orador. «Ha ido mejor de lo que creía, ¿no?» De repente, el aficionado al arte se revela en él. Señala con la mirada el monumento de Chapu:

– «Para ser franco, es un bonito bajo relieve, donde la Verdad parece estar haciendo sus necesidades en un pozo.»

El chaparrón fustiga los rostros lívidos, los puentes, las grúas y al Sena... Los oficiales se dirigen hacia los coches. Nadie más. Goncourt siempre gruñendo: «No es cuestión de darnos un lunch, que Maupassant nos ha ofrecido todo el trayecto del ferrocarril de esta mañana, estando tan presente la desaparición del autor normando...»

Cada vez más furioso contra el malqueda, advierte clínicamente esa misma noche: «Me ha sorprendido esta mañana el mal aspecto de Maupassant, el descarnamiento de su rostro, de su color ocre, del carácter MARCADO, así como se dice en el

teatro, que ha tomado su persona, e incluso de la malsana fijeza de su mirada. No parece destinado a hacer huesos viejos.»

El autor dramático Jacques Normand, basándose en *El Hijo*, relato aparecido antes en *El Gil Blas*, ha elaborado una pieza titulada *Mussotte.* A Koning, director del teatro Gymnase, no le ha gustado esta adaptación y ha pedido a Guy revisarla. Se conocen los detalles de esta colaboración, en la que Guy se ha dejado arrastrar a pesar de su desconfianza, por una carta a Victor Koning, enviada desde la Casa Rossignol, en Plombières[1]:

Tras la publicación de mi novela (Nuestro Corazón), mis médicos me exigen, para poner remedio a una gran fatiga cerebral, un reposo absoluto de cinco o seis meses. Encuentro la prescripción muy severa, pues me está prohibido leer sea lo que sea (...) *He releído sin embargo con gran cuidado, antes de partir, la pieza de Normand. El proyecto es bueno, pero todos los personajes deben modificarse, rehacer completamente. Le confieso que esta tarea me produce por adelantado un intolerable enojo. Es desde luego la última vez que me brindo a una tentativa semejante. La haré cuando haya acabado mi tratamiento. No puedo decir más, no he trabajado nunca a fecha fija y no lo haré jamás. Si usted no puede esperar, le vuelvo a enviar la pieza tal cual. En todo caso, estoy absolutamente resuelto a no firmarla y a negar toda participación en esta obra. No firmaré nunca otras piezas que no hayan sido hechas por mí únicamente, sin otro apellido sobre el cartel...*

Ahora bien, esta Mussotte, tan mal gestada, triunfa en marzo de 1891. El argumento de esta pequeña hermana de *La Dama de las Camelias*, dedicada al amigo Dumas hijo, es muy del gusto de la época. Un joven se casa; la noche de bodas, una antigua amante, moribunda, lo llama; va a dar a luz un hijo de él. «El hecho es que es una puñetera coincidencia», dice la comadrona, que nos transmite la mirada de reojo del autor. El recién casado ira a la cabecera de la madre (sino no habría habido pieza).

Las réplicas son más que «teatrales»:

[1] De julio de 1890. Colección Daniel Sickles.

«*Martinel* (al suegro).- Estaba seguro de que usted me comprendería, señor. ¡Es usted un hombre cabal!

Señora de Ronchard (la suegra).- Y yo, ¿qué es lo que yo soy entonces?

Martinel. Es usted una mujer de mundo, señora. »

Los mundanos aplauden.

«*Martinel*.- ¡Una canalla, en definitiva!»

Señora de Ronchard.– ¡Oh! ¡señor! Ese era un hombre de mundo.

Martinel.- ¡Eso no quita!

Las mundanas aplauden.

La pieza está bien construida. La emotividad se establece allí ostensiblemente. Sin embargo, a pesar de los excesos caricaturescos, encontramos la sensibilidad conmovedora de Guy con el hijo bastardo. Es con esta obra donde obtiene un éxito tan imprevisto en la escena que desde luego no esperaba.

Una réplica de la suegra nos recuerda irresistiblemente a Laure rechazando el divorcio:

«*Señora de Ronchard*.– ¡Gilberte divorciada!... ¡Pero tú no piensas!... La mitad de nuestros amigos le cerrarían sus puertas... ¡El divorcio! ¡Vamos! ¡Vamos! a pesar de vuestras leyes nuevas, no ha entrado en nuestras costumbres... Una buena y discreta separación simplemente, eso sí está admitido, al menos eso... eso es de buen tono... Uno se separa... Yo me he separado... Las personas como Dios manda se separan...»

Resumiendo, la joven madre muere. El final es un dramón a pedir de boca. La suegra enternecida, convertida, desamparada, exclama, en un soberbio viraje de la situación:

«*Señora de Ronchard*.– Ahí hay un bebé que espera una madre.»

Hoy, Mussotte es irrepresentable, y no en coste precisamente. Sin embargo, el público y la prensa no estaban equivocados. ¿La razón del éxito? La PRESENCIA dramática de

Maupassant. *Mussotte* contrasta con la verborrea del Bulevar por la economía y la rapidez del diálogo. Jules Lemaitre se desahoga: «Si yo no he llorado con Mussotte, poco me ha faltado; y es la primera vez, desde hace bastante tiempo, que he sentido en el teatro, un «deseo de lágrimas», hablando como el viejo Homero...»

René Doumic añade: «Es una obra llena de humanidad, hecha de sentimientos casi verdaderos, siempre elevados. El tono es moderno.» Albert Wolff, que acaba de responsabilizarse de la crónica dramática del *Figaro*, aplaude a todo meter «esta obra moderna, sin una palabra banal». Sarcey ve en ella el gran acontecimiento de la semana y en Maupassant al primer escritor de ese tiempo: «No me atrevo a decirlo, pero no estoy lejos de pensarlo.»

Con respecto a *La Paz de la Pareja*[1]. Variación sobre el trío conyugal, el mismo François Sarcey dirá: «Creo que Maupassant, si hubiese vivido, habría tomado un día posesión del teatro...» Para eso, hubiera tenido que ser menos irritable. Durante las representaciones de *Musotte*, se enfada con Victor Koning y le declara sin rechistar:

... Tiene usted éxito con el más ínfimo de mis relatos. Ahora bien, he escrito ciento veinte relatos al menos que valen más que éste. Son pues ciento veinte éxitos que se le escapan, es decir una fortuna. ¡Tanto peor para usted!

El asunto se corre por los bulevares para ir a parar a Auteuil: «Daudet me cuenta que Koning está muy enfadado con Maupassant y que a pesar de todos los intentos de Maupassant para reconciliarse, él persiste en su enfado. En este momento, Maupassant, según parece, se habría vuelto loco de orgullo y el tono de sus cartas es tan autoritario que habría ofendido profundamente al director del Gymnase. Y he aquí lo que ha traído la niebla. Maupassant quería que la reproducción de los artículos sobre la obra, pagada por Koning, contuviese la parte que celebraba su genio, preocupándose poco del elogio de la pieza, que es un poco el elogio de su colaborador, y Koning, se

[1] Obtenida a partir de *Al borde de la Cama*, *Gil Blas*, 23 de octubre de 1883, representada en el teatro Francés el 6 de marzo de 1893, con Bartet y Le Bargy.

preocupaba poco de la celebración del genio de Maupassant, preocupado solamente del éxito de la pieza.

«Ahora bien, Koning declara que, en esta obra, hay mucho de Jacques Normand que pasa por encima de Maupassant y que espera a su segunda pieza qué hará completamente solo y donde espera que se erija en el creador del nuevo teatro[1]»

De esta disputa, hay que considerar otra escena: Jules Claretie, administrador del Teatro Francés, recibe a Maupassant, que viene a hablarle de una obra. ¿Se trata de *La Paz de la Pareja* anunciada por la prensa?

– *No. Una comedia en tres actos, importante. No quiero dar nada antes de esta pieza que, en el teatro, será mi debut.*

– Tendré mucho gusto en trasmitir su pieza al Comité, que la aprobará con mucha alegría.

– *Precisamente. He aquí el quid de la cuestión. ¡No quiero pasar por el Comité de lectura!*

– ¿Cómo? ¡Para usted no se tratará más que de una formalidad!

Con voz pausada y mirada fija, Maupassant repite:

– *¡No quiero pasar por el Comité de lectura!*

Claretie explica que los más grandes, Hugo, Dumas, Balzac, Sand, Musset, se han sometido a ello. En vano

– ¡Entonces, tendré que renunciar al honor de representar una obra de Guy de Maupassant!

– *¡Ah! ¡no! ¡Eso si que no! ¡Insisto en darle mi pieza! La juzgará usted solo, la recibirá únicamente usted, y la representará!*

– ¡Solo! Pero insisto una vez más, mi querido Maupassant...

– *La escribiré este verano, el plan ya está acabado, se la traeré este otoño y usted la representará este invierno.*

Se crea una situación incómoda.

– *¿Come usted uvas?,* corta de pronto Guy.

– Claro que sí. A menudo.

– *¡Deténgase! ¡Ni una uva más! Todas las uvas de Francia están envenenadas por el azufre. ¡Ni una uva más!*

[1] Sabado 21 de marzo de 1891.

Debido a sus disputas con la prensa, con los propietarios de los inmuebles, con sus editores, con los directores de teatro, el abogado Jacob se convierte en el principal corresponsal del novelista, después de los médicos. El 30 de mayo de 1890, Guy le escribe, una vez más, loco de rabia. A instancias de Charpentier, el grabador Dumoulin ha hecho a espaldas de Guy su retrato para una reedición de *Las Veladas de Médan*. Maupassant fulmina: *Habiendo prohibido la venta de mis fotografías, como de todo tipo de retratos de mi persona* (...) *protesto con violencia, y declaro que me dirigiré a la justicia si mi imagen no es suprimida del volumen.* Recordando que ha rechazado la autorización a Nadar, a Havard, al *Monde Illustré*, a *L'Illustrattion,* etc. ataca a Charpentier. Ataca a Dumoulin quién, además, ha expuesto sin autorización el retrato en el Salón, en el Campo de Marte. *¿Cómo se arrogan el derecho de exponer y vender el retrato de un hombre, hecho a sus espaldas y contra su voluntad?*

¿Rasgo accidental, excepcional, cólera fortuita explicable por una irritabilidad en incesante progreso? No. Una constante de su carácter, al contrario, constante simplemente fustigada por el mal humor permanente, confirmada por una carta publicada en fac-simil en 1891 por *Litterature et Beaux-Arts*. Bajo un grabado que lo representa, según una foto de Liébert, Maupassant protestaba de nuevo: *Me he propuesto como una ley absoluta no dejar nunca publicar mi retrato en todas las ocasiones que pueda impedirlo. Las excepciones no han tenido lugar más que por sorpresa. Nuestras obras pertenecen al público, pero no nuestras imágenes.*

El periódico, que había publicado otra, se justificaba por una cita de Victor Duruy: «Para conocer bien a un escritor o a un artista, no basta meditar los libros de uno y estudiar las obras del otro; se necesita verlos a ellos mismo, pues el carácter se lee en la fisonomía. Es el alma que se muestra » (...) Nosotros nos sumamos a la opinión del Sr. Duruy. Contrariamente al autor de *Nuestro Corazón*, pensamos que «la figura» de los escritores de talento pertenece al público, sobre todo cuando su obra debe pasar a la posteridad...

Al mismo tiempo que el deterioro del clima interior, esto indica definitivamente esa fobia hacia su imagen que marca la personalidad de Bel-Ami. Paralelamente a la fascinación de los espejos que lo atraen, que le producen vértigo e introducen el terrible Doble en su vida, existe esta fría repulsión por si mismo, continua, estática, homogénea. Ella le ha seguido toda su vida, y unos seres tan diferentes como Gisèle d'Estoc, Heredia o su hija (probable) Lucienne, así lo han testimoniado.

Esto confirma bajo otro ángulo las conclusiones anteriores. Maupassant no se ACEPTABA más a si mismo como no aceptaba la vida. El «guapo hombre» tan envidiado no se gustaba. No era feliz en su piel, desde que dejaba de vivir como humanimal. ¡En el fondo, tenía sobre su apariencia la misma opinión que Goncourt!

6.

El proyecto marroquí – 1891: la subida de las tormentas – La opinión del Profesor Magitot – Esbozo de El Alma extranjera *– Nitchevo y nihilismo – La cura frustrada de Luchon – El hombre del agua fría –* El Ángelus *– Anatema al Dios criminal La rusa de Cimiez o el último romance de Don Juan.*

En marzo de 1891, el *Bel-Ami* se hace a la mar. El viento se ha establecido, el tiempo es claro y el *gran pájaro blanco* navega bordeando la costa hacia el Oeste. Al día siguiente, al paso por Porquerolles, Maupassant dirige un gesto amistoso a la invisible madrina. Al tercer día, el barco atraca en el viejo puerto de Marsella, tras una travesía sin historia. Guy almuerza con buen apetito en la Reserve – hace tiempo que no se ha permitido una bullabesa – y desciende por un sendero de cabras en el admirable pequeño puerto fenicio de los Auffes, matriz de Marsella.

El proyecto tan a menudo acariciado en París, ante la pintura de Riou, en las frías praderas verdes de Plombières, a lo largo del Monte San Peyre o, cuatro meses antes, en Tlemcen, toma cuerpo. Mallorca sin escala, Valencia. De allí, Alicante, Cartagena. Estaría bien permanecer un momento en Málaga, Gibraltar.... En las puertas de Hércules las aguas cambian de color. Pero solamente pasar. Ya puede ver Tanger, el imperial Marruecos, desde el mar esta vez. El crucero durará seis meses. Mañana, mañana. Descenderá por Safi y Mogador, hasta los confines de Mauritania. Los marinos (discutiendo como de costumbre) llenan los depósitos de agua dulce y cargan de víveres las bodegas.

El sol se oculta en una opera fabulosa pintada por Claude le Lorrain. Guy va a dormir a Noailles. Al amanecer, sube a bordo y encuentra a Bernard preocupado. El barómetro ha bajado. ¡739! Mar adentro, el mar está encrespado y el viento ha cambiado.

– Hay que pasar, dice Guy con el rostro endurecido.

– No es prudente, señor.

Maupassant frunce el ceño.

– ¡Recordad nuestro primer viaje!

– A sus órdenes, señor.

El ancla es izada. Doblan el faro penosamente. El viento alcanza los 60 kilómetros por hora y el *Bel Ami* mantiene el equilibrio en las crestas de las olas de cuatro metros, despedido hacia los arrecifes. Y luego, el cielo se oscurece aun, sin una nube, y el mar se vuelve de un azul eléctrico, como en la maravillosa *Caída de Icaro* de Breughel. El mistral entra de lleno. Esta vez hay que huir, velas abatidas, solo con el tormentín, y el gran barco se oculta por instantes bajo las ráfagas.

Es como la caída de Icaro. Las alas de cera se han derretido.

Maupassant no esperará al buen tiempo. Da la orden de regresar a Cannes. En la cabina, entre migraña y migraña, y como por fin el tiempo se calma, escribe *Un Emperador*, que ha prometido al *Figaro*, su última crónica.

A los cuarenta y un años, este hombre es todavía muy fuerte físicamente, pero el rostro se ha desmoronado; sobre la prominencia de los carrillos, destaca el hundimiento de las órbitas. Es el capitán de infantería fatigado, el viejo colono enflaquecido del que hablan sus amigos. Desde el punto de vista psicológico es peor. *Mi espíritu discurre por valles negros que me conducen a no sé donde. Se suceden, se entrecruzan, profundos y amplios, infranqueables. Salgo de uno para entrar en otro y no sé lo que habrá al final del último. Tengo miedo de que el hastío me decida más tarde o más temprano a no continuar esta ruta inútil.*

Esta carta fue escrita hacia febrero de 1891 a Marie Kann[1], la Musa oficial. La alusión al suicidio aflora ahí, como invertida esta vez. Como si tuviese miedo de que el HASTÍO lo conduzca a la autodestrucción, en lugar de que lo haga hacia la lucidez.

El 14 de marzo de 1891, Guy resumía la opinión del Dr. Dejerine, *un hombre que se dice de él que es superior a Charcot* (...) *Me ha dicho:* « Ha tenido usted todos los síntomas de lo que se llama neurastenia. Se trata de una fatiga intelectual: la mitad

[1] Publicada por Pol Neveux.

de los hombres de letras y de Bolsa están como usted. En resumen, nervios fatigados por el remo, luego por sus trabajos intelectuales, nada más que nervios que trastornan todo en nosotros; pero la constitución física es excelente... »

«*Higiene, DUCHAS, un clima tranquilo y cálido en verano, largos descansos solitarios. No me inquieta su caso*[1]»

Doce días más tarde, Guy se queja de los dientes. Está contento de que el crucero marroquí haya sido interrumpido por los vientos contrarios, el mal habría tomado un cariz peor en el mar.

Luego, todo se rompe. *Mi estado de miseria, esta imposibilidad de servirme de mis ojos y un malestar físico de origen desconocido, pero intolerable, hacen de mí un mártir*. El 23, es necesario arrancarle el diente que le tortura. Unas complicaciones comportan la entrada en escena de nuevos médicos, el profesor Emile Magitot, miembro de la Academia de Medicina, al que hemos encontrado en el puente del *Bel-Ami*, los cirujanos Pozzi y Lannelongue. Maupassant continúa sus objetivas descripciones: *he debido regresar a mi casa y acostarme, en tanto que el dolor de estómago del qué le he hablado me volvió de forma terrible, con los puños cerrados y picor en las piernas creo que todo mi almuerzo ha quedado en el estómago.*

Sufro atrozmente. Le he hablado el otro día de una abundante hemorragia que atribuí a una hemorroide interna. ¿No vendría de más arriba o bien es todo simplemente nervioso? Este dolor que regresa tan vivo hoy, permanece después de mucho tiempo. Tiene tal repercusión en los puños, las costillas y las mandíbulas en este momento que me pregunto si todas esas cosas no son una sola.[2]

El principio de esta carta, de una escritura todavía regular, no delata la fatiga más que por la puntuación defectuosa. La siguiente, escrita a lápiz, es más cansada. *Seis de la mañana – acabo de pasar una noche atroz. No he podido comer nada ayer noche. Todas las alucinaciones han comenzado, pero creo que hemos tomado un falso rumbo y que los trastornos atribuidos a*

[1] A. Lumbroso.

[2] Colección Daniel Sickles.

un seno son una resultante de una vieja alteración del estómago. No puedo beber un vaso de agua sin que se despierte este dolor, que es intolerable. No me puedo levantar. Si usted no puede venir a verme ¿quiere indicarme un joven médico en quién usted confíe y que le dará cuentas de lo que él crea probable? Odio molestarlo de este modo. ¿Recuerda que usted dijo que Robin sondándome me hacía un gran mal? Debió tocar simplemente el punto enfermo.

Perdón, y gracias. El estado de la boca y de las mandíbulas es igualmente doloroso pero no es nada comparado con el dolor del estómago.

La alusión a la boca permite datar este documento en abril de 1891, sin duda dirigido al Dr. Magitot, nueva celebridad médica.

Me ha sido comunicada otra carta a su madre por su propietario, el Sr. Max Brun. Escrita en la calle Boccador, sin fecha, el episodio de la dentadura la sitúa igualmente; después de abril de 1891, antes del verano. Como en la precedente, la escritura es firme en las primeras páginas, luego se deteriora progresivamente.

Mi querida madre,

Estoy muy preocupado, pues para responder a tu carta tengo un montón de cosas que decirte y me está prohibido escribir una línea. Naturalmente, Guy afronta la prohibición. *Cualquier trabajo con los ojos, me deja enfermo hasta la noche.*

En su correspondencia, la puntuación de Guy es casi siempre fantástica. Escritor, jamás la ha considerado realmente como un medio de expresión. Cuando se sirve de ella, es como periodista, con efectos forzados, líneas de puntos o exclamaciones triples, como en el episodio del lago de Tazenat. En la escritura corriente corta frecuentemente con una coma el verbo y el sujeto, no encuadra las proposiciones y parece obedecer a un ritmo sincopado que es sin duda su ritmo profundo, irregular, bajo la lógica y la eficacia del estilo, por debajo del yo consciente. La puntación, esta respiración, revela lo irracional bajo lo voluntario. Esta respiración se convierte tan

entrecortada que cuando se leen las cartas de este año, uno escucha a Guy jadear:

Es necesario que mis ojos descansen absolutamente. Creo que mi paso por Niza les ha hecho un gran daño. Han estado mejor antes de mi regreso aquí, luego el horroroso tiempo que estamos pasando me ha producido una nueva recaída con esa divergencia de la vista que ya tuve, primero una vez en Cannes, escribiendo Bel Ami; segundo, el último año en Cannes, y finalmente en Niza este año.

En cuanto al diente, el problema está resuelto, pero no estoy más que al borde de mis tormentos.

Junto a este cuadro de conjunto, el objeto preciso de la carta aparece. Si este hombre está cansado, su cerebro funciona normalmente, y dibuja de entrada el retrato del personaje esencial, el profesor Magitot que tiene toda su confianza: *El doctor Magitot, miembro de la Academia, es el que acaba de escribir, presentando en dicha Academia un informe violento y lleno de hechos de los que los periódicos han hablado ya de Cocaína.* (La mayúscula es de Guy. Significativo.)

Goncourt habla también del Dr. Emile Magitot, nacido en 1833, antropólogo célebre. «En casa de la princesa», la conversación entre Magitot y Dieulafoy ha versado sobre los morfinómanos[1]. El Dr. Magitot estaba muy bien preparado para ocuparse de su enfermo. *Conoce toda mi vida como yo mismo, mi vida de remero, pues tiene una casa en Villennes y conoce mucho a Zola. Ha visto mi casa de Étretat, conoce mi existencia en París y, poseyendo un apeadero en Théoule, me ha visto a menudo en el Midi.*

Ha sido partidario de la extracción del otro diente, afirmando que no sufriré más cuando el agujero del primero esté cerrado. Mientras tanto el maxilar esté expuesto al aire, tendré trastornos de los ojos y de los senos que están siempre afectados de neuralgias. Está apresurando mucho en este momento la cicatrización de ese agujero con unos puntos de sutura mediante electricidad, y estoy seguro que me hará ganar al menos tres meses sobre el trabajo normal de la naturaleza.

[1] 17 de mayo de 1882.

¿Guy se ha relajado? Escritura, lógica, puntuación se estrechan.[2] *Ahora bien, anteayer, como no había podido ir a verle, vino a mi casa. Es un anciano, por supuesto. Me dijo: «Hablemos. Puesto que tengo la suerte de encontrarle, lo que deseo desde hace tiempo, es darle unos consejos de sabio, pues usted ha llevado una vida de trabajo que* HABRÍA MATADO A DIEZ HOMBRES NORMALES.

Fue Maupassant quién destaca la última frase.

Reaparece la fatiga: repeticiones, líneas en pendiente, palabras aglutinadas y tachadas. *Hace tiempo quelopienso que que quiero advertirle. Quiere* (tachado) *Ha publicado veintisiete volúmenes en diez años. Esta labor loca ha devorado su cuerpo.*

Desde luego, el trabajo de Maupassant ha sido enorme, pero sin sobrepasar el de Balzac, Hugo o Zola. Lo asombroso, es más bien que ese trabajo haya podido realizarse en tal torbellino.

El cuerpo se venga hoy y lo inmoviliza en su actividad cerebral. Le hace falta un largo descanso y muy completo, Señor. Le hablo como le hablaría a mi hijo. Lo que usted me ha contado acerca de sus proyectos no me dice nada bueno. ¿Qué piensa hacer? Necesita de entrada abandonar París tan pronto yo haya acabado con su boca. No vuelva a Niza, es una ciudad enervante como ninguna otra, en verano, el puerto es un infierno, igualmente lo es el monte Boron (Guy había proyectado

[2] Analizando la escritura de Maupassant bajo un punto de vista más científico, Pierre Foix, director de la Escuela de Grafología, autor entre otros, de *La Grafología*, ediciones Payot, precisa algunos rasgos. Los documentos que le han servido son una carta escrita a Gustave Flaubert, del 5 de mayo de 187. (según el contexto: 1879) y otra dirigida a la Sra. de Alphonse Daudet, de 1890. «El trazado de ambas cartas es disímil. Se aprecia en el segundo documento una debilidad en la escritura, una inhibición, una disminución de tipo nervioso, una voluntad más viva que poderosa, una vitalidad que se apaga...» Cuando Pierre Foix me ha dirigido su estudio, el 14 de junio de 1965, no conocía nada del contenido de esta biografía. «Su escritura muestra al hombre amable, emprendedor, expansivo, ligero y diplomático, fino y perspicaz, teniendo tacto y saber hacer, su firma en lazo prueba su habilidad, sus buenas maneras. Quiere permanecer distinguido y hombre de mundo (...) Algunos rasgos vivos y rápidos significan impulsividad, impaciencia, reacciones un poco bruscas de un carácter un poco entero. Hay orgullo en su firma (...) Las reacciones de impulsividad podían traducirse mediante cóleras repentinas. Se volvía entonces duro en sus palabras, incisivo, mordiente. Los normandos de buena vitalidad son generalmente coléricos y arrebatados. Guy de Maupassant se jactaba de ser normando.» Este retrato merecía ser incluido en la documentación.

su instalación en los bosque del Este de Niza, para estar más cerca de Laure). *Le he hablado de mi barco. Él me dijo:– «Lo conozco. Lo encuentro muy bonito. Es un juguete encantador para un muchacho saludable que navega paseando a sus amigos, pero no es una habitación de reposo para un hombre fatigado de cuerpo y espíritu como usted.*

Dos años antes, Guy se recuperaba sobre el *Bel-Ami*. Esas estancias marinas han frenado la evolución del mal, en la medida en la que Guy huía de los placeres que lo extenuaban. Ahora, la vida marina se ha vuelto demasiado ruda. *En los buenos días, supone la inmovilidad bajo el sol centelleante sobre un puente ardiente, al lado de una vela deslumbradora. En los demás días, es un inhabitable domicilio bajo la lluvia, en los pequeños puertos. Si fuese dos o tres veces más grande y confortable como una vivienda, yo le diría que fuese allí. O bien, si usted estuviese en un país sin casas, al borde del mar y poblado de árboles, y solo, le diría: Utilice todos los días ese barco, pero no viva en él sin otro domicilio.*

Esta consulta contraría a Maupassant. *Me gustaría verlo muy aislado, en un país muy sano, no pensando en nada, no haciendo nada, y sobre todo no tomando ningún medicamento de ninguna clase. Nada más que agua fría ¡Eso es todo!...*

Guy concluye: *En cuanto a mí, dudo completamente. No sé ya que hacer. Tengo ganas de navegar.*

Todo Maupassant está en este enfoque. Él se informa, sopesa, luego en definitiva, se fía de su instinto más que de los sabios. Claro que el normando no cierra otras puertas: *Si eso no resulta, iré a los Pirineos que se me recomiendan mucho. Hablaremos de esto dentro de algunos días.*

En su amor filial, pero también en su dependencia, ese hombre de cuarenta años no quiere dejar creer a su madre que él decidirá solo. *En todo caso he hecho hacer para mi barco una tienda muy sólida cubriendo todo el puente que me asegurará dentro una residencia, pequeña, pero fresca, sea cual sea el sol en los puertos. En el mar, si marchamos durante días demasiado calurosos, quedaré en el interior como en un pequeño salón azul donde podré dormitar como en mi casa. En*

los pequeños puertos que me agraden, pasaré ocho días, paseándome sobre todo en los puertos de España (...)

La quimera regresa, El Dorado marroquí. Del condicional, salta al futuro: *Esperaré a que el tiempo sea bueno para partir. Pasaré algunos días en Niza, luego saldré al mar.*

Poco antes en una tormenta tan violenta como la borrasca del golfo de Lion, Guy aparece dolorido, cansado pero lógico, lúcido y emprendedor. El contraste es sorprendente entre esta carta y las páginas inacabadas de *El Ángelus*, sobre lo que trabaja en ese momento. Él se apiada en la obra; en la vida, continúa de amo a bordo. Hay que lamentar que la correspondencia de Maupassant haya sido desperdigada a los cuatro vientos. Si, en el transcurso anterior de su existencia, presenta a menudo un interés más biográfico que literario, ella es LA MISMA OBRA de sus últimos años. Entre dos crisis, el novelista escribe su muerte.

Maupassant habla a menudo de *su novela*. En esta época todavía el trabajo sigue siendo su primera preocupación. *¡El trabajo es tan bueno cuando se lleva bien!* De entrada quiere acabar las novelas en marcha, y luego tras una *especie de trabajo de análisis general de mi obra, pasaré revista a los grandes autores que creo haber comprendido mejor. A guisa de apéndice de este trabajo, cuento con dar mi opinión sobre la evolución que, yo creo, debe producirse en las diferentes clases en Francia durante el siglo XIX.*[1]

Sin embargo, como los descansos se espacian, le es necesario ir a lo esencial*: Estoy absolutamente decidido a no hacer cuentos ni relatos. Eso está agotado, se acabó, es ridículo. Además ya he hecho demasiados. No quiero trabajar más que en mis novelas*.

Amplía las historias como ha ampliado los artículos cinco años antes.

Mis novelas. En plural. En efecto, dos temas se disputan al novelista agotado, *El Alma extranjera* y *El Ángelus*[2].

[1] François Tassart.

[2] Maynial habla de un tercer título: *Después*. Nosotros no sabemos nada al respecto.

Es casi seguro en el transcurso de su estancia el año anterior en Aix-les-Bains, que se hubiese materializado la idea de la primera. Guy frecuentaba por aquel entonces a una princesa rusa que vivía en la Villa de las Flores, en el pabellón antaño ocupado por la emperatriz Eugenia. Otras informaciones nos hablan de una inspiradora rumana. Guy había resuelto incluso aceptar una invitación de Elisabeth, reina de Rumania. Protectora del arquitecto André Lecomte du Noüy, el marido de Hermine y seguramente algo más, lo que nos aclara el drama de la pareja, la mujer del rey Carol componía y escribía en cuatro lenguas bajo el seudónimo de Carmen Sylva. Se sabe como Guy trabaja: no es contradictorio.

Reunió detalles curiosos, tales como el de la Princesa con sus dos amantes, que no la abandonan nunca y que duermen en dos pequeñas camas a ambos lados de la suya. Ella tiene también un príncipe consorte que no viene casi nunca a Francia. Esta súper Patrona lo ha seducido y él quiere ponerla en escena en un *Mont-Oriol* a escala internacional, Aix, esta ciudad de duchas y de casinos, de higiene y de placer... esta ensalada única de mundanas y casquivanas.

El primer capítulo de *Alma extranjera* fue publicado en *La Revue de Paris* el 15 de noviembre de 1894. Paul Bourget nos ha resumido la línea general: «Maupassant quería mostrar lo que hay de dolorosamente irreducible en el conflicto entre las razas – dos seres precipitados el uno hacia el otro por todos los frenesís de la pasión, se abrazan, se desean, se aman – y siempre presente entre ellos, siempre viva, esta fuerza implacable de la herencia que quiere (...) que un mal considerado invencible separe siempre un hombre y una mujer venidos de las dos extremidades del mundo histórico y fisiológico...»

Retomando algunos de los temas de *Mont-Oriol*, esta novela iba en su nueva línea, la de *Fuerte como la Muerte* y *Nuestro Corazón.*

De esta nebulosa de *El Alma extranjera* emerge un cosmopolitismo barnizado de eslavismo. Guy, entonces bajo la influencia dominante de Marie Kann, ha conocido muchas eslavas. Analizando estas influencias orientales desde

Tourgueneff, André Vial ha ido más allá de los simples encuentros discerniendo en Maupassant de la segunda época una influencia de Dostoievski. Esta afirmación sorprende de entrada: por mucha admiración que se haya tenido por el autor de *Bel-Ami*, su penetración psicológica no puede ser comparada a la del espeleólogo de los *Karamazov*. Reflexionando, se ve mejor, sin embargo, lo que contiene de exacta. Desde *Fuerte como la Muerte*, el pesimismo y el nihilismo de Maupassant, bastante orientales en relación con la «razón» francesa, tomaban unas formas más matizadas. Por otra parte, es una regla corriente que todo escritor «llegado» se someta más o menos a la atracción de la ola que lo sigue y que lo adelanta. La tentación de batir a sus jóvenes rivales sobre el terreno es fuerte. En el mismo momento, Zola se volcaba hacia el socialismo mesiánico. Maupassant se sentía mejor armado, por la amistad con Tourgueneff, sus frecuentes entrevistas, sus lecturas y su pesimismo, para rivalizar con otra corriente no menos en boga, el análisis eslavisante...

El Idiota apareció en 1887, en la editorial Plon, con un prólogo de Melchior de Voguë, autor de *Novela rusa*. *Crimen y Castigo* data de 1884. Melchior de Voguë, el autor de *Los Muertos que hablan* había puesto de moda en Francia la novela rusa, en plena floración desde principios de siglo con Gogol, Pouchkine, Tourgueneff, Dostoïevski y Tolstoï[1]. Voguë frecuentaba los mismos salones que Guy. Una fotografía, probablemente de 1888, tomada por la Sra. Howland, de soltera Meredith, cuyo salón del Barrio Saint-Germain competía con el de la Potocka, el de la Sra. D'Aubernon, el de Geneviève Straus y el de Juliette Adam, muestra a Bel-Ami, de perfil, soñador, en compañía de la Sra. de Brassia, de Melchior de Voguë y de Geneviève Straus. Guy ha aprendido siempre mucho más en la conversación que en los libros. Lo más convincente en esta hipótesis de la influencia eslava está precisamente contenido en la idea del Dios malvado que se encarniza con su criatura, el dossier de Dios, idea que ya hemos visto aparecer y aumentar y que va a convertirse a su vez en obsesión, una idea también «muy rusa».

[1] *Guerra y Paz* había sido acabada en 1869, *Anna Karénina* en 1876.

Sin embargo, paralelamente a esta *Alma extranjera*, otro embrión novelesco se estaba gestando, al que Guy pronto bautiza *El Ángelus*. La concurrencia entre ambos proyectos apremia a ese infeliz que no dispone incluso más que de un cuarto de su capacidad de trabajo y que es consciente de ello. En febrero de 1891, Guy confiaba su preocupación a Laure: *Cuando descanso mis ojos dos o tres días enteros, enseguida vuelven a tomar la claridad. Pero estoy agotado por los retoques de nuestra pieza* (se trata de la famosa *Musotte*) *y el pensamiento de* EL ÁNGELUS, *que no avanzan*.

¿Qué aportaba entonces de tan seductor este Ángelus para que él destronase *El Alma extranjera*, novela para Michèle de Burne? *El Ángelus* ofrecía al Maupassant de los sufrimientos un tema de otro modo hundido en él. Esta nueva historia de la guerra de 1870, de una madre sacrificada, de un hijo mártir y del Dios culpable de tolerar el mal, era una suma de sus mitos.

El 9 de mayo de 1891, Guy metía *El Ángelus* en su equipaje. Había elegido. El 4 de junio escribía a Hermine, la fiel, su desesperación*: Hace dos meses que no abandono mi habitación ni mi cama. Hoy incluso tengo una consulta con tres médicos. Se me va a enviar pasar cuatro o cinco meses en una soledad absoluta. Parto el sábado o el lunes, sin duda el sábado. ¿Quiere venir a verme mañana viernes...?*

No es sin embargo hasta finales de mes, acompañado de François, cuando comienza un periplo fantástico cuyo objetivo previsto eran los Pirineos, aconsejado por el Profesor Magitot.

En un momento de alivio, como en cada evasión, pasa por Tarascon y Avignon. En lo alto de los Doms, dominando el río y las ruinas del puente de las bellas damas, se detiene bruscamente.

– *¡Es ella, François! ¡Es ella!*

François ve a su señor apuntando como un seter, con la mirada fija, a una estatua de santa Nevia-Felicite, en un relicario de Nôtre-Dame des Doms. El rostro serio de la pequeña santa será el de la heroína.

En Nimes, el 1 de julio, Guy fotografía la Torre Magna. El 2, el puente del Gard, mira evolucionar una batería de artillería. Por Arles y la Camargue, Montpellier, Cette, Béziers, el país

cátaro, llevando con él su propio Dios del mal, el viajero maldito llega a Toulouse, donde duerme muy mal en el Hotel Tivollier, calle de Alsacia-Lorena. En Bagnères-de-Luchon, desde muy temprano, se sofoca en el *fondo del volcán que huele a azufre hasta el punto de hacer perder el conocimiento en la calle*. Una vez más, es necesario huir. Es un desastre, una derrota, una debacle individual. El Profesor Magitot se ha equivocado.

Atravesando un París ardiente que discurre a sus pies, Guy encuentra a su viejo amigo de Étretat, el pintor Fournier. El otro tiene aspecto de estar desconcertado ante ese hombre arrugado y delgado, con rostro doliente, que le tiende la mano. Estupefacto, el pintor exclama, demasiado tarde:

– ¡Ah! ¡Maupassant!

– *¿Me reconoce?*

– ¡Vamos, bromea usted!

– *¡No es una broma! Nadie me reconoce. Es un hecho.*

Guy toma a Fournier por el brazo.

– *Padezco cada vez más de horribles migrañas. Solo la antipirina me proporciona un poco de calma* (...) *Creo que es únicamente a causa de ese veneno por lo que tengo ahora horribles lagunas de memoria. Las palabras más simples me faltan. Si tengo necesidad de la palabra cielo o de la palabra casa, desaparecen súbitamente de mi cerebro. Estoy acabado.*

Luego, abrupto:

– *¡Qué ladrones, esos editores!*

Grancher expide al infeliz a Divonne-les-Bains, en el Ain, y advierte a Henry Cazalis.

Maupassant y François se han instalado en casa de la viuda de un médico, en una pequeña granja, próxima a Divonne. Guy informa a Henry Cazalis: *No creo que vaya a durar mucho tiempo, sobre todo por las costas, sobre el mar, cada vez más enfermo, del cerebro y del cuerpo. Estoy en Divonne al que voy a dejar como consecuencia de las incesantes tormentas, de los chaparrones y de la humedad. Estoy al extremo de mis fuerzas, no habiendo dormido desde hace cuatro meses* (...) *El cuerpo está fuerte; la cabeza más enferma que nunca. Hay días en los que tengo ganas de meterme una bala dentro.*

Las alucinaciones visuales van acompañadas de alucinaciones auditivas. No, la Villa de Chambret, en Vasenex, no está encantada. No hay fantasmas. No son más que ratas. Sin embargo huye a Divonne. Ha establecido su cuartel general en el Hotel de la Truite, regentado por Gaud, cuyo hijo se acuerda aún del ilustre novelista de extraño comportamiento, que repartía bombones entre los niños a la salida de la escuela y que ocupaba en el hotel de su padre, en el segundo piso, la habitación 8. Por la noche, los sirvientes colocaban tres docenas de bujías sobre una bandeja de hierro y las subían a la habitación del escritor.

Dejando la bicicleta a Zola y a Tolstoï, ha comprado un triciclo. Por las bellas rutas sinuosas del Jura, circula hasta Ferney, a saludar a Voltaire. Ha partido casi alegre, es un hombre azorado a quién François recibe por la noche. Bajo el intenso sol ha tenido un desfallecimiento y se ha caído de la máquina.

Conocemos esta excursión por una carta escrita el 6 de agosto, desde el chalet del Mont Blanc, a Jacques Normand, su colaborador de Musotte[1].

... Hoy mismo he ido a ver, en mi triciclo, la casa de Voltaire en Ferney; ir y regresar desde Divonne a Ferney, veintiocho kilómetros en dos horas y diez minutos, pasando todos los coches en las subidas y en las bajadas.

Al regresar, me he ido a arrojar en esta piscina de Divonne, tan fría que somos solamente tres o cuatro sobre trescientos pacientes que la aceptamos. Voy a darme una zambullida en ese agujero de donde sale ese chorro glacial y violento. Me lanzo y regreso a la escalera. A su salida, el agua está a 5º (...) *Caigo allí como un pez en el agua, en su agua, y estoy seguro que yendo una temporada, todos los años, a este frío, me mantendré mucho tiempo a flote. Soy el hombre del agua fría.*

En resumen, soy una especie de Pan moderno al que París mata (...)

En su agua, el hombre del agua fría y Pan moderno... En el momento en el que la noche comienza a cubrir al escritor, jamás ha sido tan lúcido.

[1] *Le Gaulois*, domingo 23 y 24 de octubre de 1897.

Tras momentos de calma fugitivos, las crisis regresan. ¡Cazalis! ¡Sólo Cazalis puede salvarle! Cazalis lo envía Champel-Ginebra, *más caliente que Divonne*. Allí tiembla. Exige que enciendan el fuego en el Hotel Beauséjour.

Se encuentra con Auguste Dorchain. Cazalis ha advertido discretamente al poeta a la llegada de Maupassant:

– Lo he traído aquí para hacerle creer que no tiene, como usted, más que una neurastenia. Dígale que a usted el tratamiento lo ha fortalecido. Su mal no es el suyo. No tardará usted en comprobarlo.

Al principio se comporta con normalidad, afable. Maupassant pronto produce una extraña impresión en el colega. ¡Cazalis tenía razón al advertirlo!

– *¡Vengo de Divonne, en donde he sido sorprendido por un desbordamiento del lago! El agua subía hasta el primer piso.*

Sin pestañear, Guy afirma a Dorchain, que no puede creer que él bromee, haciendo girar su bastón: *¡Con este bastón, me he defendido un día contra tres chulos por delante y tres perros rabiosos por detrás!*

Le da un gran golpe en la espalda y le guiña el ojo; en Ginebra, ha encontrado a una soberbia muchacha.

– *¡Una mujercita! ¡Querido! ¡Así! He estado brillante. Estoy curado.¡Estoy curado! ¡Sepa usted que en Ginebra he sido recibido por el Sr. de Rothschild! ¡El grande! ¡El gran Rothschild!*

Lo que además no tiene nada de inverosímil, puesto que el barón Edmond, olvidando *Mont-Oriol*, lo ha recibido en su castillo de Wadesden, en Inglaterra. Pero el tono es insoportable. Y luego, por la noche, cenando con los Dorchain en su pequeño chalet, Maupassant habla de pronto con «una lucidez, una lógica, una elocuencia extraordinarias».

Conmovido por esta velada, Dorchain ha tomado notas. Sin él, no sabríamos gran cosa de la última pasión literaria de Maupassant, capital para su comprensión, *El Ángelus*. «Se trataba de la historia de una mujer, en vísperas de ser madre, y que su marido, soldado, ha dejado sola en el castillo familiar, durante el año terrible. La noche de Navidad, los prusianos invaden la casa; tras una breve resistencia, ellos relegan a la

infeliz en un establo, tras haberla maltratado e incluso herido; y, sobre la paja, mientras a lo lejos suenan las campanas de la iglesia, trae al mundo a su hijo, como antaño la Virgen María. ¡Pero qué hijo! Un hijo herido, lisiado a causa de los golpes propinados a su madre, un hijo con las piernas rotas... Los años pasan sobre él sin curarse, pero afinando su alma al amor infinitamente tierno de su madre, como para que él pueda sufrir más. ¿Es qué acaso Jesús ha venido al mundo parar traer alegría?... Un día, cuando se ha convertido en un joven, una muchacha pasa por su vida y el lisiado la adora con su gran y tierno corazón, pero sin que pueda decírselo, y sin que ella pueda amarlo. Es a su hermano mayor, a su hermano sano y guapo a quién ella ama...» Su madre trata de consolarlo. «Y el pobre hijo sacudía la cabeza. Y se iba; y por todas partes, siempre, debía ver pasar ante sus ojos... ese fantasma encantador al que no podría aproximarse nunca... una muchacha. Y Maupassant lloraba acabando su relato, que duró dos horas.»

Tenemos aquí, casi milagrosamente, la última ficción del novelista.

Un fragmento de este relato fue publicado en *La Revue de Paris*, el 1 de abril de 1895, con un tono bastante parecido al de *Señorita Fifi*. He aquí un pasaje, contado por Hermine. La joven condesa de Brémontal entra en la habitación ocupada por los alemanes, seguida de su hijo:

– ¿Es usteff la señoggga de este castillo?

Ella permanecía de pie ante él, sin haber devuelto su insolente saludo, y respondió un «sí» tan seco que todos los ojos fueron de la mujer al soldado.

Él no se inmutó y dijo:

– ¿Cuántas peggsonas hay aquí?

– Tengo dos viejos criados, tres criadas y tres ayudantes de la granja.

– ¿Fuestro marido, qué hace? ¿Dónde eftá?

Ella respondió audazmente:

– Es soldado como usted, y lucha.

El oficial replicó con insolencia:

– ¡Bien! Entonces ahora eftá muerto.

Y se rió con una risa de barbudo. Luego, cuando hubo reído, dos o tres prusianos rieron a su vez, tan bruscamente, con timbres tan diferentes que daban la nota de las francachelas teutonas. Los demás se callaban examinando con atención a esta valiente francesa.

Entonces ella dijo, desafiando al jefe con una mirada intrépida:

– Señor, usted no es quién, para venir a insultar a una mujer en su casa, como ha hecho.

Siguió un gran silencio, bastante largo, terrible. El soldado permanecía impasible, riendo siempre, como el amo de la situación que puede querer todo a voluntad.

– No, dijo, uffted no efftá en su casa: uffted efftá en nueftra casa. Nadie efftá en su casa en Francia.

Y continuó riendo, con la radiante certeza de afirmar una verdad incuestionable y asombrosa.

Ella respondió, exasperada:

– La violencia no es un derecho. Es un crimen. Usted no es más que un ladrón en una casa desvalijada.

Una cólera se iluminó en los ojos del prusiano.

– Foi a demoftrarof que sois vos quién no efftá en su casa. Pues os foi a ordenar abandonar efta casa.

Al ruido de esta voz desafiante, dura y fuerte, el pequeño Henri, más sorprendido que horrorizado por esos hombres, se pudo a emitir unos gritos penetrantes.

Oyendo llorar al niño, la condesa perdió la cabeza, y la idea de las brutalidades a las qué esta soldadesca se podía librar, los peligros que su querido pequeño podía correr, colmaron su corazón de unas ganas locas, irresistibles, de irse de allí, de huir, no importa a dónde, a una choza del pueblo. Se la arrojaba afuera. ¡Tanto mejor!

¡*Mademoiselle Fifi,* desde luego, pero más melodramática! ¿Qué habría dicho esta vez la pobre Moussia? Sin embargo, hay todavía anotaciones típicamente maupassantianas: *Esa sensación de frío se deslizaba por ella, entrando en su alma tanto como en su cuerpo, y a esta angustia física se añadía la de la inmensa catástrofe abatida sobre la patria.*

De este modo, su vida (*Una Vida*), una última vez, se identificaba con la de la patria mutilada, encarnada en esta infeliz (su madre) y en ese desgraciado héroe (él), disminuido en la gestación por la brutalidad de un oficial alemán (como él mismo moralmente por la derrota), presa del egoísmo de un hermano (ecos de *Pierre y Jean*). *El Ángelus* compilaba todos los demás temas o casi todos, la heroína embarazada, una noble, el frío, el horror a la muerte, el rencor nunca apagado de la ocupación, Normandía... etc. Para conseguirlo, hace uso conscientemente de sus últimas fuerzas. *Voy, por lo demás, en mi Ángelus, a dar todo el poder de expresión del que soy capaz; todos los detalles estarán allí dados con una minuciosidad que no habrá nada de fatigante. Me siento admirablemente dispuesto para hacer este libro* (...) *Será la coronación de mi carrera literaria, estoy convencido de que sus cualidades entusiasmarán de tal modo al lector artista que se preguntará si se encuentra ante una realidad o una novela.*

Esa misma noche, antes de despedirse de la pareja Dorchain fascinada, Maupassant declara fríamente: *Estas son las cincuenta primeras páginas de El Ángelus. Desde hace un año, no he podido escribir ni una más. Si, en tres meses, el libro no está acabado, me mato.*

Por primera vez, Maupassant ha limitado el tiempo que se concede.

Estamos en agosto.

Tomará su decisión a finales de diciembre.

La publicación de *La Revue de Paris* se acompaña de una nueva *imprecación* en la que Maupassant retoma y desarrolla la teoría del *Dios criminal*, meditación ya completamente expuesta en las cartas a la Potocka, en un suspiro del pintor Olivier Bertin, de *Fuerte como la Muerte*: «¡Ah! aquél que ha inventado esta existencia y creado a los hombres ha sido un ciego o un malvado...» ,todavía más en *la Belleza Inútil*.

He aquí esta última página suspendida en el vacío: *Eterno asesino que parece no disfrutar más que del placer de producir para saborear insaciablemente su encarnizada pasión de matar de nuevo, de recomenzar sus exterminios a medida que crea*

seres. Eterno hacedor de cadáveres y proveedor de cementerios, que se divierte a continuación en sembrar semillas y esparcir gérmenes de vida para satisfacer sin cesar su necesidad insaciable de destrucción.

Para él, Dios no crea más que para destruir. Y va más lejos todavía que el anatema al Dios que ha ensuciado el amor. Sobrepasa el maniqueísmo que equilibra el Dios del mal y el Dios del Bien. Para él, Dios es el mal.

¿Sabes cómo concibo yo a Dios? cómo a un monstruoso órgano creador, desconocido por nosotros, que siembra por el espacio millones de mundos, de la misma manera que un pez sembraría sus huevos en la mar si estuviese solo. Crea, porque crear es la función de Dios; pero no sabe lo que hace, es estúpidamente prolífico (...) *Uno de los pequeños accidentes imprevistos de sus fecundidades ha sido el pensamiento humano; accidente local, pasajero, imprevisto, condenado a desaparecer con la tierra...*

Desde luego, el novelista emite estas palabras en un decorado de Manet, en un entreacto de la Opera, mediante un personaje, Robert de Salins, pero la voz es siempre la suya: *Asesino hambriento de muerte oculto en el espacio, para crear seres y destruirlos, mutilarlos, imponerles todos los sufrimientos, golpearlos con todas las enfermedades, como un destructor infatigable que continúa sin cesar su horrible tarea. Ha inventado el cólera, la peste, el tifus, todos los microbios que corroen el cuerpo, los depredadores que devoran a los animales más débiles*[1].

¿Para Maupassant, quién está redimido en este planeta? ¿Quién es bueno? ¿Amable*? Los animales. Solamente, sin embargo, las animales son ignorantes de esta ferocidad, pues desconocen esta ley de la muerte que los amenaza tanto como a nosotros.*

Dios, gigantesco falo, es malo para los hombres. No hay para ellos más salud que en la regresión a la animalidad, prohibida por la vida en sociedad. ¡Pero eso es lo que propugnaban ya las religiones primitivas de Baal, de Egipto y de Cnosos! En el umbral de la agonía, Maupassant lleva hasta el

[1] *La Belleza Inútil.*

extremo lógico de la blasfemia su dialogo con el Carnero de Palermo. Gigantesco, el simbólico animal extiende su sombra sobre el universo saqueado del pequeño toro triste.

Irascible, Maupassant provoca un escándalo en la mesa del hotel y se encara con el médico del establecimiento porque éste le niega las duchas heladas, la ducha de Charcot. Caín sin crimen debe huir todavía. Cannes, su refugio. Evoluciona en dientes de sierra. El 30 de septiembre, telegrafía a Laure: *Lo llevo admirablemente. Ya no tengo miedo en Cannes. Doy deliciosos paseos por mar. Permaneceré aquí hasta el 10, luego iré a beber en Paris un trago de vida mundana de tres semanas para prepararme para el trabajo*. Quince días antes pensaba en el suicidio. Está curado. Y luego, en la calle Boccador, el «indecible mal» del que habla François lo tumba. ¡Cazalis, Grancher y Déjérine lo reenvían a Cannes!

Ese otoño una familia rusa se instalaba en Cimiez. La heredera admiraba tanto a Maupassant – dice ella– como a Choderlos de Laclos. Como Marie Bashkirtseff, diez años antes, ella le ha escrito. Él responde desde París, el 18 de octubre, sin embargo en plena crisis.

Señorita,

Todos los detalles que usted me pregunta acerca de mí son bien fáciles de dárselos, y su carta es tan divertida y original que no puedo resistirme al placer de hacerlo.

Aquí esta en primer lugar mi retrato hecho el pasado año en Niza[1]*. Mi edad, 41 años, puesto que usted me dice la suya, muy lejos de la mía. Las demás demandas de su curiosidad, también están al alcance de sus ojos.*

Estaré de vuelta en Cannes, donde pasaré el invierno, en el Chalet de l'Isere, carretera de Grasse, de aquí en ocho días. Mi yate me espera en el puerto de Antibes.

Pongo a sus pies, Señorita, mis sentimientos asombrados y seducidos.

La señorita, decepcionada, toma esta invitación por una grosería. Guy se explica y vuelve a caer en la dinámica de las correspondencias anteriores, donde al mismo tiempo aparece el

[1] Precisamente para este uso. El de Tiel.

carácter rutinario: *He pensado, al contrario, que usted quería intrigarme, como tantas otras se han divertido en hacerlo – y no conocerme. Busco en ser muy claro acerca de todos los puntos para no tener apariencia de huraño. No lo soy en la vida. Creo incluso que nadie lo es menos que yo. Pero soy ante todo un observador. Lo que me divierte, lo examino. Lo que me parece insignificante, lo deshecho educadamente. ¿Acaso no es esa una conducta muy normal y educada?*

La jovencita todavía no está satisfecha. Esta vez, Guy corta, desde el Chalet de l'Isère de donde acaba de ir a parar. *Esta carta es la última que usted recibirá de mí.* (...) *El interrogatorio de álbum que usted me envía ha sido para mí una revelación asombrosa*[1]*. Mantengo mi vida tan secreta que nadie la conoce. Soy un desengañado, un solitario y un salvaje.*

Trabajo, eso es todo, y vivo de un modo tan errante para estar aislado que, durante meses enteros, solo mi madre sabe donde estoy.

Es el último autorretrato de Guy, clamando sinceridad. *Nadie sabe nada de mí. Paso en París por ser un enigma* (...) *He roto con todos los hombres de letras que me atisban por sus novelas. No permito nunca a un periodista entrar en mi casa y he prohibido que se escriba sobre mí* (...) *Solamente permito hablar de mis libros.*

Y como su corresponsal, celosa, ha hecho alusión a una Moussia mejor tratada, él precisa: *He respondido a la Señorita Barskishef* (sic) *en efecto, pero no he querido verla nunca. Ella me ha escrito que lo conseguiría; marché para África respondiéndole que ya tenía bastante de esa correspondencia.* (...)

Son siempre los mismos giros de un Casanova prematuramente envejecido, deshinchado, reducido a su carcasa, crujiendo antes del fin, caricatura de la misma novela, ayer idealizada, con Maríe, que la va a ver realista y provocadora con Gisèle d'Estoc, siempre la misma, siempre matizada, a partir de ahora siniestra como un ballet de plañideras en el lecho de muerte.

[1] Probablemente el famoso cuestionario Marcel Proust que circulaba por los salones.

¿*El Ángelus*? Maupassant SABE que no hay esperanza. Va a mantener la palabra dada.

7.

Algunos perros que aúllan – Nochebuena en las Islas – En la ruta de Grasse – Informes médicos antes del internamiento – Un fondo hereditario – La jornada del 1 de enero de 1892 – El último «acto» – Un suicidio «como tiene que ser» – La movilización – Laure decide – En el muelle de los veleros.

Desde su ventana del Chalet de l'Isère, Guy de Maupassant ve el mar y la punta del Estérel, más allá de La Napoule. Cuando está de buen humor – cosa que todavía ocurre – saluda la cruz del monte San Peyre.

– Acabo de saber, señor, que su vecina es la viuda de Littré, dice François.

– ¡Estupendo*! No abandonaremos la* literatura. ¡Decididamente esta casa me gusta!

He alquilado en Cannes un chalet encantador al abrigo de todos los vientos, en pleno Midi (...) *Si fuese mía la llamaría mi estufa*... A pesar del urbanismo de este barrio, uno imagina aún apenas el alivio que Maupassant experimentaba refugiándose en esta sólido edificio provenzal, en el número 42 de la avenida de Grasse, que no se indica más que de paso por una cita anodina en *Sobre el Agua*: *Todo es amable sobre esta deliciosa rivera.*

Sin embargo, esas sonrisas pronto se enrarecen. En octubre de 1891, un librero inglés le avisa de que *la Casa Terrier* se ha agotado en la editorial Havard. Él lo hace comprobar por un notario y su abogado emplaza a Victor Havard a tener en el almacén un mínimo de 500 ejemplares. El proceso es brutal. Nuevo asunto, *L'Etoile*, de Nueva York, ha publicado una amplia novela en inglés basada en su relato *Testamento*, sin su autorización, y firmándola bajo su nombre. Lo sabemos por Lumbroso y por un telegrama de Guy a su madre fechado el 19 de octubre de 1891, desde París.

AQUÍ ESTÁN LOS GRANDES FRÍOS OTRA VEZ. ES HORA DE QUE ME VAYA. PARTIRÉ VIERNES O SÁBADO. ENVÍAME INMEDIATAMENTE EL PERIÓDICO

AMERICANO ÉTOILE DE NUEVA YORK. VOY A TIRARLES BALAS ROJAS[1].

Por todas partes emprende procesos judiciales. Sobre el *Bel-Ami*, insulta a las olas. En el chalet, tiene bruscos accesos de arrogancia:

– Cuántas veces le he dicho, François, que me llame «Señor Conde».

Aparece un nuevo delirio, la obsesión de la sal. *Me he sentido mejor ayer y le he enviado un telegrama tranquilizador, pero he pasado una noche de descomposición cerebral espantosa, mi cerebro era presa de un dolor horrible. El sudor chorreaba por mi frente como una fuente esta mañana he caído en mi jardín. He adelgazado 10 kilos en 8 días.*

La puntuación no sólo es deficiente; la escritura se desarregla, la sintaxis vacila, sin arruinar, no obstante, la belleza de esos textos.

Escribiéndole, mi frente se pone a sudar y mi cabeza me repite palabras sin sentido. El aire de aquí cargado de sal es sin duda causa de esta agravación pues desde que he llegado los trastornos han aumentado día a día, y siento que mi respiración salada es causa, un causa (¿) *constantemente agravante de la creciente excitación de los trastornos del cerebro.*

He preguntado a Daremberg si no sería un reblandecimiento cerebral producido por los baños. Me ha dicho que el reblandecimiento era ignorado siempre por el loco, mientras que yo siento, yo razono muy bien lo que me ocurre. Este trastorno además data del tercer día de los baños, pero parecía atenuarse cuando he dejado París. Aquí se ha vuelto terrible[2].

La obsesión toma un relieve francamente delirante:

He descubierto ayer, día de odiosos sufrimientos, que todo mi cuerpo, carne y piel, estaban impregnados de sal... Tengo unos trastornos o más bien unos dolores terribles por todo lo que entra en mi estómago (...) *No saliva – la sal ha secado todo – sino una pasta odiosa y salada que se escurre por los labios* (...) *Creo que es el comienzo de la agonía* (...) *Mis dolores de*

[1] Colección Mary Lecomte du Noüy.

[2] Colección Daniel Sickles.

cabeza son tan fuertes que la tomo entre mis manos y me parece que es una cabeza de muerto....

Las imágenes enormes son fulgurantes.

Algunos perros que aúllan expresan muy bien mi estado. Es una queja lamentable que no se dirige a nada, que no va a ninguna parte, que no dice nada y que arroja en las noches, el grito de angustia encadenada que yo quisiera poder emitir... Si pudiese gemir como ellos, iría algunas veces, con frecuencia, a una gran llanura en el fondo de un bosque y aullaría de ese modo, durante horas enteras, en las tinieblas. Objetivo, Maupassant concluye: *El cerebro todavía está vivo, pero no puedo escribir. No veo. Esto es el desastre de mi vida.*

Entonces, retoma su decisión. No morirá loco. Se matará antes. ¿Cuándo? Demasiado pronto sería estúpido. No es necesario descuidar ninguna posibilidad. Pero arriesga el «demasiado tarde»: no estar ya suficientemente lúcido. Ese «demasiado tarde» le produce más miedo que el demasiado pronto. Entre dos gemidos hace su testamento. La sucesión será asegurada mediante Godot: *Estoy muriendo. Creo que estaré muerto en dos días. Ocúpese de mis asuntos y póngase en contacto con Colle, mi notario en Cannes. Esto es un adiós que le envío* (...) *¡Es la muerte inminente y yo estoy loco! Mi cabeza se pierde. Adiós, amigo, ¡no me volverá a ver!*

El Diario de los Goncourt, con fecha 1 de octubre de 1893, contiene esta nota: «En la Navidad (1891), en la qué tenía la costumbre de cenar con su madre, como buen hijo, le escribió que no podía ir allí, porque cenaba, según sus palabras, «con nuestras amigas» (...) La Sra. de Maupassant se limitaba a decir a Alexis que LAS AMIGAS eran dos mujeres judías: no nombraba a las hermanas Kann. ¿Qué pasó en esa cena de Nochebuena? Al día siguiente, Maupassant enviaba a su madre un telegrama sin firma ni encabezamiento, anunciándole que esas damas estaban enfadadas con él e incluso con ella; y en efecto, ella no las volvió a ver jamás.»

El incidente fue exagerado, pues, a pesar de estas alusiones, esa noche en Santa Margarite, en el decorado de las Islas, debió ser más trágico que escandaloso. No se sabe nada además.

Maupassant mira su revolver. Mi madre se morirá. ¿Pero no moriría también seguramente sabiendo que me han internado? «¡Eres tú, el loco de la familia!» ¡No! ¡Hervé no! ¡Sobre todo Hervé no!

Al día siguiente de esa escandalosa Nochebuena en las Islas, tras la cena, Maupassant, sintiéndose mejor, sale. Unos instantes de calma, y vuelve a encontrarse como antes. Va a caminar un rato por la ruta de Grasse y a saborear la noche. François lo ve regresar casi enseguida, lívido, el rostro desencajado, tiritando:

– *Vengo de pasearme, François. He mirado la iglesia, el puerto. Veía el Bel-Ami. En el cruce de la ruta del cementerio, he visto un fantasma. ¡He tenido miedo! ¿Sabe usted lo que es el miedo?*

– Sí, señor.

– ¡No!

El miedo. Lo fantástico. Un miedo al más allá. No el del soldado. Aquel que ha analizado a menudo: *El miedo es como una descomposición del alma* (...) *El auténtico miedo, es algo como una reminiscencia de los terrores fantásticos de antaño*. Y este fragmento, capital: *Un hombre que cree en los aparecidos, y que se imagina percibir un espectro en la noche, debe experimentar el miedo en todo su espantoso horror.*

¡Ahora bien, él ha escrito eso hace diez años!

– *Ese fantasma, François, era el peor... Era...*

Los ojos de esmalte centelleaban en el rostro petrificado:

– *¡Era yo mismo!*

Hablaba jadeando, con los ojos llenos de horror.

– *Se ha acercado a mí. No me ha dicho nada... Simplemente ha alzado los hombros con desprecio. Me detesta... François, no olvide cerrar todas las puertas y los postigos con doble cierre*. Un largo silencio. La voz retumba:

– *¿François ,usted... usted cree en fantasmas?*

– Yo... no lo sé, señor.

– *¡Yo tampoco, François, yo tampoco! Lo peor es que no creo en los fantasmas. Sé que son alucinaciones... ¡Sé que los fantasmas están en mí!*

Al principio de sus trastornos, caídas de cabello, dolores de ojos, migrañas, los médicos han visto con claridad que se trataba de la sífilis. Y luego, parecen haberse retractado. Incluso el propio Maupassant. ¿Pereza, conveniencia, rechazo de estar obligado a la continencia sexual?...

Nada de sorprendente en ello. «Las manifestaciones iniciales de la parálisis general son a menudo esta excitación intelectual, esta exaltación funcional, esta hiperproducción de ideas, incluso esta exaltación genésica, ese erotismo desenfrenado, que caracterizan tan bien los mejores años de Maupassant[1].» Pero no se conocían entonces las razones microbianas de esta «euforia».

¿Los ojos? ¿*Los irritantes ojos*? El oftalmólogo Edmond Landolt, al que consulta Maupassant en 1883, y que concluye en sus notas que se trata de una sífilis con una proporción de 80 casos sobre cien, dirá, en términos de conversación ordinaria a Edmond de Goncourt que, aunque Maupassant tenía muy buenos ojos, «eran semejantes a dos caballos que no se podían llevar y conducir juntos – y que EL MAL ESTABA DETRÁS DE LOS OJOS». Será seis años después de la muerte de Guy, en 1899, cuando Babinsky demostrará que el desarreglo ocular llamado «síndrome de Argyll Robertson» es un síntoma irrefutable de sífilis; será solamente en 1913 cuando Noguchi identifique el treponema en el cerebro de los paralíticos generales. En fin, no se comenzará a curar la parálisis general hasta el año 1917.

De ahí este atroz baile de ciegos alrededor de un agonizante.

Maupassant, consciente de esta impotencia, cambia sin cesar de médicos. Incluso acudirá a probados charlatanes. Después de la famosa carta a Pinchon, de *la gran viruela*, marzo de 1877, ya no cree en la explicación venérea. De ahí esta idea tan extendida de que no quiso curarse. Por supuesto que se cuidó. Constantemente. Incluso tenía pánico a la enfermedad, al contagio, como expresa en *Las Hermanas Rondoli* o en los cuentos. Pero se cuida mal, con remedios de eficacia pasajera, como el éter o las ventosas, la hidroterapia helada o el sol. La medicina tenía entonces los ojos vendados ante la sífilis.

[1] Henry Ey, P. Bernard y Ch. Brisset. *Manual de Psiquiatría*. 1960

El 2 de noviembre de 1893, cuatro meses después de la muerte de Maupassant, el Dr. Gilbert Ballet dedicando su curso al periodo prodrómico de la parálisis general, citaba precisamente el ejemplo del escritor, el cuál, tomado su caso por una simple neurastenia, había sido duchado durante varios meses, hasta el día en el que se manifestaron con toda claridad los síntomas de la parálisis general.

Pocos escritores han suscitado tal floración de opiniones médicas. Estas tesis, desde el Profesor Lacassagne al Dr. Charles Ladmae, no difieren, para el público no especializado, más que por algunas variantes. Se está seguro de lo esencial: Maupassant no murió LOCO, Maupassant murió sifilítico. Que la evolución de este mal haya tomado formas de sífilis del sistema nervioso más que de una parálisis general propiamente dicha, es una distinción que hay que dejar a los especialistas. La fuente siempre es la misma: el mal del siglo.

La tesis del Dr. Charles Ladmae, puesta a punto en 1951 a partir de un estudio anterior de 1919, parecía decisiva. Charles Ladmae parte de la antinomia entre una OBRA INTACTA Y PODEROSA que se realizó hasta 1890 y se detuvo de repente, por una parte, y, por otra parte, una inexorable enfermedad, contraída mucho tiempo antes.

Entre 1919, fecha del primer estudio, y 1951, la puesta a punto, aparecieron en efecto unos documentos, especialmente las notas de Landolt[1]. Era, de ahora en adelante, imposible cuestionar que los trastornos de la vista, como los desórdenes mentales de 1891, tuviesen el mismo origen. Desde el punto de vista médico, la antinomia entre la enfermedad y la obra se resolvía: Maupassant «pudo haber dotado a la literatura de una obra tan perfecta como abundante, porque su afección, una sífilis nerviosa, quedó mucho tiempo localizada fuera del cerebro» y «no alteró las facultades mentales del genial escritor hasta 1891, cuando se dispersó por la corteza cerebral».

El propio Maupassant, al final de su vida, retomando el tono teatral de la carta a Pinchon, contó varias veces como, a los

[1] Georges Normandy, en *El final de Maupassant* (1927)

veinte años[2], había contraído su mal, con una *encantadora rana*, compañera de remo, una hermana de Berthe Lamarre, de Mosca, o la propia Mosca. Si uno se basa en esas confidencias, es pues sobre 1871 como mínimo o hacia 1876 a lo más tardar cuando es infectado. Además probablemente acumuló los trastornos venéreos, grandes y pequeños.

Según el Dr. Maurice Pillet, que se basa en las confidencias de un amigo de Guy, Pierre Giffard, habría ocurrido en 1873. Según el Dr. Sabouraud, en 1876, con esta precisión: «Sífilis primaria en enero o en febrero de 1877, y contaminación en diciembre de 1876.» El Dr. Lacassague concluye, él también, por la tesis de una enfermedad adquirida, favorecida por el recrudecimiento general del mal en Europa en el transcurso de los años 1875-1878, y considera la caída del pelo como indicativa de una sífilis secundaria en plena expansión.

En estas perspectivas, que no difieren más que por los detalles, el Profesor Ladmae ha considerado igualmente los antecedentes familiares, tanto paternos como maternos, considerando éstos últimos más claramente marcados, por una «neurótica», hermana de Alfred Le Poittevin, del qué sabemos que conoció la misma autoscopia que Guy. De ahí la conclusión probable de una sífilis adquirida, con un fondo de neuropatía hereditaria.

Varias causas se han conjugado en el naufragio de Bel-Ami, el treponema, el terreno hereditario, las fatigas denunciadas por el Profesor Magitot, las incertidumbres médicas, y por último el recurso de los estupefacientes, principalmente el éter. Esto también era familiar. Laure lo reconocía en 1892. «Estoy vieja y muy enferma y los narcóticos que tomo a vasos llenos acaban de gastar mi pensamiento.»

El 27 de diciembre, durante el almuerzo, Maupassant tose y se atraganta.

– *Un trozo del filete de lenguado ha pasado a mis pulmones*.

[2] En esta hipótesis, sería entonces hacia 1871, probablemente inmediatamente después de la derrota, pero es más pruedente tomar la locución “veinte años” en su sentido vago. Segun los reguerdos del abuelo de Marcel Allain, Pascal Allain, el primer síntoma habría tendo lugar incluso antes de los veinte años, en Étretat.

La lógica, que se resistía algunos días antes a la aparición del Doppelgänger, se desmorona. Una hora más tarde, el *Bel-Ami* con Guy a bordo regresa después de un corto paseo. Guy tiene muchas dificultades en descender de la gabarra y en desembarcar, tiene anquilosadas las piernas.

El 28, en Niza, Guy permanece silencioso durante el almuerzo con su madre, y la pequeña Simone incluso no lo anima. El 29, por la tarde, el Dr. Daremberg viene a verle. Guy le recibe en su bañera. François los oye reír. En el jardín, acompañado por el mayordomo, Daremberg dice, preocupado:

– Su señor es de una complexión muy fuerte, pero está afectad de una enfermedad que ataca al cerebro. ¡Y sin embargo, acaba de hablarme de su viaje a Túnez, citando nombres y fechas, sin una laguna en su memoria, sin una vacilación!

El 30, Guy se dirige en triciclo a casa de Muterse, en Antibes, charla ampliamente con él de los trabajos de mantenimiento en el *Bel-Ami* y lo invita a almorzar en el Chalet de l'Isère para el día siguiente. Muterse no advierte nada anormal. Pero en esa comida, los ojos de su anfitrión están rojos e idos. En el salón, se deja caer sobre el canapé, sin una palabra. «Viene sin embargo a sentarse a la mesa, cuenta François, pero, al primer bocado, se levanta y, habiendo pronunciado algunas vagas palabras de excusa, desaparece.»

El 1 de enero de 1892, Guy, normal, se levanta a las siete y ordena preparar el barco para la tarde. François le presenta sus mejores deseos para el año que entra, llevándole el correo. Entre las tarjetas, la de Alexandre Dumas hijo. Guy se queja de una niebla ante los ojos y deja la pila de cartas con lasitud.

En esto, llegan los marinos.

– Señor, dice Bernard, este holgazán de Raymond, que tiene la más grande boca de la costa cuando no se le pregunta nada, y yo, hemos venido a desearle un buen y feliz año con muy buen viento, y ningún golpe de esa zorra de mar.

– *Gracias*, dice Maupassant controlando su emoción.

–François, no perdamos el tren, mi madre nos espera. Si no vamos creerá que estoy enfermo.

François y su señor toman el tren para Niza, donde Guy almuerza en los Ravenelles, como de costumbre. Laure lo encuentra pálido y se inquieta. ¡Oh! ¡esas palabras!

– *Mamá, una pastilla acaba de advertirme de algo grave*.

Acabada la comida, ella suplica a Guy:

– ¡No te vayas, hijo mío, no te vayas!

En la obra de Lumbroso pueden encontrarse otras confidencias de Laure remontándose a una crisis anterior: «Yo me aferraba a él, le suplicaba, arrastraba a sus pies mi impotente vejez. Él continuó con su obstinada visión. Y vi como se hundía en la noche... exaltado, loco, divagando, yendo a no sé donde, mi pobre niño.» En efecto, la separación fue dramática. «A las cuatro, dice François, el coche los recogió para llevarlos a la estación.» En Cannes, no era cuestión de salir a la mar. En el Chalet, Guy pone una camisa de seda y cena ligeramente, ala de pollo, crema de chicoria, suflé de arroz a la vainilla, regado con agua mineral.

Luego, camina los cien pasos desde el salón al comedor. Camina para componer; camina para reflexionar y soñar; camina por caminar. Ahora, camina para decidir.

Tassart prepara una taza de manzanilla y le aplica unas ventosas. Su señor se acuesta a las once y media. François ve como cierra los ojos, hacia las doce y media, y se retira, dejando la puerta abierta. Se dispone a dormir, cuando abajo suena el timbre. François se levanta, baja. Un telegrafista trae un telegrama «que viene de un país de Oriente». Este telegrama contiene «las felicitaciones de la enemiga más implacable de la existencia de mi señor», la persona misteriosa a la que François llama con temor y rencor la Dama de gris. El mayordomo echa un vistazo a Guy adormecido y deposita sin ruido el telegrama en la mesilla de noche[1].

François regresa a su cama. Hacia las dos menos cuarto, un violento tumulto lo despierta de nuevo. Con los ojos dilatados, buscando a tientas donde ésta, no comprende lo que pasa. ¡Un

[1] Esta historia del telegrama entregado en la noche parecía extraño; el telegrama que prohibía la incineración del hindu de Étetart había debido esperar a la apertura de la oficina de correos. De una investigación hecha en el ministerio, se desprende que el hecho es plausible, ya que la oficina de Cannes se beneficiaba entonces de una prolongación del servicio hasta las once.

gigante se sacude en la habitación del señor!. Se levanta, titubea, llama a Raymond. Los dos hombres suben la escalera y encuentran a Maupassant de pie, ensangrentado, sacudiendo violentamente los postigos para intentar arrojarse por la ventana.

Seis años antes, Maupassant había escrito:

Entonces volvió a sentarse ante la mesa; abrió el cajón del centro, cogió un revolver y lo colocó sobre sus papeles, a plena luz. El acero del arma brillaba, lanzaba reflejos semejantes a llamas. Lo contempló algún tiempo con la mirada turbia de un hombre borracho; después se levantó y empezó a caminar.

Iba de un extremo a otro de la estancia, y de vez en cuando se detenía para volver a caminar al punto...

Cogió entonces el revólver, abrió la boca mucho con una horrible mueca, y se metió dentro el cañón como si hubiera querido tragarlo. Permaneció así unos segundos, inmóvil, con el dedo en el gatillo[1].

Esta escena, escrita mucho antes de ser vivida, está como proyectada en la vida por la obra. Es casi exactamente lo que ha pasado. Los escritores no desconfían bastante de lo que escriben. La pistola brillaba sobre la mesa. Guy disparó. Todo debería haber acabado. Y él no oyó el ridículo chasquido del gatillo.

Maupassant comprende que se le acaba de robar su muerte. Una terrible indignación lo invade. Loco de ira, ve el abre cartas y trata de degollarse. Aullando de dolor, ensangrentado, convertido en un héroe del Gran Guiñol, arremete contra la ventana. Esos postigos, los conoce mal. Su cerradura resiste. Sacude salvajemente. Oye unas llamadas, pasos. Aúlla con más fuerza que antes. Parece un loco y se comporta como tal, precisamente porque no quiso estar loco.

¿Quién ha retirado las balas del revolver? ¿Quién es el responsable de la prolongación de esa agonía? François[2]. François advertido por Laure. François persuadido de que ha actuado bien. Algunos días antes, cuando en la noche su señor ha disparado unos tiros sobre un imaginario merodeador. «¡Ah!

[1] *La pequeña Roque.*

[2] Lumbroso y Maynial.

¡François! ¡François! ¿Por qué ha cambiado usted las balas del revolver[1]?»

A partir del momento en el que el sirviente y el marinero entran en la habitación, los testimonios divergen. Hay dos razones, la incertidumbre general de los testigos, desde luego, pero también la discreción de François, tantas veces presto a presentar las cosas «como se debe». Primera versión, Maupassant le habría dicho:

–¡Mire! ¡mire! ¡Es la podofilia quién me ha aconsejado esto!

Desde hacía varios meses, Guy ingería podofilia en pastillas, un purgativo de moda. Se le ha oído hablar de esas pastillas en los Ravenelles y hablará más todavía en el transcurso de las semanas siguientes.

Esta versión es el primer relato de François al periodista Stiegler de *L'Echo de Paris*. En las demás, las cosas suceden de un modo más ennoblecido.

– *Vea, François, lo que he hecho*, dice Maupassant, *me he cortado la garganta. Es un caso de locura absoluta.*

De las dos fórmulas, François ha elegido la que convenía mejor a la idea que él se hacía de una tentativa de suicidio correcta.

Naturalmente, el otro testigo, el marinero Raymond, también fue interrogado por los periodistas. «Yo subí al primer piso y encontré a mi señor a punto de golpear contra la fachada los postigos de su habitación. Con toda la pena del mundo, logré extenderlo sobre su cama; se debatía con una fuerza inaudita. Con la muerte en el alma, me vi obligado a atarlo.»

[1] Camille Oudinot.

Este detalle ha sido omitido por François[1]. En resumen, se venda al enloquecido. El Dr. de Valcourt hace las suturas necesarias. La llaga no es profunda. Una vez que el médico se va, Maupassant habría manifestado efectivamente a François y a Raymond *su pena por haber hecho semejante cosa y causar tantas molestias. Nos da la mano a Raymond y a mí; quería pedirnos perdón por lo que había hecho y medía toda la extensión de su desgracia*[2].

Hacia las ocho de la noche del día siguiente, 2 de enero, después de una jornada confusa, Maupassant se levanta de su cama:

– ¿François, está preparado? Partimos. ¡Se ha declarado la guerra!

Sorprendido al principio, François le sigue la corriente:

– No hay que precipitarse, señor. No debemos partir hasta el día siguiente al día de la movilización.

– ¡Cómo! ¿Acaso quiere usted retrasar nuestra partida? Estábamos de acuerdo en que para la revancha, iríamos juntos. ¡Lo sabe usted bien! ¡Es necesario! ¡A cualquier precio! ¡Y lo haremos!

Este delirio arroja una luz sulfurosa sobre el paisaje mental completo de Maupassant, desde la infancia hasta esta lenta muerte sarcástica. Es la confirmación del endurecimiento expresado en *El Ángelus*. Guy hombre, se parecía un poco al niño y al adolescente turbulento, impetuoso, romántico, que había sido. Toda su vida, se mantuvo generoso y comprensivo, desde luego, pero algunos nervios motores han sido seccionados.

[1] Pierre Borel ha obtenido con posterioridad las siguientes declaraciones del patrón Bernard: «Eran más o menos las once de la noche. Estabamos acostados, Raymond y yo, en una habitación de la planta baja. De pronto oímos un ruido formidable... Precipitadamente Raymond y yo subimos a la habitación del escritor. El Sr. de Maupassant, cuya fuerza era herculea, golpeaba los póstigos de su habitación contra la pared. Nos apresuramos, con toda la pena del mundo, a acostar al escritor. Este, tras debatirse un rato largo, acabó por calmarse y casi nos pidió excusas, estando persuadido que nos había maltratado...» Este testimonio es integralmente apócrifo, siendo las horas incorrectas y encontrándose Bernard con su familia esa noche. Precisamente lo citamos porque es FALSO.

[2] Tassart.

La vida había destrozado algo en él. El delirio del Chalet de l'Isère lo confirma absolutamente. Esto ha pasado sobre todo en el transcurso de la guerra de 1870. MAUPASSANT NO HABRÍA ACEPTADO COMPROMETERSE, ES DECIR VIVIR CON LOS DEMÁS UNA HISTORIA COMUN SALVO EN UNA GUERRA CONTRA ALEMANIA. ¡SE HABRÍA ARROJADO CON ENTUSIASMO! Sólo, ese móvil habría podido impelerlo a actuar.

En el paroxismo de la crisis, resurgía en el hombre enfermo, el pequeño soldado traumatizado por la derrota. Estamos seguros ahora, Maupassant jamás superó el doble impacto de la guerra y de la derrota. Su pesimismo es una consecuencia más que una causa. No se puede hacer la guerra a los veinte años.

La decisión está en manos de Laure. La voluntad de su hijo es determinante y no siempre habrá un François para descargar los revólveres. Los médicos son rigurosos: hay que internarlo. Ella se enfurece ¡Ah, no! ¡Qué esto no termine como con Hervé! ¡Qué terrible escándalo! Luego reflexiona. Ante la unanimidad de los médicos, cede. ¡Pero no en Bron! ¡No hay más que un lugar, la casa del Dr. Blanche, la primera de Francia, que sea digna de un Maupassant! Un castillo para el nacimiento y el más snob de los asilos, la «Casa Tres Estrellas», para la agonía.

El día 4, llega al Chalet de l'Isère el enfermero enviado por el Dr. Blanche.

En todos los tiempos, desarmados ante las formas descabelladas de la alineación, los hombres han reaccionado obscuramente del mismo modo. Han sentido que era necesario de algún modo DESPERTAR AL ENFERMO. La fusta, la tortura, la rueda, la ducha helada, el miedo a los espíritus o el diablo, la hipnosis, la fosa de las serpientes, el electro-choc químico no han sido o no son más que formas más o menos empíricas de DESPERTAR. Como si el alienado hubiese salido por distracción de él mismo. Entonces, ocurrió algo extraordinario.

Alguien dijo:

– ¡Su barco!

No se sabe quién tuvo esa idea, pero antes de enviar a Guy a París, los médicos deciden llevar a Maupassant ante el *Bel-Ami*. La intuición es admirable, no desde el punto de vista teatral solamente, sino médicamente.

Ese claro día de enero, los habitantes de Cannes vieron pasar un extraño grupo de caballeros serios sobre el muelle de los veleros, bajo la vieja iglesia, ante el inmenso golfo azul. En el inolvidable olor de la mar y del barniz de los cascos, un hombre abotargado y flaco, con los ojos como globos, titubea entre dos enfermeros con los brazos oprimidos por la camisa de fuerza.

Los estudios sobre Maupassant deben mucho al coleccionista italiano Alberto Lumbroso, a menudo citado. Artine Artinian, que lo conoció al final de su vida, hizo el retrato de este amable erudito, que ocupaba en Frascati un lujoso apartamento en un convento de monjas. El modo en el qué este coleccionista de recuerdos napoleónicos se interesó por el escritor normando es singular. Poco después de la muerte del novelista, del que no se preocupaba nadie en absoluto, Alberto Lumbroso había de ser, él también, residente en Passy. El azar quiso que ocupase la habitación 15 en la qué Guy había muerto, en el último piso. No necesitó más. En contacto con Laure al principio, se convirtió en el primer gran coleccionista interesado por Bel-Ami. Que él haya comprendido genialmente la importancia del último dialogo frustrado de Guy con el gran pájaro blanco no nos sorprende. Había estado enfermo y amaba a Guy:

«El cielo azul, el aire líquido, la línea elegante y querida del barco, todo eso pareció calmarlo. Su mirada se volvió dulce... Contempló largamente su navío, con mirada melancólica y tierna...»

Maupassant movió los labios pero no salió ni un solo sonido. Como se le llevaba en brazos, giró varias veces la cabeza para ver su barco. Nada se podía hacer ya por el infeliz. El *Bel-Ami*, su proyección feliz de madera, de tela y cordajes, su doble, radiante, aquél, su maravilloso navío, no había podido impedirle caer en el infierno que su inconsciente anunciaba sin tregua desde *El Horla*.

Sexta parte

La cita con los espejos

A veces, en el fondo de mi corazón envejecido, envenenado de incredulidad, se despierta, durante algunos instantes, mi pequeño corzón ingenuo de jovencito.

1.

Yo las colecciono – «El hombre rodeado de mujeres» – La Dama de gris – Eterómano-erotómano – Tres diablesas para una agonía – «Una joven muy precoz» – Menuda historia – La escandalosa Gisèle d'Estoc– Una sufragista en los albores de la Tercera República – Visita al profesor de esgrima – El atentado del Restaurante Foyot – Probable valor del «Cuaderno Gisèle».

El telegrama de la Dama de gris, abandonado sobre la mesilla de noche de Guy, materializa los enigmas de una vida sentimental tan compleja en sus acontecimientos como en su psicología. La obsesión por otros lugares, que lanzaba a Maupassant cada vez más hacia las rutas o hacia el agua, condicionaba también su comportamiento con las mujeres. Ni las angustias, ni las migrañas, ni las molestias de los ojos, ni el propio trabajo, ni los hijos clandestinos, ni la intermitente tentación de una vida más regular, lograban atenuar su apetito.

Para compensar la exigüidad del apartamento de la calle de Boccador, acaba de alquilar un piso de soltero a dos pasos. En abril, pide a Robert Pinchon *que le consiga en el mejor hotel de Ruán una bonita habitación soleada con una buena chimenea...* Sin embargo está enfermo, afectado de una enfermedad incurable y de terribles neuralgias. Sí. Pero enfermo o no, Don Juan no vendrá solo: *No cuentes a nadie mi paso por aquí. Es necesaria mucha discreción para la que me acompaña, pues tiene un marido molesto...*

El piso de soltero nos demuestra que Bel-Ami, versión normanda y burguesa de Don Juan, no se ha desarmado. Digamos trescientas (como lo sugiere él mismo en el cuento bretón), estando probablemente por debajo de la realidad. Además, ¿cómo poder calcularlo? Él mismo fue incapaz.

Una soberbia rusa, a la que conoce en un baile mundano, se instala con él y allí se queda hasta que Guy dice a Tassart:

– *¡No la quiero ver más, échela fuera!*

A ésta le sucede una americana de encrespada cabellera rubia, novelista, que lo amaba «for his good heart, for his

extreme loyalty, and his great kindness...» (Guy no se encontraba allí más que con zorras)... Estas son las dos damas «de una elegancia extraordinaria» de las que habla François, a finales de marzo de 1887.

François edulcora sistemáticamente:

«Una joven dama vestida en gris pregunta si el Sr. de Maupassant está en casa.

– No, el señor ha salido.

– Pues bien, entro, ¡déme con qué escribir!

En una hoja de papel escolar, la visitante escribe: «cerdo».

Maupassant regresa, lee y rompe a reír.

– *¡Qué el diablo las lleve a todas!*»

Se trataba de una auténtica marquesa, hija de un antiguo ministro del Imperio.

Una parte de la zafiedad de Maupassant procede, según el mismo confiesa, de que no sabe romper. *Las colecciono. Hay alguna a la que no veo más que una vez al año, a otras cada diez meses, otras en el momento de acabar, otras los días en los qué tienen ganas de cenar en el cabaret...*

¡Qué carcajadas en la sala de redacción del *Gaulois,* cuando él narra esta crónica de sus años verdes![1]

Una «sensible mujer» le envía veinticuatro muñecas, seis vestidas de mundanas, seis de monjas de negro con cofia blanca, seis endomingadas y seis viudas. Guy las alinea. Pussy, la gata y Jacquot el loro juegan con ellas. Inspirado, Guy pide a François viejos pañuelos y transforma a las viudas en mujeres embarazados. Luego ordena al mayordomo que restituya las muñecas a sus cajas y las reenvíe a quién se las ha expedido, la Potocka. ¡Entre el bulevar Malesherbes y el Arco del Triunfo, las condesitas cotillearon durante ocho días! «¡Ah! querida, es

[1] 31 de enero de 1881.

increíble, ¿sabe usted? – ¡Seis! ¡En una misma noche! ¡Entre dos crepúsculos!»

En mayo de 1887, en Chatou, Guy compra a unos pescadores ciento cincuenta ranas vivas para hacerlas llevar a una tal Señora C. *François, quisiera que las ranas le salten al rostro y se dispersen por todo su salón. Entréguele la cesta sin que desconfíe... ¡Y sobre todo que la abra ella misma!*

La dama, mosqueada, hace desatar el paquete por François quién defiende mal su consigna. Ante la irrupción de las ranas, ella no pierde su sangre fría.

– ¡Sí, claro! ¡Las ranas! Las ancas son la parte interesante. François, lleve esto al lago del Bosque de Bolonia!

Su comportamiento se expresa en sus bromas, mezcladas jovialmente de groserías. Se divierte en llevar un gorro de tres pico o recibir a Camille Oudinot y a Hermine vestido con un frac verde, porque adora causar impacto.

– ¿Ha comido usted carne de hombre? le pregunta una radiante tontita.

– *No.*

– ¡Ah!

– *De mujer*.

– ¡Oh!

– *Es delicada y sabrosa. ¡Incluso repetí!*

Es uno de los mejores números de su repertorio. La bella y frágil H., de un frescor de rosa, le ha jugado una mala pasada. Él se venga presentándole a un seudo riquísimo español. Ella se deja seducir sin desconfiar. El español se aprovecha de la bella y desaparece al amanecer... dejándole un luís sobre la mesilla de noche.

En diciembre de 1889, en el número 14 de la avenida Victor Hugo, François encuentra, tras la partida de su señor, las cenizas de un manuscrito que él había todavía visto por la mañana, marcado en lápiz azul *a repasar,* crónicas italianas en las que Maupassant «mostraba a las damas de Vicence encerradas en el fondo de una caverna, las luchas de Pisa, de Florencia y de Milan. Estaba tan bien hecho, tan bien contado que uno podía seguir los acontecimientos como si hubiesen pasado ante nosotros». Este trabajo inédito de doscientas veinte páginas,

quemado sobre el altar de una Venus en tránsito (todavía una rusa), era violentamente hostil a Francesco Crespi, el enemigo declarado de Francia, partidario de la alianza con Alemania, señala André Vial.

Muchos asuntos eran menos tenebrosos, como su breve encuentro en Inglaterra con la *flamenca de Gand, de sangre generosa, con su soberbio perfil y una garganta, ¡oh! una garganta... Sin ella, no habría pasado cuarenta y ocho horas en ese insípido país...* Invitado por Ferdinand de Rothschild, en 1886, quería ver Oxford, por recomendación de Paul Bourget. Lluvia, viento, frío, hambre, Guy tenía todo en contra; Admira el museo Tussaud y la Bella Dormida, pasa la última velada en el Savoy, y se va, dejando esta nota: *Tengo demasiado frío, esta ciudad es demasiado fría. La dejo por Paris; hasta luego, mil gracias.*

¡Algo lo empujaba hasta Escocia! Una exquisita señorita de los alrededores de Glasgow, le ha enviado un cojín de salón bordado en oro, con su fotografía de rubia de las brumas y una carta del padre, muy inocente, invitando a Guy a ir a cazar la gallina salvaje. ¡Pero Guy tenía ya demasiado frío en Londres!

Por algunas amistades amorosas, más o menos platónicas, ¡qué generosos paseos! Maupassant, o el hombre «repleto de mujeres».

A pesar de esta incapacidad confesa de amar, ¿alguna de ellas ha tenido más importancia que las otras? ¿Hermine? ¿La Potocka? ¿Marie Kann, la más oficial? ¿La señorita Litzelmann? ¿La Dama de gris, que François Tassart ha evocado bajo ese novelesco sobrenombre al modo de Arsène Lupin de Étretat? Ésta aparece tardíamente en sus memorias, el 18 de mayo de 1890, más o menos al mismo tiempo que Marie Kann en la vida de su señor. «Es de una notable belleza y lleva con una elegancia suprema sus trajes entallados siempre de color gris perla o gris ceniza, estrechados en el talle por un cinturón trenzado con auténticos hilos de oro...»

A finales de junio, ella regresa varias veces. En noviembre, alcanza a Guy en Paris, en la calle Boccador. En marzo de 1891, en Cannes, Maupassant la encuentra en una villa de la Croisette.

François refiere «la dama impecable, la enigmática». La recibió el 15 de agosto de 1891, en Divonne, a las 9 de la mañana. Ella queda seis días y Guy la ve partir con alivio. ¡Cuando se acuerda de lo que ha pasado en Divonne, no puede olvidar la presencia de esta diablesa entre bastidores!

El 20 de septiembre de 1891, en París, el timbre eléctrico suena con tono fúnebre... François va a abrir: «Me encuentro de frente con esa mujer que tanto mal ha hecho ya a mi señor. Como siempre, pasa altiva y entra en el salón, sin que su rostro, que parece de mármol, haya hecho el menor movimiento. Lamento no poder haber tenido el valor de ceder a mis impulsos de alejar a ese vampiro. Mi señor todavía viviría.»

Lo que era quimérico, por supuesto.

Frank Harris nos refiere las palabras con las qué Maupassant describe a esta mujer: *Todo me gusta en ella. Su perfume me embriaga y cuando se ha evaporado, el olor de su cuerpo es más excitante todavía. La belleza de sus formas, la seducción inefable de sus negativas y de sus consentimientos me sobreexcitan hasta el delirio. Nunca he disfrutado de tales goces y nunca los he tenido semejantes...*

¿Hay que creer en ese tono? Uno estaría tentado... si no se encontrase ya en *Un Loco*, que se remonta al 23 de agosto de 1882. La intriga de este relato es débil y romántica, como en la mayoría de los textos del ciclo de la locura, de su primera época. Lo que importa, es el análisis desde el punto de vista amoroso.

Quise a esa mujer con un arrebato frenético... Y, sin embargo, ¿es cierto? ¿La quise? No, no, no. Ella me poseyó en alma y cuerpo, me invadió, me encadenó (...) *Pero a Ella, a la mujer de todo esto, al ser de ese cuerpo, la odio, la desprecio, la execro, siempre la he odiado, despreciado y execrado; porque es pérfida, bestial, inmunda, impura.*

Los comienzos de nuestra relación fueron extraños y deliciosos. Entre sus brazos SIEMPRE ABIERTOS. (Sus ojos) *eran grises al mediodía, se teñían de verde a la caída de la luz, y eran azules con el sol levante. No estoy loco: juro que tenían esos tres colores.*

En los momentos del amor eran azules, como acardenalados, con pupilas enormes y nerviosas (enorme

eficacia del adjetivo). *Sus labios, agitados por un temblor, dejaban brotar a veces la punta rosa y mojada de su lengua, que palpitaba como la de un reptil...*

¡Nadie creerá que se trata de un retrato elegante! ¡Cómo bien es cierto, este don Juan odia a las mujeres y no las posee más que porque las odia! ¡Y qué real es esta mujer que lo repele, lo atrae y le resulta fatal! *Ella es* LA MUJER DE PERDICIÓN (es el mismo quién lo destaca. ¡Habla como un Padre de la Iglesia!), *el animal sensual y falso que carece de alma, en quien el pensamiento jamás circula como un aire libre y vivificador; es la bestia humana; menos que eso, no es más que un flanco, una maravilla de carne suave y redonda que habita la Infamia.*

La mayúscula es suya.

¿Quién fue, en la vida real, esta mujer odiada, a la que conocemos por la Dama de gris? Maupassant no nos proporciona más que un detalle: le encantaba montar a caballo. No encontramos mucho esta característica en las amantes identificadas de Bel-Ami. Lo importante, es que a Maupassant tenía debilidad por este tipo de mujeres. Las conoció en todas las épocas de su vida y ellas lo acabaron acompañando hasta las puertas del asilo.

Maupassant no podía romper con la «vampiresa» denunciada por François, atado por unos lazos demasiado poderosos, COMO LA DROGA. El excelente Profesor Magitot no ha logrado todavía hacerle renunciar al éter, como lo prueba el corto texto titulado *Sueños*.

– Fue estando afectado de violentas neuralgias cuando hice uso de ese remedio del que tal vez haya abusado un poco luego (todas las palabras son precisas, incluidas «un poco»). *Tenía en la cabeza y en el cuello intensos dolores* (...) *Tome un gran frasco de éter y, acostado, lo aspiré lentamente. A1 cabo de unos minutos creí oír un murmullo vago, que se convirtió muy pronto en una especie de zumbido, y me pareció que todo el interior de mi cuerpo se tornaba ligero, ligero como el aire, que se vaporizaba.* La experiencia es directa y precisa. *Pronto la extraña y encantadora sensación de vacío que tenía en el pecho se extendió, alcanzó los miembros, que también se tornaron*

ligeros (...) *No dormía, velaba; comprendía, sentía, razonaba con una claridad, una profundidad y un poder extraordinarios, y una alegría del espíritu, una embriaguez extraña se desprendía de aquel decuplamiento de mis facultades mentales* (...) *Era yo un ser superior, armado de una inteligencia invencible, y saboreaba un delicioso goce comprobando mi poder...*

Por el alivio temporal y ese doble sentimiento de lucidez y de superioridad, fue por lo que durante mucho tiempo el escritor recurrió frecuentemente a la droga.

Desde los treinta años, Guy estaba intoxicado. Hablando de su *Pierre y Jean* al Dr. Maurice de Fleury, psiquiatra y cronista médico del *Figaro*, Maupassant confesaba: *Ese libro, que usted encuentra tan sabio y que, yo lo creo también, da la nota justa, no he escrito una línea de él sin embriagarme con el éter. He encontrado en esa droga una lucidez superior.*

Para un médico, esa no es más que una de sus fanfarronadas habituales.

Finalmente, Hermine Lecomte du Noüy, que ha hecho todo lo posible por presentarlo bajo su mejor aspecto, ha reconocido ante el Dr. Maurice Pillet que las migrañas habían arrastrado a su amigo a «abusar de los estupefacientes». ¡Y ella estaba lejos de saberlo todo!

Incluso su madre, como acabamos de verlo.

Eterómano. Erotómano.

La Dama de gris no le aportaba más que eso. Guy se vanagloria de sus vicios, que ella fomenta. Organiza fiestas de un libertinaje sin límites. Jamás ha cesado de hacerlo. Una pequeña carta-telegrama dirigida a una amiga de la que no queda más que una inicial, B., es muy significativa: *Hay el sábado una cena de disfraces en mi casa. ¿Quiere usted ir? Basta que se haga con una careta, aldeana, italiana, española, india, lo que quiera. Luego ni hablar de ese cena, ni antes ni después.*

¡Ha tenidos esas pequeñas cenas en el Regent! Con Catulle Mendès, el francmasón! Con el católico Paul Bourget! Y siempre con intercambiables cómplices. ¡Esa incluso fue la razón de una mudanza! ¡Ah! si François hubiese dicho todo, ¡qué crónica desde el Ojo de Buey!

¿Era Marie Kann la Dama de gris? Los bosquejos de Edmond de Goncourt, así como la cronología, hacen la hipótesis seductora. Aún lo siguiente, del 17 de junio de 1891: «las ojeras amarillentas, y maquillada como un cadáver, la antigua Musa de Bourget, Musa actual de Maupassant, me daba a entender que él estaba amenazado de una parálisis general.» Y esto otro, del 1 de julio de 1893, «siempre muy excitante con sus ojos pintados, su lenguaje melancólicamente educado, su afectada distinción, su ultrajante escote»... Esos retratos se parecen bien a aquellos que da Tassart de la «mujer fatal», la diablesa, la «devoradora de hombres».

Goncourt habla también de ella como de una «divina belleza que lo fatiga más que cualquier otra». Ese haz de semejanzas entre Marie Kann y la Dama de gris es tanto más inquietante como que ella fue una de las mujeres que tuvieron más importancia para Guy. Ella se vanagloriará de haber recibido dos mil quinientas cartas de su amante. La enormidad de la cifra hace soñar. Pol Neveux ha publicado algunas cartas de Marie. Se ha visto pasar por su salón a su amiga la Sra. de Forceville. Mi compañero de cautividad, Philippe de Forceville, nieto de Louis Cahen d'Anvers, me confió lo siguiente: «Hacia 1919 y 1920 yo iba a menudo a ver a Marie Kann pues era una vieja dama llena de encanto y que le gustaba hablar del pasado, sin olvidar a Maupassant. TENÍA UN COFRE LLENO DE CARTAS DE MAUPASSANT. POR DESGRACIA, ESAS CARTAS HAN SIDO QUEMADAS BAJO SUS ÓRDENES DESPUÉS DE SU MUERTE. Sin embargo me tenía afecto y me leyó varias. Jamás he olvidado la siguiente frase: *Señora, ¿cuál es esta afección del alma que hace que un ser forme parte de otro?*

Lo que es incuestionablemente del tono de Guy, enamorado mundano.

Mi querido Forceville, cuando vaya a la calle de Grenelle, en los estantes de la biblioteca de Marie Kann, se encontraba un precioso ejemplar de *Nuestro Corazón*, único. Había sido especialmente «impreso para Marie Kann», símbolo de una relación fija, casi oficial. Y lo he encontrado en casa de Daniel Sickles.»

¿Por qué entonces Marie Kann no podría ser la Dama de gris? Tres razones se oponen a ello. El telegrama «venido de Oriente» la noche de la tentativa de suicidio, el enfado entre Marie y Guy sobrevino la semana anterior, después de la escandalosa velada de Navidad en las Islas, las negaciones de François. Una disputa, bien pudiese haberse arreglado. Pero Marie no estaba en Oriente, el 1 de enero de 1892. No puede ser la autora del famoso telegrama. O hay que admitir que el telegrama es de otra remitente. Sobre este punto, Tassart es riguroso: Procedía de la Dama de Gris. ¿No habrá confundido las cartas François? Yo esperaba mucho del segundo volumen de sus *Recuerdos*. No contienen nada más que una denegación extrañamente confusa. «Me he propuesto decir aquí que ni Michèle de Burne (piensa en Marie Kann), ni la condesa (piensa en la Potocka), nada tienen en común con la Dama del vestido gris perla que yo menciono en mi primer volumen de memorias sobre el Sr. Guy de Maupassant.» Eso es todo. ¿Rectificación sugerida como consecuencia de las primeras revelaciones? Ese segundo volumen de los *Recuerdos* ¡aparecerá medio siglo después del primero! ¡Y póstumo! ¿François miente una vez más, impulsado por la idea barroca de lo que podía ser más conveniente?

Si la Dama de gris no era Marie, ¿quién podía ser, desempeñando el mismo papel, al mismo tiempo, enigmática doble? ¿MAUPASSANT TENÍA ENTONCES FUERZA PARAR ALIMENTAR A VARIAS VAMPIRAS? Pierre Borel afirma que fue la Sra. Meyriès «muy apasionada, enervante, irritante, la que le fue fatal, me confiará François[1]». ¡Borel ha afirmado tantas falsedades! Incluso no se sabe si esa Sra. Meyniès ha existido realmente. ¡Tres diablesas para una agonía! Eso es todo lo que sabemos. El último misterio amoroso de la vida de Maupassant asocia realidad y desatino. Una sonámbula erótica atraviesa a paso de lobo esta tragedia.

En este trabajo biográfico completo, la figura picaresca del periodista y cronista Pierre Borel es con frecuencia invocada. Al final de su vida, Pierre Borel no dejó de denunciar la existencia

[1] *El verdadero Maupassant*

de una amante desconocida de Bel-Ami, mujer escritora, pintora y escultora, y mantenía contra ésta la misma acusación que François contra la Dama de gris.

Según Borel, esta avispa, «libertina, marisabidilla también, pero perversa» había posado desnuda para el pintor Henner, en su cuadro *Barra*, expuesto en el Salón de 1882. Ella se describía a si misma así: «Míreme: una figura picante, con boca expresiva, un poco provocadora, con labios carnosos, sinuosos, fácilmente prestos a entreabrirse para una sonrisa o para un beso, sensualidad y espíritu. Un rostro enérgico, en fin, imponente, que os resultaría difícil de olvidar.»

Yo conocí a Pierre Borel en octubre de 1957. Anciano ya, de rostro sonrosado, ojos inyectados, corpulento y robusto, se parecía de un modo sorprendente a los retratos de Alexandre Dumas padre. Su cuartel general era El Verdún, en Niza, un bar ubicado delante de los jardines Albert-Premier, donde los muchachos lo saludaban con un sonoro «¡Buenas noches, doctor!», título falso que él aceptaba con dignidad. Se le ha visto atribuir sin vergüenza a Bernard ausente, el relato de Raymond, cuando la tentativa de suicidio. Sus obras están literalmente pobladas de errores. Habla de Sra. Khane por Sra. Kann, de Sra. Meyriès, como acabamos de ver, por la Sra. Meyniès, de Mingara por Zingara. En el número 165 de las *Obras Libres*, comentaba: «Esta carta está firmada por Hamman R'hiza.» Hamman Rhiza es la estación termal de Argelia en la que Maupassant no pudo soportar en su segundo viaje. Confunde los dos veleros *Bel-Ami* y atribuye al abuelo Paul Le Poittevin la autoría de «importantes trabajos de ocultismo» nunca encontrados, así como a Laure un entierro sin ataúd, extrapolando un deseo de Guy del que hablaremos más adelante.

Sin embargo, varias razones hacen que no se pueda rechazar sin un examen previo ese dossier y de entrada lo siguiente: si él no conoció personalmente a Maupassant, Pierre Borel estuvo familiarizado con tres personas al menos que han tenido la confianza de Bel-Ami: Gisèle d'Estoc, François Tassart y sobre todo Léon Fontaine, alias Petit-Bleu, del que Laure decía que había sido de Guy «su mejor compañero, su hermano de remo».

Desde su aparición en 1939, El *Cuaderno de amor* provoca una polémica. Se encuentra allí una comparación, atribuida a Guy por Gisèle d'Estoc, entre el Sena y la mujer: *Me gusta el Sena, porque se parece a vosotras, mujeres. Comos vosotras, es pérfido, impenetrable y caprichoso, y como vosotras gracioso y bienhechor.*

El impaciente Auriante acusa de inmediato a Pierre Borel de imaginativo: esta imagen se encontraba en otro artículo esencial a menudo citado ya, *Los Recuerdos de la Sra. X*, aparecidos en *La Grande Revue* del 25 de octubre de 1912. Auriant reprochaba a Borel de fingir ignorar ese texto[1]. Borel respondió mediante una carta al *Mercure de France* afirmando que *Los Recuerdos de la Sra. X* eran falsos. Daba incluso el nombre del falsificador, Adrien Le Corbeau. Auriant replicaba a su vez. Esa era una acusación falsa. Esos recuerdos habían sido autentificados veinte años antes por Léon Deffoux[2]: «Me parece fuera de toda duda que las cartas no sean auténticas y los recuerdos de la Sra. X tiene por autora a H.L. du N.»

Por primera vez, el nombre de la autora del artículo de *La Grande Revue* surgía tras las iniciales: ¡Hermine!

Sin embargo, si hay semejanzas evidentes entre ambos textos, *El Cuaderno de Amor* y el artículo de *La Grande Revue*, no son tan sorprendentes como Auriante pensaba. La repetición de los motivos era tanto menos una prueba de la falsedad del «Cuaderno Gisèle» habida cuenta de que la visión de un Sena femenino era uno de los temas recurrentes del escritor.

André Vial ha arbitrado magistralmente esta polémica, concluyendo que el argumento del Sr. Auriant (sobre el Sena femenino) no tenía gran valor. André Vial encontraba sin embargo a Borel MUY SOSPECHOSO y no estaba exento de una actitud hacia él de examen receloso. No puedo decir que se equivoque. ¡Pierre Borel era el más singular «historiador» que jamás haya encontrado!

---

[1] *Mercure de France*, 15 de julio de 1939.

[2] De todos los testigos directos y que, por desgracia hasn escrito poco sobre la cuestión, Emile Zavis y Léon Deffoux fueron, junto con Camille Oudinto, los mejor informandos.

Pierre Borel ha dejado una docena de libros, entre recopilaciones de inéditos y periodismo literario: *El destino trágico de Guy de Maupassant* (Les Editions de France), *La Correspondencia de Guy de Maupassant con Gustave Flaubert* (Les Editions des Portiques), *La Correspondencia de Guy de Maupassant con Marie Bashkirtseff* (Les Editions de la Madeleine), *Maupassant y la Andrógina* (Editions du livre moderne. Colección datada el 15 de junio de 1944), *El verdadero Maupassant* (Pierre Cailler, Ginebra 1951), etc.

«*Maupassant y la Andrógina*, me escribía el 9 de noviembre de 1960, NUNCA ha sido puesto a la venta. Apenas RARÍSIMOS ejemplares han podido escapar a la destrucción de Ferenczy el editor.» He aquí la razón; bajo la ocupación yo había dado a un tal G. N.[1] un manuscrito titulado «Maupassant y la Andrógina». Desconocía que ese N. se había «ocupado» de las ediciones Ferenczy. En el momento en el que mi libro iba a salir, la guerra se termina; Ferenczy regresa, mete a N. en la cárcel y mi libro queda en el olvido. Esa es la razón porque esas hojas han permanecidos «buenas».

«Buenas». Pierre Borel quería decir «quieren ser consideradas como inéditas», entonces negociables como tales.

La tardía aparición de esta Gisèle en los estudios sobre Maupassant constituye una soberbia novela. Una noche de entreguerras en Paris, Léon Fontaine cena con Pierre Borel. Al principio mal recibido, este último se encuentra varias veces con Petit-Bleu, serio comisario de subastas jubilado, se gana su confianza, y, de esas entrevistas, nace en 1927 *El Destino trágico de Guy de Maupassant*, así presentado: de «Pierre Borel con la colaboración de Petit-Bleu.»

Tras esta publicación, Borel vuelve a ver a Léon Fontaine que le confía:

«Creía haberle dicho todo sobre mi amigo, pero me equivocaba; hace algunos días, registrando viejos papeles, me he acordado de repente de una muy curiosa aventura de Guy... Hoy, acuso a una mujer, no de haber matado a mi amigo, sino de haber precipitado su decadencia por sus artimañas de mujer apasionada y nunca satisfecha.»

[1] El nombre está entero en esta carta.

El mito de la devoradora de hombres, de la vampiresa, de la Dama de gris reaparecía.

«Desde que encuentra a esta enamorada de un tipo tan peligroso, mi amigo cambia rápidamente (...). Estaba como hechizado y destrozado. De entrada fue a consecuencia de sesiones agotadoras, como un desgastamiento del cerebro, luego, pronto, bajo el empuje de las peores extravagancias sexuales, todo el edificio de la inteligencia se iba minando.»

Al igual que François Tassart, Léon Fontaine atribuía ingenuamente a la influencia de una sola mujer la suma de toda una situación médica y psicológica.

«– La mujer de la que le hablo era una extraña criatura, una esteta (...), una fanática del feminismo y de la sociología que, a cada dos por tres, citaba a Auguste Blanqui o Proudhon; además era una temible espadachín. En fin, era sobre todo una enamorada que poseía hasta el grado supremo la ciencia de la voluptuosidad y que ¡sabía gozar de todo sin fin!...»

Pierre Borel escucha sin alterarse.

«– Tenía un encanto INCOMPARABLE y poseía un cuerpo de diosa.»

(Yo poseo dos fotos de Gisèle a los treinta y cuatro años, una con la pose y la postura de la Maya desnuda. Me la dio Pierre Borel. La segunda procede de la misma fuente pero a través del gran coleccionista Anatole Jakowsky. ¡Con lo de la «diosa», no estoy de acuerdo!)

«– De esta misteriosa mujer, proseguía Petit-Bleu, Guy me había dicho: *Lleva en ella un algo indefinible del que me es imposible defenderme*.»

(¡De acuerdo con el algo!)

Léon Fontaine volvía a encontrar con varios años de retraso el tono exacto del Maupassant de *¿Un loco?* (1882), describiendo a una mujer del tipo que sabemos *turbaba* a Guy.

«– Tras la ruptura, mi amigo conserva la habitación de Bezons (qué él había alquilado para sus citas). Iba de vez en cuando a pasar toda una tarde, solo, ante esa cama demasiado amplia y desierta, junto a ese ESPEJO de un verde triste, testigo de antaño de sus fantásticos amores...»

Si la semejanza con la historia de *¿Un loco?* puede, en una perspectiva de desconfianza absoluta a la manera de Auriant, hace sospechar que todo esto se trata de una invención de Léon Fontaine o de Pierre Borel, en la época de sus encuentros, yo lo he subrayado ya, nadie le había todavía concedido importancia A LAS RELACIONES SINGULARES QUE MAUPASSANT MANTENIA CON SU PROPIA IMAGEN, espejo o fotografía. Este detalle no ha podido ser inventado. Ha sido realmente visto. Es capital.

Pierre Borel refiere a continuación el episodio de un almuerzo nostálgico a orillas del Sena, entre Petit-Bleu y Guy, en estrecho paralelismo con el de *El Horla*. «Fue un almuerzo encantador, al borde del agua, en un divertido baile al aire libre que ese día, por casualidad, estaba desierto. Bebimos champán, al que mi amigo le chiflaba en su juventud. (La palabra es terrible, Maupassant no tenía más que cuarenta años.) Maupassant se había vuelto sorprendentemente joven. Lo volvía a ver tal como era a los veinte años, cuando éramos auténticos hermanos. Recuerdo incluso que cantó, con su bella y grave voz, las estrofas de «La mujer del Sargento».

Y Maupassant dice a Petit-Bleu:

No te puedes imaginar que feliz soy de haber pasado contigo estas horas de despreocupación, de haber regresado a los tiempos de Bezons y de Sartrouville...

En otra versión, la cita es diferente aunque el tono sea el mismo: «Haciendo alusión a la tripulación de la yola *Mosca*, (Maupassant) dijo en voz baja, como para si mismo, la agradable y melancólica endecha de Auguste de Chatillon:

Nous étions quatre compagnons	*Éramos cuatro amigos*
Qui buvions sec et nous aimions,	*Que bebíamos y nos queríamos,*
Sans souci de l'heure qui sonne,	*Sin preocuparnos de la hora,*
L'un mort, il en resta trois,	*Una murió, quedan tres,*
Puis deux, puis un, et puis, je crois	*Luego dos, luego uno, y luego, creo*
Après, personne...	*Después nadie...*

«Un ligero viento comenzaba a soplar; unas hojas muertas volaron. Súbitamente el tono alegre de mi amigo decayó. Poco a poco, se ensombreció. Parecía hundirse en un pensamiento impreciso y errante (...) *Vamos a ver mi habitación*, dijo con voz

cambiada. (...) Yo me encontraba en un cuarto húmedo y frío que olía a moho y a cerrado. De una vieja cómoda que había visto a menudo en la Guillette de Étretat, tomó tres fajos de papeles. *Estas son sus cartas* me explicó mi amigo. *Me disgustaría mucho que cayesen un día en manos de un extraño. Hoy, he venido aquí sobre todo para destruirlas.*

Guy se dedicó entonces a quemar las cartas.[1]

«– A partir de ese día no lo volví a ver nunca más.»

Como objeto, la cómoda de La Guillette, que Léon Fontaine ha visto a menudo, testimonia más bien por la autenticidad, del mismo modo que el espejo revelador. El punto de partida de la novela de Gisèle d'Estoc, confidencias tardías de Petit-Bleu a su interlocutor Borel, es perfectamente verosímil.

Léon Fontaine murió en Cannes un poco más tarde. «Pasaron unos años, dice Pierre Borel. Había casi olvidado esta historia, cuando un día recibí la visita de un viejo periodista parisino.» Este hombre venía a proponer, con otros documentos, las memorias de Gisèle concernientes a Maupassant (el famoso *Cuaderno de Amor*), contrapunto de lo que había sido quemado en Bezons ante Petit-Bleu, y las ¡PROPIAS CARTAS DE MAUPASSANT A GISÈLE D'ESTOC!

Según Borel, Gisèle, «una muchacha de Nancy muy precoz» se llamaba, según consta en el registro civil, Marie-Paule Desbarres. En su juventud habría sido la amiga de una tal Marie-Aimée, de hecho Marie-Edmée. Una común admiración por Juana de Arco aproxima a las dos jovencitas y el escándalo obliga a Marie-Paule, alias Gisèle, a abandonar Nancy.

Según otro relato de Borel, admitido como novelado en *El pie de punta bajo el vestido blanco*, la joven partenaire de Gisèle habría sido la hermana del futuro general Pau. El escándalo databía de abril de 1868[2]. Fue bajo la influencia del Padre Didon como Marie-Edmée habría abandonado a Gisèle.

En París, la andrógina se sumerge tan bien en el movimiento artístico que es citada como escultora y pintora por Albert Wolff en *Le Figaro*. «La Señorita Gisèle d'Estoc expone obras que la

[1] Se encuentra un episodio parecido en *Fuerte como la Muerte.*

[2] Se verá que es imposible esta fecha.

sitúan de inmediato en primera fila entre los artistas de este tiempo...»

El soberano desprecio de Borel por la referencia hace que no consigne la fecha del periódico, y yo no he podido aún verificar este detalle, ni el artículo de Jules Claretie sobre su *Venus*, ni el de Arsène Alexandre alabando un retrato al óleo representando a Marie-Edmée[1].

La tempestuosa Gisèle actúa, escribe, pinta, da conferencias que atraen a los periodistas. Uno de ellos informa: «El martes 3 de febrero, a las 9 de la noche, en la Sala Charles, nº2, del bulevar Barbes, la Liga de la Liberación de la Mujer da su tercera Reunión publica, solamente para las damas. Orden del día: La Mujer de Letras. Hablan, con el ciudadanos Zevaès, Gisèle d'Estoc. Trata de Juana de Arco, su tema favorito, pero evoca sobre todo la suerte de las mujeres contemporáneas y reivindica enérgicamente la libertad de vestirse como un hombre para la mujer escultora, la mujer escritora, la mujer piloto...»

La oradora vituperaba incluso el corsé, símbolo de la esclavitud de Eva en la civilización machista del siglo XIX, materialización de su papel de juguete erótico, «... el corsé, el odioso corsé que, sin exageración, se podría creer que renueva las torturas de la Inquisición». Ella también reivindicaba, más dignamente, los deberes de la mujer liberada: «... toda mujer que no le guste el trabajo es más o menos una prostituta».

El periodista ha debido deslizar reservas en su crónica, pues la conferenciante le escribe para justificarse y pasa revista a los escritores del amor: Maizeroy, Mendès... «Solo, Maupassant que en realidad se divierte enormemente, tiene la habilidad de callarse... Quiere usted que le diga a lo que se llegará: la humanidad va a preguntarnos que camino hay que tomar; tendremos la mujer-hombre eso es cierto... El remedio que entreveo, es una nueva concepción del amor basado en la igualdad perfecta del hombre y de la mujer.»

Esta Gisèle d'Estoc aparece homogénea[2]. Sus ideas que proceden de George Sand y de Flora Tristan, serán las de las

[1] Parece sobre todo que sea el Salon *Blanc et noir* (estampa y dibujo) donde Gisèle haya expuesto.

sufragistas de 1900. Si ha habido la invención denunciada por Auriante, ésta no parte evidentemente de nada.

Hacia 1885, el periodista que ha recibido esta fogosa carta, visita a la curiosa persona. Se trata de un joven de Lorena que firma Pillard d'Arkaï[1]. «En pleno París, calle Caroline (actualmente, calle Abel-Truchet), a cien pasos de la trepidante plaza Moncey, llamamos al timbre de una puerta baja que se hunde en una sombría pared. (...) Advertimos en unas lilas gruesas como árboles un columpio que se balancea, unos pesados frutales que se arrastran sobre el césped y se alzan al fondo de una alameda, y unos maniquís muertos a tiros.»

El visitante entra «en el santuario de trabajo del más puro gótico flamígero» y aquí está la amante de esos lugares: «¡Oh! ¡Juana de Arco! (...) Tal es la exclamación que sobreviene de repente de nuestros labios.»

Llena de sencillez, esta provocativa persona de cabellos cortos, muy cortos por detrás, con flequillo sobre la frente, habla de ella misma sin hacerse de rogar:

«Fue en Lorena donde nací, a la sombra de una vieja catedral, en una casa de estilo antiguo donde habitaba, en la planta baja, una estatuaria religiosa (...) Mi *Psicología de la Heroína* (Juana de Arco) casi está acabada. En el primer volumen que está a punto de aparecer, he intentando reconstituir la génesis de su idea (...) sobre mi intuición de su naturaleza andrógina (...)»

Y habla también de una obra que debe aparecer pronto. *Negro sobre Blanco*, «impulso de indignación, contra la burguesía de Nancy». Por supuesto, desde Maríe, la mal amada, ¡ella tiene cuentas que saldar con sus compatriotas! Pero fue otro

[2] Pierre Borel da otros detalles minuciosos. Giséle habría sido la inspiradora de una *Dama de Trefle*, de Henri de Beaulieu, y pintada por Van Beers y por Henri Loyat, especialista en espadachines. He aquí una lista de las obras que él achaca a la espadachina insaciable, principlamente artículos, *Excelsior*, relatos históricos; *Mortal coraje*; *Adulterio prehistórico*; *El Encuentro*; *Cuentos de Amor* (aparecidos en la revista *Le Vingtieme Siécle*, en *La Revue Caudine* (1887-1888) y en *L'Estafette*); *El Secreto de Miguel Angel*, cuyo tema es el conflicto entre el amor a los cuerpos en Miguel Angel y su fe. «Para explicar el techo de la capilla Sixtina, escribe ella, hay que haber conocido el tormento sexual del viejo Buonarroti.» Se trataba de una nueva y atrevida tesis en la época.

[1] Un colega dice que se trata de Richard O'Monroy

escándalo al qué ella hará alusión en ese relato: «Una joven mujer, la condesa de M..., había debido huir ante el encarnecimiento de la ciudad entera persiguiéndola con sus sarcasmos, con sus bromas crueles, con su implacable curiosidad. Bajo sus formas excéntricas no había sabido descubrir la originalidad viva de un talento que se formaba y que se manifiesta pronto bajo el alegre seudónimo de Gyp...»

En fin, ese *Negro sobre Blanco* hacía alusión a algo controlable, el escándalo de Gyp, condesa de Martel.

Pierre Borel se ha dedicado tarde al insólito personaje de Gisèle mucho tiempo después de la ruptura de la joven con Maupassant. Sigámosle un instante. La impetuosa andrógina se bate en duelo con la vedette de circo Emma Rouër, una gran rubia pintada por Manet, talla de avispa y grupa de jamelgo. Pasemos a una carta escrita por Gisèle a esta incierta Emma, donde ella habría dicho accesoriamente: «Yo acoso a Laurent Tailhade en todos los rincones para administrarle el correctivo que se merece hace mucho tiempo.»

En esto coincidían hechos conocidos, aunque oscuros. El 4 de abril de 1894, una bomba oculta en un jarrón de flores del restaurante Foyot, destrozaba al poeta Laurent Tailhade parte del rostro. El suceso fue considerado como un atentado terrorista. Solamente, aventura Borel, el poeta simbolista y comisario de policía Ernest Raynaud «sospechaba la verdad»-

Yo escribí enseguida a la familia de Laurent Tailhade, por mediación del truculento cronista del *Canard Enchainé*, Clément Ledoux. «Jamás, me respondió éste, Laurent Tailhade se ha considerado personalmente objetivo de esa bomba (...) Creo no deformar nada diciendo que su propia hipótesis se reducía a lo siguiente: bomba anarquista – o policial (...) Tanto en un caso como en otro, el repartidor de dinamita se habría rajado en el último minuto y desembarazado del ingenio depositándolo sobre el reborde del escaparate del restaurante Foyot.»

Ahora bien, yo no era el único en correr tras esta avispa pirómana. Ese mismo trabajo había sido llevado a cabo por Auriant en 1939, y recientemente por Pierre Cogny, en su notable edición crítica de *Nuestro Corazón*. ¿A quién podía

hacer alusión Pierre Borel cuando decía que Ernest Raynaud, poeta y comisario de policía, «sospechaba la verdad»?

Auriant había analizado la obra de Raynaud, *La Pelea Simbolista*, y había encontrado allí lo siguiente: «Se habló de una venganza personal de mujer: La Señora M.D. que odiaba a muerte a Tailhade, parece ser, por hablar mal de ella. La idea de un jarrón de flores (para ocultar la bomba) es en efecto bastante femenina. La Sra. M. D. que no se vestía ya de mujer, salvo en ciertas circunstancias, hace prueba de decisiones viriles, pero también ¿cómo no dudar en creerla capaz de una maquinación tan diabólica?»

Las semejanzas habrían podido chocar a Auriant. El comisario de policía poeta Ernest Taynaud había realmente oído circular esos rumores de una venganza de mujer, acostumbrada a tomar decisiones viriles. M. D. ¿Marie (Paule) Desbarres? Auriant se detiene en el hecho de que Pierre Borel ha escrito a Tailhande. ¡Esto no nos sorprende!

Veinte años más tarde, Pierre Cogny, encontraba un libelo datado en Niza, 20-25 de abril de 1894, titulado *La Explosión del restaurante Foyot*, *justificación del acusado*.

EL AUTOR ERA PRECISAMENTE PILLARD D'ARKAI, ¡el entrevistador seducido por Gisèle!

En medio de esta polémica, Pillard d'Arkaï se queja claramente de haber sido «denunciado en *Le Matin*, como seudo cómplice de la Sra. G. d'Estoc quien, desde hace varios años, ha huido de Paris y que, desde hace unos meses está retirada, encamada, gravemente enferma»

No solamente Gisèle d'Estoc había existido, no únicamente Pillard d'Arkaï había existido, sino su entente se había establecido. La filiación de lo que Borel llamaba «el Cuaderno Gisèle» acabará de aparecer evidente, cuando se sepa por fin que el «viejo periodista parisino» del que hablaba Pierre Borel y que le había «entregado» las cartas de Maupassant a Gisèle, su *Cuaderno de Amor* y un cierto número de fotografías, ¡NO ERA OTRO QUE EL TAL PILLARD D'ARKAI!

Pillard d'Arkaï no había publicado sin razón su libelo de Niza. Era la respuesta a un venenoso artículo titulado *Bomba*

pasional aparecido en *Le Matin* el lunes 16 de abril de 1894. El redactor anónimo del periódico daba a entender que el autor del atentado podía muy bien ser una mujer. Se apoyaba en una denuncia formal a Gisèle por una lectora de Nancy. En fin, si *Le Matin* no citaba explícitamente a Gisèle, precisaba que ella tenía la costumbre de travestirse en oficial de marina, en colegial o en alumno de Escuela naval[1].

Pierre Cogny se sorprende de que Pillard d'Arkaï haya reconocido a Gisèle d'Estoc y a él mismo en esas líneas. ¡Yo me asombro de que mi amigo Cogny se sorprenda! Para ella al menos, era algo transparente.

Después de Auriant, Cogny ha señalado unos inverosímiles datos. Pillard d'Arkaï habla de la publicación de una *Juana de Arco* por entregas que está a punto de componerse, hacia 1885, dice Borel. Ahora bien, Cogny indica que la única publicación por entregas aparecida (*Psicología de Juana de Arco*, París, Straus, In-4º, 16 páginas), datará de 1891. Sí, hay allí algo que no va. PERO QUIÉN HAYA FRECUENTADO A BOREL SABE BIEN QUE ÉL DABA DATOS A DIEZ AÑOS VISTA. De igual modo, Cogny señala como una probabilidad falsa (Artine Artinian también), el hecho de que la primera de las cartas-respuesta a Gisèle se parezca a sus dos primeras respuestas a Marie Bashkirtseff. ¡De acuerdo! Pero hay entonces que añadir allí la primera respuesta a la rusa de Cimiez, que hemos visto al Don Juan escribir tiritando. Maupassant escribiendo a las mujeres no duda en repetirse como no vacila en tratar varias veces el mismo tema para periódicos diferentes. El estudio paralelo de estas tres correspondencias amorosas muestra al contrario unas variantes, ecos de la enfermedad, profundas alteraciones en Bel-Ami. Es mucho más simple y natural, como tenemos veinte ejemplos, en creer en el cínico redomado que en el estribillo de la cantinela del encantador fatigado.

Finalmente, mi convicción sobre la autenticidad parcial, no está en el relato de Pierre Borel de los amores de Gisèle d'Estoc y de Bel-Ami, sino en el DOSSIER QUE HA REUNIDO Y SOBRE EL QUE HA TRABAJOADO, habiendo sido reforzada hasta la evidencia por una pieza providencial de la colección

[1] El autor posee una fotografía de Gisèle d'Estoc vestida de colegial.

Daniel Sickles. Daniel Sickles posee, entre otras, la famosa carta de Léon Fontaine a Pierre Borel explicando a este último la génesis de *A la feuille de Rose*. La misma colección contiene otra carta de Léon Fontaine, dirigida «a mi querido Borel» y escrita desde el Hotel Canisy donde él permanecía y donde murió. Esta carta está fechada el 19 de febrero de 1928. Al margen, se encuentra, DE PUÑO Y LETRA DE PIERRE BOREL, esta anotación: CUADERNO GISÈLE. Ella autentifica de manera irrecusable el eslabón Borel-Fontaine.

Desembrollada la madeja, quedan por analizar los documentos... e interpretarlos.

2.

Escaramuzas epistolares – Primera cita en la calle Dulong. – El colegial o una pareja inquietante. – Paul Bourget se confiesa al escriba en cuclillas. – Una bella página de Guy el africano. – Las cartas anónimas.

La parte más importante del «Cuaderno Gisèle» lo constituyen evidentemente las cartas que le había enviado Maupassant. He aquí al principio la primera respuesta del escritor a la corresponsal que lo provoca:

París, martes

Señora

Si es cierto que usted es una mujer curiosa y no uno de los bromistas de mis amigos que se divierte a mi costa, me declaro dispuesto a mostrarme ante usted cuando quiera, donde usted quiera, como usted quiera y en las condiciones que usted desee.

¡Sin duda tendrá una gran desilusión!; tanto peor para ambos. Puesto que usted busca un poeta, permítame amortiguar el golpe y decirle algo malo de mí. Físicamente, no soy guapo y no tengo ni el porte ni la elegancia que gusta a las mujeres.

El esquema es el mismo que mantiene en sus cartas con Marie y la rusa de Cimiez. *Me falta elegancia, e incluso la vestimenta y el corte de mis trajes me resultan totalmente indiferentes... Toda mi coquetería, coquetería de arriero y de aprendiz de carnicero, consiste en pasearme en verano a orillas del Sena vestido de remero para mostrar mis brazos: es muy común, ¿verdad*[1]*?*

Esta última observación data el episodio. Antes de 1884 como máximo.

(...) *No he estado enamorado en toda mi vida, aunque haya simulado a menudo este sentimiento que sin duda jamás experimentaré* (...)

¿Soy sensual, por ejemplo?

¡Oh, eso sí! No la engaño y sin embargo no soy peligroso, no me arrojo de súbito sobre las mujeres profiriendo gritos.

[1] Pierre Borel. *El verdadero Maupassant*, Ginebra, 1951.

Jamás he sido condenado por... pasiones demasiado intensas y se puede estar conmigo en público sin peligro cuando están presentes sargentos municipales al alcance de la voz (...) *No tengo el alma sentimental. Soy un muchacho sencillo que vive como un hurón. Y sin embargo, Señora, si usted desea todavía ver a este hurón, él abandonará su madriguera a una voz suya y le promete respetar su voluntad.*

Se trata de una descripción completa, bastante atinada, sin sorpresas.

Gisèle debió haber propuesto a Maupassant encontrarse con él en el Baile de la Ópera pues Guy respondió, tras haber citado de nuevo a Schopenhauer: *Sí, soy un fauno y lo soy de la cabeza a los pies. Paso meses solo en el campo, por la noche en el agua, completamente solo*. TODA LA NOCHE, *el día, en los bosques o en las viñas*, BAJO EL FURIOSO SOL *y completamente solo* (...) *Me gusta la carne de las mujeres, con el mismo gusto que tengo por la hierba, los ríos, el mar* (...) *Me horroriza todo lo que es feo, timorato e inexpresivo.*

TAMBIÉN, SEÑORA, PREFERIRÍA NO ENCONTRARLA EN EL BAILE DE LA ÓPERA. En cuanto a Venecia, eso es poesía; y usted sabe que a mi no me gusta demasiado...

Una vez más se mostraba el Bel-Ami, con su jactancia. ¡El Baile de la Ópera! ¡Entre una mujer como usted y un hombre como yo!

Para convencerse de la autenticidad de estos documentos, no falta, en suma, más que materializarlos. El único autógrafo que haya publicado Pierre Borel (en *Maupassant y la Andrógina*) es el facsímile de una carta de Gisèle con gran profundidad de pensamiento: «El sentimiento religioso ha sido el primer modo de depuración de la humanidad; el sentimiento de justicia será el segundo. Pero el acuerdo del hombre y de la mujer, a la luz de la razón y los sentimientos elevados, no se producirá tal vez nunca. Nosotros, al menos, lo habremos pedido.»

Como lugar de cita, Guy propone el pabellón Enrique IV en Saint-Germain. La respuesta es admirable:

– ¡El hotel!

– *Yo estoy a sus órdenes, Señora, donde usted quiera, cuando usted quiera.*

Pero sabemos cuanto detestaba los hoteles el autor de *Las hermanas Rondoli*. *Usted sabe tan bien como yo lo que son las habitaciones de hotel con* SU FALTA DE CONFORT Y SU FRIALDAD. *Pues bien, ¿consideraría usted demasiado improcedente venir a mi casa?* (...) *No dispongo de un sofá mecánico para triunfar sobre las voluntades rebeldes*[1].

¿Aceptó? *Señora, la espero el sábado, salvo orden en contra. Mi domicilio es un cuarto* (sin entresuelo), *a la derecha, y la puerta a la izquierda. Por lo demás mi nombre está pegado en la puerta...*

El domicilio de Maupassant, en la calle de Montchanin, se encontraba en la planta baja. Se trata pues de la calle Dulong donde se sitúa la escena, NECESARIAMENTE esta vez, antes da abril de 1884.

Guy nos informa sobre esta primera cita. *Sepa usted, Señora, que he sido muy prudente. Pues finalmente ningún mayordomo puede venir, e incluso ese encaje que usted guarda por precaución habría sido una excelente mordaza para impedirle gritar.* (...) *Ahora, Señora, que ha comprobado que este hurón es de cartón y que no teme su caverna, ¿cuando volverá?* (...)

P.S. – *Un ruego – venga con el mismo vestido. ¿Por qué? ¡Ah, eso no le importa!*

Adjunta una foto suya, la de Etienne Carjat[2]. Gisèle le da a cambio una en la que está desnuda, delgada duquesa de Alba. Guy responde con unos versos, bastante distintos de aquellos que adornan el abanico de la condesa Potocka.

DESIRS DE FAUNE	*DESEOS DE FAUNO*
A celle qui m'a révélé l'amour	*A la que me ha mostrado el amor*
Oh! quand la chair se gonfle et se dresse brûlante!	*¡Oh! ¡Cuando la carne se hincha y se erige abrasadora!*
Quando tout l'âme est là tendue et pantelante,	*Cuando toda el alma está allí, extendida y palpitante,*

[1] Con motivo de la dispersión de los burdeles, se pondrá de moda un sofa trucado, bautizado «sofá del Príncipe de Gales».

[2] Un detalle que cuestiona la autenticidad.

Et la tête affolée – écumant de désirs, *Ne sachant où cherbher de plus cuisants plaisirs...*	*Y la cabeza turbada – bullendo de deseos,*

La continuación es francamente impublicable[1] excepto en el infierno, el de las bibliotecas, evidentemente. Adulación incluida, («a la que me ha mostrado el amor») este texto ha debido a menudo servir a Bel-Ami. En cualquier caso, es conforme a sus estructuras prosódicas y a su admiración por Baudelaire del qué tiene la pasión sin la música. Igualmente es conforme a su erotismo violento y poco selectivo. En su correspondencia con Flaubert y los amigos de *Mosca*, por *La Feuille de Rose* y las confidencias de Goncourt, se ha podido ver hasta que punto Maupassant tenía gusto por la pornografía más grosera, aspecto aparente de su primitiva sexualidad.

Hay cientos de pruebas irrefutables de la constancia de esta pulsión. He aquí, confirmando el fragmento anterior, una ÚNICA carta íntima de Guy, ILUSTRADA y autentificada. Esta carta pertenecía a la colección de Alfred Dupont. Yo la he visto. No está datada, pero esta firmada en el nº 10 de la calle Montchanin. El destinatario es desconocido. Solamente *Mi querido amigo*. El propósito es ordinario y precisamente significativo a causa de su banalidad más corriente. Guy se disculpa por faltar a una cita.

---

[1] El poema continúa así:

...
Ne sachant où chercher de plus cuisants plaisirs,
Jeter sa langue ardente entre des cuisses nues!
Et les deux bras crispés sous des fesses charnues,
La resperir, sentir son odeur, la lécher
Avec l'emportement du bouc et du satyre,
La sucer jusqu'au sang, la mordre, s'attacher
Comme une pieuvre humaine et la boire – et se rire
De ses convulsions, et sentir tout son corps
Qui se brise et se gonfle en d'effrayants transports
Dans des crispations, des espasmes et des rages,...
No sabiendo donde buscar los más intensos placeres,
¡Meter su ardiente lengua entre unos muslos desnudos ¡
Y los dos brazos crispados bajo unas nalgas carnosas,
Respirarla, sentir su olor, lamerla
Con el arrebato del cabrón y del sátiro,
Chuparla hasta que sangre, morderla, acapararla
Como un pulpo humano y beberla – y reírse
De sus convulsiones, y sentir todo su cuerpo
Que se estremece y se hincha en espantosos transportes
(Nota del T.)

Una mujer que me hace trempar desde hace bastante tiempo y que cerraba su vía (?)[1] *a todas mis llamadas, muy poco libre además, acaparada por su marido y familia – quiere cenar conmigo el 31 de diciembre y promete. ¡Listo! Usted lo sabe ¿no es así? Un hombre que se empalma no tiene más remedio que aceptar. Ahora bien, ella debe regresar a su casa a las diez y cuarto como mucho. Estaré pues con usted a las diez y media.*

Perdóneme, pero es el rabo quién gobierna y dirige la cabeza en este caso. [2]

En su trivialidad, esta nota confirma el *Diario de los Goncourt* y todas las palabras dichas sobre Maupassant, de entrada en voz baja[3].

Esta pareja va a entrar en un auténtico infierno privado. Las infamias vividas se relacionan con las obscenidades escritas y cada uno quiere esclavizar al otro. Guy propone a Gisèle:

Uno de mis amigos, un muchacho muy gentil, periodista y novelista, llamado Harry Alis, ha venido a verme y me dijo lo siguiente: «Tengo una amante encantadora, como debe ser, muy altiva, y relativamente muy ingenua. Tiene unas ganas locas de probar con una mujer, lo que nunca ha hecho»

Le he respondido que podría « quizás » realizar ese deseo. ¿Eso le va a usted?

He aquí de pronto a Harry Alis, el buen compañero de Etampes y de Argel. ¡Los jueces de Seine-et-Oise no habían estado tan descaminados! Como Harry Alis y Guy no se frecuentaron más después de los años 1884-1885, deducimos que este episodio data de esa época.

Igualmente, Guy y Gisèle, vestida de colegial, hecho que alimentará públicamente la crónica del caso del restaurante Foyot, visitan juntos un prostíbulo. En sus *Recuerdos*, François Tassart evocará, él también, a un colegial, «de grandes ojos

---

[1] El signo de interrogación es de Maupassant.

[2] El autor del presente libro sustituye las palabras "trempar", "empalma" y "rabo" con una letra inicial seguida de puntos suspensivos. (Nota del T.)

[3] Se ha visto que una parte de los poemas eróticos ha sido publicada en Belgica, *Mi Fuente, La Mujer Barbuda*, etc, en *Le Nouveau Parnasse satyrique du XIX siècle*, Bruselas, 1881.

negros y un cabello encrespado como de negrito.», que engaña a un grupo de hermosas mujeres... y a él mismo. (¡Eso no era demasiado difícil!) «La campanilla sonó de nuevo; abrí y me encontré de frente con un colegial: lo hice entrar en el salón. Se presentó muy graciosamente, saludó en primer lugar a mi señor, luego a las damas de un modo un poco torpe como atolondrado... Esas damas querían saber quién era ese encantador efebo; jamás lo supieron.»

La fanática pareja recibe abiertamente a unas «amigas». Gisèle refiere: «De nuevo se ha sobrepasado. Atacada dos veces, Lucette, sin embargo acostumbrada a esas sesiones largas y complicadas, ha acabado por pedir clemencia.» Gisèle se muestra incansable en la confidencia como en el acto: «Otra noche, en Sartrouville, experimenta un goce exasperado viéndome acariciar a un guapo mozo fornido cuyo desnudo de cariátide evocaba la estatuaria antigua. Mirando sus ojos llenos de pasión, comprendí lo que deseaba de mí. Por toda respuesta, yo obligaba a mi amante a besar mis senos desnudos. Inmediatamente después, el hombre me arrastraba bajo los matorrales...»

Según Pierre Borel, la continuación de este relato ha sido destrozada. Resulta difícil pensar que fue por pudor.

El jueves 17 de noviembre de 1892, mientras Maupassant agoniza lentamente en Passy, Edmond de Goncourt se encuentra con Paul Bourget. En casa del editor Lemerre, el novelista mundano camina sobre la alfombra como se caminaría sobre huevos. Lleva monóculo y está afectado un ceceo muy elegante.

Pálido, alto, bastante delgado, con andares de miope que parece tímido, imberbe, las mejillas un poco hundidas y lisas como toda aquella carne en la que la barba no ha germinado, con un aire soñador y dulce, casi malsano, el psicólogo bien pensante de *Un Divorcio* cuenta a Goncourt una sofocante historia.

«Un día Maupassant le comenta a él (Paul Bourget) sin ningún preámbulo:

«– Me gustaría que hiciera usted el amor a mi amante.

«– ¡Ah!

«– Sí..., ella estará disfrazada... ¡Oh! es bonita... pero es una mujer de sociedad... No quiere darse a conocer (...)

«El día en el qué la mujer debía venir (la esposa de un universitario), Bourget se dirigió a casa de Maupassant, habiéndose asegurado de entrada una honorable retirada, en el caso en el que permaneciese insensible.

«Llegada la mujer, con una máscara sobre el rostro y diciendo que iba a quitarse el sombrero, regresó completamente desnuda, no habiendo conservado, lo que decía mucho de su origen burgués, más que un par de medias de algodón rosado. Esas medias, el temblor nervioso de la mujer, el sudor frío de sus senos y quizás la presencia de Maupassant, hacían que él no satisficiese a la mujer, justificándose en que la presentación había sido demasiado brusca. En esto, la mujer gritaba a Maupassant: «¡A mí, fauno mío!» – se arrojaba sobre él y le... (Para las tres palabras que siguen, ruego que se consulte el original, *Diario de los Goncourt*, tomo IV)[1]. ... Pero he aquí lo curioso: la frialdad que esta mujer había encontrado en Bourget le había dado la idea de REPETIR LA ORGÍA con uno de los literatos que tenía una reputación de SALIDO, con Catulle Mendès.»

Catulle acepta, pero a condición de que pudiese llevar a su amiguita. Goncourt se relame:

«Entre los cuatro, tuvo lugar una terrible orgía, al cabo de la cuál la esposa del universitario, en una crisis histérica, fue a buscar a la habitación contigua el revolver de Maupassant, llegando a disparar a Maupassant y a Mendès, consiguiendo herir a Maupassant en una mano cuando éste la desarmaba.

«Sería la herida que Maupassant, cuando una noche lo encontré en el ferrocarril, me había hecho pasar por una herida inflingida por un marido al qué estaba a punto de deshonrar.»

Es de señalar que la cocinera de Maupassant había manifestado a François Tassart, su admiración por la resistencia al dolor manifestado por su patrón en esa circunstancia. Cuando ocurrió este incidente, François todavía no estaba al servicio de

[1] Las tres palabras a las que se refiere el autor son: *chupó la verga*. Armand Lanoux omite las palabras y expresiones de marcado carácter sexual o escatológico (Nota del T.)

Guy. (1 de noviembre de 1883) Goncourt además habría podido encontrar en su propio diario su nota: «Sábado 21 de enero de 1882. En el ferrocarril me encontré con Guy de Maupassant, y como le preguntase si la herida que se hizo en el dedo desatornillando un revolver iba mejor, me contó que era de un disparo de un marido al qué había engañado. Ayer, Zola me decía que es terriblemente mentiroso[1].»

En esta ocasión Guy tenía unas circunstancias atenuantes. No era hombre proclive a confesar la verdad, ¡sobre todo a Goncourt! ¡Uno no puede imaginarse a Paul Bourget exagerando en un papel tan poco brillante! ¡Esa conversación tuvo lugar y ese fue exactamente su contenido!

Las confidencias anteriores a Flaubert, Léon Fontaine, Robert Pinchon, etc., y las posteriores, a Frank Harris, Catulle Mendès, Octave Mirbeau, Félicien Champsaur, Paul Bourget, Edmond de Goncourt, Camille Oudinot, etc., confirman perfectamente los aspectos que en su día parecieron excesivos o complacientes del polémico *Cuaderno de Amor*. En definitiva, todo es cierto.

Gisèle conservaba su afición por travestirse. Guy se complacía en ello, pero la encontraba exagerada. ¡Es él quién debe llamarla al orden! *Por Lesbos, no sea tan (como lo diría)... torpe como con aquella de la Ópera. ¡En el instante en el que usted represente un papel de hombre, sea hombre, caramba, y reservada en público!*

Pronto, Guy, extenuado, espacia las citas. Gana tiempo. Fue su táctica, lo sabemos. *No estoy libre el jueves, ceno con Zola. No puedo disponer más que del viernes. ¿Le conviene esa noche? Le beso... las manos.*

La fórmula bastaba para identificar la carta. Y de pronto, Gisèle d'Estoc recibe una carta sellada en Marsella no datada.

¡¡¡He partido para el Sahara!!! Ese lejano viaje me ha tentado y, a fe mía, me he puesto en camino el mismo día en el

[1] Una de las cartas de Guy, procedentes del «cuaderno Gisèle», da cuenta también *de una bala de revolver que me ha entrado por el extremo de un dedo y ha salido cerca de la mano*. La *Correspondencia inédita*, publicada por Artine Artinian sitúa la escena hacia diciembre de 1883 y enero de 1884.

que lo he concebido a fin de poder unirme a la columna expedicionaria contra el faccioso, el heroico e inalcanzable Bou Amama que lidera a los kroumirs en la provincia de Orán.

No me reproche, mi bella amiga, esta resolución tan rápida. Usted sabe que soy un vagabundo y un desordenado. Le escribiré desde el desierto (...) *Todos mis besos, por todas partes. Guy de Maupassant.*

¡En las arenas, Bel-Ami respira!

Oasis de Bou-Saada, 25 de agosto (...) *Acabo de hacer una excursión de veinticinco días en el Sahara, a caballo de mañana a noche, y recorriendo de setenta a ochenta kilómetros por día, bajo un calor de cincuenta y cinco grados a la sombra... Parto en este momento para Córcega. Me embarco en Bône el 10 de septiembre... Luego iré a ver a la Señora Juliette Adam que me invita algunos días a su propiedad del Golfo-Juan y estaré de vuelta en París hacia el 15 de octubre.*

Todos los detalles aquí comprendidos, incluido el que concierne a Juliette Adam son ciertos siempre que se trate del primer viaje a Argelia, el de 1881.

Este viaje dicta otras imágenes a Guy el africano:

Quinientos metros delante de nosotros, el jinete que nos servía de guía nos guiaba a través de la triste soledad (...) *cada cuarto de hora, poco más o menos, encontrábamos un esqueleto enorme roído por las fieras, calcinado por el sol* (...) *Durante muchas jornadas continuamos este viaje monótono... Un chacal. Un camello agonizante; estaba allí derribado desde hacía dos o tres días quizás, muriéndose de cansancio y de sed. Sus largos miembros inertes, rendidos, yacían sobre el suelo abrasador. Oyéndonos llegar había levantado su cabeza como un faro. Su frente, roída por el sol inexorable, no era más que una llaga; manaba; y su mirada resignada nos seguía. No lanzó ni un gemido, no hizo ni un esfuerzo para levantase. Hubiérase creído que sabía, habiendo visto morir a muchos de sus hermanos en esos largos viajes a través de las soledades, la inclemencia de los hombres. Había llegado a su vez. Pasamos.*

Habiéndome vuelto un rato después, advertí aun erguido sobre la arena el alto cuello del animal abandonado, mirando

hasta lo último hundirse en el horizonte los últimos seres vivos que debía ver.

Por la precisión de la descripción, la preocupación del detalle mórbido, esta humanimalización tan característica, la obsesión del tema de la muerte (el fragmento es mucho más largo), este bello cuadro es de lo mejor Maupassant. Pero aparecieron variantes en *El Gaulois*, del 22 de diciembre de 1881, y en *Al Sol* (1884). Volvemos a caer en el recurso de las repeticiones temáticas, sin poder concluir.

Argelia no valió a Guy de nada.

Mi bien amada, acabo de estar, estoy aún terriblemente enfermo, y he aquí por lo que usted no ha tenido ninguna noticia mía. La enfermedad sobreviene de lo que estoy afectado, y de lo que se desconoce el foco, acabando de producírseme unos trastornos de los ojos, intolerables y extraños.

Sabemos datar esta carta: 1881-1882 probablemente.

Pero, por la vaga formula, *mi bien amada*, se revela de pronto otro indicio, mucho más importante. Según el «Cuaderno Gisèle» NINGUNO DE LOS DOCUMENTOS ESCRITOS POR MAUPASSANT A LOS QUE PIERRE BOREL JUNTO A LÉON FONTAINE Y PILLARD D'ARKAÏ, CONSIDERAN DIRIGIDOS A GISÈLE D'ESTOC, LLEVA SU APELLIDO O SU NOMBRE. Siempre la designa con *Señora*, *mi querida amiga*, *mi bien amada*. ¿Discreción? LA DAMA NO LA SOLICITABA. Es más que extraño.

A continuación, el «Cuaderno Gisèle» aporta otros indicios. Pronto da cuenta de las alucinaciones que se han visto amplificar y multiplicarse, hasta la gran crisis del chalet de l'Isère. Al final de una de ellas, que parece un extracto de *Carta de un Loco*, en lo próxima que está a ese texto, Gisèle escribe: «Estaba helada de horror. Tras un corto silencio, su voz regresó, cambiada: *A veces siento la locura merodear bajo mi cráneo*. Mi amigo va a partir para Córcega con su madre. »

Gisèle precisa incluso que iba a *Vico*, donde su madre había caído enferma.

¡LA ESTANCIA EN VICO Y EL VIAJE A CÓRCEGA DATAN DE 1880!

Ahora bien, las grandes alucinaciones no se convierten en frecuentes hasta su mudanza a la calle de Montchanin, es decir después de abril de 1884. Esporádicas desde 1882-1883, se multiplican regularmente. Según el *Cuaderno*, su frecuencia y su intensidad se remitirían entonces a un periodo francamente posterior a 1885. 1880-1881 por Argelia, Córcega, Harry Alis, el episodio del camello, los remeros, los almuerzos con Zola, los dolores de ojos. 1886-1888 por las alucinaciones y los terrores.

La aventura con Gisèle se localiza en un calendario imposible.

El contexto indica no menos ciertamente que es con un Maupassant claramente más tardío cuando se produce la ruptura. El aumento de las molestias, la susceptibilidad acrecentada, los procesos, la ilusión de persecución de la que da cuenta Gisèle confirman las indicaciones dadas por la salud del escritor. El Guy de la última fase de esta intriga no es el de 1880, ni el de 1885, sino más bien el de 1888.

Creyéndose rodeado de enemigos, de rivales a los que ha dejado atrás, de colegas amargados, de maridos burlados, de periodistas irritados, Maupassant es por añadidura calumniado mediante cartas anónimas. Sospecha enseguida de que Gisèle es la autora y se lo reprocha abiertamente. *Por desgracia no puedo tener dudas, pues no había contado más que a usted la historia en cuestión. Esto me ha hecho verdadero daño.¿A que viene?*

Habiéndola creído Guy culpable, ella se indigna. Él se bate en retirada:

Querida Señora,

Guardaré todos los objetos hasta que usted quiera y continúo deseando una entrevista. Puesto que la carta anónima no viene de usted, le diré simplemente a quién estaba dirigida y usted convendrá conmigo que he podido cometer el mismo error que la señora Pouchet[1]*, atribuyéndosela a usted* (...)

Como Gisèle no responde, él vuelve al ataque de nuevo: *Su silencio me demuestra que ¡usted ha sido la autora de esas cartas anónimas! Además, hay unos detalles que sólo usted*

[1] Ya citada.

conoce. La velada en Sartrouville con H.[1] *por ejemplo y la tarde pasada en mi casa en compañía de C.M. y de su amante*[2].

Ella se indigna violentamente. Él responde desde *Menton, 14 de mayo: Me trata usted de raro, patán, miserable, cobarde, ladrón, etc. etc... porque...porque...he estado dos meses sin verla y sin escribirle. ¡Ah! Señora, esos adjetivos son muy mala compañera. Que quiere usted, yo estoy hecho así: con mis mejores amigos estoy acostumbrado a estos súbitos eclipses de varios meses, no puedo cambiar mi modo de ser. Los que se enfadan por lo que nos caracteriza no pueden aportarnos nada.* ESTE ES EL CASO. (...)

Las frases precedentes claman sinceridad.

En cuanto a los muebles que usted ha dejado en mi casa sin que yo se lo haya pedido por otra parte (si cada mujer hiciese otro tanto, me haría falta un coche de mudanzas todos los meses)...

Reaparece el cínico de la correspondencia con Marie Bashkirtseff.

Esta historia de cartas anónimas se confirma fácilmente porque la insolente fiera hace claramente alusión a ellas en una nota a Lucie Le Poittevin, poco antes de sus desavenencias, expedida desde Aix-les-Bains, el 8 de octubre de 1888: *Creo conocer al autor de las cartas anónimas del* PASADO AÑO[3]. *Se trataría de una damita de la que hemos sospechado juntos. Louis, creo, me la había designado. (...) Ella venía a mi casa, y el olor que esparcía por la nariz* (¿éter?) *nos ha proporcionado varias bromas.*

La última carta de Maupassant a Gisèle d'Estoc, fechada a *finales de abril*, es muy seca. *Señora, llego esta mañana de Étretat. Espero ir a Paris el miércoles. ¿Es demasiado tarde para devolverle eso que tengo en mi casa? Hoy no tengo tiempo de escribirle más extensamente. Deseo, además, si le parece bien, charlar algunos instantes con usted. Escribir sería muy largo y complicado. ¿Así que tiene usted una repugnancia invencible para una entrevista?*

[1] ¿Harry Hallis?

[2] Probablemente Catulle Mendès.

[3] 1877.

No obtuvo más que silencio.

Así se acababa, sórdidamente, tan inverosímil por sus fechas como convincente por el contenido, la novela de la Andrógina y del *Mauvais Passant*.

3.

Maupassant íntimo. – De la existencia real de Gisèle. – Negro sobre Blanco*, relatos loreneses. – Entrevista con Pierre Borel. – Una cronología imposible.*

Después de las confidencias de Léon Fontaine a Pierre Borel y de las cartas de Guy a Gisèle, queda por recorrer el propio *Cuaderno de Amor* de Gisèle.

Las características más notables han sido ya citadas y no volveremos a ellas. Se desprende de este documento, un tanto megalomaniaco, una imagen de Maupassant que esta sin embargo lejos de ser despreciable. Gisèle vio perfectamente al hombre que tiene miedo, detrás del presidente de la Sociedad de los Chulos. Se reproduce perfectamente el tono de Guy: *Sobre las paredes desnudas de mi cuarto se dibujan los frescos del miedo* (...) *Me gustaría separarme de mi mismo. Me evado, huyo, tengo miedo.*

Esta mujer de presa supo valorar al hombre sensible oculto detrás de Bel-Ami. Es a ella a quién se debe casi todo lo que se sabe sobre Maupassant y la música, cuando ella lo describe estremecido escuchando a Mozart, lo qué aclara las palabras que él dedica al músico de *Mont-Oriol*: *Lo escucho* (...) *no solamente con mis oídos, sino con toda la sensibilidad de mi cuerpo, vibrando de pies a cabeza*. Igualmente, el Bertín de *Fuerte como la Muerte* habla del *invisible e irresistible misterio de la música que se extiende a través del cuerpo, turbando los nervios y las almas...*

Estas palabras de Guy deben mucho a la literatura, desde luego. Guy no leía la música. Sus conocimientos eran escasos. ¿De todos modos, podía ser lo insensible que se ha pretendido, aquél que preveía la evolución que siguió? En *Mont-Oriol*, Maupassant pone en boca de Saint-Landri unas palabras que sorprenderían menos en Proust: *Las melodías están completamente pasadas de moda* (...) *La música es un arte nuevo. Las melodías no son más que el balbuceo de la música. Los oídos ignorantes sienten preferencia por las cantinelas, igual que los niños y los salvajes.*

El Maupassant de Gisèle está lejos del Maupassant de Albert Cahen d'Anvers, «solamente capaz, y de un modo muy justo, de apreciar la música militar». Él es diferente de su personaje y el testimonio de esta mujer tan liberal confirma a menudo el de la casta Hermine. «Cuando Guy hablaba, era encantador... un conversador maravilloso. Los seres de los que hablaba se animaban, se les veía, se les escuchaba.» Ella supo hacer resurgir la voz mordiente, grave, sonora, de la que Léon Fontaine decía: «La voz de Guy de Maupassant es a veces tan extrañamente patética que parece añadir a la palabra humana unas vibraciones procedentes de un mundo desconocido.»

En fin, ella ha visto también al hombre doloroso, inquieto, bueno, bajo sus arrebatos bestiales. Rindiéndole esa justicia, todavía queda un sentimiento incómodo.

Y luego, en un determinado momento, ella refiere:

– *Esta noche, he soñado que Harry Alis se ahogaba. Tengo miedo que le haya ocurrido una desgracia.*

Hasta aquí, nada anormal. Ella lo conocía muy bien. ¡Y con razón! Pero su *Cuaderno de Amor* añade: «Maupassant creía también en la premonición. La noche del mismo día, se le anunciaba la muerte de su amigo. Consiguió varias veces predecir acontecimientos que se produjeron exactamente con todo detalle.»

¡Efecto teatral! ¡Eso es falso! Harry Alis no murió hasta diez años más tarde, después de Maupassant, al que no volvió a ver desde 1885, porque sus ideas sobre las colonias divergían. Y murió en un duelo que fue todo un escándalo con Le Chatelier, en 1895. Gisèle d'Estoc no podía haber escrito esa barbaridad. Alguien la hizo mentir. De pronto, la evidencia se ilumina: ESE DOCUMENTO, DONDE ABUNDAN LAS VERDADES, HA SIDO MANIPULADO.

ANTES DE QUE CAYESE EN MANOS DE PIERRE BOREL, O DESPUÉS.

Las incertidumbres del «Cuaderno Gisèle» habían irritado tanto a los especialistas en Maupassant que el 3 de octubre de 1960, yo escribía a Pierre Borel:

«Por diversas instancias, unos amigos universitarios me participan la siguiente tesis: Gisèle d'Estoc seria una persona mítica. Por supuesto, es usted quién es aludido en esta afirmación. Sería bueno ahora multiplicar las precisiones en torno a su persona. Su identidad real. Biografía. Bibliografía. De qué modo su cuaderno y sus notas han llegado a sus manos.»

La respuesta salió el día 7 de Niza:

«... Ningún biógrafo de Maupassant ha cuestionado la existencia de esta extraordinaria mujer (eso es lo menos que se puede decir). Pero toda su persona se encuentra en el libro que yo le envío y que le RECOMIENDO porque no tengo más que uno[1]. Incluso hay un retrato de ella que es mucho más expresiva que un largo discurso.... Todos estos documentos me han sido cedidos por un amante de la Bella, Pillard d'Arkaï, un apellido de mosquetero o de contrabandista. Luego han sido dispersados por América...»

El 7 de octubre de 1960, el mismo día, Borel enviaba la misma carta, o casi, a Pierre Cogny, que le había solicitado sus fichas de preparación. Yo imagino a Pierre Borel entornando los ojos. Debía ser la primera vez que él oía hablar de semejante cosa.

Naturalmente yo no podía quedarme así.

La primera cuestión que se planteaba (yo desconocía entonces los entresijos del Asunto Tailhade), era la existencia misma de Gisèle d'Estoc. Resultaba probable, pero aún así... Planteándose la misma pregunta, Pierre Cogny encontró tres títulos en el catálogo de la Biblioteca Nacional:

Ad Maximam Dei Gloriam. De cómo los jesuitas bien podrían bien no descender del mono. Opinión de Darwin. Librería anticlerical. 1884, in-8º, 133 páginas.

Las Glorias malsanas: La Virgen protesta. París, librería Richelieu, 1887, in-8º, 133 páginas.

Y por último *La Psicología de Juana de Arco*, ya citada.

Bueno. Allí había de todo. Por mi parte, yo busqué en Nancy. El auténtico apellido de Gisèle era, según había dicho Borel, Desbarres. Entre 1840 y 1860, no se encontraba ningún rastro del nacimiento de una Desbarres. Pero el Sr. Delcamp,

[1] *Maupassant y la Andrógina* que yo (¡por desgracia!) le devolví.

archivero departamental de Meurthe-et-Moselle, me escribió pronto: «He encontrado en la Biblioteca municipal de Nancy una obra de la Sra. Desbarres titulada *Negro sobre Blanco*, relatos loreneses, Nancy, Voirin, 1887. En la ficha que la registra aparece *Sra. Desbarres, de soltera Courbe*.» SEÑORA DESBARRES.

Estaba verificado. Desbarres existía, y se identificaba con Gisèle d'Estoc, pero no era su nombre de jovencita. Las incertidumbres provenían de ese cambio de apellido, del que todavía se me escapan las circunstancias.

Se puede consultar en la biblioteca de Nancy, bajo el número 3606, *Negro sobre Blanco*, *Relatos loreneses*. Figura impreso como autor Gyz-El, seudónimo que explica también como un cierto número de textos de ella se nos hayan escapado. Encima, el bibliotecario, antaño escribió a lápiz la fórmula ya citada por el Sr. Delcamp: «Sra. Desbarres, de soltera Courbe.»

En el prefacio, Gisèle, perdón, Gyz-El, comienza por afirmar que esos relatos son retratos sobre la naturaleza. Son historias donde el pintor se transparenta. El que se titula *Una lorenesa* está dedicada a la Sra. Pau.

¡Revelador! Ese apellido es aquel que Pierre Borel atribuía a Marie-Edmée, ¡la joven amante lesbiana de Gisèle! Esta parte, desde luego, no ha podido ser inventada a partir de cero.

En este relato, una joven de Lorena, mal casada, Lise, ve como la granja familiar es ocupada por los alemanes. Mientras el marido, un cobarde, desaparece, el padre de la muchacha reúne a los franco tiradores. Los alemanes encuentran al marido bajo un montón de estiércol. Le obligan a guiarles. Lise lo abate para que él no los traicione y, disfrazada de aldeano, huye para unirse al ejército de Loira.

Hay que relacionar este esquema con los cuentos de guerra de Maupassant y sobre todo con *El Ángelus*. Incuestionablemente, Gyz-El era alumna de Guy. Además *Luna de miel*, el quinto relato, le está dedicado. Hablando de los hombres y las mujeres, ella dice de uno de sus personajes: «¿Quién sabrá decirnos alguna vez los sufrimientos secretos de esos hombres quemados hasta el fin por la túnica de Neso? ¿Sus

revueltas, sus torpezas, sus luchas desesperadas, sus amargos deberes, sus rabias impotentes? Y siempre la obsesión fatal que los hace discurrir de debilidades en debilidades, de miserias en miserias, de desilusiones en desilusiones. Acaban cayendo en lo grotesco, a veces más allá... Son los presidiarios del amor.» ¡Es evidente que tenía el modelo a mano!

Por otra parte, todo esto proviene del «taller Maupassant». Si nos faltaba una confirmación, ésta se encuentra claramente bajo el título: *Del inconveniente de ser nuez en el camino de las cornejas*, alusión al escándalo de Gyp. «¡Las provincias no son más tolerantes con las personas de letras! No ve de ellas más que la singularidad que las ofusca. Lo mejor que pueden esperar es la indiferencia, que los salva de la persecución. El pobre Flaubert supo algo de eso...»

Y repite, con algunas variante, lo que Gisèle dijo al joven periodista Pillard d'Arkaï en su primer encuentro, sobre «Gyp perseguida por los sarcasmos de una ciudad entera...».

La carta de mi amable corresponsal de los Archivos contenía otras precisiones: «En el registro civil de Nancy, figura el nacimiento, el 9 de agosto de 1863, de Marie-Elise Courbe, hija de Alphonse Courbe, 31 años, escultor, y de Marie-Joséphine-Augustine Flageollet, de 25 años de edad, y no de Marie-Paule. Tal vez le interesase a ella cambiar el nombre de Marie-Elise por el de Marie-Paule...»

A pesar de la leve fluctuación de nombres, es probablemente de ella de quién se trate. Veremos más adelante las nuevas reflexiones que imponen los datos.

A principios de noviembre de 1960, mantuve otra entrevista con Pierre Borel, cuidadosamente preparada esta vez.

– Mi querido Borel, ¿por qué Pillard d'Arkaï le ha dado el «dossier Gisèle»?

– ¡Dado! ¡Diga más bien que me lo ha VENDIDO!

– ¿Puede usted precisar la fecha?

– El 12 de mayo de 1928.

¡Rayos! ¡Por una vez era preciso! Esta fecha era conciliable con el hecho de que NADA DE TODO ESTO APARECÍA EN LA PRIMERA OBRA ESCRITA POR BOREL BAJO LAS

CONFIDENCIA DE LÉON FONTAINE, *EL DESTINO TRÁGICO*, PUBLICADO EN 1927.

– ¿Se pueden obtener fotocopias del cuaderno de Gisèle y de las cartas de Guy?

– Todo fue vendido en los Estados Unidos. He perdido el rastro.

– ¿Quién lo ha hecho?

– Un librero de Lyon.

– ¿Sabe su nombre?

– Lo he olvidado[1].

– ¿Ha habido alguna relación amorosa entre Léon Fontaine y Gisèle d'Estoc?

– Él la detestaba.

– Perdóneme la indiscreción: ¿entre la Sra. d'Estoc y usted?

– No.

En esa misma cafetería, *El Verdún*, el 26 de agosto de 1958, ¡Pierrre Borel me había dado a entender lo contrario! ¡Yo lo anoté el mismo día! ¡Y con todo tipo de detalles! «Ella no amaba. Era una zorra integral. Decía: «¡Tengo la impresión de tener un farol de gas en el vientre!»

Yo comenzaba a entrever la verdad. Pierre Borel era un hombre de civilización oral, legendaria, perdida en un universo de civilización escrita.

– Habla usted de una conferencia de Gisèle sobre la Andrógina. ¿Sabe la fecha?

– Estaba en el dossier.

– Conoce el nombre del editor y de la fecha de aparición del *Secreto de Miguel Angel*?

– En el dossier en América.

– ¿Y ese artículo de Pillard d'Arkaï en 1885, en el qué la entrevista, en qué periódico estaba?

– Debería haber pedido el doble.

– La condesa de M. era naturalmente la Sra. de Martel. Y R., Rachilde. Pero, ¿los demás? ¿En *El Cuaderno de Amor*, Juliette D.?

– No lo sé.

[1] Una parte de estos documentos están en la colección de Daniel Sickles, americano precisamente.

– ¿H?

– No lo sé.

– ¿Suzanne L.?

– No lo sé.

– ¿Fanny de Cl., la de Étretat, que se burlaba del poeta enamorado?

– No lo sé.

– Es importante esta escena en la qué el joven Guy es por primera vez el juguete de una coqueta. ¿Lo aburro?

– No. Pidamos otros Martinis. ¡Camarero!

– Sí, DOCTOR.

– Un Martini. ¿Y usted?

– Una cerveza tostada. Mi querido Borel, usted me ha dado una reproducción de una pintura representando a Maupassant jugando al tenis...

Se trata de un cuadro firmado por Fournier, el amigo de Étretat. Cuatro personas juegan al tenis en el césped. Borel me dio los nombres de los personajes de esta escena deportiva, Georges Legrand, Guy, en pantalón blanco y camisa de color. Su compañera era Hermine (Borel decía Hélène) y Gisèle d'Estoc tenía a Emmanuela como compañera. Gisèle prepara un golpe de derecha y «la Pícara» un revés. La imagen es graciosa e irreal. (No estoy completamente seguro de la «distribución» de Borel.)

– Cuando Guy se va a Argelia, huyendo de la «Ventosa», ¿qué viaje fue?

– Argelia-Tunicia. Diciembre de 1887. A continuación Guy escribirá *Al Sol*.

¡El decía no importa cuál! No solamente, el contenido de las cartas sitúa sin error posible los inicios y el meollo de la intriga antes del primer viaje, 1881, sino que la edición original de *Al Sol*, con Havard, ¡se remonta a 1884! ¿Borel habría tenido un lapsus, y dijo 1887 por 1881? As pues, es IMPOSIBLE, SI GISELE D'ESTOC NACIÓ EN 1863. El *Barra* del pintor Henner data de 1882. Ella habría tenido entonces diecinueve años[1].

– ¿Cómo murió Gisèle?

[1] Del mismo modo, la fecha dada por Borel del escandalo con Marie-Edmée, 1868, no puede ser más que falsa. ¡Gisèle habría tenido cinco años!

– En Niza, entre los cuarenta y dos y cuarenta y cuatro años. En el Valle-Oscuro.

– ¿De qué?

– De lepra.

¡Decididamente! ¡Guy no daba suerte a sus amores!

Borel murió en 1964 sin que yo hubiese podido saber más. Se trataba de un hombre cansado, amargado, que hacía un trabajo penoso mal retribuido. Amaba apasionadamente su tema. La mitomanía agravaba sus defectos de método. Cuando me confió sus documentos, se sabía cercano a su fin y dejaba, a pesar de todo y más allá de tantas mentiras ingenuas, una impresión de sinceridad.

Es hora de concluir. Tanto por la identificación probable del registro civil de Gisèle d'Estoc como por el revelador contenido de su *Negro sobre Blanco*, una parte considerable del «Cuaderno Gisèle» debe ser considerado como «bueno», como decía Borel. ¿Pero cuál?

Si se sigue el relato, la intriga habría comenzado, según las alusiones africanas y corsas, en 1880-1881, seguramente en la calle Dulong. Se desarrollaría con entrevistas espaciadas y paralelamente a otras aventuras, durante la concepción, escritura y publicación de los cuentos de Gyz-El que componen *Negro sobre Blanco*, es decir en 1886-1887. Por fin se acabaría en 1887 o 1888, a raíz del episodio ya analizado y datado de las cartas anónimas.

Ahora bien, tanto la psicología, como la cronología, se oponen. Un personaje de esta importancia no habría podido pasar desapercibido. Léon Fontaine se habría acordado desde las primeras entrevistas con Borel, y no después, registrando cajones. No, la damita, acusada por Guy y Louis Le Poittevin de ser la autora de las cartas anónimas, no pude haber tenido ese gran primer papel.

¿Entonces? TODAS LAS CARTAS DE MAUPASSANT, QUE FIGURAN EN EL «CUADERNO GISÈLE», DATADAS Y SU DESTINATARIA CUIDADOSAMENTE DESPERSONALIZADA, NO PUEDEN HABER SIDO DIRIGIDAS A LA MISMA CORRESPONSAL. Gisèle no ha

sido ÚNICA como decía Borel, y menos aún el último amor de Maupassant. Pero en torno a una anécdota verdadera, apasionante además, el personaje y la aventura han sido desmesuradamente exagerados por la amalgama de detalles tomados de otros circuitos, o de la obra, o a veces, sino inventados, al menos tergiversados.

El insolente trucaje del «Cuaderno Gisèle», procedente de Pillard d'Arkaï o del propio Borel es incuestionable.

¡Pero qué historia! En cualquier caso, Léon Fontaine, el maliciosillo de *Mosca*, del que hablaba un Guy que no se había equivocado, publicó sus propios recuerdos, con Borel, sabiendo muy bien que su «hermano de remo» se habría puesto furioso. Comunicó a Borel el manuscrito de *La Feuille de Rose*, que aparecerá, en provecho de Borel. Todos los papeles de la ardiente Gisèle fueron vendidos, igualmente a Borel, por ¡Pillard. ¡El compañero con el qué ella vivía maritalmente! Los cuales, a su vez, Borel los ha revendido, ¡e incluso tantas veces como ha podido! Esta rebuscada aventura encaja perfectamente en el carácter normando de Maupassant. Esas concordancias, esas oposiciones, esas extorsiones, esas manipulaciones y esas pillerías son una ilustración póstuma genial para su pesimismo fundamental.

Tomemos de ese dossier fuera de serie, la última imagen. La Andrógina circula ante la verja de la casa del Dr. Blanche, excluida par las consignas de Laure, del mismo modo que Joséphine Litzelmann, Marie Kann, la dulce Hermine y todas aquellas que nosotros no conocemos. Fue desde Passy cuando, en su francés un tanto incierto, François Tassart escribía a Camille Oudinot: «Señor. Las visitas al Señor de Maupassant, mi buen señor, están suspendidas hasta nueva orden y esta medida ha sido tomada por la familia de acuerdo con los doctores por el descanso de nuestro enfermo[1].»

En Passy, esas sombras románticas circulan alrededor del dominio de una princesa decapitada. Los juegos están hechos. En la calle Berton, la Dama de gris, sonámbula erótica que deja una estela de éter, va a arramblar con todo.

[1] Colección Mary Lecomte du Noüy.

4.

La residencia del Dr. Blanche. – Los espejos. – Agonía pública. – La indignación de Louis Ganderax. – Unas palabras de Goncourt en casa de la Princesa. – Una agonía surrealista. – El diablo y la miel. – ¡Dios, usted está loco! – *Las tinieblas.*

El 6 de enero de 1892, acompañado de un enfermero y de François, Maupassant espera en el salón especial del jefe de estación de Cannes, que lo ha recibido solemnemente dos meses antes, «muy tranquilo, muy débil, los rasgos decaídos, una gran tristeza reflejada en su rostro». Al día siguiente, a las diez, Henry Cazalis y Ollendorf van a buscarlo a la estación de Lyon y lo conducen a Passy.

En el número 17 de la calle Berton[1] se levanta el castillo que la princesa de Lamballe había habitado desde 1783 a 1792. Fue en este edificio de la aristócrata decapitada donde el Dr. Esprit Blanche había instalado su clínica. Su hijo, Emile-Antoine Blanche[2], iba a acoger al ilustre enfermo y moría un mes después de él.

Una calle de empedrado musgoso, el muro grueso de un parque, la presencia todavía próxima de Balzac, del que se oye el eco de sus pasos sobre los adoquines, y la de los personajes de Guy, André Mariolle y Michèle de Burne, que iban allí a ocultar su amor imposible, la presencia futura de la Sirena anciana y moribunda y de sus lebreles, la proximidad del Sena, que discurre al pie del edificio, el Sena de los remeros, de las «ranas», de las dormilonas de Courbet y de los paseantes de Seurat, confieren a ese decorado una melancolía que ha resistido el paso del tiempo.

Una escalinata doble se abre sobre el jardín. Los techos a dos pendientes tienen la noble forma cuadrangular que caracteriza a la arquitectura de las proximidades de París, y en el parque flota una nostalgia nervaliana[3].

---

[1] Antiguamente calle del Sena, hoy calle de Ankara.

[2] 1820-1893.

[3] Desaparecidos los jardines que descendian antaño hasta el río, la propiedad alberga en la acutalidad la embajada de Turquía.

Las verjas se cierran sobre el toro enfermo. La llave chirría en la cerradura. Ese ruido no va a cesar de poner ritmo en la vida larvaria de aquél que acaba de perder la salida.

Me gustan los espejos antiguos, decía todavía Guy a Gisèle. *Me gusta detenerme ante el reflejo sombrío de los espejos. Encierran inviolables secretos de amor y de muerte*. Una vez más, un espejo refleja su rostro petrificado. La historia de ese espejo es prodigiosa. En ese mismo lugar, en esa misma casa, cuarenta años antes, en 1853 y en 1854, Gérard de Nerval, mezclando inextricablemente a Aurélia, Sylvie, el recuerdo de su madre, Jenny Colon (su Michéle de Burne), la princesa de Bourbon e Isis, también cayó en trance ante el mismo espejo. Fue allí donde creyó ver a Aurélia, escribiendo en la pared: «Tú me has visitado esta noche.»

Maupassant volvía a encontrar en Passy las trampas en los reflejos que han acompañado su obra y su vida.

No podemos saber con exactitud lo que ocurría en él cuando se miraba y sería gratuito pretender imaginarlo, a menos de estar afectado del mismo mal. Una experiencia vaga se intenta: solicitar a un enfermo que ha tenido fases de autoscopia, que intentase describir ese vértigo. No he encontrado a ese enfermo, sino a una enferma. Este es el documento que me ha remitido, sin correcciones ni alteraciones:

«Yo era atraída por los espejos como una mariposa nocturna por la luz. De pie, con los brazos a lo largo del cuerpo, me mantenía ante ellos como si fuese a entrar allí, mirándome fijamente, sin mover una ceja, con una inmovilidad de estatua y, poco a poco tomaba la apariencia del mármol. Mi rostro de todos los días parecía encogerse, fundiendo todas sus imperfecciones para convertirse liso y de un modelo perfecto de pastora griega. Me miraba a los ojos y ya no eran mis ojos. Alguien que no era yo, que tenía un resplandor de aparición milenaria, me esperaba al fondo del espejo. Manteniéndome completamente de pie, veía a LA OTRA sentada, sobre algo que parecía un trono de oro líquido y luminoso. Los ojos helados me fascinaban y no podía escapar a la influencia de esa mirada de otro mundo que me

ordenaba ir a unirme en ese otro mundo, más allá del espejo, que yo sabía presente, pero que había desaparecido completamente.

Al cabo de un momento muy largo, ¿una hora? ¿dos? acababa siempre por respirar muy fuerte varias veces. El deslumbramiento se rompía y desaparecía. El rostro que me miraba, bailaba, temblaba como un reflejo en el agua, acabando por inmovilizarse sobre mi figura habitual. Volvía a encontrar mis ojos, los verdaderos, llenos de toda la tristeza del mundo y estallaba en dolorosos gemidos que me tranquilaban.»

Teniendo en cuenta la transición de lo femenino a lo masculino y de un caso benigno a uno grave, se penetra en el mismo Maupassant, inmóvil ante el espejo de la calle Berton.

Desde entonces, los espejos han desaparecido de los manicomios.

Guy conocía muy bien la obra de Gérard, e incluso se había detenido en el prefacio que Nerval había escrito al *Fausto* de Goethe y en el qué el poeta de Sylvie decía: «Es una de esas alucinaciones espantosas del sueño e incluso de ciertos instantes de la vida, donde parece que se está realizando una acción ya consumada y que se vuelven a decir palabras ya dichas, previendo a medida las cosas que van a suceder.»

Guy había comentado este texto sin sorpresa:

– No veo realmente lo que hay ahí de horroroso. ¡Esa impresión la he sentido yo muchas veces en mi vida!

Esos trastornos, sin cesar crecientes, tomaban en él unas formas diversas, atacando, por ejemplo, la misma razón social de la persona, su nombre:

¿Nunca ha encontrado usted completamente extraño su nombre en su propia boca? A mí me ocurre a menudo. Pronuncio mi nombre en voz alta, varias veces seguidas, luego ya no comprendo nada – y al final, expelo cada sílaba sin comprender más. Entonces, no sé nada, pierdo la memoria y quedo allí como alucinado, emitiendo unos sonidos de los qué no puedo comprender el sentido[1].

Como Gérard de Nerval, Guy estaba acostumbrado al baile de los falsos recuerdos, a la disolución del yo y a la aparición del Doppelgänger.

[1] *Guy de Maupassant íntimo.*

Mientras su antiguo periódico, *Le Gaulois*, describe minuciosamente la Casa Blanche, *L'Echo de París*, del jueves 7 de enero, reproduce una información del *Littoral* de Cannes, según la cuál el escritor ha intentado matarse porque no podía trabajar en *El Ángelus*. La prensa arde. Una malsana curiosidad arroja una mirada morbosa sobre esta agonía pública.

André Vervoort, en *L'Intransigeant* del día 12, publica: «¿Para impedir que Guy de Maupassant beba éter o fume opio, resulta absolutamente necesario internarlo en casa del doctor Tres-Estrellas, a quién eso hace mucha publicidad? ¿El bienestar que el escritor experimentará con su sobriedad no quedará irremediablemente destruido por el terror que invadirá su cerebro sabiéndose pensionista del célebre médico de las enfermedades mentales?»

El 10, en *Le Gaulois*, Louis de Boussès de Fourcaud cronista letrado del impresionismo, gran defensor de Wagner, compara meticulosamente las neurosis de Baudelaire, de Nerval y de Maupassant... Naturalmente, es de LOCURA de lo que hablan los periódicos.

En *L'Echo de la Semaine*, pueden leerse extrañas precisiones: «Su cerebro le parece vacío de ideas (...) Es consciente de que un vacío se ha producido. «¿Dónde están mis pensamientos?» pregunta. Busca, como buscaría su pañuelo o su bastón. Busca a su alrededor, se enfurece, se impacienta, inquieto, atormentado: «¡Mis pensamientos! ¿No ha visto usted mis pensamientos?» (...) Ellos están a su alrededor. Son unas mariposas de las que persigue su vuelo fantástico.»

Este inconveniente ejercicio de estilo no es más que la trascripción periodística de las palabras de un médico que ha permanecido anónimo. Indiferente, satisfecho de sí, el psiquiatra diserta: «¿Tenemos nuestras ideas en nosotros? (...) Los pensamientos de Maupassant no eran suyos más que porque les daba cobijo, pero éstos procedían del exterior. Maupassant no estaba tan loco que sintiese revolotear a su alrededor el enjambre de los pensamientos familiares (...) Las mariposas son externas, los pensamientos son externos. El cerebro los recibe pero como

un gerente de hotel a sus viajeros. Maupassant lo demuestra en su locura. En realidad fue un loco que vendió la cordura.»

Es entonces cuando un periodista de otro cariz moral, Louis Ganderax, protesta: «¡Basta ya! La verdad es que por lo común, está tranquilo, y que de vez en cuando, como si tuviese el tifus, delira. Durante algunos días quizás, pedirá los periódicos: ¿será bueno negárselos? ¿Será bueno, además, que encuentre en cada página una descripción más o menos exacta, una crítica de su estado, sin tener en cuenta los pronósticos?

Louis Ganderax vivirá hasta 1940. Crítico dramático de *La Revue des Deux Mondes*, luego director de *La Revue de Paris*, de 1894 a 1912, Edmond de Goncourt lo considera «demasiado servil con todo lo que ocurre»; es el «pobre marido, el metepatas por excelencia»; tiene la barba triste: ¡es un peón! ¡Y su esposa vocifera! En definitiva, un calzonazos.

Ganderax se ha informado en las mejores fuentes. Ese barbudo con quevedos es amigo de Geneviève Straus, que no abandona a Guy y le será fiel hasta en la agonía. Es ella quién informa al periodista y fustiga su indignación. Él precisa al principio como ha sobrevenido la tentativa de suicidio: «He aquí que en un periódico, una buena mañana, él puede leer que está loco. Sale y, en la calle, en no sé que escaparate, ve exhibida la noticia: «Agravamiento del estado del Sr. de Maupassant. Su próximo internamiento en una residencia...» Toma el tren y va a tranquilizar a su madre. Regresa a su casa poco después; pone sus papeles en orden e indica sus últimas voluntades; escribe a un amigo: *Adiós... no me volverá a ver.*

«Durante quince días, vacila: piensa en el dolor de su madre a la qué adora.... Durante quince días, recibe los periódicos (incluso los recibe dentro de un sobre): en primera página, en las últimas noticias, se discute si está loco... Alguien le dice:

«– Que importa, puesto que no es así.

«El responde simplemente:

«– *Eso no es así, pero lo será*.

«Él no quiere que suceda... Toma su revolver; habiendo fallado, toma un cuchillo. ¡Ah! ¡el infeliz! Por respeto a si mismo y también por pudor, temiendo una inmediata decadencia

ha querido desaparecer... ¡Y es entonces cuando atisban su fiebre y su delirio!»

No hay una palabra excesiva en este artículo. Simplemente, Ganderax, en el fragor de la indignación, bien informado de los detalles, pero mal sobre los planes médicos, olvidaba la inexorable fatalidad de la enfermedad.

El 12 de enero, Ganderax enviaba una nota a Cazalis:

«En el primer boletín que envíe usted a los Señores Magnard (director del *Figaro*), Arthur Meyer (*Le Gaulois*), Valentin Simond (*L'Echo de Paris*) y Jules Guérin (secretario de redacción del *Gil Blas*), me parece que sería procedente que les indicase que Maupassant lee los periódicos. Eso sería algo como esto:

«Sabemos con placer que el estado de salud del Sr. Guy de Maupassant mejora día a día. Ayer ha pedido los periódicos. Ha podido ojear varios sin fatiga.»

Eso sería vago, eso tendría un aire inocente y no sería inútil. Desde que usted considere, de acuerdo con el Dr. Blanche, poder enviar ese boletín o algún otro análogo, hágalo...»

Henry Cazalis intentará negociar el silencio. Al día siguiente, 13, Emile Gautier publicaba en *L'Echo de Paris*, el artículo más abyecto que haya aparecido sobre este asunto: «El autor de *Nuestro Corazón* mezclaba con éter la tinta en la que se ha disuelto su cerebro. Algunas gotas de este filtro cotidiano vertidas en su sangre, bastaban para transformar en una avellana demasiado madura la cabeza más sólida, y transmutar un maravilloso obrero de arte en un inválido, un viejo chocho, un loco...»

Louis Ganderax envía enseguida una nota urgente a Cazalis: «Cuando le decía ayer que sería bueno no tardar demasiado (si fuese posible) en prevenir a TODOS LOS PERIODISTAS de que Maupassant leía los periódicos, esta mañana, en *L'Echo de Paris* no se dan sus noticias, pero se ha dejado pasar, por inadvertencia aparentemente, una crónica del Sr. Emile Gautier: *Los bebedores de éter*, en el que es tratado de loco y afectado de chochez.»

Los amigos y la familia se inquietan. Gustave de Maupassant, recluido en Sainte-Maxime, pide ayuda a un destinatario desconocido:

«Señor[1]

No basta con el dolor de saber a mi propio hijo en un manicomio, que es necesario que todos los periódicos, sin excepción, vengan a aumentar mi profunda desesperación publicando sobre mi familia un montón de cosas a cada cual más falsa.

Me consta que es usted amigo de mi pobre hijo y le suplico, en interés de mi nieta (Simone), que me ayude a rectificar lo que se publica en toda la prensa...

Jamás ha habido un loco en mi familia – ¡NI UNO SOLO!»

Fue él quién lo destaca. Como Laure, explica pobremente: «Mi hijo Hervé tenía la deplorable costumbre de trabajar con la cabeza desnuda a pleno sol en sus actividades hortícolas. Tuvo hace tres años una horrible insolación de la que no se pudo reponer. Murió algunos meses después.

Esa muerte fue completamente ACCIDENTAL.»

Gustave de Maupassant mentía. Por piedad, pero mentía. Como Laure.

El comunicado de Ganderax no es publicado en toda la prensa. Cazalis se preocupa. En Passy, el Dr. Blanche no era dueño de su casa más que nominalmente. ¡Este idealista no había incluso pensado en comprar el edificio! Otro había pensado por él, como se ha visto en Goncourt, su asociado, el Dr. André Meuriot, excelente médico, innovador y emprendedor. Ahora bien, Cazalis se había dirigido, no al Dr. Meuriot, sino al Dr. Blanche. El Dr. Blanche le respondió que Meuriot se oponía «absolutamente». Meuriot da sus razones a Cazalis: «El Sr. Blanche me dice que ha hecho, de acuerdo contigo, una nota para los periódicos. Te suplico que no la entregues; en lo que a mí respecta, protesto contra ese procedimiento. Los periódicos han mantenido un silencio que no es bueno turbar...»

Ganderax actúa a pesar de los médicos. El domingo 17, *Le Gaulois* publica: «El Sr. de Maupassant está mucho mejor. Se mantiene al corriente de lo que sucede. Lee los periódicos.»

[1] Colección Lucien Dumas.

La misma nota se pasa al *Gil Blas*. Ningún eco. El silencio deseado por los dos campos médicos se ha restablecido.

¡Ni en el mundo literario! Octave Mirbeau dice a Claude Monet: «Desde que conozco ese drama, siempre me vienen al espíritu esas palabras de Saint-Just: «Aquél que no tuviese amigos está muerto.» y ¡Maupassant nunca ha amado nada, ni su arte, ni una flor, ni nada! Fue la justicia de las cosas quién lo golpeó.»

Mirbeau, que ha olvidado la época en la que él figuraba en *La Feuille de Rose* y los amigos del restaurante Trapp, estaba equivocado con la reputación que Guy se había hecho. ¿Maupassant sin amigos? Después de Flaubert, Bouilhet, Tourgueneff, él conservó la mayoría, Heredia, Catulle Mendés, Paul Bourget, Cazalis, Mallarmé, Porto-Riche, Huysmans, Hennique, Céard, Oudinot, sin contar a los remeros, Léon Fontaine y Robert Pinchon. Bien al contrario, Maupassant tuvo amigos fieles y fue fiel a sus amigos. Por otra parte, pese a lo que se haya dicho, amó su arte, hasta llegar a reventar de trabajo. Y sobre todo amó apasionadamente las flores, los paisajes, la naturaleza, el agua, la vida.

El lunes, 30 de enero de 1893, algunos meses antes de la muerte de Maupassant, Edmond de Goncourt consigna: «El doctor Blanche que ha hecho esta noche una visita a la Princesa acaba de conversar con nosotros, en un rincón, de Maupassant y nos ha dado a entender que está a punto de animalizarse.»

Uno queda estupefacto de la fuerza de penetración de esa única palabra.

El 9 de enero, sin saber todavía si el enfermo podía curarse, Goncourt había borrado a Maupassant de su futura academia, donde éste reemplazaba a Flaubert.

El doctor Blanche, el 10, examina ampliamente al enfermo. Al acabar dice a François:

– Ha respondido a todas mis preguntas. No está todo perdido. Esperemos.

Hasta abril, el combate es incierto. Los doctores Blanche y Meuriot deben defenderse contra las presiones a los que están

sometidos por parte de aquellos – y sobre todo de aquellas – que, habiendo visto a Guy en uno de sus buenos días, estiman inútil el internamiento. Tassart cuida a su señor con el enfermero Baron. Y luego, un día, François está en su cuarto a punto de escribir a la Sra. de Maupassant, cuando Guy le dice:

– *¡Ha ocupado usted mi lugar en Le Figaro, eh! ¡Le ruego que se retire! ¡No quiero volver a verlo!*

Cuando, completamente pálido y casi lloroso, François le cuenta la escena, el Dr. Blanche, éste murmura:

– Es lo que me temía.

Nos gustaría reconstruir lo que pasó en la calle Berton día a día, continuar en el asilo el análisis de un proceso tan minuciosamente descrito por el escritor en las admirables cartas de 1890-1891. Pese al buen trabajo de Normandy en *El Final de Maupassant*, algunas indicaciones permanecen inciertas, redactadas o transmitidas por testigos a menudo incompetentes. Ninguna publicación médica que siguiese la enfermedad de Maupassant ha llegado a nosotros. Es tanto o más sorprendente que se desarrollase en Passy todo un juego de intrigas alrededor de Caroline Commanville, la sobrina de Flaubert, la compañera de infancia de Guy. El Dr. Meuriot, auténtico dueño del lugar, enamorada de la viuda, había sido suplantado por su asistente, el Dr. Franklin Grout, igualmente psiquiatra. Es al gusto de ambos por lo inédito que debemos una gran parte de lo que sabemos, pero no queda del contenido de sus delirios y de su evolución, más que una línea de puntos.

Ni más que las palabras del ebrio en crisis, ni más que el contenido de nuestros sueños cíclicos, los delirios de un enfermo mental o de un paralítico general no son frutos del azar. El «loco» no dice NO IMPORTA QUE. El regreso de las mismas imágenes puede arrojar sobre una vida una claridad *a posteriori* capital. Así, Maupassant cree vivir en una casa poblada de sifilíticos (conocimiento disfrazado de su mal). Vuelve a hablar de podofilia. *Una píldora puede destruir el hierro*. El 11 de enero, ha pasado una mala noche. El diablo ha venido. Guy se ha lavado completamente con agua de Evian (miedo microbiano y persistente de la costumbre de la hidroterapia). Todavía ha hablado de la sal en su cerebro. Lo que confirma y justifica las

inquietudes de Ganderax y de su padre, es que reclama su correo y los periódicos.

El periodo de tranquilidad no dura. En el suelo, pululan unos insectos que arrojan morfina. Oye al populacho aullar en el parque (¿resurgimiento histórico de la muerte de la princesa de Lamballe?). Se comunica con los muertos. Dialoga con Flaubert y Hervé.

– *Sus voces son muy débiles y como procedentes de muy lejos.*

Escribe a Léon XIII para aconsejar la construcción de tumbas lujosas, equipadas de confort moderno, hidroterapia (por supuesto) caliente y fría. Se hablaría fácilmente con los difuntos, así conservados, mediante un ventanuco.

El delirio de grandeza se amplifica: ¿su pensión no es pagada por sus amigos los Rothschild? Sin embargo, prefiere regresar a su casa, la más bella habitación de París.

El 14 de enero, anuncia:

– *¡Dios ha proclamado desde lo alto de la Torre Eiffel a todo París que el Sr. de Maupassant es el hijo de Dios y de Jesucristo!*

También dirá: *Jesucristo se ha acostado con mi madre. Yo soy el hijo de Dios*. Extraño epílogo para *Pierre y Jean*, donde la megalomanía sublima la bastardía.

Goncourt siempre se interesa por Maupassant. Su hermano menor Jules murió de la misma enfermedad. Posee informaciones. El miércoles, 3 de febrero, se dice en casa de «la Princesa» que Maupassant se cree ser el blanco de las persecuciones de los médicos, que lo esperan en el pasillo para inyectarle morfina, cuyas gotas le provocan agujeros en el cerebro. Obstinación en él de la idea de que se le roba, que su doméstico le ha robado 6000 francos que, al cabo de algunos días, se convierten en 60.000 francos.

El eco de la agonía llega a Auteuil con algunos días de retraso, pero fiel.

El 18 de enero, Maupassant clama:

– *Las balas disparadas sobre mi casa han estallado.*

Su hermano Hervé le pide que amplíen su tumba (culpabilidad respecto del hermano y obsesión por la muerte). Pide agua bendita. (Se ha visto la premonición de ese fantasma cuando la velada singular con el experto clandestino, avenida Victor Hugo) Acusa todavía a François de haber escrito a Dios una carta para denunciarle por haber sodomizado a una gallina, una cabra, etc.

Se diría que el enfermo emplea un lenguaje simbólico para transmitir unas angustias que se ve en la imposibilidad de traducir. Unas palabras acuden en lugar de otras, al azar. La angustia así deformada permanece sin embargo sensible.

El 20 de enero, se le ha cogido el dinero reservado para su viaje al cielo. Dominante en su obra, el miedo subyacente se libera. Al miedo a la noche acompaña el miedo a la muerte. El 23 de enero, delira:

– *No me rechacen los huevos. Estaré obligado a pagar 100.000 francos* (...) *El notario ha vendido mi casa de Étretat* (proyecto real) *1.500 francos; valía 35.000. Lo que me ha hecho perder 100.000 francos* (ruptura de la lógica que reaparece después de un salto subterráneo). *Mi manuscrito, que quería destruir, ha sido robado por el diablo.*

Las obsesiones diabólicas son tan marcadas que el Dr. Blanche debe plantear a Laure de Maupassant la cuestión: «¿Qué hacer si solicita un sacerdote?» Ella responde en el sentido de las palabras conocidas de Guy: «Todo lo que puedo decirle, es que no he visto en mi hijo, durante todo su vida, ninguna veleidad religiosa. No he visto en él ni aversión ni desprecio por eso que no creía...Haga lo que las circunstancias ordenen y ceda al delirio del enfermo.»

Este horroroso enero se hace muy largo.

–*Ollendorf y Havard están compinchados* (desconfianza profesional respecto de los editores). *¡La Banca ha descubierto su escondite! ¡Los cuarenta millones han sido depositados en mi nombre! Jacob está implicado* (su propio abogado). *Los quinientos mil francos que debía recibir de América, fue la Banca de Francia quien los ha tomado. Pero no fueron quinientos mil francos, fueron quinientos millones. Se me va a*

meter en prisión así como a François por su implicación en el asunto de Rotschild.

El 28 de enero, tira la miel que le llevan. El Dr. G. (¿Franklin Grout?) quiere matarlo con una lavativa de miel. La miel es mortal porque las abejas la fabrican con la digital.

Acosado por un inmenso complot, el 29, apostrofa a un ser invisible:

– ¡Mientes! ¡mientes! ¡Eso no es cierto! Yo no como hoy, yo comulgo.

Habla constantemente a la muralla:

– ¡Hervé! ¡Hervé! ¡me quieren matar! ¡Quemad todos los papeles! ¡Matad al gendarme!.

El 31, ordena un almuerzo para su madre, su cuñada, su sobrina Simone y HERVÉ.

– Están allí, pero no pueden encontrar la puerta para entrar. Por cierto, doctor Meuriot, ¿ha recibido usted los 60 millones que mi notario quería dar al Panamá?

François lo envenena vertiéndole vino en el ombligo. El vino blanco es de barniz. Regresa a los huevos (símbolo de la cadena de los seres jamás ACEPTADA). Tiene 1200 huevos en la bodega del Dr. Meuriot y sus estómagos artificiales (obsesiones fisiológicas) le cuestan 12.000 francos.

– Todos los católicos tienen estómagos artificiales.

El Papa, Dios, diablo, católicos, la obsesión de tintes religiosos va tomando cuerpo:

– Vestidme. Tomo el tren para ir al Purgatorio.

El 9 de febrero, habla sin parar del médico que, según la leyenda familiar, lo vio salir al mundo y modeló largo tiempo su cráneo, como se practicaba corrientemente en el campo. El 10, dice que está enterrado desde la víspera, trata a Dios de *anciano estúpido* y llama a *los bomberos para que retiren las bombas que están bajo el monasterio.*

El 11, insultando al Dr. Meuriot, su delirio se vuelve completamente teratológico:

– ¡Eres un infame! ¡Dios, estás loco! ¡Mira como François confiesa haberme robado ochocientos millones... Ese no soy yo. Es el barón de Vaux que ha declarado la guerra[1]*... Usted no*

[1] Su colega del *Gil Blas.*

puede matarme. Yo soy invulnerable... ¡Voy a matar a todos los diablos!

Se trata de la prolongación demencial de *El Ángelus* y de La *Belleza Inútil*, la deformación fantástica del *dossier de Dios*. A menudo, un detalle arroja una luz rápidamente apagada en los negros corredores:

– No fue de ternera, fue semen humano con el que fui alimentado por las Celestinas... ¡Oh! que desagradables son esas mujeres!... Yo tenía doce años... Se sabía que la señorita X... estaba podrida, y usted dice que yo... sobre un elevador Es usted un mentiroso, una vieja golfa, una vieja canalla...

El doctor se bate en retirada y nos deja ante esta hipótesis de un equivalente, infantil y fisiológico, de la decepción provocada por Fanny de Cl., adolescente y psicológica, pareciendo dar razón a Pascal Allain y a la tradición oral de un accidente venéreo más que precoz. No olvidemos el poemita a Jeannette...

Los días 14, 15 y 16 de febrero, vio a Ollendorf, Jacob y Cazalis, a quién habló ampliamente de una oscura teoría sobre la *medicina viajera*. El 16, una prodigiosa explosión aclara a la vez sus diablos, Dios humillado y la derrota:

– ¡Solo los diablos son eternos!... ¡Soy más fuerte que Dios! ¡El ejército francés es infame y está en un estado deplorable...

Insólitos para el profano, sin embargo siempre relacionados con la personalidad en descomposición, los delirios de Maupassant coinciden con los síntomas de la parálisis general. Los trastornos del lenguaje y la escritura, las migrañas, la verborrea, finalmente, la alteración de las funciones superiores, el delirio megalomaníaco, son moneda corriente en esta afección. «El enfermo cree poseer millones, ser amo de todo el universo. Algunos declaran orinar diamantes o estar dispuestos a casarse con 25.000 mujeres[1]. Sin embargo, en esta perspectiva general, el monólogo interior obsesional entrelaza estrechamente los diversos temas particulares, principales o secundarios, resultantes de la vida misma de Maupassant. Así el tema genésico, su obsesión de hombre sano hace tan solo algunos meses, se enriquece:

– Los alimentos son del germen de momias y de soldados.

[1] *Manual de Psiquiatría,* op. cit.

20 de febrero: – *Lucifer se ha matado con el madeira. Las mujeres mundanas han sido desfloradas por mí!*

23 de febrero: – *Voy a asesinar a Dios contagiándole la viruela negra.*

2 de marzo: – *¡Los muertos hablan!*

9 de marzo: – *¡Cocineros, bomberos, traigan el pollo con arroz!*

De nuevo crepita la blasfemia:

–¡Dios! vos sois el más feroz de los Dioses! Y os prohíbo hablarme! No sois más que un imbécil. ¡Diablo, mata a Dios!... Lucifer ya te he dicho suficiente: tendré el mundo entero... Vos sabéis bien que los dioses paganos me aman.

¡Qué extraordinario fogonazo de luz! ¡El humanimal! ¡La Venus de Siracusa y el Carnero de Palermo!

En el magma de las ideas que ya no organiza el sobre-yo, su vida entera regresa, en ebullición. Habla de la ascensión del *Horla*. Jovis y sus compañeros no veían como él. Él, él veía Francia entera e incluso a muy largas distancias, Rusia y África.

El infra-yo hace reproches (legítimos) a su madre que el yo consciente jamás habría tolerado:

– Mi madre, tras haber recibido veinte millones de mi, ha exclamado: «¡Me muero de hambre!»

Sustituyamos veinte millones por «sumas considerables», lo cual es cierto. Marzo avanza. No quiere orinar:

– No se necesita mear en la agonía. Voy a tener una terrible fuerza... Pero si se me pone la sonda urinaria es mi muerte inmediata (...) *Son diamantes! Mi vientre está lleno de diamantes! ¡Depositelos en la caja fuerte! Si usted me sonda, yo le haré castigar por mis ángeles guardianes.*

– Se me ha acusado de ser pederasta (única actividad sexual con la que no es indulgente). *François, ¡usted se lo ha dicho al Cielo! ¡Usted ha firmado la infame carta! ¡Es usted un ladrón, François, y yo lo despido!*

El miércoles, 30 de marzo, Goncourt en su papel de antiguo coro, refiere: «La Sra. Commanville (...) me da tristes noticias de Maupassant. Ahora ya no habla más de su manuscrito *El Ángelus*. Últimamente, quiso enviar un despacho a alguien y no

ha podido redactarlo. En fin, pasa todas sus jornadas charlando con la pared que tiene frente a él.»

La indiscreta Caro Commanville se ha casado, en segundas nupcias, con el doctor Franklin Grout. Es por mediación de la pareja como se filtran las noticias. El hijo de la casa, Jacques-Emile Blanche, detesta a esta mujer «bello espíritu, bonita, elegante, interesada», a quién le reprocha, él también, rascar aún los fondos del armario de Flaubert, «trozos de papeles emborronados, manuscritos abandonados – de manipular la correspondencia, los inéditos...». No es el único en denunciar a ese «personaje odioso». Muerto Maupassant, Caro perora, mientras que el marido colecciona[1]

Hace veinte años, en marzo de 1871, Maupassant, soldado, pasaba a limpio su canción de *Vallon*, compuesta por la cantante y actriz Louise Delaquerrière. Empujada por Laure y por su hermana, Sra. d'Harnois de Blangues, la tía de Guy, la cantante pide al doctor Blanche la autorización para ir a cantar *Le Vallon*, oculta detrás de un biombo, para intentar despertar la memoria de Guy. El doctor alza los hombros, no sin melancolía.

– Es demasiado tarde, señora.

El último año es crepuscular. El tiempo se ha detenido en el incesante chirriar de las verjas. El enfermo tiene algunas remisiones. Se interesa en las pajareras. El enfermero le habla de los pájaros. En octubre, unas nieblas que ascienden del Sena arrastran sus franjas por el parque desolado. Guy permanece horas inmóvil. Los apretones de manos de los doctores. Los otros enfermos. Las puertas que chirrían; las llaves.

El lunes de Pascua, 3 de abril de 1893, sale al parque, con François y el enfermero Bispalié. Le gusta ver el nacimiento de la primavera. Bispalié le muestra un bonito árbol ya verde.

– *Sí. Esta muy bien. Pero no es comparable a mis sauces blancos de Étretat*.

Y luego, se asusta:

– *Aquí están los ingenieros, aquí están los ingenieros que registran la tierra, los ingenieros que horadan...*

[1] Se encontrará una parte de la correspondencia en las *Cartas inéditas de Maupassant a Flaubert*, publicadas por Pierre Borel en las ediciones des Portiques, Paris, 1929. Borel las había obtenido directamente de Caroline.

O inserta trozos de ramas en la tierra:

– *Plantemos esta aquí; encontraremos el año que viene pequeños Maupassant*[1]

A Albert Cahen d'Anvers, en un destello de lucidez, le dice:

– *¡Váyase! No seré yo mismo en un instante!*

Y llama:

–*¡Enfermero! ¡Póngame la camisa! ¡Rápido! ¡Rápido!*

Un día, tumbó a otro enfermo con una bola de billar. En los alaridos de los agitados que ninguna droga química calma, las crisis se ralentizan, dando lugar a la atonía. Unos fieles vienen siempre a visitarlo, como Henry Céard o Baule de Maurceley. Salen helados.

El 25 de marzo de 1893, el enfermo ha sido presa de una crisis de convulsiones de naturaleza epiléptica, que ha durado seis horas. Ocurrirá otro tanto el 25 de abril y el 25 de mayo. Después de eso habrá que alimentarlo. La época de las grandes crisis «espectaculares» y de las palabras de «loco teatral», por emplear el argot familiar de los alienistas, ha finalizado. Es la última etapa.

El doctor Blanche confía a Yriarte, redactor jefe del *Monde Illustré*: «Me llama *Doctor*, pero para él, el doctor no importa qué, ¡ya no soy más el doctor Blanche!» Y, refieren siempre Yriarte y Edmond de Goncourt: «Hace una triste descripción de su rostro, diciendo que en el momento presente, tiene la fisonomía del autentico loco, con la mirada perdida y la boca sin sujeción.»

Por una expresión dudosa en un psiquiatra, como esta «fisonomía del autentico loco», tal vez empleada por el austero doctor para hacerse comprender por un profano, hay un atroz rasgo VISTO: «la boca sin sujeción».

Debilitado, marchito, con los ojos enrojecidos y apagados, los hombros encogidos, las manos huesudas y blancas, Maupassant ya no se mantiene en pie. El 14 de junio, las convulsiones regresan. Se cree que es el fin. El corazón todavía late. El 28, nuevas convulsiones lo llevan a un coma. Sale aun una vez, abre un ojo, mueve una mano.

[1] A. Lumbroso.

Guy deja de sufrir el 6 de julio de 1893, a las doce menos cuarto de la mañana.

Habría dicho estas últimas palabras.

– *¡Tinieblas, oh! ¡unas tinieblas!*

El periodista italiano Diego Angeli habría tenido conocimiento de las notas (no sistemáticas) de Meuriot y de Franklin Grout. Las publicó en el *Giornale d'Italia*[1]. De ahí proviene ese detalle intensamente novelesco. Según Pierre Borel[2], Léon Fontaine que veía corrientemente al enfermero Baron en la Residencia Blanche afirmaba que Guy jamás pronunció esas teatrales palabras.

Última incertidumbre de una vida tan incierta como el agua.

[1] 30 de julio de 1902. Firma: Didacus.

[2] Carta del 13 de octubre de 1958 al autor.

5.

«En esta familia, señor»... – En plena tierra. – «Auxiliado con los sacramentos de la Iglesia...» – Oración fúnebre en el Palacio de las Ventas. – Diálogo del pintor con su modelo.

«Los funerales de Henri-René-Albert-Guy de Maupassant, hombre de letras, fallecido en París, el 6 de julio de 1893, auxiliado con los Sacramentos de la Iglesia a la edad de 43 años;

Que se celebrarán el sábado, 8 de los corrientes, *a las doce en punto*, en la Iglesia de San Pedro de *Chaillot*, su parroquia...»

La esquela ha caído de las manos de Alexandre Dumas hijo. Sacude su leonina melena y, vestido como está, corre a la estación. En Chaillot, la muchedumbre es numerosa. La familia está representada por el Dr. Fanton d'Andon, hermano de Marie-Thérèse, viuda de Hervé. Con los rasgos endurecidos, el joven doctor toma una de las cuerdas de la polea, en compañía de Émile Zola, de Ollendorf y del abogado Jacob. Mira a su alrededor, indignado. Laure, que ha quedado en Niza, ha enviado a su dama de compañía Marie May, y el padre tampoco está. Se dice que ella no ha vuelto a ver a su hijo desde que fue internado. El Dr. Fanton d'Andon, medio siglo más tarde, pronunciará esta terrible sentencia: «En esta familia, señor, los vivos incluso no se molestarían en enterrar a los muertos.»

François está, con el rostro abotargado y los ojos enrojecidos. Él es la familia.

En el cementerio Montparnasse, mientras la Sra. Pasca, la volcánica actriz, llora tempestuosamente a su autor, Jean Lorrain, Henry Roujon, Catulle Mendès, Albert Cahen d'Anvers, Henry Céard, Joseph Rinach, Jean Béraud, Henry Bauer, Marcel Prévost, Paul Alexis, Henri Lavedan, Heredia, etc. se reúnen junto a la tumba, y ante Zola.

Zola habla con voz suave. Para su discurso, lee cartas de Guy, en particular aquella, escrita inmediatamente después de la muerte de Flaubert: *No sabría decirle cuanto pienso en Flaubert, me acosa y me persigue. Su pensamiento me viene sin cesar, oigo su voz, recuerdo sus gestos, lo veo a todas horas ante mí con su gran bata marrón y sus brazos levantados*

hablando... Con los ojos enrojecidos bajo el binóculo, el orador, a su pesar, balbucea:

«Jamás hombre alguno ha sentido la tinta menos que él y llegaba incluso al extremo de no hablar nunca de literatura, de vivir apartado del mundo de las letras, trabajando por necesidad, decía él, y no por la gloria como objetivo. Eso nos asombraba un poco, a nosotros, en los que la idea de la literatura ha devorado la existencia...»

Se atraganta:

« Él, ¡Dios mío! ¡Golpeado por la demencia! ¡Toda ese felicidad, toda esa salud yéndose a pique de un golpe en esta abominación! ...»

Superando su propio horror por la muerte, Zola amplía el tema:

«Permanecerá como uno de los hombres que han sido más felices y más desgraciados de la tierra, aquél en el qué sentimos lo mejor de nuestra humanidad esperar y venirse abajo, el hermano adorado, destrozado, luego desaparecido, en medio de la lágrimas. »

Y arroja esta sorprendente frase del Zola bíblico en que se ha convertido después de *Las Tres Ciudades*:

«–¿Quién puede decir si el dolor y la muerte no saben lo que hacen?»

Henry Céard pronuncia algunas palabras desgarradoras, en nombre de los amigos de la primera época. Los remeros de La Grenouillère mantienen un respetuoso silencio, con los ojos llorosos. Con Joseph Prunier, su presidente, entierran su juventud.

Hay siempre alguna situación cómica en las ceremonias fúnebres. Alexandre Dumas hijo, con sombrero de paja y pantalón de lona, contrasta con esas personas en levita y sombrero de copa que lo miran cuchicheando.

«–¡Qué destino!, repite. ¡Qué perdida para las letras! ¡Ah! »

Y como para ilustrar este comportamiento familiar, una admiradora desconocida, vestida de alsaciana, sigue al cortejo desde San Pedro de Chaillot hasta el cementerio.

Esa misma noche, François Tassart depositaba un telegrama entre los grifos de la quimera de Rodin, último mensaje de la Dama de gris.

Maupassant deseaba ser enterrado en plena tierra, sin ataúd. Lo había expresado claramente, cuando murió Victor Hugo: *Toda su obra, todos sus versos claman que él quería haber sido depositado en la tierra desnuda, apenas separado de ella por una ligera tabla, a fin de que las raíces de las hierbas y de los árboles vinieses a buscarle, a tomarle, a cogerle, volverlo a llevar sobre la tierra, a llevarlo de nuevo hacia el sol y las brisas...* Circuló mucho tiempo el rumor de que ese deseo había sido respetado.

Paul Leroy, redactor de *Nouvelles Littéraires*, precisa que Guy fue enterrado normalmente, bajo un triple ataúd de pino, zinc y roble. Su deseo no fue más que muy simbólicamente respetado. Laure de Maupassant habló a Paul Alexis, en septiembre de 1893, en el transcurso de esta conversación donde ella tuvo aquél singular lapsus sobre Flaubert: «He escrito claramente para que no fuese enterrado en un ataúd de plomo...»

Los contemporáneos quedaron sorprendidos por la formula de la esquela «auxiliado con los sacramentos de la Iglesia». Así se terminaba un amplio debate. El pensamiento religioso de Maupassant no ha variado desde *Mi Tío Sosthène* (1883), cuento escrito pensando en su propio tío librepensador Cord'homme-Cornudet. *Yo, que también soy librepensador, es decir, un rebelde contra todos los dogmas que ha inventado el miedo a la muerte, no siento cólera contra los templos, aunque sean católicos apostólicos romanos, protestantes, ortodoxos rusos, cismáticos griegos, budistas, judíos o musulmanes* (...) *Cuanto más se desarrolle el pensamiento, más disminuye lo desconocido, y desaparecen más los templos. Pero, en lugar de poner en ellos incensarios, yo colocaría telescopios, microscopios y centrales eléctricas ¡Eso es!*

Guy concluía con claridad: *Para tener una religión, me bastaría con la antigua.*

Un día, con Léon Fontaine, visitó la Gran Cartuja y asistieron a un oficio religioso nocturno. *Es imposible imaginar*

espectáculo más sobrecogedor, esas cuarenta figuras de hombre vestidos de blanco, apenas iluminados por una sola lámpara, enmarcados en sus sillares negros, y cantando el Dies irae. Al día siguiente, dirigiéndose a Grenoble, Guy confía a Petit-Bleu:

– Me niego a creer que esos monjes sean felices. Algunos viejos, tal vez. ¿Pero esos jóvenes? ¡Has visto esos ojos de fuego!

En Yvetot, no tuvo fe pero, pese a ser anticlerical, no llegará nunca al ateismo[1]. François, siempre tan comedido, no falsea sin embargo el pensamiento de su señor afirmando que Guy tenía el sentimiento de la existencia de un ser supremo. Pero eso es mucho más complejo. Agnóstico como Flaubert, Zola, su madre, o el padre de ésta, Paul Le Poittevin, el librepensador tolerante, Guy pondrá sus asuntos en orden con un posible Dios a la hora señalada.

Sin embargo, no se puede permanecer inmerso en esta mediocre prudencia. Maupassant tiene otra dimensión, otras raíces menos banales, aparecidas hasta en la interminable agonía, hundidas en extrañas religiones enterradas.

– No creo en la vida ultra terrena, dice a un periodista. *Creo en la vida universal, eterna, entre los astros innumerables, a través de los siglos siempre renovados. ¡En cuanto a nuestra pequeña persona! ¡Es necesario morir completamente en tanto como individuo y celebrar nuestro duelo! Y si hay otra cosa – lo que también es posible– no sé en que consiste; no sé nada. Ni usted, ni nadie.*

Aún a su pesar, las ideas religiosas de Maupassant están dictadas por este horror a la muerte que él siente más que nadie. Debido a la intensidad de ese horror, parece menos banal su pensamiento que la expresión que da de él. Es cierto que, en este musculoso demasiado nervioso, más allá de ese panteísmo elemental, se ha transmitido inexplicablemente la lección de los animales-dioses de Egipto, de Grecia y de Creta que fulguraban todavía en la agonía. Unos orfismos, unas manifestaciones ya señaladas hormiguean bajo la fachada de agnosticismo. El

[1] No se ha encontrado la fecha de su primera comunión, pero la confirmación tuvo lugar en Etretat, el 19 de mayo de 1863, en manos de Monseñor de Bonnechose, arzobispo de Ruán.

Carnero de Siracusa, cuya bestialidad no se identifica con la estupidez, se prolonga en símbolos solares. Negativo, se ha visto este horror a la muerte extenderse hasta la blasfemia ininterrumpida, de *la Belleza Inútil* a *El Ángelus*, aullando de sufrimiento hacia un Dios que ha tolerado el mal. Positivo, se trata de una adoración pánica y sobre todo una puesta en guardia contra la inteligencia.

Taine, escuchando a Maupassant leyendo *El Olivar* exclamaba: «¡Esquilo!». Maupassant era el trágico pagano que derivaba de su concepción del mundo.

Pero es el destino que planea sobre su obra en la forma femenina de la diosa del agua, Una Ananké acuática dirige y colorea su nihilismo al igual que gobierna su agonía. El agua forma allí una figura fatal y oscura diosa del Ser y de la Nada. Es Vida-Muerte. Ella es Isis.

Para la vida corriente, la sensualidad a flor de piel, el amor por el sol, la generosa y oculta caridad, la adoración delirante de una Maya de fin de siglo y el confortable Schopenhauer le han bastado para explicar ese malvado mundo donde su nombre lo designaba como el *Mauvais Passant*.

Enterrado con los sacramentos, había además constatado su moralina siete años antes, en octubre de 1886:

–¡Bah! Es la historia de todas las conversiones in extremis.

Las brumas invaden el nacimiento de Guy, la guerra de 1870, su vida entera. Huyó de las confidencias y destruyó lo que podía darle a conocer. A la edad en la que podría estar tentado de su recuerdo, entra en la confusión mental. Muerto, su madre y su padre no conservarán nada. Venden La Guillette, el *Bel-Ami*, ¡el contenido del apartamento de la calle Boccador! Desde el internamiento, un administrador judicial ha sido nombrado, Sr. Lavareille. Una correspondencia del Sr. Lavareille y de Laure de Maupassant con Maurice Muterese demuestra los mecanismos de esta catastrófica dispersión.

Con estupor he sabido, un buen día de verano como a él le gustaban, en Antibes, que su *gran pájaro blanco*, EL BEL-AMI FUE PUESTO EN VENTA ANTES DE SU MUERTE, por la propia voluntad de esta Laure que el Dr. Fanton d'Andon

describió como «altiva, imperiosa hasta el despotismo, rencorosa para con los humildes. ¡Todos unos locos esos Maupassant[1]» Se sabe el significado simbólico capital que ese barco tenía.

El velero, descrito anteriormente por el inventario, fue valorado en la época por el Sr. Muterse en 6000 francos[2]. La Sra. de Maupassant, con su escritura inglesa fina y nerviosa, reclamaba imperiosamente, mediante el intermediario del Sr. Muterse, tres fusiles de su hijo que debían estar en su camarote y todo lo que quedase en el barco. Ahora bien, esta carta data del 24 de junio de 1893, OCHO DÍAS ANTES DE LA MUERTE DE GUY[3].

En el mismo documento, Laure decía de Guy: «Está muy tranquilo, y los recuerdos de su vida pasada vuelven en tropel y muy nítidos. Su estado físico sería perfecto, si las piernas no estuviesen débiles. En suma, el Dr. Blanche parece más contento.» Ella escribía en los mismos términos a Hermine y a otras corresponsales. ¿Inconsciencia, superstición, optimismo por encargo o por conveniencia? Desde luego, ella no lo había vuelto a ver, desde luego, estaba engañada por los médicos, desde luego, estaba enferma; desde luego... La prisa por desprenderse de todo lo que había pertenecido a Guy tenía razones diversas, especialmente los consejos del administrador judicial y los mismos términos del testamento (más o menos el de Flaubert). Sin embargo, no se puede impedir entrever otro hecho: una especie de horror insuperable la sobrecogía por todo lo que era su drama. Desde luego, nada le impedía conservar las cartas recibidas, los manuscritos, las fotografías, las pinturas. No lo hizo más que por Simone, su nieta. Vendió o dio casi todo, no guardando más que unos objetos que no tenían sentido excepto para ella. Es así como hay quince cartas de Guy a su madre en la colección de Mary Lecomte du Noüy, entre las más importantes. Una carta de Laure es glacial. En los Ravenelles, ella copió estos versos de Shakespeare, con la intención de hacerlos grabar sobre la tumba de su hijo:

---

[1] André Vial.

[2] De 18.000 a 24.000 francos.

[3] Perteneciente al Sr. Rigaud, marido de la nieta de Maurice Muterse.

He is dead and gone, lady
He is dead ang gone
At his head a grass green tuft
At his heels a stone.

Los tradujo para Hermine, con una traducción más literal que poética y que no da cuenta de esa admirable música fúnebre:

Ha muerto y se ha ido, señora
Ha muerto y partido
En su cabeza una capa de césped verde
A sus pies una piedra.

Le pide su opinión sobre este proyecto. Muy apresuradamente, Hermine se limita a anotar al margen: «El «señora» plausible en Shakespeare nos parece un poco ridículo plasmarlo sobre una tumba.»

Los últimos años son sórdidos, bajo el gran sol mediterráneo. La antipatía por su nuera – recíproca– se ha agravado. Ambas se acusan de malversación[1], de vivir en la opulencia con los restos del muerto, mientras que la otra se arrastra en la miseria. He aquí de nuevo el clima de la herencia del abuelo Jules. La desaparición de Guy deja negros remolinos de furor y de interés, donde fulguran violentas indignaciones cuando se filtran unos destellos de verdad, provocadas por los recuerdos de amigos solicitados por los periódicos o las indiscreciones de los médicos, fascinados por ese caso soberbio, esa «hermosa» parálisis general. Laure indignada, amenaza como los hechiceros de *Macbeth*, que a ella tanto le gustaba. Hermine le ha dedicado su *Amistad amorosa*, sin embargo tan tierna y tan discreta. Ella rechaza a la dulce amiga, acusándola de hipocresía y de divulgación interesada. Y luego, excesiva en la queja como en la invectiva, se reconcilia con ella. Representa su muerte, que no llega. Ella la llama La Dama de los Ojos hundidos. Hay algo de Sarah Bernhardt en esta interminable tragedia privada. La anciana sola, que jamás ha soportado la contradicción, encuentra más escandalosa que todas la del destino. Devorada por un temor profundo pero teatralizado, por

[1] Lumbroso.

el orgullo, por una desesperación sin fondo, carcomida por sus nervios y por la droga, doloroso saco de angustia, Madame Bovary anciana sueña sin medida en la losa shakesperiana y, simultáneamente, dispersa los recuerdos esenciales de su hijo. Daba miedo. Era de esas naturalezas cuya violencia de sentimientos arroja fuera de los caminos y deja incomprensibles y vagos espantos. «La Dama de los Ojos hundidos» la tomará el martes 8 de diciembre de 1904, a los ochenta y tres años.

Aparte de algunas raras piezas que serán reunidas por Lumbroso y otros, lo que quedaba fue irremediablemente dispersado, los días 20 y 21 de diciembre de 1893, en el Palacio Drouot, ante un público nervioso de condesitas, de escritores y de artistas. La venta produjo un total de 24.500 francos. La Quimera de Rodin, objeto revelador, incluso del carácter del contador, salió en subasta por 970 francos. Fue el barón Cahen d'Anvers quién la adquirió.

Esta dispersión pública, en el triste teatro de la calle Drouot, inauguraba el ballet que iban a dirigir durante medio siglo esos personajes picarescos que fueron Gisèle d'Estoc, Pillard d'Arkaï, el inglés Frank Harris, Pierre Borel y muchos otros, que alegremente han trucado o manipulado piezas esenciales y arrojado a los cuatro vientos documentos irreemplazables. Mientras que las «manos piadosas » intentaban borrar todas las huellas de las «infamias» de Bel-Ami, unos rufianes trapicheaban.

La noche del 20, el Escriba en cuclillas anotaba: «Se lamentaba esta noche, en casa de la Princesa, esta publicidad de la venta Maupassant, que disminuía verdaderamente al escritor desvelando el innoble gusto del hombre.» Al día siguiente, volvía aún sobre su «... aspecto de un vendedor de vinos, viviendo en el entorno de las cosas CANALLAS de su interior»

Esa fue la oración fúnebre de Bel-Ami por la Ramera Elisa.

–Querido Guy, estuvo usted todavía en Aix-les-Bains en 1890...

– ¿Por qué me llama «querido Guy»? ¡Usted ha llamado a Emile Zola, «Señor Zola»!

– Es usted un muerto más joven que yo.

– No estoy seguro de que esa sea una razón.

– Pues bien, ¡no! Yo adoro el agua, como usted, y el río y el mar, y el Midi. Desde Etretat a Portofino, desde Bogival a Sfax, todos sus paisajes, los conozco. Tengo la impresión de haberme encontrado con un camarada de pontón...

– ¿Qué barco tiene usted?

– Un pequeño velero. Más pequeño que el suyo. Lo he llamado Bel-Ami III.

– Eso es todo un detalle. Quería decirle. Lo que usted hace...

– Esta biografía.

– Esto que usted hace me irrita. ¡Recuerde la odiosa actitud de Maxime Du Camp! ¡He estado enfermo! ¡No se tiene el derecho! *No me gusta que el público entre en mi vida. Mi vida no pertenece más que mí*.

– No.

–¿Cómo que no? En el 90 yo escribía precisamente desde Aix-les-Bains... a la Señora...

– ¿A qué Señora?

– ¡Encuéntrela! Le escribía lo que siempre he pensado: *si yo nunca debiese tener bastante notoriedad para que una posteridad curiosa se interese por el secreto de mi vida, el pensamiento de la sombra en la que exponen mi corazón iluminado por publicaciones, revelaciones, citas, explicaciones, me daría una inexpresable angustia y una irresistible cólera.* ¿Es lo suficientemente claro? También he dicho: *Todo lo que escribo pertenece al público, a los críticos, a la discusión y a la curiosidad; pero deseo que todo lo que atañe a mi vida y mi persona no de lugar a ninguna divulgación.* ¡Usted no respeta pues la voluntad de los muertos!

– Fue respetada BASTANTE TIEMPO YA.

– ¿Perdón?

– Esa voluntad se ha visto más o menos respetada desde 1893. ¡Tres cuartos de siglo, es mucho, Señor de Maupassant!

– ¡Ya no me llama Guy!

– ¡Señor de Maupassant, usted extralimita sus derechos de muerto!

– ¡Explíquese!

– No es por nada por lo que los hombres han debido establecer una regla absoluta, ABSOLUTA, ¿entiende?, la del dominio público. ¡Usted ha sido demasiado defensor de nuestros derechos de escritor como para no conocerla!

– Gracias. Cincuenta años después de la muerte, la obra cae en el ámbito del dominio público... ¿no es así?

– Por desgracia, más de cincuenta años para nosotros, que hemos sido víctimas de dos guerras mundiales...

– ¿Perdidas, naturalmente?

– No.

– ¡Ah!

– En fin, no del todo!

– Háble me de esas dos guerras. Los alemanes...

– Espere. El «dominio» cubre actualmente cincuenta años más la duración legal de dichas guerras. Usted ha salido en 1960, usted...

– ¡Bien! espero haber tenido herederos hasta el momento para aprovechar. Yo quería mucho a la pequeña Simone... Ella... ella ¿ha tenido una vida agradable?

– Se casó con un político, Jean Ossola, ministro de la Guerra en los gobiernos de Painlevé y Briand. Es cierto... eso no le dice a usted nada.

– Sí. La guerra...¡La guerra! ¡Ahí usted no se equivoca! Yo odiaba la guerra. Odiaba tanto al prusiano. Y es cierto que nunca me gustaron nuestros revanchistas... No porque se equivocasen... ¡Porque eran unos desordenados y unos bocazas! ¡Esas cosas no se dicen! ¿Qué es de Alemania?

– Dividida en dos.

–¡Bravo!

–¡Ah! Sigue siendo usted aquél que decía: *Tras nosotros vendrán otras generaciones. Esta existencia que es nuestra y que debe pertenecer a cada uno, ellos la desdeñaran. También el horror de la guerra y la del alemán me seguirán más allá...* ¿Sonríe?

– ¿Así pues, la pequeña Simone ha sido feliz?

– Sus hijos son vuestros herederos directos... o lo han sido. Ahora, nuestros colegas en la tarea aprovechan. Durante quince

años, los derechos de sus obras van a alimentar la Caja de las letras....

– ¡Eso no está mal!

– Francia es el país del mundo donde se protege más tiempo esta propiedad literaria a la que usted está tan aferrado... Pero usted reconoce que después de cierto tiempo, eso no tiene ya sentido.

– No lo había considerado.

– Desde el momento en que ella ha sobrevivido hasta esta fecha, su obra pertenece a todos...

– La sentía tan débil, tan apresurada... ¿Mis novelas, eh?

– *Bel-Ami, Pierre y Jean, Una vida.*

– Y *¿Fuerte como la Muerte? ¿Nuestro Corazón?* ¿Qué es lo que he hecho mejor?

– Sobre todo los cuentos.

– ¡Mis cuentos! ¡Ah! ¡Si que es extraño! ¿Sabe usted cuál era mi preferido? *El Tío Amable*. El tema me había sido proporcionado por Hervé... ¿Recuerda usted esa historia?

– Muy bien. Es un cuento normando. De aldeanos. Y del hijo de otro. Un bastardo. Esta historia del muchacho que acepta el hijo bastardo de la mujer con la que quiere casarse, pero que el padre del novio se opone...

– ¡Ese viejo borrico del tío Amable! ¡Prefiere ahorcarse antes de ver como el padre del bastardo reemplaza en la granja a su hijo muerto! Sí, era mi preferido.

– Es divertido.

– ¿Por qué?

– No sabía que era su preferido cuando escribí al margen «Notable. Esquilo. La psicología del comportamiento. Nada de análisis. La indiferencia del narrador ante lo que cuenta: porque es natural que eso sea horrible. »

– ¡«Esquilo»!Taine había dicho eso también. Apreciaba mucho a Taine. Se parecía a Zola. Zola y yo le debemos mucho. ¡Sobre todo Zola! La última vez que lo vi fue a orillas del lago de Annecy. Pasaba allí el verano. Le leía *El Olivar*. ¡Esquilo! ¡No exageramos nada! En definitiva, según usted, ¡yo no he sido lo que *habría querido ser ante todo: un satírico destructor, un irónico feroz y cómico, un Aristófanes o un Rabelais.* Por

supuesto, me gusta *El tío Amable*.... Pero del mismo modo, *Nuestro Corazón,* ¿no? ¡En definitiva, sería el «escritorcillo» de Goncourt!

– Permítame regresar al DOMINIO PÚBLICO MORAL. Cuando han transcurrido bastantes años después de la muerte, la vida ya no es, no puede ser privada. ¡De ser así no habría Historia! Señor de Maupassant, ¿por qué escribió usted?

– *¡Para ganar dinero!*

– Su cinismo no ha cambiado. Como los demás, usted escribió para expresar al hombre.

– Esa es una gran frase...

– La literatura no es más que una parte del hombre. ¡Lo ha dicho usted mismo!

– ¿Yo?

– Sí! En su prólogo a *Pierre y Jean*. *Uno escribe para obligar a pensar. Comprender el sentido profundo y oculto de los acontecimientos*. ¡Pues bien! ¡Le doy la razón! No se puede comprender nada si se separa la literatura de la vida. Su vida es la más apasionante de sus novelas.

– ¿Entonces, si hubiese que rehacerla, aun sabiendo mi opinión, usted volvería a comenzar?

– En el mismo instante después de su muerte, sí. Antes, no. Usted está en nosotros íntegramente. Y nosotros lo amamos. Tal como es.

– ¿Con todos mis... mis errores?

– Sí.

– Usted no conoce todo! ¡Oh, no! ¡usted no sabe todo! ¡Usted jamás sabrá todo!

– Incluso con todo.

– No estoy convencido... pero...

–¿Pero?

– Hay un aspecto en el que tiene usted razón. ¡Para mí, eso no tiene ya importancia! Y además... No importa de que modo, eso se acabaría haciendo. ¡Pues bien, yo era Bel-Ami, yo soy Bel-Ami, Bel-Ami permanezco siendo! ¡Ese es mi defecto, después de todo!

Epílogo

A favor o en contra. – Las cosas. – Del Flaubert distendido. – «Maupassant, no». – El punto de vista del lector. – Influencia y audiencia internacional. – La grande y la pequeña pantalla. – La Sociedad de Bel-Ami. – Significación del pantano. – Agua y estilo. – En su elemento.

Pocos escritores han sido a la vez tan leídos y tan cuestionados como Maupassant en su propio país. Si Brunetière afirmaba que *Bel-Ami* era «lo más notable que produjo la novela naturalista » (lo que es excesivo pues supondría olvidar a la formidable *Germinal* que aparece el mismo año), si, más próximo a nosotros, Albert Thibaudet veía en el pozo de desgracia de Maupassant, «una muy buena novela, y en Maupassant un tipo, el único que salió de la escuela de Médan.» (lo qué representa el mismo error, olvidando entre otros, al emotivo Gervaise de *La Taberna*), las reticencias persisten. Emile Henriot decía en 1938: «El duro y brutal *Bel-Ami* ha envejecido terriblemente, en tanto que todas las cosas, según la más negra fórmula naturalista, ya se han dicho». Ese juicio que podía parecer cierto en 1938, no lo es tal. NOSOTROS NO LEEMOS EL MISMO BEL-AMI QUE ÉMILE HENRIOT.

De una amplia investigación llevada a cabo por Artine Artinian en 1955, así como de informaciones más recientes, podemos obtener otra imagen de la obra y del hombre. Grupos ideológicos se han posicionado siempre a favor o en contra de Maupassant. Léon Daudet, Paul Morand, La Varende, Paul Claudel, Julien Green, Abel Hermant, Marcel Jouhandeau, Montherlant, etc., le son hostiles, evidente grupo poseyendo, más allá de las divergencias individuales, unos sustratos políticos y religiosos comunes, grupo pro colonialista, aliado natural de los versalleses, grandes burgueses, o anarquistas de derechas en constante flirteo con el racismo. ¡Ninguna sorpresa ver allí a un Céline! Sin embargo asombra la presencia de Julien Gracq, de la que destaco esta pequeña frase cruel: «Su fama en el extranjero me parece además de todo punto justificada, tratándose de un autor que no alcanza más nivel que el de una

especie de cancán literario, donde faltan todos los elementos sutiles. »

Entre los partidarios, tenemos, detrás de Taine, a Zola, Anatole France, Heredia, Mallarmé, Romain Rolland, Jules Renard, Henri Barbusse, y más cercano a nosotros, Julien Benda, Blaise Cendrars, Roland Dorgelès, Roger Martin du Gard, Hervé Barin, Maurice Druon, Marc Bernard, Robert Merle, Simenon. Y menos calurosamente, Albert Camus, Marcel Arland, André Maurois. ¿Es una casualidad que estos sean más bien anticolonialistas, antirracistas, y mayoritariamente, escritores de temperamento más que de cabeza? Incluso es destacable que uno no queda menos sorprendido de ver a Gide, el mordaz, unirse a ellos: «Numerosos relatos cortos de Maupassant son de un oficio admirable, de una extraordinaria habilidad de presentación y de un lenguaje muy raro. Se podría tomarlos como modelos... en particular *Bola de Sebo* es, en su género, una obra maestra.» Pero Gide, amo y señor de la reticencia, se apresura a añadir: «Lo que nos frena en considerar a Maupassant como un maestro, es, creo, el desinterés total de su propia personalidad», lo que demuestra que lo conocía poco.

Estas dos familias espirituales no han cesado nunca de oponerse. Nada de sorprendente en que Maupassant encuentre hoy una doble oposición, la de los racistas, más o menos confesos, seguidores de Morand, La Varende, o Céline, y la de los preciosistas. (No disimulo lo que esas dos palabras tienen de somero y el mismo Maupassant no estaba liberado de todo racismo, ni, al final, de todo preciosismo. No deben ser pues consideradas más que como aproximaciones, A veces incluso, ambas oposiciones se unen en una sola persona, a la vez racista y preciosista)

Aquellos que le reprochan sus relaciones judías, su oposición al colonialismo, su odio hacia la guerra, no cambiarán. Se comprende su furor; son precisamente esas posturas políticas implícitas de Maupassant, iluminadas sucesivamente por los paralelismos de la ocupación y de la resistencia en 1870-1871 y en 1940-1945, y las semejanzas de las situaciones coloniales (la colonización de 1880 conteniendo en germen las fatales

descolonizaciones ulteriores) lo que proporciona a Maupassant nuevos amigos.

La oposición de los preciosistas también ha cambiado de tono. Al principio no fue total, se fue gestando. Stéphane Mallarmée era uno de sus admiradores. En términos preciosistas, naturalmente. «Lo admiro debido a sus dones. No puedo olvidar que mi elección recaía sobre una obra de Maupassant, para airear la mirada y leer por el mero hecho de leer. El encanto, en el escritor, reside en que el flujo de la Vida no relega el estilo; aparece más bien como una mezcla sabrosa por mediación de las palabras, con todo su valor. El escritor es un narrador cotidiano de raza.» Guy deseaba unas formas sintéticas nuevas. ¡Estaba servido! Lástima que cuando apareció ese número de *L'Echo de Paris*, el 8 de marzo de 1893, estaba fuera de sí para disfrutar de ese texto.

En 1950, los preciosistas eran los proustianos o los surrealistas. Hoy, muchos se han agrupados en torno a la Nueva Novela (sin disimular lo que esta denominación contiene de diferencias, incluso de contradicciones también). Ahora bien, un preciosista proustiano es más fundamentalmente opuesto a Maupassant que un preciosista de la actual literatura del objeto. En menor grado que Flaubert, desde luego, pero beneficiándose de una ascensión paralela, Maupassant encuentra de ahora en adelante defensores y amigos nuevos en la medida en la que él ha sido fiel a su concepción OBETIVA del relato.

El amable Paul Neveux había visto muy bien lo que iba a modificar el parecer de los críticos. «Sin esfuerzo reflexivo, él penetra y explica a sus protagonistas. Simplemente los observa. Elige y anota todos esos gestos de los que adivina el origen, el encadenamiento y el alcance y que, para él, son más explícitos y reveladores que las confidencias y los testimonios.»

Es por esa tentativa de consideración «objetal» sobre el mundo como el mejor Maupassant se expresa. La realidad sensible es su terreno. Al margen de los cuentos fantásticos (y aún el tratamiento de éstos evoluciona paralelamente del sueño romántico hacia el realismo), consistió un rechazo del romanticismo, un amor minucioso por lo real, una total

extraversión. Las páginas OBJETIVAS, en las que describe a sus personajes desde el exterior y sin intervenir, son generalmente superiores a aquellas en las que entra arbitrariamente en un personaje. Las páginas analíticas solo son válidas cuando el mismo Maupassant se convierte en el personaje con una pasión secreta, como en *Pierre y Jean*.

Él es realista, desde luego, como bien lo ha reflejado Henri Barbusse: «Me parece superior a Flaubert, que mezclaba todavía demasiado, a la grandeza de lo real, la sonoridad de las palabras.» Pero él sobrepasa el realismo. Su concepción de la novela es pre-existencial. Para él, los personajes EXISTEN POR SI MISMOS, en un mundo cuya realidad no es nunca cuestionada. El novelista o el narrador gira alrededor de ellos, consecuencia lógica de las lecciones de Flaubert. Pero él da un paso más que su maestro en la medida en la que el DETALLE flaubertiano se convierte en el OBJETO maupassantiano.

André Vial ha mostrado este mecánico con el luís de oro que Clotilde desliza a Bel-Ami: «Ese luís, que una mano femenina insinúa en cada encuentro, en su bolsillo, desempeña aquí el papel de instrumento de investigación psicológica y el instrumento es de una precisión irreprochable.» Se ha encontrado de ello un ejemplo no menos elocuente en los peces todavía vivos de *Dos Amigos*, que revelan por su única presencia la crueldad del oficial prusiano y el odio tácito del autor hacia el ocupante.

Maupassant no estaría sorprendido de estas observaciones: *Una hoja, un pequeño guijarro, un rayo, una mata de hierba me detienen por tiempo indefinido; y las contemplo ávidamente, más emocionado que un buscador de oro que encuentra un lingote, saboreando una alegría misteriosa y deliciosa descomponiendo sus imperceptibles tonos y sus inalcanzables reflejos.*

Este es su aspecto más moderno. El interés por el objeto en si, por LAS COSAS.

El objeto no toma nunca en él el carácter mitológico que caracteriza a Zola, con el Voreux de *Germinal*, o la Lison de *La Bestia Humana.* El objeto es una piedra, un cordelito, un pez o un luís. Si la novela existencialista (*Los caminos de la Libertad*)

está más próxima a Zola que a Maupassant, la «nueva novela» es más cercana a Maupassant, por esa miopía radiante que ha marcado a un Francis Ponge ante Michel Butor o Robbe-Grillet.

Mas actual que hace quince años por las resonancias políticas de su obra, y mucho más aun que hace treinta años, Maupassant lo es también por su concepción del relato, EN LA MEDIDA EN QUE NO SE HA DESMENTIDO A SI MISMO.

En definitiva, cuando Marcel Proust, quién ha conseguido lo que Maupassant quería hacer al final de su corta vida, se revaloriza en la Bolsa literaria, Maupassant el objetal y Zola el existencial pierden enteros, y recíprocamente.

Jules Renard decía: «Me gusta Guy de Maupassant porque parece escribir para mí, no para él.» Eso es lo «natural». Lo natural del narrador es incomparable porque ha comprendido la lección de Flaubert sin caer en la enfermedad de metalizar la frase. A pesar de toda la veneración que tenia por su maestro, el autor de *Bola de Sebo* jamás imitará Salammbô y siempre preferirá una repetición a una oscuridad. La obstinación de Maupassant en alabar a Flaubert en toda circunstancia está corregida por una obstinación secreta, que no es menor, en rechazar seguir sus pasos hasta el límite. Maupassant, es un Flaubert distendido.

En el famoso prefacio de *Pierre y Jean*, que Edmond deGoncourt digerirá tan mal, se defendía contra los preciosistas, a los qué llamaba «amanerados». Con frecuencia fue fiel a su ideal abiertamente formulado, *decir las cosas más delicadas, elegir las impresiones más huidizas y fijarlas claramente con las palabras que empleamos de ordinario.*

No hay un gran escritor francés que haya escrito tan bien con tan pocas palabras. Muerto, siempre tendrá los mismos detractores, los preciosistas, los «amanerados» y en la estela de esos virtuosos o de esos «intelectuales», los peores pintores de brocha gorda, que hunden en la sombra unas manos que no saben dibujar.

Desde otro punto de vista, Maupassant ha encontrado otros adversarios menos previstos y paradójicamente, como él, enemigos sinceros de la guerra, del racismo, del colonialismo y de la ocupación. En un célebre artículo de humor publicado en *Les Lettres françoises* del 10 de agosto de 1950, André Wurmser, que debía darnos posteriormente la bella *Comedia Inhumana*, caía a saco sobre *Bel-Ami*, denunciaba *Mont-Oriol* y su racismo, así como las ingenuas picardías de la aristócrata heroína «a quien el autor atribuye una simpatía afectada» (¡lo que es cierto!) y preguntaba: «¿Le gusta a usted esto?»

Wurmser entraba incluso en conflicto con su amigo Pierre Gamarra, que acababa de escribir: «En Balzac nosotros no nos reconocemos todavía como en Maupassant.» Wurmser, no quería reconocerse «en esos cuentos falaces como monedas falsas, negros como la tinta y groseros como un juicio de Claudel.»

¿Falso, *Mosca*? ¿*Yvette*? ¿*Bola de Sebo*? ¿*La Señorita Fifi*? ¿*La Casa Tellier*? ¿*El Horla*? ¿*El Tío Amable*? ¿*El Puerto*? ¿*El Olivar*? ¡Vamos! He aquí a Wurmser extrañamente enfrentado a Taine, ¡el verdadero padre del naturalismo! André Wurmser también reprochaba a Gamarra haber encontrado, en la obra de Maupassant, ese «coro de las buenas personas que viven cerca de la tierra y de los elementos y del que Maupassant sintió oscuramente que podía contener la primavera y la paz del mundo». No veía allí «ni una página de amor, ni una frase piadosa, ni un atisbo de revuelta...»

¡Vamos! ¡Vamos! ¿En *Pierre y Jean*? ¿En *El Asno*? ¿En *Coco*?¿En *el Papá de Simon*? ¿En *Hautot padre e hijo*? ¿En *El Collar*? ¿Ni una página de amor en *Amor*, el Tristán e Isolda de los pájaros abatidos, *Miss Harriett*, y siempre *Pierre y Jean*? ¿En *Sobre el agua*? ¡En el terrible *Una Noche*, la historia de los pulpos del golfo deBougie! ¡En *Mosca*! ¡Incluso en *Un Día de Campo* o en *La Mujer de Paul*! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

¿Ni una rebelión en *Bel-Ami*? ¿En los cuentos de la ocupación y de la resistencia? ¿En *Bola de Sebo*, el *Tío Milon*, y *La Madre Sauvage*? Ninguna revolución, sí, lo que es otra historia. En su exasperación, André Wurmser no ve en Maupassant más que aquél inspirador de los enemigos de

Francia que no han cesado, en efecto, de recoger en su obra armas y argumentos.

«En realidad, escribe Wurmser, las burguesas del mundo entero no solamente han reconocido en Maupassant su propio desprecio por la mujer, presa nocturna (...). Francófobas para todo lo que Francia representa de revolucionaria, ellas se han vuelto locas con este obseso sexual porque les presentaba la imagen que ellas se hacen de la mujer francesa, una vulgar zorra, que se acuesta no importa con quién. ¡Gracias, hombre!»

En su justa indignación, porque todo esto TAMBIÉN es cierto, André Wurmser olvidaba totalmente al primer amigo de los resistentes y de los francotiradores, uno de los primeros en sacudirse el tabú de la Comuna, y el enemigo constante de los aventureros militares, desde Mac-Mahon al general Boulanger, finalmente aquél que desenmascaraba la explotación financiera de *Mont-Oriol* o de *Bel-Ami*[1]. Desde luego, en 1950, si la ocupación había ya revelado al Maupassant «de la resistencia» con una retrospectiva luz fulgurante, la guerra de Argelia no había aún hecho salir de la sombra el anticolonialismo de Maupassant expresado por el autor de *Bel-Ami* como NINGÚN OTRO ESCRITOR FRANCÉS DEL SIGLO XIX LO HABÍA TODAVÍA MANIFESTADO.

No creo que André Wurmser diría todavía «¡Maupassant, no!» Él lo sugería muy honestamente, además: «Si me equivoco, mis amigos no dejarán de persuadirme...» Y tal vez se pondría de acuerdo con Gamarra, su fraternal opositor, sobre un «Maupassant, ¡Sí! » Pero... más acorde a la realidad.

El auténtico límite de este trágico moderno, lo que le deja a menudo «bajo techo», es que la obra esta inacabada y que, más grave aún, incluso si Maupassant hubiese seguido su curva previsible, ella permanecería inacabada, habiendo Maupassant renegado de si mismo.

Es curioso, muy curioso, constatar que la segunda mitad del siglo XIX ha sido tan fecunda en genios de una violenta novedad, PERO QUE NO HAN LLEGADO AL LÍMITE DE SI

[1] Como homenaje de compensación, *Les Lettres françaises* reproducían pronto en buen lugar uno de los más violentos artículos de Maupassant, *La Guerra*.

MISMOS. Esta idea había aflorado en él: *Hoy, no hay en Francia nada más que hombres abortados*[1]. Delacroix, Berlioz, Hugo, Stendhal, Balzac, van al extremo de ellos mismos. Hay algo de mutilado – de chocante tal vez, pero en todo caso DE INCOMPLETO – en Cézanne, Van Gogh, Gauguin, Rodin o Debussy, incluso Barrès y Marcel Proust. Maupassant es su hermano en la incompletud

Cuando la cólera haya cesado de arder ante la disconformidad de los fanáticos de esos maestros, por lo demás admirables, uno se dará cuenta que ESE ES EL RASGO MÁS CARACTERISTICO DE LA SEGUNDA MITAD DE SIGLO. Entonces, serenamente, se buscarán las razones y se encontrarán tal vez en el irremediable declinar de una sociedad.

Esas agitaciones en torno a Maupassant corresponden a aquellos que HACEN literatura. Los que la consumen no han sido nunca afectados. Tanto por el libro como por las ediciones ilustradas o críticas, las bibliotecas populares, los clubes del libro, los libros de bolsillo y las adaptaciones audio visuales, cinco generaciones sucesivas han votado a Maupassant. El contraste entre los reticentes con aquellos que REGENTAN la literatura y con el apetito de los que la CONSUMEN, aparece como LA ÚNICA CONSTANTE ABSOLUTA DEL PROBLEMA. A menos que se rechace todo valor al juicio de los lectores, esta constante debería hacer reflexionar a aquellos cuyo oficio es precisamente valorarlo. En su lugar, no solamente yo tendría mala conciencia, sino que estaría preocupado.

En diciembre de 1891, con motivo de su proceso de *las balas rojas* contra los americanos, Maupassant comunicaba a su abogado Jacob las cifras de sus tiradas más allá del Atlántico: 169.000 ejemplares de volúmenes de cuentos, 180.000 de novelas, 24.000 de relatos de viajes.

Este éxito jamás se ha aminorado. Entre sus admiradores o aquellos que reconocen haberse sometido a su influencia, se encontraban William Saroyan, que ve en él, no solamente a uno de los gigantes de la literatura, sino también de la humanidad, lo qué es exagerado. Erskine Caldwell, que le juzga

[1] *Nuestro Corazón.*

«irreemplazable», Théodore Dreiser, John Dos Passos, James Farrel, Henry Miller y toda esa escuela americana de la realidad.

El lugar que Maupassant ocupa en la U.R.S.S. es más grande todavía, lo que no hace más que relevar la tradición rusa. Tourgueneff y Tolstoï lo encumbran muy alto, el último por una extraña razón: Maupassant era, según el anciano de Iasnaïa Poliana, «el único que ha comprendido y expresado el lado negativo de las relaciones entre el hombre y la mujer». En 1958, los soviéticos hicieron un estado de la situación de Maupassant en las librerías. Cerca de trescientas ediciones habían aparecido, en dieciséis idiomas, representando una tirada global de aproximadamente diez millones de volúmenes. No cedía más que a Victor Hugo, ganando a Balzac, Zola, Flaubert, Alexandre Dumas, Stendhal e incluso Jules Verne. En esta ocasión Los Relatos de Moscú citaban a Tchekhow que lo prefería a Tolstoï y quién quería traducir al ruso sus principales obras.

Los europeos, sobre todo los anglosajones y los italianos, han apreciado e imitado a Maupassant. Stefan Zweig le encuentra «un sentido casi sobrenatural de la medida». Thomas Mann veía en él al gran maestro del relato en la literatura mundial y Heinrich Mann reconocía su influencia. De igual modo, John Galsworthy y Katherine Mansfield. El Lawrence de *Lady Chatterley* es un Maupassant inglés. Poco tiempo antes de su muerte, Somerset Maugham decía: «Pienso con frecuencia en Guy de Maupassant. Me parece que es el mejor contador del siglo XIX.» Y mientras Benedetto Croce alababa el estilo «tan rico y tan límpido que habla al corazón y a la imaginación», ¡Gabriele d'Annunzio lo amaba tanto que lo imitaba demasiado! Sin contar al Pirandelo de los nuevos sicilianos, Moravia, y a una gran parte del verismo contemporáneo.

Sus relatos y sus novelas componían naturalmente un vivero para el cine, en el qué Eisenstein encontraba «auténticos modelos de refinado montaje[1]».

Se han realizado treinta y cuatro películas inspiradas en su obra, desde 1908 a 1960. En la misma época que la película alemana *Yvette*, de Wolfgant Liebenheimer (1942), que

[1] Reflexiones de un cineasta.

caricaturizaba la ligereza francesa y la descomposición de la sociedad entre 1871 y 1914, salió el *Bel-Ami* de Willy Forst. Este austriaco muy alemán deformaba el contenido anticolonialista y anticapitalista del libro y fomentaba su antisemitismo. Otro argumento más para Wurmser, toda vez que ese *Bel-Ami* insistía sin medida en la «ligereza» de la mujer francesa en el momento en que los ocupantes encontraban en Francia muchas más *Bolas de Sebo* y *Madres Sauvage* de lo que habían previsto. Naturalmente, *Bola de Sebo*, de Christian Jaque y Henri Jeanson, obra maestra de nervio, incisiva y mordaz, deberá esperar hasta 1945, contrapartida de la pequeña gordinflona normanda al Bel-Ami colaboracionista.

En 1947 aparece esa soberbia página dedicada por Jean Renoir a su padre, *Un día de campo*; el mundo acuático de Guy se encarnaba en esa obra maestra inacabada. Tras el inofensivo *Rosal de la Señora Husson*, Max Ophuls expresaba en *El Placer* (1952), concebido alrededor de *La Casa Tellier*, otra faceta del novelista. En fin, en otra de las cintas de menor importancia, Alexandre Astruc miró *Una Vida* con el ojo de Monet.

Louis Daquin retomaba *Bel-Ami* en 1954. La segunda aventura cinematográfica que sobrevenía a la novela es significativa de la fuerza corrosiva que ésta conserva. A principios de febrero de 1955, la comisión de control de películas concedía su visto bueno a este film, adaptado por Wladimir Pozner y Roger Vaillant. El 7 de abril, un ministro se arrogaba el derecho de prohibirla, ya que los sucesos de África del Norte cometieron el error de dar la razón al novelista. El rumor circulaba incluso de que un hombre de negocios de Argelia había removido cielo y tierra para obtener la aprobación del ministro, afectado de una gigantesca homonimia con el financiero de la novela. Un capitulo inédito de Bel-Ami se acababa.

Sin embargo, el cine y la televisión[1] no nos han dado de Maupassant más que una visión fragmentaria y como mutilada. Maupassant es todavía más corrosivo. Al igual que Zola. Donde

[1] La televisión no ha cesado de hacer llamadas al autor de La Herencia. La pequeña pantalla tal vez conviene mejor que la grande por su caracter familiar, al arte natural del contador.

Stendhal, Hugo y Balzac se muestran históricos y universales, Maupassant y Zola están aún demasiado VIVOS.

Maupassant se preguntaba a menudo en que se convertiría su barco. Se ha visto el final del primer *Bel-Ami*. El segundo, el *gran pájaro blanco*, aquél que fue puesto en venta por Laure mientras que su hijo respiraba aún, fue adquirido por Frédéric de Neufville en agosto de 1893, luego por el conde de Barthélemy, en julio de 1895. hacia 1900, François Tassart lo encuentra en Saint-Nazaire, convertido en un simple barco de pesca. Según Léon Fontaine, fue demolido en el astillero de Saint-Servan. El padre del escritor André Reuze hizo construir una biblioteca con las tablas de la cabina. Maupassant no le hubiese encontrado mejor fin.

El drama de Maupassant se enreda completamente alrededor de Bel-Ami. Mucho más rico, más completo, y torturado, Maupassant era también Bel-Ami, Bel-Ami personaje, Bel-Ami novela y Bel-Ami barco. Pero esta tragedia no sería después de todo más que una aventura individual de los lozanos años de la Tercera Republica si toda una sociedad no estuviese allí reflejada. A través de Maupassant , de su arte, de su secreta generosidad, de su *viejo corazón gastado*, de su cinismo, de sus vicios, se bosqueja todo el fin de siglo se, con sus audaces empresas financieras, el movimiento todavía en ascensión del capitalismo, los chanchullos y los desatinos, el desmoronamiento de la nobleza y del espíritu de casta, del concepto de la mujer reina o esclava. la complacencia por Safo, la colusión del financiero y del político, la indiferencia social, la turbulencia de la prensa, la medicina que da palos de ciego, la Ciencia que fanfarronea, toda una sociedad orgullosa de ella misma, una sociedad respetuosa con el «canto», que no disfrutaba más que con los poemas ligeros pero que desprendía un olor jabonoso de burdel y de hospital, y en la que los gazmoños arrastraban a Flaubert y a Baudelaire ante los tribunales, una sociedad donde la capa y el traje de noche disfrazaban los espantosos estragos del treponema, al que hubo que considerar con razón el auténtico mal del siglo.

Esta sociedad era también Bel-Ami.

Soy admirador apasionado del agua: el mar demasiado grande, demasiado vivo, de imposible posesión; los ríos que pasan, que huyen, que se van, y, sobre todo, los pantanos en que bulle la vida indescifrable de los animales acuáticos. Así se expresaba Guy de Maupassant algunos años antes, en diciembre de 1886, en *Amor*.

Al final de este largo relato, el autor de *Sobre el Agua* aparece como el más perfecto ejemplo que pueda ilustrar los temas de Gaston Bachelard. Era profundamente, totalmente, hijo del agua, de todas las aguas. La Mancha en Etretat y en el Havre, la desembocadura del Sena hasta Ruán bajo Glaubert, el Sena jocoso de la Grenouillère y deportivo en Sartrouville, literario en Médan, el Mediterráneo, desde Marsella hasta Génova, el río de la vida de Maupassant discurre a contra corriente desde la Mancha hasta el Mediterráneo, remontando un Sena fantástico e impresionista.

Su sensualidad se complace en el nácar cambiante y violentamente iodado de la Mancha, en la dulzura calcárea de las orillas fluviales, en las sinfonías en azul y oro majestuoso de la Garoupe, de las islas de Lérins. La palabra «complace» es débil. En *Sobre el Agua* y *Al sol*, se revuelca, animalmente, feliz de estar animalizado y desafiando insolentemente a quién se lo reproche.

El pantano, cuya presencia es capital en *Amor*, ocupa su lugar en esta pasión única. A través de la caza, que ha denunciado Janos verdugo-víctima, el pantano se vuelve significativo de las aguas aparentemente dormidas. *El pantano es un mundo entero sobre la tierra, un mundo diferente que tiene su vida propia, sus sedentarios habitantes, y sus viajeros de paso, sus voces, sus ruidos y sobre todo su misterio. Nada es más turbador, más inquietante, más espantoso, a veces, que una marisma. ¿Por qué este miedo que planea sobre esas bajas mesetas cubiertas de agua?*

El pantano matricial arroja una luz sobre las contradicciones del poco legible Maupassant, agitado por las dudas, las pasiones, las desesperaciones más generosas bajo sus apetitos elementales exhibidos, su altivez, su robustez colorada, sus escándalos y su

ordinariez, disfrazada de guasa, que consintió en llevar, no lo despegan más que raramente, porque no quería confesar su herida, porque no quería dejar adivinar que todavía permanecía siendo un poco intrauterino, QUE NO HABIA SIDO NUNCA COMPLETAMENTE ARROJADO AL MUNDO.

¡Qué raro era este hombre fuerte de la literatura francesa! Las mujeres que lo han conocido coinciden todas sobre este punto, el miedo lo domina, conducido por las aguas, hasta gritar en *El Horla*, un miedo pegajoso, viscoso, vertiginoso. El miedo le fascina como le fascina al asesino de *la Pequeña Roque*. El agua dulce condensa esta atracción mórbida, al igual que la lectura apresurada de Schopenhauer y de Spencer lo ha embadurnado de un frotis metafísico. Habla del mar, en *Carta encontrado sobre un ahogado* y del río y los compara una vez más en el mismo sentido. *El mar grita, aúlla, es leal, el gran mar, mientras que el río es silencioso y pérfido. El río no ruge, discurre siempre sin ruido, y ese movimiento eterno del agua que discurre es más espantosa para mi que las altas olas del Océano.*

No ha cambiado. Era la fijación ambigua que atribuía a la heroína de *Una Vida*. *Salía para dar una vuelta, ganaba la aldea de Verneuil, regresaba por los Tres Mares, luego, una vez en casa, se levantaba, presa de unas ganas de salir como si hubiese olvidado ir precisamente al sitio de donde acababa de llegar, donde tenia ganas de pasearse* (...) *Una noche, una frase le vino inconscientemente revelándole el secreto de sus inquietudes. Dijo sentándose para cenar: «¡Oh, qué ganas tengo de ver el mar¡»*

En definitiva, él ama ese mar desalentador y poderoso, desmesurado no A PESAR DE, sino PORQUE es imposible de poseer. Como la mujer. Como la vida. Ama las aguas dulces, los estanques, las cisternas, los lagos, los huidizos ríos, imágenes naturales del tiempo, tejido de la vida, del tiempo cuyo flujo odia precisamente porque lo lleva inexorablemente al mar de la muerte, a la madre muerte, al océano de duración, al espacio tiempo, fuera de toda medida humana.

A su vez, la mórbida fascinación de las aguas dulces, femeninas, tan radiantes bajo el sol, la alegría y la vida misma, la

única alegría de vivir cuando se hunde, cuando rema, tantos fantásticos vehículos del desatino que se arremolinan en el escritor martirizado, la fascinación biológica del pantano que refleja su angustia ante los misterios de la maternidad, la fascinación de las inmensas extensiones saladas explican el estremecimiento de la obra.

El miedo acuático surge, se afina y hace estremecer este estilo a veces plano, voluntariamente fotográfico, que despreciaba Goncourt, ese ESTILO REFLEJO, donde el autor se prohíbe cualquier «alegría en la escritura» demasiado explosiva. Desde que el agua está allí, Maupassant se vuelve tan musical como Nerval, tan pintor como Flaubert, Monet o Debussy. El estilo discurre lleno de asonancias, de alteraciones no calculadas, natural, respirado... *Los extraños fuegos fatuos, el silencio profundo que los envuelve en las tranquilas noches o bien las raras brumas, que arrastran sobre los juncos como sudarios de muertos...*

Basta citar una última vez a Gaston Bachelard para que el más sutil de los Maupassant aparezca en la luz de su vida: «El agua es la amante del lenguaje fluido, del lenguaje sin altercados, del lenguaje continuo, del lenguaje que suaviza el ritmo, que da una materia uniforme a ritmos diferentes.»

Su arte, en su diversidad y modestia, era el agua misma.

Completamente REVELADO por el agua, Maupassant sale de allí como de un baño fotográfico. Nosotros hemos visto emerger uno a uno los elementos que es necesario mantener juntos. La vida es absurda. No existe Dios. O es un Dios cruel. No existe más que EL PLACER y EL MIEDO. No existe más que el Carnero de Palermo. En estas condiciones, es estúpido comprometerse. Ni en política, ni en literatura, ni en religión. Ni en la sociedad. Ni matrimonio, ni Legión de honor ni Academia. Estar ausente de su vida y ausente de su obra. El juego acaba, nunca ACEPTADO, no queda más que regresar al seno materno. Del pantano matricial al mar sin orillas. ¿Como no ver allí, en este escritor que es mucho más un precursor del siglo XX que uno de los últimos del XIX, traducidos en personajes encarnados, los embriones de la filosofía del absurdo y de la

nostalgia fetal de los psicoanalistas que, ambos, se expandirán tan ampliamente tras su muerte?

¿Construcción a posteriori de críticos de hoy, en los qué el sanguíneo y sólido normando no habría pensado nunca? Es él quién responde, el grosero marino de Etretat: *Se desprende otra cosa, otro misterio, mas profundo, mas serio, flota en las nieblas espesas, el misterio mismo de la creación, tal vez.*

Tal vez...

El normando tiene la última palabra. El agua que había sido su vida aparece al fin como la imagen misma de la muerte que él soñaba, y que sería tan bueno que le hubiese acaecido, en lugar de la interminable agonía en el asilo.

A veces consigo soñar despierto; estoy acostado de espaldas, en la arena, a orillas del mar. De pronto, me siento deslizar, deslizar. En ese momento, una ola me cubre, luego otra, luego todavía una más. Y me deslizo siempre lentamente. Siento que voy hacia insondables abismos. Encima de mi, la luz es azul, de un azul lechoso, estriada de oro. Es así como me gustaría morir...

Así habría debido desaparecer, más allá de las brumas envenenadas de Passy, el *Mauvais Passant*, entre el pantano matricial y el mar donde todo muere, EN SU ELEMENTO.

Ruán-Chelles, 1954 – Tübingen, 1955 – África del Norte – Italia – Saint Jean-Cap-Ferrat – Champs-sur-Marne, diciembre 1966.

Este libro no ha acabado, se ha terminado.

Tras doce años, sé que no lo estará jamás. Demasiados documentos han sido irremediablemente enterrados o destrozados. Siempre permanecerá una incertidumbre alrededor del escritor.

Gracias a todos aquellos que me han ayudado, y, en particular, a Marcel Allain, André Alvernhe, Lucien Andrieu, Jacques Arnold, Artine Artinian, Sra. Bizouard, André Billy, Pierre Borel, Max Brun, François Burckard, Dr. Cénac-Thaly, Maurice Chapelan, Pierre Cogny, Claude Contamine, Cramoysan, George Day, Robert Delamare, Delcamp, Maurice Druon, Jacques Dubert, Lucien Dufils, Lucien Dumas, L. Dupéroux, Alfred Dupont, André Dupuis, Aimé Dupuy, Raymond Escholier, Pierre Foix, Me Fondevielle, Philippe de Forceville, Henri Forestier, A. Gaud, Michel Georges-Michel, Pierre Gérard, Maurice d'Hartoy, Anatole Jakowsky, Antoine Lacassagne, Geneviève Lacourt, Clément Ledoux, Sra. Mary Lecomte du Noüy, Sra. Arlette Lemaire, Jean-Gabriel Lemoine, M. Léonardon, Raymond Lindon, Marc Lollier, Armand Lunel, Marette, Miss Mitchell, Henri Mitterand, Sra. de Payer, Sra. M.M. Rabecqu-Maillard, M. Rigaud, Georges Roditi, Georges Rouzet, Daniel Sickles, Gilbert Sigaux, Marcel Thomas, Joseph Vatinel, André Vers, al *Le Collectionneur Français,* André Vial, etc. y a todos aquellos que continuaron manteniéndome al corriente de sus descubrimientos.

Bibliografía

1. Obras de Maupassant.

A. Después de la muerte de Maupassant hubo una primera publicación colectiva, no crítica, en la editorial Ollendorff. Desde 1899 a 1904 aprecieron veintinueve volúmenes. El que hacía el número treinta, en 1912: *Misti*, que contenía la mayoría de los relatos no reunidos por Maupassant y que se encontraban dispersos en diferentes tomos de la edición Conard. (Ver aquí a continuación).

B. La primera compilación de las *Obras completas* de Maupassant es debida al editor Louis Conard que pubica desde 1907 a 1910 veintinueve volúmenes en los que se podían encontrar númerosos inéditos: treinta y cinco relatos, fragmestos y cartas. El estudio de Pol Neveux, que figura a la cabeza del primero de estos volúmenes es uno de los más notables que haya inspirado Maupassant.

C. Una segunda recopilación apareció un cuarto de siglo más tarde, desde 1934 a 1938, en la Librairie de France, en quince volúmenes ilustrados (sietecientas cincuenta ilustraciones debidas a Alix, Bonfils, Cochet, Dunoyer de Segonzae, Falké, Chas-Labordé, Laboureur, Lotiron, Planson y Vergé-Sarrat). La responsabilidad de esta edición había sido confiada a René Dumensil, asistido por Jean Loize y la Srta. Choureau. Las obras están clasificadas cronológicamente. Textos nuevos – no figurando en B. Treinta y cuatro estudios y crónicas, *la Condesa de Rhune* (teatro), y una *Correspondencia.*

D. Albert-Marie Schmidt, con la colaboración de Gérard Dealisement, proporcionó a la editorial Albin Michel, en tres volúmenes, todas las obra novelada de Maupassant: *Cuentos y relatos* (2 volúmenes 1956-1957). *Novelas* (1 volumen 1959). Textos nuevos – no figurando en B ni en C; veinticuatro relatos inéditos. A.-M. Schmidt propuso en esta nueva edición una interesante clasificación por temas. Existe otra parte corrigiendo numerosos errores de lectura.

E. Gilbert Sigaux publicó en la Editions Rencontre (1961-1962) una edición de las *Obras completas* que, considerando aparte la *Correspondencia,* reune toda la obra de ficción, el teatro, los ensayos sobre Flaubert, los poemas y numerosas crónicas.

F. Publicaciones fragmentarias: Gérard Dealisemente: Maupassant periodistas y cronísta (Albin-MIchel 1956) veinticuatro crónicas inéditas.

Edouard Maynial y Artine Artinian: Correspondencia inédita (Dominique Wapler 1951).

N.B. – André Vial publicó en el *Bulletin du Bibliophile* (1951) unas cartas inéditas de Maupassant a Jean Lahor (Dr. Henry Cazalis), y a Brunetière – Edouard Maynial publicó en el *Bel Ami*, órgano de la Sociedad de los Amigos de Maupassant, en 1951, unas cartas de Maupassant a Oscar Méténier. La correspondencia de Maupassant, que ha sido objeto de otras publicaciones fragmentarias, sería vuelta a retomar en un agrupamiento nuevo y sistemático.

II. Sobre Maupassant.

ALBALAT (Antoine) : *Recuerdos de la vida literaria*. Fayard 1920.

ALMÉRAS (Henri d') : *Antes de la gloria*, tomo I. Lecène 1902.

ARTINIAN (Artine) : *A favor y en contra de Maupassant*. Nizet 1955.

BLANCHE (Jacques-Emile): *Aymeris*. Ed. de la Sirène 1922 y Plon 1930 (prólogo de André Maurois). *La pesca en los Recuerdos*. Flammarion 1949.

BOREL (Pierre) : *El destino trágico de Guy de Maupassant*. Editions de France 1927. *Cartas de Guy de Maupassant a Gustave Flaubert*. Aubanel 1941. *Maupassant y la Andrógina*. Editions du Livre moderne 1944. *El auténtico Maupassant*. Ciller, Ginebra 1951.

BOURGET (Paul) : *Estudios y retratos*, tomo III. Plon 1906. *Nuevas páginas de crítica y doctrina*, tomo I. Plon 1922.

CASTEX (Pierre Georges) : *El cuentos fantástico en Francia, de Nodier a Maupassant*. Corti 1951.

COGNY (Pierre) : Ediciónes críticas de *Pierre y Jean*. Garnier 1959 y de *Nuestro Corazón*, Marcel Didier 1962. *Guy de Maupassant*. Mazenod 1957 en Los escritores célebres.

DUBOSC (Georges) : *Tres normandos: Corneille, Flaubert, Maupassant.* Defontaine, ed. Ruán 1917.

DUMESNIL (René) : *Guy de Maupassant*. Tallandier 1947.

FAGUET (Emile): *Tolstoï y Maupassant*. Revue Bleue, 15 de junio de 1896.

FLAUBERT (Gustave) : *Correspondencia*. Conard 1930-1954, 13 volúmenes.

GAUDEFROY-DEMONBYNES (Lorraine) : *La Mujer en la obra de Maupassant*. Mercure de France 1943.

GERVEX (Henri): *Recuerdos*. Flammarion 1924.

GONCOURT (Edmond y Jules de) : *Diario*. Texto íntegro. Flammarion-Fasquelle, 4 volúmenes 1959.

HARRIS (Frank) : *Mi vida y mis amores*. Nueva edición. Gallimard 1960.

HURET (Jules) : *Investigación sobre la evolución literaria*. Charpentier 1891.

LADAME (Profesor Charles) : *La verdadera enfermedad de Guy de Maupassant*. Diario de psiquiatría infantil, 1947. Vol. 14, fascículos 1-2.

LECOMTE DU NOÜY (Hermine) : *Amistad amorosa*. Calmann-Lévy 1896.

(y Henry Amic) : *Mirando pasar la vida*. Ollenorff 1903. *Días pasados*. Calmann-Lévy 1912.

LEMAITRE (Jules) : *Los contemporáneos*, tomos I, V y VI. Lecène y Oudin 1885-1896.

LINDON (Raymond) : *Etretat*. Aux éditions de Minuit 1963.

LORRAIN (Jean) : *Muy ruso*. Giraud 1886.

LUMBROSO (Albert) : *Recuerdos sobre Maupassant*. Bocca, Roma 1905.

MAYNIAL (Edouard) : *La Vida y obra de Guy de Maupassant*. Mercure de France 1906.

MEYER (Arthur) : *Lo que puedo decir*. Plon 1912.

MIRBEAU (Octave) : *Los Escritores*, tomo I. Flammarion 1926.

MORAND (Paul) : *Vida de Maupassant*. Flammarion 1942.

NEVEUX (Pol) : *Prólogo a las obras completas*, tomo I Conard 1907.

NORMANDY (Georges) : *Maupassant*. Rasmussen 1926, colección «La vida anecdótica y pintoresca de los grandes escritores». *Maupassant íntimo*. Albin Michel 1927. *El final de Maupassant.* Albin Michel 1927.

ROUJON (Henry) : *La galería de los bustos*, recuerdos. Hachette 1909.

SCHMIDT (Albert-Marie) : *Maupassant por él mismo*. Ed. del Seuil 1961.

TALMEYR (Maurice) : *Recuerdos anteriores al diluvio*. Perrin 1927.

TASSART (François) : *Recuerdos sobre Guy de Maupassant por François Tassart, su mayordomo*. Plon 1911. *Nuevos recuerdos íntimos sobre Guy de Maupassant*. Texto establecido, anotado y presentado por Pierre Cogny, Nizet 1962.

THIBAUDET (Albert) : *Reflexión sobre la novela*. Gallimard 1938.

THORAVAL (Jean) : *El arte de Maupassant según sus variantes*. Imprenta nacional 1950-

TOLSTOI (Léon) : *Zola, Dumas, Maupassant, traducción francesa,* Chailley 1896.

VIAL (André) : *Guy de Maupassant y el arte de la novela*. Nizet 1954. La génesis de «Una Vida», con numersoso documentos inéditos. Les Belles Lettres 1954.

ZOLA (Émile) : *Un Campo 1880-1881*. Charpentier 1882.

*

**

Los artículos pulbicados en revistas, especialmente por Pierre Cogny, René Dumensil, Edouard Maynial, Georges Normandy, Gilbert Sigaux, André Vial, etc., son demasiado numerosos para ser citados todos aquí. Sin embargo se indicarán:

1º en el *Mercure de France*, los números del 15/6/1921, 1/2/1922, 1/6/1922, 15/5/1925, 15/11/1926, 1/1/1927, 1/5/1931, 15/2/1933, 1/4/1948 – y

2º en el *Bulletin du Bibliophile* de los años 1950 y 1951 por las contribuciones de André Vial.

3º La *Revue d'Histoire littérarire de la France* octubre-diciembre de 1949 por el *Supplément à la Bibliographie de Guy de Maupassant,* de Sullivan y Steegmuller. Las tablas de esta revista son útiles para consultar, asi como las de la *Revue des Sciencies humaines* publicada por la universidad de Lille.

Índice de materias

Prefacio.

Primera parte. Los guijarros de Étretat.

1. *¿Miromesnil o Fécamp? – 5 de agosto de 1850: un nacimiento novelesco – El abuelo Jules o un matrimonio a la medianoche – Alfred Le Poittevin el byroniano – Nobleza austriaca – La partícula y el castillo – Muere Balzac – Laure de Maupassant: una neurópata encantadora* – ¡Camarero, una caña!

2. *Guy a los siete y a los trece años – La infancia en los Verguies – Offenbach, baños de mar y tren de buena vida – el primer barco – La institución eclesiástica de Yvetot – Versos primerizos – De Laure a Gustave Flaubert – El diablo en la piel.*

3. *Los cuatro elementos de Gaston Bachelard – Courbet pinta* La Ola – *Aparición de Gisèle d'Estoc – La Habitación de las Señoritas – Fanny la embustera...- El naufragio de Swinburne – Nebulosa de un escritor.*

4. *Louis Bouilhet y la fiesta de San Carlomagno* – La Tentación de San Antonio - *«¡Sus poemas tienen al menos cincuenta años!» - El taller de Croisset – El Bachillerato y París -. La capital antes de la derrota.*

5. *Sedan – Bivouac, bosque de los Andelys - «¡Aquí unas viudas!» - La ocupación y la resistencia – Los amigos reencontrados – Cuentos y relatos de guerra – Héroes sin saberlo – El valle y la meseta – Maupassant ante la Comuna.*

Segunda parte. El almuerzo de los remeros

1. *Una licenciatura difícil – 20 de marzo de 1872: ingreso en el ministerio de la Marina – La vida de oficina – El tema de la herencia –* La Mano Disecada*... – El Doppelgänger y los espejos – Paseo otoñal por el Valle de Chevreuse.*

2. *Flaubert, calle Murillo – Croisset amenazado – Es difícil escribir – Agosto de 1877: permanencia en Louèche – Sarah Bernhardt y* La Traición de la Condesa de Rhune *– Los trabajos forzados son menos penosos – Flaubert abre su abanico de disparates – Presupuesto del funcionario Maupassant – El ministro y la lavandera.*

3. *Dr. Jekyll funcionario y Hyde marinero – Courbet, Corot y Monet – Paradojas de la pintura y la poesía – Una revolución del sol – La colonia de Aspergópolis – Rabelais, los Crepitianos y la Sociedad de los Chulos – Un Manet en movimiento – De Renoir a Lautrec –* La Hoja de Rosa *y* La Hoja al Revés *–* Mosca*.*

4. *El horizonte político de 1871 a 1879 – Los primeros pasos en la Instrucción pública – Presupuestos y pensiones – El Orden moral continúa – Flaubert contra la hipocresía – Maupassant admira* La Falta del Abad Mouret *–16 de abril de 1877: la cena en el restaurante Trapp – «Señores Zola» – Una visita a Médan.*

5. *La comedia en casa de la Princesa –Una barca llamada Nana – Los medios de conseguirlo – Pascua con Flaubert –* Bola de Sebo *– El destino de Adrienne Legay – Viento favorable*.

6. *San Policarpo y Ménesclou – Léautaud lee la correspondencia Maupassant-Flaubert –* En la Hoja de Rosa, casa turca *– Narración detallada de Edmond de Goncourt – La colección Daniel Sickles –* El papá de Simon *– Septiembre de 1879: el viaje a Bretaña –* El Olivar *–¿Por qué no Flaubert? – Un inquietante despiste – Considerandos normandos para un problema normando – Unas palabras de Edouard Herriot.*

8 de mayo de 1880: tres telegramas desde Rúan – El entierro en Croisset – Volpone a orillas del Sena – El cronista y el funcionario – Estado de salud de Maupassant en 1880 o el verdadero mal del siglo.

Tercera parte. Bel-Ami.

1. *Descubrimiento del Mediterráneo – Vico y el golfo de Porto –* La Casa Tellier *– En el embarcadero de Sartrouville – Bou-Amana y la revuelta de los kroumirs – Un modelo de investigación – Una única guerra es lógica… – El bosque kabilio se quema.*

2. *Maupassant lee a Maxime Du Camp – El joven propietario de La Gillette – Un escritor profesional en 1882 – La Bella Ernestina o el baile bajo los manzanos – La primera novela – «Huérfano voluntario» – El arte del novelista – La sombra de Flaubert – Entra a su servicio François Tassart –* Manon Lescaut *en el Bulevar – La vocación del aburrimiento.*

3. *Las condesitas – Primera descripción de la Potocka – Jano el bifronte – La Louisette, en Antibes – Relaciones poco peligrosas 1884 – Diario personal de Moussia – Fin de una novela epistolar – La entrevista en el Paseo de los Ingleses – Una tumba bizantina en Passy.*

4. *Un sufridor en Saint-Romain – Philéas Fogg de agua dulce – El* Regreso *y los cuentos normandos – Un olor a éter – El Maharajá incinerado – Yvette o La Grenouillère color de rosa – Intuiciones de la psicología de lo profundo – Schopenhauer y Spencer –* Nunca he amado.

5. *La calle de Montchanin o el «domicilio de un chulo caribeño» – La muerte en el espejo – Tourgueneff y la «segunda fase» fantástica – Obsesión de su propia imagen – Las Catacumbas de Palermo – Un Vikingo ante el Olimpo – Bel-Ami y la muerte de Hugo – La línea de partición de las aguas.*

6. *Homenaje del propio Bel-Ami – Los modelos de Bel-Ami – La enigmática Madeleine Forestier – El harén de Duroy – Bigotes y melenas – El crak de la Unión General – Los entresijos del asunto tunecino – Ideas políticas del Señor de Maupassant – El Bel-Ami se hace a la mar.*

Cuarta parte. El Horla

1. *La Rosa y el Olivo* – Las Hermanas Rondoli – *Casanova en el bulevar – Navidad de 1885, en Antibes – Cariñosa Hermine – Los fantasmas de la amistad amorosa – La caza – Los seis sentidos – Una inclinación sádica – Los gatos.*

2. *El primer velero* Bel-Ami*, octubre de 1886 – La tierra tiembla en Antibes – El profesor Charcot y los orígenes de* El Horla *– Nostalgia del baile de remeros – Frank Harris, entre Pepys y Casanova – Psiquiatras y críticos: un diálogo difícil.*

3. *Los tres niños Litzelmann, 1883, 1884, 1887 – Un segundo dossier en búsqueda de la paternidad – El rechazo al matrimonio – Chatel-Guyon en 1883* – Mont-Oriol *o el rechazo a la maternidad* – Mis veinticinco días, diario de un paciente – *El abuelo de* Knock.

4. *«Un día en el ghetto» – La condesa Potocka y la Cena de los Macabeos – Marie Kann, «la bella lánguida» – Geneviève Straus y las pequeñas aliadas* – Muy rusa *o el duelo inexistente de Beaufrilan – La conquista del barrio Saint-Germain – Los intereses comunes – «La nueva Sión».*

5. *Un novelista volando: 8 de julio de 1885 – El prefacio de* Pierre y Jean *– Desavenencias con Goncourt – La irritabilidad – La bastardía – Octubre de 1887: segundo viaje a Argelia – Kairouan en landau – El gran pájaro blanco.*

Quinta parte. Tercio de muerte

1. *El primer crucero del Bel-Ami II – La madrina de Porquerolles – En Cannes, la rada de los yates – El gran pabellón – Una princesa empapada y la Sociedad de los Chulos – Las amantes de las islas – El extraño país del agua – Siempre Bel-Ami.*

2. *Batalla de flores – La carga del general – Tercer viaje a África –* Allouma *– Cena con el Dr. Blanche – Mayo de 1889:* Fuerte como la muerte *– Las finanzas del novelista – Zola almuerza en la villa Stieldorff – Las arañas de Étretat.*

3. *La agonía de Hervé – Nuevo presupuesto de Maupassant en 1889 – El abanico de la Potocka – La última fiesta de La Guillette – Las sandías de Génova – La sombra de Shelley – 13 de noviembre de 1889: la muerte de Hervé – El Doppelgänger – La cuenta atrás.*

4. *El sacerdote y el panadero –* La Belleza Inútil *– «Aceptar» –* La Revue des Deux Mondes *y la Legión de Honor – La inversión de las alianzas – Los modelos de Michèle de Burne – Un párrafo difícil de escribir – El «Balzac de las mundanas» – Anatole France critica* Nuestro Corazón *– La última rebelión.*

5. *Glaciación para un único hombre – El* Bel-Ami *reencontrado – Las maletas del Sr. de Maupassant – 23 de noviembre de 1890: inauguración del monumento a Flaubert – «los viejos huesos» – Una inesperada venganza:* Musotte. *– Singular entrevista con el administrador del Teatro Francés – La aversión a su imagen.*

6. *El proyecto marroquí – 1891: la subida de las tormentas – La opinión del Profesor Magitot – Esbozo de* El Alma extranjera *– Nitchevo y nihilismo – La cura frustrada de Luchon – El hombre del agua fría –* El Ángelus *– Anatema al Dios criminal La rusa de Cimiez o el último romance de Don Juan.*

7. *Algunos perros que aúllan – Nochebuena en las Islas – En la ruta de Grasse – Informes médicos antes del internamiento – Un fondo hereditario – La jornada del 1 de enero de 1892 – El último «acto» – Un suicidio «como tiene que ser» – La movilización – Laure decide – En el muelle de los veleros.*

Sexta parte. La cita con los espejos

1. *Yo las colecciono – «El hombre rodeado de mujeres» – La Dama de gris – Eterómano-erotómano – Tres diablesas para una agonía – «Una joven muy precoz» – Menuda historia – La escandalosa Gisèle d'Estoc– Una sufragista en los albores de la Tercera República – Visita al profesor de esgrima – El atentado del Restaurante Foyot – Probable valor del «Cuaderno Gisèle».*

2. *Escaramuzas epistolares – Primera cita en la calle Dulong. – El colegial o una pareja inquietante. – Paul Bourget se confiesa al escriba en cuclillas. – Una bella página de Guy el africano. – Las cartas anónimas.*

3. *Maupassant íntimo. – De la existencia real de Gisèle. –* Negro sobre Blanco*, relatos loreneses. – Entrevista con Pierre Borel. – Una cronología imposible.*

4. *La residencia del Dr. Blanche. – Los espejos. – Agonía pública. – La indignación de Louis Ganderax. – Unas palabras de Goncourt en casa de la Princesa. – Una agonía surrealista. – El diablo y la miel. –* ¡Dios, usted está loco! *– Las tinieblas.*

5. *«En esta familia, señor»... – En plena tierra. – «Auxiliado con los sacramentos de la Iglesia...» – Oración fúnebre en el Palacio de las Ventas. – Diálogo del pintor con su modelo.*

Epílogo

Bibliografía

Este libro se acabó de traducir en Pontevedra el 3 de diciembre del año 2006.